

MAHATMA GANDHI

AUTOBIOGRAFÍA

LA HISTORIA
DE MIS EXPERIMENTOS
CON LA VERDAD

Traducción
MANUEL CURREA



सत्यमेव जयते

EMBAJADA DE LA INDIA EN LA REPÚBLICA DE COLOMBIA
2007

Primera edición colombiana: 2007

Título original
*An Autobiography or the Story
of my Experiment with the Truth*
NAVAJIVAN PUBLISHING HOUSE, AHMEDABAD, 1955

© Editorial Temis S. A., 2007.
Calle 17, núm. 68D-46, Bogotá
www.editorialtemis.com
correo elec.: editorial@editorialtemis.com

ISBN 978-958-35-0621-5
2281 200700052200

Hecho el depósito que exige la ley.
Impreso en Talleres Editorial Nomos.
Carrera 39B, núm. 17-85, Bogotá.

Esta edición y sus características gráficas son propiedad
de Editorial Temis S. A.

PRÓLOGO

Celebramos esta nueva edición de la autobiografía de Mahatma Gandhi, *La historia de mis experiencias con la verdad*.

En ella se recogen importantes aportes al desarrollo de la humanidad: el no uso de la fuerza para obtener o resistir resultados, la pluralidad como elemento esencial de la democracia, y la desobediencia civil, como forma legítima de lucha contra la opresión.

La humanidad necesita más democracia, no menos democracia. Más debate creador, menos odio personal. Más deliberación constructiva, menos inquina. La democracia es la más grande creación de la humanidad, la más brillante solución para lograr la paz y convivencia entre los hombres; la herramienta privilegiada para hacer iguales a los desiguales.

El mundo actual tiene que ser plural, abierto a todas las posturas ideológicas y eso solamente funciona en un marco democrático respetable y legítimo. La democracia se convierte así en un fin y un medio para lograr el pluralismo en el mundo. Y quién mejor que el fundador de la moderna India, para darnos esta lección trascendental.

Leyendo a Gandhi, un grande de la humanidad, sí que se comprende mejor que en una democracia pluralista, en permanente proceso de profundización, la acción armada contra esa democracia no merece sino un calificativo: terrorismo.

El terrorismo, como la corrupción, son enemigos de la democracia. Al terrorismo hay que proscribirlo para proteger las democracias; hay que derrotarlo. Y en eso no puede haber vacilación. Hay que honrar ese compromiso en la práctica.

Felicito al señor embajador de la India ante el Gobierno de Colombia, honorable Deepak Bhojwani, por su consagrada tarea de difusión entre nosotros, del pensamiento y la obra de Mahatma Gandhi. Colombia le expresa su sentimiento perenne de gratitud.

DOCTOR ÁLVARO URIBE VÉLEZ
Presidente República de Colombia

AGRADECIMIENTOS

Mahatma Gandhi nunca ganó un Premio Nóbel durante su vida, ni después. Se dice que las razones fueron políticas.

No obstante, la expansión de la filosofía de Gandhi durante las últimas décadas ha sido tan abrumadora, que hoy en día cualquier acto de homenaje no logra aumentar significativamente el impacto que él ha tenido sobre la especie humana. Solo podemos divulgar su palabra y tratar de asegurar que la esencia de la enseñanza sobreviva y sea accesible a más personas alrededor del mundo.

Es con esto en mente, que la Embajada de la India en Colombia ha colaborado con el Gobierno de la República de Colombia para publicar esta primera edición de la autobiografía del Mahatma (Alma Grande) que servirá como una obra simbólica transmitiendo para siempre a los lectores el mensaje universal de paz, tolerancia y compasión contenido en las siguientes páginas.

Quisiera extender con toda sinceridad de parte del Gobierno y del pueblo de la India, tanto como de mi parte personal, mis agradecimientos sinceros al Dr. Álvaro Uribe Vélez, Presidente de la República de Colombia, por haber otorgado el prólogo a este libro. Desearía también extender la apreciación de la Embajada de la India a los otros colaboradores que ayudaron a realizar este proyecto, en particular al Ministerio de Relaciones Exteriores de la República de Colombia.

DEEPAK BHOJWANI
Embajador de la India en Colombia

ÍNDICE

	PÁG.
Prólogo	VII
Agradecimientos	IX
Introducción	1

PARTE PRIMERA

1. Nacimiento y familia	9
2. Infancia	11
3. Casamiento infantil	13
4. Jugando al esposo	16
5. En la universidad	19
6. Una tragedia (I)	22
7. Una tragedia (II)	25
8. Robo y expiación	28
9. La muerte de mi padre y mi doble vergüenza	30
10. Vislumbres religiosos	33
11. Preparativos para ir a Inglaterra	37
12. Descastado	40
13. En londres al fin	42
14. Mi elección	45
15. Jugando al gentleman inglés	48
16. Cambios	51
17. Experimentos en dietética	54
18. La timidez es mi escudo	57
19. El cáncer de la mentira	60
20. Mi contacto con la religión	63
21. Nirbala ke bala rama	66
22. Narayan hemchandra	68
23. La gran exposición	72
24. “Egresado” ... ¿y ahora qué?	73
25. Mi desamparo	76

ÍNDICE

PARTE SEGUNDA

	PÁG.
1. Raychandbhai	81
2. Cómo inicié mi nueva vida	83
3. El primer caso	86
4. El primer disgusto	89
5. Me preparo para Sudáfrica	92
6. Llegada a Natal	94
7. Algunas experiencias	96
8. Camino de pretoria	99
9. Más dificultades	103
10. Pimera jornada en pretoria	107
11. Contactos cristianos	110
12. Contacto con los indos	113
13. Lo que es ser un coolie	115
14. Preparativos para el pleito	118
15. Fermento religioso	121
16. El hombre propone y Dios dispone	124
17. Establecido en Natal	126
18. Abogado de color	130
19. El congreso indo, en Natal	132
20. Balasundaram	136
21. El impuesto de tres libras	138
22. Estudio sobre religiones comparadas	141
23. Como amo de casa	143
24. Regreso a la patria	146
25. En la India	148
26. Dos pasiones	151
27. El mitin de Bombay	154
28. Poona y Madrás	157
29. “Regresa en seguida”	158

PARTE TERCERA

1. La tormenta brama	163
2. La tormenta	165
3. La prueba	167
4. La calma tras la tormenta	171

ÍNDICE

	PÁG.
5. La educacion de los niños	174
6. Servir a los demás	176
7. Brahmacharya	178
8. Brahmacharya (II)	181
9. Bida sencilla	184
10. La guerra de los boers	186
12. Regreso a la India	190
13. Otra vez en la India	193
14. Empleado y mozo de servicio	195
15. En el congreso	197
16. El darbar de lord Curzon	199
17. Un mes con Gokhale	201
18. Un mes con Gokhale (II)	203
19. Un mes con Gokhale (III)	206
20. En benarés	208
21. ¿Establecido en Bombay?	211
22. Fe en su decisión	214
23. Nuevamente a Sudáfrica	216

PARTE CUARTA

1. ¿Perdió el amor a los trabajadores?	221
2. Autócratas de Asia	223
3. Soporto el insulto	225
4. Espíritu de sacrificio	227
5. Resultados de la introspección	228
6. Un sacrificio por el vegetarianismo	231
7. Experimentos con el tratamiento de tierra y agua	233
8. Una advertencia	235
9. Un combate con el poder	237
10. Recorrido religioso y penitencia	239
11. Contactos íntimos con europeos	241
12. Contactos íntimos con europeos (II)	243
13. “Indian opinion”	245
14. ¿Viviendas para “coolies” o “ghetto”?	247
15. La peste negra	249
16. La peste negra (II)	251
17. El barrio en llamas	254

ÍNDICE

	PÁG.
18. La magia de un libro	255
19. El establecimiento phoenix	257
20. La primera noche	259
21. Polak toma una decisión	261
22. A quienes Dios protege	263
23. Una ojeada a la casa	266
24. La “rebelión” zulú	268
25. Buscando con el corazón	270
26. El nacimiento del satyagraha	272
27. Más experimentos en dietética	274
28. La valentía de Kasturbai	275
29. Satyagraha doméstico	278
30. Hacia el autocontrol	281
31. Ayuno	282
32. Maestro	285
33. Educación literaria	287
34. Educación espiritual	288
35. Paja entre el trigo	290
36. El ayuno como penitencia	292
37. Al encuentro de Gokhale	293
38. Mi participación en la guerra	295
39. Un dilema espiritual	297
40. Satyagraha en miniatura	299
41. La caridad de Gokhale	302
42. Tratamiento de la pleuresía	304
43. Retorno al hogar	306
44. Algunos recuerdos de la abogacía	307
45. ¿Una treta muy fina?	309
46. Los clientes se hacen colaboradores	311
47. Cómo fue salvado un cliente	312

PARTE QUINTA

1. La primera experiencia	317
2. Con Gokhale en poona	318
3. ¿Era una amenaza?	320
4. Shantiniketan	323
5. Las penas de los pasajeros de tercera clase	325
6. Solicitud	327

ÍNDICE

	PÁG.
7. Kumbha mela	328
8. Lakshman Jhula	332
9. Fundación de la Ashram	335
10. En el yunque	336
11. Abolición de la emigración contratada	339
12. La mancha de índigo	342
13. El amable Bihari	344
14. Frente a frente con Ahimsa	346
15. Acusación retirada	349
16. Métodos de trabajo	351
17. Los compañeros	354
18. Invadiendo las aldeas	356
19. Cuando un gobernador es bueno	357
20. En contacto con los obreros	359
21. Una mirada a la Ashram	361
22. El ayuno	363
23. Satyagraha en Kheda	366
24. “El ladrón de cebollas”	368
25. Termina el satyagraha en Kheda	370
26. La pasión por la unidad	371
27. Campaña de reclutamiento	374
28. Junto a la puerta de la muerte	379
29. Las leyes rowlatt y mi dilema	382
30. Un espectáculo maravilloso	385
31. ¡Esa memorable semana!	388
32. ¡Esa memorable semana! (II)	392
33. “Un error himalayo”	395
34. “Navajivan” y “joven india”	396
35. En Punjab	399
36. ¿El khilafat contra la protección a las vacas?	401
37. El congreso en Amritsar	405
38. Iniciación en el congreso	408
39. El nacimiento de Khadi	410
40. ¡Por fin hallado!	412
41. Un diálogo instructivo	414
42. La marea crece	416
43. En Nagpur	418
Despedida	421
Glosario	423

INTRODUCCIÓN

Hace cuatro o cinco años, a instancias de algunos de mis colaboradores más íntimos, accedí a escribir mi autobiografía. Comencé, pero apenas había concluido la primera página, estallaron los motines de Bombay y la tarea quedó paralizada. Siguiéron después una serie de acontecimientos que culminaron con mi encarcelamiento en Yeravada. Sjt. Jeramdas, que era uno de los que estaba preso conmigo, me pidió que dejara todo lo que traía entre manos y terminara de escribir la autobiografía. Respondí que me había trazado un programa de estudios y que no podía pensar en dedicarme a otra cosa mientras no llevase a cabo mi propósito.

En realidad, de haber tenido que cumplir toda mi condena en Yeravada, hubiera concluido la autobiografía, ya que habría dispuesto de un año entero para escribirla. Pero fui puesto en libertad.

Ahora, Swami Anand vuelve a insistir sobre el tema y, como en estos instantes he concluido la historia del *Satyagraha* en Sudáfrica, me siento tentado de escribir mi autobiografía para las páginas del *Navajivan*. Swami quiere que la escriba para publicar un libro, pero no tengo tiempo suficiente. Solo puedo escribir un capítulo por semana y, semanalmente, tengo que enviar alguna colaboración al *Navajivan*. ¿Por qué no mi autobiografía? Swami aceptó mi propuesta y heme aquí en la tarea.

Sin embargo, un buen amigo, temeroso de Dios, tenía sus dudas, de las cuales me hizo partícipe en mi día de silencio.

—¿Por qué te has embarcado en esta aventura? —me preguntó—. Escribir autobiografías es una costumbre peculiar del Occidente. No conozco a nadie en Oriente que haya escrito alguna, con excepción de aquellos que han caído bajo la influencia occidental. ¿Y qué vas a escribir? Supongamos que mañana rechazas aquellos principios que hoy te parecen justos; o que en el futuro decides revisar tus planes de hoy. En tal caso, ¿no es verosímil que los hombres que conforman su conducta a la autoridad de tu palabra, hablada o escrita, se sientan desorientados? ¿No te parece que sería preferible no escribir nada semejante a una autobiografía, al menos por ahora?

Tales argumentos hicieron en mí cierta mella. Pero en realidad, no es mi propósito escribir una autobiografía en el sentido cabal de la palabra.

Simplemente, quiero relatar la historia de mis numerosos experimentos con la verdad, y como mi vida consiste de esas experiencias únicamente, resulta que tal narración tomará la forma de una autobiografía.

Mas no pienso preocuparme si en cada una de sus páginas solo se habla de esos experimentos. Creo, o al menos me halaga, abrigar la creencia de que la relación de tales pruebas será beneficiosa para el lector. Mis experimentos en el campo político son hoy conocidos no solo en la India, sino también, y en cierta medida, en el mundo “civilizado”. Lo cual para mí no tiene gran valor y el título de *Mahatma* que me dieron por ese motivo, vale para mí menos todavía. Con frecuencia ese título me ha causado pesar y no logro acordarme de un solo instante en que haya servido para halagar mi vanidad.

De todos modos me agrada narrar mis experimentos en el campo espiritual que solo yo conozco y, verdaderamente, de ellos he obtenido la fuerza que poseo para mi actuación en la esfera política. Si tales experimentos son realmente espirituales, entonces no queda lugar alguno para el autoelogio y solo pueden sumarse a mi humildad. Porque cuanto más reflexiono y contemplo el pasado, más vívidamente siento mis limitaciones.

Lo que quiero alcanzar —lo que me he estado esforzando por lograr en estos últimos treinta años— es el perfeccionamiento de mí mismo, para mirar a Dios cara a cara, para alcanzar el *moksha**. Vivo, actúo y encauzo mi ser hacia la consecución de esa meta. Todo cuanto hago, hablo y escribo y todas mis aventuras en el campo político, están dirigidas al mismo fin. Pero como siempre he creído que lo que es posible para uno, lo es también para todos, no he desarrollado mis experimentos en secreto, sino a campo abierto, y no creo que ese hecho disminuya su valor espiritual. Hay algunas cosas que solo las conoce uno mismo y su Hacedor; esas cosas no son, desde luego, transmisibles. Los experimentos a que he de referirme no son de esa clase, pero son experiencias espirituales, o más bien morales, ya que la esencia de la religión es la moral.

Únicamente incluiré en este relato aquellas cuestiones religiosas que puedan ser comprendidas, incluso, por los niños y los ancianos. Si logro narrarlas con espíritu humilde y desapasionado, otros muchos experimentadores hallarán en ellas provisiones para su marcha hacia delante.

Lejos de mi ánimo está el pretender haber conseguido el menor grado de perfección en esos experimentos. No pretendo más que lo que el hombre

* Literalmente significa “libertad del nacimiento y de la muerte”. La traducción castellana más aproximada es “salvación”.

de ciencia, que aun cuando realiza sus experimentos con la máxima precisión, minuciosidad y previsión, jamás proclama haber alcanzado conclusiones definitivas, sino que los contempla con la mente alerta y espíritu crítico.

Yo he efectuado profundas introspecciones buscándome a mí mismo una y otra vez, y examinado y analizado cada situación psicológica. Sin embargo, disto mucho de pretender haber llegado a una meta, ni creer en la infalibilidad de mis conclusiones.

Pero, eso sí, una cosa afirmo: que para mí estos experimentos son absolutamente correctos y me parecen, por ahora, definitivos. Por cuanto, si así no fuera, no ajustaría mis actos a esas resultantes. Pero a cada paso que di, efectué un proceso para establecer su rechazo o aceptación, y procedí en concordancia con dichas decisiones. Y en tanto que mis actos satisfagan mi razón y mi corazón, debo adherirme firmemente a mis conclusiones primeras.

Si tuviera que analizar principios académicos, por cierto que no trataría de escribir una autobiografía. Pero mi propósito es ofrecer una exposición de varias aplicaciones prácticas de estos principios. De ahí que haya dado a los capítulos que me propongo escribir, el título de “Historia de mis experimentos con la verdad”. Incluirán, por supuesto, experimentos sobre la no violencia, el celibato y otras normas de conducta consideradas como distintas de la verdad. Para mí, no obstante, la verdad es el principio soberano que incluye a numerosos principios.

Esta verdad no implica solamente veracidad de palabra, sino también de pensamiento, y no solo la verdad relativa de nuestra concepción, sino también **la Verdad Absoluta, el Principio Eterno, es decir, Dios**. Existen innumerables definiciones de Dios, porque sus manifestaciones son innumerables. Tantas que me abruman de pasmo y reverencia y, por momentos, me aturden.

Yo aún no encontré a Dios, pero lo estoy buscando y estoy preparado para sacrificar las cosas que me son más queridas, a fin de proseguir esta búsqueda. Incluso, si el sacrificio fuera de mi propia vida, creo estar preparado para darla.

Pero mientras no haya alcanzado esa Verdad Absoluta debo atenerme a la verdad relativa, tal y como yo la he concebido. Por el momento, esa verdad relativa debe ser mi guía, mi amparo y mi escudo. Aunque es una senda larga y tan angosta y sutil como el filo de una navaja, para mí ha sido la más fácil y rápida. Incluso mis desatinos, grandes como el Himalaya, me han parecido insignificantes, porque he seguido estrictamente ese sendero, lo cual me ha evitado caer en la pesadumbre y he podido marchar adelante siguiendo mi luz.

A veces, en mi progreso he captado tenues destellos de la Verdad Absoluta, de Dios, y cada día aumenta en mí la convicción de que solo Él es real y todo lo demás irreal. Aquellos que lo deseen, sepan cómo creció en mí esta convicción; compartan mis experimentos y también mi convicción, si es que pueden. Al mismo tiempo, se ha desarrollado en mí la creencia de que todo cuanto es posible para mí, lo es también para un niño, y tengo sólidas razones para afirmarlo. Los instrumentos para investigar la verdad tienen tanto de sencillo como de difícil. Para la persona arrogante pueden parecer imposibles, mientras que son muy posibles para un niño inocente. **Quien busque la verdad debe ser tan humilde como el polvo. El mundo aplasta el polvo bajo sus pies, pero el que busca la verdad, ha de ser tan humilde, que incluso el polvo pueda aplastarlo.** Solo entonces, y nada más que entonces, obtendrá los primeros vislumbres de la verdad. El diálogo entre *Vasishtha* y *Vishvamitra* pone esto suficientemente en claro. La Cristiandad y el Islam lo proclaman con la misma claridad.

Si algo de lo que escribo en estas páginas choca al lector como expresiones contaminadas de orgullo, entonces debe presumir que hay algo erróneo en mi búsqueda y que mis vislumbres de la verdad no son más que espejismos. Que perezcan cientos como yo, pero que perviva la verdad. No reduzcamos las dimensiones de la verdad ni en el espesor de un cabello al juzgar a mortales equivocados como yo.

Confío y ruego que nadie considere como terminantes los consejos que hay dispersos en los capítulos que siguen. Los experimentos que narro deben contemplarse como ejemplos ilustrativos, a la luz de los cuales cada lector pueda desarrollar sus propios experimentos, de acuerdo con sus inclinaciones y capacidad. Espero que esta suma limitada de ejemplos sea realmente útil, porque tampoco voy a ocultar, ni a soslayar, ninguna de las cosas feas que deben decirse. Deseo familiarizar al lector con todas mis faltas y errores. Mi propósito es describir los experimentos realizados en la ciencia del *Satyagraha*, pero no para decir que soy bueno. Al juzgarme procuraré ser tan crudo como la verdad y quiero que los demás también lo sean.

Midiéndome por esa norma, debo decir con Surdas:

***¿Dónde habrá un pobre diablo
tan malvado y despreciable como yo?
Tan falto de fe anduve
que he olvidado a mi Hacedor.***

AUTOBIOGRAFÍA

Porque lo que para mí es una tortura permanente, es hallarme todavía tan lejos de Él. De Él que, como muy bien sé, gobierna cada soplo de mi vida, y de cuyo linaje soy. Y sé que son las bajas pasiones las que me mantienen tan alejado de Él y, sin embargo, no logro desprenderme de ellas.

Pero debo poner punto final. No puedo comenzar el verdadero relato hasta el capítulo próximo.

El Ashram, Sabarmatí.
26 de noviembre de 1925.

M. K. GANDHI

PARTE PRIMERA

1. NACIMIENTO Y FAMILIA

Los Gandhis pertenecen a la casta de los Bania y parece que los primeros de ellos fueron almaceneros. Pero en las tres generaciones últimas, a contar de mi abuelo, fueron primeros ministros en varios estados Kathiawad. Uttamchand Gandhi, “alias” Ota Gandhi, mi abuelo, debe haber sido un hombre de principios. Las intrigas políticas lo obligaron a salir de Porbandar, en donde era *Diwan*, y a buscar refugio en Junagadh. Una vez allí saludó al Nabab con la mano izquierda. Alguien, al advertirlo, lo consideró una descortesía. Le pidieron explicaciones y él respondió: “La mano derecha ya está comprometida por Porbandar”.

Ota Gandhi se casó por segunda vez, al cabo de algún tiempo de haber muerto su primera esposa. Tuvo cuatro hijos en sus primeras nupcias y dos en las segundas. No creo que en mi niñez yo haya pensado ni intuido jamás que esos hijos de Ota Gandhi no fuesen todos de la misma madre. El quinto de los hermanos fue Karamchand Gandhi, “alias” Kaba Gandhi, y el sexto Tulsidas Gandhi. Ambos hermanos fueron primeros ministros en Porbandar, uno tras otro. Kaba Gandhi, mi padre, era miembro de la Corte de Rajasthanik, organismo ahora desaparecido, pero que, en aquel entonces, constituía una entidad muy influyente para resolver las disputas entre los jefes y sus compañeros de clan. Fue también, durante cierto tiempo, primer ministro en Rajkot y luego en Vankaner. A su muerte era pensionado del estado de Rajkot.

Kaba Gandhi se casó cuatro veces, pues, sucesivamente murieron sus tres primeras esposas. Tuvo dos hijas de sus primero y segundo matrimonios. Su cuarta y última esposa, Putlibai, le dio una hija y tres hijos, de los cuales yo soy el menor.

Mi padre amaba a su clan. Era un hombre auténtico, sincero, valiente y generoso, pero corto de genio. En cierta medida debió ser un hombre inclinado a los placeres carnales, puesto que se casó por cuarta vez cuando pasaba de los cuarenta. Pero era incorruptible y había ganado justa fama, tanto entre los miembros de su familia como entre los extraños, por su estricta imparcialidad. Su lealtad hacia el Estado era sobradamente conocida por todos. En cierta ocasión un importante funcionario habló en forma insultante del *Saheb Thakore* de Rajkot, jefe de mi padre, y Kaba Gandhi respondió adecuadamente

al insulto. Ese funcionario se enfureció y le exigió que se disculpara, pero mi progenitor se negó, por lo cual estuvo arrestado durante algunas horas. Al fin, cuando el funcionario vio que Kaba Gandhi era inquebrantable, dispuso que lo libertasen.

Mi padre jamás tuvo la ambición de acumular riquezas y por eso nos dejó escasos bienes.

Carecía de toda educación, salvo la de la experiencia. A lo sumo podría decirse que sabía leer un poco de *gujaratí*. En historia y geografía su ignorancia era absoluta. Pero su rica experiencia en cuestiones prácticas, le permitió solucionar asuntos muy intrincados y dirigir a centenares de hombres. Su educación religiosa era también escasa, pero poseía ese tipo de cultura religiosa que adquieren numerosos hindúes, merced a sus frecuentes visitas a los templos y oyendo pláticas sobre religión. En sus últimos años comenzó a leer el *Gita*, siguiendo los consejos de un brahmán muy cultivado, amigo de la familia, y cada día, durante los momentos de la oración, solía recitar en alta voz algunos versos.

La impresión más notable que de mi madre quedó en mi memoria, fue la de su santidad. Era una mujer profundamente religiosa. Jamás se le hubiera ocurrido empezar cualquiera de las diversas comidas cotidianas sin antes rezar sus plegarias. Una de sus diarias ocupaciones era la visita a *Haveli*, el templo de *vaishnava*. Por lo que alcanza mi memoria no recuerdo que ni una sola vez haya faltado al *Chaturmas**. Solía formular los votos más duros y mantenerlos sin que le flaqueara el ánimo. Ni siquiera una enfermedad constituía motivo suficiente para que dejara de cumplir sus promesas. Recuerdo que una vez se puso enferma cuando estaba cumpliendo el voto de la *Chandrayana*** . Pero su dolencia no fue obstáculo para que se atuviera rigurosamente al ayuno. Ayunar durante dos o tres días consecutivos no era nada para ella. Y vivir durante todo el período del *Chaturmas* con una sola comida frugal al día, constituía su inquebrantable norma. Tanto, que no satisfecha con esa penitencia, un *Chaturmas* ayunó un día sí y otro no, y en los días en que comía lo hacía solo una vez cada veinticuatro horas. Durante otro *Chaturmas* prometió no probar bocado sino a cada aparición del Sol. Y nosotros, que éramos niños por aquellas fechas, permanecíamos largo tiempo contemplando el cie-

* Literalmente significa un período de cuatro meses. Es un voto de ayuno y semiayuno que se mantiene durante los cuatro meses de las grandes lluvias. Es el equivalente de la Cuaresma católica.

** Ayuno peculiar, en el cual, la cantidad diaria de alimentos que se ingieren aumenta o disminuye de acuerdo con los cuartos crecientes y menguantes de la luna.

lo, deseosos de que el Sol saliera para nuestra madre. Como todo el mundo sabe, durante ese período de grandes lluvias es frecuente que el Sol no acceda a mostrar su rostro. Y recuerdo cuando al cabo de algunos días de cielo encapotado, al ver aparecer el astro, salíamos corriendo para anunciárselo a nuestra madre. Ella salía para comprobarlo por sus propios ojos, pero con frecuencia el Sol se había vuelto a ocultar de nuevo, privándola así de todo alimento.

“No importa —decía ella alegremente—. Dios no quiere que hoy coma”. Y se reintegraba a sus quehaceres.

Mi madre poseía un sólido sentido común. Estaba bien informada de todos los asuntos de estado y las damas de la corte tenían en alta estima su inteligencia.

Yo solía acompañarla con frecuencia, ejerciendo el privilegio de la infancia, y todavía recuerdo muchas de las vivas discusiones que solía sostener con la madre de *Saheb Thakore*.

De esos padres nací yo en Porbandar, también conocido como Sudampuri, el 2 de octubre de 1869. Mi primera niñez transcurrió en Porbandar. Allí me enviaron a la escuela y recuerdo que pasé las tablas de multiplicar con ciertas dificultades. Pero la verdad es que no creo haber aprendido nada más en aquellos tiempos, con excepción de los numerosos y variados nombres que ponía a los maestros en colaboración con los demás niños. Todo lo cual sugiere firmemente que mi intelecto debió ser perezoso y mi memoria escasa.

2. INFANCIA

Calculo que tendría yo unos siete años cuando mi padre partió de Porbandar hacia Rajkot para ingresar como miembro de la corte rajasthanika. Allí me hicieron ingresar en una escuela primaria, y de ese período sí puedo recordarlo todo perfectamente, incluso los nombres de los maestros que me enseñaban y todos los demás detalles.

Allí al igual que en Porbandar, difícilmente podría destacar nada sobre mis estudios. Sin duda fui un estudiante mediocre. De esa escuela me transfirieron a otra suburbana y luego, al cumplir los doce años, inicié los estudios superiores. En el transcurso de ese breve período no recuerdo haber dicho una sola mentira, ni a mis profesores ni a mis camaradas. Era yo un muchacho tímido y evitaba toda compañía. Los libros y las lecciones eran mis únicos compañeros. Adquirí la costumbre de estar en clase apenas daba la hora de entra-

da y de echar a correr hacia casa apenas salía. Y en realidad, echaba a correr, literalmente, porque era incapaz de soportar la idea de entablar conversación con nadie. Incluso sentía el temor de que cualquiera pudiera burlarse de mí.

Recuerdo un incidente ocurrido durante mis exámenes en el primer año de la escuela superior. Conviene recordar que con tal motivo, había llegado en visita de inspección Mr. Giles, que era el inspector de Educación. Mr. Giles nos había ordenado que escribiéramos cinco palabras con objeto de ver cómo andaba nuestra ortografía inglesa. Una de ellas era *kettle** y yo la escribí mal. Mi profesor trató de despabilarme haciéndome una indicción con la punta de su bota, pero no lo comprendí. Me resultaba inconcebible pensar, que lo que mi maestro quería, era que yo copiara el ejercicio del muchacho que estaba a mi lado, pues yo creía que el profesor estaba allí precisamente para vigilarnos y evitar que copiásemos. El resultado fue que, salvo yo, todos los muchachos escribieron las cinco palabras correctamente. El único estúpido fui yo. Luego, el maestro trató de corregir mi estupidez, pero sin resultados. Jamás conseguí aprender el arte de copiar.

Sin embargo, el incidente no disminuyó en modo alguno mi respeto hacia el maestro. Yo era por naturaleza ciego para las faltas de los mayores. Más adelante descubrí otros defectos en ese mismo maestro, pero mi respeto hacia él siguió siendo el mismo. Consideraba que mi deber era cumplir las órdenes de los mayores y no criticar sus actos.

Otros dos incidentes ocurridos durante el mismo período quedaron impresos en mi memoria. Por norma yo me apartaba sistemáticamente de cualquier lectura que no fuera la de mis libros de estudiante. Era preciso aprender bien las lecciones, porque me desagradaba decepcionar a mis maestros. Por consiguiente, había mucho qué hacer. Las estudiaba, aun cuando no siempre ponía mis cinco sentidos en la tarea. Sea como fuere, aunque no consiguiera aprender bien todas las lecciones, carecía de tiempo para toda otra lectura. Sin embargo, mis ojos se detuvieron sobre un libro comprado por mi padre. Se trataba de “Shravana Pitribhakti Nataka” (una obra teatral sobre la devoción de Shravana hacia sus padres). Lo leí con intenso interés. Poco más tarde llegaron al lugar unos cómicos trashumantes y representaron el drama. En una de las escenas aparecía Shravana llevando, mediante unas cuerdas suspendidas de sus hombros, a sus padres ciegos, en un peregrinaje. El libro y esa escena me produjeron una impresión indeleble. “He ahí —me dijo— un ejemplo que sí puedes copiar”. Todavía están frescos en mi memoria los agónicos y poé-

* En inglés en el original: significa caldera, pava, tetera o cafetera. (N. del T.).

ticos lamentos de los padres al producirse la muerte de Shravana. Aquella tierna canción me conmovió hondamente y ejecuté muchas veces su melodía con la armónica que me había regalado mi padre.

Hubo otro incidente similar relacionado con otra obra de teatro. Yo había conseguido la autorización paterna para ver la representación ofrecida por una compañía dramática. Dicha obra —*Harishchandra*— conquistó mi corazón. No me hubiera cansado jamás de verla. Sin embargo, no me permitieron ir todas las veces que yo deseaba.

La obra me obsesionaba tanto, que supongo que yo procedía como *Harishchandra* incesantemente. Día y noche me planteaba la misma pregunta: “¿Por qué no ha de ser todo verdadero como es *Harishchandra*?”. Seguir la verdad y pasar por todas las pruebas porque pasaba *Harishchandra*, era el único ideal que inspiró en mí la obra. Solo al recordarla lloraba muchas veces.

Hoy, mi sentido común me dice que *Harishchandra* no puede haber sido un personaje real. Pero tanto él como Shravana son realidades vivientes para mí y estoy seguro de que si volviera a leer o a ver representar cualquiera de ambas obras, me sentiría hoy tan conmovido como entonces.

3. CASAMIENTO INFANTIL

Aun cuando hubiera deseado no escribir este capítulo, sé que debo tragar muchas amargas heces en el curso de esta narración. No puede ser de otro modo si pretendo ser un fiel adorador de la verdad. Tengo el doloroso deber de registrar en estas páginas, mi casamiento a la edad de trece años. Cuando veo a los jóvenes de esa misma edad que están a mi cuidado y pienso en mi matrimonio, me inclino a compadecerme y a felicitarlos a ellos por haber escapado a mi suerte. No puedo encontrar argumento moral alguno en favor de tan prematuro y absurdo matrimonio.

No se engañe el lector. Fue casamiento y no esponsales. Porque en Kathiawad hay dos ritos distintos: los esponsales y el matrimonio. Desposarse, consiste en una promesa preliminar por parte de los padres del muchacho y la muchacha, para unirlos en matrimonio más adelante. Y esa promesa no es inviolable. La muerte del muchacho no implica viudez para la muchacha desposada. Es simplemente un acuerdo entre los padres y los niños nada tienen que ver con ello. En ocasiones ni siquiera se le informa de que han contraído esponsales. Al parecer yo fui desposado tres veces, sin saberlo. Me dijeron

que las dos primeras muchachas prometidas en esponsales habían muerto y, por tanto, supongo que me desposaron por tercera vez. Creo recordar vagamente que fui desposado por tercera vez a la edad de siete años. Pero no me acuerdo de que me lo hayan notificado.

En el presente capítulo voy a hablar de mi matrimonio, del cual tengo un recuerdo muy claro.

Recordará el lector que éramos tres hermanos. El primogénito ya estaba casado. La familia decidió casar al segundo, que tenía dos o tres años menos que nuestro hermano mayor, a un primo, que tenía un año más que mi hermano, y a mí, los tres al mismo tiempo. Al proceder así no tenían en cuenta para nada nuestro bienestar y menos aún nuestros deseos. Era únicamente una cuestión que se resolvía según la conveniencia de los padres y su punto de vista económico.

El casamiento entre hindúes no es cosa sencilla. Los padres del novio y los de la novia, llegan a veces al borde de la ruina. Gastan su dinero y su tiempo. Los preparativos insumen muchos meses, para la confección de las ropas y los ornamentos, así como en el ajuste de los presupuestos para las comidas. Cada familia trata de superar a la otra en el número y variedad de platos que han de servir. Las mujeres, tengan buena voz o no, cantan hasta quedarse afónicas e incluso se enferman, perturbando así la paz de los vecinos. Pero estos, a su vez, soportan pacientemente todo el barullo y todas las molestias y toda la suciedad consecuencia de las obras de los festines, por la simple razón de que saben que llegará el día en que ellos también se conducirán del mismo modo.

Mis mayores pensaron que era preferible liquidar todas estas molestias de una sola vez. Menos gastos y más “eclat”. Porque se podía gastar una suma mayor una vez, en lugar de tener que pasar tres veces por el mismo trance. Mi padre y mi tío eran ya viejos y nosotros éramos los últimos hijos que debían casar. Es presumible que decidieran gozar ampliamente por última vez en su vida. En vista de todas estas consideraciones, quedó decidido que se realizaría una triple boda y, como ya dije antes, comenzaron los preparativos con muchos meses de antelación.

Solo merced a esos preparativos nos enteramos de lo que iba a acontecer. No creo que para mí significase otra cosa que la perspectiva de llevar unas hermosas ropas, procesiones de bodas, redobles de tambores, ricos banquetes y una niña desconocida para compañera de juegos infantiles. El deseo carnal vino más tarde. Me propongo correr un velo sobre mi vergüenza, salvo unos pocos detalles dignos de mención. Hablaré de ellos más adelante, pero

incluso tales detalles tienen poco que ver con la idea central que tuve en vista al comenzar a escribir este relato.

Mi hermano y yo fuimos enviados desde Rajkot a Porbandar. Hay algunos detalles divertidos sobre los preliminares para el drama final —verbi-gracia, el que untaran nuestros cuerpos con pasta de cúrcuma*— pero debo omitirlos.

Mi padre era un *Diwan*, pero de cualquier modo un servidor, y más aún si se tiene en cuenta que gozaba del favor del *Saheb Thakore*, el cual no lo dejó ir más que a último momento. Pero cuando lo hizo, dispuso que le preparasen a mi padre coches especiales con postas, reduciendo así en dos días el tiempo del viaje.

No obstante, el destino había dispuesto las cosas de otro modo. Porbandar está a doscientos kilómetros de Rajkot, distancia que se recorre con carruaje en cinco días. Pero el coche en que viajaba volcó en la tercera etapa, y mi progenitor resultó herido. Llegó vendado de pies a cabeza, y tanto su interés como el nuestro, respeto al acontecimiento que íbamos a festejar, quedó anulado o poco menos. Pero ¿cómo se iba a aplazar el matrimonio? Pese a todo, me olvidé del pesar que me habían producido las heridas de mi padre, ante la infantil diversión de la boda.

Yo tenía gran devoción por mis padres, pero también era devoto de las pasiones que la carne hereda. Todavía tenía que aprender que toda la felicidad y todos los placeres debían quedar sacrificados al amoroso servicio de mis padres. Y, como un castigo por mi deseo de placeres, ocurrió un incidente que jamás se borró de mi memoria, el cual relataré más adelante. Nishkulanand canta: “Renunciar a los objetos sin renunciar a los placeres es algo pasajero, aunque te esfuerces en lograrlo”. Siempre que canto u oigo cantar esa canción, acude a mi memoria y me llena de vergüenza ese amargo incidente a que me refiero.

Mi padre puso al mal tiempo buena cara a pesar de sus heridas y tomó plena participación en la boda. Al recordar, todavía puedo ver, con los ojos del alma, los lugares en donde mi padre se sentó durante los diferentes detalles de la ceremonia. Poco me imaginaba que un día criticaría severamente a mi padre por haberme casado siendo un niño. Entonces, todo me parecía justo, adecuado y grato, quizá porque intervenía mi propia ansiedad de verme casado. Y todo cuanto hizo mi padre me pareció estar por encima de cualquier reproche.

* Planta de la India parecida al jengibre (*N. del T.*).

Me veo a mí mismo cuando tomamos asiento en las elevadas sillas bajo dosel, cuando ejecutamos el *saptapadi** y, ya convertidos en recién casados, cuando pusimos el dulce *kansar*** uno en la boca del otro, así como cuando comenzamos a vivir juntos. Y ¡oh aquella primera noche! Dos niños inocentes lanzados contra su voluntad al océano de la vida.

La esposa de mi hermano me había instruido minuciosamente sobre cómo debía conducirme en la primera noche.

Ignoro quién instruyó a mi esposa. Jamás le he preguntado nada al respecto ni me siento tentado tampoco de preguntárselo ahora. El lector puede estar seguro de que estábamos muy nerviosos el uno frente al otro. Ambos éramos demasiado tímidos. ¿Cómo debía dirigirme a ella? ¿Qué cosas debía decirle? Las instrucciones recibidas no llegaron hasta ahí. Pero la verdad es que en tales cuestiones no hacen falta maestros. Las impresiones del precedente alumbramiento son lo bastante potentes para hacer superflua toda enseñanza. Gradualmente fuimos conociéndonos y comenzamos a hablar sin trabas. Teníamos la misma edad. Pero no tardé mucho tiempo en asumir la autoridad de esposo.

4. JUGANDO AL ESPOSO

Por la época de mi matrimonio vendían unos folletitos por muy pocas monedas (no recuerdo cuánto exactamente, en los cuales se analizaban el amor conyugal, la economía doméstica, los matrimonios infantiles y otros temas similares. Cuando me tropezaba con alguno de aquellos libritos yo solía devorármelo de cabo a rabo, pero adquiriendo el hábito de poner en práctica todo lo que me agradaba y olvidándome de lo que me desagradaba.

La fidelidad inquebrantable, por toda la vida, hacia la esposa, que se inculcaba en aquellos folletos como uno de los deberes fundamentales del esposo, fue una de las cosas que quedó impresa para siempre en mi corazón. Además, la pasión por la verdad era innata en mí y, por consiguiente, ser falso con mi esposa me hubiera resultado imposible. Por otra parte, en aquella tierna edad había muy pocas probabilidades de que fuera infiel.

* *Saptapadi* son los siete pasos que dan juntos el novio y la novia hindúes, haciéndose al mismo tiempo promesas de fidelidad mutua y devoción, tras lo cual el casamiento se convierte en irrevocable.

** *Kansar* es un dulce, hecho a base de trigo, que la pareja parte simultáneamente al finalizar la ceremonia.

Pero la lección de la fidelidad trajo consigo un efecto molesto. “Si yo me comprometo a ser fiel a mi esposa —pensé— ella también está comprometida a serlo conmigo”. Y este solo pensamiento me convirtió en un esposo celoso. Sus deberes fueron fácilmente transformados en derechos por los cuales yo le exigiría estricta fidelidad; y si tenía que exigirselo, era necesario que yo me mantuviera muy alerta sobre tales derechos. Debía estar constantemente alerta sobre sus idas y venidas y, por consiguiente, mi esposa no podía salir a ninguna parte sin mi permiso. Lo cual, naturalmente, sembró la simiente de amargas querellas entre ambos, pues esta exigencia mantenía a mi esposa prácticamente encarcelada. Y Kasturbai no era una chica capaz de tolerar semejante cosa. Se hizo fuerte en que saldría cuando y adonde quisiera. Así, a medida que yo le imponía más restricciones, ella se tomaba, por su cuenta, mayor libertad, con lo cual mi mal humor iba en aumento. El no dirigirnos la palabra se puso a la orden del día, pese a que no éramos sino dos criaturas casadas. Por supuesto, pienso que Kasturbai era de una inocencia absoluta cuando quebrantaba mis restricciones. ¿Cómo podía una niña sin culpa de ninguna especie incurrir en pecado, pese a mi prohibición, por ir al templo a visitar a sus amiguitas? Además, si yo tenía derecho a imponerle esas restricciones a su libertad, ¿no tenía ella derechos similares? ¡Pero en aquella época lo que me preocupaba era hacer valer mi autoridad de esposo!

De todos modos, no vaya a creer el lector que la nuestra era una vida de amarguras sin tregua. Porque mis severidades se basan en el amor. Yo quería hacer de mi mujer la esposa ideal. Mi ambición era hacerla vivir una vida de pureza total, que aprendiera lo que yo aprendiera y que identificara su vida con la mía.

Ignoro si Kasturbai tenía las mismas ambiciones. Era iletrada. Por naturaleza era simple, independiente, perseverante y, al menos conmigo, reticente. No le importaba ser ignorante y no recuerdo que mis estudios la hayan estimulado jamás para iniciar una aventura semejante. Por consiguiente, presumo que mi ambición era unilateral. Mi pasión se centraba por completo en una mujer y yo deseaba la reciprocidad. Pero aun cuando no hubiese reciprocidad en el sentido expuesto, nuestra existencia no era desdichada, por cuanto existía un amor activo, al menos de una de las partes.

Debo decir que yo la quería con verdadero apasionamiento. Incluso en el instituto, no la apartaba de mi memoria, y el pensamiento de la llegada del anochecer, con mi regreso a casa y mi encuentro con ella, me obsesionaba a cada minuto. Estar separado de ella me resultaba insoportable. Habitualmente la tenía despierta con mi charla ociosa hasta muy avanzada la noche. Si con esa pasión devoradora no hubiera existido en mí el sentimiento del deber para

cumplir mis obligaciones, o bien hubiera caído víctima de la enfermedad y muerte prematura, o me hubiese hundido en una existencia insostenible. Pero jamás se me ocurrió eludir las tareas que debía realizar por las mañanas ni tampoco mentir a nadie. Y fue precisamente esto último lo que me salvó de muchas caídas abismales.

Ya he dicho que Kasturbai era ignorante. Yo tenía muchos deseos de enseñarle, pero el amor sensual apenas me dejaba tiempo. Por otra parte, solo podía enseñarle contra la voluntad de ella y durante la noche.

Yo no me atrevía a encontrarme con ella en presencia de los mayores y mucho menos hablarle. En Kathiawad imperaba entonces, y en cierta medida sigue imperando hoy, su peculiar, inútil y bárbaro *Purdah*. Por tanto, las circunstancias eran desfavorables. De cualquier modo debo confesar que la mayor parte de mis esfuerzos para instruir a Kasturbai durante nuestra juventud, resultaron infructuosos. Y cuando desperté del sueño de la lujuria, ya me había lanzado a la vida pública, la que me dejaba muy poco tiempo libre. Fracasé igualmente al tratar de instruirla por medio de maestros particulares. Como consecuencia de todo ello, Kasturbai puede en la actualidad escribir trabajosamente cartas muy sencillas y entender el *gujaratí* elemental. Estoy seguro de que si mi amor hacia ella hubiera estado libre de lujuria, hoy sería una dama instruida, pues yo hubiera logrado vencer su desagrado hacia el estudio. Me consta que para el amor puro no hay nada imposible.

He mencionado una circunstancia que, más o menos, me salvó de los desastres del amor lujurioso. Hay otra cosa digna de destacarse. Numerosos ejemplos me han convencido de que a la postre Dios siempre salva a quienes alientan intenciones puras. Junto con la cruel costumbre de los matrimonios infantiles, la sociedad hindú tiene otra costumbre que, en cierta medida, disminuye los males de la primera. Los padres no permiten a las parejas jóvenes estar a solas mucho tiempo. La niña-esposa pasa más de la mitad de su tiempo en casa de sus padres. Tal era nuestro caso. Es decir, que durante los primeros cinco años de nuestra vida de casados (o sea, de los trece a los dieciocho años), no habremos vivido juntos, en total, más allá de un período de tres. Apenas llegamos a pasar juntos seis meses consecutivos, pues invariablemente se llevaban a mi esposa a la casa de sus padres. Por supuesto, el que la obligaran a ir nos disgustaba a los dos, pero lo cierto es que nos salvó a ambos tal costumbre.

A la edad de dieciocho años fui a Inglaterra, lo cual significó una larga y saludable separación. E incluso a mi regreso del Reino Unido no pasábamos juntos más allá de seis meses, por cuanto yo tenía que ir y venir frecuentemente de Rajkot a Bombay. Luego llegó la llamada de Sudáfrica, y nuevamente quedé libre del apetito carnal.

5. EN LA UNIVERSIDAD

Ya dije que estudiaba en el instituto cuando me casé. Los tres hermanos cursábamos en el mismo centro. El mayor estaba en las clases superiores, y el que se casó junto conmigo, concurría a un curso más adelantada. El matrimonio nos hizo retrasar a ambos un año en la enseñanza, pero para mi hermano fue peor, ya que abandonó totalmente sus estudios. Solo el cielo sabe a cuántos jóvenes les pasa lo mismo que le pasó a él. Únicamente en nuestra actual sociedad hindú los estudios y el matrimonio van del brazo.

Yo proseguí mis estudios. En el instituto no estaba calificado como un muchacho torpe y siempre disfruté del aprecio de mis profesores. Los certificados de aplicación y buena conducta seguían llegando cada año a manos de mis padres. Jamás recibieron un certificado negativo. En realidad, después del segundo curso comencé a obtener distinciones. En el quinto y sexto gané becas de cuatro y diez rupias, hazaña por la cual debo dar más gracias a la suerte que a mis merecimientos. Porque las becas no eran accesibles a todos, sino que estaban reservadas para los mejores estudiantes de la División Sorath de Kathiawad. Y en aquellos días no podía haber muchos escolares de Sorath en una clase de cuarenta o cincuenta alumnos.

Recuerdo que yo tenía un alto concepto de mi capacidad y siempre me quedaba sorprendido cuando me otorgaban premios y becas. Seguía manteniendo celosamente mi carácter de siempre. La más leve reprimenda llenaba mis ojos de lágrimas. Cuando merecía, o el maestro creía que merecía una amonestación, yo apenas lograba soportarlo. Recuerdo que en cierta ocasión fui castigado corporalmente. No me importaba el castigo en sí, sino su significado y lloré desconsoladamente. Eso ocurrió en el primero o segundo curso. En el séptimo se produjo otro incidente. El rector era Dorabji Edulji Gimi, muy popular entre los alumnos, pese a que era un hombre de método y amante de la disciplina, ante todo, un buen maestro. El rector había establecido la gimnasia y el juego de cricket o fútbol, como obligatorios para los grados superiores, eran estas las actividades que a mí me disgustaban y jamás tomé parte en ningún ejercicio, ni en partido alguno de cricket o fútbol, hasta que los impusieron como obligatorios. La causa de este alejamiento, que ahora advierto que era erróneo, fue mi timidez. Por aquel entonces yo consideraba, equivocadamente, que los ejercicios físicos no tenían nada que ver con la educación. Hoy comprendo que el adiestramiento corporal en la enseñanza, debe ir a la par que la instrucción intelectual.

No obstante, debo decir que tenía mis motivos para abstenerme de aquellos ejercicios. Había leído en los libros lo beneficioso que resulta dar largos

paseos al aire libre, y como me gustó el consejo, había adquirido la costumbre de dar prolongadas caminatas. Y esas caminatas me fortalecieron mucho físicamente.

La razón de mi rechazo de la gimnasia, era por el ardiente deseo que tenía de atender y cuidar a mi padre. Apenas concluía la clase, yo me iba corriendo a casa y comenzaba a atenderlo. Los ejercicios obligatorios interrumpían este servicio, por lo cual pedí a Mr. Gimi que me eximiera de hacerlos, de modo que me quedara tiempo libre para atender a mi progenitor. Pero se negó a escucharme.

Así las cosas, un sábado, en que habíamos asistido a clase por la mañana, debía ir a la universidad a las cuatro de la tarde para hacer los ejercicios gimnásticos. Y como no tenía reloj y estaba nublado, me equivoqué de hora. Cuando llegué a la universidad, mis compañeros se habían ido ya. Al día siguiente, Mr. Gimi, al revisar la lista, advirtió mi ausencia. Me preguntó las causas de mi falta y yo le dije la verdad de lo ocurrido. Pero se negó a creerme y me obligó a pagar una multa de una o dos *annas* (no recuerdo la cifra exacta).

¡ Me acusó de embustero ¡ Era algo que me dolía profundamente. ¿Cómo podría probar mi inocencia? Lloré abrumado por la más profunda angustia. Comprendí que el hombre verdadero debe ser también cuidadoso. Y ese fue mi primer y último descuido en el instituto. Si mal no recuerdo, creo que al fin la multa me fue condonada. La exención de los ejercicios físicos la conseguí, desde luego, ya que mi padre escribió al rector diciéndole que necesitaba que fuera a casa apenas concluían las clases.

Pero si nada malo pasó por haber descuidado los ejercicios de cultura física, todavía estoy pagando la pena de otro descuido. No sé de dónde saqué la idea de que una buena letra era parte innecesaria de la educación, pero lo cierto es que lo seguí creyendo hasta llegar a Inglaterra. Cuando más tarde, especialmente en Sudáfrica, vi la hermosa escritura de los abogados y otros jóvenes nacidos y educados en Sudáfrica, me sentí avergonzado y arrepentido de mi negligencia. Vi que la mala letra estaba considerada como un indicio de educación incompleta. Traté más tarde de mejorar la mía, pero ya no era posible. Jamás logré reparar esa negligencia de mi juventud.

Que los jóvenes de ambos sexos se miren en mi ejemplo y comprendan que la buena caligrafía es parte necesaria de una buena educación. Hoy estoy convencido de que los niños, antes de aprender a escribir, deberían aprender a dibujar. Que el niño aprenda las primeras letras por observación propia, mientras dibuja flores o pájaros. Cuando se les enseña a escribir después que

aprendieron a dibujar objetos, logran una escritura más bella, porque ya tienen la mano educada.

Dos reminiscencias más de mis días de estudiante son dignas de mención. Perdí un año debido a mi matrimonio y mi profesor quiso que compensara la pérdida saltándome un año, privilegio este que se otorgaba a los muchachos estudiosos. Por consiguiente, tenía solo seis meses de estudio en el tercer curso y fui pasado al cuarto después de los exámenes previos a las vacaciones de verano. El inglés era el medio de enseñanza que se empleaba a partir del cuarto año en casi todas las materias, y me encontré perdido. La geometría era un tema nuevo para mí en el que no me sentía demasiado fuerte, y el inglés me la hacía más difícil aún. El profesor enseñaba muy bien la materia. Pero yo no lograba seguirle. Con frecuencia me sentía desanimado y pensaba en la conveniencia de volver al tercer curso; pensando que hacer dos años en uno era un proyecto demasiado ambicioso. Pero tal decisión me hubiera desacreditado, no solo a mí, sino también a mi maestro que, contando con mi aplicación, me recomendó para el ascenso al cuarto curso. Y el temor a ese doble descrédito me mantuvo en mi puesto. Sin embargo, cuando, con grandes esfuerzos llegué a los teoremas de Euclides, se me reveló por completo la gran sencillez del tema. Una materia, que únicamente exigía el puro y simple uso de la facultad de razonar de casa cual, no puede ser difícil. Desde ese momento la geometría pasó a ser algo muy sencillo e interesante para mí.

En cambio, el sánscrito me exigía penosos esfuerzos. En geometría no era necesario aprender nada de memoria, mientras que para el sánscrito era imprescindible memorizar. Esta materia también era nueva, pues se comenzaba a dar en cuarto año. Pero cuando llegué al sexto me sentí descorazonado. El profesor era un maestro inflexible y, a mi entender, demasiado exigente con los muchachos. Había una especie de rivalidad entre los maestros de sánscrito y de persa. Este último era más tolerante, y los muchachos solían decir que el persa era muy sencillo y que el maestro era muy bueno y considerado con los alumnos. La “facilidad” me tentó y un día me senté en la clase de persa. El profesor de sánscrito se ofendió y llamándome junto a él, me dijo: “¿Cómo puedes olvidar que eres hijo de un padre *vaishnava*? ¿No quieres aprender la lengua de tu religión? Si tienes dificultades ¿por qué no acudes a mí? Yo deseo enseñaros el sánscrito lo mejor que pueda. A medida que avancéis en su estudio descubriréis en él cosas de apasionante interés. No debes desanimarte. Ven y toma asiento de nuevo en la clase de sánscrito”.

Tanta amabilidad me hizo avergonzar de mi proceder. No podía desdeñar el afecto de mi maestro y hoy solo puedo recordar con gratitud a Krishnashankar Pandya, porque si no hubiera aprendido el poco sánscrito que

aprendí, entonces me hubiera sido difícil interesarme en nuestros libros sagrados. En realidad, lamento profundamente no haber sido capaz de adquirir un conocimiento más completo de esa lengua. Estoy convencido de que todo joven hindú, de ambos sexos, debe poseer amplios conocimientos de sánscrito.

Pienso que en todos los establecimientos de enseñanza superior de la India debe enseñarse, además de la lengua vernácula, el *hindí*, el sánscrito, el árabe y el inglés. Esta enorme lista no tiene por qué espantar a nadie. Si nuestra educación fuera más sistemática y los muchachos no tuvieran que estudiar valiéndose de una lengua extraña, estoy seguro de que aprender todos esos idiomas sería en lugar de una tarea pesada algo que harían con verdadero placer. El conocimiento científico de una lengua básica hace comparativamente sencillo el aprendizaje de otros idiomas.

En realidad, el *hindí*, el *gujaratí* y el sánscrito pueden ser considerados como un solo idioma y el persa y el árabe también como uno solo, pues aun cuando el persa es una lengua aria y el árabe pertenece a la familia idiomática semita, hay una estrecha relación entre uno y otro, pues ambos se desarrollaron como consecuencia del auge del Islam y bajo su influencia.

No he considerado al *urdu* como una lengua distinta porque como adoptó la gramática *hindí* y su vocabulario es principalmente persa y arábigo, el que quiera aprender *urdu* tendrá que estudiar el persa y el árabe, del mismo modo que quien desee poseer un buen *gujaratí*, *hindí*, *bengalí* o *marathí*, ha de aprender el sánscrito.

6. UNA TRAGEDIA (I)

Entre mis nuevos amigos del instituto tuve, en diferentes épocas, dos a los que puedo llamar íntimos. Una de esas amistades no duró mucho, aun cuando yo jamás olvidé a mi compañero. Fue él quien me abandonó a mí cuando hice amistad con otro. Esta última amistad la considero como una tragedia en mi vida. Duró mucho y la inicié con el espíritu de un reformador.

Este camarada de que hablo era, al comienzo, amigo de mi hermano mayor. Eran compañeros de clase. Yo conocía sus debilidades, pero lo consideraba como un amigo fiel. Mi madre, mi hermano mayor y mi esposa me advirtieron que era una mala compañía. Sin embargo, yo lo defendía diciendo: “Ya sé que tiene todas las debilidades que le atribuí, pero no conocéis sus virtudes. En modo alguno puede descarriarme porque mi amistad con él se debe al propósito que abrigo de reformarlo. Estoy seguro de que si corrige su

manera de conducirse, será un hombre espléndido. Os ruego que no sintáis ninguna preocupación por mí”.

No creo que estas palabras dejaran satisfechos a los míos, pero aceptaron la explicación y me dejaron seguir mis impulsos.

Más tarde, me di cuenta de que mis cálculos eran erróneos. Un reformador no puede ser íntimo amigo de aquel a quien aspira a reformar. **La verdadera amistad es una identidad de almas que rara vez se encuentra en este mundo. Solo entre naturalezas muy afines y semejantes puede la amistad ser auténtica y duradera. Los amigos de verdad reaccionan del mismo modo.** Por eso, la amistad no deja lugar a la reforma. Estimo que deben evitarse las amistades íntimas exclusivas, pues el hombre se contagia más fácilmente de los vicios que de las virtudes. **Y el que quiera mantener una firme amistad con Dios, debe permanecer solo o bien hacer del mundo entero su íntimo amigo.** Puedo estar equivocado, pero el esfuerzo de que hablo para cultivar una íntima amistad concluyó en fracaso absoluto.

Una ola de “reforma” barría Rajkot cuando me hice amigo del muchacho a que me refiero. Me informó que muchos de nuestros maestros comían carne y bebían vino, en secreto. Nombró también muchas gentes notables de Rajkot que hacían lo mismo. Entre ellas figuraban algunos alumnos de los cursos superiores.

Me quedé sorprendido y apenado. Le pregunté a mi amigo las causas de aquello y me contestó: “Somos un pueblo débil porque no comemos carne. Los ingleses pueden dominarnos precisamente porque la comen. Tú sabes lo fuerte y lo excelente corredor que soy. Eso se debe a que como carne. Quienes comen carne no tienen forúnculos ni tumores, pero si llegan a tenerlos se curan rápidamente. Nuestros maestros y otras gentes distinguidas que se alimentan con carne no son unos necios. Conocen las virtudes de la carne. Deberías hacer lo mismo. No hay como probar. Hazlo y verás qué fuerte te sientes”.

Toda esa propaganda a favor de la alimentación carnívora no me la expuso en una sola sesión. Representa la síntesis de una larga y elaborada discusión entre ambos, con la cual mi amigo trataba de impresionarme de vez en cuando.

Mi hermano mayor ya había caído víctima de sus argumentos y, por consiguiente, defendía la tesis de nuestro amigo. Yo, ciertamente, parecía endeble al lado de los dos. Ambos eran más fuertes, más acometivos y más audaces que yo. Y las hazañas de mi amigo me impresionaban realmente. Podía recorrer grandes distancias y a extraordinaria velocidad. Era un brillante

adepto del salto de altura y distancia. Podía soportar los castigos corporales más recios. A veces exhibía ante mí sus habilidades y yo me quedaba asombrado, pues uno siempre admira en los demás las cualidades de que carece. Lo cual fue seguido por un fuerte deseo de ser como él. Yo apenas podía correr y era incapaz de saltar. ¿Por qué no había de ser tan fuerte como él?

Además, yo era cobarde. Me obsesionaba el temor a los ladrones, los fantasmas y las serpientes. La obscuridad me causaba terror. Me resultaba casi imposible dormir sin luz, pues comenzaba a ver fantasmas por un lado y ladrones y serpientes por otro. Por consiguiente, jamás me acostaba sin dejar encendida una luz en mi dormitorio. ¿Cómo podía yo revelarles esos temores a mi esposa, que ya no era una niña sino que pisaba el umbral de la juventud? Yo sabía que mi mujer tenía más valor que yo, y me sentía avergonzado de mí mismo. Ella no temía a los fantasmas ni a las serpientes. Era capaz de salir y caminar en medio de la obscuridad.

Pero mi amigo conocía mis debilidades y me decía que él podía agarrar con sus manos serpientes vivas, y hacer frente a los ladrones y que, además, no creía en los fantasmas. Todo ese valor era, naturalmente, el resultado de comer carne.

Una copla del poeta *gujaratí* Narmad, que estaba de moda entre los alumnos, decía así:

*Contempla al poderoso inglés
que gobierna al débil indio;
porque es de carne comedor
dos metros su estatura alcanza.*

Todo aquello producía en mí un efecto innegable. Me sentía derrotado. Comencé a pensar que comer carne era bueno y que si lo hacía me convertiría en un hombre fuerte y osado, así como que si todo el país comenzaba a alimentarse de la misma manera, podríamos vencer a los ingleses.

Fijamos un día para iniciar el experimento, que habíamos decidido realizar secretamente. Los Gandhis eran *vaishnavas*. Mis padres eran *vaishnavas* de gran convicción. Visitaban con regularidad el *Haveli*. La familia tenía incluso sus propios templos. El jainismo tenía mucha fuerza en Gujarat y su influencia se hacía sentir en todas partes. La oposición y el horror a comer carne que existía en Gujarat entre los *jainitas* y los *vaishnavas* no tenían igual en toda la India, ni fuera de ella. Esa era la tradición en que habían nacido y me había educado, y yo era tremendamente devoto de mis padres. Sabía que

en cuanto se enterasen de que comía carne, quedarían mortalmente espantados. Además, mi amor a la verdad me hacía más cauteloso. No puedo decir que ignoraba que mis padres sufrirían una terrible decepción al enterarse de que comía carne. Pero mi espíritu estaba doblegado por la “reforma”. No se trataba de darle gusto al paladar. Ni siquiera sabía que pudiera resultar agradable comer carne. El problema era que deseaba ser fuerte y audaz y quería que mis compatriotas lo fuesen también para derrotar a los ingleses y libertar a la India. Todavía no había escuchado la palabra *Swaraj*, pero ya sabía lo que significaba la libertad. El frenesí de la “reforma” me cegaba.

Así, habiendo tomado precauciones para garantizar el secreto, me convencí de que, simplemente, ocultando el hecho a mis padres, no me apartaba de la verdad.

7. UNA TRAGEDIA (II)

Y llegó el día. Es difícil describir mi estado de ánimo. Por un lado, experimentaba el celo de la “reforma” y la novedad de iniciar algo trascendental en mi vida. Por otro, la vergüenza de ocultar como un ladrón lo que iba a hacer. No puedo decir cuál de ambos sentimientos predominaba en mí. Buscamos un lugar solitario junto al río y allí vi, por primera vez en mi vida, la carne como alimento. Había también pan. No pude ingerir ninguna de ambas cosas. La carne de cabra era como cuero. Sencillamente, no pude comerla. Me sentí enfermo y tuve que irme.

Aquella noche fue muy mala para mí. Me asaltó una horrenda pesadilla. Apenas me quedaba dormido sentía balar en el interior de mi cuerpo a una cabra y me despertaba lleno de remordimientos. Pero después me tranquilizaba diciendo que aquel intento de comer carne era un deber.

Mi amigo no era hombre que cediera fácilmente. Comenzó a cocinar algunos platos exquisitos a base de carne, presentándolos de manera muy atractiva. Y para cenar, ya no se trataba de ir a un lugar solitario junto al río, sino en un centro del estado, con su comedor, mesas y sillas. Mi amigo había arreglado el asunto con el jefe de los cocineros.

Este cebo surtió efecto. Vencí mi desagrado hacia el pan, ahogué mi compasión hacia las cabras y comencé a comer platos aderezados con carne, ya que no la carne en sí. Esto duró un año y en total habré participado en media docena de banquetes carnívoros. Porque no podíamos ir al comedor con

frecuencia y, además, se sumaba la dificultad de obtener el dinero necesario para preparar los costosos y sabrosos platos de carne. Yo no tenía dinero para pagar esta “reforma” y era mi amigo el que tenía que conseguirlo. Ignoro de dónde lo sacaba. Pero lo conseguía, porque estaba decidido a convertirme en un comedor de carne. Sin embargo, sus recursos debían ser limitados, y de ahí que los banquetes resultaran tan limitados y espaciados.

Siempre que se presentaba la ocasión de hacerlo, cuando llegaba a mi casa no probaba bocado. Naturalmente, mi madre me insistía para que comiese algo y al negarme me preguntaba el motivo. Entonces yo le contestaba: “Hoy no tengo apetito. Mi digestión anda mal”.

Yo inventaba esos pretextos con verdadero pesar. Sabía que mentía. Que le mentía a mi madre. Sabía también que si mis padres llegaban a enterarse de la verdad, sufrirían profundamente. Y esta convicción me resultaba muy dolorosa.

Por consiguiente me dije: “Aun cuando es esencial comer carne y también implantar la reforma en todo el país, engañar y mentir a los propios padres es peor que no comer carne. Por tanto, mientras ellos vivan no debo hacerlo. Cuando dejen de existir y yo tenga libertad absoluta, comeré carne abiertamente. Pero hasta que llegue ese momento, me abstendré totalmente”.

Comuniqué esta decisión a mi amigo y desde entonces jamás volví a comer carne. Mis padres jamás supieron que dos de sus hijos se habían hecho carnívoros.

Abjuré de la carne por la pureza de mi deseo de no mentir a mis padres, pero no abjuré de la compañía de mi amigo. Mi celo por reformarlo había resultado desastroso para mí, pero yo desconocía por completo esa realidad. Y esa misma compañía me hubiera llevado a serle infiel a mi esposa. Sin embargo, me salvé por milagro.

Mi amigo me llevó a un burdel. Me introdujo dándome las necesarias instrucciones. Todo estaba arreglado. Ya habíamos pagado el precio. Entré en las fauces del pecado, pero Dios, en su infinita misericordia, me protegió pese a mí. Prácticamente me quedé ciego y sordo ante el espectáculo del vicio. Me senté cerca de la mujer en la cama, pero tenía un nudo en la lengua que me impedía decir palabra. Ella, lógicamente, perdió la paciencia y me señaló la puerta, entre sarcasmos e insultos.

Sentí entonces como si mi hombría hubiera sido insultada y deseé de pura vergüenza, que la tierra me tragase. Pero desde entonces no he dejado de darle gracias a Dios por haberme salvado.

Recuerdo otros cuatro incidentes similares ocurridos en el transcurso de mi vida, y en la mayoría de ellos mi buena fortuna, más que los esfuerzos conscientes por mi parte, fue mi salvación. Desde un punto de vista estrictamente ético, todas esas oportunidades deben considerarse como caídas morales; por cuanto el deseo carnal existía y, por tanto, es tan válido como la consumación. Pero desde el punto de vista común, un hombre que no llega a incurrir en pecado es porque se ha o ha sido salvado. Pues bien, solo en tal sentido yo me salvé.

Hay algunos actos en que, el simple hecho de no realizarlos, es un presente de Dios para el pecador que se salva y para quienes lo rodean. Y el hombre, apenas recobra la conciencia de lo bueno y lo malo, queda agradecido a la divina providencia por su intercesión. Así como sabemos que el hombre, por mucho que se resista, sucumbe a veces a la tentación, también sabemos que la providencia en ciertas ocasiones intercede y lo salva a pesar suyo.

El modo como se produce todo esto —hasta qué punto el hombre es libre o hijo de las circunstancias y cuándo entra el destino en escena— es un misterio y seguirá siendo un misterio.

Pero sigamos con nuestra historia. Ni siquiera eso fue suficiente para abrirme los ojos y hacerme comprender lo peligroso de la compañía de mi amigo. Por tanto, quedaban muchas amargas heces reservadas para mí, hasta que mis ojos descubrieran la verdad al contemplar algunos de sus vicios, por completo insospechados para mí. Pero hablaremos de ellos más adelante y ahora procedamos por orden cronológico.

No obstante, antes debo mencionar algo ocurrido por la misma época. Una de las razones de mis diferencias con mi esposa era, indudablemente, la compañía de este amigo al que me estoy refiriendo. Yo era al mismo tiempo un esposo amante y celoso, y mi amigo encendía la llama de las sospechas con respecto a mi mujer. Nunca pude dudar de su veracidad. Pero jamás podré perdonarme la mucha violencia de que he sido culpable al darle disgustos a mi mujer, actuando bajo la influencia de mi mala compañía.

Quizá solamente una esposa hindú es capaz de tolerar tales sufrimientos, y tal vez por eso yo contemplo a la mujer como una encarnación viviente de la tolerancia. Un criado del que se sospecha injustamente, puede renunciar a su puesto; un hijo tratado de la misma manera puede abandonar el hogar de sus padres y un amigo, puede poner término a una amistad. Pero la esposa, si sospecha que su esposo la engaña, tiene que soportarlo y si su esposo desconfía y recela de ella, está perdida siendo inocente. ¿Qué puede hacer? ¿A dónde ir? La esposa hindú no puede intentar el divorcio ante los tribunales de justicia. La ley no le ofrece ninguna solución para sus males.

Sí, jamás podré perdonarme ni olvidar mi culpa al haber provocado la desesperación de mi esposa.

El cáncer de la desconfianza fue únicamente desarraigado cuando comprendí lo que era la *ahimsa** y sus consecuencias.

Vi entonces la gloria de la *brahmacharya*** y advertí que la esposa no es una esclava del marido, sino su compañera y colaboradora, es decir, una parte igual al esposo y que ha de compartir sus pesares y alegrías. Pero tan libre como el marido para elegir su propia conducta y actitud frente a la vida.

Siempre que me acuerdo de esos días sombríos llenos de dudas y recelos, maldigo una y mil veces mi estupidez y mi crueldad sensual, así como también deploro profundamente la ceguera que mantuvo mi amistad con aquel muchacho.

8. ROBO Y EXPIACIÓN

Todavía tengo que relatar algunas de mis faltas cometidas durante el período en que fui comedor de carne, y aún de antes, es decir, anteriores a mi matrimonio o a poco de realizarse este.

Un pariente y yo nos acostumbramos a fumar. No es que pensáramos que el cigarrillo era saludable, ni que estuviéramos enamorados del sabor o el olor del humo del tabaco. Sencillamente, imaginábamos que se obtenía un gran placer emitiendo nubes de humo por nuestras bocas. Mi tío estaba envejecido y, cuando lo vimos fumar, pensamos que debíamos imitar su ejemplo. En consecuencia, comenzamos a recoger las colillas que mi tío arrojaba por todas partes.

Pero no siempre conseguíamos todas las que queríamos, y además, una colilla da poco humo. Por consiguiente, comenzamos a hurtar algunos cobres del monedero de la servidumbre para comprar cigarrillos indos. El problema mayor consistía en ocultarlos. Por supuesto, no podíamos fumar en presencia de nuestros mayores. Pero de cualquier forma nos las arreglamos durante unas cuantas semanas, merced a las monedas robadas. Y entonces nos enteramos de que los tallos de cierta planta, una vez secos, eran porosos, y se podían fumar como si fueran cigarrillos. Nos aprovisionamos de los tallos en cuestión y empezamos a consumirlos como si fuera tabaco.

* Ahimsa equivale a no hacer daño y no practicar ninguna clase de violencia.

** *Brahmacharya* significa literalmente la conducta que lleva hasta Dios. Sus normas fundamentales son el dominio de sí mismo y, en particular, la abstinencia sexual.

Sin embargo, aquello no nos dejaba satisfechos. Nuestros deseos de independencia despertaron y tomaron cuerpo. Era insoportable que no pudiéramos hacer nada sin el permiso de los mayores. Al fin, en el colmo de nuestro disgusto, ¡decidimos suicidarnos! Pero ¿cómo lo íbamos a llevar a cabo? ¿De dónde íbamos a sacar el veneno? Oímos decir que las semillas del *dhatura* eran un veneno muy eficaz. Salimos al bosque en busca del *dhatura* y conseguimos las simientes necesarias. Se estima que la hora más auspiciosa es el anoecer. Fuimos al *Kedarji Mandir*, pusimos aceite en la lámpara del templo, buscamos un rincón solitario y ... nos falló el valor. ¿Supongamos que no quedemos muertos al instante? Bueno, ¿y qué adelantábamos matándonos? ¿No era preferible poner término a nuestra situación de dependencia?

De todos modos ingerimos dos o tres de las semillas fatales. No nos atrevimos a más. Los dos nos resistimos ante la idea de la muerte, y decidimos ir a *Ramji Mandir* para sosegarlos y descartar la idea del suicidio.

Descubrí entonces que no es tan fácil cometer el suicidio, como lo es pensar en él y decidirse a suicidarse. Y desde entonces, siempre que he oído a alguien amenazando con matarse, no lo he tomado muy en serio.

La idea de suicidarnos produjo en mi pariente y en mí la decisión de dejar el vicio de fumar colillas y de hurtar monedas de cobre para comprar tabaco. Desde entonces jamás he sentido la tentación de fumar y siempre he considerado ese vicio como algo bárbaro, sucio y nocivo. Jamás he logrado comprender, cómo es posible que impere ese furor por fumar que domina al mundo entero. Ni siquiera puedo soportar un viaje en compañía de gentes que fumen.

Pero mucho más serio que el hurto de que hablé, es el que cometí algún tiempo después. Sustraí los cobres cuando tenía doce o trece años a lo sumo, y hasta menos tal vez. Pero el otro delito lo cometí a los quince. Robé un pedacito de oro del brazalete de mi hermano, el que comía carne. Este hermano había contraído una deuda de quince rupias y llevaba en su brazo un brazalete de oro. No resultó difícil quitarle un pedacito.

Bien. Así lo hicimos y la deuda quedó saldada. Pero aquella complicidad delictuosa resultó demasiado fuerte para mí. Resolví no volver a robar nunca. Y también tomé la decisión de contarle la verdad a mi padre. Pero no me atrevía a hablarle. No es que tuviese miedo de que mi padre me pegara. No. Mi padre jamás había pegado a ninguno de nosotros. Lo que yo temía era el dolor que iba a causarle. No obstante, pensé que era necesario correr el riesgo, y que no podía haber una purificación suficiente, sin la confesión de mis culpas.

Al fin decidí escribir la confesión para entregársela a mi padre e implorar su perdón. La redacté en una hoja de papel y se la entregué yo, personalmente.

te. En dicha nota, no solo confesaba mi culpa, sino que solicitaba un adecuado castigo, y concluía rogándole que no se castigara a sí mismo, por culpa de mis pecados.

Temblaba de pies a cabeza cuando hice entrega a mi padre de la confesión. Él estaba enfermo a consecuencia de una fístula y se hallaba en cama. Cama que no era más que una simple tabla de madera. Le entregué la nota y me senté en su humilde lecho. Comenzó a leerla y a poco gruesas lágrimas cayeron de sus ojos, humedeciendo el papel. Por espacio de unos momentos cerró sus ojos como si meditase y, luego, rasgó el papel. Se había sentado para leerlo, pero, al romperlo, se volvió a recostar. Yo también lloraba, pues podía advertir fácilmente la agonía que estaba padeciendo mi padre. Si yo fuera pintor, ahora mismo podría reproducir vívidamente aquella escena, que recuerdo hasta en sus más mínimos detalles.

Aquellas perlas de amor que rodaron por las mejillas de mi padre, purificaron mi corazón y lo dejaron libre de pecado. Solamente el que ha experimentado tal amor, puede saber lo que es. Como dice el himno:

*Solo el
que ha sido herido por los dardos del amor
conoce su poder.*

Fue esa para mí una gran lección de *ahimsa*. Entonces, solo podía descubrir en ella el amor de los padres, pero hoy sigo sabiendo que era pura *ahimsa*. Cuando la *ahimsa* abarca todo, también transforma cuanto toca. Y no hay límites para su poder.

Esta suerte de perdón sublime no era natural en mi padre. Yo había supuesto que se enfurecería, que se golpearía la frente y me dirigiría palabras duras. Pero permaneció asombrosamente en paz, y yo creo que se debió a la pureza y sinceridad de mi confesión. Una confesión pura, acompañada por la promesa de no volver a pecar jamás, y que se hace a quien debe recibirla, es el tipo más puro de arrepentimiento. Yo sé que mi confesión hizo que mi padre se sintiera absolutamente seguro sobre mi conducta futura, y que su cariño por mi aumentara lo indecible.

9. LA MUERTE DE MI PADRE Y MI DOBLE VERGÜENZA

Los acontecimientos que voy a relatar ocurrieron cuando yo tenía dieciséis años. Mi padre, como ya hemos visto, estaba en cama, enfermo a causa

de una fístula. Mi madre, vieja servidora de su propio hogar, y yo, éramos quienes lo atendíamos principalmente. Yo cumplía las obligaciones de una enfermera, es decir que, fundamentalmente, me ocupaba de vestirlo, darle las medicinas y efectuar las mezclas de drogas que habían de efectuarse en casa. Además, todas las noches le daba masaje en las piernas y me retiraba solamente cuando él me lo pedía o después que se quedaba dormido. Cumplía todas esas obligaciones con verdadero gusto. No recuerdo haberme descuidado jamás. Todo mi tiempo estaba dividido entre cumplir mis deberes escolares y cuidar de mi padre. Solamente salía para ir al instituto, o para dar un paseo al anochecer, siempre que la salud de mi padre me lo permitiera, por hallarse mejor.

Todo esto ocurría por la época en que mi esposa estaba esperando un niño, circunstancia que, según veo ahora, constituía para mí una doble vergüenza. Porque, por una parte, no me dominé como debiera haberlo hecho durante mi época de estudiante; por otra, porque el deseo carnal absorbía lo mejor de mí ser, que hubiera debido entregar a los estudios, y además no me permitió cumplir plenamente con otro deber mucho mayor: el de la dedicación a mis padres, pues desde la niñez *Shravan* fue mi más alto ideal. Cada noche, mientras mis manos masajearan las piernas de mi padre, mi pensamiento se encaminaba hacia el dormitorio de mi esposa... incluso en la época en que la religión, la ciencia médica y el sentido común, prohíben todo contacto sexual. Y siempre que concluía con mis deberes filiales, después de hacerle una reverencia a mi padre, me dirigía al dormitorio.

Al mismo tiempo mi padre empeoraba día a día. Los médicos *ayurvedas* habían probado con él todos sus ungüentos. Los *jaquimes**, todas sus cataplasmas, y los curanderos locales, sus remedios secretos. Incluso un doctor inglés trató de curarlo y, como último recurso, diagnosticó que era necesario operarlo. Pero el médico de la familia se opuso, sosteniendo que una operación a tan avanzada edad no era aconsejable. Y como se trataba de un médico competente y famoso, prevaleció su opinión. Se desechó la idea de operarlo y se compraron varias medicinas que de nada sirvieron. Tengo la impresión de que si hubiera hecho caso al médico occidental, la herida se podría haber curado fácilmente. Además, la operación la hubiera llevado a cabo un famoso cirujano de Bombay.

Pero Dios había dispuesto las cosas de otro modo. Cuando la muerte es inminente, ¿quién puede saber cuál es el remedio apropiado? Mi padre regresó de Bombay, donde fue preparado para la operación, que al final no se hizo. Tenía escasas esperanzas de vivir. Cada día estaba más débil, hasta que hacia

* Médicos musulmanes. En árabe, jaquim o hakim significa médico.

el final, le rogábamos que se dejara ayudar para realizar en la cama sus necesidades fisiológicas. Pero jamás accedió. Hasta el último momento insistió en realizar el terrible esfuerzo de levantarse del lecho. Las reglas *vaishnavitas* sobre la limpieza corporal son inexorables.

Tal limpieza no cabe duda de que es esencial, pero la ciencia médica de occidente nos ha enseñado que todas esas funciones, incluso el tomar un baño, se pueden efectuar en el propio lecho dentro de la más estricta limpieza, sin la más leve molestia para el enfermo y manteniendo la cama impecablemente limpia. Lo cual yo lo considero perfectamente compatible con nuestra observancia religiosa. Pero la insistencia de mi padre en levantarse siempre que le era imprescindible, me llenaba de admiración, y en la actualidad sigo admirando su temple.

Llegó la noche aciaga. Mi tío se hallaba en Rajkot. Tengo la impresión de que emprendió el viaje a Rajkot, porque se enteró de que mi padre estaba muy grave. Ambos hermanos se querían entrañablemente. Desde que llegó, todas las mañanas, mi tío se sentaba en el borde del lecho de mi padre, y allí se quedaba el día entero. Luego, al llegar la noche, nos enviaba a todos a la cama e insistía en dormir él junto al enfermo. Y así ocurrió también la noche fatal. Ninguno de nosotros se imaginó lo que iba a ocurrir, pese a que, por supuesto, existía el peligro de que ocurriese.

Entre las diez y media y las once de la noche le estuve dando el masaje acostumbrado. Mi tío se ofreció para relevarme. Yo acepté de buena gana y marché hacia mi dormitorio. Mi esposa, pobrecita, había quedado profundamente dormida. ¿Pero cómo podía seguir durmiendo estando yo junto a ella? La desperté. Al cabo de cinco o seis minutos un criado golpeó la puerta. Me sobresalté, muy alarmado. “Levántate —me dijo—. Tu padre está muy enfermo”. Desde luego, yo sabía que estaba muy enfermo, y por ello deduje de sus palabras, que me estaba dando una noticia más grave. Salté de la cama.

—¿Qué sucede? ¡Dímelo!

— El padre ha muerto.

¿De modo que todo había concluido? No me quedaba sino unir mis manos en acción de plegaria. Me sentí hondamente avergonzado y desdichado. Corrí a la habitación de mi padre, y comprendí que si la pasión animal no me hubiese cegado, me habría evitado la tortura de la separación en sus últimos instantes. Tal vez hubiera muerto en mis brazos. Fue mi tío quien tuvo ese privilegio. Quería tanto a su hermano mayor, que se había ganado el honor de prestarle los últimos servicios. Mi padre tuvo el presentimiento de su fin inminente. Por señas pidió pluma y papel y escribió estas palabras: “Pre-

para los ritos postreros”. Entonces se arrancó el amuleto que le habían puesto en el brazo, así como su collar de oro y los arrojó a un lado. Instantes después, dejaba de existir.

La vergüenza, a la cual me he referido, fue la vergüenza de mi deseo carnal, incluso durante la hora crítica de la muerte de mi padre. Es un baldón que jamás he podido disimular ni olvidar, y siempre pienso que, aun cuando mi devoción hacia mis padres no conocía límites, pues estaba siempre dispuesto a hacer por ellos cualquier cosa; sin embargo, no estuve junto a mi padre cuando más me necesitaba, porque mi pensamiento se hallaba aprisionado en aquellos instantes por las garras de la lujuria. Por consiguiente, siempre me he considerado un ser lujurioso, aun cuando esposo fiel. Me costó mucho tiempo liberarme de la lujuria y hube de pasar por muchas duras pruebas antes de lograr superarla.

Antes de poner punto final a este capítulo de mi doble vergüenza, quiero mencionar que la pobre criatura que tuvo mi esposa, apenas llegó a vivir tres o cuatro días. No podía esperarse otra cosa.

Que los casados tomen en consideración este ejemplo que les ofrezco.

10. VISLUMBRES RELIGIOSOS

Desde los seis o siete años, hasta los dieciséis, estuve en la escuela o el instituto, donde me enseñaron toda clase de cosas, menos religión. Debo decir que no extraje todo el provecho que hubiera debido extraer de las enseñanzas de mis maestros. Sin embargo, siempre fui captando cosas de aquí y de allá dentro del ambiente en que vivía.

Aclararé, que el término religión lo utilizo en su más amplia acepción, significando la realización o conocimiento de sí mismo.

Nacido en el seno de la fe *vaishnava* fui con frecuencia al *Haveli*. Pero jamás me sentí muy atraído por sus ritos, pues no me gustaban su pompa y relumbrón. Además, oí rumores de que a su amparo se llevaban a cabo algunas inmoralidades y perdí todo interés. Por consiguiente, nada pude sacar del *Haveli*.

Pero lo que no conseguí con ese credo lo tuve gracias a mi niñera, una vieja sirvienta de la familia, cuyo cariño hacia mí jamás olvidaré. Dije anteriormente que temía a los fantasmas y a los espíritus. Rambha, que ese era el nombre de mi niñera, propuso como remedio a mis miedos, que recitase de memoria el *Ramanama*. Yo tenía más fe en ella que en el remedio, y por eso

comencé a recitar el *Ramanama* desde una edad temprana para ahuyentar mis temores a los espíritus y fantasmas. Esto, claro está, no duró mucho tiempo, pero la buena simiente sembrada en la infancia da siempre buenos frutos. Y creo que gracias a la buena semilla sembrada por la bondadosa Rambha, el *Ramanama* sigue siendo en la actualidad un remedio infalible para mí.

Por la misma época, un primo mío, que estaba muy encariñado con el *Ramayana*, hizo que mi hermano el inmediatamente mayor que yo, aprendiera conmigo el *Ram Raksha*.

Cuando lo supimos de memoria, tomamos por costumbre recitarlo todas las mañanas después del baño. Cultivamos este hábito mientras vivimos en Porbandar. En cuanto nos trasladamos a Rajkot, cayó en el olvido, sobre todo, porque yo no tenía mucha fe. Lo recitaba, principalmente, porque me enorgullecía poder declarar el *Ram Raksha* con una pronunciación correcta.

Lo que dejó en mí una profunda impresión, fue leer el *Ramayana* delante de mi padre. Durante el tiempo en que estuvo enfermo, una parte la pasó en Porbandar. Todas las tardes acostumbraba a escuchar el *Ramayana*, que le leía un gran devoto de *Rama*, Ladha Maharaj, de Bileshvar. Se decía que él mismo se había curado la lepra sin medicina alguna, aplicando a las partes enfermas hojas de *bilva*, que primero habían sido ofrendadas a la imagen de *Mahadeva*, en el templo de Bileshvar, complementándolo con el continuo recitado de *Ramanama*. Se afirmaba que su fe lo habían curado. Todo lo cual podrá o no ser cierto, pero nosotros lo creíamos. Y es un hecho que cuando Ladha Maharaj comenzó a leer el *Ramayana*, todo su cuerpo estaba libre de lepra.

Ladha Maharaj tenía una voz melodiosa. Solía cantar los *dohas* (pareados) y los *chopais* (cuartetos), explicándolos luego y perdiéndose en el discurso, pero arrastrando consigo a quienes le escuchaban. Por aquel entonces yo tendría unos trece años, pero recuerdo perfectamente que solo oírle leer me embelesaba. Gracias a ello quedaron sentadas las bases de mi honda admiración hacia el *Ramayana*. Hoy considero al *Ramayana* de Tulasidas como el libro más grande que existe en toda la literatura religiosa.

Unos pocos meses después de todo esto nos trasladamos a Rajkot y dejamos a un lado el *Ramayana*. Sin embargo, leíamos el Bhagavat cada *Ekadashi**. A veces yo asistía a la lectura de dicho libro, pero el recitado nada me decía. Hoy comprendo que el *Bhagavat* es una obra capaz de evocar fervor religioso. Lo he leído en *gujarattí* con el mismo interés. Pero cuando escuché algu-

* Undécimo día, correspondiente al momento más luminoso y más oscuro de cada mes lunar.

nos pasajes del original, leídos por el *Pandit* Madán Moyhan Malaviya, durante mis veintiún días de ayuno, deseé habérselo oído leer en mi infancia a algún devoto como él, pues me habría aficionado a su lectura desde una edad temprana. Las impresiones que se reciben en la niñez, echan profundas raíces en la naturaleza humana, y yo lamento permanentemente no haber tenido la fortuna de escuchar la lectura de más libros de esta clase, durante ese período.

No obstante, en Rajkot, pronto aprendí a ser tolerante para con todas las ramas del hinduismo y religiones hermanas. Mi padre y mi madre visitaban el *Haveli*, así como los templos de *Siva* y *Rama*, y nos llevaban consigo. Los monjes *jainitas* visitaban a mi padre con frecuencia, quienes incluso se apartaban de sus normas hasta el extremo de aceptar comida de nosotros, que no practicábamos su religión. Estos monjes hablaban con mi padre, tanto sobre temas religiosos como mundanos.

También tenía amigos musulmanes y *parsis*, quienes comentaban con él problemas de la fe, y él escuchaba sus opiniones religiosas con el máximo respeto, e incluso con interés. Cuando yo lo cuidaba estuve presente con frecuencia en tales conversaciones. Y todo este conjunto de cosas inculcaron en mí la tolerancia hacia todas las religiones.

La única excepción en aquellos tiempos, era el cristianismo, hacia el cual experimentaba una especie de antipatía. Y con motivo. Por esas fechas, los misioneros cristianos acostumbraban a situarse en una esquina próxima al instituto, predicando su religión e insultando a los hindúes y a sus dioses. Yo no podía soportarlo. Solo una vez me detuve a escucharlos, pero bastó para disuadirme de repetir el experimento.

También por ese tiempo supe que un hindú muy conocido se había convertido al cristianismo. Era el comentario de toda la ciudad, que, para ser bautizado, tuvo que comer carne de vaca y beber alcohol, así como cambiar sus vestimentas, yendo, a partir de aquel día, vestido a la europea, con sombrero inclusive. Aquellas cosas me atacaban los nervios. No cabe duda, pensaba yo, de que una religión que obliga a comer carne de vaca, beber licores y cambiar de indumentaria, no merece tal nombre. También oí decir que el nuevo converso ya había comenzado a mofarse de la religión de sus padres, de sus costumbres y hasta de su país. Todas esas cosas, repito, desarrollaron en mí una antipatía hacia el cristianismo.

Pero el hecho de que aprendiera a ser tolerante con otras religiones no significaba que tuviera fe alguna en Dios. Por ese entonces cayó en mis manos el *Manusmriti*^{*}, que se hallaba en la colección de libros que tenía mi pa-

* Leyes de Manú, legislador hindú, que contienen preceptos religiosos.

dre. El relato de la creación del mundo y cosas similares no solo coprodujo en mí la menor impresión, sino que, por el contrario, me inclinó algo más hacia el ateísmo.

Yo tenía un primo, que vive todavía, por cuya inteligencia sentía el mayor respeto. Y a él me dirigí con mis dudas. Pero no pudo resolver mi problema y me despachó con esta respuesta: “Cuando seas mayor resolverás tus dudas por ti mismo. A tu edad no deben plantearse esas cuestiones”. Yo me callé, pero no me sentí confortado por sus palabras.

Los capítulos sobre la dieta y otras cuestiones similares del *Manusmriti*, me parecieron contrarios a lo que se practica a diario. Ante esto como frente a mis dudas, siempre me daba la misma respuesta: “Con más lectura y una inteligencia mas desarrollada, llegaré a entenderlo todo claramente”.

De cualquier forma, el *Manusmriti* no me enseñó la *ahimsa*.

Además, ya he relatado anteriormente lo que me sucedió cuando quise comer carne. Pues bien, el *Manusmriti* me pareció que apoyaba la tesis que me indujo a realizar tal experimento. También deduje que era muy moral matar serpientes, piojos y otros bichos semejantes. Recuerdo que a esa edad maté piojos y otros insectos como quien cumple un deber.

Pero algo arraigó en mí profundamente: la convicción de que la moralidad es la base de todo en la vida y de que la verdad es la substancia misma de toda moral. La verdad se convirtió en mi único objetivo. Comenzó a crecer en magnitud cada día, así como mi definición de ella también se fue ampliando constantemente.

Una estrofa didáctica *gujaratí* se adueñó de mi corazón y de mi inteligencia. Su precepto —devuelve bien por mal— se convirtió en mi principio rector. Dicho verso despertó en mí tal pasión que comencé a efectuar numerosas experiencias en tal sentido. He aquí esas (para mí) maravillosas líneas:

*Por un cuenco de agua dad una rica comida;
ante un saludo amable, inclinaos con fervor;
por un simple penique pagad con oro vos;
si la vida os salvan, la vuestra no rehuséis.
Observad así de los sabios sus palabras y acciones;
cada pequeño servicio por diez os será recompensado.
El realmente noble sabe que todos los hombres son uno solo
y devuelve con júbilo el bien por el mal que le hubieran hecho.*

11. PREPARATIVOS PARA IR A INGLATERRA

En 1887 aprobé los exámenes para el ingreso a la universidad. Tales exámenes se solían efectuar en dos centros: Ahmedabad o Bombay. La pobreza general de la región inducía, naturalmente, a los estudiantes de Kathiawad a preferir el lugar más cercano y económico. Y la pobreza de mi familia impuso la misma elección. Así, fui por primera vez de Rajkot a Ahmedabad, y sin compañía alguna.

Mi familia quería que prosiguiera los estudios universitarios. Había una universidad en Bhavnagar, así como otra en Bombay, pero estudiar en la primera resultaba más económico. Decidí ir a Bhavnagar e ingresar en el Colegio Samaldas. Así lo hice, pero me hallé completamente desorientado. No lograba seguir las explicaciones de los profesores, y no por culpa de ellos, pues eran considerados como excelentes maestros. Pero yo no estaba preparado. Y al final del primer curso me volví a casa.

Mavji Dave, un brahmán muy inteligente y culto, era un viejo amigo y consejero de la familia que había seguido visitándonos, incluso después de la muerte de mi padre. Ocurrió que vino a vernos durante mis vacaciones. Charlando con mi madre y mi hermano mayor preguntó sobre mis estudios. Al enterarse de que estaba en el Colegio Samaldas, dijo: “Los tiempos han cambiado. Y ninguno de vosotros puede aspirar a seguir la carrera de vuestro padre sin poseer una educación adecuada. Como este muchacho prosigue sus estudios, todos debéis velar para que mantenga la tradición familiar. Tardaría cuatro o cinco años en obtener un título de menor cuantía. O si, al igual que mi hijo, sigue la carrera de Derecho, le llevará más tiempo todavía. Y cuando se gradúe habrá una legión de abogados aspirando al puesto de *Diwan*. Yo, en vuestro lugar, lo enviaría a Inglaterra. Mi hijo Kevalram dice que allí es muy fácil hacerse abogado. En tres años estará de vuelta, y los gastos no excederán de cuatro a cinco mil rupias. Fijaos en ese abogado que acaba de regresar de Inglaterra. ¡Qué fácilmente vive! Lo harían *Diwan* en cuanto lo pidiera. Os recomiendo que enviéis a Mohandas a Inglaterra este mismo año. Kevalram, que tiene muchos amigos allí, le dará unas cartas de presentación y ya veréis cómo a Mohandas le va muy bien”.

Joshiji —que así es como acostumbrábamos a llamar al viejo Mavji Dave— volvióse hacia mí, y preguntó, con plena seguridad:

— ¿No preferirías estudiar en Inglaterra en vez de aquí?

En verdad, ninguna sugestión podía serme más grata. Yo estaba batallando por sacar adelante mis difíciles estudios, de manera que manifesté que

me gustaría partir hacia Inglaterra lo antes posible. Pero no era tarea fácil aprobar rápidamente los exámenes. ¿No podría estudiar la carrera de medicina?

Mi hermano me interrumpió:

—A nuestro padre jamás le gustó. Pensaba en ti cuando dijo que nosotros los *vaishnavas* no debíamos jamás hacer la disección de organismos muertos. Nuestro padre quería que fueses abogado.

Intervino Joshiji:

—Yo no me opongo a la profesión médica como se oponía Gandhiji. Nuestros *Shastras* no dicen nada en su contra. Pero el título médico no te permitirá ser *Diwan* e incluso algo mejor. Y solo de ese modo puedes tomar a tu cargo la protección de tu numerosa familia. Los tiempos cambian rápidamente y son más duros cada día. Lo más inteligente es que te hagas abogado. —Y volviéndose hacia mi madre, agregó—: Bueno, ahora debo irme. Os ruego que meditéis sobre cuanto os he dicho. Cuando os visite la próxima vez espero que me informéis de que Mohandas se está preparando para ir a Inglaterra. Y por supuesto, creo que me diréis si os puedo ayudar en algo.

Joshiji partió y yo comencé a levantar castillos en el aire.

Mi hermano mayor estaba muy preocupado con la cuestión. ¿De dónde iba a sacar lo necesario para los gastos? Y ¿era prudente enviar al extranjero, sin nadie que lo acompañara, a un joven como yo?

Mi madre sentíase perpleja y apenada. No le gustaba la idea de separarse de mí. Y para quitarme la idea de la cabeza me dijo:

—El tío es ahora el cabeza de familia. Deberíamos consultarle. Si él da su consentimiento, pensaré el asunto.

Mi hermano tenía otros pensamientos, y me los comunicó:

—Tenemos unos derechos evidentes con respecto al Estado de Porbandar. Mr. Lely es el administrador. Tiene un elevado concepto de nuestra familia y estima mucho al tío. Es posible que acceda a recomendarnos para que el Estado preste alguna ayuda para tu educación en Inglaterra.

Me gustó la idea y me dispuse a partir hacia Porbandar. En aquellos tiempos no había ferrocarril y se tardaba en hacer el viaje cinco días, en las lentas carretas de bueyes. Pero en ese momento mi cobardía desapareció, ante el deseo de ir a Inglaterra, cosa que me obsesionaba. Alquilé una carreta de bueyes hasta Dhoraji y allí contraté un camello con el fin de llegar un día antes. Ese fue mi primer viaje en camello.

Llegué a Porbandar, le presenté mis respetos a mi tío y le conté todo. Tras alguna meditación, me contestó:

—No estoy seguro de si es posible estar en Inglaterra sin perjuicio para tu propia religión. Por lo que he oído, tengo mis dudas. Cuando me encuentro con esos grandes abogados indos no advierto ninguna diferencia entre su género de vida y la de los europeos. No conocen escrúpulos respecto a los alimentos, jamás se quitan el cigarrillo de la boca. Beben tan desvergonzadamente como los ingleses. Y todo eso no está de acuerdo con las tradiciones de nuestra familia. Dentro de poco voy a salir en peregrinaje; me quedan pocos años de vida. Y en el umbral de la muerte ¿cómo darte permiso para que cruces los mares? Pero no quiero ser un obstáculo en tu camino. Es el permiso de tu madre el que realmente importa. Si ella te autoriza entonces que Dios sea contigo. Dile que yo no quiero interferir. Ahora vete con mis bendiciones.

—No podía esperar otra cosa de ti —le dije—. Ahora trataré de convencer a mi madre. Pero ¿no estás dispuesto a recomendarme a Mr. Lely?

—¿Cómo puedo hacer tal cosa? Pero es un buen hombre. Pídele una entrevista diciéndole a qué familia perteneces. Te la concederá sin duda alguna, y tal vez decida ayudarte.

No sabría decir por qué mi tío no me dio una nota de recomendación para el administrador. Sospecho que obedeció a que vacilaba en cooperar directamente con mi ida a Inglaterra, cosa que, en su opinión, era un acto irreligioso.

Escribí a Mr. Lely, quien me contestó diciendo que fuese a verlo en su residencia. Me vio cuando iba subiendo la escalera y dijo secamente:

—Gradúate primero y ven a verme después. Ahora no puedo ayudarte. Y se marchó apresuradamente escaleras arriba.

Yo venía cuidadosamente preparado para la entrevista. Me había aprendido de memoria unas cuantas frases oportunas y estaba entrenado para inclinarme y saludarlo con ambas manos. ¡Pero todo fue inútil!

Pensé en las joyas de mi esposa. Y también en mi hermano mayor, en quien tenía la máxima fe. Mi hermano era generoso sin tasa y me quería como a un hijo.

Regresé a Rajkot desde Porbandar e informé de todo lo ocurrido. Consulté a Joshiji, quien aconsejó que incluso debíamos endeudarnos si no había otro remedio. Sugerí utilizar las joyas de mi esposa, de las cuales podíamos obtener dos o tres mil rupias. Mi hermano prometió conseguir el dinero como fuere.

Sin embargo, mi madre todavía no estaba decidida. Había comenzado a hacer una investigación minuciosa sobre Inglaterra. Alguien le había dicho que los jóvenes que iban allí se echaban a perder. Otro la informó de que siempre se concluía por comer carne. Otro más, que allá no se pasaba sin beber alcohol.

—¿Qué me dices a esto? —preguntó.

—¿No confías en mí, madre? Juro que no beberé alcohol ni comeré carne. ¿Acaso aconsejaría Joshiji que vaya, si hubiese algún peligro?

—Yo tengo confianza en ti. Pero ¿cómo puedo estar tranquila y yéndote a una tierra tan distante? Estoy desorientada y no sé qué hacer. Consultaré con Becharji Swami.

Becharji, que al principio fue *modh bania*, era actualmente monje *jainita*. Al igual que Joshiji era consejero de la familia. Acudió en mi ayuda diciendo:

—Prepararé al muchacho para que haga tres votos solemnes, y luego lo autorizaremos para que parta.

Me administró el juramento y yo prometí no tocar vino, mujer ni carne. Tras lo cual obtuve el permiso materno.

El instituto organizó una pequeña fiesta en mi honor. Era algo desusado que un joven de Rajkot fuese a Inglaterra. Había escrito un pequeño discurso de agradecimiento, pero apenas logré balbucear las palabras, tartamudeando a cada instante. Recuerdo que la cabeza me daba vueltas y que mi cuerpo temblaba, mientras me esforzaba en leer.

Partí hacia Bombay, con la bendición de mis mayores. Era mi primer viaje a esa ciudad. Mi hermano me acompañó. Pero cuando llegamos a Bombay, no habían terminado aún las dificultades.

12. DESCASTADO

Con el permiso y las bendiciones de mi madre partí, exultante, dejando a mi esposa con un niño de pocos meses. Pero al llegar a Bombay, los amigos le dijeron a mi hermano que el océano Índico estaba muy tempestuoso durante los meses de junio y julio, y que, siendo este mi primer viaje, no debían dejarme embarcar hasta noviembre. Alguien informó que se había hundido un barco en medio de una galerna.

Todo esto intranquilizó a mi hermano, quien no quiso aceptar el riesgo de hacerme embarcar inmediatamente. Me dejó en Bombay con un amigo y volvió a Rajkot para reanudar sus obligaciones. Depositó el dinero del viaje en manos de un cuñado y advirtió a varios amigos que me ayudaran en todo lo que fuera menester.

El tiempo transcurría lentamente en Bombay. Pesaba sobre mis hombros. No soñaba sino en partir hacia Inglaterra.

Mientras tanto, la gente de mi casta se agitó mucho ante la noticia de mi partida. Ningún *modh bania* había ido jamás a Inglaterra y si yo me atrevía a hacer semejante cosa sería llamado a capítulo. Se convocó una asamblea general de mi casta y me convocaron para que compareciera. Fui.

Cómo conseguí reunir en seguida el valor necesario, es algo que no acierto a explicarme. Nada intimidado y sin la más leve vacilación, me presenté ante la asamblea. El *sheth* —el jefe de la comunidad—, que era un pariente lejano mío, y que siempre estuvo en muy buenos términos con mi padre, me abordó así:

—En opinión de la casta, tus propósitos de ir a Inglaterra son totalmente inaceptables, nuestra religión prohíbe los viajes al extranjero. También hemos oído decir que no es posible vivir allí sin traicionar a nuestra religión. ¡Porque uno se ve obligado a comer y beber como los europeos!

A lo cual, yo respondí:

—No creo que ir a Inglaterra esté contra nuestra religión. Pienso ir allí para ampliar estudios. Ya he prometido solemnemente a mi madre abstenerme de las tres cosas que más teméis. Y estoy seguro de que el juramento que hice me mantendrá a salvo.

—Pero nosotros te decimos —prosiguió el *sheth*— que no es posible cultivar nuestra religión allí. Conoces mis relaciones con tu padre y deberías escuchar mi consejo.

—Conozco esas relaciones —repliqué— y tú eres para mí como el cabeza de nuestra familia. Pero nada puedo hacer en esta cuestión. No puedo alterar mi resolución de ir a Inglaterra. El amigo y consejero de mi padre, que es un sabio brahmán, no hace objeción alguna a que vaya. Y mi madre y mi hermano me han concedido también su autorización.

—Pero ¿desobedecerás las órdenes de la casta?

—Realmente nada puedo hacer. Pienso que la casta no debe inmiscuirse en este asunto.

Mi respuesta irritó al *sheth*. Yo tomé asiento, impasible. Entonces, el *sheth* pronunció su sentencia:

—A partir de hoy este muchacho ha de ser considerado como un descasado. Quienquiera que le ayude o vaya a verle en el muelle, será castigado con una multa de una rupia a cuatro annas.

La sentencia no me produjo el menor efecto, y despidiéndome del *sheth* me fui de allí. Me pregunté cómo tomaría mi hermano lo ocurrido. Por fortuna, se mantuvo firme y me escribió diciendo que seguía contando con su permiso para ir, pese a la orden del *sheth*.

De cualquier forma, el incidente aumentó mi ansiedad por partir. ¿Qué ocurriría si mediante presión conseguían doblegar a mi hermano? Mientras así cavilaba, supe que un *vakil* de Junagadh iba a embarcarse para Inglaterra, pues debía actuar en un caso ante el foro inglés. Iba a partir en un barco que levaría anclas el 4 de septiembre. Me entrevisté con los amigos a los cuales me había encomendado mi hermano y todos coincidieron conmigo en que no debía pasar por alto la oportunidad de viajar en tan buena compañía.

No había tiempo que perder. Telegrafíé a mi hermano para que me autorizase. Me contestó afirmativamente. Pedí a mi cuñado que me diera el dinero confiado a su custodia pero me manifestó que no podía dármelo; tenía que acatar la orden del *sheth*, pues no podía correr el riesgo de que se le descas-tase. Busqué entonces a un amigo de la familia y le pedí que me diera el monto de mi pasaje y para las necesidades más inmediatas, y que al mismo tiempo tratara de recuperar el dinero de mi hermano. Este amigo no solo fue lo bastante bondadoso como para acceder a mi petición sino que me animó a seguir adelante. Con parte del dinero compré el pasaje. Luego tenía que equiparme para el viaje. Fue él quién me consiguió las ropas necesarias y otros efectos. Algunas ropas me gustaban y otras no. La corbata, por ejemplo, que posteriormente me encantaba llevar, me pareció entonces algo horrendo. El chaqué me resultaba inmodesto. Pero todo aquello no incidía para nada en mis deseos de ir a Inglaterra, que seguían primando por sobre todo. Todavía tenía las provisiones necesarias para hacer el viaje. Mis amigos me hicieron reservar una litera en la misma cabina de Sjt. Tryambakrai Mazmudar que era el *vakil* de Junagadah. Además me encomendaron a él. Era un hombre de edad madura, mucha experiencia, y conocimiento amplio del mundo. En cambio, yo era un mocoso de dieciocho años, sin la menor experiencia mundana. Sjt. Mazmudar dijo a mis amigos que no se preocuparan por mí.

Y el 4 de septiembre salí al fin de Bombay rumbo a Inglaterra.

13. EN LONDRES AL FIN

No me mareé en absoluto. Pero a medida que pasaban los días me iba impacientando, me dominaba la timidez, incluso cuando le hablaba al camarero. No tenía costumbre de hablar inglés y, a excepción de Sjt. Mazmudar, todos los restantes pasajeros del salón de segunda eran ingleses. No podía hablar con ellos, pues no siempre lograba entender sus observaciones cuando me dirigían la palabra, e incluso, si los entendía, no lograba contestarles. Tenía que construir cada frase mentalmente antes de pronunciarla. Ignoraba por

completo el uso adecuado de tenedores y cuchillos y no tenía la audacia suficiente para preguntar qué platos del menú no estaban aderezados con carne. Por consiguiente, jamás comía en el comedor. Lo hacía en mi camarote, alimentándome principalmente de los dulces y frutas que había llevado conmigo.

Sjt. Mazmudar, en cambio, no tenía dificultades y se mezclaba con todo el mundo. Deambulaba libremente por cubierta, mientras yo me ocultaba en la cabina el día entero. Solo me aventuraba a pisar el puente cuando había muy poca gente. Sjt. Mazmudar me rogaba constantemente que alternase con los pasajeros y hablara con ellos sin temor. Me dijo que los abogados debían ser muy lengua larga, y me contó parte de sus experiencias como jurista. Me recomendó que hablase inglés, siempre que se me presentara la oportunidad, y que no me preocupara de cometer errores, que eran evidentemente inevitables al expresarse en una lengua extranjera. Pero nada de lo que me dijo logró vencer mi timidez.

Un pasajero inglés, con gran amabilidad, me hizo entrar en conversación. Era un hombre mayor que yo. Me preguntó lo que comía, quién era, adónde iba, por qué era tan tímido y otras muchas cosas. Me aconsejó que almorzara en la mesa. Se rio ante mi insistencia en no comer carne y, cuando estábamos navegando por el mar Rojo, me dijo cordialmente:

—Hasta ahora todo eso está muy bien, pero tendrá que revisar su decisión en el golfo de Vizcaya, y en Inglaterra hace tanto frío, que nadie puede vivir sin comer carne.

—Sin embargo —respondí—, tengo entendido que allí vive gente que no come carne.

—Presumo que no es cierto. Nadie que yo sepa, vive allí sin contar la carne entre sus alimentos principales. ¿No se da usted cuenta de que no le pido que beba licores, aunque yo los bebo? Sin embargo, creo que debe comer carne, pues de lo contrario no podrá subsistir.

—Le agradezco su amable consejo —repliqué—, pero he prometido a mi madre solemnemente no probar la carne y, por tanto, no puede ni ocurrírseme hacerlo. Si realmente es imposible vivir sin comerla, prefiero volverme a la India inmediatamente, antes que quebrantar mi voto.

Llegamos al golfo de Vizcaya y no empecé a sentir necesidad de comer carne ni beber alcohol. Me habían aconsejado que recogiera testimonios de mi abstención de carne y vino, y le pedí a mi amigo inglés que me diera uno. Me lo dio de buena gana. Pero cuando vi más tarde que cualquiera puede conseguir esos testimonios escritos, comiendo carne y bebiendo alcohol, perdí todo interés en conseguir tal clase de certificados. Si no se creía en mi palabra ¿de qué valía tener un certificado?

Si mal no recuerdo llegamos a Southampton un sábado. En el barco me vestía con un traje negro. El de franela blanco que me habían conseguido mis amigos, lo reservaba para cuando desembarcase. Pensé que la ropa blanca estaría mejor para ir a tierra, de manera que desembarqué vestido de blanco. Eran los últimos días de septiembre y advertí que yo era el único ser que vestía así. Dejé a cargo de un agente de “Grindlay and Co.” todas mis pertenencias, incluso las llaves, al ver que tantos otros hacían lo mismo y que yo debía seguir la corriente.

Traía conmigo cuatro cartas de presentación: para el doctor P. J. Mehta, para Sjt. Dalpatram Shukla, para el príncipe Ranjitsinhji y para Dababhai Naoroji. Alguien de abordó nos había aconsejado hospedarnos en el Victoria Hotel, de Londres. Sjt. Mazmudar y yo decidimos alojarnos allí. La vergüenza de ser la única persona vestida de blanco era demasiado para mí. Y cuando en el hotel me dijeron que no recibiría mi equipaje, dejado en Grindlay, sino hasta el día siguiente, domingo, me sentí exasperado.

El doctor Mehta, al que había telegrafiado desde Southampton, vino a visitarme alrededor de las ocho de aquella misma tarde. Me saludó muy cariñosamente y se rio al verme de franela blanca. Mientras charlábamos, distraídamente tomé su sombrero de copa alta y para comprobar su suavidad, pasé los dedos a contrapelo, arruinándoselo en cierta medida. El doctor Mehta me miró con alguna irritación y detuvo mis manoseos. Pero el daño ya estaba hecho. Este incidente constituyó una advertencia para el futuro. Fue mi primera lección sobre la etiqueta europea, en cuyos detalles el doctor Mehta me inició con excelente humor.

—No hay que tocar las cosas de otros —me previno—. No hay que hacer preguntas, como ocurre en la India, a personas que acabamos de conocer. No debe hablarse en voz demasiado alta. Jamás se dirija a los caballeros diciéndoles “sir”, mientras se está en conversación con ellos, tal como hacemos en nuestra patria: solamente los criados y subordinados emplean ese tratamiento.

Y así sucesivamente. Me dijo también que era muy caro vivir en un hotel y me recomendó que tomase pensión con alguna familia. Decidimos dejar el asunto para el lunes próximo.

Sjt. Mazmudar y yo estimamos que el hotel era, en efecto, muy costoso. Un *sindhi*, compañero de viaje nuestro desde Malta hasta Inglaterra, del cual nos habíamos hecho muy amigos, y que conocía Londres, se ofreció a buscarnos un alojamiento adecuado. Accedimos gustosos y el lunes, apenas recibimos nuestro equipaje, pagamos la cuenta y nos instalamos en las habitaciones alquiladas por nuestro amigo. Recuerdo que mi cuenta de hotel ascendía

a tres libras esterlinas, cantidad que me sorprendió. Porque prácticamente me había muerto de hambre, pese a la crecida suma que ahora debía pagar. Casi no había aprobado bocado, pues cuando no me gustaba una cosa y pedía otro plato de mi gusto, tenía que pagar por ambos, por el que no comía y el que me comía. El hecho es que tuve que seguir dependiendo de las escasas provisiones que traje de Bombay.

Incluso, en mi nuevo alojamiento me sentía muy inquieto. Seguía pensando en mi familia y en mi patria. No apartaba del pensamiento el amor de mi madre. Por la noche, las lágrimas humedecían mis mejillas, y los recuerdos del hogar lejano ahuyentaban el sueño. Era imposible compartir mis pesares con nadie. Y aunque hubiera podido ¿de qué hubiera servido? No había nada que pudiera consolarme. Todo era extraño: la gente, sus costumbres y también las casas en que vivían. Yo era un novicio absoluto en cuestiones de etiqueta británica y continuamente tenía que estar alerta. A esto se sumaba el inconveniente de mi voto de vegetarianismo. Incluso, los platos que yo podía comer me parecían insípidos en Inglaterra. Así me encontraba entre Scila y Caribdis. No podía soportar la vida en Inglaterra, pero tampoco podía volver a la India. Ahora que había llegado, tenía que cursar los tres años, oí que decía una voz interior.

14. MI ELECCIÓN

El doctor Mehta fue el lunes al Victoria Hotel esperando encontrarme allí. Al enterarse de que me había mudado, obtuvo la nueva dirección y vino a verme.

Por pura estupidez yo me había enfermado de tiña durante la travesía. Como para lavarnos y bañarnos solo teníamos agua del mar, en la cual el jabón no es soluble, yo, obstinadamente, utilicé el jabón, por considerarlo un índice de civilización, con el resultado de que en vez de limpiarme la piel me la engrasaba. Lo cual hizo posible que contrajera la tiña. Informé del caso al doctor Mehta, quien me aconsejó que me pusiera ácido acético. Recuerdo que el ardiente ácido me hacía llorar.

El doctor Mehta inspeccionó mi cuarto y movió la cabeza, desaprobando:

—Este lugar no te corresponde —dijo—. Venimos a Inglaterra, no tanto para estudiar, cuanto para aprender sobre la vida y costumbres inglesas. Y para ello necesitas vivir con una familia. Pero antes de hacerlo, pienso que debes pasar un período de aprendizaje. Yo te voy a llevar conmigo.

Acepté con agradecimiento la oferta del doctor Mehta y me mudé a sus habitaciones. Fue todo amabilidad y atenciones para conmigo. Me trataba como si fuera su propio hermano, me inició en las costumbres inglesas y me habituó a hablar el idioma. Sin embargo mi alimentación resultó ser un grave problema. Yo no podía probar las verduras cocinadas sin sal ni condimentos. La dueña de la casa se desesperaba pensando qué prepararme. Por la mañana el desayuno consistía en *porridge** de avena, lo que me satisfacía bastante, pero durante el almuerzo y la cena, siempre me quedaba hambriento. Mi amigo insistía para que comiera carne, argumentándome sobre el problema, pero yo le recordaba mi promesa y guardaba silencio. Así, para el almuerzo y la cena solía haber espinacas, pan y jamón. Yo tenía buen apetito, pero me daba vergüenza pedir más de dos o tres tajadas de pan, pues me parecía incorrecto. A todo esto, no había leche, ni en el almuerzo ni en la cena. Mi amigo llegó a disgustarse ante tal estado de cosas y exclamó:

—Si hubieras sido mi hermano, te habría facturado hacia casa. ¿Qué valor puede tener la promesa formulada ante una madre iletrada, que ignora totalmente cómo son y suceden las cosas aquí? No hay voto que valga. Legalmente no se puede tomar inconsideración esa promesa, y es pura superstición de tu parte el aferrarte a ella. Y te digo que tu obstinación no te ayudará a conseguir nada aquí. Confiesas que has comido carne y que te gustó su sabor. La comiste cuando era absolutamente innecesario y te niegas a comerla cuando es realmente esencial. ¡Que calamidad!

Pero yo me mantenía inflexible.

Día tras día mi amigo argumentaba sobre el mismo tema, pero yo siempre le enfrentaba una negativa terminante. Y cuanto más argüía, más inflexible me tornaba yo. Diariamente rogaba a Dios que me otorgase su protección, y la obtenía. No es que tuviera la menor idea de Dios. Era simplemente fe militante, la fe cuya semilla había sembrado en mí la bondadosa niñera Ram-bha.

Un día mi amigo comenzó a leerme la “Teoría del utilitarismo”, de Bentham. Yo no podía más. El lenguaje era demasiado complicado para que lograra entenderlo. Mi amigo comenzó a aclarármelo, pero yo le dije:

—Debe perdonarme, pero esas cosas abstrusas están por encima de mi comprensión. Admito que es necesario comer carne, pero no puedo quebrantar mi promesa. No quiero discutir el asunto. Estoy seguro de que no puedo rebatir sus argumentos. Pero, por favor, déjeme estar, como a un obstinado

* Comida popular inglesa (*N. del T.*).

o a un necio. Aprecio de verdad el cariño que me manifiesta y sé que solo desea mi bien. También sé que machaca sobre el tema, porque está sufriendo por mí. Pero es inútil. Nada puedo hacer. Una promesa es una promesa y no puede ser quebrantada.

Mi amigo me miró con sorpresa. Cerró el libro y dijo:

—Está bien. No discutiré más el asunto.

Me sentí muy contento. Jamás volvió a tratar el tema. Pero no dejó de preocuparse por mí. Él fumaba y bebía, pero nunca me incitó a imitarlo. Al contrario. Me pidió que me abstuviera siempre de fumar o de beber. Su única preocupación era que yo me debilitara demasiado, al no comer carne, y no llegara a sentirme cómodo en Inglaterra.

Así transcurrió mi primer mes de aprendizaje londinense. La casa de mi amigo estaba en Richmond y no me era posible ir a Londres más de una o dos veces por semana. En consecuencia, el doctor Mehta y Sjt. Dalpatram Shukla decidieron que debía irme a vivir con alguna familia de la capital. Sjt. Shukla dio con un hogar anglo-indio en West Kensington y me instaló allí. La dueña de la casa era una viuda, y yo le conté la promesa que había hecho a mi madre. La anciana señora se comprometió a cuidarme adecuadamente y, sin más trámites, me fui a vivir a su casa. Pero también allí me moría de hambre. Yo había mandado pedir dulces y otros comestibles de la India, pero todavía no habían llegado. Y en mi nueva casa toda la comida era insípida. Cada día el ama de casa me preguntaba si estaba conforme con la comida. Pero ¿qué podía hacer ella? Yo seguía siendo tímido y no me atrevía a pedirle que me sirviera mayor cantidad. Las dos hijas de la viuda insistían en servirme una rebanada o dos más de pan. Pero lo que ellas no sabían es que yo no hubiera saciado mi hambre, sino con un pan entero, por lo menos.

De cualquier modo tenía que ponerme en campaña. Todavía no había comenzado mis estudios y solamente me dedicaba a leer los diarios, gracias a Sjt. Shukla. En la India jamás había leído un diario, pero en Inglaterra me aficioné a ellos y ya no podía pasar sin leerlos cotidianamente. Siempre hojeaba “The Daily News”, “The Daily Telegraph” y “The Pall Mall Gazette”, leyéndolos en poco menos de una hora. Luego comenzaba a vagar por las calles. Empecé la búsqueda de un restaurante vegetariano, pues el ama de la casa me había informado que existían algunos lugares así en la ciudad. Cada día caminaba cerca de veinte kilómetros, entraba en algún restaurante barato y comía alguna verdura cocinada con unas raciones de pan, pero jamás salía satisfecho.

Al fin, en el curso de mi vagabundaje, di con un restaurante vegetariano en la calle Farringdon. Al verlo sentí la misma alegría que experimenta un niño cuando desea algo, intensamente, y al fin lo conseguí. Antes de entrar advertí que había algunos libros expuestos, y en venta, en una vidriera junto a la puerta de entrada. Entre ellos vi un volumen titulado “Apología del vegetarianismo”, por Salt. Lo compré por un chelín, y entré en el establecimiento, donde disfrute de la primera comida agradable y completa desde mi llegada a Inglaterra. Dios había acudido en mi ayuda.

Leí el libro de Salt de cabo a rabo. Me impresionó mucho. Desde ese momento me convertí al vegetarianismo por verdadera convicción y bendije el día en que hiciera solemne promesa frente a mi madre. Me había abstenido de comer carne, solo al servicio de la verdad, y por respeto al voto formulado, pero deseando que cada hindú se convirtiera en carnívoro, e incluso pensando que llegaría el momento en que yo podría serlo abiertamente. Pero entonces la elección definitiva fue en favor del vegetarianismo, cuya difusión pasó a ser desde ese instante mi cometido principal en la vida.

15. JUGANDO AL GENTLEMAN INGLÉS

Mi fe en el vegetarianismo fue en aumento cada día. El libro de Salt estimuló mi sed de lecturas sobre dietética. Busqué todos los libros existentes sobre vegetarianismo y me los leí íntegramente. Uno de ellos, “La ética de la dieta”, de Howard Williams, era una historia biográfica de la literatura sobre dietética humana, desde los primeros tiempos hasta los actuales. El libro trataba de probar que todos los grandes filósofos y profetas desde Pitágoras y Jesús, hasta nuestros días, fueron vegetarianos: “El camino perfecto en la dieta”, de la doctora Ana Kingsford, resultó también un libro de gran interés, así como los trabajos del doctor Allinson sobre salud e higiene. Era partidario de un sistema curativo basado en la regulación dietética de los pacientes. Vegetariano también el doctor Allinson prescribía a sus pacientes una estricta dieta a base de verduras y frutas.

El resultado de todas estas lecturas fue que los experimentos de dietética pasaron a ocupar un lugar importante en mi vida. Para empezar, la salud era la principal consideración de esos experimentos. Pero luego el motivo esencial fue la religión.

Mientras tanto mi amigo no cesaba de preocuparse por mí. Su afecto hacia mí le llevaba a pensar que si persistía en mi decisión de no comer carne,

no solo me tornaría anémico, sino que sería un fracasado, pues jamás me adaptaría a la vida de Inglaterra. Cuando se enteró de que me interesaba en el vegetarianismo, leyendo libros sin cesar, temió que tales estudios me trastornaran la inteligencia y que, enfrascado en los experimentos de vegetarianismo, diera al traste con mis estudios. Por consiguiente, hizo el último esfuerzo para reformarme. Un día me invitó a ir al teatro. Antes de la representación fuimos a cenar al Holborn, que era para mí algo así como un palacio y el primer gran restaurante que veía desde que salí del Victoria Hotel. Mi permanencia en ese hotel, apenas me había servido para extraer alguna experiencia, ya que todavía estaba aturdido.

El amigo había planeado llevarme a ese restaurante lujoso, con la convicción de que mi timidez me impediría formular ninguna pregunta. Estábamos sentados en el centro, rodeados de mesas en las que se veían damas y caballeros distinguidos. El primer plato era sopa. Yo me pregunté con qué estaría hecha. Pero no me atrevía a interrogar a mi amigo. Por consiguiente, llamé al camarero, y con las inevitables vacilaciones, le pregunté con qué estaba cocinada la sopa y si estaba seguro de que estaba hecha con vegetales solamente.

Mi amigo se indignó y, en cuanto se fue el mozo, dijo acaloradamente:

“Eres demasiado zafio para estar entre gente distinguida. Si no puedes conducirte decentemente, es mejor que te vayas. Anda a comer en cualquier otro restaurante y espérame en la puerta”.

Yo me alegré al oírlo y me fui. Había cerca de allí un restaurante vegetariano, pero ya estaba cerrado. Por tanto me quedé sin cenar aquella noche. Acompañé a mi amigo al teatro, y jamás hizo el menor comentario sobre la escena que yo había motivado. Por mi parte, tampoco dije nada.

Aquella fue la última querrela amistosa que tuvimos, que por cierto no afectó en nada nuestra recíproca cordialidad. Yo advertía el cariño que me demostraba mi amigo y agradecía sus esfuerzos por ayudarme en todos los órdenes. Sentía por él un gran respeto, pese a las diferencias de ideas y conducta que nos separaban.

Decidí tranquilizarlo y le aseguré que jamás volvería a comportarme como un zafio, pues iba a cultivarme y a compensar mi vegetarianismo aprendiendo todas las demás cosas necesarias para vivir y actuar en la sociedad elegante. Y para cumplir mi palabra emprendí la imposible tarea de transformarme en un *gentleman* inglés.

Los trajes comprados en Bombay eran inaceptables por su corte, y me compré unos nuevos. Adquirí también un sombrero de copa alta por dieci-

nueve chelines, precio excesivo en aquellos días. No satisfecho con esto me gasté diez libras en un traje de etiqueta, hecho en Bond Street, el centro de la vida elegante londinense. Y pedí a mi bondadoso y noble hermano que me enviara una cadena de oro para el reloj. Como no era correcto llevar una corbata de lazo hecho, aprendí a hacerlo. Mientras en la India el espejo era un lujo solo permitido los días en que el barbero de la familia me afeitaba, ahora yo invertía diez minutos cada día frente al espejo, luchando con el nudo de la corbata, contemplándome y haciéndome una raya en el pelo con arreglo a la moda. Mi cabellera no era dócil en modo alguno, y cada día debía librar una batalla, cepillo en mano, para acomodarla en la posición correcta. Cada vez que me quitaba el sombrero, la mano ascendía automáticamente hacia la cabeza para ajustar el pelo.

Como si todo esto no fuera suficiente, dirigí mi atención hacia otros detalles, que al parecer llegarían a convertirme en un perfecto caballero británico. Me dijeron que era preciso que tomara lecciones de baile, francés y dicción. El francés no era solo el idioma de la vecina Francia, sino la *lengua franca* del continente por el cual yo deseaba viajar. Decidí tomar lecciones de baile y pagué tres libras por un curso. Creo que tomé unas seis lecciones en tres semanas. Pero estaba fuera de mis posibilidades lograr algo que se asemejara al movimiento rítmico. Era incapaz de seguir al piano y menos aún llevar el compás. ¿Qué iba a hacerle? El cautivo de la fábula tenía un gato para verse libre de ratas, pero luego compró una vaca para darle leche al gato; después un hombre para que cuidara la vaca y así sucesivamente. Mis ambiciones habían ido creciendo del mismo modo. Creí que podría aprender a tocar el violín, con el objeto de afinar mi oído a la música occidental. Me gasté tres libras en un violín y pagué otro tanto para tomar lecciones. Busqué un tercer maestro para aprender elocución, y hube de abonarle una guinea. Me recomendó como libro de texto el “Manual del orador”, por Bell, que me apresuré a adquirir. Comencé con un discurso de Pitt.

Pero Mr. Bell hizo sonar en mis oídos la campana de alarma, y desperté.

Yo iba a pasarme toda la vida en Inglaterra. Entonces, ¿a qué venía eso de aprender elocución? ¿Para que iba a servirme aprender oratoria en inglés? ¿Por qué el baile iba a convertirme en un *gentleman*? El violín podía aprenderlo incluso en la India. Yo era un estudiante y debía ocuparme ante todo de mis estudios. Debía prepararme para la universidad, y nada más. Si mi carácter me llevaba a convertirme en un caballero, tanto mejor. Pero de no ser así, lo razonable era que olvidase mis ambiciones.

Estos pensamientos, y otros similares, me embargaron plenamente, y así los expuse en una carta que dirigí al profesor de elocución, rogándole que me

excusara de las lecciones siguientes. En realidad, solo había dado dos o tres. Escribí una carta parecida al profesor de baile y fui personalmente a entrevistarme con la profesora de violín, para pedirle que me comprara el instrumento a cualquier precio. Esta profesora fue tan amable conmigo, que le conté el motivo de mi decisión, explicándole que había descubierto que iba en pos de una idea falsa. Ella me estimuló en mi determinación de cambiar por completo.

Esta infatuación mía debió durar dos o tres meses. El atildamiento en el vestir duró años. Pero inicié mis estudios.

16. CAMBIOS

Nadie se imagine que mis experimentos con el baile y demás constituyeron una fase de abandono en mi vida. El lector habrá advertido, que aun entonces trataba de seguir mi línea de conducta esencial. Aquel período de infatuación no estuvo exento de introspecciones por mi parte. Llevé cuenta de todos mis gastos y calculé la distribución de mis reservas. Registraba hasta el último penique invertido en viajes o en la compra de diarios, y el balance me sorprendía cada noche antes de irme a la cama. Este hábito de hacer balance cada noche, lo he conservado desde entonces y me consta que, debido a ello, de haber tenido alguna vez que administrar fondos públicos, hubiera observado una estricta economía en su distribución y, en lugar de contraer deudas, hubiera sabido mantener un superávit en el balance general. Que los jóvenes que me lean sigan este ejemplo y comiencen a llevar cuenta estricta de todo lo que ingresan y de todo lo que gastan, y estoy seguro de que al final sabrán concluir obteniendo un balance favorable de sus finanzas.

Como llevaba una estricta fiscalización de mi vida, pude ver que era necesario hacer economías. Por consiguiente, decidí reducir mis gastos a la mitad. Mi contabilidad mostraba un considerable desembolso en viajes. Vivir en la casa en que vivía, significaba pagar semanalmente una cuenta apreciable. Esto sin contar algunas atenciones, entre ellas llevar de vez en cuando a comer fuera a los miembros de la familia y asistir con ellos a determinadas reuniones, que siempre significaban un desembolso. Como la costumbre exige que sea el varón quien pague todos los gastos, cada vez que salía, con el ama de casa y sus dos hijas, gastaba bastante. Comer en los restaurantes, salía también caro, y no tenía la compensación de que me descontasen algo en la factura semanal de la pensión, por las veces que había comido fuera. Pensé que podía hacer

estas y otras muchas economías. Por de pronto decidí alquilar una habitación por mi cuenta, en lugar de seguir viviendo con una familia, así como trasladarme a los lugares convenientes en cada caso, de acuerdo con la tarea que tuviera que realizar, ganando así experiencia sobre la vida inglesa.

Elegí mis nuevos alojamientos de modo que pudiera ir a pie en media hora de casa a mi tarea, ahorrándome el pasaje del ómnibus. De este modo ganaba también tiempo, pues hasta entonces, cada día debía suspender mis actividades para dar largos paseos. Ahora, combinaba la economía con el ejercicio de caminar. Fue principalmente esta costumbre de dar largos paseos, la que me mantuvo libre de toda enfermedad durante mi permanencia en Inglaterra y fortaleció mi cuerpo considerablemente.

Conforme con estas ideas alquilé dos habitaciones: una para recibir y otra como dormitorio. Esto constituyó el segundo paso. El tercero vendría después.

Esos cambios me ahorraron mucho dinero pero ¿cómo iba a utilizar el tiempo? Sabía que los exámenes que debía afrontar, no exigían mucho estudio y, por consiguiente, no me sentía apremiado. Mi pobre inglés constituía la principal preocupación. Las palabras de Mr. Lely (sir Frédéric, más tarde) todavía sonaban en mis oídos. Gradúate primero y ven a verme después. Pensé que no solo debía graduarme de abogado, sino obtener también alguna graduación en letras. Me informé sobre los cursos de las universidades de Oxford y Cambridge, consulté a mis amigos, y descubrí que si decidía estudiar en cualquiera de ambos centros, mis gastos aumentarían y tendría que permanecer en Inglaterra más tiempo del que proyectaba. Un amigo me sugirió que, si realmente quería tener la satisfacción de aprobar unos exámenes difíciles, me matriculara en Londres. Esto implicaba mucho trabajo, pero también un aumento considerable en mis conocimientos, sin que por ello se agravaran mis desembolsos. Recibí la sugerencia con alegría. Pero al ver el programa me quedé aterrado. ¡Entre otras cosas, eran obligatorios el latín y un idioma moderno! ¿Cómo iba a arreglármelas yo con el latín? Pero mi amigo salió en defensa del viejo idioma.

¡El latín es muy valioso para los abogados. El conocimiento del latín es casi indispensable para comprender los libros de leyes. Algunas lecciones de Derecho romano están escritas en esa lengua. Además, el conocimiento del latín implica dominar mejor la lengua inglesa”.

Cuando llegué a casa estaba dispuesto a estudiar latín, por difícil que fuese. Con el francés ya había empezado, pues fue la lengua moderna que elegí inmediatamente. Me matriculé. Los exámenes se efectuaban cada seis me-

ses y yo solo tenía cinco por delante. Era una tarea casi imposible para mí. Pero el que aspiraba a ser un caballero inglés, había decidido convertirse en un estudiante formal. Establecí un horario estricto, minuto por minuto. Pero ni mi memoria, ni mi inteligencia, prometían sacar adelante el latín y el francés, además de las restantes materias dentro del período de cinco meses. La consecuencia fue que me aplazaron en latín. Lo sentí. Pero no me descorazoné. Empezaba a gustarme el latín y, además, pensé seguir con el francés. Tenía que elegir una asignatura para el grupo de ciencias. Química, que es una de las materias obligatorias en la India, tenía pocos alumnos, porque había que concurrir a las clases prácticas. Fue esta precisamente la materia que aprobé en el grupo de ciencias, y para el curso siguiente elegí calor y luz. Pensé que me resultaría una materia fácil, y así fue.

Ante la perspectiva de presentarme nuevamente a exámenes, hice un esfuerzo para simplificar todavía más mi vida. Comprendí que mi manera de vivir no encajaba aún con los modestos medios de mis familiares y el recuerdo de mi hermano, que luchaba abnegadamente para sacar adelante a la familia, y que siempre respondía con nobleza a mis periódicos pedidos de dinero, me causaba profunda pena.

Advertí que, en su mayoría, los estudiantes que gastaban entre ocho y quince libras por mes tenían la ventaja de disfrutar de becas. Pasaban ante mis ojos ejemplos de vidas mucho más sencillas. Conocí a un buen número de estudiantes pobres que vivían más humildemente que yo. Uno de ellos se alojaba en los barrios bajos, en una habitación de dos chelines por semana, y se alimentaba con dos peniques más de pan y bebida de cacao, en un bar humilde y barato. No se me pasó por la cabeza emular a ese estudiante, pero sí pensé que podía reducir mis gastos. Por de pronto debía conformarme con una habitación en vez de dos. Y me cocinaría algunas de mis comidas. Todo lo cual representaría un ahorro de cuatro o cinco libras por mes. Comencé a leer libros relativos a las maneras sencillas de vivir, con el propósito de informarme adecuadamente. Dejé las dos habitaciones; alquilé una, compre un calentador y desde aquel día me cociné el desayuno en casa. El proceso no me llevaba más allá de veinte minutos, pues sencillamente se trataba de cocer avena y hervir agua caliente para preparar el cacao. Almorzaba fuera y para cenar, tomaba cacao y pan en casa.

De este modo conseguí vivir con solo un chelín y tres peniques por día. Y como este período fue de estudio intensivo, resulta que la vida sencilla me ahorró mucho tiempo y aprobé mis exámenes.

No vaya a pensar el lector, en modo alguno, que este género de existencia convirtió mi vida en algo terrible. Por el contrario, el cambio armonizó

mi vida interior y exterior. También estuvo más en consonancia con las posibilidades económicas de mi familia. Mi vida pasó a ser más auténtica y la alegría de mi espíritu no conocía límites.

17. EXPERIMENTOS EN DIETÉTICA

A medida que me fui buscando a mí mismo más profundamente, comencé a experimentar una necesidad de cambios, tanto externos como íntimos. Incluso, antes de reducir mis gastos y modificar mi manera de vivir, empecé a introducir cambios en mi dieta.

Advertí que los escritores de temas vegetarianos habían examinado la cuestión muy minuciosamente, desde los aspectos religioso, científico, práctico y médico. Desde el ángulo ético, llegaron a la conclusión de que la supremacía del hombre sobre los animales inferiores, no significa que aquel debe destruirlos para vivir él, sino al contrario, que el superior debe proteger al inferior y que debe desarrollarse entre ambos una solidaridad similar a la que existe entre los hombres. También habían dicho otra gran verdad: que el hombre come para vivir y no para gozar comiendo.

Algunos de esos escritores sugerían la conveniencia —y ellos así lo practicaban— de abstenerse, no solo de comer carne, sino también leche y huevos. Entre ellos, muchos llegaron a la conclusión de que la estructura física del hombre demuestra que su organismo no está hecho para ingerir alimentos cocinados, sino para alimentarse de frutas; y que solo puede beber la leche materna en su primera infancia, pero debe dejarla apenas aparezcan los primeros dientes, instante en que ha de comenzar a comer sólidos. Desde el punto de vista médico, estos hombres sugieren asimismo que se rechace toda clase de especias y condimentos. Y tomando en cuenta el aspecto práctico, probaron que la dieta vegetariana era más barata.

Estas y otras muchas consideraciones hicieron mella en mi ánimo y comencé a relacionarme con toda clase de vegetarianos en los restaurantes adonde concurríamos en busca de una alimentación racional. En Inglaterra había una sociedad vegetariana que editaba un semanario. Me suscribí al semanario, me afilié a la sociedad, y al cabo de poco tiempo me encontré desempeñando un cargo en la Junta Directiva. Allí entré en contacto con los que estaban considerados como pilares del vegetarianismo, e inicié mis experimentos en dietética.

Dejé de tomar los dulces y condimentos que había recibido de casa. Al cambiar de actitud mental, desapareció la necesidad de comer alimentos condimentados, y comencé a gustar de las espinacas hervidas que en Richmond me resultaban insípidas. Muchos de estos experimentos me demostraron que el paladar no está realmente en la lengua sino en algún lugar del cerebro.

Desde luego, las consideraciones de orden económico estaban siempre presentes. Por aquellos días había una corriente de opinión que consideraba perjudicial el té y el café, y era partidaria del cacao. Y como yo estaba convencido de que uno debe comer solamente alimentos que mantengan al cuerpo, dejé de tomar té y café, y lo sustituí por el cacao.

En los restaurantes adonde solía concurrir, había dos salones. Uno, sostenido por la gente de buen pasar, que ofrecía una considerable variedad de platos a elegir, con lo cual cada comida a la carta costaba de uno a dos chelines, y otro que servía tres platos y pan por seis peniques. En mis días de estricta frugalidad, yo solía ir al segundo.

Paralelamente con el principal hice experimentos menores. Por ejemplo: no comer durante algún tiempo ningún alimento que contuviera féculas; vivir de pan y frutas solamente durante un período, o bien solamente de queso, leche y huevos. Este último experimento es digno de mención. Duró poco menos de una quincena. El reformador que defendía la necesidad de rechazar las féculas había hablado favorablemente de los huevos, sosteniendo que no eran carne. Era evidente que comiéndolos no se causaba daño a ninguna criatura viviente. Me convenció el argumento y comencé a comer huevos, pese a mi promesa solemne. Pero el error fue momentáneo. No me fue difícil interpretar a mi manera el voto. Pero lo que importaba era la interpretación de mi madre. Y comprendí que en su definición de carne quedaban también incluidos los huevos. En cuanto me di cuenta, renuncié a los huevos y al experimento.

Resulta curioso y digno de destacar, que en Inglaterra me encontré con tres definiciones de carne. Según la primera, carne significa solamente la de las bestias y las aves. Los vegetarianos que aceptan esta definición comen huevos y pescado. De acuerdo con la segunda definición, carne implica el cuerpo de todos los seres vivos del reino animal. Por consiguiente, los peces también quedaban excluidos como alimento. La tercera, en cambio, abarcaba no solo la carne de todos los seres vivos, sino también todos sus productos, incluso los huevos, la carne, la leche, la miel, etc.

Si aceptaba la primera definición, podía comer no solamente huevos, sino también pescado. Pero me convencí de que la definición de mi madre era la

tercera y, para mantener mi promesa, abjuré también de los huevos. Lo cual no me fue fácil, ya que, en los restaurantes vegetarianos, muchos de los platos que servían estaban hechos a base de huevos. Esto implicaba en cada caso realizar las acostumbradas averiguaciones, para saber si lo que iba a comer contenía alguno de los alimentos que me estaban prohibidos, dado que los budines, y otros postres, no estaban libres de huevo. Pero aun cuando la revelación de mi deber provocó esta dificultad, en realidad simplificó mi alimentación. Simplificación que trajo aparejado el pesar de no ingerir algunas cosas que me gustaban realmente. Pero esto era solo una sensación pasajera, mientras que la estricta observancia de mi promesa me producía un placer íntimo más puro, delicado y permanente.

La verdadera prueba de fuego fue, sin embargo, la otra; la relacionada con mi segunda promesa. ¿Pero quién puede perjudicar a los que Dios quiere proteger?

Unas pocas observaciones sobre la interpretación de las promesas, no estará fuera de lugar. La interpretación de las promesas ha sido una fuente fecunda de disputas en todo el mundo. Por explícito que sea un voto, la gente lo retuerce y modifica a su sabor para adaptarlo a sus propios fines. Y esto ocurre en todas las capas de la sociedad, tanto entre los ricos, como entre los pobres, y desde el príncipe encumbrado hasta el humilde campesino. El egoísmo ciega a las personas que, mediante el empleo de argumentos ambiguos, se engañan a sí mismas y tratan de engañar al mundo y a Dios. Por eso, la regla áurea es atenerse honestamente a la interpretación que en nuestro fuero íntimo aceptamos en el momento de hacer la promesa. Otra es aceptar la interpretación de la parte más débil, siempre que se presenten dos opiniones contradictorias. Cuando no se adopta uno de ambos caminos, se fomenta la lucha y la iniquidad, que echan sus raíces en la mentira. Quienes buscan la verdad y nada más que la verdad, siguen fácilmente la regla áurea; no necesitan el consejo de los sabios para interpretar con justicia.

La interpretación de mi madre sobre la carne era, de acuerdo con la regla áurea, la única verdadera para mí, y no cualquiera de las que mi mayor experiencia, o el orgullo de mis mayores conocimientos, hubieran podido dictarme.

Mis experimentos en Inglaterra tuvieron por norma dos puntos de vista: la economía y la higiene. El aspecto religioso de la cuestión no fue estudiado hasta que llegué a Sudáfrica, en donde inicié penosos experimentos que relataré más adelante. Sin embargo, la semilla de todos ellos, fue sembrada en Inglaterra.

El entusiasmo de un converso hacia su nueva religión, es mayor que el de la persona que nació en esa fe. El vegetarianismo era, entonces, en Inglaterra un verdadero culto. Y para mí también; pues, como hemos visto, llegué a ese país convencido de que el hombre debe comer carne, y me convertí intelectualmente al vegetariano.

Lleno del celo propio del neófito, decidí crear un nuevo club en la localidad donde vivía: Bayswater. Invité a sir Edwin Arnold, que vivía allí, a ocupar el cargo de vicepresidente. El presidente fue el doctor Oldfield, que era director de “El Vegetarianismo”. Yo pasé a ocupar la secretaría.

El club marchó bien durante algún tiempo, pero dejó de existir al cabo de unos cuantos meses. Porque yo me fui, siguiendo mi costumbre de cambiar de lugar periódicamente.

Sin embargo, esta breve y modesta experiencia me proporcionó una cierta enseñanza en la tarea de organizar y dirigir instituciones.

18. LA TIMIDEZ ES MI ESCUDO

Fui elegido miembro de la comisión directiva de la Sociedad Vegetariana y me prometí a mí mismo no faltar a ninguna de sus reuniones. Sin embargo, jamás abría la boca. El doctor Oldfield me dijo cierta vez: “Cuando habla conmigo se expresa muy bien, pero ¿por qué cuando se reúne la Directiva nunca dice ni media palabra? Es usted un zángano”.

Aprecié la comparación. Las abejas están siempre atareadas. Los zánganos nunca hacen nada. Y no dejaba de ser curioso que mientras los demás hablaban en tales reuniones yo me callara. Porque la verdad es que sentía grandes tentaciones de hablar. Pero no sabía cómo empezar, ni la manera de hacerlo. Además, tenía la impresión de que los restantes miembros estaban mejor informados que yo. Y, por otra parte, sucedía que cuando lograba reunir el coraje necesario para hablar, se iniciaba la discusión de un nuevo tema. Las cosas siguieron así durante largo tiempo.

Un día surgió discusión un tema muy serio. Yo consideré que sería un error hallarme ausente, y más todavía prestar aprobación con mi silencio, cosa que me hubiera parecido una actitud cobarde. Las cosas se produjeron del siguiente modo. El presidente de la sociedad era Mr. Hills, propietario de los establecimientos metalúrgicos Thames. Era un puritano. Podía decirse, que la existencia de la sociedad dependía, prácticamente, de su ayuda financiera. Muchos miembros de la junta directiva eran sus protegidos.

Pero el doctor Allison, famoso en el mundo vegetariano, formaba también parte de la comisión directiva. Y por aquel entonces defendía las teorías en boga sobre el control de la natalidad y propiciaba ese método entre las clases trabajadoras. Por su parte, Mr. Hills consideraba que tales métodos atentaban contra las bases mismas de la moral. Estimaba que la Sociedad Vegetariana tenía por objeto ocuparse, no solamente de dietética, sino también de moral, y que, por consiguiente, un hombre de convicciones tan antipuritanas como el doctor Allison, no debía figurar en su seno. De acuerdo con esta tesis, se presentó una moción para expulsarlo.

La cuestión me interesó hondamente. Yo consideraba las opiniones del doctor Allison respecto a los métodos artificiales de limitar la natalidad, como realmente peligrosas. Y creía que Mr. Hills, como puritano, tenía todo el derecho de oponerse a ellas. Además, tenía un alto concepto de Mr. Hills y su generosidad. Pero también estimaba totalmente inadmisibles excluir a un hombre de una sociedad vegetariana, simplemente, porque se negara a considerar la moral puritana como uno de los objetivos de la entidad. La opinión de Mr. Hills relativa a la exclusión de la sociedad de todos los antipuritanos, era una cuestión personal, pero nada tenía que ver con los propósitos declarados de la organización, que eran pura y simplemente el fomento del vegetarianismo y no de cualquier sistema de moral. Por consiguiente, yo sostenía que cualquier vegetariano podía ser miembro de la sociedad, fueran cuales fuesen sus opiniones sobre moral.

Había otras personas en la comisión que compartían mi punto de vista, pero yo me sentí personalmente obligado a expresar mi criterio. El problema era cómo hacerlo. Me faltaba el valor preciso para hablar y, en vista de ello, decidí escribir lo que pensaba. Y me fui a la reunión con el papel en el bolsillo. Sin embargo, ni siquiera tuve el valor de leerlo y el presidente hizo que lo leyera otro miembro. El doctor Allison perdió la partida y esa fue la primera vez en que me hallé junto a la parte perdedora. Pero tuve el consuelo de saber que la causa defendida por mí era justa. Creo recordar que, tras el incidente, renuncié a mi cargo en la comisión directiva de la Sociedad Vegetariana.

Esta timidez siguió dominándome durante todo el tiempo que permanecí en Inglaterra. Incluso, cuando efectuaba una visita, la mera presencia de media docena, o más personas, me convertía en un estúpido.

Cierta vez fui a Ventnor, con Sjt. Mazmudar, y nos alojamos en casa de una familia vegetariana. Mr. Howard, el autor de "Ética de la dieta", también se hallaba en la mencionada población. Al encontrarnos Mr. Howard nos invitó a hacer uso de la palabra en un mitin que se realizaba para la promo-

ción del vegetarianismo. Yo sabía que no se consideraba incorrecto leer un discurso. No ignoraba que muchas personas lo hacen así para expresarse coherente y brevemente. Hablar *ex tempore* hubiera estado fuera de lugar por mi parte. Por tanto, escribí mi discurso.

Me levanté para leerlo, pero no pude. Se me nubló la vista y empecé a temblar, pese a que el discurso consistía de una carilla. Sjt. Mazmudar tuvo que leerlo por mí. Su discurso, pronunciado después de leer el mío, fue excelente y concitó merecidos aplausos. Yo quedé avergonzado y triste de corazón ante mi incapacidad.

Mi último esfuerzo para pronunciar en Inglaterra un discurso público, lo hice en vísperas de regresar a mi patria. Esa vez solo conseguí ponerme en ridículo. Invité a mis amigos vegetarianos a cenar en el Holborn, restaurante al que me he referido anteriormente. Pensé que, por supuesto, se podía celebrar una cena vegetariana en cualquier restaurante vegetariano, pero ¿por qué no intentarlo en un restaurante no especializado?

Me puse de acuerdo con el *maitre* del Holborn para que preparase una cena estrictamente vegetariana, y mis amigos acogieron entusiasmados el experimento. Todas las comidas y cenas brindan algo de goce, pero el Occidente ha elevado ese goce a la categoría de arte. Las comidas se realizan con gran *eclat*, con música y con discursos. Y la pequeña cena de despedida que yo di, no carecía de algunas de esas cosas. Por supuesto, no podían faltar los discursos.

Cuando me llegó el turno, me levanté para hablar. Había pensado cuidadosamente el asunto, de manera que preparé un breve discurso que consistiese solamente en unas cuantas frases. Pero no logré pasar de la primera. Yo había leído que Addison, al pronunciar su primer discurso en la Cámara de los Comunes, repitió tres veces estas palabras: “Yo concibo ... yo concibo ... yo concibo ...”, pero no logró seguir adelante. Y entonces un diputado chistoso se puso de pie y dijo: “El caballero ha concebido tres veces, pero no se ven los frutos”. Yo había pensado hacer un discurso con humor, apoyándome en la mencionada anécdota, pero me atranqué, incluso, antes de llegar a contarla. Me falló la memoria totalmente y en lugar de un discurso humorístico hice el ridículo. “Muchas gracias, señores, por haber respondido tan amablemente a mi invitación”, fue todo lo que pude decir bruscamente. Y me senté.

Slo en Sudáfrica comencé a vencer esa timidez, aunque jamás logré superarla totalmente. Nunca he podido hablar improvisando. Vacilaba cada vez que debía afrontar auditorios desconocidos y evitaba hablar siempre que era factible. Aun en la actualidad, no creo que pudiera ni deseara hallarme en una reunión de amigos charlando ociosamente.

Debo decir que, pese a verme ocasionalmente como tema de risas, mi congénita timidez no ha constituido una desventaja para mí. Por el contrario, lo considero una ventaja. Mis vacilaciones para hablar, que antes me abrumaban, hoy son un auténtico placer. El mayor beneficio consiste en que gracias a ello he aprendido a economizar palabras. He contraído el hábito de restringir mis pensamientos. Y puedo asegurar que rara vez se escapa una palabra de mi pluma o mi boca que no haya sido meditada. No recuerdo que jamás me haya tenido que arrepentir de algo dicho o escrito por mí. De ahí que me haya ahorrado muchos sinsabores y muchas pérdidas de tiempo. La experiencia me ha enseñado que el silencio es parte de la disciplina espiritual de un cultor de la verdad. La tendencia a exagerar, a suprimir o modificar la verdad, sea voluntaria o involuntariamente, es una debilidad natural en el hombre; por eso es necesario el silencio, para superar ese defecto.

Un hombre de pocas palabras, rara vez dice alguna irreflexivamente, pues mide y sopesa cada una de ellas. Con frecuencia nos encontramos con gentes que se impacientan por hablar. No hay presidente en reunión alguna, de cualquier entidad, que no se vea asediado por quienes desean hablar. Y cuando concede la palabra a quien sea, el orador por lo general, se pasa ampliamente del tiempo concedido, o va más allá de lo prudencial, procurando por todos los medios a su alcance seguir hablando sin parar. Dudo que toda esta charlatanería pueda proporcionar beneficio alguno a la humanidad. No es más que pérdida de tiempo.

Mi timidez ha sido en realidad mi escudo y mi coraza. Me ha permitido desarrollarme. Me ha ayudado a discernir la verdad.

19. EL CÁNCER DE LA MENTIRA

Cuarenta años atrás, había en Inglaterra relativamente pocos estudiantes hindúes. Y era uso y costumbre afectar que eran solteros, aun cuando estuvieran casados. Los estudiantes de institutos y universidades en Inglaterra. Son solteros, pues se considera que los estudios son incompatibles con la vida matrimonial. Nosotros teníamos esa tradición en los viejos buenos tiempos, cuando el estudiante era invariablemente conocido como un *brahmachari* *.

* *Brahmachari* es el que observa el *brahmacharya*, es decir, una completa abstinencia carnal.

Pero por la época a que me refiero, en la India se realizaban casamientos infantiles, costumbre desconocida en Inglaterra. Por consiguiente, los jóvenes hindúes que iban a estudiar allí, tenían vergüenza de confesar que estaban unidos por el vínculo matrimonial. Había también otra razón: que al saberlos casados, las jovencitas con quienes se relacionaban ya no admitían la posibilidad del galanteo. Galanteo que era más o menos inocente. Los propios padres incluso lo estimulaban, lo cual es lógico, pues cada joven ha de tener su pareja. Pero los jóvenes hindúes que llegaban a Inglaterra e iniciaban esas relaciones, muy naturales para los ingleses de su misma edad, daban origen a resultados desastrosos en numerosos casos. Vi que nuestra juventud sucumbía a la tentación y elegía la mentira y el engaño, a cambio de una compañía que, por inocente que fuese, era para ellos indeseable.

Yo también me contagié. No tuve el menor empacho en hacerme pasar por soltero, a pesar de ser casado y tener un hijo. Pero no me hacía feliz tener que simular y mentir. Solamente mis reservas y reticencias me impidieron sumergirme en lodos más densos. Por ser de pocas palabras, las muchachas inglesas no consideraban que valiera la pena entrar en conversación, ni salir conmigo.

Mi cobardía corría pareja con mi reserva. Era costumbre en las familias, como la que me hospedó en Ventnor, que la hija de la casa saliera a dar un paseo con el invitado. La hija de mis huéspedes me llevó a dar una vuelta por las hermosas colinas que rodean a Ventnor. Yo camino de prisa, pero la muchacha era más veloz aún y así, andando rápidamente, me arrastraba tras de sí, sin dejar de hablar. Yo contestaba a sus palabras con unos apagados “síes” y “noes”, o a lo sumo me extendía a un “sí, qué hermoso”. Ella revoloteaba como un pájaro, mientras que yo me iba preguntando cuándo podría regresar a casa... Y así llegamos a la cumbre de un monte. A mi juicio, el problema era bajar. Sin embargo, a pesar de sus zapatos de tacón alto, la joven se lanzó ladera abajo como una flecha; yo, lleno de vergüenza, descendía con todo género de precauciones. Cuando llegó abajo, me esperó, haciéndome alegres gestos con la mano, e incluso me ayudó a bajar el último tramo, arrastrándome literalmente de la mano. ¿Cómo era posible que yo fuera tan cobarde? Con las mayores dificultades y arrastrándome a veces por el suelo, conseguí llegar al final. Ella rio, divertida, gritó “¡bravo!” y me hizo avergonzar.

Pero no siempre lograba salir sano y salvo. Porque Dios quería libramme del cáncer de la falsedad y me ponía a prueba. En cierta ocasión fui a Brighton, otro lugar costero semejante a Ventnor. Eso fue antes de mi visita a Ventnor. Me encontré allí, en el hotel, con una viuda de recursos moderados. Era mi primer año de permanencia en Inglaterra. Los platos del menú esta-

ban todos escritos en francés, lengua que yo no entendía. Me sentaba a la misma mesa que una vieja dama, que advirtió que yo era extranjero y me sentía desorientado. Inmediatamente acudió en mi ayuda.

—Usted es extranjero y parece estar perplejo —me dijo—. ¿Cómo no ha encargado nada de comer todavía?

Yo estaba deletreando el menú para preguntarle al mozo con qué ingredientes estaba hecho cada plato, cuando intervino la amable señora. Le di las gracias y al explicarle mis dificultades, le advertía que no podía saber qué platos eran vegetarianos, puesto que ignoraba el francés.

—Permítame que le ayude —sugirió—. Le leeré la carta, y aclararé los platos que puede comer.

Yo acepté su ayuda muy agradecido. Aquel fue el principio de una relación que maduró prontamente en una gran amistad, que se mantuvo durante mi permanencia en Inglaterra, e incluso después. La señora me dio su dirección en Londres y me invitó a cenar en su casa todos los domingos. En algunas ocasiones especiales también me invitaba a comer, ayudándome a vencer mi timidez, presentándome algunas jóvenes, con las cuales me inducía a conversar. Estas conversaciones eran más frecuentes con una joven que vivía con ella, y con frecuencia nos quedábamos solos. Al principio aquello me parecía muy penoso. No era capaz de iniciar una conversación, ni seguir la corriente con las bromas. Pero la joven me fue encarrilando. Comencé a aprender y a su debido tiempo empecé a desear que llegaran los domingos y a disfrutar de las conversaciones con la joven en cuestión.

Mi vieja amiga extendía sus redes sobre nosotros. Estaba interesada en nuestros encuentros. Posiblemente tenía sus planes sobre nosotros dos. Yo me sentía muy molesto. “¿Cómo me hubiera gustado haberle dicho a la buena mujer que estaba casado!, pensaba yo. De ese modo no habría soñado la posibilidad de comprometernos a su joven amiga y a mí. Sin embargo, nunca es demasiado tarde para corregir un error y si declaro ahora la verdad, me ahorraré más angustias y sufrimientos”.

Y con esos pensamientos escribí una carta, concebida en los términos siguientes: “Desde que nos conocimos en Brighton ha sido usted muy bondadosa conmigo. Se ha preocupado usted de mí, como se preocupa una madre por su hijo. Sin duda piensa que debo casarme y con tal motivo me ha presentado a algunas jóvenes. Pero antes de que las cosas sigan adelante, debo confesarle que he sido indigno de su afecto. Apenas comencé a visitarla tenía la obligación de haberle dicho que soy casado. Yo sabía que los estudiantes indios en Inglaterra ocultan esta verdad, y seguí el mismo camino que los

demás. Ahora comprendo que no debí proceder así. Debo agregar que me casé siendo un niño, y que tengo un hijo. Me duele haberle ocultado esto tanto tiempo. Pero estoy contento de que Dios me haya dado el valor necesario para decir la verdad. ¿Me perdonará usted? Le aseguro que no me he tomado libertad alguna con la joven que usted tuvo la bondad de presentarme. Sé cuáles son los límites. Usted, al ignorar que era casado, deseaba desde luego, que nos comprometiéramos. Por eso, a fin de que las cosas no vayan más allá, se me hace necesario decir la verdad.

“Si al recibo de la presente, usted considera que he sido indigno de su hospitalidad, le aseguro que lo comprenderé y no volveré a abusar de ella. De cualquier forma tengo para con usted una eterna deuda de gratitud, por sus muchas bondades y solicitud. Si después de esto usted no me rechaza y sigue considerándome digno de su hospitalidad —que yo me esforzaré en merecer— me sentiré muy dichoso de poder contar con su afecto”.

Ya puede suponerse el lector que no escribí semejante carta en un instante. La hice y rehíce muchas veces. Pero al fin me descargó del peso que me agobiaba. Casi a vuelta de correo llegó respuesta, que decía así: “En mi poder su sincera carta. Ambas nos alegramos mucho de leerla y reímos cordialmente. La falsedad de que usted se culpa a sí mismo es perdonable. Mi invitación sigue en pie y le esperamos el domingo próximo, deseosas de conocer detalles sobre su matrimonio infantil, así como para tener el placer de reírnos a sus expensas.

“¿Necesito asegurarle que nuestra amistad no queda afectada en lo más mínimo por este incidente?”.

Así me libré de la gangrena de la falsedad, y desde aquel instante, jamás vacilé en confesar mi estado civil, siempre que lo consideré conveniente.

20. MI CONTACTO CON LA RELIGIÓN

Hacia el fin de mi segundo año de permanencia en Inglaterra entré en relación con dos teósofos, dos hermanos, ambos solteros, me hablaron del *Gita*. Estaban leyendo la traducción de sir Edwin Arnold “La canción celestial”. Y me invitaron a leerles el original.

Me sentí avergonzado, pues no había leído el divino poema, ni en sánscrito ni en *gujaratí*. Me vi forzado a decirles que no había leído el *Gita*, pero que con mucho gusto lo leería con ellos y que, aun cuando mis conocimientos de sánscrito eran escasos, confiaba entender el original lo bastante, como

para decirles en qué partes la traducción no era fiel al contenido de la obra. Empecé, pues, a leer el *Gita* con ellos. Y los versos del segundo capítulo me causaron profunda impresión.

*Cuando se analiza el objeto de los sentidos
se advierte que de ellos brota la atracción;
y de la atracción nace el deseo, que a su vez
inflama la fiera pasión. La pasión alimenta los vicios
y, entonces, la memoria queda traicionada, deja
que se ausenten los propósitos nobles y mina el espíritu.
Hasta que, los buenos propósitos, el espíritu y el hombre,
están definitivamente perdidos.*

Todavía suenan estas palabras en mis oídos. El libro me impresionó como un tesoro inapreciable. Y esa impresión ha ido creciendo en mí, día tras día, hasta el extremo de que hoy considero el *Gita*, como el libro por excelencia, para el conocimiento de la verdad. Y me ha proporcionado valiosa ayuda en algunos momentos sombríos de mi vida.

En cuanto a las traducciones inglesas, las he leído todas y considero que la mejor es la de sir Edwin Arnold. Ha sido fiel al texto y al espíritu del libro y, sin embargo, no parece una traducción. Aun cuando leí el *Gita* con esos amigos, no puedo pretender haberlo estudiado entonces. Fue solamente algunos años más tarde cuando se convirtió en mi lectura cotidiana. Los hermanos a los que me estoy refiriendo me recomendaron “La luz de Asia”, escrito por sir Edwin Arnold, de quien, hasta entonces, solo conocía la traducción mencionada, bajo el título de “La canción celestial”. Y lo leí con mayor interés todavía que el *Bhagavadgita*. Una vez que comencé a leer “La luz de Asia”, no pude dejar el libro hasta concluirlo. Mis amigos me llevaron un día a la Logia Blavatsky, presentándome a Madame Blavatsky y a la señora Besan. Esta última, acababa de ingresar en la Sociedad Teosófica, y yo venía siguiendo con gran interés la controversia surgida en torno a su conversación. Los amigos me aconsejaron que me uniera a la Sociedad Teosófica, pero yo rechacé cortésmente la invitación diciendo: “Con mis escasos conocimientos de mi propia religión no quiero pertenecer a ninguna institución religiosa”.

Recuerdo que, a instancias de los hermanos, leí la “Clave de la Teosofía”, de Madame Blavatsky. Ese libro me estimuló a leer otros sobre hinduismo y me sacó del error sugerido en mí por los misioneros, de que el hinduismo estaba lleno de supersticiones.

Aproximadamente por la misma época, conocí a un buen cristiano en una pensión vegetariana de Manchester. Me habló sobre el cristianismo y la cristiandad y acudieron a mi memoria los recuerdos de Rajkot. Se sintió dolido al oírlos. Me dijo: “Yo soy vegetariano. No bebo. Cierto que muchos cristianos comen carne y beben; pero ni lo uno ni lo otro son cosas que propician las sagradas escrituras. Lea la Biblia, por favor”.

Seguí su consejo. Él mismo me consiguió un ejemplar, pues si mal no recuerdo, se dedicaba a vender biblias. Yo adquirí una edición con mapas, índices y otras ayudas. Comencé a leerla, pero fui incapaz de recorrerme todo el Antiguo Testamento. Leí el libro del Génesis y los capítulos siguientes que invariablemente, me hacían dormir. Pero solo por poder decir que había leído la Biblia, seguí adelante con mucha dificultad y sin el menor interés ni comprensión. Me desagradó la lectura del libro de los números. Pero el Nuevo Testamento me causó una impresión muy distinta, especialmente el Sermón del Monte, que llegó derechamente a mi corazón. Lo comparé con el *Gita*. Los versículos:

“Más yo os digo: no resistáis al mal; antes, a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra; y al que quisiere ponerte a pleito y tomarte tu ropa, déjale también la capa”, me encantaron más allá de toda ponderación trayéndome a la memoria las palabras de Shamal Bhatt: “Por un cuenco de agua da una rica comida...”, etc. Mi mente juvenil trataba de asociar las enseñanzas del *Gita* y de “La luz de Asia”, con las del Sermón del Monte. La renunciación, como la más elevada de las formas religiosas, me atraía enormemente.

Estas lecturas estimularon mi deseo de estudiar otros grandes maestros de la religión. Un amigo me recomendó “Los héroes y el culto de los héroes”, de Carlyle. Leí el capítulo sobre el héroe como profeta y aprendí entonces todo lo que hay en los profetas de grandeza, valor y vida austera.

No pude ir más allá de este primer contacto con la religión, pues la necesidad de prepararme para los exámenes, no me dejaba tiempo libre. Pero tomé nota mental de que debería haber leído más libros religiosos y haberme familiarizado ya con todas las religiones principales.

¿Y cómo podía dejar de informarme también sobre lo que es el ateísmo? Todo hindú conoce bien el nombre de Bradlaugh y tiene noticia de su sedicente ateísmo. Leí algunos libros sobre el particular, de cuyos títulos no me acuerdo. No me causaron el menor efecto porque ya había cruzado el Sahara del ateísmo. La señora Besant, que por aquellos días se hallaba en el candelero de la opinión pública, se había pasado del ateísmo al teísmo, y ese hecho

fortaleció en mí la aversión que sentía hacia el ateísmo. Yo había leído su libro: “Cómo me hice teósofa”.

Fue por ese tiempo cuando murió Bradlaugh, siendo enterrado en el cementerio de Woking. Asistí al funeral como creo que asistieron todos los hindúes residentes en Londres. Estaban presentes también unos pocos clérigos, para rendirle los honores póstumos. A nuestro regreso del funeral hubimos de esperar en la estación a que llegara el tren. Un campeón del ateísmo, que se hallaba entre la multitud, comenzó a hostigar a uno de los clérigos mencionados, diciéndole:

—Dígame, señor: ¿cree usted en la existencia de Dios?

—Sí, creo —respondió el buen hombre, en tono bajo.

—También estará de acuerdo en que la circunferencia de la Tierra tiene 25.000 kilómetros, ¿no es así?

—En efecto.

—Entonces le ruego me aclare qué tamaño tiene su Dios y en dónde se encuentra.

—No podemos dejar de saberlo. Dios reside en el corazón de todos nosotros.

—¡Vamos, vamos! No me confunda con un niño —contestó el campeón del ateísmo, dirigiéndonos una mirada triunfal.

El sacerdote se sumió en humilde silencio.

Esta breve conversación contribuyó a aumentar mis prejuicios contra el ateísmo.

21. NIRBALA KE BALA RAMA *

Aun cuando a base de considerable esfuerzo había adquirido unos conocimientos superficiales sobre el hinduismo y otras religiones del mundo, yo debía saber que eran suficientes para salvarme en mis horas de prueba.

El hombre no tiene, en un momento dado, la menor intuición, y mucho menos conocimiento, de qué es lo que lo salva en momentos de peligro. Si es un descreído, atribuirá a la suerte su salvación. Si creyente, dirá que Dios lo ha salvado, y por tanto, llegará a la conclusión de que sus estudios religiosos

* Refrán del famoso himno de Surdas: *Él es el amparo de los desamparados, la fuerza de los débiles.*

y su disciplina espiritual constituían la base del estado de gracia que disfrutó. Pero en la hora de su rescate ignora si es su disciplina espiritual u otra cosa lo que lo salva. ¿Quién que se haya vanagloriado de su fuerza espiritual, no la ha visto humillada en el polvo? El conocimiento de la religión, tan distinto de la experiencia, parece polvo y paja en esos momentos.

Fue en Inglaterra donde descubrí la futilidad de los meros conocimientos religiosos. No sabría decir cómo fui salvado en anteriores ocasiones, ya que era entonces demasiado joven para comprender. Pero en la época a que voy a referirme, tenía veinte años y ya había adquirido alguna experiencia, como esposo y padre.

Durante el último año de mi permanencia en Inglaterra, es decir en 1890, se celebraba una conferencia de vegetarianos en Portsmouth, a la que fuimos invitados, otro amigo hindú y yo. Portsmouth es un puerto de mar con una gran población marinera. Tiene muchas casas con mujeres de mala fama. Mujeres que no son en realidad prostitutas, pero que tampoco son demasiado escrupulosas en el orden moral. A nosotros dos nos alojaron en una de esas casas. Sobra decir que el comité organizador de la conferencia no sabía nada. Por otra parte, en una ciudad como Portsmouth, hubiera sido difícil determinar cuál era el alojamiento bueno y cuál el malo, para unos viajeros ocasionales como nosotros.

Regresamos de la conferencia al atardecer. Después de cenar nos sentamos para jugar al brige con el ama de la casa, costumbre que se cultiva en Inglaterra, incluso en los hogares más respetables. Es natural que los jugadores se hagan objeto de bromas inocentes, pero en este caso, mi compañero y el ama de casa, comenzaron a gastar bromas indecentes. Yo ignoraba que mi amigo fuera adepto de este arte. Lo cierto es que me sentí arrastrado, me uní a ellos y comencé a excederme. Y en el preciso instante en que iba a pasarme del límite, abandonando el juego y todo, bajo la atracción del ama de casa, Dios, por boca de mi buen compañero, murmuró una bendita advertencia: “Desde cuándo se aloja en ti el pecado, hijo mío? ¡Apártate inmediatamente!”.

Me sentí avergonzado. Acepté la advertencia y expresé en mi fuero íntimo el más profundo agradecimiento hacia mi amigo. Y recordando la promesa que hice a mi madre, de no conocer mujer, hui de la escena de mi tentación. Llegué a mi cuarto tembloroso, agitado, laténdome el corazón apresuradamente, como una paloma que ha logrado escapar del halcón.

Recuerdo que fue esta la primera vez en que una mujer, aparte de mi esposa, encendió mi deseo. Aquella noche no pude dormir. Mil pensamientos me asaltaban. ¿Debía cambiar de alojamiento inmediatamente? ¿Conve-

nía que me fuera de Portsmouth en el acto? ¿Qué me sucedía? ¿Y qué hubiera sido de mí si no llego a recobrar mis sentidos a tiempo? Decidí proceder con más prudencia en lo sucesivo. No dejaría la casa, sino que me iría de Portsmouth. La conferencia vegetariana solo se prolongaría dos días más. A la tarde siguiente partí de la ciudad. Mi compañero se quedó hasta el final de la conferencia.

Yo entonces no conocía la esencia de la religión ni tampoco de Dios, ni sabía cómo vela él sobre nosotros. Solo de un modo vago comprendí que Dios me había salvado en aquella ocasión. Y me ha salvado igualmente en todos mis momentos de prueba. Me consta que la frase “Dios me ha salvado” tiene hoy día para mí un significado más profundo. Sin embargo, comprendo que no capto de una manera íntegra su sentido. Solo una experiencia más rica puede procurarme una plena comprensión. Pero en todas mis horas de prueba —las de naturaleza espiritual, como abogado, como político y como dirigente de instituciones— puedo afirmar que Dios me salvó. Cuando se esfuma toda esperanza “cuando nadie puede ayudarnos y todo consuelo es inútil”, veo que llega el auxilio de algún modo y no sé cómo, ni de dónde. Los ruegos, las plegarias, el culto, no son supersticiones. Son cosas mucho más reales que los actos de comer, beber, sentarse o caminar. No es exagerado decir que solamente las plegarias y el culto son reales y que todo lo demás tangible, material, es pura irrealdad.

La plegaria no es un ensayo de elocuencia; ni un homenaje a flor de labios. La verdadera plegaria brota del corazón. Y cuando logramos alcanzar esa pureza que se obtiene con el corazón, vacío de todo, menos de amor; cuando mantenemos afinadas las cuerdas de nuestros sentimientos más elevados, entonces la plegaria se convierte en una dulce música que asciende a los cielos. La plegaria no precisa de palabras. Y no me cabe la menor duda de que la plegaria es el medio infalible de limpiar el corazón de pasiones. Pero debe ir fundida con la máxima humildad.

22. NARAYAN HEMCHANDRA

Poco antes de que Narayan Hemchandra llegara a Inglaterra oí hablar de él como escritor. Lo conocí en la casa de miss Manning, de la Asociación Nacional India. Miss Manning sabía las dificultades con que yo tropezaba para ser sociable. Siempre que iba a su casa me sentaba y no despegaba los labios, para nada, salvo si me preguntaban algo. Fue ella la que me presentó a Narayan Hemchandra.

Hemchandra no sabía inglés. Su manera de vestir resultaba extraña. Unos pantalones ordinarios y una arrugada y sucia casaca parda según la moda *par-si*. Ni cuello ni corbata. Un gorrito blando, adornado con borlas. Este era su atavío.

Narayan Hemchandra tenía una larga barba. Era hombre de corta estatura y más bien endeble. Su cara redonda aparecía picada por la viruela. La nariz era regular, ni afilada ni roma. Sus manos se afanaban constantemente en acariciar la barba.

Una persona de semejante aspecto estaba condenada al aislamiento en una sociedad elegante.

—He oído hablar mucho de usted —le dije—. Y también he leído algunos de sus trabajos. Me sentiría muy complacido si tuviera la bondad de venir a mi casa.

Narayan Hemchandra tenía una voz más bien áspera. Con la sonrisa en el rostro me respondió.

—Sí, ¿dónde vive usted?

—En Store Street.

—Entonces somos vecinos. Deseo aprender inglés. ¿Quiere enseñarme?

—Me sentiré muy dichoso si puedo enseñarle a usted algo, y me esforzaré todo lo posible. Si no le importa iré a su casa a darle las lecciones.

—¡Oh no! Seré yo quien vaya a la suya. Y llevaré conmigo un libro de ejercicios de traducción.

Nos citamos y pronto pasamos a ser íntimos amigos.

Narayan Hemchandra no sabía nada de gramática. “Caballo” era para él un verbo y “correr” un nombre. Recuerdo muchos sorprendentes ejemplos semejantes al que acabo de poner. Pero no se sentía abrumado por su ignorancia y mis pequeños conocimientos de gramática no le impresionaron. En verdad jamás consideró su ignorancia gramatical como un motivo para avergonzarse.

Con perfecta naturalidad me dijo:

—Yo jamás fui al colegio como usted, y nunca sentí la necesidad de la gramática para expresar mis pensamientos. Bueno ¿sabe usted bengalí? Yo, sí. He viajado por Bengala. Soy yo quien ha ofrecido al mundo de habla gujaratí las obras del Maharshi Devendranath Tagore. Y quiero traducir al *gujaratí* los tesoros de muchas otras lenguas. Como usted sabe, jamás soy literal en mis traducciones. Me conformo con mantener el espíritu y no la letra. Otros,

con mayores conocimientos que yo, quizá logren una mayor perfección en el futuro. Pero de cualquier modo, estoy satisfecho con lo que he conseguido sin ayuda de la gramática.

Conozco el *marathí*, el *hindí*, el bengalí y estoy aprendiendo inglés. Lo que quiero es un copioso vocabulario. Pero ¿cree usted que mi ambición concluye ahí? No, señor. Quiero ir a Francia y aprender francés. Me han dicho que esa lengua tiene una amplia literatura. Procuraré ir también a Alemania y aprenderé alemán.

Y así Hemchandra hablaba incesantemente. Su ambición de viajar y de aprender idiomas no tenía límites.

—Entonces, ¿irá también a América?

—Por supuesto. ¿Cómo puedo regresar a la India sin haber visitado el Nuevo Mundo?

—Pero ¿de dónde sacará el dinero necesario?

—¿Y para qué necesito el dinero? Yo no soy un elegante como usted. La mínima cantidad de alimentos y de ropa me bastan. Por lo cual, con lo poco que saco de mis libros y lo que me dan mis amigos, es suficiente. Siempre viajo en tercera clase. Y cuando vaya a América viajaré, si es preciso, en el puente.

La sencillez de Narayan Hemchandra era admirable, y su franqueza corría paralelamente. No tenía la más leve traza de orgullo, salvo, lógicamente, una exagerada opinión de sí mismo como escritor.

Nos encontrábamos a diario. Había muchas afinidades entre su manera de pensar y proceder y la mía. Los dos éramos vegetarianos y, como es natural, muchas veces comíamos juntos. Esto ocurría en la época en que yo vivía con diecisiete chelines por semana, y me cocinaba en mi pieza. Unas veces yo iba a su habitación y otras, él venía a la mía. Yo cocinaba al estilo inglés, pero a Hemchandra nada le satisfacía sino la manera india. No podía pasar sin *dal*.

Si yo hacía sopa de zanahorias me decía que mi gusto era pésimo. Una vez que él consiguió *mung*^{*}, las cocinó y las trajo a mi habitación. Las comí, deleitado. Desde ese día se mantuvo un intercambio regular de comidas entre nosotros. Yo le llevaba mis manjares a su casa y él traía los suyos a la mía.

El nombre del cardenal Manning estaba entonces en todos los labios. La huelga de los obreros portuarios había concluido rápidamente, gracias a los

* Una leguminosa de la India.

esfuerzos de John Burns y del cardenal Manning. Le hablé a Narayan Hemchandra de la contribución de Disraeli a la sencillez de Manning.

—Entonces —dijo— es preciso que yo vea a ese sabio.

—¡Pero si es un gran hombre! ¿Cómo esperas llegar hasta él?

—¿Qué dices? —contestó, muy seguro de sí mismo—. Claro que sé la manera. Todo lo que debo hacer es lograr que tú le escribas en mi nombre. Dile que soy escritor y que quiero felicitarlo personalmente por sus obras humanitarias, y agrega que tendré que llevarte a ti como intérprete, puesto que no hablo inglés.

Escribí la carta como él quería. A los dos o tres días llegó la respuesta del cardenal Manning, concediéndonos una entrevista. De manera que los dos nos dirigimos hacia la residencia del cardenal. Yo me puse el habitual traje de etiqueta. Narayan Hemchandra iba como siempre, con la misma casaca y los mismos viejos pantalones. Yo traté de burlarme amistosamente de su atuendo, pero él se rio de mí, diciendo:

—Vosotros, los hombres civilizados, sois todos unos cobardes. Los grandes hombres jamás miran el exterior de una persona. Solo observan su corazón.

Entramos en la mansión del cardenal. En cuanto nos sentamos, apareció un caballero anciano, delgado y de elevada estatura, que nos estrechó las manos. Narayan Hemchandra lo saludó así:

—No quiero robarle su tiempo. He oído hablar mucho de usted, y sentí la necesidad de venir para darle las gracias por la buena obra cumplida por usted en favor de los huelguistas. Es mi costumbre visitar a los sabios del mundo y solo por ese motivo me he atrevido a molestarlo.

Yo traduje al inglés las mencionadas palabras, que Hemchandra pronunció en *gujaratí*.

—Me alegra mucho su visita. Espero que su permanencia en Londres le sea grata y que entre en contacto con la gente de aquí. Dios os bendiga.

Y con estas frases, el cardenal se puso de pie y se despidió de nosotros.

Cierta vez Narayan Hemchandra llegó a mi casa vestido solamente con camisa y *dhoti*. La buena mujer que abrió la puerta —y que por ser nueva no conocía a mi amigo— vino corriendo para decirme:

—¡Una especie de loco quiere verle!

Fui hacia la puerta y, para mi sorpresa, me encontré con Hemchandra. Me quedé de una pieza. Sin embargo, su rostro no ofrecía sino la dulce sonrisa de siempre.

—Pero ¿los niños de la calle no te han apedreado al verte vestido así?

—Bueno, me siguieron en grupo. Pero yo no les hice caso y no me molestaron para nada.

Narayan Hemchandra fue a París al cabo de algunos meses de permanencia en Londres. Comenzó a estudiar el idioma y a traducir libros franceses. Yo sabía suficiente francés para revisar sus traducciones, de manera que me las enviaba sistemáticamente. Era cierto que, como decía él, no se trataba de traducciones sino de la sustancia.

Finalmente, llevó a cabo su decisión de ir a Estados Unidos. Con grandes dificultades pudo sacar un pasaje para el puente. Durante su estadía en Norteamérica fue encausado “por ir vestido indecentemente”, pues salió a la calle con su camisa y su *dhoti*. Si mal no recuerdo, el juez lo absolvió de culpa y cargo.

23. LA GRAN EXPOSICIÓN

En 1890 hubo en París una gran exposición. Yo había leído bastante sobre los grandes preparativos y, además, seguía teniendo muchas ganas de ir a la capital de Francia. Por tanto, pensé que era el momento ideal para combinar ambas cosas. Una atracción particular de dicha feria, era la Torre Eiffel, una construcción de acero que tenía más de trescientos metros de altura. Por supuesto, había otras muchas cosas interesantes que ver que era imposible erigir una estructura tan alta... y que se mantuviera en pie. Por consiguiente, saqué un billete y me fui a París.

Al llegar a la capital de Francia alquilé una habitación. Estuve siete días. Había oído hablar de un restaurante vegetariano y decidí comer en él. Me las arreglé para que me saliera todo bastante económico, comenzando por el viaje. Mis andanzas por París las efectué, casi exclusivamente, a pie, con la ayuda de un plano de la ciudad. Por supuesto, utilicé también una guía de la Exposición, con su correspondiente plano, que bastaba y sobraba para orientar sobre las calles principales y los lugares más interesantes de la mencionada feria.

No recuerdo nada de la Exposición, salvo su variedad y magnitud. Tengo un vivo recuerdo de la Torre Eiffel, pues subía a ella dos o tres veces. Había un restaurante en la primera plataforma, y solo por la satisfacción de poder decir que había comido a gran altura, derroché siete chelines.

Las viejas iglesias de París están presentes en mi recuerdo. Su grandeza y su paz son inolvidables. La maravillosa construcción de Nôtre Dame, con

sus magníficos decorados interiores y sus hermosas esculturas, nadie puede olvidarla. Entonces comprendí que quienes gastaron millones en la erección de tan divinas catedrales tendrían forzosamente a Dios en su corazón.

Yo había leído mucho sobre la moda y las frivolidades de París. Ambas cosas saltaban a la vista en cada calle, pero las iglesias parecían estar apartadas ostensiblemente de tales escenas. Cualquier hombre podía olvidarse del bullicio exterior, con solo penetrar en uno de esos templos. Sus modales cambian automáticamente; procede con mayor dignidad y manifiesta su reverencia cuando pasa junto a algunas de las personas que están arrodilladas ante la Virgen. La sensación que tuve entonces fue creciendo constantemente en mí, hasta alcanzar la convicción de que ese arrodillarse devotamente, esas plegarias, no eran mera superstición: las almas devotas arrodilladas ante la Virgen no rendían culto a un simple mármol. Estaban inflamadas en verdadera devoción y no adoraban la piedra, sino la divinidad que la estatua simbolizaba. Y tuve, además, la sensación clara, de que al rendirle culto de ese modo, no disminuían, sino que aumentaban, la gloria de Dios.

Debo decir algo sobre la Torre Eiffel. Ignoro para qué sirve en la actualidad. Pero, cuando se construyó, despertó elogios apasionados y agrupó, en su contra, a numerosos detractores. Recuerdo que entre estos últimos se hallaba Tolstoy. Decía que la Torre Eiffel era un monumento a la estupidez del hombre, y no a su sabiduría. El tabaco, afirmaba Tolstoi, es el peor de los tóxicos, hasta el extremo de que el fumador se siente tentado de cometer crímenes que el borracho jamás se atreve a perpetrar; el licor enloquece al hombre, pero el tabaco nubla su intelecto y le hace construir castillos en el aire. Para él, la Torre Eiffel era una de las creaciones del hombre bajo la influencia del tabaco. No había en ella arte alguno. De ningún modo podría decirse que la Torre Eiffel había contribuido a embellecer la Exposición. Mientras somos niños nos sentimos atraídos por los juguetes, y la torre era una prueba de que todos somos niños atraídos por chucherías. Para eso solamente servía la Torre Eiffel.

24. “EGRESADO” ... ¿Y AHORA QUÉ?

Hasta ahora no me he ocupado del propósito fundamental que me llevó a Inglaterra: recibirme de abogado. Es el momento de decir algo sobre este particular.

En Inglaterra, para recibir la licencia de abogado, el estudiante tenía que cumplir dos requisitos, “concurrir a las reuniones” —a unas doce reuniones,

equivalentes a tres años— y aprobar los exámenes. Concurrir a las reuniones significaba ni más ni menos que asistir, como mínimo, a seis de las veinticuatro cenas que se celebran anualmente.

Asistir a esas cenas no implicaba la necesidad de comer, sino la de estar presentes a la hora dada y permanecer durante el transcurso de la comida. Pero, como es lógico, todo el mundo cenaba, disfrutando de los excelentes platos y los vinos selectos que se servían. La cena costaba de dos chelines y tres peniques, a tres chelines y seis peniques, o sea, de dos a tres rupias. Este precio se consideraba moderado, sobre todo teniendo en cuenta que el que cenara en un hotel debía pagar ese precio solamente por los vinos. Por cierto que en la India, esto nos resulta sorprendente. Como no somos “civilizados” no podemos comprender cómo es posible que las bebidas cuesten más que la comida en sí.

Cuando me enteré, me quedé muy sorprendido, y me pregunté cómo podía haber gente capaz de tirar tanto dinero en bebidas. Más tarde lo comprendí.

En los comienzos, yo solía no comer nada en dichas cenas, pues los únicos alimentos que estaban a mi alcance eran pan, repollo y papas hervidas. Al principio no me gustaban. Luego, cuando comenzaron a gustarme esos alimentos, reuní el coraje necesario para pedir otros platos.

La cena que se servía a los decanos, solía ser mejor que la de los alumnos. Un estudiante *parsi* que también era vegetariano, y yo, solicitamos que, en favor de los que no comíamos carne, se nos sirvieran algunos de los platos que figuraban en el menú de los decanos. Se aceptó nuestra petición y comenzamos a obtener frutas y verduras.

A cada grupo de cuatro estudiantes les correspondía dos botellas de vino y como yo no probaba el alcohol, era una persona solicitadísima para formar el cuarteto, pues de ese modo los tres restantes podían dar cuenta de las dos botellas. Como en cada período había una “gran velada”, en la que se servían, además de los vinos acostumbrados, otros licores extra como champagne, coñac y oporto, en tales oportunidades me disputaban con verdadero encarnizamiento.

No logré comprender jamás, cómo ni por qué esas cenas calificaban mejor a los estudiantes de Derecho para la profesión de abogados. Hubo un tiempo lejano en que el número de estudiantes que concurría a esas cenas era más reducido, con lo cual se hacía posible que se iniciaran interesantes conversaciones entre ellos y los decanos. Además, se pronunciaban discursos. Por consiguiente, las cenas servían para que los estudiantes adquirieran conocimiento del mundo y mejorasen su capacidad oratoria. Pero en mi época tal cosa era

imposible, por cuanto los decanos se sentaban aparte. La institución había ido perdiendo su significado gradualmente, pero la conservadora Inglaterra la mantenía a pesar de todo.

Las materias que se estudiaban eran sencillas, por lo cual a los abogados se les daba el nombre de “abogados de banquete”. Todo el mundo sabía que los exámenes carecían prácticamente de valor. En mi época había dos exámenes, uno de derecho romano y otro de derecho positivo. Había libros de texto, cuyo estudio era obligatorio, pero eran muy pocos los estudiantes que los ojeaban. He conocido a muchos que aprobaron el derecho romano comenzando a estudiar la asignatura dos semanas antes del examen, y el derecho positivo leyendo algunas notas sobre el tema dos o tres meses antes. Las preguntas que se hacían eran sencillas y los examinadores generosos. El tanto por ciento de aprobados en los exámenes de derecho romano era del 95 al 99 y los que pasaban los exámenes finales sumaban más del 75. Por consiguiente, había poco temor de ser aplazado y, además, se llevaban a cabo exámenes, cuatro veces por año. Nadie los consideraba como una dificultad. Solo yo conseguí que lo fueran. Pensé que estaba obligado a leer los libros de texto. No hacerlo era un fraude. Había invertido mucho dinero en ellos. Decidí estudiar derecho romano en latín. Me sirvió de mucho para el caso el latín que había aprendido en la universidad de Londres. Y toda esta lectura me resultó luego muy útil, pues en Sudáfrica el derecho romano-holandés es el que se utiliza como derecho positivo. La lectura de Justiniano, por ejemplo, sirvió para que más tarde pudiera comprender bien las leyes sudafricanas.

Trabajé intensamente durante nueve meses para estudiar el derecho positivo de Inglaterra. El estudio del derecho civil de Broom, que era un enorme pero interesante volumen, me llevó bastante tiempo. La “Equidad”, de Snell, tenía gran interés, aunque era difícil de entender en algunos capítulos. Los “Casos famosos”, de White y Tudor, me resultaron igualmente interesantes e instructivos. Leí también con el mismo empeño la “Propiedad real”, de Williams y Edward y la “Propiedad privada”, de Goodeve. A mi regreso a la India me enfraqué en la lectura de las “Leyes hindúes”, de Mayne. Pero no corresponde aquí hablar de los libros de jurisprudencia hindúes.

Aprobé mis exámenes y recibí el título de abogado el 10 de junio de 1891. Fui inscrito en el Colegio de Abogados el 11 y el 12 emprendí el regreso a casa.

Sin embargo, mis estudios no disiparon mis temores, mi timidez, ni mi sensación de desamparo. No me sentía calificado para la práctica de la jurisprudencia.

Pero para describir esta incapacidad mía, es conveniente que pasemos a otro capítulo.

25. MI DESAMPARO

Era fácil aprobar la carrera de abogado pero difícil practicar en Tribunales. Yo había estudiado las leyes, pero no había aprendido cómo aplicarlas. Leí con interés “Máximas legales”, pero no sabía cómo aplicarlas en mi profesión. Una de ellas era: *Sic utere tuo ut alienum non laedas* (usa lo tuyo de manera que no perjudiques a otros), pero yo me sentía perdido, pues ignoraba cómo utilizar esta máxima en beneficio del propio cliente. También había leído todos los casos notables relativos a esta máxima, pero tal estudio no me daba la confianza necesaria para aplicarla debidamente en el ejercicio de la profesión.

Además, nada había aprendido sobre las leyes indias. No tenía la menor idea sobre el derecho hindú y mahometano. Ni siquiera sabía cómo formular una demanda, y en el orden procesal me sentía totalmente desorientado. Oí contar que sir Pherozechah Mehta rugía como un león cuando actuaba en los tribunales. ¿Cómo, me preguntaba yo, podía haber aprendido ese arte en Inglaterra? Estaba fuera de duda que yo no podría adquirir jamás su prestigio como jurista, pero incluso pensaba que tal vez no fuese capaz de ganarme la vida con mi profesión.

Mientras estudiaba derecho me sentía desgarrado por esas dudas y ansiedades. Confié mis temores a los amigos. Uno de ellos me sugirió que fuese a ver a Dadabhai Naoroji y que le pidiera aconsejo. Ya dije antes que cuando partí hacia Inglaterra llevaba una carta de recomendación para Dadabhai. Tardé bastante tiempo en emplearla. Pensé que no tenía derecho a molestar a un gran hombre así. Sin embargo, siempre que se anunciaba una intervención suya, yo iba y le escuchaba desde un rincón de la audiencia, yéndome después de haberles dado un festín a mis oídos y a mis ojos.

Naoroji, con el fin de estar en estrecho contacto con los estudiantes, había fundado una asociación. Yo asistía a las reuniones y me complacía ver la solicitud de Dadabhai hacia los estudiantes y el respeto que estos sentían por él. Con el correr del tiempo reuní todo mi valor y le entregué mi carta de recomendación. Entonces me dijo:

—Puedes venir a verme siempre que quieras pedirme opinión.

Pero no me atreví a hacer uso de su ofrecimiento, y no seguí el consejo del amigo que me sugería que le planteara mis dificultades.

Ignoro si fue ese amigo u otro, quien me aconsejó que me entrevistara con Mr. Frederick Pincutt. Era del partido conservador, pero su afecto por los estudiantes indos no podía ser más puro y desinteresado. Muchos estudiantes habían solicitado su consejo y yo me animé y pedí una entrevista, que me fue concedida. Me acogió como a un amigo. Se rio de mi pesimismo.

—¿Cree usted —me dijo— que todo El mundo debe ser un Pherozeshah Mehta? Los Pherozeshah y los Badruddin son muy escasos. Esté seguro de que para ser un abogado corriente no hacen falta dotes especiales. La honestidad y laboriosidad normales, son todo lo que se precisa para ganarse la vida. Todos los casos no son complicados, ni mucho menos. Bueno, y ahora veamos cómo están sus conocimientos.

Cuando le informé sobre los libros que había leído, que ciertamente eran muy pocos, se quedó ligeramente decepcionado. Pero se recuperó al instante y pronto volvió a brillar la cordial sonrisa en su rostro. Entonces me dijo:

—Comprendo sus dudas. Sus conocimientos son escasos. No tiene experiencia del mundo, *conditio sine qua non* para un *vakil*. Ni siquiera ha leído la historia de la India. Un *vakil* debe conocer la naturaleza humana. Ha de ser capaz de leer el carácter de un hombre en su cara. Y todo indio debe conocer la historia de su país. Esto no tiene relación alguna con el ejercicio de la jurisprudencia, pero usted debe saberlo. Veo que ni siquiera conoce el relato de Kaye y Malleson sobre el motín de 1857. Léalo en seguida, así como otros dos libros más, para que le ayuden a comprender la naturaleza humana: las obras de Lavator y de Shemmelpennick, sobre el carácter y la fisonomía.

Quedé extremadamente agradecido a este venerable amigo. En su presencia sentí que todos mis temores desaparecían pero, en cuanto me separé de él, mis preocupaciones resurgieron. Me obsesionaba la idea de poder conocer el carácter de un hombre por su rostro. Al día siguiente compré el libro de Lavator, pues el de Shemmelpennick estaba agotado. Me lo leí, pero tuve más dificultades para entenderlo, que la “Equidad”, de Snell, y lo hallé poco o nada interesante. Estudié la fisonomía de Shakespeare, pero no extraje nada en limpio de mi análisis.

El libro de Lavator no agregó nada a mis conocimientos. El consejo de Mr. Pincutt me sirvió para muy poco, desde el punto de vista práctico, pero su bondad me hizo mucho bien. Su rostro franco y sonriente se fijó en mi memoria, y me convencí de que estaba en lo cierto de que el ingenio, la memoria y la capacidad de Pherozeshah Mehta no eran esenciales para llegar a ser un abogado de éxito; la honestidad y la laboriosidad eran suficientes. Y como yo me sentía honesto y laborioso, me sentí tranquilizado por su consejo.

No pude leer los volúmenes de Kaye y Malleson en Inglaterra. Pero los leí en Sudáfrica, porque me había propuesto hacerlo en la primera coyuntura favorable.

De manera que un poco de esperanza se mezcló con mi desesperación. Desembarqué en Bombay del *S. S. Assam*. El mar estaba muy picado en el puerto y tuve que llegar a tierra en una lancha.

PARTE SEGUNDA

1. RAYCHANDBHAI

Dije en el último capítulo que el mar estaba muy picado en el puerto de Bombay, cosa que no tiene nada de extraño en el golfo de Arabia, durante los meses de junio y julio. Desde Aden en adelante, las aguas estuvieron muy movidas. Casi todos los pasajeros estaban mareados. Creo que yo fui el único que se sentía en perfecta forma, por lo que me quedé encubierta para contemplar el desarrollo de la tormenta, gozando con el espectáculo de las olas al estrellarse contra la nave. A la hora del desayuno, solo estuvimos una o dos personas más y yo, comiendo el consabido puré de avena, y sujetando el plato con la mano, para evitar que se volcara su contenido debido al vaivén del barco.

La tormenta exterior era para mí un símbolo de la interior. Pero así como la primera me dejó imperturbable, creo poder decir lo mismo de la segunda. Y eso que iba a tener que afrontar complicaciones con mi casta.

Ya había logrado conjurar mis temores respecto al ejercicio de la profesión. Como era un “reformador”, me preocupaba sobre la mejor manera de iniciar ciertas reformas. Pero todavía me esperaban más cosas de las que yo era capaz de imaginarme.

Mi hermano mayor vino a recibirme al puerto. Ya había trabado conocimiento con el doctor Mehta y su hermano mayor, y como el doctor Mehta insistiera en que nos alojásemos en su casa, allá fuimos. De este modo, la relación iniciada en Inglaterra continuó en la India, y maduró en una amistad permanente entre las dos familias.

Yo estaba ansioso de ver a mi madre. Ignoraba que ya no podía abrazarme contra ella. No me dieron la triste noticia y efectué las habituales abluciones. Mi hermano me mantuvo ignorante de su muerte, ocurrida durante mi permanencia en Inglaterra. Quiso ahorrarme tan duro golpe en tierra extraña. Sin embargo, la noticia no fue por eso menos aflictiva para mí. Pero no debo extenderme sobre esto. Mi pena fue incluso superior a la que me produjo la muerte de mi padre. La mayor parte de mis esperanzas más queridas se derrumbaban. Recuerdo, no obstante, que no me entregué a ninguna expresión espectacular de dolor. Incluso, logré contener las lágrimas, y seguí mi camino como si nada hubiera sucedido.

El doctor Mehta me presentó a varios amigos, y a su hermano, Shiri Revashankar Jagjivan, con el que desde entonces me unió una firme amistad por toda la vida. Pero la presentación que merece mención especial fue la del poeta Raychand o Rajchandra, yerno del hermano mayor del doctor Mehta, y socio de una firma de joyeros llamada Revashankar Jagjivan. No tenía más de veinticinco años pero mi primer encuentro con Rajchandra me convenció de que era un hombre de gran carácter y notable cultura. Era conocido, no solo como poeta, sino también como *Shatavadhani* (o sea, el que tiene la facultad de recordar o acudir a cien cosas a la vez), y el doctor Mehta me recomendó que presenciara alguna de sus hazañas mnemotécnicas. Agoté mi vocabulario de las lenguas europeas conocidas por mí, y le pedí al poeta que repitiera todas las palabras que había pronunciado. Así lo hizo, repitiéndolas en el orden exacto con que yo las había dicho. Envidié su facultad, pero sin quedarme boquiabierto. Lo que si me fascinó en él, lo supe después: sus vastos conocimientos de las escrituras, su carácter inmaculado, y su ardiente pasión por el perfeccionamiento de sí mismo. Con el correr del tiempo descubrí, que la única razón de su vida, era el perfeccionamiento del espíritu. Las siguientes líneas de Muktanand estaban grabadas en su corazón y afloraban con frecuencia a sus labios:

*Solo me consideraré bienaventurado cuando lo vea a Él
en cada uno de mis actos cotidianos;
verdaderamente, Él es el hilo
del cual pende la vida de Muktanand.*

Las transacciones comerciales de Raychandbhai abarcaban ciento de miles de rupias. Era un gran concededor de perlas y diamantes. Los problemas de su profesión, por muy intrincados que fueran, le resultaban fáciles. Pero todo eso no era el centro, en torno al cual giraba su vida. Ese centro era la pasión de ver a Dios cara a cara. Entre las cosas de su comercio cotidiano se mezclaban invariablemente varios libros religiosos y su diario. En cuanto terminaba de trabajar, abría algún libro religioso o el diario. Muchos de sus trabajos, dados a publicidad, son reproducciones de su diario. El hombre que, apenas terminaba de hablar de pesadas transacciones comerciales, empezaba a escribir sobre las reconditeces del espíritu, no podía ser evidentemente, un comerciante, sino un buscador de la verdad. Y así lo vi yo, absorto en la áurea búsqueda de la verdad, en medio de una atmósfera de negocios, no una, ni dos, sino cientos de veces. Jamás le vi perder su estado de perfecto equilibrio.

No había negocio de por medio, ni ningún otro lazo egoísta que me ligase a él, y sin embargo yo disfrutaba de la más íntima asociación. Por aquella época yo no era sino un abogadillo novato, pero cuando me veía, inmediatamente entablaba conversaciones de carácter religioso. Aun en aquellos días yo aún no tenía un verdadero interés en las cuestiones religiosas, encontraba sus digresiones de fascinante interés. Desde entonces he conocido a muchos maestros de religión y personalidades religiosas notables. He procurado conocer a las cabezas de los diversos credos, y puedo afirmar que nadie me ha causado una impresión tan profunda, como la que produjo en mí Raychandbhai. Sus palabras llegaban derechamente a mi corazón. Su intelecto despertaba en mí tanto respecto como su rectitud moral, y estaba seguro de que jamás trataría de extraviarme voluntariamente, así como de que siempre me confiaría sus pensamientos más recónditos. Por consiguiente, en los momentos de crisis espiritual, él fue mi refugio.

Y pese a este respeto que yo sentía, no pude entronizarle en el corazón como mi *Gurú*. El trono quedó vacante y mi búsqueda continúa.

Yo creo en la teoría hindú del *Gurú* y en su importancia para la realización espiritual. Creo que hay una gran parte de verdad en la teoría de que la auténtica sabiduría es inalcanzable sin un *Gurú*. Un maestro imperfecto puede ser tolerable en cuestiones mundanas, pero no en las espirituales. Solo un *gnani** perfecto, merece ser entronizado como *Gurú*. Por consiguiente, es preciso esforzarse incesantemente para alcanzar la perfección. Porque cada cual tiene el *Gurú* que se merece. El esforzarse infinitamente, para lograr la perfección, es el propio deber. Y también la propia recompensa. Lo demás está en las manos de Dios.

Por eso, pensé que no podía entronizar a Raychandbhai en mi corazón como mi *Gurú*, pero como ya veremos, fue en numerosas oportunidades mi guía y mi ayuda. Tres personas contemporáneas causaron una honda impresión en mi vida, y me cautivaron: Raychandbhai, cuya presencia viviente me fascinaba; Tolstoi con su libro “El reino de Dios está dentro de ti”, y Ruskin con su “Hasta esto último”.

Pero yo diré algo sobre este punto en el lugar adecuado.

2. CÓMO INICIÉ MI NUEVA VIDA

Mi hermano mayor había depositado en mí todas sus esperanzas. Tenía grandes deseos de riqueza, nombre y fama. Hombre de gran corazón, generoso

* Sabio, vidente o profeta.

hasta el exceso y, además de naturaleza sencilla, había conquistado con sus dotes numerosos amigos, y por intermedio de ellos, confiaba conseguirme pleitos. Había supuesto, también, que iba a tener una clientela considerable, por lo cual efectuó arreglos y numerosos gastos en la casa. Al mismo tiempo, no dejó piedra por remover, a fin de prepararme el terreno para el ejercicio de mi carrera de abogado.

Todavía persistía en mi casta la tormenta desencadenada con motivo de mi viaje al extranjero. Mi actitud había dividido a la casta. Se habían formado dos bandos, uno de los cuales me readmitió inmediatamente. El otro, en cambio, mantenía mi expulsión. Para complacer al primer grupo mi hermano me llevó a Nasik, antes de ir a Rajkot, me hizo bañar en el río sagrado y, al llegar a Rajkot, ofreció una comida a la casta.

A mi no me gustaba todo aquello. Pero como el amor de mi hermano hacia mí era ilimitado, y mi devoción hacia él era proporcional a ese cariño, automáticamente, hacía lo que mi hermano deseaba y su voluntad era proporcional a ese cariño, automáticamente, hacia lo que mi hermano deseaba y su voluntad era ley para mí. Con esto quedó prácticamente solucionado el problema sobre mi readmisión en la casta.

Jamás busqué la admisión en el grupo que se negó a readmitirme. Ni tampoco guardé el menor rencor hacia los cabezas de ese grupo. Algunos de ellos me miraban con antipatía, pero yo evitaba escrupulosamente herir sus sentimientos. Respeté plenamente las órdenes de la casta sobre la excomunión, según las cuales ninguno de mis parientes, incluso mi suegro y mi suegra y hasta mi hermana y mi cuñado, podía agasajarme: ni siquiera tenía derecho a beber agua en sus casas. Ellos estaban dispuestos a eludir la prohibición pero yo no estuve conforme, pues en modo alguno quería hacer nada en secreto. Solo haría aquello que pudiera realizar públicamente.

Como resultado de mi escrupulosa conducta, jamás fui molestado por la casta, ya que nunca di motivo. Y eso que solamente obtuve afecto y generosidad, de parte del directorio del grupo que todavía me mantiene bajo excomunión. Hasta me ayudaron en mi trabajo, sin esperar recibir a cambio nada en favor de la casta. Estoy convencido de que esta actitud bondadosa derivó de mi no resistencia. Si yo hubiera agitado las aguas para ser readmitido en la casta, tratando de dividirla en más facciones y provocando a los jefes, estos seguramente hubieran tomado represalias, y en lugar de disiparse la tormenta, me hubiera visto envuelto en un torbellino.

Las relaciones con mi esposa no eran las que yo deseaba. Mi permanencia en Inglaterra no había curado mis celos. Seguí con mis enfados y mis recelos, respecto a las cosas más insignificantes. La consecuencia fue que mis

más caros deseos quedaron insatisfechos. Yo había decidido que mi esposa aprendiera a leer y escribir con mi ayuda, pero se interpuso mi lujuria, y ella tuvo que sufrir las consecuencias de mis defectos. Cierta vez llevé las cosas al extremo de devolverla a casa de su padre, y solo consentí en admitirla de nuevo, después de haberla hecho sufrir grandemente. Más tarde comprendí que todo aquello era pura locura de mi parte.

Yo había proyectado efectuar ciertas reformas en la educación de los niños. Mi hermano tenía hijos, y el mío propio, que dejé en mi hogar cuando embarqué hacia Inglaterra, contaba ahora casi cuatro años; era mi deseo enseñarles a los pequeños toda una serie de ejercicios físicos, para hacerlos fuertes, y también proporcionarles el beneficio de mi orientación y guía. En esto tenía el decidido apoyo de mi hermano y mis esfuerzos dieron algún fruto. Me encantaba la compañía de los niños y la costumbre de jugar y bromear con ellos la conservo hasta hoy. Siempre he pensado que yo estaba dotado para ser un buen maestro de niños.

La necesidad de la reforma dietética me parecía evidente. El té y el café ya habían ocupado su lugar en la casa.

Mi hermano pensaba que ambas infusiones eran necesarias para mantener una cierta atmósfera británica en el hogar, dispuesta para mi llegada. Con el mismo fin, la loza y otras cosas similares, que solo se utilizaban en la casa en ocasiones especiales, pasaron a ser de uso diario. Mis reformas pusieron el toque final. Introduje la sopa de avena, y el cacao reemplazó al café y al té. Aunque, para decir verdad, vino a agregarse al café y al té. También se incorporaron a la vida familiar los zapatos y las botas. Completé la europeización añadiendo los trajes europeos.

Por tanto, los gastos aumentaron considerablemente. Cada día se agregaban cosas nuevas. Habíamos conseguido atar un elefante blanco a la puerta de nuestra casa. Pero ¿dónde íbamos a encontrar lo necesario para alimentarlo? Comenzar a ejercer en Rajkot, hubiera significado el ridículo más seguro. Yo apenas tenía el conocimiento de un *vakil* calificado y, sin embargo, esperaba cobrar unos honorarios diez veces más crecidos. Ningún cliente sería lo suficientemente necio como para contratar mis servicios. Y en el caso de que se presentara uno, ¿podía yo agregar la arrogancia y el fraude a mi ignorancia aumentando así la pesada carga de mis deudas con el mundo?

Los amigos me aconsejaron que me fuera a Bombay por algún tiempo, a fin de adquirir experiencia allí, ejerciendo ante los tribunales, mientras estudiaba las leyes de la India y conseguía cuantos clientes fuese posible. Seguí el consejo y me puse en camino.

En Bombay monté una casa, con un cocinero tan incompetente como yo. Era un brahmán. Yo no lo trataba como a un sirviente, sino como si fuera de la familia. No dudo de que su cuerpo conociera el agua, pero jamás estaba limpio. Su *dhoti* se hallaba tan sucio como el resto de su vestimenta. Era analfabeto. Pero ¿de dónde iba a sacar un cocinero mejor?

—Bueno, Ravishankar (pues ese era su nombre) —le decía yo—, pase que no sepas cocinar. Pero, al menos conocerás tu *sandhya* (oraciones diarias) y demás.

—¡Sandhya, señor! —me respondía—. El arado es nuestra *sandhya* y la azada nuestro ritual cotidiano.

Por consiguiente, hube de convertirme en el maestro de Ravishankar. Tenía tiempo de sobra. Comencé a cocinar a medias con él e introduje algunos experimentos británicos en la cocina vegetariana. Compré un calentador y empecé a ocuparme de la cocina junto con Ravishankar. No tenía escrúpulos en cuanto a comer con mi criado. Ravishankar tampoco los tenía, y comenzamos a llevar una vida agradable. Solo había un obstáculo: ¡Ravishankar había jurado ir siempre sucio y mantener la comida sucia!

Me resultó imposible permanecer en Bombay más allá de cuatro o cinco meses, ya que los ingresos no igualaban ni por asomo los crecientes gastos.

De este modo comencé mi nueva vida. Encontré la profesión de abogado una carrera pésima, de mucha jactancia y pocos conocimientos. Y experimenté un abrumador sentimiento de responsabilidad hacia los míos.

3. EL PRIMER CASO

Mientras estuve en Bombay comencé, por una parte, a estudiar leyes de la India y, por otra, mis experimentos en dietética, a los cuales se sumó un amigo mío: Virchanda Gandhi. Mientras tanto, mi hermano hacía todo lo que estaba a su alcance para conseguirme clientes.

El estudio de las leyes indias era muy tedioso. El Código de Procedimientos Civiles no logré tragarlo de modo alguno. Ni tampoco los Procedimientos de Prueba. Virchanda Gandhi se estaba preparando para los exámenes de procurador y me contaba toda clase de historias acerca de abogados y *vakiles*.

—La capacidad de sir Pherozezshah —me decía— reside en su profundo conocimiento de la ley. Se conoce al dedillo los Procedimientos de Prueba y

conoce toda la jurisprudencia sentada sobre los diversos casos. El prodigioso poder de argumentación que posee Badruddin Tyabji, inspira gran reverencia, aun a los mismos jueces.

Pero los relatos sobre las dificultades de los comienzos de la profesión me deprimían. Me dijo que no era desusado que un abogado principiante vegetara durante cinco o siete años hasta poderse ganar el sustento. “Por eso yo preferí presentarme para procurador” —concluyó mi amigo. Luego me miró, para agregar: “Te podrías considerar muy afortunado si al cabo de tres años logras vivir de la carrera”.

Los gastos iban en aumento cada mes. Tener la chapa de abogado en la puerta de la calle, mientras de puertas adentro me estaba preparando para serlo, era algo que me irritaba, especialmente porque no me permitía prestarle toda la atención necesaria a mis estudios. Me interesé en los Procedimientos de Prueba y leí con profundo interés las “Leyes hindúes”, de Maine, pero no tuve el valor de aceptar un solo caso. Me hubiera quedado sin palabra, lo mismo que la novia cuando es conducida a la casa de su suegro.

Hasta que un día cobré ánimos y me hice cargo del caso de un Mamibai. Era un pleito sin importancia —me dijeron—, pero tendría quedarle algún dinero al comisionista que me lo proporcionó. Yo me negué en redondo.

— ¡Pero si incluso el gran abogado criminalista doctor Fulano de Tal, que gana de tres a cuatro mil rupias mensuales, paga comisión!

—No tengo necesidad de emularle —repliqué—. Me contentaré con ganar 300 rupias por mes. Mi padre no ganaba más.

—Pero esos tiempos ya pasaron. Los gastos en Bombay son aterradoros. Usted debe proceder como un hombre de negocios.

Me mantuve inflexible. No di la comisión y, sin embargo, me entregaron el caso del Mamibai. Un pleito realmente fácil. Pedí 30 rupias por mis honorarios. El asunto no podía durar más de un día.

Y ese fue mi debut en los Tribunales de Primera Instancia. Me presenté en nombre de mi defendido y tenía que interrogar a los testigos de la parte contraria. Me puse en pie y en seguida sentí que se me caía el alma a los pies. Mi cabeza daba vueltas y tuve la impresión de que todo el tribunal giraba del mismo modo. No se me ocurrió hacer ninguna pregunta. El juez se debió reír de buena gana y no cabe duda de que los *vakiles* disfrutaron ampliamente con el espectáculo. Pero yo era incapaz de ver nada. Me senté y le dije al agente que no podía llevar adelante el caso y que lo mejor era que se encargase Mr. Patel. Yo le devolvería en el acto mis honorarios. Mr. Patel aceptó por 51 rupias y, por supuesto, ganar el pleito fue para él un juego de niños.

Salí del tribunal precipitadamente, sin preocuparme de averiguar si mi cliente ganaba o perdía el caso. Pero ardía de vergüenza y adopté la firme decisión de no aceptar ningún pleito, hasta que no tuviera el coraje de llevarlo adelante. Y en verdad, no volví a actuar en Tribunales hasta mi llegada a Sudáfrica. No hubo virtud alguna en mi decisión, ya que la tomé obligado por la necesidad. No habría nadie que fuera lo suficientemente estúpido como para confiarme un pleito... con la seguridad de perderlo. No obstante, todavía me estaba reservado un segundo asunto en Bombay. A un pobre musulmán le habían confiscado sus tierras en Porbandar, y acudió a mí, como el hijo digno, de un digno padre. Su caso parecía difícil de ganar, pero consentí en redactarle un memorial. Lo escribí y lo leí a mis amigos, quienes lo aprobaron y, en cierta medida, me hicieron sentir la seguridad de que estaba calificado para redactar un memorial, lo que era así realmente.

Mi negocio podía, pues, florecer, si me dedicaba a la redacción de memoriales, sin cobrar nada por mi trabajo. Pero eso no traería trigo al molino. Por consiguiente, pensé en la conveniencia de dedicarme a la enseñanza. Mis conocimientos de inglés eran bastante buenos y me hubiera gustado enseñar inglés a los muchachos en cualquier colegio. De este modo podría sufragar parte de mis gastos. Un día descubrí en los diarios un anuncio: “Se necesita profesor de inglés. Una hora diaria. Salario: 75 rupias”. El aviso era de un colegio superior famoso. Pedí el puesto y me llamaron. Comparecí lleno de entusiasmo, mas cuando el director se enteró de que no tenía el título de profesor de idiomas, dijo que lo lamentaba mucho, pero no me podía aceptar.

—Pero yo he aprobado en la universidad de Londres, juntamente con el latín, le dije.

—Cierto, pero necesitamos un graduado.

No hubo nada que hacer. Me retorcí las manos de desesperación. Mi hermano también estaba muy preocupado. Los dos llegamos a la conclusión de que era inútil seguir por más tiempo en Bombay. Me instalaría en Rajkot, donde mi hermano, abogadillo sin título, podía proporcionarme algunos trabajos, tales como la redacción de solicitudes y memoriales. Además, como teníamos casa en Rajkot, levantar la de Bombay representaba una economía considerable. Me gustaba la idea. Así, mi pequeño establecimiento fue clausurado definitivamente, al cabo de una estadía de seis meses en Bombay.

Mientras estuve allí, solía ir a Tribunales todos los días, pero no puedo decir que haya aprendido gran cosa. Tenía pocos conocimientos para aprender mucho. Con frecuencia era incapaz de seguir los casos, y me dormía. Pero había otros que me acompañaban en el sueño, aligerando así mi cargamento

de vergüenza. Al cabo de un tiempo dejé de avergonzarme, pues comencé a pesar que dormir en Tribunales era una moda distinguida.

Si la presente generación tiene también sus abogados sin pleitos como yo en Bombay, les recomiendo que practiquen este precepto de carácter práctico: andar. Aunque yo vivía en Girgaum, rara vez tomaba un coche o un tranvía. Mi norma invariable era ir a pie al tribunal. Tardaba en llegar unos cuarenta y cinco minutos y, desde luego, regresaba a casa a pie. De este modo no solo hacía ejercicio, sino que me inmunicé contra los calores del sol. Este paseo hacia y desde Tribunales, me ahorró mucho dinero, y cuando muchos de mis amigos de Bombay se ponían enfermos, yo recuerdo que me mantenía sano. Mi memoria no registra que una sola vez haya estado enfermo. Incluso, cuando empecé a ganar dinero conservé la costumbre de caminar desde mi casa hasta el lugar de trabajo y hoy sigo cosechando todavía los beneficios de ese ejercicio.

4. EL PRIMER DISGUSTO

Decepcionado me fui de Bombay, llegué a Rajkot e instalé mi oficina. Allí me fue relativamente bien. Redactando solicitudes, demandas y memoriales, ganaba unas trescientas rupias por mes. Por este trabajo debía dar gracias a la influencia de mi hermano, y no a mi propia capacidad, pues el socio de mi hermano tenía una buena clientela. Todas las demandas, que eran en realidad, o según su opinión, de importancia, se las entregaba a los grandes abogados. Las de menor cuantía a mí.

Debo confesar que tuve que renunciar a mi norma de no dar comisión, que tan escrupulosamente mantuve en Bombay. Me dijeron que en Rajkot las condiciones eran distintas. Que mientras en Bombay las comisiones había que pagarlas a los agentes, en Rajkot se abonaban a los *vakiles* que proporcionaban el pleito. Y que lo mismo que en Bombay, todos los abogados, sin excepción, pagaban un tanto por ciento en concepto de comisión.

Además, el argumento empleado por mi hermano era incontestable:

—Date cuenta —me dijo— de que trabajo en sociedad con otro *vakil*. Yo siempre me inclinaré a darte todo el trabajo que puedas realizar, pero si te niegas a pagar una comisión a mi socio me crearás dificultades. Porque tú y yo tenemos un negocio en común y, automáticamente cuando tú ingresas algo, yo gano una parte. Pero ¿y mi socio? Supongamos que entrega el mismo caso a otro abogado; evidentemente percibirá la comisión.

Me convencieron sus argumentos. Pensé que si quería ejercer como abogado, no podía mantener mi negativa de pagar comisiones. Así razoné que solo tenía dos caminos: o aceptaba o debía abandonar el ejercicio de la profesión, con lo cual me engañaba a mí mismo. Pero, permítaseme agregar que jamás di comisiones a nadie por ningún otro concepto, salvo el expuesto.

De este modo, cuando comenzaba a creer que iba adquiriendo mucha experiencia, recibí la primera gran lección y también el primer disgusto de mi vida. Yo había oído hablar de lo que era un funcionario británico, pero hasta la fecha no había tenido que habérmelas con ninguno.

Mi hermano había sido secretario y consejero de Ranasaheb de Porbandar —ya fallecido—, antes de que fuera instalado en su *gadi* (trono). Y de aquel entonces, quedaba pendiente la acusación sobre mi hermano de haber aconsejado mal al príncipe, mientras ocupó el mencionado cargo. El asunto había ido a manos del agente político, quien tenía prejuicios contra mi hermano. Ahora bien, yo había conocido a ese funcionario durante mi estancia en Inglaterra, y podía decirse que se comportó conmigo cordial y amistosamente. Mi hermano pensó que yo debía hacer uso de esa amistad para decir unas palabras en su favor y lograr que el agente político no estuviera injustamente prevenido contra él.

A mí no me gustaba la idea en modo alguno. “Yo no debo —pensaba— aprovecharme de una amistad superficial hecha en Inglaterra. Si mi hermano era realmente culpable, ¿de qué servía cualquier recomendación? Y si inocente, era innecesario recurrir al Agente Político. Bastaba confiar en su inocencia y esperar el resultado”. Pero mi hermano no compartió mi opinión en absoluto.

—No conoces Kathiawad —me dijo— y todavía tienes que conocer el mundo. Aquí solo cuenta la influencia. No es propio de ti, siendo mi hermano, que eludas tu deber, cuando fácilmente puedes interceder por mí ante un funcionario al cual conoces.

No le podía negar el favor que me pedía y fui a visitar al funcionario. Yo estaba convencido de que no me asistía derecho alguno para dirigirme a él y tenía la plena conciencia de que estaba arriesgando mi propia dignidad. De cualquier modo, pedí y obtuve una entrevista. Le recordé nuestra vieja relación, pero inmediatamente descubrí que Kathiawad, aquí era distinto a Londres; que un funcionario con licencia no era el mismo hombre que cuando estaba de servicio. El agente político se puso rígido y como en guardia al recordar aquella relación. Con su estiramiento parecía decirme: “¿Supongo que no viene usted aquí a abusar de nuestra amistad?”. Aquella idea parecía

incluso estar escrita en su frente. Pese a aquellas señales, expuse mi caso. El *sahib* se impacientó:

—Su hermano es un intrigante —me dijo—. No quiero que siga usted adelante. No tengo tiempo que perder. Si su hermano tiene algo que decir, que lo diga por el conducto habitual y adecuado.

La respuesta era fuerte pero, probablemente, merecida. Sin embargo, el egoísmo es ciego. Seguí adelante con mi historia. El *sahib* se puso en pie y dijo:

—Hágame el favor de irse.

—¡Pero escúcheme, se lo ruego! —le contesté.

Lo cual lo hizo enfurecer. Llamó a su asistente y le ordenó que me acompañara hasta la puerta. Yo seguía vacilando cuando llegó el asistente, plantó ambas manos sobre mis hombros y me empujó fuera de la habitación.

Me quedé en la calle hecho una furia. En el acto escribí una nota que envié al funcionario. Decía así: “Usted me ha insultado. Usted me ha agredido por intermedio de su asistente. Si no me presenta sus excusas, tendré que proceder contra usted”.

La respuesta llegó inmediatamente, por intermedio de su *sowar*:

“Usted se comportó conmigo rudamente. Le pedí que se fuera y no me hizo caso. No tenía otro camino, sino ordenar a mi asistente que le mostrara la puerta. Incluso, cuando él le pidió que saliera, usted no hizo caso. Él, por consiguiente, tuvo que hacer la fuerza necesaria para obligarlo a salir. Está usted en libertad de proceder como guste”.

Con esta respuesta en el bolsillo llegué a casa alicaído y le conté a mi hermano lo ocurrido. Se sintió muy apenado, sobre todo porque no sabía cómo consolarme. Habló a sus amigos *vakiles*, porque yo no sabía cómo iniciar demanda contra el *sahib*. Por aquellos días pasó por allí sir Pherozechah Mehta, que llegaba de Bombay para defender un pleito en Rajkot. Pero ¿un abogado novato como yo podía atreverse a visitarlo? Por consiguiente, le envié por escrito los datos de mi caso y solicité su consejo.

—Dile a Gandhi —manifestó al *vakil* que estaba a su servicio— que episodios semejantes son una experiencia común de muchos abogados y *vakiles*. Acaba de llegar de Inglaterra y su sangre se inflama fácilmente todavía. No conoce a los funcionarios británicos. Si quiere ganar algún dinero y vivir tranquilo, dile que rompa la nota y que se olvide del insulto. No conseguirá nada procediendo contra el *sahib* y, por el contrario, lo más probable es que origine su propia ruina. Dile que primero tiene que conocer la vida.

El consejo fue un amargo veneno para mí, pero tenía que tragármelo. Guardé el insulto, pero también extraje algún beneficio. Pensé que nunca más me volvería a colocar en una falsa posición como aquella, ni trataría de explotar una amistad en esa forma. Y desde entonces no he quebrantado esa determinación.

Ese primer disgusto cambió totalmente el curso de mi vida.

5. ME PREPARO PARA SUDÁFRICA

No cabe duda que yo cometí una falta al ir ante el funcionario en cuestión. Pero su impaciencia, su arrogancia y mi cólera, eran desproporcionadas a mi error. No merecía la expulsión violenta. Yo apenas le habría hecho perder cinco minutos de su tiempo. Pero, sencillamente, no quiso escuchar mis palabras. Pudo pedirme cortésmente que me retirara, pero el poder lo había embriagado en una medida exorbitante. Posteriormente supe que la paciencia no figuraba entre las virtudes de ese funcionario. Era habitual en él insultar a sus visitantes. La más leve cosa, sacaba al *sahib* fuera de sus casillas.

Ahora bien, la mayor parte de mi trabajo tenía que efectuarse en su jurisdicción. Yo no tenía el propósito de tratar de reconciliarme. Y mucho menos de implorar su favor. Además, habiéndolo amenazado con proceder contra él, no me gustaba quedarme callado.

Mientras tanto, comencé a aprender algo sobre las politiquerías del país. Kathiawad, que es un conglomerado de pequeños estados, tiene, lógicamente, una rica cosecha de políticos. Las pequeñas intrigas entre los estados y las maniobras de los funcionarios por el poder estaban a la orden del día. Los príncipes siempre se hallaban a merced de otros, invariablemente dispuestos a prestar sus regios oídos a los sicofantes. Había que adular hasta al asistente del *sahib*, y el *shirastedar* del *sahib* tenía más importancia que su amo, ya que era a la vez sus ojos, sus oídos y su intérprete. La voluntad del *shirastedar* era ley, y se afirmaba que sus ingresos eran superiores a los del *sahib*. Esto puede que fuera exageración, pero lo cierto es que, ostensiblemente, gastaban más de lo que permitía su salario.

Esta atmósfera me pareció ponzoñosa. Cómo mantenerme limpio en ella constituía un problema permanente para mí.

Me sentía muy deprimido, cosa que mi hermano advirtió claramente. Ambos pensamos que si lograba conseguir un puesto, me vería libre de aquella atmósfera de intrigas que me asfixiaba. Pero para conseguir un ministerio

o una judicatura, había que recurrir a la intriga. Por otra parte, mi disputa con el *sahib* se interponía para el favorable ejercicio de mi profesión.

Porbandar se hallaba entonces bajo administración, y yo hube de efectuar un trabajo para asegurar mayores poderes al príncipe. También tuve que ver al administrador respecto a los pesados *vighoti* (arriendo de tierras), que abrumaban a los *Mers*. Este funcionario, aunque indo, no tenía nada que envidiar, por lo que a la arrogancia se refiere, al *sahib* británico. Era un hombre capaz, pero no entendía gran cosa de arrendamientos. De manera que si bien logré asegurar los poderes del *Rana*, en cambio prácticamente no conseguí ningún alivio para los arrendatarios. Me chocó que su causa no fuera siquiera tomada en consideración.

De manera que también en dicho trabajo quedé decepcionado. Pensé que no se hacía justicia a mis clientes, pero no podía hacer nada. A lo sumo podría haber acudido al agente político o al gobernador, quienes hubieran rechazado mi demanda diciendo: “No tenemos razones para intervenir”. Si hubiera habido cualquier disposición o norma relativa a tales decisiones, al menos hubiera tenido algo a que aferrarme. Pero la voluntad del *sahib* era ley.

Yo estaba exasperado.

Mientras tanto, una firma de Porbandar escribió a mi hermano haciéndole la siguiente oferta: “Tenemos negocios en Sudáfrica. La nuestra es una gran empresa y hemos llevado un caso importante ante los tribunales sudafricanos, donde tenemos en litigio 40.000 libras. El caso se prolonga desde hace algún tiempo. Hemos contratado los servicios de los mejores abogados y *vakiles*. Si usted se decide a enviar allí a su hermano, a nosotros nos resultará beneficioso y a él también. Él podrá instruir a nuestros abogados mejor que nosotros. Y, por su parte, tendrá la ventaja de ver un nuevo lugar del mundo y adquirir nuevas relaciones”.

Analicé la propuesta con mi hermano. No estaba claro si tenía que limitarme a instruir al consejo jurídico de la firma, o si debía también comparecer ante los tribunales. Pero me sentía tentado.

Mi hermano me presentó al *Sheth* Abdul Karim Jhaveri, socio de Dada Abdulla y Cía., que era la firma en cuestión.

—No será una tarea difícil —me aseguró el *Sheth*—. Tenemos grandes europeos como amigos, y usted entrará en relación con ellos. Puede sernos muy útil en nuestro establecimiento. La mayor parte de nuestra correspondencia está en inglés, y también puede ayudarnos en eso. Desde luego, en Sudáfrica, será nuestro huésped y no tendrá que hacer gastos de ninguna especie.

—¿Cuánto tiempo necesitarán mis servicios —pregunté—, y cuánto me pagarán por ellos?

—No más de un año. Le pagaremos el viaje de retorno en primera clase y 105 libras esterlinas.

Aquello más que como abogado era ir como sirviente de la firma. Pero yo deseaba salir de la India. Era, además, una oportunidad tentadora para ver mundo y adquirir nueva experiencia. Cosa importante: podría enviar a mi hermano las 105 libras, ayudando así a los gastos de la casa. Cerré el trato y me dispuse a emprender el viaje a Sudáfrica.

6. LLEGADA A NATAL

Cuando partí hacia Sudáfrica no experimenté las mismas angustias de la separación que cuando salí hacia Inglaterra. Mi madre había dejado de existir. Yo había adquirido una cierta experiencia del mundo y de los viajes, y viajar desde Rajkot a Bombay no tenía nada de particular.

Esta vez lo que más me dolió fue separarme de mi esposa. A mi regreso de Inglaterra me había dado otro hijo. Todavía no podía decirse que nuestro amor estuviera libre de lujuria, pero era cada vez más puro. Desde que volví de Europa habíamos vivido juntos muy poco tiempo; y como yo me había convertido ahora en su maestro y la ayudaba en diversas cosas, ambos sentíamos la necesidad de estar más juntos. Pero el atractivo de Sudáfrica hizo soportable la separación. “Dentro de un año volveremos a estar reunidos”, le dije a guisa de consuelo. Y partí desde Rajkot hacia Bombay.

En Bombay el agente de Dada Abdulla y Compañía debía entregarme el pasaje. Pero no había litera alguna disponible en el barco y, si no partía en ese, me quedaría anclado en Bombay por bastante tiempo.

—Hemos hecho todo lo posible para conseguir un billete de primera clase —me dijo el agente—, pero ha sido inútil. No hay pasaje ... a menos que usted esté dispuesto a viajar en el puente. Se puede arreglar que las comidas las efectué en el salón-comedor.

Por aquellos días yo siempre viajaba en primera. ¿Cómo podía un abogado viajar en cubierta, como pasajero de tercera? Rechacé la sugerencia. Y como dudaba de la veracidad del agente, pues me costaba trabajo creer que fuera imposible conseguir un pasaje de primera clase, le dije que trataría de obtenerlo por mi cuenta.

Fui a bordo y me entrevisté con el capitán, quien me dijo francamente:

—Habitualmente no tenemos tal demanda. Pero como esta vez viaja el gobernador general de Mozambique, todas las literas están ya tomadas.

—¿Y no habría alguna manera de que usted me arreglara el asunto?

El capitán me miró de pies a cabeza y sonrió:

—Quizá. Hay una litera de más en mi cabina, que naturalmente no está en venta. Pero se la cederé a usted.

Le di las gracias y fui a ver al agente para que comprara el pasaje. Y una mañana de abril de 1893 partí, lleno de entusiasmo, a probar mi suerte en Sudáfrica.

El primer puerto de escala fue Lamu, al cabo de trece días de navegación. Para ese entonces el capitán y yo nos habíamos hecho grandes amigos. Le gustaba mucho jugar al ajedrez, y como era un principiante, quería que alguien no muy adelantado jugara con él. De manera que me invitó a jugar. Yo había oído hablar mucho del juego en cuestión, pero jamás había tocado una pieza. Sus cultores solían decir que en el ajedrez hay un sinnúmero de posibilidades para ejercitar la inteligencia.

El capitán se ofreció a darme lecciones y me encontró buen alumno, pues tenía una paciencia ilimitada. Yo perdía todas las partidas, lo cual aumentaba el celo del capitán para que aprendiese más y más, a fin de medirse con un adversario de su propia talla. Me gustaba el juego pero jamás lo cultivé, salvo a bordo, ni amplí mis conocimientos más allá del movimiento de las piezas.

En Lamu el barco se detenía por tres o cuatro horas y decidí desembarcar para conocer el puerto. El capitán también bajó a tierra, pero antes me advirtió que las aguas de aquel puerto eran muy traicioneras, por lo cual convenía que regresara con tiempo sobrado.

Era una población pequeña. Fui a Correos y me alegré al ver allí empleados a varios indios, con los que charlé largo rato. También conocí a los sudafricanos y procuré familiarizarme con su vida y costumbres, cosa que me interesó mucho. Entre unas cosas y otras transcurrió bastante tiempo.

Algunos pasajeros de cubierta, con los que había hecho amistad, desembarcaron para cocinar en tierra y gozar de una comida tranquila, sin bandazos ni movimientos. Los encontré cuando se disponían a regresar al barco, y subimos todos en la misma lancha. La marea estaba alta y nuestro bote llevaba más carga de la conveniente. Entre el oleaje y la fuerte correntada era imposible mantener el bote junto a la escalera de acceso al barco. Apenas lográbamos acercarnos la corriente arrastraba de nuevo la lancha. El buque iba a partir y yo estaba preocupado. El capitán, que se hallaba presenciando nuestra lucha desde el puente, ordenó que el barco demorara la salida por cinco minutos más. Llegó una lancha vacía, que un amigo había alquilado para mí por diez rupias. Salté a ella abandonando el bote cargado con exceso. Pude llegar junto al barco, pero ya habían alzado la escala. Por consiguiente, fui

izado a bordo con una cuerda y el buque emprendió el viaje inmediatamente. Los otros pasajeros quedaron en la lancha. Aprecié entonces la advertencia que me había hecho el capitán.

Después de Lamu, el puerto siguiente fue Mombasa. Luego Zanzíbar, en donde estuvimos detenidos ocho o diez días, y luego cambiamos de barco.

El capitán me era muy simpático, pero esta simpatía tomó un giro desagradable. Nos invitó a “salir de excursión” a un amigo suyo, un inglés, y a mí. Yo no tenía la menor idea de lo que significaba aquello de “salir de excursión”. Por su parte, el capitán sospechaba que yo fuera un ignorante en la materia. En suma: un guía nos llevó a una casa de negras. Nos metieron a cada cual en una habitación. Yo me quedé en pie, paralizado de vergüenza. Solo Dios sabe lo que la pobre mujer aquella habrá pensado de mí. Cuando el capitán me llamó, yo salí lo mismo que había entrado. Comprendí prontamente mi ignorancia. Al principio me sentí muy avergonzado, pero como no podía pensar en el asunto más que con horror, el sentimiento de vergüenza se fue esfumando. Di gracias a Dios de que al ver a la mujer no me hubiera sentido tentado lo más mínimo. Lo que más me disgustó fue mi debilidad, y me reproché no haber tenido el valor de negarme a entrar en la habitación.

Esa fue en mi vida la tercera prueba, en ese orden de cosas. Más de un joven inocente debe haber sido arrastrado a pecar por un falso sentido del pudor. No me corresponde a mí mérito alguno por haberme salvado. Podría sentirme satisfecho, si me hubiera negado a entrar en la habitación. Pero mi salvación. Se debió por entero a la misericordia del Todopoderoso. El incidente aumentó mi fe en Dios y me enseñó, en cierta medida, a desterrar los falsos pudores.

Como teníamos que permanecer en Zanzíbar, por espacio de una semana, alquilé una habitación y me dediqué a conocer la ciudad y sus afueras. Sólo Malabar puede dar una idea de la lujuriosa vegetación de Zanzíbar. Me quedé sorprendido ante sus árboles gigantescos y las dimensiones de sus frutos.

La siguiente escala fue Mozambique, de donde salimos hacia Natal, puerto al que llegamos hacia fines de mayo.

7. ALGUNAS EXPERIENCIAS

El puerto de Natal es Durban, conocido también como Puerto Natal. El *Sheth* Abdulla estaba allí para recibirme. Mientras el buque atracaba al muelle y la gente comenzaba a subir a bordo para saludar a sus amigos, observé que los indos no eran tratados con mucho respeto. No pude dejar de advertir

una especie de altivez mezclada con desdén en el trato de quienes conocían al *Sheth* Abdulla. Y lo que más me sorprendió es que Abdulla estaba habituado a ese desprecio.

Los que me miraron lo hicieron con cierta curiosidad. Mi traje me diferenciaba de los demás indos. Vestía levita y me cubría la cabeza con un turbante, o sea que mi atuendo era una imitación del *pugree* de Bengala.

Fui llevado a la sede de la firma y me dieron una habitación privada, inmediata a la del *Sheth* Abdulla. Él no me entendió a mí. Ni yo logré entenderlo a él. Leyó los papeles que le enviaba su hermano por mi intermedio y se mostró más intrigado todavía. Pensó que su hermano le había enviado un “elefante blanco”. Mi modo de vestir y vivir le chocaban, pareciéndole tan costosos como los de los europeos. Me dijo que no podía darme ninguna tarea. Su caso se estaba ventilando en el Transvaal. No tenía sentido alguno el enviarme allí en seguida. ¿Y hasta dónde podía confiar en mi capacidad y en mi honradez? Él no podía estar en Pretoria para vigilarme. Los demandados estaban en Pretoria, y él sabía que podían ejercer una influencia nociva para doblegarme. Por otra parte, si no me encargaba algún trabajo relacionado con el caso, ¿qué otra tarea me podía encargar? Cualquier otro trabajo lo harían mejor sus empleados, los cuales podían ser castigados si se equivocaban. Pero ¿podían castigarme a mí si me equivocaba? De manera que como no podía hacer trabajo alguno en relación con la demanda judicial, me tendrían que mantener por no hacer nada.

El *sheth* Abdulla era prácticamente un analfabeto, pero poseía una rica experiencia. Tenía una inteligencia aguda y lo sabía. Mediante la práctica había adquirido los necesarios conocimientos de inglés, para hacerse entender. Con ese inglés llevaba todos sus negocios, tanto si se trataba de entenderse con los directores de los bancos, como de explicar su caso a los asesores letrados. Los indos lo tenían en mucha estima. Por aquel entonces su firma era la más grande, o de cualquier modo, una de las más grandes de Sudáfrica en manos de los indos. Con todas estas ventajas tenía una sola desventaja: era desconfiado por naturaleza.

Estaba orgulloso del Islam y le gustaba discursar sobre filosofía islámica. Aunque no sabía el árabe, sus conocimientos del santo Corán y la literatura islámica en general, eran bastante aceptables. Siempre tenía ejemplos a mano, para apoyar sus opiniones. Mi contacto con Abdulla me proporcionó una respetable información sobre el mundo musulmán, particularmente de carácter práctico. A medida que íbamos sosteniendo discusiones sobre temas religiosos, nuestra relación se hacía más íntima.

Al segundo o tercer día de mi llegada, me llevó a visitar los tribunales de Durban, en donde me presentó a mucha gente y me hizo sentar junto a su abogado. El magistrado que presidía el tribunal se quedó mirándome y, finalmente, me pidió que me quitara el turbante. Me negué y salí de la sala. “De modo —pensé— que aquí también me esperan luchas y sinsabores”.

Abdulla me explicó por qué a algunos indos se les pide que se quiten el turbante. Los que lo llevan al estilo musulmán pueden tenerlo puesto, mientras que los que lo usan a la manera hindú deben quitárselo al penetrar en los tribunales.

Debo entrar en detalles para hacer inteligible esta distinción. A los dos o tres días de llegar, vi que los indos estaban divididos en varios grupos diferentes. Uno de ellos estaba constituido por los comerciantes musulmanes que se llamaban a sí mismos “árabes”. Otro era el de los hindúes. El tercero de los *parsis*, que se autocalificaban de “persas”. Estas tres clases mantenían entre sí cierta relación social. Pero quedaba otra clase mucho más amplia y humilde, integrada por los *tamil*, los *telugu* y los trabajadores contratados y liberados, del norte de la India.

Los trabajadores contratados eran los que llegaban a Natal con un contrato de cinco años, y que recibían el nombre de *girmityas*, de *girmit*, que era la forma corrompida de la palabra inglesa *agreement* (contrato o convenio). Las otras tres clases no tenían ningún trato social con esta última. Los ingleses les llamaban “coolies”, y como la mayoría de los indos pertenecían a la clase trabajadora, todos ellos sin excepción, eran llamados *coolies* o *samis*. *Sami* es un sufijo tamil que complementa a numerosos nombres propios de la región, simplemente porque en sánscrito *Swami* significa amo. Por consiguiente, cuando a un indo le molestaba que lo llamasen *sami* y tenía aplomo, generalmente devolvía el cumplido de este modo: “Llámeme *sami* si quiere, pero no olvide que *sami* quiere decir amo. ¡Y yo no soy su amo!”. Algunos ingleses se reían al oír esto. Otros se irritaban, juraban y, si había lugar, agredían al que así les hablaba, ya que para ellos *sami* no era si no un término despectivo. ¡E interpretarlo como significando “amo”, equivalía a un insulto!

Por consiguiente, yo pasé a ser un “abogado *coolie*”, del mismo modo que los comerciantes indos eran conocidos como “comerciantes *coolies*”. El significado original de la palabra *coolie* se olvidó, convirtiéndose en un apelativo común para todos los indos. El comerciante musulmán se ofendía ante esto y respondía a quien lo llamaba así: “Yo no soy un *coolie*. Yo soy un árabe”. O, simplemente: “Soy un comerciante”. Y el inglés, si era persona cortés, le pedía disculpas.

Por tanto, el asunto del turbante tenía gran importancia, dada la situación expuesta. Verse obligado a quitarse el turbante indo equivalía a admitir el insulto. Por eso yo pensé que lo mejor era despedirme del turbante y comenzar a usar un sombrero inglés, que me salvaría del insulto y me ahorraría desagradables controversias.

Pero Abdulla desaprobó la idea.

—Si hace eso, causará muy mal efecto. Se indispondrá con aquellos que insisten en llevar turbantes indos. Y el turbante indo le queda a usted muy bien. En cambio, si se pone un sombrero inglés, parecerá un camarero.

En su consejo había sabiduría práctica, patriotismo y un poco de estrechez mental. La sabiduría era patente, así como el patriotismo. En cambio, la referencia al camarero revelaba un criterio estrecho. Entre los trabajadores indos contratados había tres clases: hindúes, musulmanes y cristianos. Estos últimos generalmente eran hijos de padres hindúes convertidos al cristianismo. Ya en 1893 su número era considerable. Vestían como los ingleses y casi todos ellos se ganaban la vida trabajando de camareros en los hoteles. La crítica de Abdulla sobre el sombrero inglés se refería a esta clase. Se consideraba degradante servir de camarero. Incluso, en la actualidad, son muchos los que piensan lo mismo.

Pero, en conjunto, me gustó el consejo del *Sheth* Abdulla. Escribí a la prensa acerca del incidente y defendí el derecho de llevar mi turbante en los tribunales. La cuestión suscitó numerosos comentarios en los periódicos, que me calificaban de “el visitante malvenido”. De este modo el incidente me dio una inesperada publicidad, a los pocos días de haber llegado a Sudáfrica. Algunos diarios me apoyaron. Otros criticaron severamente mi temeridad.

No me quité el turbante hasta poco antes de partir de Sudáfrica. Cuando y por qué decidí no llevar nada en la cabeza, es cosa que veremos más adelante.

8. CAMINO DE PRETORIA

Pronto entré en relación con los indos cristianos que vivían en Durban. El intérprete de Tribunales, Mr. Paul, era católico, apostólico y romano. Me hice amigo de él, casi al mismo tiempo que de Mr. Subhan Godfrey, maestro en una misión protestante. Mr. Godfrey era el padre de James Godfrey que, como miembro de la Diputación Sudafricana, visitó la India en 1924. Asimismo me relacioné con el *parsi* Rustomji y el *adamji* Miyakhan, aproximada-

mente por la misma época. Todos estos amigos, que hasta entonces no habían tenido otro contacto entre sí, que el de los negocios, terminaron por ser amigos íntimos, como veremos más adelante.

Mientras yo ampliaba el círculo de mis relaciones, llegó una carta del abogado de la firma en Pretoria, diciendo que se estaban ultimando los preparativos para el juicio y era conveniente que Abdulla fuese a Pretoria, o enviase un representante suyo.

El *Sheth* Abdulla me dio a leer la carta y me preguntó si quería ir a Pretoria.

—Solo puedo contestarle cuando me haya usted expuesto el caso de un modo inteligible —le contesté—. Por ahora ignoro qué es lo que puedo hacer allá.

Tras estas palabras, Abdulla ordenó a sus empleados que me informasen detalladamente sobre la cuestión.

Al iniciar el estudio del caso, me sentí como si debiera empezar a estudiar el abecedario. Durante los pocos días que estuve en Zanzíbar fui a los tribunales para ver cómo funcionaban. Un abogado *parsi* estaba interrogando a un testigo. Le hacía preguntas sobre créditos, débitos, haberes y asientos, todo lo cual resultaba griego para mí. No había aprendido nada de contabilidad ni en el colegio ni durante mi permanencia en Inglaterra. Solo una persona que supiera contabilidad podía comprender y explicar el caso.

El empleado siguió hablando de débitos y haberes y yo me sentí cada vez más confuso. No sabía lo que quería decir “nota de crédito”, y ni siquiera pude hallar su significado en el diccionario. Revelé mi ignorancia al empleado, quien me informó sobre el particular. Me compré un libro de contabilidad y empecé a estudiarlo, lo cual me dio cierta confianza en mí mismo. Entendí el caso. Y vi que el *Sheth* Abdulla, que era incapaz de llevar una contabilidad, poseía en cambio tantos conocimientos prácticos, como para resolver inmediatamente las complicaciones máximas de cualquier problema contable. Le dije que estaba dispuesto a salir hacia Pretoria.

—¿En dónde se alojará usted?

—Donde usted me diga.

—Bueno. Entonces escribiré a nuestro abogado. Él arreglará el problema del alojamiento. Escribiré también a mis amigos Meman, pero le aconsejo que no viva con ellos. La parte contraria tiene gran influencia en Pretoria y si alguno de ellos se las arregla para leer nuestra correspondencia privada, nos podría hacer mucho daño. Cuanto más evite usted toda familiaridad con ellos, mejor para nosotros.

—Me hospedaré donde me diga el abogado o conseguiré un alojamiento independiente. Le ruego que no se preocupe. Nadie sabrá nada de nuestras cosas confidenciales. Sin embargo, me propongo cultivar la relación de la gente de la parte contraria. Me gustaría hacer amistad con ellos, pues pienso tratar de solucionar el caso sin necesidad de recurrir a los tribunales. Después de todo, el *Sheth* Tyeb es un pariente de ustedes.

En efecto, el *Sheth* Tyeb Hají Khan Muhammad era un pariente próximo de Abdulla.

La mención de un posible arreglo sorprendió a Abdulla, según pude ver. Pero yo llevaba seis o siete días en Durban, y ya nos conocíamos e interpretábamos mutuamente. Yo había dejado de ser para él un “elefante blanco”. Por consiguiente, me dijo:

—Sí ... comprendo. Lo mejor sería un arreglo directo, sin ir a pleito, pero, precisamente, porque somos parientes, nos conocemos bien. El *Sheth* Tyeb no es un hombre que consienta fácilmente en un arreglo. Apenas advierta la menor debilidad de nuestra parte, nos sacará toda clase de ventajas y secretos, con lo cual puede hundirnos. Por eso le ruego que lo piense dos veces antes de hacer nada en ese sentido.

—No se preocupe por eso —le contesté—. No necesito hablar con el *Sheth* Tyeb, ni con nadie sobre el caso. Solamente le sugeriré la posibilidad de llegar a un arreglo, ahorrándonos así, todos mucho litigio innecesario.

Al séptimo u octavo día de llegar, salí de Durban. Había reservado para mí un asiento de primera clase. Era habitual pagar cinco chelines más para conseguir camarote. El *Sheth* Abdulla insistió en que debía tomar mi litera, pero yo, obstinado, orgulloso y dispuesto a ahorrarme cinco chelines, le dije no. Abdulla me advirtió:

—Téngalo muy en cuenta. Este país no es la India. Gracias a Dios tenemos dinero suficiente. No deje usted de pedirnos cualquier cosa que necesite.

Le di las gracias, recomendándole que no se preocupara por mí.

El tren llegó a Maritzburg, la capital de Natal, hacia las nueve de la noche. En esa estación se solían tomar los camarotes. Un empleado del ferrocarril vino y me preguntó si quería una litera. Le dije que no. El empleado se fue. A poco llegó un pasajero y me miró de arriba abajo. Vio que era un “hombre de color” y se sintió molesto. Salió y volvió momentos después con dos empleados. Uno de ellos se adelantó y me dijo:

—Venga conmigo, usted tiene que viajar en los vagones de tercera.

—Pero yo tengo billete de primera —repliqué.

—No importa —terció el otro empleado—. Usted tiene que viajar en tercera.

—Se me permitió viajar en este compartimiento desde Durban e insisto en seguir viaje donde estoy.

—No puede. Debe dejar este compartimiento o tendré que llamar a un policía para que lo eche.

—Hágalo. Yo me niego a salir voluntariamente.

Llegó el policía, me tomó de la muñeca y me sacó afuera.

Mi equipaje también lo sacaron al andén. Me negué a meterme en la tercera. Y en esto, el tren partió. Fui a la sala de espera y me senté, llevando en la mano mi portafolio. El resto del equipaje lo dejé donde estaba, pues consideré que las autoridades ferroviarias se habían hecho cargo de él.

Era invierno y durante esa época del año en las regiones altas de Sudáfrica hace mucho frío. Como Maritzburg está a considerable altura, el frío era muy intenso. Yo tenía el sobretodo en una valija, pero no me atrevía a pedirlo por temor a ser insultado otra vez. Por consiguiente, me limité a quedarme sentado y temblando. No había luz en la sala de espera. Hacia la medianoche se acercó un pasajero, al parecer con ganas de entablar conversación. Pero yo no estaba de humor para hablar.

Comencé a pensar en cuál era mi deber. ¿Debía seguir luchando por mis derechos o volver a la India? ¿O debía seguir hasta Pretoria, sin hacer caso de los insultos, y regresar a mi país después de haber concluido el litigio? Sería cobardía retornar a la India sin haber cumplido mis compromisos. Las humillaciones a que me veía sometido eran superficiales. Un simple síntoma de la profunda enfermedad de los prejuicios raciales. Trataría, en la medida de lo posible, de desarraigar la enfermedad y soportaría todas las durezas inherentes al proceso. Me preocuparía ante todo, no de mí, sino de buscar los medios de cooperar a la desaparición de los prejuicios de color.

Consecuente con estas ideas, decidí tomar el siguiente tren para Pretoria.

A la mañana siguiente envié un largo telegrama al director general de ferrocarriles e informé al *Sheth* Abdulla, quien inmediatamente se entrevistó con el director general. Este justificó la conducta de las autoridades ferroviarias, pero le dijo que ya había ordenado al jefe de estación, para que adoptase las medidas necesarias, a fin de que yo llegase a destino sin inconvenientes de ninguna especie.

Abdulla cablegrafió a los comerciantes indos de Maritzburg y a los amigos de otros lugares para que me ayudasen dentro de lo posible. Los comerciantes vinieron a verme a la estación y trataron de consolarme narrándome

sus propias dificultades y explicándome que lo que me había ocurrido a mí era cosa frecuente. Agregaron que los indos que viajaban en primera o segunda clase, casi siempre tienen conflictos con los pasajeros blancos y los empleados del ferrocarril.

Y así pasó el día, oyendo estos relatos de temor. El tren llegó hacia el anochecer. Estaba reservado un camarote a mi nombre. Esta vez compré en Maritzburg el billete de cama que me había negado a adquirir en Durban. El tren me llevó hasta Charlestown.

9. MÁS DIFICULTADES

El tren llegó a Charlestown por la mañana. En aquellos días no había ferrocarril entre Charlestown y Johannesburgo, sino diligencia, la que se detenía en Standerton para hacer noche. Yo tenía un billete para la diligencia que no había quedado cancelado pese a la interrupción del viaje en Maritzburg. Además, el *Sheth* Abdulla había enviado un telegrama al agente de diligencias en Charlestown.

Pero el agente solo necesitaba un pretexto para rechazarme, de manera que en cuanto vio que era extranjero me dijo: “Su billete está cancelado”. El motivo de este brusco cambio de opinión no era la falta de asientos. Era que los pasajeros viajaban dentro del coche, y como yo era considerado como un *coolie* y además extranjero, resultaba indeseable. El “leader”, como se llamaba al blanco que dirigía la diligencia, estimaba que en modo alguno se podía permitir que me sentara entre los pasajeros blancos. Como en el pescante, junto al cochero, había dos asientos, en uno de los cuales se sentaba tradicionalmente el “leader”, me dieron a mí uno de ellos mientras que aquel tomó asiento entre los pasajeros. Yo sabía que esto era una incalificable injusticia y un insulto, pero tuve que aceptar una y otro. No hubiera podido lograr que me dejaran sentar dentro del coche, y en el caso de haber protestado la diligencia habría partido simplemente sin mí, lo que hubiera traído aparejada la pérdida de otro día más. Y solo Dios sabe qué me hubiera ocurrido al día siguiente. Por tanto, aunque interiormente irritado, procedí prudentemente y acepté el asiento junto al cochero.

Hacia las tres de la tarde, el coche llegó a Pardekoph. Entonces, al “leader” le entraron ganas de sentarse donde yo iba, pues deseaba fumar y probablemente tomar algo de aire fresco. Por consiguiente, agarró un pedazo de tela de arpillera sucia, lo extendió en el piso del pescante y, dirigiéndose a mí, dijo:

—*Sami*, siéntate en esto, que yo quiero ir un rato junto al cochero.

Este insulto era más de lo que podía soportar. Temeroso y temblando, le dije:

—Fue usted el que me hizo sentar aquí, aun cuando tenía billete para ir sentado adentro. Pasé por alto el insulto. Ahora que usted quiere sentarse afuera para fumar, pretende que yo me siente a sus pies. No haré tal. Si quiere este lugar, yo me sentaré adentro.

Aún no había terminado de hablar, cuando el hombre subió al pescante y comenzó a golpearme. Me agarró por un brazo y trató de arrancarme del asiento. Yo me aferré a los hierros del pescante, decidido a mantenerme allí aunque me quebrara los huesos de las muñecas. Los pasajeros que contemplaban la escena —el hombre barbotando insultos, tirando de mí y golpeándome, mientras yo procuraba mantenerme donde estaba—, al verlo a él fuerte y a mí débil, sin duda se apiadaron e intervinieron, diciendo:

— ¡Déjelo tranquilo! ¡No le pegue! Él no tiene la culpa. Al contrario, tiene razón. Si no puede ir ahí, déjelo sentarse con nosotros.

— ¡Ni por asomo! —gritó el hombre. Pero se acobardó un poco y dejó de golpearme. Luego me soltó el brazo, me dedicó unos cuantos incultos más y, pidiéndole al criado hotentote que iba al lado del cochero que se instalara en el piso, ocupó el lugar vacante y me dejó tranquilo.

Los pasajeros subieron al coche. Sonó el silbato y la diligencia partió. El corazón me latía aceleradamente en el pecho, mientras me preguntaba si podría llegar con vida a destino. El hombre me miró con irritación y señalándome con el dedo, gruñó:

—Descuida. Deja que llegemos a Standerton y entonces te enseñaré quién soy yo.

No contesté nada y me limité a pedirle a Dios que me ayudara.

Cuando llegamos a Standerton, ya de noche, di un suspiro de alivio al ver algunos rostros indos junto a la diligencia. Apenas bajé, esos amigos me dijeron:

—Hemos venido a recibirlo y a llevarlo al hotel del *Sheth* Isa. Recibimos un telegrama de Dada Abdulla.

Me alegré mucho. Fui con ellos hasta el hotel del *Sheth* Isa Hají Sumar. El *Sheth* y sus empleados se reunieron en torno a mí. Les conté todo lo que me había pasado. Ellos lo lamentaron mucho y me confortaron relatándome las desagradables experiencias que habían vivido en este mismo orden de cosas.

Yo quería informar al agente de la empresa de diligencias de lo que había sucedido. Le escribí una carta relatándole todo detalladamente e insistiendo

en que el “leader” me había pegado y amenazado. Le pedí seguridades de que, cuando partiéramos a la mañana siguiente, yo tendría asiento en el interior del coche. El agente me contestó diciendo: “De Standerton sale un coche manejado por otros empleados. Es un coche más grande y usted tomará asiento con los demás pasajeros. El hombre del cual se queja usted, no irá en ese vehículo”.

La respuesta me tranquilizó en gran medida. Desde luego, no tenía intención de querellarme contra el hombre que me había agredido, de modo que allí concluyó el capítulo de dicha agresión.

A la mañana siguiente, los hombres del *Sheth* Iza me llevaron hasta el coche. Conseguí un buen asiento y aquella misma noche llegaba sin novedad a Johannesburgo.

Standerton es un pueblo chico y Johannesburgo una gran ciudad. El *Sheth* Abdulla había telegrafiado allí también, dándome el nombre y dirección de Mohamed Kasam Kamruddin. Un empleado de este negocio vino a recibirme a la llegada de la diligencia, pero ni yo lo vi ni él me reconoció. Por tanto, decidí ir a un hotel. Como conocía el nombre de varios de ellos, tomé un coche y me dirigí al Grand National. Vi al gerente y le pedí una habitación. El hombre me miró un instante y luego me dijo cortésmente:

—Lo siento, señor, pero no tenemos habitaciones disponibles.

En vista de aquello dije al cochero que me condujera a la tienda de Mohamed Kassam Kamruddin. Allí me encontré con el *Sheth* Abdul Gani, que me estaba esperando, y me recibió muy cordialmente. Se rio alegremente al contarle lo que me había ocurrido en el hotel Grand National.

—¡Pero hombre de Dios! —exclamó— ¿es que esperaba realmente que le dieran una habitación?

—¡Naturalmente! ¿Por qué no?

—Lo sabrá en cuanto permanezca aquí unos días. Solo “nosotros” podemos vivir en un país como este, porque nos tragamos los insultos a cambio de hacer fortuna.

A continuación, Abdul Gani me contó la historia de las penalidades que debían soportar los indos en Sudáfrica. Luego, añadió, como conclusión:

—Esta tierra no es para hombres como usted... Fíjese. Mañana ha de ir a Pretoria. Pues bien, “tendrá” que viajar en tercera clase. Las condiciones imperantes en el Transvaal son peores que las de Natal. Los billetes de primera y segunda clase, jamás se conceden a los indos.

—Quizá será porque ustedes no han sido lo suficientemente tenaces para enmendar la injusticia.

—Hemos formulado protestas, pero debo confesar que nuestros hombres no quieren, como norma, viajar en primera o segunda.

Envié a buscar los reglamentos ferroviarios y los leí cuidadosamente. Había una falla. El lenguaje en que estaban redactadas las viejas disposiciones del Transvaal no era muy preciso ni exacto, pero el de los reglamentos ferroviarios lo era todavía menos. Entonces le dije al *Sheth*:

—Quiero viajar en primera clase y, si no me dejan, prefiero ir en coche hasta Pretoria, pues la distancia es de unos 50 kilómetros.

Abdul Gani me dijo que ir en coche significaría más gasto de dinero y de tiempo, pero compartió mi opinión de procurar hacer el viaje en primera. En consecuencia, le enviamos una nota al jefe de estación. En ella le decía que yo era abogado y siempre había viajado en primera. Señalaba la urgente necesidad de llegar a Pretoria lo antes posible y como no tenía tiempo de esperar su respuesta prefería recibirla personalmente en la estación donde confiaba en obtener un billete de primera clase. Por supuesto, perseguía un objetivo al tratar de obtener la respuesta personalmente. Pensé que si el jefe de estación me daba una respuesta escrita, diría, sencillamente, que no, a mi petición de un billete de primera, pues él tendría su propia noción de lo que es un “abogado *coolie*”. Por eso pensaba presentarme ante él con un impecable traje inglés, hablarle y persuadirle. Me presenté, pues, de levita y corbata, coloqué un soberano en la ventanilla y le pedí un billete de primera clase.

—¿Es usted el que me escribió una nota?

—Sí. Y le quedaré muy agradecido si me da un billete. Debo llegar a Pretoria hoy mismo.

El hombre sonrió, apiadándose de mí, dijo:

—Yo no soy del Transvaal. Soy holandés. Comparto su manera de sentir y tienen ustedes mis simpatías. Estoy dispuesto a darle un billete de primera clase, pero con una condición: que si el guarda le pide que pase al vagón de tercera, usted no me comprometerá en el asunto. Es decir, que no procederá contra la compañía por haberle vendido un billete de primera y luego obligarle a pasar a tercera. Le deseo un buen viaje. Veo que es usted un caballero. Y con esas palabras me entregó el billete. Le di las gracias y le prometí que no haría reclamación alguna.

El *Sheth* Abdul Gani, que me acompañó a la estación, se quedó agradablemente sorprendido al conocer los resultados, pero me dijo: “Daré gracias al cielo si llega usted a Pretoria sin novedad. Temo que el guarda del tren no lo deje tranquilo mientras vaya en primera clase. Y si el guarda no le dice nada, protestarán los pasajeros”.

Ocupé mi asiento en un comportamiento de primera y arrancó el tren. En Germiston llegó el guarda para perforar los boletos. Al verme se enfureció y señalándome con el dedo, me dijo que debía irme a tercera clase. Le mostré el billete de primera.

—Eso no importa —contestó—. ¡Pase a tercera!

En mi compartimiento había un caballero inglés quien se enfrentó con el guarda:

—¿Por qué molesta usted a este caballero? —le preguntó—. ¿No ve que tiene un billete de primera? A mí no me importa viajar con él. —Y dirigiéndose a mí, añadió—:Quédese tranquilo y siga viajando donde está.

El guarda murmuró:

—Si usted quiere viajar con un *coolie*, a mí no me importa —y salió. Hacia las ocho de la noche el tren llegaba a Pretoria.

10. PRIMERA JORNADA EN PRETORIA

Yo esperaba que saliera a recibirme alguien en nombre del abogado de Dada Abdulla. Sabía que no aparecería ningún indio por la estación, ya que Abdulla y yo estábamos de acuerdo en que no iría a casa de ningún compatriota. Pero el abogado no envió a nadie. Más tarde comprendí que como llegaba un domingo, le fue imposible contar con nadie para que me recibiera. Me quedé perplejo, preguntándome a dónde ir, pues me imaginaba que no me darían alojamiento en ningún hotel.

La estación de Pretoria en 1893 era muy distinta de la de 1914. Apenas había luces. Los viajeros eran escasos. Dejé que se fueran los demás pasajeros, con la intención de preguntarle al empleado que recogía los boletos, una vez que se quedara solo, si sabía de algún hotel en donde me admitieran. Porque, de lo contrario, tendría que pasarme la noche en la estación. Debo confesar que me aterraba la idea de preguntarle, pues temía verme humillado e insultado una vez más.

Cuando la estación quedó libre de pasajeros, le entregué mi boleto al empleado e inicié mi investigación. Me contestó amablemente, pero vi que no podía indicarme una dirección adecuada. Entonces, un negro americano que estaba junto a nosotros intervino en la conversación.

—Ya veo —dijo— que es usted un extranjero sin amigos en esta ciudad. Si viene conmigo, lo llevaré a un hotel pequeño, cuyo propietario es norteamericano y amigo mío. Creo que lo aceptará a usted.

Tuve algunas dudas respecto al ofrecimiento, pero le dí las gracias y acepté la invitación. Me condujo al Johnston Family Hotel. Se llevó aparte a Mr. Johnston, quien accedió a darme habitación para aquella noche, pero a condición de que cenara en mi habitación.

—Le aseguro a usted —me dijo— que yo no tengo prejuicios de color ni de raza. Pero todos mis clientes son europeos y presumo que si le permitiese a usted cenar en el comedor, algunos de ellos podrían ofenderse e irse.

—Gracias —le respondí— por darme aunque sea alojamiento por una noche. Ya voy familiarizándome con las costumbres de aquí, y comprendo sus escrúpulos. No me importa cenar en mi habitación. Confío en que mañana ya habré resuelto el problema de mi hospedaje.

Me llevaron a mi habitación, donde me senté, esperando que me trajeran la cena. No había muchos huéspedes en el hotel y por consiguiente creí que, de un momento a otro, llegaría el camarero con la comida. Pero en lugar del mozo apareció Mr. Johnston, para decirme:

—Me sentí avergonzado de hacerlo cenar aquí solo. Por consiguiente, conté a los demás huéspedes lo que ocurría y les pregunté si les importaba que bajase usted a cenar con ellos en el comedor. Me dijeron que no tenían el menor inconveniente, así como que tampoco les importaba el que viviera usted en el hotel, todo el tiempo que quisiera. Por tanto, le ruego que, si lo desea, baje al comedor. Y también que se quede en el hotel, todo el tiempo que le parezca.

Le dí las gracias, bajé al comedor y cené con excelente apetito.

A la mañana siguiente llamé al abogado, Mr. A. W. Baker. Abdulla me había hablado mucho de él, de manera que no me sorprendió el cordial recibimiento que me dispensó. Fue muy amable y me hizo numerosas preguntas corteses sobre mi persona. Le hablé de mí claramente. Cuando concluí me dijo:

—Como abogado no tenemos trabajo para usted en este pleito, pues ya están contratados los mejores profesionales. Pero el caso es muy largo y complicado, de manera que requeriré su ayuda a medida que vaya necesitando información complementaria. Y, por supuesto, será usted quien se comunique con mi cliente, para irme suministrando los datos que yo le pida, lo cual implica una ventaja. Todavía no conseguí alojamiento para usted. Pensé que era preferible buscarlo después de conocerle. Hay aquí muchos prejuicios raciales y no es fácil encontrar habitación para un hombre como usted. Pero conozco a una pobre mujer. Es la viuda de un panadero. Estoy seguro de que le dará habitación, pues necesita aumentar sus ingresos. Vamos verla en seguida.

Me llevó a casa de la viuda, habló con ella unos segundos, y la mujer me admitió como pensionista por 35 chelines por semana.

Mr. Baker, además de ser abogado, era un entusiasta predicador laico. Todavía vive y se halla entregado totalmente a sus tareas misioneras, habiendo abandonado su profesión de jurista. Es un hombre de posición económica desahogada. Aún se escribe conmigo, y sus cartas siempre recaen sobre el mismo tema. Él sostiene la superioridad del cristianismo desde todos los puntos de vista, y afirma, que es imposible hallar la paz eterna, si no se acepta a Jesús como el único Hijo de Dios y salvador de la humanidad.

Durante la primera entrevista, Mr. Baker me preguntó sobre mis sentimientos religiosos. Le respondí:

—Soy hindú por nacimiento. Y, sin embargo, no sé mucho sobre hinduismo, y menos todavía de otras religiones. En realidad, ignoro dónde estoy ni cuales son o deberían ser mis creencias. Me propongo efectuar un cuidadoso estudio de mi propia religión y, en la medida que me sea posible, también de las demás religiones.

Mr. Baker se alegró de oírme hablar así y me dijo:

—Soy uno de los directores de la Misión General en Sudáfrica. He construido una iglesia a mis propias expensas, y digo sermones en ella regularmente. Estoy libre de todo prejuicio racial. Tengo algunos colaboradores con los que me reúno cada día, a la una en punto de la tarde, para rezar unos minutos por la paz y la luz. Me alegraría mucho si usted quisiera unirse a nosotros. Le presentaré a mis colaboradores. Los cuales se alegrarán mucho de conocerlo, y me atrevo a afirmar que a usted le gustará su compañía. Además, le daré a leer algunos libros religiosos, aunque, desde luego, el libro de los libros es la Santa Biblia, la cual le recomiendo especialmente.

Le di gracias a Mr. Baker y prometí asistir a las plegarias de la una, con la mayor regularidad posible.

—Bueno —concluyó Mr. Baker—, entonces confío en verlo mañana a la una para unirse a nuestros preces.

Nos despedimos. Fui hasta el hotel de Mr. Johnston, pagué y me trasladé a mi nuevo alojamiento, en donde almorcé. El ama de casa era una buena mujer. Me cocinó unos platos vegetarianos, y al cabo de pocos días me sentí como en mi hogar y en familia.

Al día siguiente fui a ver al amigo para quien Dada Abdulla me había entregado una carta de presentación. Por él me enteré de muchas de las dificultades que tienen los indos para vivir en Sudáfrica. Insistió en que me quedase a vivir en su casa. Le di las gracias, pero le dije que ya estaba cómoda-

mente instalado. Insistió en que no vacilara en recurrir a él y pedirle cualquier cosa que precisara.

Anohecía. Regresé a casa y cené. Luego fui a mi cuarto, me metí en cama y quedé sumido en profundas meditaciones. No había trabajo inmediato para mí, de lo cual informé al *Sheth* Abdulla. ¿A qué se debía entonces el interés que Mr. Baker tenía en mi persona? ¿Qué podía ganar yo con el contacto de sus colaboradores cristianos? ¿Hasta dónde me debía enfrascar en el estudio del cristianismo? ¿Y cómo podía comprender el cristianismo en su justa perspectiva sin conocer a fondo mi propia religión? Al fin llegué a una conclusión: efectuaría un estudio desapasionado de todo lo que cayera en mis manos y trataría con el grupo de Mr. Baker como Dios me diera a entender. Pero no estaba dispuesto a abrazar ninguna religión, antes de haber comprendido la mía plenamente.

Y con estas cavilaciones me quedé dormido.

11. CONTACTOS CRISTIANOS

Al día siguiente, a la una en punto, fui adonde le había prometido a Mr. Baker, quien procedió a presentarme. Conocí a miss Harris, miss Gabb, Mr. Coates y otras personas más. Todo el mundo se arrodilló para rezar y yo hice lo mismo. Las oraciones eran plegarias dirigidas a Dios para obtener diversas cosas, de acuerdo con los deseos de cada persona. En general, pedían que transcurriera en paz toda la jornada o que Dios abriera las puertas del corazón de los hombres.

Agregaron una súplica para mi salud espiritual: “Señor: muéstrale el camino al nuevo hermano que se ha unido a nosotros. Dadle, Señor, la paz que tú has sabido darnos. Que Jesús, nuestro Señor, que nos ha salvado, lo salve a él también”.

El grupo no cantaba himnos ni había música de ninguna especie en dichas reuniones. Después de la oración especial de cada día, nos dispersábamos, yendo cada cual a almorzar. En conjunto, la oración solía durar unos cinco minutos.

Las señoritas Harris y Gabb eran dos damas solteras, de edad más que madura. Mr. Coates era cuáquero. Las dos mujeres vivían juntas y me invitaron a visitarlas en su casa todos los domingos para tomar el té.

En las reuniones de los domingos, yo acostumbraba darle a Mr. Coates mi diario religioso de la semana, y discutía con él los libros que había leído

y las impresiones que me causaban. Las damas solían hablar de sus dulces experiencias espirituales y de la paz alcanzada gracias a la religión.

Mr. Coates era un joven sincero y sano de corazón. Solíamos dar algunos paseos juntos y me presentó diversos amigos cristianos. A medida que fuimos intimando, comenzó a darme libros elegidos por él. Hasta que se llenó la estantería de mi pieza. Así que me llenaba de libros que yo aceptaba leer, y luego los discutíamos.

Por eso en 1893, leí muchos volúmenes sobre religión. No recuerdo los títulos de todos ellos, pero citaré el “Comentario”, del doctor Parker, de City Temple, “Muchas pruebas infalibles”, de Pearson y la “Analogía”, de Butler. Algunas partes de esos libros eran ininteligibles para mí. Ciertas cosas me gustaban, y rechazaba, en cambio, otras. “Muchas pruebas infalibles”, era, como puede presumirse, un libro que ofrecía pruebas en apoyo de la religión cristiana, tal y como el autor la entendía. No me causó la menor impresión. El “Comentario”, de Parker, estimulaba moralmente, pero no podía servir para nada a una persona que no hubiera abrazado las creencias cristianas. La “Analogía”, de Butler, me llamó la atención. Era un libro profundo y difícil, que tuve que leer cuatro o cinco veces para entenderlo debidamente. Me pareció que el objeto principal perseguido por su autor, era convertir a los ateos en teístas. Los argumentos expuestos allí para demostrar la existencia de Dios, eran innecesarios para mí, pues ya había pasado la fase del descreimiento. Pero los argumentos demostrativos de que Jesús es la única encarnación de Dios y el mediador entre Dios y el hombre, no me hicieron mella.

Sin embargo, Mr. Coates no era hombre que aceptara una derrota sin lucha. Me tenía gran afecto. Vio que llevaba al cuello el collar *vaishnava* con cuentas de *Tulasi*. Pensó que era una mera superstición y le dolió sinceramente.

—Esa superstición —me dijo— es impropia de usted. Vamos, permítame que rompa ese collar.

—No. No lo haga. Es para mí algo sagrado porque me lo dio mi madre.

—Pero ¿usted cree en eso?

—Yo no entiendo su misterioso significado. Pero no creo que me perjudique llevarlo. De cualquier forma no puedo, sin tener razones suficientes, romper un collar que mi madre me puso al cuello llena de amor, con la convicción de que velaría por mi bienestar. Cuando con el paso del tiempo se rompa por sí solo, yo no me molestaré en conseguirme otro. Pero este collar no puedo romperlo.

Mr. Coates no podía comprender debidamente mi argumento puesto que desconocía mi religión. Él solo pensaba en arrancarme del abismo de ignoran-

cia en que creía me hallaba. Trató de convencerme de que, aun cuando hubiera verdades en las demás religiones, la salvación mía era imposible a menos que aceptara el cristianismo, que representa la verdad. Y afirmaba que no quedaría limpio de pecado hasta que Jesús intercediera por mí, resultando, por tanto, inútiles todas las buenas obras que hiciera.

Lo mismo que me presentó algunos libros me presentó también varios amigos, a los que consideraba como cristianos puros. La mayoría de ellos me parecieron gentes buenas y temerosas de Dios. Durante mi relación con ellos, un hermano de Plymouth me argumentó de manera algo desconcertante, pues no estaba preparado para ese razonamiento. Me dijo así:

—Usted no puede comprender la belleza de nuestra religión. Por lo que dice, parece que usted se pasa la vida meditando sobre los pecados y faltas que comete, enmendándolas siempre y procurando expiarlas. ¿Cómo puede traerle la redención ese ciclo incesante? Jamás puede alcanzar la paz. Usted admite que todos somos pecadores. Bien; observe, pues la perfección de nuestras creencias. Nuestros intentos de mejoramiento y expiación son fútiles. Y sin embargo, podemos alcanzar la redención. ¿Cómo podemos soportar la carga de nuestros pecados? Solo de una manera; descargándola sobre Jesús, nuestro Señor. Él es el único Hijo de Dios limpio de todo pecado. Él ha dicho que aquellos que crean en Él, gozarán de una vida eterna. Por tanto, ahí se encuentra la infinita misericordia de Dios. Y como nosotros creemos en la expiación de Jesús, nuestros propios pecados no nos atan definitivamente. Hemos de pecar, pues es imposible vivir en este mundo sin pecado. Y, por consiguiente, Jesús sufrió y expió los pecados por toda la humanidad. Solamente quien acepte su gran rendición podrá gozar de la paz eterna. Piense en qué vida de angustia es la de ustedes, y en la promesa de paz que disfrutamos nosotros.

El argumento expuesto no me convenció en absoluto. Y contesté, humildemente, lo que sigue:

—Si ese es el cristianismo admitido por todos los cristianos, yo no puedo aceptarlo. Yo no busco la redención de las consecuencias de mi pecado. Yo quiero ser redimido del pecado en sí, o mejor dicho, incluso del pensamiento mismo del pecado. Hasta que alcance ese fin, me sentiré satisfecho de sentirme angustiado.

A lo cual, el hermano de Plymouth, replicó:

—Le aseguro que su intento es inútil. Medite sobre lo que le he dicho.

El hombre que me había hablado así, creía en lo que decía, pues cometía a sabiendas diversas transgresiones y me demostró que no le preocupaba en absoluto pecar.

Sin embargo, antes de reunirme con esos amigos, yo, sabía que no todos los cristianos creen en esa teoría de la expiación. El propio Mr. Coates marchaba en la vida bajo el temor de Dios. Su corazón era puro y creía en la posibilidad de la autopurificación. Las dos mujeres también compartían su creencia. Algunos de los libros que llegaron a mis manos estaban llenos de devoción. De modo que, aunque Mr. Coates se inquietó al oírnos discutir, yo le aseguré que los erróneos argumentos expuestos por el hermano de Plymouth, no podían hacer surgir en mí ningún prejuicio contra el cristianismo.

Mis dificultades eran de otra índole. Residían en la Biblia y en su interpretación aceptada por la cristiandad.

12. CONTACTO CON LOS INDOS

Antes de seguir escribiendo sobre mis relaciones con los cristianos, debo registrar otras experiencias del mismo período.

El *Sheth* Tyeb Hají Khan Muhammad, tenía en Pretoria la misma posición que la que disfrutaba en Natal Dada Abdulla. No había ningún movimiento público que pudiera llevarse a cabo sin él. Le conocí en la misma semana de mi llegada a Pretoria y le manifesté mi propósito de ponerme en contacto con los indos que vivían allí. Expresé el deseo de conocer las condiciones en que vivían nuestros compatriotas, le pedí ayuda para lograr mi propósito y él accedió a prestármela de buena gana. Mi primer paso consistió en reunir a todos los indos de Pretoria y en presentarles un cuadro real del modo cómo vivían en Transvaal. La reunión se efectuó en casa del *Sheth* Hají Muhammad Hají Joosab, para quien yo llevaba una carta de presentación. La concurrencia estaba compuesta principalmente de mercaderes *memanes*, aunque también había algunos hindúes. En realidad, la población hindú de Pretoria era muy reducida.

Mi discurso en esta reunión, puede decirse que fue el primero que pronuncié públicamente en mi vida. Fui bastante preparado sobre el tema que recaía principalmente sobre la observancia de la verdad y la honestidad en los negocios. Siempre había oído decir a los comerciantes que era imposible decir la verdad en las cuestiones comerciales. Yo no estaba de acuerdo, ni lo sigo estando. Todavía hoy día hay comerciantes amigos que sostienen que la verdad es incompatible con el negocio. El comercio, afirman, es un asunto de carácter práctico, y la verdad es de carácter religioso; las cuestiones prácticas son una cosa y la religión, otra. Sostienen que la verdad pura está fuera de lugar en los negocios, y solo puede decirse cuando conviene.

En mi discurso rebatí firmemente esa posición y desperté en los comerciantes el sentido de su deber, que era doble. La responsabilidad de decir la verdad es mayor que nunca, cuando se está en tierra extraña, porque la conducta de un puñado de indos era la medida con que juzgarían a millones de sus compatriotas.

Advertí que las costumbres de nuestras gentes eran negativas, sobre todo en relación con las de los ingleses que los rodeaban, y les llamé la atención al respecto. Insistí en la necesidad de olvidar todas las distinciones, tales como hindúes, musulmanes, *parsis*, cristianos, *gujaratíes*, *madrasis*, *punjabitas*, *sindhis*, *cachchhis*, *surtis* y demás.

Sugerí en conclusión, que se formara una asociación capaz de plantear, oficialmente, ante las autoridades, la situación en que se hallaban los nacionales de la India y las dificultades de todo género que debían afrontar. Y me puse a su disposición, ofreciéndoles todo el tiempo y los servicios que estuvieran a mi alcance.

Pude observar que causé una impresión considerable entre los circunstantes. Tras mi discurso surgió la discusión. Algunos me ofrecieron suministrarme datos. Me sentí alentado. Advertí que la mayoría de los presentes no sabía inglés y pensé que el conocimiento de ese idioma era necesario en Sudáfrica. Les aconsejé que, quienes tuvieran tiempo, procurasen en aprender dicha lengua. Les dije que incluso a una edad avanzada era posible aprender un idioma, y cité casos de personas que lo habían hecho. Además me comprometí a dar una clase, si se ponían de acuerdo para iniciarla, o a dar clases individuales a quienes se dispusieran a estudiar inglés.

La clase no se formó, pero tres jóvenes expresaron su deseo de aprender, a condición de que fuera a sus casas a enseñarles. De esos tres, dos eran musulmanes —uno barbero, empleado el otro— y el tercero un hindú que poseía una pequeña tienda. Accedí a enseñarles.

No estaba mal dotado para enseñar. Mis alumnos podían cansarse, pero no yo. A veces ocurría que cuando llegaba a sus casas, en lugar de estar preparados, se hallaban entregados a sus quehaceres. Pero yo no perdía la paciencia. Ninguno de los tres deseaba aprender el inglés a fondo, pero dos de ellos hicieron grandes progresos en ocho meses. Pronto aprendieron lo suficiente para llevar las cuentas en inglés y escribir cartas comerciales corrientes. La ambición del barbero se limitaba a poder hablar suficientemente el inglés, para entenderse con sus clientes. Como consecuencia de sus estudios, dos de los alumnos consiguieron aumentar sus ingresos de un modo respetable.

Quedé satisfecho con los resultados de la reunión. Si mal no recuerdo, se decidió celebrarlas periódicamente, una vez por semana o una vez por mes.

Se efectuaban con regularidad y en tales ocasiones se llevaba a cabo un interesante intercambio de ideas. El resultado fue que no hubo indo en Pretoria al cual no conociera y de cuya situación no estuviera informado. Lo cual hizo, a su vez, que me relacionara con el agente británico en Pretoria, Mr. Jacobus de Wet. Sentía simpatía por los indos pero tenía muy poca influencia. Sin embargo, se ofreció a ayudarnos en todo lo que pudiera, y me invitó a que lo visitara siempre que quisiera.

Comuniqué a las autoridades ferroviarias que, de acuerdo con sus propios reglamentos, eran injustificables las dificultades que encontraban los indos para viajar. Me contestaron, que en lo sucesivo, se despacharían billetes de primera y segunda clase a los indos que fueran adecuadamente vestidos. Respuesta que no constituía ninguna solución, pues quedaba a criterio del jefe de estación decidir quién iba y quién no iba “adecuadamente vestido”.

El agente británico me mostró documentos relativos a cuestiones de los indos. El *Sheth Tyeb* también me proporcionó algún material. Leyéndolos me enteré de los crueles tratos que recibían los indos en el Estado Libre de Orange.

En síntesis, mi estancia de Pretoria me permitió efectuar un profundo estudio de la situación económica, política y social de los indos en el Transvaal y el Estado Libre de Orange. No me imaginaba que aquel estudio hubiera de serme de incalculable valor en el futuro. Porque yo pensaba regresar a la patria hacia fines de año o quizá antes, si el pleito que me había llevado allí finalizaba pronto.

Pero Dios dispuso las cosas de otro modo.

13. LO QUE ES SER UN COOLIE

Estaría fuera de lugar describir aquí con detalle las condiciones en que vivían los indos en el Transvaal y el Estado Libre de Orange. Aquellos que quieran tener una visión completa pueden leer mi “Historia del *Satyagraha* en Sudáfrica”. No obstante, es necesario ofrecer aquí un breve bosquejo.

En el Estado Libre de Orange los indos estaban privados de todos sus derechos por una ley especial aprobada en 1888, o quizá antes. Si decidían quedarse allí, sólo podían trabajar como camareros en los hoteles o cumplir cualquier otra labor doméstica similar. Los comerciantes fueron expulsados con una compensación nominal. Reclamaron y protestaron, pero fue en vano.

En 1885 fue aprobada en el Transvaal una ley muy severa, ligeramente enmendada en 1886, la cual establecía que todos los indos que quisieran resi-

dir en dicho Estado, tendrían que pagar un impuesto de tres libras esterlinas. No tendrían derecho a poseer tierra, salvo en las concesiones que les fueran fijadas, e incluso en la práctica, esto tampoco era posesión. Carecían de franquicias. Todo esto quedaba incurso en la ley especial para asiáticos, a los cuales se aplicaban igualmente las demás limitaciones que regían para la gente de color. Con arreglo a sus disposiciones, los indos no podían andar por los paseos públicos, ni salir de sus casas después de las 21 horas, sin autorización. El cumplimiento de esta última disposición era elástico, por lo que a los indos se refiere. Aquellos que pasaban por “árabes” estaban, desde luego, exentos de cumplirlas. Aunque, en definitiva, esta exención siempre dependía de la dulce voluntad de la policía.

Yo tuve que experimentar los efectos de esas disposiciones. Salía con frecuencia por las noches para dar un paseo con Mr. Coates y raramente regresábamos a casa antes de las diez de la noche. ¿Y si la policía me arrestaba? Mr. Coates estaba más preocupado que yo sobre el particular. Él tenía que extender permisos a sus criados negros, pero ¿Cómo me iba a dar una autorización a mí? Solo el amo puede otorgar permiso a sus sirvientes. Si yo hubiera querido uno, e incluso si Mr. Coates hubiera estado dispuesto a dármelo, no podría haberlo hecho, pues habría sido un fraude.

Por consiguiente, Mr. Coates o algún amigo suyo, me llevó ante el fiscal del Estado, doctor Krause. Resultó que los dos estábamos inscritos en el mismo Colegio de Abogados de Inglaterra. El que yo necesitara una autorización especial para poder salir tranquilo a la calle, después de las nueve de la noche, lo enfureció considerablemente. Me expresó sus simpatías y, en lugar de darme un pase, me entregó una carta por la cual se me autorizaba a estar en la calle a cualquier hora que quisiera, sin que la policía pudiera molestarme para nada. Desde ese día, siempre que salía a la calle llevaba encima la carta del doctor Krause. Jamás tuve que hacer uso de ella, pero eso puede considerarse como una mera casualidad.

El doctor Krause me invitó a visitarle y puede decirse que nos hicimos amigos. Iba a verle con cierta frecuencia, y un día me presentó a su famoso hermano, el Fiscal General de Johannesburgo. Durante la guerra de los boers, compareció ante una corte marcial, por conspirar para dar muerte a un funcionario inglés, y fue sentenciado a siete años de cárcel. Quedó inhabilitado para el ejercicio de la profesión. Al finalizar las hostilidades fue puesto en libertad y, después de ser readmitido honorablemente en los tribunales, volvió a ejercer como abogado.

Esas relaciones me fueron muy útiles en mi vida sudafricana y simplificaron mi trabajo en una proporción considerable.

Las consecuencias de la disposición que prohibía a los indos caminar por los paseos públicos, fue algo más grave para mí. Yo siempre solía dar un paseo por la calle del Presidente, hasta llegar a una explanada, en la cual se hallaba la casa del presidente Kruger. Era un edificio modesto, carente de toda ostentación. No tenía jardín y no se distinguía de las viviendas que lo rodeaban. Por el contrario, las casas de casi todos los millonarios de Pretoria eran mucho más pretenciosas y estaban rodeadas de jardines. Ciertamente, la sencillez del presidente Kruger era proverbial. Solamente la presencia de una patrulla policial indicaba que en aquella casa vivía algún importante funcionario. Yo, habitualmente, solía seguir por la acera, pasando cerca de la patrulla. Y en todas las oportunidades en que lo hice, jamás fui molestado.

Hasta que un día pasé junto a uno de los centinelas quien, sin el menor género de advertencia, me acometió. Con un par de fuertes empujones me sacó de la vereda, me quedé espantado. Antes de que pudiera decirle nada al centinela, Mr. Coates, que casualmente pasaba por allí a caballo, me saludó y me dijo:

—Gandhi, he presenciado la escena. Con mucho gusto seré su testigo ante los tribunales si se querrela contra ese hombre. Lamento mucho que haya sido usted tan brutalmente tratado.

—No lo lamente, Mr. Coates —respondí—. ¿Qué sabe el pobre hombre? Todas las gentes de color son iguales para él. Es indudable que trata a los negros como me trató a mí. He decidido tener como norma el no querrellarme contra nadie por agravios personales. Por consiguiente, dejaré en paz a ese hombre.

—Muy típico de usted —contestó Mr. Coates—, pero piénselo de nuevo. A este tipo de hombres hay que darles una lección.

Mr. Coates se acercó al policía y le dio una reprimenda. No pude saber lo que decían, puesto que la conversación se desarrolló en holandés, pues el hombre era boer. Pero me pidió perdón, cosa que no era necesaria, puesto que yo ya le había perdonado.

Nunca más volví a pasar por esa calle. Como los centinelas cambiaban, cualquier día otro, ignorante del accidente, repetiría la escena. ¿Y qué necesidad tenía de recibir más golpes? Por consiguiente, decidí seguir otro itinerario.

El incidente ahondó aún más mis simpatías hacia la colonia inda. Discutí con ellos sobre la conveniencia de presentar una protesta, después de haberme entrevistado con el agente británico y hablado con él sobre las normas mencionadas.

Efectué un íntimo estudio de las difíciles condiciones de vida que debían soportar los indios en Sudáfrica, no solo leyendo u oyendo sobre los diversos casos y situaciones, sino por propia experiencia personal. Vi que Sudáfrica no era tierra para que viviera ningún indio que se respetara y cada día estaba más obsesionado en hallar la manera de conseguir que tal estado de cosas mejorase un poco.

Pero, de momento, mi deber principal era atender el caso de Dada Abdulla.

14. PREPARATIVOS PARA EL PLEITO

El año de permanencia en Pretoria fue la más valiosa experiencia de mi vida. Allí tuve oportunidad de instruirme sobre las actividades públicas y de capacitarme en cierta medida para ellas. Allí se convirtió para mí en una fuerza viva el espíritu religioso y también allí adquirí verdaderos conocimientos sobre la práctica de la profesión. Porque en Pretoria aprendí lo que aprende un abogado joven en el despacho de un abogado con experiencia y, además, conquisté mi propia confianza en que, después de todo, no iba a resultar un fracaso como letrado. Fue en Pretoria, también, donde descubrí los secretos del éxito de un abogado.

El caso de Dada Abdulla era bastante importante. El pleito que se ventilaba era por 40.000 libras esterlinas. Como derivaba de diversas transacciones comerciales, el caso estaba lleno de complicados asuntos contables. Parte de la demanda se apoyaba en promesas verbales de pago incumplidas, y parte en pagarés no satisfechos. Era, por cierto, un caso muy intrincado, en el que se mezclaban numerosos puntos de hecho y de derecho.

Ambas partes habían contratado los servicios de los mejores abogados. Por lo cual yo tuve la oportunidad de estudiar su trabajo. Los preparativos de la demanda, así como la acumulación de pruebas en qué apoyarla, me fueron confiados a mí. Constituyó, por tanto, una interesante educación profesional para mí, el ver qué cosas el abogado principal aceptaba y cuáles rechazaba de mi trabajo preliminar. Comprendí que estos preparativos para la audiencia del caso, iban a darme una medida justa de mi capacidad de comprensión, y de mi habilidad para combinar las diversas pruebas.

Me tomé el máximo interés en el pleito. Mejor dicho, me aboqué a él alma y vida. Leí todos los papeles relativos a las transacciones. Mi cliente era un hombre de gran capacidad y, además, depositó en mí toda su confian-

za, lo cual simplificó mi tarea. Hice un profundo estudio de toda la contabilidad. Mi aptitud para la traducción mejoró al tener que traducir la correspondencia al inglés, pues en su mayor parte estaba escrita en *gujaratí*.

Aunque, como ya dije antes, me tomaba gran interés en las cuestiones religiosas y sociales, a las que dedicaba siempre parte de mi tiempo, no constituían entonces mi principal interés. Porque lo fundamental era llevar adelante el caso de mi cliente. Por lo tanto, la lectura de libros de derecho y de jurisprudencia figuraban en primer término. Como resultado de esos estudios, adquirí profundos conocimientos sobre el pleito a que estaba abocado, quizá más completos que los de ambas partes, incluso de sus abogados, ya que yo disponía de los documentos relativos a ambos litigantes.

Recordé el consejo del extinto Mr. Pincutt: “Los hechos son las tres cuartas partes de la ley”. Consejo que, posteriormente, fue ampliamente puesto en práctica, con éxito, por aquel famoso abogado sudafricano, el hoy también fallecido Mr. Leonard. Recuerdo que cierta vez, cuando tenía un pleito a mi cargo, descubrí que aun cuando la razón y la justicia estaban de parte de mi cliente, la ley parecía estar contra él. Desesperado, me acerqué a Mr. Leonard en busca de consejo. Y él, como yo, también consideró que los hechos estaban a favor de mi cliente.

—Gandhi —me dijo—, en la carrera he aprendido una cosa, y es esta: si prestamos atención preferente a los hechos de un caso, la justa aplicación de la ley surgirá por sí sola. Ahondemos, pues, en los hechos de este asunto.

Con esas palabras, me pidió que estudiara más detalladamente el caso y que volviera a verlo. Al examinar nuevamente los hechos, los vi entonces bajo una luz totalmente nueva y, además, encontré una sentencia sudafricana sobre un caso similar, que establecía una jurisprudencia perfecta. Volví a ver a Mr. Leonard y le conté todo.

—Muy bien —me dijo—, entonces el caso está ganado. Ahora solo tenemos que fijarnos qué juez se hace cargo del asunto.

Cuando estaba preparando el litigio de Dada Abdulla, yo no me daba cuenta cabal de la importancia decisiva de los hechos. Porque los hechos significaban la verdad, y una vez que hallamos la verdad, la ley viene en nuestra ayuda por sus causas naturales. Yo vi que los hechos estaban en favor de Dada Abdulla y que la ley lo respaldaba fuertemente. Pero también advertí que el litigio, si ambas partes persistían en él, arruinaría al demandante y al demandado, que, al fin de cuentas, eran parientes y nacidos ambos en la misma ciudad del mismo país. Nadie sabía el tiempo que podía durar el caso. Pero de continuar, era evidente que podía prolongarse indefinidamente, sin beneficio

para ninguna de ambas partes. Por eso, ambos deseaban, de ser posible, ponerle fin cuanto antes.

Me entrevisté con el *Sheth* Tyeb y le aconsejé que se aviniera a un arbitraje. Le recomendé que consultara con sus abogados de confianza, y le sugerí, que si la cuestión se planteaba ante un árbitro que contara con la absoluta confianza de ambas partes, el pleito podía quedar zanjado rápidamente. Los honorarios de los abogados iban aumentando tan velozmente, que sólo eso bastaba para devorar todos los recursos de ambos clientes, pese a que eran comerciantes prósperos. Además, el litigio absorbía de tal modo su atención, que apenas les quedaba tiempo para hacer otra cosa. Mientras tanto, la mala voluntad recíproca iba creciendo.

Me sentí algo asqueado de la profesión. Como abogados, los juristas de ambas partes estaban obligados a buscar leyes e interpretaciones de las mismas, que favorecieran a sus clientes. Además, vi claramente que la parte vencedora jamás obtenía lo que injusticia le corresponde, pues las costas, los honorarios de los abogados, etc., merman en forma considerable lo que debía percibir. Todas estas consideraciones me irritaban. Consideré que mi obligación era unir amistosamente a ambas partes y hacer que llegaran a un acuerdo. Y en este sentido me esforcé todo cuanto pude. Al fin, el *Sheth* Tyeb aceptó. Se nombró un mediador, ante el cual los abogados de una y otra parte expusimos el caso. Y ganó Dada Abdulla.

Pero esto no me dejó satisfecho. Si mi cliente exigía el pago inmediato de la deuda, el *Sheth* Tyeb no hubiera podido pagar en seguida el monto total, y entre los *memanes* de Porbandar, residentes en Sudáfrica, existía una ley, no escrita pero viva, según la cual era preferible la muerte a la bancarrota. Tyeb no podía en modo alguno abonar de golpe las 37.000 libras esterlinas y las costas de las actuaciones judiciales. Él no quería pagar un centavo menos del total, pero tampoco quería declararse en bancarrota. Sólo había un camino: que Dada Abdulla aceptara cobrar en cuotas moderadas. Y Abdulla estuvo a la altura de las circunstancias, concediendo a Tyeb el pago de la deuda a plazos y en un período muy largo. Me resultó más difícil obtener esta concesión del pago a plazos, que lograr que las partes se sometieran al arbitraje. Pero ambos quedaron muy satisfechos de los resultados, y los dos crecieron en la estimación pública. Mi alegría no tenía límites. Había aprendido la verdadera práctica de la ley. Y, más importante todavía, realicé el descubrimiento que me permitiría encontrar el lado bueno de los hombres y la manera de tocarles el corazón. Comprendí que la verdadera función de un abogado era unir a las partes en desacuerdo. Esta lección quedó tan firmemente impresa en mi es-

píritu, que durante los veinte años de ejercicio de la profesión, casi todo mi tiempo estuvo ocupado en lograr para cientos de casos el acuerdo privado. Con lo cual yo no perdía nada, ni siquiera dinero, y mucho menos mi alma.

15. FERMENTO RELIGIOSO

Es hora de que vuelva a hablar sobre las experiencias con mis amigos cristianos.

Mr. Baker se inquietaba cada día más por mi futuro. Me llevó a la Convención de Wellington. Los cristianos protestantes organizan estas reuniones, cada tres o cuatro años, para iluminarse en religión o, mejor dicho, para autopurificarse. Podríamos calificar esto de restauración o renovación religiosa. La Convención de Wellington era de este tipo. El presidente era el famoso reverendo Andrew Murray. Mr. Baker confiaba en que la exaltación religiosa de la Convención y el entusiasmo y pasión de los concurrentes, me conducirían inevitablemente a abrazar el cristianismo.

Pero su esperanza final consistía en la eficacia de la plegaria. Él tenía una fe ilimitada en el poder de la oración y estaba firmemente convencido de que Dios siempre escuchaba las plegarias pronunciadas con fervor. Solía citar ejemplos como el de George Muller, de Bristol, que dependía totalmente de la oración, incluso para satisfacer sus necesidades temporales. Escuché su discurso sobre la eficacia de la plegaria con creciente atención, y le aseguré que nada me impediría abrazar el cristianismo si sentía su llamada. No tuve vacilación alguna en hacerle esta promesa, pues ya hacía tiempo que había aprendido a dejarme guiar por mi voz interior. Me encantaba someterme a ella. Actuar contra mi voz interior, hubiera sido difícil y doloroso para mí.

Fuimos a Wellington, y Mr. Baker tuvo que bregar mucho para mantener la compañía de un hombre “de color” como yo. Hubo de sufrir inconvenientes por mi causa en el curso de nuestro viaje. Tuvimos que interrumpirlo, pues era domingo y Mr. Baker y demás pasajeros de la Convención, no querían viajar durante el séptimo día. Y aunque el gerente del hotel me admitió al fin como huésped, después de mucho discutir con Mr. Baker, se negó en redondo a admitirme en el comedor. Mr. Baker no era hombre que cediera fácilmente. Defendió los derechos de los huéspedes de un hotel.

Sin embargo, pese a que trató de ocultármelas, yo vi claramente sus dificultades. En Wellington también me alojé junto con Mr. Baker, pero tampoco consiguió ocultarme los pequeños inconvenientes derivados de mi compañía.

La Convención era una asamblea de devotos cristianos. Me encantó su fe profunda. Conocí al reverendo Murray y descubrí que muchos cristianos rezaban por mí. Me gustaron muchos de sus himnos, que eran dulces y tiernos.

La Convención duró tres días. Pude apreciar y comprender la devoción de aquellos que concurrieron a Wellington. Pero no vi razón alguna para cambiar mi modo de pensar y sentir, es decir, mis creencias religiosas. Me resultaba imposible creer que podía ir al cielo o alcanzar la salvación por el mero hecho de hacerme cristiano. Y cuando dije eso mismo con toda franqueza a algunos amigos cristianos, se quedaron muy sorprendidos. Pero no había nada que hacer en este sentido.

Mis dificultades eran más profundas. Yo no podía creer que Jesús fuera la única encarnación del Hijo de Dios, y que solamente los que creyeran en Él alcanzarían la vida eterna. Si Dios podía tener hijos, todos nosotros éramos sus hijos. Si Jesús era como Dios, o Dios mismo, entonces todos los hombres eran como Dios, o Dios mismo. Mi razón no aceptaba que Jesús, con su muerte y su sangre, redimiera al mundo de sus pecados. Metafóricamente podía haber parte de verdad en ello. Por otra parte, según el Cristianismo, sólo los seres humanos tienen alma; en cambio, no la tienen los demás seres vivos, para los cuales la muerte significa una extinción absoluta. A este respecto, creo lo contrario. Yo podía aceptar a Jesús como un mártir, como la encarnación del sacrificio, como un divino maestro, pero no como el hombre más perfecto que hubiera nacido jamás. Su muerte en la cruz es un gran ejemplo para el mundo, pero mi corazón no podía aceptar que hubiera en ella nada misterioso ni ninguna virtud milagrosa. La vida piadosa de los cristianos, no me ofrecía nada que las vidas piadosas de los hombres de otros credos no me hubieran ofrecido ya. Desde el punto de vista filosófico, no había nada extraordinario en los principios cristianos. Y respecto al sacrificio, para mí los hindúes superaban ampliamente a los cristianos. Era imposible para mí contemplar el cristianismo como una religión perfecta, o la más grande de todas las religiones.

Siempre que pude, manifesté estas consideraciones a mis amigos cristianos y ninguna de las respuestas que me dieron lograron satisfacerme.

Por consiguiente, si bien no podía aceptar el cristianismo como perfecto o como la más grande de las religiones existentes, tampoco estaba convencido de que el hinduismo lo fuera. Los defectos del credo hindú eran muy visibles para mí. Si la intocabilidad era una parte del hinduismo, solo podía ser una parte podrida o una excrecencia. Tampoco lograba comprender la *raison d'être** de una multitud de castas y sectas. ¿Qué significaba la afirma-

* Razón de ser. En francés en la versión inglesa (*N. del T.*).

ción de que los Vedas eran libros inspirados por la palabra divina? Si eran la palabra de Dios, ¿por qué no podían serlo también la Biblia o el Corán?

Mientras mis amigos cristianos trataban de convertirme a su religión, mis amigos musulmanes hacían lo propio. El Sheth Abdulla había conseguido inducirme a estudiar el Islam y, por supuesto, siempre tenía cosas que decir sobre su belleza.

Escribí una carta a Raychandbhai expresándole mis dificultades. También me dirigí a diversas autoridades religiosas de la India y obtuve sus respuestas. La carta de Raychandbhai me tranquilizó bastante. Me pedía que tuviera paciencia y que estudiara el hinduismo más profundamente. En uno de sus párrafos me decía: “Tras un análisis desapasionado de la cuestión, he llegado a estar convencido de que ninguna otra religión contiene la sutileza y profundidad de pensamiento que el hinduismo, ni tampoco su visión del alma ni su caridad”.

Compré el Corán traducido por Sale y empecé a leerlo. También adquirí otros libros sobre el Islam. Escribí cartas a mis amigos cristianos de Inglaterra. Uno de ellos me presentó a Edward Maitlan, con quien inicié una correspondencia regular. Fue él quien me envió “El camino de perfección”, escrito por él en colaboración con Anna Kingsford. El libro repudiaba las creencias cristianas corrientes. Asimismo me mandó “La nueva interpretación de la Biblia”. Me gustaron ambos volúmenes. Los dos parecían apoyar la doctrina hindú. “El reino de Dios está en ti”, de Tolstoi, me abrumó, dejándome una impresión imborrable. Ante la independencia de criterio, profunda moralidad y autenticidad de ese libro, los que me había prestado Mr. Coates palidecieron hasta la insignificancia.

De este modo mis estudios de religión me llevaron por un sendero imaginado por mis amigos cristianos. Mi correspondencia con Edward Maitland se prolongó durante mucho tiempo. Y con Raychandbhai, hasta su muerte. Leí algunos de los libros que me envió, entre ellos *Panchikaran*, *Maniratnamala*, *Mumukshu Prakaran*, de Yogavasishta; el *Shaddarshana Samuchchaya*, de Haribhadra Suri, y otros.

Aun cuando yo seguí un camino distinto al que pretendían mis amigos cristianos, siempre me sentí y me sigo sintiendo en deuda con ellos por las inquietudes religiosas que estimularon en mí, y siempre veneraré la memoria de nuestra amistad. Los años siguientes me tenían reservadas muchas más de estas relaciones tan dulces y sagradas para mí.

16. EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE

Concluido el pleito, ya no tenía razón alguna para seguir en Pretoria. Por consiguiente, regresé a Durban y comencé a prepararme para volver a la India. Pero el *Sheth* Abdulla no era hombre capaz de dejarme partir así, sin más, y organizó en mi honor una despedida en Sydenham.

Se dispuso que pasáramos todo el día en Sydenham. Y mientras me entretenía en ojear los diarios, vi un párrafo en uno de ellos, bajo el título de “Franquicias indias”. Se trataba de una referencia al proyecto de ley presentando ante la Cámara y que, de aprobarse, privaría a los indos del derecho a elegir miembros para la Asamblea Legislativa de Natal. Yo ignoraba en qué consistía la ley, y lo mismo les sucedía a los demás concurrentes.

Interrogué al *Sheth* Abdulla sobre el particular y me respondió:

—¿Qué podemos entender nosotros de esas cosas? Solamente podemos comprender las cuestiones que afectan a nuestro comercio. Como bien se sabe, todo nuestro comercio en el Estado Libre de Orange ha sido barrido. Agitamos el asunto, pero fue en vano. En fin de cuentas, todos nosotros somos inválidos por el hecho de ser poco instruidos. Nosotros, por lo general, solo leemos los diarios para cerciorarnos sobre las alzas o bajas en el mercado. ¿Qué sabemos nosotros de leyes? Nuestros ojos y oídos son los abogados europeos radicados aquí.

—Pero hay muchos jóvenes indos nacidos y educados aquí —dije yo—. ¿No les ayudan ellos?

—¿Ellos? —exclamó el *Sheth* Abdulla, en un tono desesperado—. Jamás vienen a nosotros y, para decirle la verdad, nosotros tampoco nos preocupamos por ellos. Al ser cristianos están sometidos a la voluntad de los sacerdotes blancos, que a su vez se hallan a las órdenes del gobierno.

Aquello me abrió los ojos. Sentí que esa clase era nuestra. ¿Era ese el sentido del cristianismo? ¿Dejaban de ser indos porque habían abrazado la fe cristiana?

Pero yo iba a regresar a la India y vacilaba en expresar lo que estaba cruzando por mi mente en aquellos instantes. Y simplemente le dije al *Sheth* Abdulla:

—Ese proyecto de ley, si se convierte en ley, hará nuestra existencia en extremo difícil. Es el primer clavo para clavar nuestro ataúd. Es algo que ataca de raíz a nuestra dignidad y derecho a la vida.

—Es posible —respondió Abdulla—. Le contaré el origen de la franquicia en cuestión. En realidad no sabemos casi nada del asunto. La cosa fue

así: Mr. Escombe es, como usted sabe, uno de nuestros mejores abogados y un gran luchador político. Como las relaciones andaban tirantes entre él y el ingeniero de puertos, temió que el ingeniero le arrebatara muchos votos y lo derrotara en las elecciones. Por consiguiente, Mr. Escombe nos informó sobre nuestra situación y a instancias suyas nos registramos como votantes, y votamos por él. Ahora advertirá usted que la franquicia no tiene para nosotros todo el valor que usted le concede. Sin embargo, comprendemos lo que usted nos dice. Bien. ¿Cuál es su consejo?

Los otros huéspedes escuchaban atentamente la conversación. Uno de ellos intervino:

—¿Puedo decir lo que debe hacerse? Sencillamente, Mr. Gandhi cancela el pasaje para el próximo barco, se queda aquí otro mes más, y nosotros iniciamos la lucha bajo su dirección.

Todos los demás aprobaron la idea:

—¡Cierto, cierto! Abdulla, hay que impedir que se vaya Gandhibhai.

El *Sheth* Abdulla era un hombre astuto. Por eso respondió:

—Ahora no puedo detenerlo. O mejor dicho, tengo tanto derecho como ustedes para impedirselo. Sin embargo, tenéis razón. Tratemos “todos” de persuadirlo para que se quede. Pero debéis recordar que es un abogado. ¿Qué hay de sus honorarios?

La mención de los honorarios me dolió, e intervine, diciendo:

—Abdulla, los honorarios míos están fuera de cuestión. No se puede cobrar nada por cumplir una tarea para el bien público. Puedo quedarme, a lo sumo, como un servidor. Como usted sabe, yo no conozco a estos amigos lo suficiente. Pero si usted cree que cooperarán, estoy dispuesto a quedarme un mes más. Sin embargo, debo advertir una cosa. Aun cuando no tenéis que pagarme nada, el trabajo que nos proponemos realizar no puede llevarse a cabo sin algunos fondos. Tendremos que enviar telegramas, imprimir alguna literatura, efectuar algunos viajes y consultar a algunos abogados, pues yo ignoro vuestras leyes. Tal vez necesite comprar algunos libros jurídicos para consultar. Todo esto no puede hacerse sin dinero. Y está claro que un hombre solo, no basta para cumplir toda esta tarea. Tienen que acudir muchos en su ayuda.

Se oyeron varias voces que decían a coro:

—Alah es grande y misericordioso. Habrá el dinero que se precise. Y también los hombres que necesite. Por favor, decídase a quedarse y todo marchará bien.

De este modo la reunión de despedida se convirtió en un comité ejecutivo en acción. Sugerí concluir de cenar rápidamente y volver a casa. Comencé a elaborar mentalmente un bosquejo de la campaña. Pregunté los nombres de quienes figuraban en la lista de votantes y me dispuse a quedarme otro mes más.

Así sentó Dios los cimientos de mi vida en Sudáfrica y sembró la simiente de la lucha por el respeto y el decoro de los indos.

17. ESTABLECIDO EN NATAL

En 1893, el *Sheth* Hají Muhammad Hají Dada estaba considerado como el líder más destacado de la comunidad inda en Natal. Financieramente hablando, el *Sheth* Abdulla Haji Adam, era el jefe de todos ellos, pero tanto él como los demás, siempre le daban el primer lugar en los asuntos públicos al *Sheth* Hají Muhammad, bajo cuya presidencia se llevó a cabo una reunión en casa de Abdulla, en la cual se decidió ofrecer resistencia a la aprobación del proyecto de ley sobre franquicias.

Se alistaron voluntarios. Los indos nacidos en Natal, es decir, en su mayor parte jóvenes cristianos de sangre inda, fueron invitados a la reunión. Estaban, también, presentes Mr. Paul, intérprete de los tribunales de Durban, y Mr. Subhan Godfrey, director de una escuela misionera, y gracias a ellos concurren numerosos jóvenes cristianos, todos los cuales se alistaron como voluntarios para tomar parte en la campaña.

También se habían alistado muchos de los comerciantes locales, figurando entre otros, los *Sheths* Davu Muhammad, Muhammad Kansam Kamruddin, Adamji Miyakhan, A. Kolandavellu Pillai, C. Lachhiram, Rangasami Padiachi y Amad Jiva. El *parsi* Rustomji estaba, por supuesto, presente. Entre los empleados figuraban los señores Manekji, Joshi, Narsinham y otros, que trabajaban en "Dadad Abdulla y Cia". Y otras grandes firmas. Todos ellos quedaron agradablemente sorprendidos al verse partícipes de una tarea pública. Ser invitados a participar en tal actividad era una nueva experiencia en sus vidas. Frente a la calamidad que amenazaba abatirse sobre la comunidad, quedaron borradas todas las diferencias entre altos y bajos, grandes y pequeños, amos y criados, hindúes, musulmanes, *parsis*, cristianos, *gujaratíes*, *madrasís*, *sindhís*, etc. Todos eran solamente hijos y servidores de la madre patria.

El proyecto de ley ya había pasado, o iba a pasar, a segunda lectura. En los discursos pronunciados con tal motivo se expuso como argumento que el

hecho de que los indos no hubieran expresado oposición alguna a la aprobación del proyecto, demostraba que no estaban capacitados para el ejercicio de los derechos ciudadanos.

Yo expuse la situación y lo primero que hicimos fue enviar un telegrama al presidente de la Cámara, pidiéndole que pospusiera las discusiones sobre el proyecto de ley. Se envió un telegrama similar al primer ministro, sir John Robinson, y otro a Mr. Escombe, como amigo de Dada Abdulla. El presidente de la Cámara contestó inmediatamente, diciendo que posponía por dos días la discusión del proyecto. Lo cual alegró nuestros corazones.

Redactamos la petición que íbamos a presentar ante la legislatura. Había que redactar tres copias y una más para la prensa. Se propuso respaldarla con el máximo de firmas posibles, y toda esa tarea debía efectuarse en el curso de una noche. Los voluntarios que sabían inglés, y otros muchos que lo ignoraban, trabajaron durante toda la noche. Mr. Arthur, un anciano, conocido por su excelente caligrafía, escribió la copia principal. Las restantes fueron escritas por otros con buena letra. De este modo obtuvimos cinco copias simultáneamente. Los comerciantes salieron con sus conches, o alquilaron los necesarios a sus propias expensas, para coleccionar el mayor número de firmas posibles. Todo se hizo con prontitud y la petición quedó despachada en el momento oportuno. Los diarios la publicaron con comentarios favorables. También causó buena impresión en la Cámara legislativa. Los legisladores la discutieron. Los partidarios del proyecto de ley, ofrecieron una defensa sin fundamento posible, como réplica a los argumentos expuestos en la petición. Sin embargo, la ley fue aprobada.

Todos nosotros sabíamos que esta era una conclusión inevitable, pero la agitación creada en torno al asunto había infundido nueva vida a la comunidad, haciendo surgir entre sus miembros, la convicción de que la colonia inda era una e indivisible y que todos tenían la obligación de velar por sus derechos, tanto políticos como mercantiles.

El secretario de Estado para las colonias, era en aquel entonces lord Ripon. Decidimos someterle una petición-monstruo. Fue una gran tarea y no pudimos hacerla en un día. Alistamos voluntarios y todos ellos cumplieron bien su papel.

Yo me tomé considerable trabajo para redactar debidamente la petición. Leí toda la literatura existente sobre el tema. Mis argumentos se centraban en torno a los principios y al sentido práctico. Sostenía que teníamos derecho a disfrutar de los derechos constitucionales en Natal, del mismo modo que disfrutábamos de una determinada franquicia en la India. Decía, además, que era

práctico no aplicar la reciente ley, por cuanto la población inda capaz de utilizar la franquicia era muy poca.

En el transcurso de una quincena reunimos diez mil firmas. Conseguir todas esas firmas en la provincia, no fue cosa fácil, especialmente, si se tiene en cuenta que los hombres que lo hicieron desconocían este tipo de trabajo. Sin embargo, se había hecho una selección de los más capaces, ya que se había decidido no aceptar una sola firma, sin que el signatario hubiera entendido antes plenamente el contenido de la petición. Los pueblos se hallaban esparcidos sobre grandes distancias y, por consiguiente, la tarea solamente podía llevarse a cabo, rápidamente, si los voluntarios la realizaban con toda su alma. Y así fue. Todos cumplieron su cometido con el mayor entusiasmo. Pero mientras escribo estas líneas, se alzan claramente ante mis ojos las figuras del *Sheth* Dawud Muhammad, Rustomji, Adamji Miyakhan y Amod Jiva. Ellos fueron los que reunieron mayor número de firmas. El *Sheth* Dawud no cesó de viajar en coche durante todas las jornadas. Y todo era un trabajo por mero amor a la causa, pues ninguno de ellos reclamó siquiera los gastos desembolsados de su propio peculio. La casa de Dada Abdulla se convirtió a la vez en oficina pública. Un número considerable de amigos cultivados, que me ayudaron, y muchos otros, comían allí. De modo que cada ayudante aumentaba los gastos de mi amigo.

Al fin se remitió el petitorio. Se imprimieron mil copias para su circulación y con ellas se familiarizó al público indio, por primera vez, sobre las condiciones imperantes en Natal. Yo envié copias a todos los diarios y a los publicistas que conocía.

“The Times of India”, en un editorial sobre el petitorio, apoyaba enérgicamente la demanda inda. Se remitieron copias a los diarios y publicistas de Londres y a los diversos partidos. El “Times” de Londres apoyó nuestra petición y comenzamos a alimentar esperanzas de que la ley fuera vetada por Londres.

Por aquellos días yo no podía salir de Natal. Los amigos indos me rodeaban por completo y me instaban a que me quedara a vivir allí permanentemente. Yo les expuse mis dificultades. Había hecho el propósito de no vivir merced a retribuciones por tareas efectuadas al servicio de la comunidad. Tenía necesidad de constituir un hogar independiente. Quería que la casa fuera buena y que estuviera situada en una buena población. También tenía la idea de que no podía mermar el prestigio de la comunidad, por lo cual tenía que vivir al estilo de los abogados. Y me parecía imposible mantener el tren de vida necesario, sin ingresar un mínimo de 300 libras por año. Por consiguiente, mani-

festé, que solo podía quedarme, si los miembros de la comunidad me garantizaban asuntos jurídicos capaces de cubrir ese mínimo.

—Pero nosotros reuniríamos con mucho gusto esa suma y se la entregaríamos como honorarios por sus servicios de orden público —me dijeron—. Y, desde luego, eso sería aparte de los honorarios que usted cobrase como abogado por sus trabajos legales.

—No —respondí—. Yo no puedo cobrar por mis actividades en el orden público. Mi tarea no involucraría de mi parte el empleo de mis conocimientos de abogado. Mi trabajo consiste en hacerlos trabajar a todos ustedes. ¿Y cómo podría cobrar yo por tal cosa? Y, además, tendría que recurrir con frecuencia en solicitud de fondos para desarrollar la labor propuesta, mientras, simultáneamente, viviría yo de ustedes, por lo cual me hallaría inhibido para pedir las cantidades necesarias y, a la postre, nos encontraríamos en un callejón sin salida, debido a esa circunstancia. Además, quiero que la comunidad reúna mucho más que 300 libras anuales para trabajos de orden público.

—Pero nosotros —me dijeron— lo conocemos a usted lo suficiente para saber que jamás nos pedirá nada que no precise. Y si nosotros queremos que se quede aquí, ¿no debemos acaso solucionar el problema de sus gastos?

—Es vuestro afecto y actual entusiasmo el que os hace hablar así. Pero ¿cómo podemos estar seguros de que ese amor y entusiasmo durarán siempre? Como amigo y servidor, tal vez en algunas ocasiones tenga que deciros cosas duras. En tal caso, solo el cielo sabe si seguiré contando con vuestro cariño. Pero el hecho es que no debo aceptar ningún salario por trabajos en beneficio de la comunidad. Ya es suficiente que estéis todos conformes en confiarme vuestras cuestiones jurídicas. Incluso, eso os puede resultar oneroso. Porque no soy un abogado blanco, ¿y qué seguridades tengo sobre el modo en que los tribunales responderán ante mi actuación? Ni tampoco estoy seguro sobre cómo seré desde el punto de vista profesional. De manera que solo con darme trabajo jurídico, ya corréis un riesgo y forzosamente tengo que considerarlo como una recompensa que me dais por mis tareas de orden público.

Las consecuencias de esta discusión, fueron que alrededor de veinte comerciantes me pagaron anticipadamente los honorarios para que atendiera sus asuntos legales durante un año. Además de esto, Dada Abdulla me compró los muebles necesarios para instalarme, en vez de darme la bolsa que me tenía destinada para cuando me fuera para la India.

Y, por tanto, me establecí en Natal.

18. ABOGADO DE COLOR

El símbolo de los tribunales de justicia es una balanza en perfecto equilibrio, sostenida por una mujer imparcial, vendada pero sagaz. La mujer lleva vendados los ojos, deliberadamente, a fin de que no pueda juzgar a una persona por su exterior, sino por sus valores intrínsecos. No obstante, el Colegio de Abogados de Natal trató de persuadir a la Suprema Corte para que procediera en contravención con este principio y falseara su símbolo.

Presenté mi solicitud para poder actuar como abogado ante la Suprema Corte. Adjunte el certificado de admisión de la Suprema Corte de Bombay, que me fue extendido durante mi breve actuación allá. El título inglés hube de depositarlo en Bombay, y allá se quedó junto con la solicitud de admisión, al ser aceptado en dicho foro. Era necesario incluir dos certificados de identidad y pensando que tendrían mayor peso si iban firmados por testimonios europeos, los hice suscribir por dos comerciantes ingleses que había conocido por medio del *Sheth Abdulla*. La solicitud debía ser presentada por un miembro del foro de Natal y, como norma, el procurador general acostumbraba presentar tales solicitudes gratuitamente. Mr. Escombe que, como ya vimos, era el consejero legal de “Dada Abdulla y Cía.”, era en aquel entonces el procurador general. Lo visité, e inmediatamente consintió con mucho gusto en presentar la petición.

Cuando ya estaba todo arreglado, el Colegio de Abogados me sorprendió con la noticia de que se oponía a mi ingreso en el foro de Natal. Una de sus objeciones era que el certificado inglés original, no iba adjunto a la solicitud. Pero el verdadero motivo era que, cuando se dictaron las normas para la admisión de abogados, no se pensó en la posibilidad de que un hombre de color solicitara ingresar. Natal debía su progreso a las empresas europeas y, por consiguiente, era necesario que el elemento europeo siguiera predominando en los tribunales. Si comenzaba a admitirse a los abogados de color, podría llegar el momento en que, con el correr del tiempo, superarán a los europeos y el baluarte de su protección quedaría quebrantado.

El Colegio de Abogados había encargado par representarlo, en su oposición para mi ingreso, a un distinguido abogado local. Y como dicho colega estaba también relacionado con “Dada Abdulla y Cía.”, me avisó, por medio del *Sheth Abdulla*, para que fuese a verle. El hombre me habló con toda franqueza y me preguntó sobre mis antecedentes, cosa a la cual respondí sin reservas de ninguna especie. Entonces me dijo:

—No tengo nada que decir contra usted, pero abrigaba el temor de que fuera usted un aventurero de tipo colonial. Y el hecho de que en su solicitud

no estuviera incluido el certificado original, respaldaba mis recelos. Aquí ha habido hombres que utilizaron diplomas que no les correspondían. Los certificados de identidad de los comerciantes europeos, entregados por usted, no tienen para mí ningún valor. ¿Qué saben ellos de usted para salir como testigos suyos, garantes de su personalidad? En definitiva, sus relaciones con usted son desde hace poco.

—Pero aquí —dije yo— todo el mundo me es prácticamente desconocido. Incluso, el propio *Sheth Abdulla*, que fue la primera persona a quien vi el día en que llegué a esta ciudad.

—¿No dice que es del mismo Estado donde usted nació? Entonces, si su padre fue allí primer ministro, el *Sheth Abdulla* tiene forzosamente que conocer a su familia. Si él está dispuesto a darle una declaración jurada testimoniando su personalidad, yo no tendré la menor objeción que hacer en contra de su ingreso y con mucho gusto informaré al Colegio de Abogados que no estoy en condiciones de oponerme a su solicitud.

Esta conversación me llenó de ira, pero me guardé bien de manifestarla. (Si hubiera adjuntado el certificado de identidad con la firma de Dada Abdulla, entonces me hubieran pedido certificados europeos —pensaba yo—. Como adjunté certificados europeos, me piden el de Abdulla. ¿Y qué tendrá que ver mi admisión como abogado con mis antecedentes y mi nacimiento? ¿Cómo podría utilizarse contra mí el nacimiento, por humilde u objetable que fuere?).

Pero me contuve y contesté suavemente:

—Aun cuando no admito que el Colegio de Abogados tenga la menor autoridad para exigirme todos esos detalles, estoy dispuesto a presentarle la declaración jurada que usted pide.

Abdulla me dio la declaración jurada, que fue sometida a la consideración del Colegio de Abogados. Este se opuso a mi solicitud de ingreso ante la Suprema Corte, sin siquiera llamar a Mr. Escombe para que respondiera. Pero el presidente de la Corte Suprema declaró:

—La objeción de que el solicitante no ha adjuntado el certificado original, no es un argumento jurídico. Si ha presentado una declaración jurada falsa, puede ser perseguido por la ley, y si se demuestra su culpabilidad, su nombre sería eliminado de la nomina de abogados. La ley no establece distinciones entre gente blanca y de color. Por consiguiente, este tribunal no tiene autoridad alguna para impedir que Mr. Gandhi quede enrolado como letrado. Queda admitida su solicitud. Mr. Gandhi, puede prestar el juramento de práctica.

Me puse en pie y presté juramento ante el funcionario del Registro. En cuanto hube jurado, el presidente de la Suprema Corte se dirigió a mí para decirme:

—Mr. Gandhi, ahora debe quitarse el turbante. Ha de someterse a las normas de este Tribunal respecto a la manera con que deben vestir los abogados que actúen ante él.

Comprendí mis limitaciones y, obedeciendo la orden de la Corte Suprema, me quité el turbante que no había querido quitarme ante los Tribunales Ordinarios de Natal. No es que, de haber decidido resistirme, la resistencia no estuviera justificada. Pero quería reservar mis fuerzas para reñir batallas de mayor importancia. No debí agotar mi capacidad de lucha insistiendo en mantener el turbante puesto. El sacrificio valía la pena en pro de una causa mejor.

Al *Sheth Abdulla* y a los demás amigos no les gustó mi sumisión (¿o fue debilidad?). Ellos pensaban que yo debía haber defendido mi derecho a usar turbante en los tribunales. Traté de razonar con ellos. Procuré hacerles comprender la verdad del dicho: “Cuando estés en Roma haz como los romanos”.

—Sería justo —les dije— negarme a obedecer si en la India un juez o cualquier otro funcionario inglés me ordenara quitarme el turbante; pero como abogado de estos tribunales, hubiera sido un error desconocer una costumbre vigente en la provincia de Natal.

Son estos y otros argumentos aplaqué en cierta medida a mis amigos, pero no creo que los convenciera completamente, sobre la conveniencia de enfocar el mismo problema desde diferentes ángulos, según sean las circunstancias. A lo largo de mi vida, la mera insistencia sobre la verdad me ha enseñado a comprender la belleza de la tolerancia. Posteriormente vi que este espíritu era una parte esencial del *Satyagraha*. Su mantenimiento ha implicado con frecuencia poner en riesgo mi vida e incurrir en el desagrado de los amigos. Pero la verdad es tan dura como el diamante y tan tierna como un capullo.

La oposición del Colegio de Abogados fue para mí otra advertencia en Sudáfrica. La mayoría de los diarios condenaron la oposición y acusaron de celos al Colegio de Abogados. La advertencia, hasta cierto punto, simplificó mi tarea.

19. EL CONGRESO INDO, EN NATAL

El ejercicio de la profesión de abogado fue y siguió siendo para mí una ocupación subordinada. Era necesario que para justificar mi permanencia en

Natal, me concentrara en asuntos de orden público. El despacho de la petición contra la ley que privaba los indos de sus derechos constitucionales, no era suficiente en sí. Era esencial mantener una agitación constante para impresionar al secretario de Estado para las colonias. Con tal propósito consideramos necesario constituir una organización permanente. En consecuencia, consulté con Abdulla y otros amigos, y todos decidimos formar una organización pública.

Encontrar un nombre adecuado para la nueva organización, era cosa que me tenía perplejo. Tenía que ser un título que no la identificara con ningún partido existente. Yo sabía que el nombre “Congreso” sonaba mal para los conservadores ingleses y, sin embargo, el Congreso era la vida misma de la India. Yo deseaba popularizar ese nombre en Natal. Y vacilar en adoptarlo sabía a cobardía. Por consiguiente, expliqué mis razones ampliamente y recomendé que la nueva organización se llamara Congreso Indo de Natal. El día 22 de mayo de 1894 el Congreso Indo de Natal nacía a la vida.

El espacioso salón de la casa de Dada Abdulla estaba colmado de gente en dicha fecha. El Congreso recibió la entusiasta aprobación de todos los presentes. Su constitución fue sencilla y se fijaron cuotas considerables. Solamente podía ser miembro quien pagara como mínimo cinco chelines mensuales. Las clases adineradas fueron inducidas a pagar cifras respetables. El *Sheth* Abdulla se suscribió con dos libras esterlinas por mes. Otros dos amigos hicieron lo mismo. Pensé que no debía ser parco en mi suscripción y me aboné por una libra mensual. Lo cual era para mí una cantidad muy elevada. Pero pensé que no estaría por encima de mis posibilidades si mis asuntos marchaban bien. Y Dios me ayudó.

En suma, conseguimos un número considerable de amigos suscritos por una libra mensual. Y otro grupo numeroso por diez chelines. Además, se recibieron con agradecimiento diversas donaciones.

La experiencia me demostró que la gente no tiende, en general, a pagar sus cuotas con facilidad. Resulta imposible ir a reclamar el pago a los afiliados que no vivían en Durban. El entusiasmo de un momento parecía esfumarse al siguiente. Incluso, para cobrar a los miembros de Durban había que visitarlos reiteradamente.

La tarea de cobrar las cuotas mensuales me correspondía a mí, que estaba a cargo de la secretaría. Y pronto llegó el momento en que mi empleado se pasaba todo el día haciendo de cobrador. El hombre se hartó y yo comprendí que si quería mejorar las cosas era preciso establecer el pago de las cuotas anualmente, no por mes, y con pago adelantado. En consecuencia convoqué

una reunión del Congreso. Todo el mundo aceptó la propuesta de transformar la suscripción en anual y se fijó la cifra de tres libras como mínimo. De este modo, la tarea del cobro se simplificó enormemente.

Pronto aprendí, también, a no realizar asuntos de orden público, con meras promesas de pago, sino con dinero contante y sonante. Se puede confiar en las promesas de la gente sobre cualquier cosa, salvo si se trata de dinero. Jamás hallé a la gente dispuesta a pagar inmediatamente las sumas que se habían comprometido a entregar, y los indos de Natal no constituían una excepción de la regla. Por tanto, no emprendía ningún trabajo que exigiera dinero a menos que contara con los fondos necesarios. Gracias a eso, el Congreso Indo de Natal jamás estuvo endeudado.

Mis colaboradores evidenciaron extraordinario entusiasmo para reclutar afiliados. Era una tarea que les interesaba y al mismo tiempo, constituía una valiosa experiencia. Gran número de personas aportó de buena gana su prestación personal y económica. La tarea en las distintas poblaciones del interior resultaba difícil. La gente no tenía idea de lo que eran los trabajos de carácter público. Y, sin embargo, recibíamos numerosas invitaciones para visitar lugares lejanos, en donde los comerciantes más destacados del lugar nos brindaban su hospitalidad.

En cierta oportunidad, durante una gira, la situación se presentó complicada. Esperábamos que nuestro huésped contribuyera con seis libras esterlinas por año. Pero se negó a pagar más de tres. Si aceptábamos de él esa cantidad, los demás, menos adinerados, hubieran querido pagar en proporción a aquel y nuestros ingresos hubieran mermado considerablemente. Ya era bien avanzada la noche y todos estábamos hambrientos. Pero ¿cómo íbamos a sentarnos a la mesa sin haber obtenido antes la cantidad que precisábamos? Toda persuasión resultaba inútil. Nuestro huésped parecía inflexible. Otros comerciantes de la ciudad discutieron con él y así seguimos durante toda la noche, él obstinado en no ceder y nosotros en igual tesitura. La mayoría de mis colaboradores ardía en cólera, pero se dominaba. Al fin, cuando comenzaba a amanecer, el hombre cedió, pagó las seis libras y nos ofreció un banquete. La cosa ocurrió en Tongaat, pero la repercusión del incidente se hizo sentir en lugares tan lejanos como Stanger, en la costa norte, y en Charlestown, en el interior, y sirvió para facilitar nuestras tareas de recaudación.

Pero recaudar fondos no era la única actividad a cumplir. En realidad, yo había aprendido ya, que jamás debe tenerse más dinero que el necesario.

Las reuniones se efectuaban una vez por mes o, si era necesario, semanalmente. Se leía el acta de la sesión anterior y se ponían a discusión todos

los asuntos pendientes. La gente estaba poco o nada habituada a participar en debates y no sabían hablar brevemente y ceñirse a la cuestión. Cada cual vacilaba en levantarse a hablar. Les expliqué las normas a seguir y las respetaron. Comprendieron que era una buena educación para ellos y muchos, que jamás habían hablado ante un auditorio, pronto adquirieron el hábito de pensar y expresarse en público sobre cuestiones de interés general.

Como yo sabía que a veces en las organizaciones los gastos menores absorben grandes cantidades, decidí que ni siquiera los recibos serían impresos, al menos durante los primeros tiempos. Yo tenía un mimeógrafo en mi oficina, con el cual hacía copias de los recibos y otros documentos. Comencé a imprimir todas estas cosas, solamente cuando el Congreso tuvo sus arcas llenas, y cuando el número de miembros y el trabajo fueron muy crecidos. Tal economía es esencial para cualquier organización y me consta que no siempre es puesta en práctica. Por eso he pensado que convenía ofrecer estos detalles sobre los principios de una organización pequeña, pero en período de crecimiento.

La gente no quería que le diéramos recibos por las sumas que entregaban, pero nosotros siempre insistimos en dárselos. De este modo, hasta el último penique quedaba claramente registrado y me atrevo a afirmar que hoy día todavía se encuentran intactos en los archivos del Congreso Indo de Natal los libros de contabilidad de 1894. La minuciosa contabilidad es una *conditio sine qua non* para cualquier organización. Sin ello se desprestigia fácilmente. Sin unos libros claros, es imposible defender la verdad en toda su prístina pureza.

Otra característica del Congreso, fue ayudar a los indos nacidos y educados en Sudáfrica. Bajo los auspicios del Congreso se fundó la Asociación Educativa Inda para los nacidos en Sudáfrica. Sus miembros estaban integrados principalmente por esos jóvenes indos y tenían que pagar una suscripción nominal. La Asociación sirvió para ventilar sus necesidades y agravios, para estimular sus capacidades intelectuales, para ponerlos en contacto con los comerciantes indos y para proporcionarles la oportunidad de actuar al servicio de su comunidad. Fundamentalmente, era una especie de sociedad polémica. Los afiliados se reunían regularmente y hablaban o leían diarios para discutir sobre diversos temas. Se inauguró también una pequeña biblioteca.

La tercera característica del Congreso fue la propaganda. Esta consistía en familiarizar a los ingleses de Sudáfrica e Inglaterra, así como al pueblo de la India, sobre el verdadero estado de cosas imperante en Natal. Con tal propósito escribí dos folletos. El primero se titulaba: “Llamamiento a cada britá-

nico de Sudáfrica” y consistía en una exposición, respaldada por pruebas, sobre la situación general de los indos de Natal. El otro se rotuló así: “La franquicia India: un llamamiento”, y contenía una breve historia sobre la abolición de los derechos constitucionales para los indos en Natal, con sus correspondientes cifras y otra documentación. Dedicué considerable tiempo y estudio a la preparación de esos folletos, y el resultado fue proporcional al trabajo que me tomé. Uno y otro circularon ampliamente.

Toda esta actividad dio como resultado que los indos conquistasen numerosos amigos en Sudáfrica y que obtuvieran una activa simpatía entre los diversos partidos de la India. Además, abrió y colocó ante los indos sudafricanos una línea de acción a seguir.

20. BALASUNDARAM

Si un corazón sincero abriga deseos puros, siempre los ve satisfechos. Por mi propia experiencia he visto cumplirse numerosas veces este axioma. Servir a los pobres ha sido siempre el deseo de mi corazón y siempre me he hallado entre los pobres, pudiendo identificarme con ellos.

Aun cuando el Congreso Indo de Natal contaba entre sus afiliados a los indos nacidos en Sudáfrica y a la clase de los empleados, los obreros no especializados y los trabajadores contratados no figuraban en sus filas. El Congreso todavía no era suyo. No podían pertenecer a él por la sencilla razón de que sus medios económicos les impedían pagar las cuotas. El Congreso solamente podía conquistarse su adhesión prestándoles servicios.

Se presentó una oportunidad de proceder así, cuando ni el Congreso ni yo estábamos debidamente preparados para ello. Yo apenas llevaba tres o cuatro meses de ejercicio de la profesión y el Congreso estaba en su infancia, cuando un *tamil* vestido de andrajos, turbante en mano, con dos dientes rotos y sangrantes la boca se presentó ante mí, temblando y llorando. Había sido maltratado por su patrón. Me informó de todo mi empleado, que era también *tamil*. Balasundaram —que ese era el nombre de mi visitante— trabajaba contratado por un europeo bien conocido, residente en Durban. El amo, al enojarse con él, perdió el dominio de sí mismo y golpeó a Balasundaram severamente, quebrándole dos dientes.

Lo envié a un doctor. En aquellos días solo había doctores blancos. Yo quería un certificado médico sobre la naturaleza de las lesiones sufridas por Balasundaram. Obtuve el certificado y me fui con Balasundaram a ver a un

juez, ante el cual le hice prestar declaración jurada. El magistrado se indignó al leer la declaración e inmediatamente dio orden de comparecencia inmediata al agresor.

Estaba lejos de mi ánimo el desear que el empleador fuera castigado. Simplemente quería que Balasundaram pudiera abandonar su servicio. Yo conocía la ley sobre los trabajadores y sabía que si un sirviente dejaba su trabajo sin notificar previamente a su patrón, este podía llevarlo ante los tribunales civiles. Pero en el caso de los obreros contratados, la cosa era muy distinta, pues en las mismas circunstancias, el patrón podía proceder contra él mediante juicio criminal y, si resultaba culpable, era condenado a prisión. Precisamente, por esto sir William Hunter calificó el sistema de los trabajadores contratados en Sudáfrica, como algo casi tan malo como la esclavitud. Al igual que el esclavo, el trabajador contratado era propiedad del amo.

Solo había dos caminos para liberar a Balasundaram: obtener del protector de los obreros contratados que cancelara su contrato, y que fuera transferido a otro patrón. O que el empleador se aviniera a liberarlo sin más trámite. Visité a este último y le dije:

—No quiero proceder contra usted y hacer que se le castigue. Creo que usted se da cuenta de que ha golpeado severamente a este hombre. Me consideraré satisfecho si se aviene a transferirlo a otro patrón.

El empleador accedió inmediatamente y entonces me fui a ver al protector, quien no tuvo nada que objetar, a condición de que yo encontrara un nuevo empleador para Balasundaram.

Comencé la busca de un empleador. Tenía que ser europeo, pues los indios no podían tener trabajadores contratados. En aquel entonces yo solo conocía a unos pocos europeos, pero uno de ellos, muy amablemente, se mostró dispuesto a aceptar a Balasundaram. Le di las gracias cordialmente por su bondad. El magistrado falló el caso contra el empleador de Balasundaram, dejando constancia de que había aceptado transferir su empleado a otro patrón.

El caso de Balasundaram llegó a oídos de todos los trabajadores contratados y comenzaron a considerarme como amigo suyo. Me alegré profundamente de que fuera así. Una corriente regular de obreros comenzó a afluir hacia mi oficina y tuve la oportunidad de informarme de sus pesares y sus alegrías.

Los ecos del caso Balasundaram llegaron hasta Madrás. No es que hubiera nada extraordinario en el asunto, pero el hecho de que existiera alguien en Natal que abogaba por su causa y que actuaba abiertamente en su favor, fue para los trabajadores contratados una agradable sorpresa, que les infundió nuevas esperanzas.

Dije que Balasundaram entró en mi oficina con el turbante en la mano. Esto era reflejo del estado psicológico predominante y revelaba nuestra posición de inferioridad. Ya he relatado el incidente ocurrido cuando se me exigió que me quitara el turbante. Se había establecido la costumbre de que todo trabajador contratado y, en general, todo indio que visitaba a un europeo, debía quitarse aquello con que cubría su cabeza. Fuese turbante, gorro o simplemente un echarpe arrollado. El saludo, incluso con las dos manos, no se consideraba suficiente. Balasundaram pensó que debía seguir esta costumbre, incluso conmigo. Este fue el primer caso en mi experiencia personal. Yo me sentí humillado y le pedí que se pusiera de nuevo el turbante. Él lo hizo así, no sin evidentes vacilaciones, pero pude advertir la satisfacción impresa en su rostro.

Siempre ha sido un misterio para mí, cómo puede haber hombres que se sientan honrados con la humillación de sus semejantes.

21. EL IMPUESTO DE TRES LIBRAS

El caso de Balasundaram me puso en contacto con los trabajadores indios. Sin embargo, lo que me impulsó a efectuar un profundo estudio de sus condiciones de vida fue la campaña para obligarles a pagar un fuerte impuesto.

En ese mismo año de 1894, el gobierno de Natal quería implantar un impuesto anual de 25 libras esterlinas a cada trabajador indio contratado. La propuesta me asombró. Hice que se pusiera a discusión el asunto en el Congreso Indo e inmediatamente se resolvió organizar la necesaria oposición.

Pero ante todo, debo explicar brevemente la génesis de dicho impuesto.

Hacia 1860, los europeos residentes en Natal, viendo que había considerables posibilidades para el cultivo de la caña de azúcar, pensaron en la necesidad de conseguir brazos. Sin trabajadores traídos del exterior, el cultivo y la manufactura del azúcar eran imposibles, ya que los zulúes de Natal, no eran capaces de efectuar dichas tareas. En consecuencia, el gobierno se puso en contacto con las autoridades de la India y obtuvo la autorización para reclutar trabajadores indios. Esos trabajadores debían firmar un contrato, por el que se obligaban a trabajar en Natal durante cinco años, transcurridos los cuales, podían establecerse libremente en Natal y adquirirían automáticamente el derecho de poseer tierras. Se les ofrecían estas ventajas porque los blancos, pensando en el futuro, veían la posibilidad de mejorar la agricultura con la industriosisidad de los trabajadores indios, una vez que hubiera expirado el término de su contrato.

Pero los indos dieron más de lo que se esperaba de ellos. Cultivaron grandes cantidades de legumbres y hortalizas, introdujeron numerosas variedades de la India e hicieron posible el abaratamiento de las verduras locales. Introdujeron también el mango.

Pero sus actividades no se limitaron a la agricultura. Se dedicaron al comercio. Compraron tierras para edificar y muchos de ellos elevaron su nivel social de simples obreros contratados, a propietarios de tierras y casas. Los comerciantes de la India siguieron sus huellas y se establecieron en Natal. El desaparecido *Sheth* Abubeker Amod, fue uno de los primeros, y pronto erigió un importante negocio.

Los comerciantes blancos se alarmaron. Cuando llegaron los trabajadores indos, no contaron con su capacidad para los negocios. Podían ser tolerados como agricultores independientes, pero era preciso eliminar su competencia en el comercio.

Esto sembró la semilla de la hostilidad hacia los indos, que se fue desarrollando por muchos otros factores. Nuestra modalidad de vida diferente, nuestra sencillez, nuestra conformidad con las ganancias moderadas, nuestra indiferencia a las leyes de la higiene y la sanidad, nuestra lentitud para mantener limpios y acogedores los ambientes en que vivimos, nuestra tacañería para mantener presentables nuestros hogares, juntamente con las diferencias de carácter religioso, contribuyeron a estimular la llama del antagonismo. Por los cauces legales, ese antagonismo se canalizó en la ley que privaba a los indos de sus franquicias y el proyecto de ley para fijar un elevado impuesto a los trabajadores contratados. Y aparte de la legislación se habían iniciado movimientos de carácter hostil.

El primero de ellos sugería que los trabajadores indos debían ser repatriados por la fuerza, incluso antes de que expirase el término de su contrato. Pero el gobierno de la India era punto menos que improbable que aceptara tal sugerencia. Por consiguiente, se optó por formular la siguiente propuesta:

1. Los trabajadores contratados debían regresar a su país al expirar su contrato.
2. En caso contrario, deberían firmar un nuevo contrato cada dos años, dándoseles un aumento de salario con cada renovación contractual.
3. En el caso de que se negaran a volver a la India o a renovar su contrato cada dos años, deberían pagar un impuesto anual de 25 libras esterlinas.

En consecuencia, se despachó a la India una diputación integrada por sir Henry Binns y Mr. Mason, para que obtuviera la aprobación de aquel gobierno. El virrey era en aquel tiempo lord Elgin y rechazó el impuesto sugerido, pero aceptó que se pagaran tres libras, en lugar de veinticinco.

Yo pensé, y sigo pensando, que aquello fue un serio disparate del virrey, pues al admitir tal cosa, no tuvo para nada en cuenta los intereses de la India. El virrey no tenía porqué favorecer a los europeos de Natal. En el curso de tres o cuatro años cada trabajador contratado, su esposa, cada hijo varón de más de dieciséis años y cada hija mayor de trece quedaban incluidos en el impuesto. Y exigir doce libras esterlinas a una familia de cuatro personas —padre, madre, hijo e hija, por ejemplo— cuando el ingreso promedio del cabeza de familia no era jamás superior a los 14 chelines mensuales, constituía algo atroz y jamás visto en ninguna parte del mundo.

Organizamos una enérgica campaña contra dicho impuesto. Si el Congreso Indo de Natal hubiera guardado silencio sobre el particular, es muy probable que el virrey hubiera aceptado el impuesto de 25 libras. La reducción de 25 a 3, se debió probablemente solo a la agitación provocada por el Congreso. No obstante, puedo equivocarme al creerlo así. Es posible que el gobierno de la India hubiera rechazado desde el comienzo la elevada cifra original, aceptando solamente las tres libras, al margen de las protestas del Congreso. De cualquier modo, fue un abuso de confianza por parte del gobierno de la India que, como encargado del bienestar del país, jamás hubiera debido aprobar la implantación de tan inhumano impuesto.

El Congreso no podía considerar como una hazaña definitiva la reducción obtenida y sentía sinceramente no haber logrado salvaguardar totalmente los intereses de los trabajadores contratados, por lo que mantuvo firmemente su determinación de esforzarse para que tan abrumadora carga impositiva fuese derogada. Sin embargo, transcurrieron veinte años antes de que consiguiera su propósito. Y cuando lo logró, fue, no solo por su actividad, sino debido a la acción conjunta de todos los indos de Sudáfrica. Al quebrantarse la palabra empeñada con el extinto Mr. Gokhale, llegó momento de la campaña final, en la cual los trabajadores contratados participaron plenamente, perdiendo la vida muchos de ellos como consecuencia de la represión armada y yendo más de diez mil a sufrir en las cárceles.

Pero la verdad triunfó al fin. Los sufrimientos de los indos fueron la expresión de esa verdad que, sin embargo, no hubiera salido victoriosa de no haber ido acompañada por una fe inquebrantable, gran paciencia y un esfuerzo incesante. Si la comunidad hubiera flaqueado en la lucha y el Congreso hubiese abandonado la campaña, admitiendo el impuesto como inevitable, la odiosa arbitrariedad habría seguido gravitando sobre los trabajadores indos hasta el momento presente, para eterna vergüenza de los indos de Sudáfrica y de toda la India.

22. ESTUDIO SOBRE RELIGIONES COMPARADAS

Si me hallaba totalmente entregado al servicio de la comunidad, el motivo impulsor era el deseo de perfeccionarme. Yo había convertido el afán de servir en mi propia religión, pues sentía que solo se puede alcanzar a Dios sirviendo a los demás. Y servir, era para mí servir a la India, porque ese servicio vino a mí sin yo buscarlo y porque tenía aptitudes para cumplirlo. Yo había ido a Sudáfrica de viaje para buscar una huida posible de las intrigas de Kathiawad y para tratar de ganarme la vida. Pero como ya he dicho, me encontré buscando a Dios y esforzándome por lograr el perfeccionamiento, la autorrealización.

Mis amigos cristianos habían estimulado mi apetito de conocimientos, que se había tornado casi insaciable, y ya no me dejaban en paz, incluso si yo hubiera deseado ser indiferente. En Durban, Mr. Spencer Walton, cabeza de la Misión General en Sudáfrica, me tomó gran afecto y me convertí casi en un miembro de su familia. En la base de esta amistad se hallaba, por supuesto, mi relación con los cristianos de Pretoria. Mr. Walton tenía una manera distinta de hacer proselitismo.

No recuerdo que ni una sola vez me haya invitado a abrazar el cristianismo. En cambio, colocó su vida ante mí como un libro abierto, y dejó que observara todos sus movimientos. La señora de Walton era una dama muy gentil y de talento. Me agradó la actitud de este matrimonio. Unos y otros conocíamos las diferencias fundamentales que nos separaban y que no podían salvar las más arduas discusiones. Sin embargo, hasta las diferencias son útiles cuando existen la tolerancia, la verdad y el amor. Me gustaron inmediatamente la humildad, la perseverancia y la devoción al trabajo de los esposos Walton y comenzamos a vernos con mucha frecuencia.

Esta amistad contribuyó a mantener vivo mi interés por la religión. Por aquellas fechas ya no me era posible disfrutar de las horas libres que solía tener en Pretoria para dedicarlas a mis estudios religiosos; pero el poco tiempo que me quedaba lo aprovechaba bien. Seguía manteniendo mi correspondencia religiosa. Raychandbhai continuaba siendo mi guía. Un amigo me envió *Dharma Vichar*, de Narmadashanker y su prólogo me resultó muy útil. Yo había oído hablar de la manera bohemia en que vivió el poeta, y la descripción del prefacio sobre la revolución operada en su existencia por causa de sus estudios religiosos, me cautivó. El libro me gustó y lo leí de cabo a rabo. También me devoré el de Max Müller, "Qué puede enseñarnos la India", así como la traducción de *Upanishads*, publicada por la Sociedad Teosófica.

Todas estas lecturas aumentaron mi admiración hacia el hinduismo y sus bellezas. Sin embargo, no crearon en mí el menor prejuicio contra las otras religiones. Leí la “Vida de Mahoma y sus sucesores”, de Washington Irving, y el panegírico de Carlyle sobre el Profeta. Ambos elevaron a Mahoma a un alto nivel en mi estimación. También leí un libro titulado “Así hablaba Zaratustra”.

Con ello amplié mis conocimientos sobre las diversas religiones. Ese estudio estimuló mi capacidad introspectiva, así como el hábito de llevar a la práctica aquello que me atraía en mis lecturas. Por eso comencé a efectuar algunas prácticas yoguis extraídas de diversos libros hindúes. Pero no era cosa fácil de entender y no pude ir muy lejos por mi cuenta, debido a lo cual decidí seguirlas, con la ayuda de algún experto, cuando regresara a la India. Por cierto que jamás pude satisfacer ese deseo.

Efectué también un estudio intensivo de los libros de Tolstoi, que me impresionaron profundamente. Comencé a darme cuenta cada vez más de las infinitas posibilidades del amor universal.

Por aquella misma época entré en relación con otra familia cristiana. Y a sugerencia suya comencé a asistir a una iglesia wesleyana todos los domingos. E invariablemente me invitaban a almorzar con ellos. La iglesia no me causó una impresión muy favorable. Los sermones me resultaban aburridos. La congregación no me pareció particularmente religiosa. No daba la impresión de una asamblea de feligreses devotos sino de gentes de mentalidad mundana que iban a la iglesia por seguir la costumbre y para distraerse. A veces, sin poderlo remediar, me dormía. Al darme cuenta me avergonzaba, pero me aliviaban de mi rubor los vecinos que se hallaban en una situación parecida. Al cabo de algún tiempo, no pude soportar más todo aquello y dejé de concurrir a la iglesia en cuestión.

Mi relación con la familia que acostumbraba a visitar todos los domingos, quedó bruscamente interrumpida. En realidad podía decirse que me insinuaron claramente que no volviera más. Fue así: el ama de casa era una mujer buena y sencilla, pero no demasiado inteligente. Siempre charlábamos sobre temas religiosos. Yo estaba entonces relejendo “La luz de Asia”, de Arnold, y cuando en la conversación se comparó a Jesús con Buda, dije:

—¡Fíjese en la compasión de Gautama! No se limitaba al género humano, sino a todos los seres vivientes. ¿No se inunda de amor nuestro corazón al pensar en el cordero alegremente instalado sobre sus hombros? En la vida de Jesús no se advierte ese mismo amor por todos los seres vivos.

La comparación dolió a la buena señora y yo comprendí su manera de sentir. Corté el tema y pasamos al comedor. Su hijo, un querub de unos cinco años, nos acompañaba.

Yo soy muy feliz cuando me encuentro entre niños y la criatura en cuestión y yo nos habíamos hecho grandes amigos. Hablé desdeñosamente del pedazo de carne que había en su plato e hice grandes elogios de la pera que llenaba el mío.

La madre se sintió molesta. Yo me di cuenta y cambié de tema. A la semana siguiente visité a la familia como de costumbre, pero no sin ciertas vacilaciones. No me parecía correcto dejar de ir, pero tampoco consideraba adecuado seguir yendo. Entonces fue la señora quien me facilitó las cosas.

—Mr. Gandhi —me dijo—, le ruego que no tome a mal lo que voy a decirle, pero pienso que su compañía no le conviene a mi hijo. Cada día vacila en comer carne y me pide fruta, exponiéndome los argumentos que le oyó a usted. Me parece demasiado grave el asunto. Si deja de comer carne puede debilitarse e incluso enfermarse. ¿Cómo voy a aceptar tal situación? Por consiguiente, creo que en lo sucesivo solo debe usted charlar con nosotros, con los mayores, pues sus argumentos pueden causar un efecto negativo sobre el niño.

—Señora —respondí—, lo siento de veras. Comprendo su sentir porque yo también soy padre. Podemos dar fin fácilmente a esta ingrata situación. Lo que yo coma o deje de comer puede provocar mayores efectos en su hijo que lo que digan mis palabras. Por consiguiente, creo que lo mejor es que suspenda mis visitas, lo cual, evidentemente, no afectará para nada nuestra amistad.

—Muchas gracias —replicó ella, con evidente satisfacción.

23. COMO AMO DE CASA

Montar un hogar no era una experiencia nueva para mí. Pero instalar casa en Natal, difería considerablemente de lo que hice en Londres y en Bombay. Porque en este caso resultaba necesario velar por el prestigio. Consideré adecuado tener una casa en consonancia con mi posición de abogado y representante indo en Natal. Por tanto, alquilé una linda vivienda en un barrio elegante y la amueblé debidamente. Aunque la comida era sencilla, como invitaba con frecuencia a amigos ingleses y a mis colaboradores indos, la cuenta de gastos era siempre crecida.

En todo hogar es siempre esencial tener un buen sirviente. Pero yo jamás supe tener a nadie por criado. Tenía un amigo que me servía de acompañante y ayudante y un cocinero que se había convertido en un miembro de la familia. Al mismo tiempo mis empleados vivían conmigo en la casa.

Creo que tuve un éxito aceptable en este experimento, aunque no le faltó la consabida dosis de amarguras habituales.

Mi compañero era un nombre inteligente y, según creía yo, un amigo fiel. Pero en esto me equivoqué. Comenzó a sentir celos de un empleado que vivía con nosotros y tejió en torno suyo tal tela de araña, que comencé a sospechar del empleado en cuestión. Pero este tenía su carácter. Al darse cuenta de que yo desconfiaba de él, dejó la casa y el empleo. Me sentí muy apenado. Pensé que tal vez había sido injusto con él y mi conciencia jamás dejó de atormentarme.

Por aquellos días, el cocinero necesitó unos días de permiso y estuvo ausente una breve temporada. Mientras tanto yo necesitaba un sustituto y conseguí uno, que según me enteré más tarde era un bribón. Pero para mí resultó un presente divino. Al cabo de dos o tres días de trabajar en mi casa, descubrió ciertas irregularidades que se estaban registrando en mi hogar sin mi consentimiento, y decidió advertirme. Yo tenía fama de ser un hombre crédulo, pero decente. Por tanto, el descubrimiento que hizo le sorprendió en grande. Yo acostumbraba a irme de la oficina a casa para almorzar a la una de la tarde. Un día, a eso de las doce, llegó el cocinero, con la respiración entrecortada y dijo:

—Por favor, venga corriendo a casa. Hay una sorpresa para usted.

—Bueno, pero dime de qué se trata. No puedo dejar la oficina sin más ni más en este momento. ¿Qué es?

—Si no viene lo lamentaré. Eso es todo lo que puedo decir.

Me inquietó su insistencia. Fui a casa acompañado por un empleado y el cocinero que caminaba delante de nosotros. Me llevó directamente al piso alto y señalando la puerta de la habitación de mi compañero, dijo:

—Abra esta puerta y véalo con sus ojos.

En efecto, vi. Llamé a la puerta y no obtuve respuesta. Golpeé con más fuerza, hasta el extremo de hacer temblar las paredes. Se abrió la puerta. En el cuarto había una prostituta. Le dije que saliera y que no se le ocurriera regresar jamás. Y a mi compañero le advertí: desde este momento no tengo nada que ver con usted. He sido defraudado totalmente en la confianza que yo había depositado en su amistad.

Pero el hombre, en lugar de comprender la razón que me asistía, me amenazó con revelar mi vida.

No tengo nada que ocultar —respondí—, de manera que puede revelar lo que le parezca. Pero salga de esta casa inmediatamente.

En vez de proceder en consecuencia, se obstinó más aún.

Se negaba a marcharse. En vista de que las palabras eran inútiles, le dije al empleado que estaba en la planta baja:

—Por favor, vaya a informar al Superintendente de policía. Salúdelo de mi parte y notifíquele que una persona que vivía en mi casa se está comportando mal. Dígale que quiero que salga de mi casa y él se niega a marcharse. Agregue que le quedaré muy agradecido si puede enviarme ayuda policial.

Estas palabras lo convencieron de que estaba decidido a que se fuera. Su culpa debilitó sus nervios. Me pidió perdón y rogó encarecidamente que no diese parte a la policía, manifestándome que se disponía a salir de la casa en el acto, cosa que así hizo.

El incidente me sirvió como oportuna advertencia en mi vida. Solo entonces comprendí cuán rotundamente había sido engañado por aquel genio del mal. Al acogerlo junto a mí, elegí un mal medio, para lograr un buen fin. Yo sabía que era un hombre de mal carácter y con defectos, pero creía que era leal conmigo y al efectuar mi intento de enmendarlo, estuve a punto de arruinarme yo. Procedí contra los consejos y opiniones de excelentes amigos que me previnieron contra él. Pero la fatuidad me cegó.

De no ser por el nuevo cocinero, tal vez jamás hubiera descubierto la verdad y habría continuado bajo la influencia de un mal compañero. Incluso, quizá no hubiera podido seguir la vida de ascetismo que iniciaba entonces. Además, habría desperdiciado mi tiempo con él, que tenía la inteligencia necesaria para mantenerme en las sombras y guiarme por mal camino.

Pero Dios acudió en mi ayuda como tantas otras veces. Mis intenciones eran puras y por eso fui salvado a pesar de mis errores. Mas esta temprana experiencia fue una solemne advertencia para el futuro.

El cocinero fue poco menos que un mensajero del cielo.

No sabía cocinar y como cocinero dudo de que hubiera podido conservar su puesto. Pero a ser por él, nadie me hubiese abierto los ojos. Después me enteré de que aquella no era la primera vez que traía a esa mujer a la casa. Había venido con anterioridad varias veces, pero nadie tuvo el valor de decírmelo, porque todos sabían lo ciegamente que confiaba yo en ese amigo.

El cocinero en cuestión fue enviado justamente para prestarme ese servicio, por cuanto me pidió permiso para irse a partir de aquel mismo momento.

—No puedo permanecer en su casa —me dijo—. Se le engaña a usted muy fácilmente. Este no es lugar para mí.

Y le dejé marchar.

Al producirse este episodio descubrí que el mal compañero había envenenado mis oídos contra el empleado que se fue. Traté por todos los medios de enmendar la injusticia que le había hecho víctima. Sin embargo, siempre he tenido el pesar de no haberle podido dar plena satisfacción. Como quiera que se trate de reparar, una ofensa es siempre una ofensa.

24. REGRESO A LA PATRIA

Ya llevaba tres años en Sudáfrica. Conocía a mucha gente y la gente me conocía a mí. En 1896 pedí permiso para ir a la India por seis meses, pues veía que mi permanencia en Sudáfrica iba a prolongarse. Contaba ya con una clientela bastante buena y percibía que los indos sentían la necesidad de mi presencia. Por consiguiente, decidí viajar a la India para volver con mi esposa y mis hijos y establecerme en Natal. Al mismo tiempo podía realizar algún trabajo útil en la India, como, por ejemplo, educar a la opinión pública y crear mayor interés hacia los indos de Sudáfrica. El impuesto de tres libras era una llaga sin cicatrización posible. No podía haber paz hasta que fuera abolido.

Pero ¿quién iba a hacerse cargo de los trabajos del Congreso y de la Sociedad Educativa durante mi ausencia? Solo podía pensar en dos hombres: Adamji Miyakhan y Parsi Rustomji. Ahora había muchos colaboradores disponibles entre los comerciantes. Pero los más destacados de todos ellos y capaces de realizar las tareas del secretariado y que, al mismo tiempo, tenían el respeto de la comunidad india, eran los dos hombres mencionados. El que actuara de secretario necesitaba conocer bien el inglés. Recomendé el nombre de Adamji Miyakhan al Congreso. Fue aprobado y se le nombró secretario. La experiencia demostró que la elección estuvo muy acertada. Adamji Miyakhan dejó muy satisfechos a todos con su perseverancia, liberalidad, amabilidad y cortesía, demostrando que el trabajo de secretario no exigía que fuera un abogado el que ocupase al cargo, ni que tuviera una educación universitaria obtenida en Inglaterra. A mediados de 1896 me embarqué hacia la patria a bordo del *S. S. Pongola*, que se dirigía a Calcuta.

La nave llevaba pocos pasajeros. Entre ellos figuraban dos funcionarios británicos, con los que intimé bastante. Con uno de ellos solía jugar una hora cada día al ajedrez. El doctor del buque me dio un manual para aprender *tamil*

por mi cuenta y comencé a estudiar esa lengua. Mi experiencia en Natal me había demostrado que debía aprender el *urdu* para poder entenderme mejor con los musulmanes y el *tamil* para relacionarme más íntimamente con los indios de Madrás.

A requerimientos de un amigo inglés, que leía *urdu* conmigo, entré en relación con un *urdu munshi*, que viajaba en tercera y gracias a él progresamos considerablemente en nuestros estudios. El funcionario inglés en cuestión tenía más memoria que yo: jamás se olvidaba de una palabra, apenas la veía una vez. A mí, con frecuencia, me resultaba difícil descifrar la escritura *urdu*. Puse el máximo empeño en el estudio, pero jamás pude aventajar al británico.

Con el *tamil*, en cambio, progresé con bastante rapidez. No me podía ayudar nadie, pero el libro que me había prestado el médico, era muy bueno, y en realidad no precisaba ninguna ayuda.

Tenía el propósito de continuar estudiando cuando llegara a la India, pero me fue imposible. Desde 1893 en adelante, la mayor parte de mis lecturas las hice en la cárcel. Fue en prisión donde progresé bastante en el conocimiento del *tamil* y del *urdu*. El *tamil* en las cárceles sudafricanas y el *urdu* en la de Yeravda. Pero jamás conseguí hablar el *tamil* y lo poco que llegué a leer y traducir lo estoy perdiendo por falta de práctica.

Aún sigo advirtiéndolo que esta ignorancia del *tamil* o el *telugu* ha significado para mí. El efecto de que me dieron muestra los *drávidas* de Sudáfrica, sigue siendo para mí un recuerdo muy querido. Siempre que veo a un amigo *tamil* o *telugu*, no puedo por menos recordar la fe, la perseverancia y la generosidad en el sacrificio de muchos de sus compatriotas en Sudáfrica. La mayoría eran analfabetos, tanto los hombres como las mujeres. La lucha en Sudáfrica fue librada por soldados analfabetos. Era una batalla en favor de los pobres, y los pobres arrojaron sobre sus hombros la carga principal. Sin embargo, la ignorancia de ese idioma, jamás fue un obstáculo para conquistarme el corazón de esos compatriotas sencillos y buenos. Todos ellos hablaban un indostano imperfecto o un inglés rudimentario, gracias a lo cual no teníamos dificultades para entendernos sobre el trabajo a cumplir. Pero yo deseaba reafirmar su afecto hacia mí, aprendiendo *tamil* y *telugu*. Como ya dije, efectué algunos progresos en el conocimiento del *tamil* pero en cuanto al *telugu*, que comencé a estudiar en la India, no pasé del alfabeto. Ahora sé que no podré aprender jamás esas lenguas y, por consiguiente, deseo que los *drávidas* aprendan el indostano. En Sudáfrica, aquellos *tamiles* o *telugus* que no hablan inglés, se defienden con el *hindí* o indostano. Pero los que hablan

el inglés, no lo aprenderán, pues el conocimiento del inglés es un obstáculo para aprender nuestras lenguas.

Pero dejemos las digresiones y sigamos con mi viaje. Debo presentar a mis lectores al capitán del *S. S. Pongola*. Nos hicimos amigos. El capitán era un Hermano de Plymouth. Nuestras conversaciones recaían más sobre temas religiosos, que sobre cuestiones de náutica. Él establecía una separación entre la moral y la fe. Las enseñanzas de la Biblia eran para él un juego de niños y consideraba que su mayor belleza residía en su simplicidad. Que todos los hombres, mujeres y niños, decía el capitán, tengan fe en Jesús y su sacrificio, y sus pecados quedarán redimidos. Este amigo me traía a la memoria al Hermano de Plymouth conocido en Pretoria. En su sentir, la religión que impone restricciones morales de cualquier especie no era buena. Mi alimentación vegetariana fue tema de numerosas discusiones. ¿Por qué no tenía que comer carne? ¿Acaso Dios no había creado a las especies inferiores en beneficio del hombre? ¿No había creado con el mismo propósito el reino vegetal? Y estas preguntas engendraban inevitables polémicas sobre religión.

Ni él me convencía a mí, ni yo a él. Yo estaba firmemente convencido de que la moral y la religión son sinónimos. El capitán no abrigaba la menor duda sobre la justeza de su opinión, que era contraria a la mía.

Al término de un grato viaje de veinticuatro días, admiré la belleza del Hooghly y desembarqué en Calcuta. El mismo día tomé el tren para Bombay.

25. EN LA INDIA

En mi trayecto a Bombay, el tren se detuvo cuarenta y cinco minutos en Allahabad, y decidí aprovechar el tiempo dando un paseo por la ciudad. También compré algunas medicinas en una farmacia. El farmacéutico estaba medio dormido y tardó un rato considerable en servirme lo que le pedía, con el resultado, de que cuando llegué a la estación, el tren había partido. El jefe de estación tuvo la amabilidad de demorar un minuto la partida del tren, por ver si yo llegaba a tiempo, pero al comprobar que no aparecía, hizo que retirasen mi equipaje y dio la orden de salida.

Alquilé una habitación en Kellner y decidí comenzar a trabajar inmediatamente. Había oído hablar mucho del “*The Pioneer*”, que se publicaba en Allahabad, y entendido que el diario en cuestión se oponía a las aspiraciones indas. Como recordaba que el director era Mr. Chesney, hijo, deseoso de conseguir toda la ayuda posible, le escribí diciéndole que había perdido el tren,

rogándole que me recibiera lo antes posible a fin de poder seguir viaje al día siguiente. Me recibió en seguida y me alegré al ver que me escuchaba pacientemente. Me prometió publicar en su diario todo cuanto yo escribiera, pero agregó que no podía prometerme endosar todas las demandas indas, pues también debía interpretar y sopesar el punto de vista de los coloniales.

—Con eso me basta—le dije—. Es suficiente que usted estudie la cuestión y la publique en su diario. Yo solo pido y deseo que se nos haga la más estricta justicia, a la cual somos acreedores.

El resto del día lo pasé vagando por la ciudad y, sobre todo, admirando la magnífica confluencia de los tres ríos, el *triveni*, y haciendo planes para desarrollar mis tareas.

Esta entrevista, inesperada, con el director del “The Pioneer”, fue el origen de una serie de incidentes que finalmente condujeron a mi linchamiento en Natal.

Me fui directamente a Rajkot, sin detenerme en Bombay, y comencé a prepararme para el trabajo. Comencé escribiendo un folleto sobre la situación en Sudáfrica. Entre escribirlo y publicarlo pasó un mes. Como las tapas eran verdes, más adelante fue conocido como “El folleto verde”. En él trazaba un cuadro deliberadamente suavizado de las condiciones en que se hallaban los indos en Sudáfrica. Utilicé un lenguaje mucho más moderado que el que empleé en los dos folletos a que me referí anteriormente, porque sabía que las cosas oídas desde gran distancia suelen parecer mayores o más graves de lo que son en realidad.

Hice imprimir diez mil ejemplares que distribuí por toda la India, especialmente entre los diarios y los dirigentes indos. “The Pioneer” fue el primero en hacerse eco del folleto en un comentario editorial. La Agencia Reuter despachó un cable a Inglaterra resumiendo el contenido, y la central de Londres retransmitió a Natal un resumen de ese mismo resumen. Era una miniatura, pero exagerada, de la descripción que yo había hecho sobre el trato a que estaban sometidos los indos en Natal. Y como era un extracto, empleaba palabras distintas de las utilizadas por mí. Más adelante veremos los efectos que esta deformación produjo en Natal. Mientras tanto, todos los diarios de importancia hicieron extensos comentarios sobre la cuestión.

Despachar por correo esos diez mil panfletos no fue tarea fácil. Me hubiera resultado muy raro si hubiera contratado algunas personas para que me ayudaran a empaquetar y demás. Por tanto, me ingenié algo más sencillo. Reuní a todos los niños y les pedí que trabajasen gratuitamente dos o tres horas de una mañana en que no tuvieran escuela. Las criaturas aceptaron de buena gana.

Les prometí darles, como recompensa, además de mis gracias más expresivas, numerosos sellos de correo usados. Que yo había coleccionado durante largo tiempo. Hicieron el trabajo en un abrir y cerrar de ojos. Ese fue mi primer experimento en la utilización de niños como voluntarios. Dos de esos amiguitos son hoy mis colaboradores.

Por esa época se declaró la peste en Bombay, sembrando el pánico en todas partes. Se temía que el azote se extendiera a Rajkot. Pensé que podía ser de alguna utilidad en el departamento de Sanidad y ofrecí mis servicios al Estado. Fueron aceptados y se me designó miembro del comité que debía atender el problema.

Insistí particularmente sobre la necesidad de lograr el máximo de limpieza en las letrinas, y el comité decidió inspeccionarlas en cada calle. Las gentes pobres no opusieron objeción alguna a la inspección y, además, introdujeron las mejoras que le fueron sugeridas. Pero, cuando fuimos a inspeccionar las casas de los ricos, muchos de ellos se negaron a dejarnos entrar y naturalmente, no quisieron escuchar nuestras sugerencias. Nosotros sabíamos que las letrinas de los ricos eran las más sucias. Eran oscuras, malolientes y estaban llenas de gérmenes de todas clases. Las mejoras que proponíamos nosotros eran muy simples: utilizar baldes para los excrementos en vez de acumularlos en la tierra y, al mismo tiempo, evitar que los orines empaparan el piso y fueran destruyendo las paredes y las propias letrinas. También propiciamos que las letrinas fueran más ventiladas, de manera que la luz y el aire entrasen libremente. Y que se organizaran de manera que el basurero pudiera limpiarlas adecuadamente.

Pero las clases elevadas opusieron numerosas objeciones a estas últimas mejoras que, en la mayoría de los casos, no se llevaron a la práctica.

El comité tuvo que inspeccionar los barrios de los intocables. Solo un miembro de la comisión se mostró dispuesto a acompañarme. Para los demás, era descabellado visitar esos barrios y mucho más aún, inspeccionar las letrinas de los intocables. Sin embargo, para mí la visita se tradujo en una agradable sorpresa. Fue la primera visita que hice en mi vida a un barrio de intocables. Los hombres y las mujeres se quedaron extrañados al vernos. Les pedí que nos permitieran inspeccionar sus letrinas.

—¡Letrinas nosotros! —exclamaron, llenos de estupor. Nosotros realizamos nuestras funciones fisiológicas a campo abierto. Las letrinas son para la gente importante.

—Bueno, ¿entonces no os importará que visitemos vuestras casas? —pregunté.

—Sea usted bienvenido, señor. Puede recorrerlas cuando guste. Las nuestras no son casas, son agujeros.

Entré y quedé encantado al ver que por dentro eran tan limpias como por fuera. Los vestíbulos estaban cuidadosamente barridos y los pisos bellamente cubiertos con boñigas de vaca. Las pocas vasijas que tenían brillaban de puro limpias. No había temor de que en esos barrios se produjera la peste.

En cambio, en los barrios de clases altas encontramos una letrina que no puedo menos de describir con algunos detalles. Cada habitación tenía su correspondiente canalón que se utilizaba como mingitorio y como desagüe a la par, lo cual hacía que toda la casa oliera a orines. En una de las casas había un dormitorio con un canalón que servía de mingitorio y de letrina. El canalón se prolongaba en un tubo que iba a parar a la planta baja. Era imposible soportar el olor que había en la casa. Cómo los habitantes de ese lugar podían vivir y dormir allí, es cosa que dejo librada a la imaginación de los lectores.

El comité visitó también el *Haveli vaishnava*. El sacerdote a cargo del *Haveli* era muy amigo de mi familia, de manera que nos permitió inspeccionarlo todo y sugerir aquellas mejoras que considerásemos oportunas. Había una parte del templo que el propio sacerdote jamás había visitado: era el lugar en donde se arrojaban las sobras de la comida y las hojas que se utilizaban como platos. Como es de suponer, aquello era un nido de cuervos y de milanos. Las letrinas estaban desde luego sucias. No estuve en Rajkot el tiempo necesario para ver cuántas de nuestras sugerencias se llevaron a la práctica.

Me dolió profundamente descubrir cuánta suciedad había en un lugar sagrado como aquel. Es lógico esperar que se observen estrictamente las reglas sanitarias e higiénicas en un templo. Los autores del *Smritis* habían insistido mucho sobre la necesidad de la limpieza, tanto interior como exterior.

26. DOS PASIONES

No creo haber conocido a nadie que fuera más leal que yo hacia la Constitución británica. Ahora advierto que en el fondo de esa lealtad se hallaba mi amor a la verdad. Jamás he sido capaz de simular lealtad ni cualquier otra virtud que no sintiera realmente. En las reuniones a las que solía asistir en Natal se cantaba el himno nacional inglés y yo consideraba que mi deber era cantarlo con todos. No es que ignorase los defectos del sistema de gobierno británico, pero lo consideraba aceptable. Por aquella época, yo creía que el régimen británico era beneficioso para los pueblos en donde regía.

Supuse que los prejuicios raciales que vi en Sudáfrica eran contrarios a la tradición británica y los consideré como un fenómeno local y pasajero. Por consiguiente, me uní a los ingleses en la lealtad hacia el trono. Con cuidadosa perseverancia aprendí la tonada y la letra del “himno nacional” y me uní a los demás siempre que se cantaba. En cuanto había una oportunidad de expresar esos sentimientos leales sin ostentación, yo me unía de buena gana a los demás ciudadanos.

Nunca en mi vida exploté esa lealtad ni traté de conseguir ventajas egoístas valiéndome de ella. Para mí era como una obligación y la cumplía sin esperar recompensa.

Cuando llegué a la India se estaban efectuando los preparativos para celebrar el Jubileo de Diamante de la reina Victoria, o sea, los 75 años de su reinado. Fui invitado a unirme al comité de Rajkot, constituido a tal efecto. Acepté, pero tuve la sospecha de que los festejos iban a ser ante todo un exhibicionismo. Me molestó descubrir mucha patraña. Comencé a preguntarme si debía seguir en el comité o retirarme, pero al final decidí seguir, limitándome a cumplir las tareas que se me asignaran.

Una de las propuestas fue plantar árboles. Vi que muchos apoyaban la proposición, solamente por destacarse, y para complacer a los funcionarios británicos. Traté de hacerles comprender que el plantar árboles debía ser una mera sugerencia y no una orden obligatoria para todos los ciudadanos. La cosa debía hacerse seriamente o no hacerse. Tengo la impresión de que se rieron de mí al expresar mi criterio. Recuerdo que procedí con todo entusiasmo al plantar el árbol que me correspondía, y que lo cuidé y regué con todo cariño.

Enseñé el himno nacional a los niños de mi familia. Recuerdo que también se lo enseñé a los alumnos del colegio local, pero no sé si fue con motivo del Jubileo o de la coronación de Eduardo VII como emperador de la India. Pero, posteriormente, la letra del himno comenzó a chocarme. A medida que mi concepción de la *ahimsa* iba madurando en mí, me iba haciendo más cuidadoso de mis pensamientos y palabras. Las estrofas del himno que dicen:

*Dispersa a sus enemigos
y hazlos caer;
confunde a sus políticos,
frustra sus pícaras tretas**

chocaron con mis sentimientos de *ahimsa*.

* *Satter her enemies, and make them fall; confound their politics, frustrate their knavish tricks.*

Compartía estos sentimientos con el doctor Booth, quien estaba de acuerdo en que un cultor de la *ahimsa* no podía cantar tal estrofa. ¿Cómo podíamos dar por cierto que los sedicentes “enemigos” eran unos pícaros? ¿Y porque eran enemigos tenían que estar en el error? A Dios solo le podemos pedir justicia. El doctor Booth apoyaba totalmente mi manera de pensar y sentir, y compuso un nuevo himno para su congregación. Pero ya hablaré del doctor Booth más adelante.

Al igual que la lealtad había también en mí una aptitud natural para atender enfermos. Me gustaba cuidar a las gentes, fueran amigos o extraños.

Mientras estaba ocupado en Rajkot, con el folleto sobre Sudáfrica, tuve la oportunidad de hacer una visita fugaz a Bombay. Tenía el propósito de educar a la opinión pública de las ciudades sobre el tema sudafricano, efectuando mítines. Y Bombay fue la primera ciudad elegida para ello. Apenas llegué, me fui a ver al Justicia Ranade, quien me escuchó con gran atención y me aconsejó que visitara a sir Perozeshah Mehta y al Justicia Badruddin Tyabji. Vi a Badruddin Tyabji y me dijo lo mismo:

—El Justicia Ranade y yo, poco podemos hacer. Ya conoce nuestra situación. No podemos tomar parte en las cuestiones de orden público, pero nuestras simpatías están con usted. El hombre que puede guiarlo eficazmente es sir Perozeshah Mehta.

En verdad tenía ganas de conocerlo, pero el hecho de que las dos personalidades entrevistadas me aconsejaran así, me dio una idea más concreta sobre la posibilidad de utilizar la inmensa influencia que tenía sobre el público sir Pherozechah. Me entrevisté con él. Iba preparado para sentirme lleno de reverente temor. Había oído los títulos que le daba el pueblo, y que ciertamente se merecía, e iba dispuesto a encontrarme con “El León de Bombay” o “El rey sin corona de la presidencia”. Pero el rey no me abrumó con su majestad. Me recibió como un padre amante puede recibir a su hijo mayor. Nuestra entrevista tuvo lugar en su despacho. Se hallaba rodeado por varios amigos y partidarios. Entre ellos los señores D. E. Wacha y Cama, a los que fui presentado. Ya había oído hablar de Wacha, quien estaba considerado como el brazo derecho de sir Pherozechah, y Sjt. Virchanda Gandhi me lo había pintado como un gran estadista.

—Gandhi —me dijo Wacha—, tenemos que volver a vernos.

Tales presentaciones duraron no más de dos minutos. Sir Pherozechah me escuchó atentamente. Le dije que había visitado a los Justicias Ranade y Tyabji.

—Gandhi —dijo, cuando concluí—, veo que tengo el deber de ayudarle. Voy a convocar un mitin aquí.

Dicho lo cual se volvió a su secretario, el señor Munshi, y le dijo que fijara la fecha de la reunión, tras lo cual nos despedimos, pidiéndome antes que fuera a verlo el día anterior al acto. La entrevista dispuso todos mis temores y me fui a casa muy satisfecho.

Durante mi permanencia en Bombay, visité a mi cuñado, que se encontraba enfermo. No era hombre de recursos y mi hermana (su mujer) no sabía cuidarlo como la ocasión requería. La enfermedad era seria y me ofrecí para trasladarlo a Rajkot. Aceptó y regresé a casa acompañado de mi hermana y mi cuñado. La enfermedad se prolongó más de lo que yo había supuesto. Metí a mi cuñado en mi habitación y estuve a su lado día y noche. Me vi obligado a permanecer despierto la mayor parte de las noches y sin dejar de atenderlo, seguía trabajando en mis asuntos sudafricanos. Sin embargo, el enfermo murió, pero fue un gran consuelo para mí haberle podido cuidar debidamente durante los últimos días de su vida.

Mi aptitud de enfermero se fue convirtiendo gradualmente en una pasión, al extremo de que con frecuencia me llevó a subordinar a ella mi trabajo. En ocasiones, no solo hacía que me ayudara mi esposa, sino toda la casa.

Cuidar a los enfermos no tiene ningún sentido, a menos que uno experimente una auténtica satisfacción en prestar ese servicio. Cuando se hace por exhibicionismo o por temor a la opinión pública, empequeñece a los hombres y aplasta su espíritu. El servicio que se presta sin alegría de servir, no es útil, ni al que sirve, ni al que lo recibe. Todos los demás placeres y satisfacciones palidecen y se convierten en nada ante el servicio abnegado que se presta con alegría.

27. EL MITIN DE BOMBAY

Al día siguiente de morir mi cuñado tuve que ir a Bombay para asistir al mitin. No había tenido tiempo de pensar en mi discurso. Me sentía agotado al cabo de tantos días y noches de ansiosa vigilia y mi voz estaba enronquecida. No obstante, salí para Bombay confiando en Dios. Ni se me había ocurrido escribir el discurso.

De acuerdo con las instrucciones de sir Pherozeshah, me presenté en su despacho a las diecisiete horas de la víspera del acto.

—¿Tiene ya listo su discurso, Gandhi? —me preguntó.

—No, señor —le respondí, temblando de miedo—. Pienso hablar *ex tempore*.

—Eso no sirve en Bombay. Limitarse aquí a informar es malo, y si queremos sacar partido de este mitin, usted debe escribir su discurso para poderlo imprimir mañana antes de que amanezca. ¿Confío en que podrá hacerlo?

Yo me sentía más bien nervioso, pero dije que así lo haría.

—Entonces —agregó sir Pherozechah—, dígame a qué hora debe ir Mr. Munshi para recoger su discurso.

—A las once de la noche —respondí.

Al día siguiente, cuando fui al mitin, comprendí lo prudente del consejo de sir Pherozechah. El acto se celebraba en el salón central del Instituto Sir Cowashi Jehangir. Yo había oído decir que cuando sir Pherozechah tomaba parte en algún acto público, el salón se llenaba hasta los topes de estudiantes que deseaban escucharle. Este fue el primer mitin de envergadura al que asistí en mi vida. Descubrí que mi voz solamente llegaba a las gentes de las primeras filas. Temblaba cuando comencé a leer mi discurso. Sir Pherozechah me hostigaba continuamente para que hablase más alto, pero tengo la sensación de que en lugar de estimularme hacía que mi voz se fuera achicando cada vez más.

Mi viejo amigo, Sjt. Keshavrao Deshpande, vino en mi socorro. Le entregué mi discurso. Su voz era justamente la adecuada, pero el auditorio se negó a escucharle. El salón retemblaba a los gritos unánimes de “¡Wacha! ¡Wacha!”. Por consiguiente, Mr. Wacha se puso en pie y leyó el discurso, con maravillosos resultados. Se hizo un silencio profundo entre el auditorio, que escuchó el discurso hasta el fin, subrayándolo con aplausos y con gritos de “¡Qué vergüenza!”. Lo cual regocijó mi corazón.

El mitin me conquistó la activa simpatía de Sjt. Deshpande y un amigo *parsi*, cuyo nombre vacilo en mencionar, pues es en la actualidad un importante funcionario del gobierno. Ambos expresaron su resolución de acompañarme a Sudáfrica. Mr. C. M. Cursetji, que era entonces juez de primera instancia, intervino para convencer al amigo *parsi* de que no debía ir, pues proyectaba casarse en breve. Tenía que elegir entre el matrimonio y el viaje a Sudáfrica, y eligió lo primero. Pero al conocer a la dama perdoné de corazón a la pareja. Sjt. Deshpande no tenía tentaciones matrimoniales, pero tampoco pudo ir a Sudáfrica. Hoy está reparando con la mejor voluntad el quebrantamiento de su promesa. En mi viaje de regreso a Sudáfrica me encontré en Zanzíbar con uno de los Tyabjis. También me prometió ir a ayudarme, pero nunca vino. Mr. Abbas Tyabji está redimiéndose también de no haber cumplido lo que prometió. De manera que ninguno de mis tres intentos de llevar abogados a Sudáfrica dieron resultado.

A este respecto recuerdo a Mr. Pestonji Padshah, con quien trabé amistad durante mi permanencia en Inglaterra. Lo conocí en un restaurante vege-

tariano de Londres. Yo había oído hablar de su hermano, Mr. Barjorji Pads-hah, que tenía fama de maniático. No llegué a conocerlo, pero varios amigos me dijeron que era un excéntrico. Por piedad hacia los caballos jamás viajaba en tranvía; se negaba a graduarse en cualquier carrera, pese a que tenía una memoria prodigiosa; era vegetariano, no obstante ser *parsi* y, en general, tenía un espíritu muy independiente. Pestonji no tenía tal reputación, pero era famoso como erudito, hasta en Londres. Sin embargo, el nexo común entre nosotros fue el vegetarianismo, y no la cultura, en cuyo aspecto yo ni por asomo me le acercaba.

Lo volví a encontrar en Bombay, donde ocupaba el cargo de Protonotario de la Corte Suprema. Cuando lo visité, estaba entregado a la tarea de hacer un diccionario de *gujaratí* superior. No hubo amigo al que no visitara en demanda de ayuda para los problemas de Sudáfrica. Sin embargo, Pestonji Padshah no solamente se negó a ayudarme, sino que me aconsejó que ni volviera a Sudáfrica.

—No puedo ayudarte —me dijo—. Incluso te diré que no me agrada la idea de que vayas a Sudáfrica. ¿Acaso no hay mucho que hacer en nuestra patria? Mira si, por ejemplo, no hay enorme tarea que cumplir en pro de nuestro idioma. Tengo que encontrar palabras científicas. Pero esto es solo una parte de la labor. Piensa en la pobreza del campo. Nuestras gentes en Sudáfrica tienen dificultades, sin duda, pero no quiero que un hombre como tú se sacrifique en esa tarea. Trabajemos aquí para conquistar la independencia y, automáticamente, ayudaremos así a nuestros compatriotas de Sudáfrica. Yo sé que no lograré convencerte, pero no estimularé a nadie como tú, para que siga el camino que estás dispuesto a seguir.

Ni me gustó, ni seguí el consejo, que solo sirvió para aumentar el respeto y estimación que sentía por Mr. Pestonji Padshah. Me sorprendió su amor a la patria y a nuestra lengua madre. El incidente nos hizo intimar más. Yo comprendía su punto de vista, pero no por ello renuncié a mi tarea en Sudáfrica, sino que mi convicción se tornó más firme. Un patriota no puede ignorar cualquier manera de servir a su patria. Y para mí el texto del *Gita* era claro y terminante:

*Finalmente, es mejor que uno haga
las tareas que puede hacer, aunque fracase,
y no que emprenda otras que no son para él,
aunque parezcan más altas y mejores.
No es una desdicha morir cumpliendo con el propio deber,
y es peor extraviarse en la búsqueda de caminos ajenos.*

28. POONA Y MADRÁS

Sir Pherozeshah facilitó mi camino. Por consiguiente, de Bombay me trasladé a Poona, en donde había dos partidos. Yo deseaba la ayuda del pueblo, sin distinción de matices políticos. Primero me entrevisté con Lokamanya Tilak, quien me dijo:

—Está usted en lo cierto al buscar la ayuda de todos los partidos. No puede haber diferencias de opinión en el asunto de Sudáfrica. Pero le conviene que presida el acto un hombre apolítico. Vea al profesor Bhandarkar. Hace tiempo que no participa en ningún movimiento público. Pero esta cuestión es probable que lo arrastre. Véalo y hágame saber cuál es su respuesta. Deseo ayudarlo con todas mis fuerzas. Desde luego, puede venir a verme siempre que quiera. Estoy a su disposición.

Esa fue mi primera entrevista con Tilak, y me reveló el secreto de su popularidad única.

Después me entrevisté con Gokhale. Lo encontré en el Colegio Fergusson. Me recibió cariñosamente y sus maneras conquistaron automáticamente mi corazón. También era la primera vez que lo veía en mi vida y, sin embargo, tuve la impresión de que reanudábamos una vieja amistad. Sir Pherozeshah me pareció como el Himalaya. Lokamanya Tilak como el océano. Pero Gokhale era como el Ganges. Uno podía darse un baño refrescante en el río sagrado. El Himalaya era inescalable y el océano no era fácil de cruzar. Pero el Ganges invita a sumergirse en su seno. Es un placer surcar sus aguas con un bote y dos remos.

Gokhale me examinó atentamente, con la misma manera escrutadora con que un rector examina a un candidato que quiere ingresar en la universidad. Me dijo a quién debía dirigirme y la mejor manera de abordarlo. Me pidió que le dejara ver mi discurso. Luego me mostró todo el colegio, me aseguró que estaba a mi disposición en todo momento, me rogó que le hiciera saber los resultados de la entrevista con el doctor Bhandarkar y me despachó exultante de alegría. En el campo de la política, el lugar que Gokhale ocupó, es único, como sigue ocupándolo en mi corazón.

El doctor Bhandarkar me recibió con el afecto caluroso de un padre. El hecho de que estuviera visitando gente desde por la mañana hasta el medio día, momento en que llegué a su casa, agradó sobremanera al infatigable sabio, y mi insistencia en que presidiera el mitin un hombre apolítico, encontró su inmediata aprobación que fue expresada con estas exclamaciones: “¡Eso es! ¡Eso es!”.

Cuando hube terminado de exponerle todo, me dijo:

—Todo el mundo puede decirle, que yo en nada político participo. Pero no puedo negarle mi colaboración. Su caso es tan fuerte y su laboriosidad tan admirable, que no puedo menos que participar en el mitin. Hizo usted bien en consultar a Tilak y Gokhale. Tenga la bondad de decirles que con mucho gusto presidiré la reunión que tendrá lugar bajo los auspicios de los dos Sabhas. No tengo por qué fijar yo el momento de la reunión. Cualquier día y hora que les convenga a ellos, está bien para mí.

Dicho lo cual se despidió de mí felicitándome y bendiciéndome.

Sin mayor bullicio, estos eruditos y atareados amigos de Poona, realizaron un mitin en un lugar sencillo y me despidieron; me sentí lleno de júbilo y con más confianza que nunca en mi misión.

Seguí viaje hacia Madrás, donde enloquecieron de entusiasmo. El incidente de Balasundaram causó profunda impresión en la concurrencia. Se imprimió mi discurso, pese a que era —en mi opinión— demasiado largo. El auditorio lo escuchó de cabo a rabo con la máxima atención. Al término de la reunión, como ya estaban prácticamente agotados los ejemplares de “El folleto verde”, decidí hacer una segunda edición corregida de diez mil ejemplares más, los cuales se vendieron como el pan, pero no llegaron a agotarse. Vi que no era necesaria tan gran cantidad. En mi entusiasmo había calculado mal la demanda, pues mi discurso estuvo dirigido a la gente que hablaba inglés y en Madrás esa clase era reducida y no podía absorber un tiraje de diez mil ejemplares.

La mayor ayuda que recibí, fue la de Sjt. Parameshvaran Pillay, director del “The Madrás Standard”. Había efectuado un cuidadoso estudio de la cuestión y me invitó con frecuencia a su oficina, brindándome sus consejos. Sjt. G. Subrahmanian del “The Hindú” y el doctor Subrahmanian, fueron también muy amables. Pero Sjt. Parameshvaran Pillay puso a mi disposición las columnas de su diario y yo me serví abundantemente de su ofrecimiento. El mitin, que se realizó en el salón Pachaiappa, estuvo presidido por el doctor Subrahmaniam, si mal no recuerdo.

El afecto que me demostraron todos esos amigos y su entusiasmo por la causa fueron tan grandes que, pese a tener que hablar con ellos en inglés, me sentí en mi propia casa.

¿Cuáles son las barreras que el amor no consigue derribar?

29. “REGRESA EN SEGUIDA”

Desde Madrás seguí hasta Calcuta, en donde tropecé con dificultades. No conocía a nadie en la ciudad. Por consiguiente, alquilé una habitación en

el Great Eastern Hotel, y allí trabé relación con Mr. Ellerthorpe, corresponsal del “The Daily Telegraph”. Me invitó al club de Bengala, en donde se hallaba hospedado. No se dio cuenta de que un indio no puede estar en el salón del club. El enterarse de la restricción me llevó a su habitación y me expresó lo mucho que lamentaba los prejuicios que tenían los ingleses de la localidad, pidiéndome disculpas por no poder llevarme al salón.

Forzosamente tenía que ver a Surendranath Banerji, “El ídolo de Bengala”. Cuando me entrevisté con él, se hallaba rodeado por algunos amigos. Al exponerle mis pretensiones, me dijo:

—Mucho me temo que la gente de aquí no se interese por su tarea. Como usted sabe, nuestras dificultades en esta, son múltiples. Tendrá que ganarse las simpatías de los maharajaes. Pienso que quizá convenga que vea a los representantes de la Asociación Indo-británica. Entrevístese con el rajá sir Pyarimohan Mukarji y el maharajá Tagore. Ambos son de espíritu liberal y toman considerable parte activa en las cuestiones de orden público.

Me entrevisté con dichos caballeros, pero sin éxito. Los dos me recibieron fríamente y manifestaron que no era nada fácil convocar un mitin en Calcuta, y que si algo podía hacerse en ese sentido todo dependía, prácticamente, de Surendranath Banerji.

Vi que mi labor se hacía por momentos más difícil. Visité la redacción del “The Amrita Bazar Patrika”. El caballero con quien me entrevisté me confundió con un judío vagabundo. En “The Bangabasi” me fue todavía peor. El director me hizo esperar un hora. Evidentemente, tenía muchos visitantes que atender, pero ni siquiera se dignó mirarme cuando hubo terminado con todos. Al tratar de esbozarle mi propósito, tras tan prolongada espera, me cortó diciéndome:

—¿No ve que estoy muy ocupado? Es interminable la fila de visitantes como usted. Lo mejor que puede hacer es marcharse. No tengo tiempo para escucharlo.

Por un momento me sentí ofendido, pero comprendí rápidamente la situación de ese director. Había oído hablar de la fama del “The Banabasi” y pude ver que fluía un torrente continuo de visitantes. Y todos eran personas relacionadas con el director. A su diario no le faltaban temas de discusión y Sudáfrica era apenas conocida por aquella época.

Por serio que sea el problema a los ojos el hombre que lo siente en carne propia, él no es en realidad sino uno más de los muchos que invaden la oficina del director, cada cual con su problema a cuestas. ¿Cómo podía el editor recibirlos a todos? Además, cada cual piensa que el director es una persona

omnipotente, y solo él sabe que su aparente poder no va mucho más allá del umbral de su despacho.

Pero no me desanimé y seguí visitando otros diarios. Como de costumbre, fui a los anglo-indios. “The Statesman” y “The Englishman” advirtieron la importancia del asunto. Me hicieron amplios reportajes y los publicaron íntegros.

Mr. Saunders, director del “The Englishman”, tomó el caso con gran calor. Me puso el diario y su oficina a mi disposición e incluso me dio la libertad de corregirle como quisiera el editorial escrito por él sobre la situación sudafricana, cuyas pruebas me envió con gran anticipación. No exagero al decir que nació una amistad entre ambos. Me prometió prestarme toda la ayuda posible y cumplió su promesa al pie de la letra. Desde entonces mantuvimos correspondencia, que seguimos intercambiando hasta cuando caí seriamente enfermo.

A lo largo de toda mi vida he tenido el privilegio de hacer amistades así, surgidas de un modo inesperado. Lo que agradó de mí a Mr. Saunders, fue mi tendencia a no exagerar jamás y mi amor a la verdad. Al principio me sometí a un examen concienzudo, antes de simpatizar con mi causa, y vio que yo escatimaba buena voluntad, ni molestias, para ofrecerle una información imparcial del caso, aún con relación a los blancos de Sudáfrica; y demostró aprecio por mi sinceridad.

La experiencia me ha demostrado que obtenemos justicia rápidamente, si comenzamos por ser justos con la parte opuesta.

La inesperada ayuda de Mr. Saunders me inducía a pensar que, pese a todas las dificultades, quizá pudiera celebrar un mitin en Calcuta, cuando recibí el siguiente cable de Durban: “Parlamento ábrese enero. Regresa pronto”.

Por tanto, dirigí una carta a la prensa explicando por qué tenía que abandonar Calcuta tan rápidamente, y salí hacia Bombay. Antes de partir telegrafí al agente de Dada Abdulla en Bombay, con el fin de que me sacara los pasajes en el primer barco que saliera hacia Sudáfrica. Dada Abdulla había comprado recientemente un vapor, el *Courland*, e insistió en que viajara en él, ofreciéndome pasaje gratuito para toda la familia. Acepté, agradecido, el ofrecimiento, y a comienzos de diciembre inicié por segunda vez el viaje a Sudáfrica, pero llevando ahora conmigo a mi esposa y mis dos hijos, y mi hermana, que acababa de enviudar. Otro buque, el *Naderi*, también partía hacia Sudáfrica en la misma fecha. Los agentes de la compañía eran “Dada Abdulla y Cía.”. El número total de pasajeros que llevaban ambas naves superaba los ochocientos, la mitad de los cuales se dirigían a Transvaal.

PARTE TERCERA

1. LA TORMENTA BRAMA

Aquel fue mi primer viaje con mi esposa y mis dos hijos.

Ya he dicho en este relato que, a consecuencia de los matrimonios infantiles entre la clase media hindú, el esposo tiene algunos conocimientos, mientras que la esposa es analfabeta. Los separa, pues, un amplio abismo y el esposo ha de convertirse en el maestro de su mujer. De manera que yo tenía que pensar en la forma que convenía que vistieran mi mujer y mis hijos, lo que debían comer, y hacerles adquirir los modales necesarios para vivir en Sudáfrica. Algunos de los recuerdos de aquellos días resultan divertidos.

La mujer hindú considera la implícita obediencia a su esposo, como la más alta de las religiones. Un esposo hindú se considera dueño y señor de su esposa, la cual debe desvivirse por atenderlo.

Por la época sobre la cual estoy escribiendo, yo creía que, para parecer más civilizados, nuestros modales y manera de vestir debían aproximarse a los de los europeos. Porque pensaba que solamente así podríamos tener cierta influencia, y sin influencia no era posible servir a la comunidad.

En consecuencia determiné la manera de vestir de mi esposa e hijos. ¿Cómo podían vestir como los *baniyas* de Kathiawad? Por aquel entonces se consideraba a los *parsis* como la gente más civilizada de toda la India y cuando vi que el traje europeo no les quedaba bien a los míos, decidí que adoptaran la vestimenta *parsi*. Mi esposa adoptó el *sari* y los niños los pantalones y casaca *parsis*. Por supuesto, nadie debía ir descalzo ni sin medias. Pasó mucho tiempo antes de que mi esposa y mis hijos se acostumbraran a ir calzados. Los zapatos agarrotaban sus pies y las medias se empapaban de transpiración. A veces se les hacían llagas en los talones. Naturalmente, cuando me objetaban estas molestias yo siempre tenía la respuesta preparada. Pero conservo la impresión de que no eran mis argumentos, sino la fuerza de la autoridad la que imponía las cosas. Aceptaron cambiar de vestimenta, porque no tenían otra alternativa. Con el mismo espíritu, e incluso con más repugnancia, adoptaron el uso de cuchillos y tenedores. Cuando desapareció mi infatuación respecto a esos signos civilizadores, mi gente dejó de usar cuchillos y tenedores. Después de haberse acostumbrado a utilizarlos durante largo tiempo, les resultó molesto volver a sus modales de antes. Pero hoy veo que todos nosotros nos sentimos más libres al haber dejado el oropel de la “civilización”.

En el mismo barco viajaron con nosotros algunos familiares y amigos. Me veía con frecuencia con diversos pasajeros de cubierta, pues como el buque pertenecía a mis amigos y clientes, tenía la libertad necesaria para moverme por donde quisiera.

Como la nave iba directamente a Natal sin tocar ningún otro puerto, nuestro viaje duró solamente dieciocho días. Pero como si Dios quisiera advertirnos de la verdadera tormenta que nos esperaba en Sudáfrica, una terrible tempestad cayó sobre nosotros, cuando estábamos a solo cuatro días de Natal. Diciembre es el mes de los monzones en el hemisferio austral y las galernas grandes y pequeñas son, por consiguiente, un fenómeno común durante esa época en los mares meridionales. La tempestad que nos azotó fue tan violenta y prolongada que los pasajeros se alarmaron. Fue un espectáculo solemne. Todos nos unimos frente al peligro común. Cada cual olvidó sus diferencias con los demás, y musulmanes, hindúes, cristianos y demás, comenzaron a pensar en un solo Dios. El capitán también se unió al pasaje en sus oraciones. Les dijo que, pese a que la tormenta era peligrosa, él había salido indemne de otras mucho peores, y les explicó que un buque bien construido puede soportar cualquier tormenta. Pero de todos modos, los pasajeros se sentían inconsolables. Se oían constantemente crujidos y ruidos siniestros que presagiaban fisuras en el casco de la nave. El barco cabeceaba y se ladeaba en tal forma, que daba la impresión de estar a punto de naufragar. Por supuesto, nadie podía estar en el puente. El “hágase Su voluntad” estaba en todos los labios. Si mal no recuerdo, la tremenda prueba duró unas veinticuatro horas. Al fin se despejó el cielo, brilló el sol y el capitán anunció que había pasado la tormenta. El rostro de las gentes resplandeció de alegría, y con la vuelta del buen tiempo, desapareció de los labios de todos el nombre de Dios. Comer, beber, cantar y estar alegres se pusieron en primer término. Desaparecido el temor a la muerte, el estado de ánimo transitorio que daba origen a las ardientes plegarias, cedió paso al *maya**. Por supuesto, no faltó el consabido *namaz*** y las oraciones de otros cultos, pero ya no tenían el fervor y la solemnidad de las horas del terror.

Pero la tormenta me identificó con los pasajeros. Yo tenía poco miedo a la tempestad, pues ya había conocido otras similares y como no me mareo pude ir de un pasajero a otro confortándolos, y animándolos al transmitirles informes del capitán. Con lo cual nacieron varias amistades, de las que hablaré más adelante.

* Esta famosa palabra de la filosofía hindú, es prácticamente intraducible. Significa algo así como falsa impresión o falsa opinión. En cierta medida equivale a ilusión.

** La plegaria prescrita por el Corán.

El buque llegó al puerto de Durban el 18 o 19 de diciembre. El mismo día arribó también el *Naderi*.

Pero la verdadera tormenta iba a estallar después.

2. LA TORMENTA

Ya hemos visto que ambos barcos echaron el ancla en el puerto de Durban el 18 o 19 de diciembre. En los puertos sudafricanos no se permite desembarcar a ningún pasajero sin antes pasar por un concienzudo examen médico. Si viaja alguna persona enferma de cualquier mal contagioso, el barco se queda en cuarentena y no desembarca nadie. Como había una plaga en Bombay cuando nos hicimos a la mar, temíamos que nos pusieran en cuarentena. Antes de que se inicie la revisión médica, cada barco debe enarbolar la bandera amarilla, que no puede arriar hasta que las autoridades sanitarias certifican que no hay peligro de contagio. Y mientras está izada la bandera amarilla, los amigos y parientes de los pasajeros no pueden subir a bordo.

Por consiguiente, nuestra nave enarboló la bandera amarilla y el doctor vino y comenzó a revisarnos. Dispuso solamente que se observara una breve cuarentena de cinco días, ya que las bacterias de la peste tardan, según él, veintitrés días en manifestarse. Por consiguiente, nuestro barco debía completar dicho plazo, contando los dieciocho transcurridos en el mar, desde que partimos de Bombay. Pero esta cuarentena fue dispuesta por otras razones distintas a las sanitarias.

Los residentes blancos de Durban habían realizado diversas manifestaciones exigiendo nuestra repatriación inmediata, y este era el motivo de la disposición mencionada. “Dada Abdulla y Cía.” Nos mantuvo informados por medio de sus agentes, sobre los acontecimientos cotidianos de la ciudad. Los blancos realizaban mítines monstruos cada día y también llegaron a querer presionar, por diversos medios, a “Dada Abdulla y Cía.”. Formulaban toda clase de amenazas. Se mostraron dispuestos a indemnizar a al compañía si despachaba a los dos barcos de vuelta a la India.

Pero “Dada Abdulla y Cía.” no estaba integrada por hombres que se dejaran impresionar por las amenazas. El *Sheth* Abdul Karim Haji Adam era por aquel entonces socio y ejecutivo de la firma, y estaba dispuesto a mantener los buques allí y hacer que desembarcaran los pasajeros a toda costa. Diariamente me enviaba cartas, dándome cuenta detallada de todo. Por suerte, el hoy extinto Sjt. Mansukhlal Naazar se hallaba entonces en Durban, adon-

de había ido para esperarme a mi llegada. Era un hombre capaz y valeroso, que dirigía a la colectividad inda. Su abogado, Mr. Laughton, era también un caballero sin miedo, que condenaba la conducta de los residentes blancos, y aconsejaba a la comunidad, no solo como su abogado, sino también como un verdadero amigo.

De este modo, Durban se había convertido en el escenario de un duelo desigual. De un lado se hallaba un puñado de pobres indos y sus pocos amigos ingleses. Del otro se alineaban los blancos, fuertes en armas, en número, en educación y en salud, contando además con el apoyo del Estado, pues el gobierno de Natal los respaldaba abiertamente. Mr. Harry Escombe, que era el más influyente de los miembros del gabinete, participaba abiertamente en sus mítines.

El verdadero objeto de la cuarentena era, por tanto, forzar a los pasajeros a regresar a la India por medio de la intimidación, o intimidando a la compañía. Por eso comenzaron a llegarnos amenazas como esta: “Si no regresáis, os arrojaremos al mar. Pero si consentís en volver a la India, se os devolverá incluso el dinero del pasaje”. Yo me movía constantemente entre los pasajeros, para darles ánimo. También envié mensajes de aliento a los del *S.S. Naderi*. Todos ellos se mantuvieron calmos y valerosos.

Organizamos toda suerte de juegos en el barco para tener distraídos a los pasajeros. El día de Navidad, el capitán invitó a almorzar a los pasajeros de primera. Entre los principales figurábamos mi familia y yo. En los discursos de sobremesa, hablé sobre la civilización occidental. Sabía que no era la ocasión para pronunciar un discurso en serio, pero el mío no pudo dejar de serlo. Tomé parte en el júbilo general, pero mi corazón estaba en el combate que se desarrollaba en Durban. Porque yo era el objetivo ‘principal de la lucha. Se me formulaban dos acusaciones:

1. Que mientras estuve en la India me permití atacar injustamente a los blancos de Natal.

2. Que con el propósito de inundar Natal de indos, había traído especialmente dos barcos cargados con gran número de mis connacionales. Yo tenía conciencia de mi responsabilidad. Sabía que “Dada Abdulla y Cía.” había afrontado graves riesgos por mi causa; que la vida de los pasajeros corría peligro y que incluso lo estaba también la de mi propia familia.

Sin embargo, era inocente. No había inducido a nadie a viajar a Natal. No conocía a la mayoría de los pasajeros en el momento de embarcar. Y con excepción de un par de parientes, ignoraba el nombre y la dirección de los centenares de compatriotas que iban a bordo de ambas naves. Ni tampoco,

durante mi estadía en la India, había dicho nada de los blancos de Natal, que no hubiera dicho antes en el propio Natal. Y podía probar ampliamente todo esto.

Por consiguiente, deploré la existencia de una civilización de la cual eran fruto los blancos de Natal, representantes y campeones de esa civilización, que me obsesionaba constantemente, y sobre la cual expuse mi opinión en el discurso que pronuncié el día de Navidad. El capitán y otros amigos me escucharon pacientemente y aceptaron mi discurso comprendiendo el espíritu con que lo pronuncié. Que yo sepa no afectó para nada sus vidas, pues posteriormente volví a discutir con el capitán y los oficiales, sobre la civilización accidental a la cual, en mi discurso, diferencié de la oriental, porque la primera descansaba esencialmente en el empleo de la fuerza. Al oírme me formularon varias preguntas; entre ellas, el capitán me interrogó sobre lo siguiente:

—Supongamos que los blancos lleven a cabo sus amenazas. ¿Cómo piensa usted mantener su principio de la no violencia?

—Confío en que Dios —respondí— me dé el valor y el sentido necesarios para perdonarlos y no querellarme judicialmente. No experimento hacia ellos el menor rencor. Solo siento piedad por su ignorancia y estrechez mental. Sé que ellos creen sinceramente que tienen razón y que proceden con justicia. Por consiguiente, no tengo razón alguna para odiarlos.

El capitán sonrió, tal vez sin creermelo.

Y así fueron pasando los días lentamente. No se sabía cuándo se pondría fin a la cuarentena. El funcionario de sanidad que debía ponerle término, dijo que el asunto ya no estaba en sus manos, y que apenas recibiera orden del gobierno nos permitiría desembarcar.

Al fin se nos envió un ultimátum. Nos dijeron que nos sometiéramos si queríamos escapar con vida. Los pasajeros y yo contestamos que manteníamos nuestro derecho a desembarcar en el puerto de Natal y declaramos que estábamos dispuestos a entrar en Natal a cualquier precio.

Transcurridos cinco días, se permitió que los buques atracasen junto a los muelles y que desembarcaran los pasajeros.

3. LA PRUEBA

Amarraron los buques junto al muelle y el pasaje inició el desembarco. Pero Mr. Escombe notificó al capitán que, como los blancos estaban muy enfurecidos contra mí, peligraba mi vida. Recomendaba, en consecuencia, que

mi familia y yo desembarcáramos al anochecer. El superintendente del puerto Mr. Tatum, nos escoltaría hasta casa. El capitán me comunicó el mensaje y yo accedí a proceder como se me decía.

Sin embargo, a la media hora llegó Mr. Laughton y le dijo al capitán:

—Me gustaría bajar a tierra con Mr. Gandhi, si él no se opone. Como consejero legal de la compañía, le digo que no está obligado a cumplir la orden de Mr. Escombe.

Tras lo cual me dijo a mí:

—Si no tiene usted miedo, sugiero que la señora Gandhi y los niños vayan en coche a la casa de Mr. Rustomji, mientras usted y yo les seguimos a pie. No me gusta la idea de que entre usted en la ciudad durante la noche, como si fuera un ladrón. No creo que nadie se atreva a hacerle ningún daño. Ahora todo está tranquilo. Los blancos se han dispersado. Pero de cualquier forma estimo que usted no debe entrar en la ciudad furtivamente.

Me mostré de acuerdo. Mi esposa y mis hijos fueron trasladados, sin novedad, a casa de Mr. Rustomji. Y yo con el permiso del capitán, bajé al muelle con Mr. Laughton. La casa de Mr. Rustomji estaba a unos tres kilómetros del puerto.

Apenas desembarcamos, algunos jóvenes me reconocieron y comenzaron a gritar “¡Gandhi! ¡Gandhi!”. Media docena de nombres llegaron corriendo y también empezaron a corear mi apellido. Mr. Laughton, ante el temor de que el grupo fuera en aumento, detuvo a una *ricksha*. A mi jamás me había gustado la idea de viajar en *ricksha* con un hombre tirando del vehículo como una bestia de carga. Esta iba a ser mi primera experiencia. Pero los jóvenes no me dejaban subir. Asustaron al hombre de la *ricksha*, que echó a correr. A medida que avanzábamos la muchedumbre iba en aumento, hasta que llegó el momento en que no pudimos dar un paso más. Agarraron a Mr. Laughton y lo apartaron. Luego me arrojaron piedras, ladrillos y huevos podridos. Alguien me arrancó el turbante, mientras otros me daban puñetazos y patadas. Sintiéndome a punto de desmayarme, me así a los hierros de una ventana, pero siguieron golpeándome. Entonces, casualmente, pasó por allí la esposa del superintendente de policía, que me conocía. La valerosa dama abrió su sombrilla, pese a que no hacía sol, y la interpuso entre mi cuerpo y la multitud, lo cual detuvo la furia de los agresores, pues era imposible seguir golpeándome sin lastimar a la señora Alexander.

Mientras tanto un joven indio que había presenciado la escena, corrió hasta la Central de Policía. El superintendente de policía despachó varios agentes, para que tendieran un cordón protector y me llevaran a casa sano y salvo.

Llegaron a tiempo. La central estaba en nuestro camino y, al llegar a ella, el superintendente me pidió que me refugiara allí. Pero yo le di las gracias y no quise aceptar, diciéndole:

—Estoy seguro de que se quedarán quietos cuando comprendan su error. Confío en su sentido de justicia.

Escoltado por la policía llegué a casa de Mr. Rustomji sin sufrir ningún otro daño. Tenía magulladuras por todas partes, pero ninguna herida, salvo una raspadura. El doctor del barco, Mr. Dadibarjor, me curó lo mejor posible.

Los blancos rodearon la casa de Rustomji. Llegaba la noche y la muchedumbre no cesaba de gritar: “¡Atraparemos a Gandhi!”. El superintendente de policía llegó con algunos subordinados para mantener el orden, pero no por la fuerza, sino gastando bromas. Pero el hombre estaba preocupado y me envió un recado diciendo: “Si quiere usted salvar la casa y los bienes de su amigo, así como también su propia familia, debe disfrazarse y huir cuanto antes”.

De manera que el mismo día me encontré en dos situaciones contradictorias. Cuando el peligro para mi vida era poco menos que imaginario, Mr. Laughton me aconsejó que lo desafiara abiertamente. Yo acepté el consejo. Y cuando el peligro era muy real, otro amigo me daba el consejo contrario, que también aceptaba. ¿Quién puede decir si lo acepté por que mi vida corría peligro o para salvar la vida y los bienes de mi amigo, así como para proteger a mi esposa e hijos? ¿Quién puede decir que yo estaba en lo cierto cuando, en el primer caso, enfrenté abiertamente a la muchedumbre o cuando escapé disfrazado?

Es ocioso especular sobre lo justo o injusto, acertado o erróneo, de los hechos pasados. Lo útil es analizarlos y, de ser posible, extraer una lección para el futuro. Es difícil decir con seguridad, cómo se comportará un hombre en una circunstancia dada. Y también se advierte que juzgar a un hombre por su conducta externa, no es sino una prueba dudosa, por cuanto no se cuenta con todos los datos necesarios.

Sea como fuere, los preparativos de mi fuga me hicieron olvidar las heridas. Como sugirió el superintendente, me disfracé de policía indo, endosándome el uniforme correspondiente y arrollando en mi cabeza un turbante *madrasí*. Me acompañaron dos detectives. Uno iba disfrazado de comerciante indo, con la cara pintada de oscuro, y el otro no recuerdo de qué. Llegamos a una tienda cercana por una calleja solitaria y saltando por encima de los fardos del almacén, salimos por la puerta del negocio, que estaba contigua a la casa de Rustomji. Nos abrimos paso entre la muchedumbre y subimos a un coche

que el jefe de policía había preparado para mí, y con el cual llegamos a la central de policía, en donde Mr. Alexander me había ofrecido refugio poco antes. Allí le di las gracias a él y a los detectives que me acompañaron.

Mientras yo me escapaba, Mr. Alexander entretuvo a la muchedumbre que cantaba lo siguiente:

*Ahorquemos al viejo Gandhi
de cualquiera de nuestros manzanos.*

Cuando el superintendente supo que había llegado sano y salvo a la central, le dio la noticia a la multitud:

—Bueno, vuestra víctima ha logrado escapar por un almacén vecino. Lo mejor es que os disperséis y volváis a vuestras casas.

Al oírlo, algunos se enfurecieron y otros se rieron. Muchos no quisieron creerle.

—Entonces —agregó el superintendente—, puesto que no me creéis, podéis designar a un par de representantes, que estoy dispuesto a llevar al interior de la casa. Si encuentran a Gandhi, con mucho gusto os lo entregaré. Pero si no lo encuentran, os dispersaréis. Estoy seguro de que no tenéis intenciones de destruir la casa de Mr. Rustomji ni de hacerle ningún daño a la Señora de Gandhi y sus hijos.

La muchedumbre designó a dos representantes para que registraran la casa. Regresaron con la desalentadora noticia de que yo no estaba, y la gente se dispersó. La mayoría de ellos se fueron admirando el tacto demostrado por el superintendente y algunos enfurecidos al verse burlados.

El extinto Mr. Chamberlain, que era entonces secretario de Estado para las colonias, cablegrafió al gobierno de Natal exigiendo que se detuviera y procesara a mis atacantes. Mr. Escombe me envió a buscar para expresarme cómo lamentaba la agresión de que había sido objeto, y dijo:

—Créame, siento muy de veras que haya sido insultado y agredido de este modo. Usted tenía derecho a seguir el consejo de Mr. Laughton y afrontar lo peor, pero estoy seguro de que si hubiera aceptado mi sugerencia, no se habrían registrado estos episodios lamentables. Si usted puede identificar a los atacantes, estoy dispuesto a arrestarlos y procesarlos. Mr. Chamberlain también desea que se haga así.

Yo le di la siguiente respuesta:

No quiero que se procese a nadie. Es posible que pueda identificar a uno o dos de los agresores, ¿pero qué adelanto con que se les castigue? Además, no los culpo. Se les hizo creer que yo había formulado en la India afirmacio-

nes exageradas sobre los blancos de Natal, calumniándolos. Si creyeron tal información, no es de extrañar que se enfurecieran. Permítame que le diga que los culpables son los dirigentes. Ustedes podían haber guiado al pueblo debidamente, pero también ustedes creyeron lo que decía Reuter, y dieron por sentado que yo había incurrido en exageraciones. No quiero que se persiga a nadie por lo ocurrido. Estoy seguro de que cuando se conozca la verdad, quienes me agredieron lamentarán su conducta.

—¿Le importaría darme por escrito lo que acaba de decir? Porque tengo que cablegrafiar a Mr. Chamberlain sobre el particular. Pero no quiero que formule una declaración apresurada. Si gusta, consulte con Mr. Laughton y sus amigos, antes de adoptar una decisión final. Debo decirle, sin embargo, que si hace uso del derecho de perseguir a sus agresores, no solo enaltecerá su reputación personal, sino que me prestará considerable ayuda a mí para el restablecimiento del orden.

—Muchas gracias —repliqué—, pero no necesito consultar con nadie. Ya había tomado esta decisión antes de verlo a usted. Estoy convencido de que nadie debe ser encausado y estoy dispuesto a expresar mi opinión por escrito, en este mismo instante.

Y así lo hice, entregándole mi declaración.

4. LA CALMA TRAS LA TORMENTA

Todavía seguía en la Central de Policía cuando, a los dos días me llevaron ante Mr. Escombe. Fui protegido por dos policías, aunque ya no era necesaria semejante precaución.

El día del desembarco, apenas arriaron la bandera amarilla subió a bordo un periodista del “The Natal Advertiser”, para entrevistarme. Este periodista me hizo numerosas preguntas y pude refutar todos los cargos que se me hacían. Gracias a sir Pherozechah Mehta, en la India solo pronuncié discursos escritos y tenía copia de todos ellos, así como de las publicaciones efectuadas. Entregué al periodista todo el material en cuestión, haciéndole ver que en la India no había dicho nada que no hubiera expresado antes en Sudáfrica, incluso con un lenguaje más enérgico. Le demostré igualmente que no había tenido parte alguna en la llegada de los pasajeros indos del *Courland* y el *Naderi*. Buena parte de ellos eran viejos residentes y la mayoría, lejos de quererse quedar en Natal, deseaban irse a Tranvaal, en donde las perspectivas de hacer fortuna eran por aquellos días muy superiores a los que brindaba Natal. Por consiguiente, casi todos los indos preferían ir a Transvaal.

Esta entrevista periodística y mi negativa a querellarme contra mis agresores, causaron una impresión tan honda entre los europeos de Durban, que se sintieron avergonzados de su conducta. La prensa proclamó mi inocencia y condenó a la multitud agresora. De modo que el linchamiento resultó, en definitiva, una bendición para mí ..., o mejor dicho, para la causa. Por de pronto, sirvió para aumentar el prestigio de la comunidad inda en Sudáfrica y facilitó mi trabajo.

Al cabo de tres o cuatro días estaba de vuelta en mi casa y establecido de nuevo. El incidente aumentó mi clientela profesional.

Pero si elevó el prestigio de la comunidad, también sirvió para estimular la llama de los prejuicios. Al comprobarse que los indos eran capaces de sostener una lucha viril, comenzaron a ser considerados como un peligro. Se presentaron dos proyectos de ley en la Cámara legislativa de Natal. Uno de ellos estaba preparado para afectar desfavorablemente al comercio indo y el otro perseguía restringir la inmigración. Por fortuna, la lucha por las franquicias dio como resultado una decisión, según la cual, no se podía votar una ley contra los indos como tales, es decir, que no se podían dictar leyes que establecieran distinciones de color o de raza. Por consiguiente, el lenguaje de los dos proyectos de ley mencionados, hacía que pudieran ser aplicados a todos, ya fueran indos o no, pese a que no perseguían sino imponer restricciones y dificultades a los indos residentes en Natal.

Dichos proyectos de ley aumentaron mucho mis tareas de orden público e hicieron que la comunidad percibiera más vivamente que nunca su sentido del deber. Los proyectos de ley fueron traducidos a todas las lenguas indas, y se explicó su significado para que la colectividad comprendiera las sutilezas contenidas en ellos. Apelamos al secretario de colonias, pero se negó a intervenir, y los proyectos se convirtieron en ley.

Las tareas para el bien público comenzaron a absorberme la mayor parte del tiempo. Sjt. Mansukhlal Naazar, que como ya dije, estaba en Durban, se quedó definitivamente, y al entregarse también él al servicio de la comunidad, me alivió en considerable medida.

El *Sheth* Adamjí Miyakhan había desempeñado sus funciones en mi ausencia muy meritoriamente. Gracias a su labor, el número de afiliados aumentó y en la caja del Congreso Indo de Natal había unas mil libras esterlinas más. Yo aproveché la preocupación suscitada por los mencionados proyectos de ley, al igual que los actos cometidos contra los viajeros indos, para formular nuevos llamamientos para la afiliación y recaudación de fondos, que ascendían ya a 5.000 libras. Mi deseo consistía en garantizarle al Congreso

un fondo permanente, de manera que pudiera adquirir propiedades y continuar su actividad, que podría financiar con la renta de tales propiedades.

El Congreso era mi primera experiencia en el manejo de instituciones públicas. Sometí, pues, la propuesta antedicha a mis colaboradores, los que la aceptaron con entusiasmo. Adquirimos una propiedad, y la renta que daba permitía sufragar los gastos corrientes del Congreso. Esa propiedad, que se puso bajo el patrocinio de varios fideicomisarios, todavía existe, pero se convirtió en origen de muchas querellas internas, hasta el extremo de que la renta se halla hoy depositada en los tribunales.

Esta lamentable situación se produjo después de mi partida de Sudáfrica, pero mi idea de contar con fondos permanentes para la institución, resultó eficaz durante un buen tiempo, antes que surgieran las diferencias mencionadas. Ahora, tras considerables experiencias en muchas instituciones de orden público que han estado bajo mi dirección, he llegado a convencerme de que no es conveniente regir tales organismos con fondos permanentes. Porque todo fondo permanente lleva en su seno el germen que ha de provocar la caída moral de la institución. Tales organismos han de estar, en realidad, dirigidos con aprobación del público, y sostenidos con sus aportes. Cuando las instituciones dejan de contar con el apoyo del público, ya no tienen razón de existir. Pero aquellas que cuentan con fondos permanentes, suelen ignorar la opinión pública e incluso, a veces, actúan en contra de ella. En nuestro país tenemos ejemplos, a cada paso, de esto que digo. Algunos de los fondos llamados religiosos, han pasado a ser cosa aparte y sus fideicomisarios ni siquiera rinden cuentas, por la sencilla razón de que se han convertido en los propietarios y no son responsables ante nadie. Ya no me cabe la menor duda de que el ideal para cualquier institución de orden público es vivir al día, como ocurre con la naturaleza. La institución que deja de contar con el apoyo del público, no tiene derecho a existir. La suscripciones periódicas que recibe un organismo de esa clase, constituyen una prueba de su popularidad, confirmatoria de la honestidad de su administración. Por eso opino que todo organismo de ese tipo debe estar siempre sometido a tal prueba.

Pero no se me interprete mal. Mis observaciones no se refieren a las sociedades que, por su misma esencia, no pueden llevarse adelante sin fondos permanentes. Lo que quiero decir es que los gastos deben ser solventados por las suscripciones voluntarias que aporten periódicamente, bien por entregas mensuales, trimestrales o anuales.

Estas opiniones mías me fueron confirmadas durante los días del *Satyagraha* en Sudáfrica. Esa magnífica campaña que se extendió a lo largo de seis años, fue llevada a efecto sin fondos permanentes, pese a que hacía falta

mucho dinero para mantenerla. Recuerdo los tiempos en que no sabía qué iba a suceder al día siguiente, si no se recibían más suscripciones. Pero no quiero anticiparme a los acontecimientos. El lector hallará la opinión que termino de expresar, confirmada ampliamente en la narración de los hechos subsiguientes.

5. LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS

Cuando desembarqué en Durban, en enero de 1897, venían conmigo tres niños: el de mi hermana, que tenía diez años y los dos míos, de nueve y cinco años, respectivamente. ¿Dónde iba a educarlos?

Podía haberlos enviado a las escuelas existentes para los chicos europeos, pero solo como una excepción, y un favor. Ningún otro hijo de indo sería admitido en dichos establecimientos. Pero, además, se trataba de escuelas establecidas por las misiones cristianas, y yo no estaba dispuesto a inscribir a mis hijos allí, puesto que no me agradaba la educación que las criaturas recibían en ellas. Por otra parte, el vehículo de enseñanza era el idioma inglés, o quizá un incorrecto *tamil* o *hindí*. Y esto también era difícil de arreglar. En general, yo no podía superar todas las dificultades que acumulaban a ese respecto. Mientras tanto, me encargaba yo de enseñarles lo mejor que podía. Pero, de cualquier modo, era un procedimiento irregular; y, simultáneamente, me resultaba imposible conseguir un buen maestro *gujaratí*.

Estaba desorientado. Puse un aviso solicitando un maestro inglés para enseñar a los niños, pero que debía seguir mis instrucciones. Mi idea era que tal maestro les diera una enseñanza regular, que sería complementada con lo que yo pudiera enseñarles. Por consiguiente contraté los servicios de una gobernanta inglesa, por siete libras esterlinas al mes. Y así seguimos durante algún tiempo, aun cuando yo no estaba satisfecho. Los niños adquirieron algunos conocimientos de *gujaratí* gracias a mis lecciones, y sobre todo merced a la conversación con ellos, que siempre se efectuaba empleando la lengua-madre.

No me sentía inclinado a enviarlos a la India, porque estimaba que los niños deben estar junto a sus padres. La educación que las criaturas absorben en un hogar normal, es imposible lograrla en cualquier otra parte, lejos de la familia. Por consiguiente, los mantuve a mi lado. Envié a mi sobrino y a mi primogénito a estudiar en la India unos cuantos meses, pero los hice regresar luego junto a mí. Más tarde, cuando mi hijo mayor tuvo la edad adecuada, se fue a la India para cursar los estudios superiores en Ahmedabad. Tengo la impre-

sión de que mi sobrino quedó satisfecho con lo que pude enseñarle. Desdichadamente murió, siendo muy joven, de una breve enfermedad. En cuanto a mis tres hijos, debo decir que jamás fueron a ninguna escuela pública, con excepción de la que yo improvisé en Sudáfrica para los hijos de los *satyagrahis*.

Dichos experimentos resultaron inadecuados. Yo no podía dedicar a mis hijos todo el tiempo que hubiera querido. La imposibilidad de prestarles la atención necesaria y otras causas inevitables, me impidieron proporcionarles la amplia educación que deseaba, y todos mis hijos se han quejado de mí en este asunto.

Sin embargo, sostengo que si yo hubiera insistido para que se educaran en cualquier escuela pública, se habrían visto privados de la enseñanza que solamente proporciona la experiencia o el contacto constante con los padres. Yo jamás me hubiera librado de mi ansiedad respecto a su formación, y la educación artificiosa que habrían adquirido en Sudáfrica o en Inglaterra, les hubiera impedido comprender la sencillez y el espíritu servicial que hoy poseen. Al mismo tiempo, su manera de vivir, artificial, hubiera constituido un tropiezo muy serio para el desarrollo de mis actividades al servicio de la comunidad. Por consiguiente, aun cuando no he podido darles una educación literaria a su satisfacción ni a la mía, no estoy completamente seguro si miro hacia el pasado, de no haber cumplido con mi deber hacia ellos en la mejor forma que pude y supe. Tampoco lamento no haberlos enviado a las escuelas públicas. Siempre he tenido la sensación de que los rasgos indeseables que hoy veo en mi hijo mayor constituyen un eco de mi juventud indisciplinada. Considero esa época como un período de conocimientos adquiridos a medias, y de abandono. Coincidió con los años más impresionables de mi hijo mayor y, naturalmente, él se niega a considerarla como una época de inexperiencia y auto tolerancia imperdonable. Por el contrario, piensa que fue el período más brillante de mi vida, y que los cambios ocurridos posteriormente se debieron a los desengaños, mal llamados experiencia. Creo que también podría suponer que mis años juveniles constituyen el período del despertar y los posteriores —los del cambio radical— años de desilusión y egotismo.

Con frecuencia me han planteado los amigos algunos interrogantes difíciles de definir. ¿Qué daño les hubiera hecho a mis hijos el recibir una educación académica? ¿Qué derechos tenía yo para cortarles las alas? ¿Por qué me tenía que interponer en su camino impidiendo que se graduasen y eligiese la carrera que quisieran?

No creo que valga la pena discutir demasiado, en torno a estas preguntas. Estuve en contacto con numerosos estudiantes. He tratado, directamente o por intermedio de otras personas, de imponer mis “caprichos” pedagógicos

a otros niños y he podido ver los resultados. Hoy conozco a muchos jóvenes de la misma edad de mis hijos, que han recibido educación académica. Y no creo que ninguno de ellos sea mejor que mis hijos, ni tampoco que estos tengan mucho que aprender de aquellos.

Pero el resultado final de mis experimentos se halla en el seno del futuro. Mi propósito al discutir este tema, es señalar que los estudiosos de la historia de la civilización pueden conocer, en cierta medida, la diferencia entre una educación disciplinada en el hogar y la enseñanza escolar, así como el efecto que produce en los niños, como consecuencia de los cambios introducidos en sus vidas por los padres. Además, el objeto de este capítulo, es mostrar hasta qué extremo es empujado un cultor de la verdad, cuando quiere experimentar sinceramente con ella, del mismo modo, que señalar los sacrificios que exige a sus fieles esa diosa inmutable que es la libertad. Yo estoy satisfecho de haber proporcionado a mis hijos una educación que otros niños no pueden recibir, pues de haberles encarrilado por la vía académica les hubiera privado de la enseñanza objetiva sobre la libertad y del propio respeto que hoy poseen. Cuando hay que elegir entre la libertad y la instrucción, ¿quién es capaz de afirmar que lo primero no debe ser preferido mil veces a lo segundo?

Los jóvenes a quienes visité en 1920, en aquellas ciudadelas de la esclavitud —sus escuelas y colegios—, y a quienes aconsejé que era preferible ser analfabetos y picar piedra en bien de la libertad, que soportar las cadenas de la esclavitud a cambio de una educación literaria, es probable que puedan ahora seguir mi consejo hasta su misma fuente.

6. SERVIR A LOS DEMÁS

Mi profesión progresaba satisfactoriamente, pero distaba mucho de satisfacerme a mí. El problema de simplificar mi vida y de cumplir alguna actividad concreta al servicio de mis compatriotas, me seguía torturando, cuando cierto día llamó a mi puerta un leproso. Yo no tuve valor para darle una comida y despedirlo. Por consiguiente lo albergué en mi casa, curé sus heridas y lo atendí como mejor pude. Pero no podía seguir así indefinidamente. Me faltaba la voluntad necesaria para retenerlo siempre a mi lado. Por tanto, lo envié al hospital del gobierno para los trabajadores indos.

Pero me sentía angustiado. Deseaba cumplir algún trabajo humanitario de carácter permanente. El doctor Booth, director de la “St. Aidan Mission”, era un hombre de buen corazón y atendía a sus pacientes gratuitamente. Gra-

cias a la generosidad del *parsi* Rustomji, fue posible instalar un pequeño hospital, regido por el doctor Booth. Yo me sentía fuertemente inclinado a servir como enfermero en dicho establecimiento. La tarea de preparar las medicinas exigía de una a dos horas diarias en el hospital, y decidí hacerme un hueco en mis tareas profesionales a fin de ocupar el puesto de mezclador de medicamentos en el dispensario anexo al hospital. La mayor parte de mi trabajo jurídico consistía en tareas de gabinete, arbitraje y redacción de escritos. Desde luego siempre tenía algunos casos que exigían la comparecencia ante los tribunales, pero la mayoría de ellos no exigía el juicio oral, y Mr. Khan, que me había seguido a Sudáfrica y que vivía conmigo, se hizo cargo de esas labores durante mi ausencia. Con lo cual pude trabajar en el hospital dos horas cada mañana, incluido el tiempo de ir y venir. Este trabajo me proporcionó cierta paz espiritual. Consistía en escuchar las quejas de los pacientes, exponer los hechos al médico y preparar las medicinas. Lo cual me puso en contacto directo con los indos dolientes en su mayor parte *tamiles*, *telugus* u hombres del norte de la India.

La experiencia me resultó muy útil cuando, durante la primera guerra de los boers, ofrecí mis servicios para cuidar a los soldados enfermos y heridos.

El problema de cuidar a los niños siempre me preocupó. Dos de mis hijos nacieron en Sudáfrica y mi trabajo en el hospital sirvió para atenderlos debidamente. Mi espíritu independiente fue siempre una fuente de pruebas. Mi esposa y yo habíamos decidido tener la mejor asistencia médica en el momento del alumbramiento, pero ¿y si el doctor y la enfermera no llegaban oportunamente, qué iba a hacer yo? Además, la enfermera debía ser inda, y la dificultad de conseguirla en Sudáfrica, ya puede imaginársela el lector. Por consiguiente, comencé a estudiar el tema como para desenvolverme por mi cuenta, con seguridad, para el caso de que fuese necesario. Leí el libro del doctor Tribhuvandas, “Ma-ne Shikhaman – Consejos a una madre” y crié a mis hijos recién nacidos con arreglo a las instrucciones del libro, coordinadas a veces con las experiencias obtenidas aquí y allá. Utilizamos los servicios de una enfermera —por un período no superior a dos meses cada vez—, principalmente, para que atendiera a mi esposa y no para cuidar de las criaturas, cosa de la que me encargaba yo.

El nacimiento de mi último hijo me hizo pasar por una severa prueba. El instante del alumbramiento se produjo de pronto, el doctor no aparecía y tampoco dábamos con la comadrona. Por consiguiente, tuve que hacerme cargo de todo. Mi cuidadoso estudio del libro del doctor Tribhuvandas me resultó de inestimable valor. Y procedí sin nerviosismo alguno.

Estoy convencido de que para el debido cuidado de los niños, todos los padres deberían tener unos conocimientos generales de puericultura. A cada paso pude ver las ventajas de mi prolijo estudio de la cuestión. Mis hijos no gozarían de la excelente salud que tienen hoy día, si yo no hubiera estudiado el tema y aplicado mis conocimientos. Es creencia general, casi una superstición, de que el niño no tiene nada que aprender durante los primeros cinco años de su vida. Pero, lo cierto es que en realidad, el ser humano no aprende en los años posteriores tanto como durante ese período de cinco años. La educación de los niños comienza con la concepción. Los estados físicos y mentales de los padres en el momento de la concepción influyen sobre el hijo futuro. Luego, durante el período del embarazo, sigue estando influido por los humores, deseos y estado físico y espiritual de la madre, así como por su manera de vivir. Después del nacimiento, el niño imita a sus padres y por espacio de un considerable número de años, es un reflejo de lo que son sus progenitores.

La pareja que advierta esto, jamás realizará la unión sexual para satisfacer su apetito carnal, sino cuando deseen tener un hijo. Yo creo que es el colmo de la ignorancia pensar que el acto sexual es una función independiente, como dormir o comer. La existencia del mundo depende del acto de engendrar, y como el mundo es la escena de Dios y un reflejo de su gloria, dicho acto debe ser racional para que esté en correspondencia con el ordenado crecimiento del mundo. Quien llegue a comprender esto dominará su lujuria a toda costa y se equipará con los conocimientos necesarios para el bienestar físico, moral y mental de su prole, transmitiendo así el beneficio de esos conocimientos a la posteridad.

7. BRAHMACHARYA

Llegamos ahora a la fase de mi historia en que comencé a pensar en hacer voto de *brahmacharya**. Yo estaba ligado a un ideal de monogamia desde el mismo día que me casé, pues la fidelidad a mi esposa formaba parte del amor a la verdad. Pero fue en Sudáfrica cuando comprendí la importancia de observar el *brahmacharya*, incluso con respecto a mi mujer. No puedo decir con exactitud qué circunstancia o qué libro me indujo a pensar así, pero me parece que el factor predominante fue la influencia de Raychandbhai, del cual ya

* En términos generales significa abstención de todo placer material y dominio absoluto del pensamiento sobre el cuerpo (*N. del T.*).

hablé anteriormente. Todavía recuerdo una conversación que mantuve con él. En cierta ocasión le hablé elogiosamente de la devoción de la señora Gladstone hacia su esposo. Había leído en alguna parte que la señora Gladstone insistía en prepararle el té a su esposo, aun en la Cámara de los Comunes, y que esta devoción se había convertido en norma de vida de la ilustre pareja, cuyos actos estaban regidos por la regularidad. Hablé de esto al poeta e, incidentalmente, formulé un elogio del amor conyugal.

—¿Qué valorizas más —me preguntó Raychandbhai—: el amor de la señora Gladstone hacia su esposo, como esposa, o sus devotos servicios, prescindiendo de la condición conyugal? Supongamos que la dama no fuera esposa, sino su hermana o su abnegada sirvienta, y que tuviera para con él la misma atención. ¿Qué dirías en tal caso? ¿No tenemos ejemplos de tal devoción entre hermanas y sirvientas o sirvientes? Porque suponte que hubieras hallado el mismo cariño servicial en un criado. ¿Lo habrías considerado igual de meritorio que el caso de la señora Gladstone? Analiza el problema que te planteo.

Raychandbhai era casado. Tengo la impresión de que en aquel momento sus palabras parecían muy duras, pero de todos modos me interesaron de un modo irresistible. Comprendí que la devoción de un sirviente era mil veces más meritoria que la de una esposa hacia su esposo, pues estos se hallan ligados por un lazo indisoluble, en cuyo caso, tal devoción es perfectamente natural. En cambio, exigiría un esfuerzo especial cultivar el mismo estado de ánimo entre criado y amo. El punto de vista expresado por el poeta, comenzó a ser cada vez más evidente para mí.

Por tanto, me pregunté cuáles deberían ser mis relaciones con mi esposa. ¿Iba a consistir mi fidelidad en hacer a mi mujer el instrumento de mi lujuria? En tanto fuera esclavo de la lujuria, mi fidelidad no tenía valor alguno. Para ser justo con mi esposa, debo decir que jamás fue ella la tentadora. Por consiguiente, era muy fácil para mí adoptar el *brahmacharya*, con solo quererlo. El único obstáculo era mi voluntad débil o mi lujuria.

Incluso, después que mi conciencia despertó sobre este asunto, fracasé dos veces. Fracasé porque el motivo que impulsaba mi esfuerzo no era elevado. Mi principal objetivo era no tener más hijos. Durante mi permanencia en Inglaterra leí algo sobre los anticonceptivos. Ya he hablado de la propaganda del doctor Allinson sobre el control de la natalidad, en el capítulo de vegetarianismo. Si tuvo alguna influencia sobre mí, más influyó la oposición de Mr. Hill a tales métodos juntamente con su teoría de oponer el esfuerzo íntimo frente a las intenciones carnales, o sea, el control de uno mismo, como a su debido tiempo pude apreciar. Viendo, por tanto, que no quería tener más

hijos, comencé a esforzarme por lograr la total sumisión de mis instintos. Era una tarea muy difícil para mí. Comenzamos a dormir en camas separadas. Yo decidí acostarme sólo cuando el intenso trabajo de la jornada me hubiera dejado exhausto. Todos esos esfuerzos no parecían dar mucho resultado, pero cuando contemplo el pasado, veo que la determinación final fue por efecto acumulado de esos esfuerzos infructuosos.

No llegué a esa determinación final hasta 1906. Todavía no había comenzado el *Satyagraha* ni yo tenía la menor noción de su advenimiento. Por aquel entonces yo ejercía en Johannesburgo cuando estalló la “rebelión” de los zulúes, que pronto se convirtió en la primera guerra de los boers. Entendí que mi obligación era ofrecer mis servicios al gobierno de Natal. La oferta fue aceptada, como veremos en otro capítulo. Pero el trabajo me hizo pensar más intensamente que nunca en la necesidad del dominio de las pasiones y, de acuerdo con mi costumbre, discutí el asunto con mis colaboradores. Llegué a la conclusión de que la procreación y el consiguiente cuidado de los hijos, eran incompatibles con la prestación de servicios para el bien público. Para poder servir durante la “rebelión” tuve que deshacer mi hogar en Johannesburgo. Al mes de ofrecer mis servicios, hube de renunciar a la casa que tan cuidadosamente había amueblado. Llevé a mi esposa e hijos a Phoenix y dirigí el cuerpo de ambulancias indas, agregado a las fuerzas de Natal. Durante las difíciles marchas que hubimos de efectuar, surgió en mí la idea de que si quería dedicarme al servicio de la comunidad debía renunciar a mi deseo de hijos y riqueza para vivir la vida de un *vanaprastha*, o sea, de la persona que se coloca al margen de las preocupaciones del hogar y la familia.

La “rebelión” no me mantuvo ocupado por más de seis semanas, pero este breve período resultó ser una época muy importante de mi vida, pues la trascendencia de los votos se me apareció más clara que nunca. Comprendí que un voto, lejos de cerrar la puerta a la auténtica libertad, da acceso a ella. Hasta entonces no había podido tener éxito en este sentido porque me fallaba la voluntad, porque carecía de fe en mí mismo, porque no tenía fe en Dios y, por consiguiente, mi raciocinio se zarandeaba por los mares de la duda. Comprendí que al no querer formular un voto, el hombre es arrastrado a la tentación, y que sentirse ligado por el voto, equivale a pasar del libertinaje al auténtico matrimonio monógamo. “Yo creo en el esfuerzo y no quiero atarme mediante votos”, es la postura mental de la debilidad, que así traiciona el sutil deseo de la cosa que se quiere evitar. Porque, si no, ¿dónde está la dificultad en adoptar una decisión firme? Yo puedo hacer el voto de huir de la serpiente que sé que me va a morder. Pero también puedo adoptar la decisión contraria. Si hago esto último, sabiendo que al no huir de ella puede significar mi

muerte, es cosa muy distinta de la mera ignorancia; también si desconozco la realidad de que el reptil puede matarme. Por tanto, si adopto la actitud equivocada, ello implica que no me he dado cuenta cabal de la necesidad de adoptar una decisión definida.

Lo malo de comprometerse es la idea que surge y nos previene: ¿Y si me comprometo ahora, hago un voto y luego, en el futuro, cambio de opinión? Tales dudas nos detienen. Pero esa duda traiciona también una falta de perceptibilidad clara sobre la necesidad de renunciar a algo. Por eso cantaba Nishkulanand:

Cualquier renunciación sin aversión, no es duradera.

Porque, en efecto, cuando el deseo ha desaparecido, el voto de abstinencia es el fruto natural e inevitable.

8. BRAHMACHARYA (II)

Después de amplias discusiones y de maduras deliberaciones hice mi voto en 1906. Hasta entonces yo no había participado a mi esposa lo que pensaba y solamente la consulté en el momento de hacer la promesa. Ella no opuso objeción alguna. Pero yo tuve grandes dificultades para adoptar la decisión definitiva. Carecía de las fuerzas necesarias. ¿Cómo iba a poder controlar mis pasiones? La eliminación de las relaciones carnales con la propia esposa parecía entonces algo muy extraño. Pero me lancé hacia adelante con fe en la ayuda de Dios.

Cuando echo una ojeada retrospectiva a los veinte años transcurridos desde que hice el voto, me siento invadido por el asombro y la satisfacción. El cultivo más o menos incompleto del dominio de las pasiones venía ejercitándolo desde 1901. Pero la libertad y el júbilo que sentí después de formular el voto jamás los había experimentado antes de 1906. Antes de hacer el voto siempre me sentía al borde de verme tentado en cualquier momento. Luego el voto en sí era un escudo seguro contra la tentación. La enorme fuerza del *brahmacharya* se me hacía más patente cada día.

Hice el voto cuando estaba en Phoenix. Apenas me vi libre del trabajo de las ambulancias, me fui a Phoenix, de donde debía regresar a Johannesburgo. Alrededor de un mes después de mi regreso quedaron sentadas las bases del *Satyagraha*. Aun cuando yo lo ignoraba, el voto de *brahmacharya* me había estado preparando para ello. El *Satyagraha* no fue un plan preconcebido.

Surgió espontáneamente, sin que yo lo quisiera. Pero ahora veo que todos mis pasos conducían hacia esa meta. Yo había reducido mis grandes gastos domésticos en Johannesburgo y me fui a Phoenix para formular, como ya dije, mi voto de *brahmacharya*.

El conocimiento de que la perfecta observancia del *brahmacharya* implica la realización del brahmán era algo que yo no aprendí por el estudio del *Shastras*, sino que nació en mi seno con la experiencia. Los textos *shastraicos* que tratan de la cuestión los leí mucho tiempo después. Cada día, a partir de la formulación del voto, fui convenciéndome más y más de que en el *brahmacharya* reside la protección del cuerpo, la mente y el alma. Porque el *brahmacharya* no fue para mí un proceso de dura penitencia, sino que gradualmente se fue transformando en motivo de alegría y consuelo. Cada día que pasaba se revelaba en ello una belleza más fresca que la del día anterior.

Pero si era motivo de creciente júbilo, nadie piense que me resultaba cosa fácil. Incluso, después de cumplir lo cincuenta y seis años seguía siendo difícil. Continuamente me doy cuenta de que es algo así como caminar por el filo de una espada y advierto a cada instante la necesidad de mantener una vigilancia permanente.

El dominio del paladar es la primera cosa esencial en la observación de este voto. Descubrí que llegando a dominar el paladar resulta muy fácil mantener la promesa, gracias a lo cual proseguí mis experimentos sobre dietética no solo desde el punto de vista vegetariano, sino también *brahmachari*. Como resultado de tales experimentos descubrí que los alimentos de un *brahmachari* deben ser muy escasos, sencillísimos, sin condimentos y, a ser posible, sin cocinar.

Seis años de experimentos me probaron que la alimentación ideal para el *brahmachari* consiste en frutas y nueces. La inmunidad de pasiones que yo disfrutaba durante el período en que viví exclusivamente de esos alimentos no la experimenté después, cuando cambié la dieta. El *brahmacharya* no me imponía ningún esfuerzo en Sudáfrica mientras vivía de frutas y nueces solamente. En cambio, comenzó a resultarme difícil desde que empecé a tomar leche. Cómo y por qué tuve que volver a tomar leche es cosa que trataremos en el lugar oportuno. Basta decir aquí que no me cabe la menor duda de que la dieta láctea hace más difícil mantener el voto *brahmacharya*. Que nadie deduzca de esto que el *brahmachari* debe renunciar a la leche. El efecto de los diversos alimentos sobre el *brahmacharya* solo puede determinarse después de numerosos experimentos. Yo todavía tengo que hallar una fruta capaz de sustituir a la leche, que es constructora de los músculos y que se digie-

re fácilmente. Tanto los médicos como los *vaidyas* y *hakimes* no han logrado ilustrarme al respecto. Por tanto, aunque sé que la leche es en parte estimulante, no puedo, de momento, aconsejar a nadie que deje de tomarla.

Como una ayuda exterior al *brahmacharya*, el ayuno es tan necesario como la selección y limitación de la dieta. Tan arrolladores son los sentidos que solamente se les puede mantener bajo control cuando están completamente limados por todas partes, desde arriba y desde abajo. Es sabido que carecen de fuerza cuando la alimentación es escasa o nula y, por tanto, el ayuno es el camino que se sigue para someterlos. Es, indudablemente, algo muy útil. Pero con algunas personas esto no sirve, porque presumen que la mera práctica mecánica del ayuno los inmuniza. Y no basta, pues si mantienen a sus cuerpos sin alimento, sus mentes se dan verdaderos festines, pensando en todo lo que comerán y beberán cuando concluya el ayuno. Con lo cual, su ayuno no sirve para controlar su paladar ni su lujuria. El ayuno es útil solamente cuando la cabeza coopera con el cuerpo desnutrido, es decir, cuando la mente cultiva el desdén por las cosas que se le niegan al cuerpo. La mente es el manantial de toda sensualidad. Por consiguiente, el ayuno tiene un alcance limitado, puesto que el ayunador puede estar azotado igualmente por todas las pasiones.

Sin embargo, puede afirmarse que no se puede aplacar la pasión sexual sin ayunar. El ayuno es indispensable para la observancia del *brahmacharya*. Muchos que aspiran a mantener ese voto fracasan porque utilizan los otros sentidos como las personas que no son *brahmacharis*. Por tanto, su esfuerzo es similar al de aquel que intente sentir el frío del invierno durante los días agobiantes del verano. Debe haber una línea muy clara que separe la vida del *brahmachari* del que no lo es. El parecido que hay entre los dos es solo aparente. La distinción debería ser tan clara como la luz del día. Ambos utilizan su vista, pero mientras el *brahmachari* la usa para contemplar las glorias de Dios, los otros la emplean para admirar las frivolidades de que están rodeados. Ambos utilizan sus oídos, pero mientras los de uno solo oyen las alabanzas a Dios, los otros se hartan de oír vulgaridades. Los dos se acuestan tarde, pero los unos invierten su vigilia en entonar sus preces al Todopoderoso y los otros en perder el tiempo en necedades o vicios. Los dos sienten la intimidad del hombre, pero si uno la convierte en templo de la Divinidad, el otro la transforma en maloliente alcantarilla. De manera que viven como polos opuestos y a medida que pasa el tiempo se agranda la distancia que los separa.

El *brahmacharya* implica dominio de los sentidos en pensamiento, palabra y obra. Día tras día yo fui comprendiendo más y más la necesidad de limitar las pasiones. No hay límite para las posibilidades de la renunciación, y por tanto, el *brahmacharya* tampoco tiene fin. Lograrlo es imposible me-

diante meros esfuerzos limitados. Para la mayoría de los que emprenden ese camino, el *brahmacharya* perfecto es solo un ideal. El aspirante al *brahmacharya* siempre tendrá conciencia de su incapacidad, de su impotencia. Advertirá constantemente que las pasiones, ocultas en los más recónditos pliegues del corazón, no desaparecieron totalmente, y luchará por librarse de ellas. Mientras el pensamiento no se halle bajo el absoluto control de la voluntad, no puede haber *brahmacharya* completo. El pensamiento involuntario es una enfermedad de la mente. Dominar los pensamientos implica, por consiguiente, controlar la mente, lo cual resulta todavía más difícil que someter al viento. Sin embargo, la existencia de Dios en el interior de cada ser humano hace que sea posible el control de la mente. Que nadie crea que es imposible porque es difícil. Es la meta más elevada y nada tiene de extraño que para alcanzarla haya que efectuar los esfuerzos más extremados.

Pero fue después de regresar a la India cuando comprendí que tal *brahmacharya* era imposible de lograr mediante el mero esfuerzo humano. Hasta entonces yo me había esforzado con el convencimiento de que, por sí sola, la dieta de frutas me permitiría desarraigar todas mis pasiones, y me recreaba pensando que no tenía nada más que hacer.

Pero no debo anticiparme al capítulo de mis luchas. Mientras tanto, permítaseme aclarar que aquellos que desean observar el *brahmacharya* con el propósito de realizarse en Dios no tienen por qué desesperar, con tal de que su fe en Dios se iguale a su confianza en el propio esfuerzo.

*Vishaya Vinivirtante Niraharasya Dejin
Rasvare Rasotpyasya paran drishta nivartate*

“Los sentidos-objeto se apartan de las almas abstemias, dejando atrás su sabor. Y el sabor también desaparece con la realización de lo supremo”*.

Por consiguiente, su nombre y su gracia son los últimos recursos del aspirante a la *moksha*. Esta verdad solamente la descubrí después de regresar a la India.

9. VIDA SENCILLA

En Sudáfrica yo había iniciado una vida de comodidad y facilidad, pero el experimento duró poco. Aun cuando había amueblado mi hogar cuidado-

* El *Bahgavad Gita*, 2-59.

samente, tal escenario no se apoderó de mí en absoluto. Y apenas me embarqué en esa dirección, frené y comencé a reducir los gastos. La cuenta de la lavandería era considerable, y además el lavadero no se distinguía por su puntualidad, por lo cual no me alcanzaban dos o tres docenas de camisas. Los cuellos tenía que mudármelos todos los días y las camisas por lo menos día sí y día no. Esto implicaba un doble gasto que me pareció innecesario. En consecuencia compré todos los elementos precisos así como un libro sobre la manera de lavar, estudié el arte de la lavandería y se lo enseñé también a mi esposa.

No cabe duda de que constituía un trabajo que se sumaba a los otros, pero la novedad lo convirtió en un placer.

Jamás olvidaré el primer cuello que lavé con mis manos. Le puse más almidón del necesario y como la plancha no estaba bastante caliente, por temor a quemarlo, lo planché muy mal. El resultado fue que aun cuando el cuello quedó bastante rígido el almidón sobrante se desprendía continuamente. Fui a Tribunales con el cuello en cuestión, como invitando a que los colegas se burlaran de mí. Pero incluso en aquella época ya era yo impermeable al ridículo.

—Bueno —comenté—, este es mi primer experimento sobre la manera de lavar los cuellos por mi cuenta y la cantidad de almidón que deben llevar. Pero no me turba el que este pierda almidón y, además, tiene la ventaja de proporcionarles a ustedes un motivo de diversión.

—Pero tengo entendido que por aquí no faltan los lavaderos —dijo un amigo.

—La cuenta del lavadero es muy crecida —respondí—. Lavar y planchar un cuello cuesta casi tanto como comprarlo y así y todo uno siempre depende del lavadero. Prefiero lavar yo mi ropa.

De todos modos no logré convencer a mis amigos sobre lo hermoso que es bastarse a sí mismo. Con el tiempo aprendí a lavar y planchar expertamente y el resultado fue que mi ropa estaba limpia y presentada de un modo equiparable a la de los lavaderos. Mis cuellos aparecían tan rígidos y blancos como los de cualquiera.

Cuando Gokhale vino a Sudáfrica llevaba como turbante una banda que le había regalado Mahadeo Govind Ranade. Gokhale trataba aquel regalo con veneración y solamente lo usaba en ocasiones especiales. Una de ellas fue el banquete que le dieron en su honor los indos de Johannesburgo, y la banda estaba arrugada y necesitaba un planchado.

No era posible enviarlo a un lavadero y tenerlo a tiempo. Entonces yo le ofrecí mi arte.

—Puedo confiar —me dijo— en su capacidad como abogado, pero no como lavadero y planchador. ¿Y si me arruina la banda? ¿Sabe usted lo que significa para mí esa prenda?

Y con este motivo nos contó, jubilosamente, la historia del regalo. Sin embargo, yo insistí, garantizándole un trabajo perfecto, obtuve su permiso para plancharla y me gané su certificado de aptitud. Después de lo cual no me importaba que el resto del mundo negara mis dotes de planchador.

Del mismo modo como conquisté mi independencia de las lavanderías, me independicé también del peluquero. Toda la gente que va a Inglaterra para estudiar aprende el arte de afeitarse, pero nadie, que yo sepa, aprende a cortarse el pelo. Me dispuse a dominar también esa actividad.

Cierto día entré en una barbería de Pretoria y el peluquero se negó, desdenosamente, a cortarme el pelo. Me sentí ofendido pero, inmediatamente, compré unas tijeras y me corté el pelo delante de un espejo. Logré hacerlo decorosamente por la parte de adelante, pero atrás me llené de trasquilones. Los amigos de Tribunales reventaban de risa.

—¿Qué le pasó a su cabello, Gandhi? ¿Anduvieron las ratas en él?

—No. El peluquero blanco no condescendió a tocar mis negros cabellos. Por consiguiente decidí cortármelos yo, aunque fuese mal.

Y mi réplica no sorprendió a mis compañeros.

El peluquero no fue injusto al negarse a cortarme el pelo. Si lo hubiera hecho corría el riesgo de perder su clientela, por atender a un hombre de color. También entre nosotros, los indos, no permitimos que nuestros peluqueros atiendan a los intocables. Yo recibí la recompensa de esta actitud en Sudáfrica, y no una, si no varias veces, y la convicción de que era un castigo de nuestros propios pecados evitó que me irritara.

Las formas extremas que asumió mi pasión por la vida sencilla y para bastarme a mí mismo las relataré en el lugar oportuno. La simiente estaba sembrada desde hacía tiempo. Solo necesitaba algún riego para germinar y echar raíces, florecer y fructificar. El riego llegó en el momento debido.

10. LA GUERRA DE LOS BOERS

Debo eludir muchas otras experiencias correspondientes al período comprendido entre 1897 y 1899 y referirme a la guerra de los boers.

Cuando estalló la guerra mis simpatías personales recayeron en los boers, pero entonces creía que no tenía derecho, en tales casos, de imponer mis con-

vicciones individuales. Ya he tratado minuciosamente sobre mi lucha íntima a este respecto en mi historia de *Satyagraha* en Sudáfrica y no debo repetir aquí los mismos argumentos. Invito al curioso lector a que hojee dichas páginas. Baste decir que mi lealtad al gobierno británico me llevó a tomar parte en dicho conflicto junto a los ingleses. Yo pensaba que si exigía mis derechos como ciudadano británico también, como tal, tenía el deber de participar en la defensa del imperio británico. Yo sostenía entonces que la India podía lograr su completa emancipación solo dentro y a través del imperio británico. Por consiguiente, reuní todos los camaradas que pude y con grandes dificultades conseguí que se aceptaran sus servicios como cuerpo de ambulancias.

El inglés medio creía que el indo era un cobarde, incapaz de correr riesgos o de mirar más allá de su propio interés. Por este motivo, muchos amigos ingleses arrojaron un jarro de agua fría sobre mi proyecto. Pero el doctor Booth lo apoyó con toda el alma. Nos adiestró para el trabajo de sanitarios y conseguimos los certificados médicos que declaraban nuestra aptitud para el servicio. Mr. Laughton y el extinto Mr. Escombe apoyaron el plan con todo entusiasmo y, al fin, pedimos que se nos enviara al frente. El gobierno nos dio las gracias por nuestro pedido, pero contestó que no se precisaban de momento nuestros servicios.

Pero yo no me quedé satisfecho con esa negativa. Valiéndome de una tarjeta de presentación del doctor Booth, visité al obispo de Natal. Había muchos indos cristianos en nuestro cuerpo. El obispo quedó encantado con mi propuesta y prometió ayudarnos para que fueran aceptados nuestros servicios.

El tiempo trabajaba en nuestro favor. Los boers habían demostrado más arrojo, determinación y valentía de lo que se esperaba. Y finalmente se necesitaban nuestros servicios.

Nuestro cuerpo estaba integrado por 1.100 hombres, con unos 40 oficiales. Alrededor de 300 eran indos libres y el resto trabajadores contratados. El doctor Booth estaba también con nosotros. El cuerpo se comportó bien. Aun cuando nuestra tarea se desarrollaba fuera de la línea de fuego, y aunque teníamos la protección de la Cruz Roja, en un momento crítico se nos pidió que actuáramos en la línea de fuego. Las autoridades no querían que actuáramos en primera línea, pero cambiaron de actitud después del rechazo de Spion Kop. El general Buller envió un mensaje diciendo que aunque no estábamos comprometidos para correr el riesgo de actuar en primera línea, el gobierno quedaría muy agradecido si retirábamos a los heridos del campo de batalla. No vacilamos un instante y la batalla de Spion Kop nos encontró en la línea de fuego. Durante esos días tuvimos que caminar de treinta a cuarenta kilóme-

tros por día, llevando en parihuelas a los heridos. Entre los heridos que transporté tuve el honor de llevar a soldados como el general Woodgate.

El cuerpo fue disuelto al cabo de seis semanas de actuación. Después de los reveses de Spion Kop y Vaalkranz, el comandante en jefe británico abandonó el intento de auxiliar a Ladysmith y otros lugares poniendo en juego todas sus fuerzas y decidió proceder lentamente, esperando la llegada de refuerzos de Inglaterra y la India.

Nuestro humilde trabajo fue muy aplaudido en aquel entonces y el prestigio indo aumentó considerablemente. Los diarios publicaron versos laudatorios como aquel de: “En fin de cuentas, todos somos hijos del Imperio”.

El general Buller mencionó en sus comunicados el trabajo cumplido por el cuerpo indo, y sus oficiales fueron condecorados con la medalla de guerra.

La comunidad inda comenzó a estar mejor organizada. Entré en íntimo contacto con los trabajadores contratados. Se produjo entre ellos un notable despertar del conocimiento y arraigó profundamente la idea de que hindúes, musulmanes, cristianos, *tamiles*, *gujaratís* o *sindhís* eran todos indos e hijos de una misma patria. Todos creímos que las diferencias indas iban a quedar obviadas para siempre. Y por aquel entonces la actitud de los hombres blancos parecía haber cambiado netamente a nuestro favor. Las relaciones que mantuvimos con los blancos durante la guerra fueron de lo más dulces. Estuvimos en contacto con millares de *tommies* y esos soldados se mostraron muy cordiales con nosotros y agradecidos por haber ido allí para servirles.

No puedo menos que recordar una grata reminiscencia reveladora de que la naturaleza humana se manifiesta en sus aspectos más nobles durante las horas de peligro. Íbamos marchando hacia Chieveley Camp, en donde el teniente Roberts, hijo de lord Roberts, había caído mortalmente herido. Nuestro cuerpo sanitario tuvo el honor de retirar su cadáver del campo de batalla. Era un día sofocante y todos teníamos una sed rabiosa. En el camino nos encontramos con un pequeño manantial en donde aplacar nuestra sed. Pero ¿quién iba a beber primero? Nosotros propusimos beber después que los *tommies*. Pero ellos nos pedían que bebiésemos nosotros antes. Así durante un corto tiempo, nos disputamos por cedernos la precedencia uno a otros.

11. REFORMA SANITARIA Y AYUDA A LOS HAMBRIENTOS

Jamás he podido ponerme de acuerdo con los miembros de la sociedad que fomentan el atraso. Siempre me repugnó ocultar o asumir cualquier complicidad sobre los puntos débiles de la comunidad, ni reclamar que se reco-

nozcán sus derechos antes de haberse limpiado de sus defectos. En consecuencia, desde que me establecí en Natal me esforcé por liberar a la comunidad de una acusación que pesaba sobre ella, no sin cierta razón. Con frecuencia se había acusado a los indos de descuidados en sus costumbres y de no mantener su casa y alrededores debidamente limpios. Por consiguiente, los hombres más destacados de la comunidad ya habían comenzado a poner sus hogares en orden, pero al anunciarse como inminente la aparición de una epidemia en Durban se inició una inspección casa por casa. Esto se hizo después de consultar y obtener la aprobación de los principales de la ciudad, que desearon contar con nuestra cooperación.

En realidad, nuestra colaboración les facilitó la tarea y, simultáneamente, aminoró nuestras propias dificultades. Porque lo cierto es que cuando estalla una epidemia los ejecutivos, por regla general, se impacientan, adoptan medidas excesivamente drásticas y proceden con mano muy dura con aquellos que incurren en su desagrado. Así, la comunidad se salvó a sí misma de tal opresión al adoptar normas sanitarias de una manera espontánea.

Sin embargo, al colaborar en dicha tarea conocí amargas experiencias. Vi que no era tan fácil contar con la ayuda de la colectividad para que cumpliera su deber como para reclamar sus derechos. En algunos lugares se me insultó y en otros fui recibido con una cortés indiferencia. Era mucho para la gente decidirse a mantener limpios los lugares donde vivían. Y esperar a que consiguiera dinero para que otros se encargaran de la limpieza, era pedir demasiado. Estas experiencias me enseñaron, mejor que nunca, en qué medida es imposible que el pueblo realice ninguna tarea de servicio público sin antes desplegar, para lograrlo, una paciencia infinita. Es el reformador el que está ansioso por lograr la reforma, y no la sociedad, de la cual solo puede esperar oposición, aborrecimiento e incluso una persecución a muerte. ¿Por qué la sociedad no ha de poder considerar como regresión lo que el reformador contempla como vital y progresista?

No obstante, como consecuencia de esta agitación, la comunidad inda comenzó a reconocer en cierta medida que era necesario mantener limpias sus casas y alrededores. Me gané la estimación de las autoridades, que vieron que, aun cuando siempre me ocupaba de ventilar agravios y de exigir nuestros derechos, también era exigente y tenaz para imponer la autopurificación de la gente.

De todas formas, todavía quedaba una cosa por hacer: despertar en el emigrante indo el sentimiento del deber hacia su patria. La India era pobre, el colono indo llegó a Sudáfrica en busca de riquezas y estaba obligado a contribuir, con parte de sus ganancias, al beneficio de sus compatriotas en sus

momentos de adversidad. Y así lo hizo el emigrante indo durante el hambre terrible que azotó a la India en 1897 y 1899. Contribuyeron ampliamente al alivio del hambre en su patria, y más generosamente en 1899 que en 1897. También acudimos a los ingleses para recaudar fondos, y respondieron bien. Incluso, los trabajadores contratados indos aportaron lo que pudieron, y el sistema inaugurado durante esos dos períodos de hambre se mantuvo desde entonces, y hoy sabemos que los indos de Sudáfrica jamás dejan de enviar amplias contribuciones a la India en las épocas de calamidad nacional.

De este modo, el servicio de los indos en Sudáfrica siempre me fue revelando nuevas implicaciones de la verdad. La verdad es como un árbol de amplias ramas, que da más y más frutos a medida que se lo cultiva mejor. Cuanto más profundizaba yo en mis excavaciones por la mina de la verdad, más ricos eran mis descubrimientos sobre las gemas allí enterradas, adoptando la forma de una inmensa variedad de servicios a prestar.

12. REGRESO A LA INDIA

Al concluir mis obligaciones respecto a la guerra de los boers, comprendí que mi trabajo yo no estaba en Sudáfrica sino en la India. No es que no hubiera cosas que hacer en Sudáfrica, pero yo temía que mi tarea principal consistiera en hacer dinero.

Mis amigos de la India también me presionaban para que regresara y yo advertía que mis servicios serían más útiles en la patria. Además, para seguir adelante en Sudáfrica, allí quedaban Kahn y Mansukhlal Naazar. De modo que pedí a mis colaboradores que me relevaran. Finalmente, y no sin grandes dificultades, fue aceptado mi pedido, pero con la condición de que estaría pronto para regresar a Sudáfrica en cuanto la comunidad me necesitara. Pensé que era una condición muy dura, pero el amor que me ligaba a la comunidad me hizo aceptarla.

*Dios me ha atado
con la hebra de algodón del amor,
y yo soy su esclavo.*

Canta Mirabai. Y también en mi caso la hebra de algodón que me ataba a la comunidad era demasiado fuerte para poder romperla. La voz del pueblo

es la voz de Dios, y en mi caso, la voz de los amigos era demasiado auténtica como para desoírla. Acepté, pues, la condición y obtuve su permiso para partir.

Por aquel entonces yo solo estaba íntimamente relacionado con Natal. Los indos de Natal me bañaron con el néctar del amor. Se organizaron en todas partes festejos de despedida, y me fueron entregados costosos presentes.

Ya anteriormente, cuando fui a la India en 1899, se me hicieron regalos, pero en esta ocasión la despedida resultó abrumadora. Los presentes incluían objetos de oro y plata e incluso algunas alhajas con diamantes.

¿Qué derecho tenía yo de aceptar tales regalos? Si los admitía, ¿cómo podía persuadirme de que estaba sirviendo a la comunidad sin remuneración? Todos los regalos, salvo algunos que me habían hecho mis clientes, eran por mi prestación de servicios a la colectividad, y ni siquiera podía establecer diferencias entre mis clientes y mis colaboradores, puesto que los primeros también me ayudaron en las actividades de orden público.

Uno de los presentes era un collar de oro, que valía como mínimo cincuenta guineas, destinado a mi esposa. Pero, incluso, ese regalo era en recompensa de mis actividades públicas, de manera que no podía separarse del resto.

La noche en que me entregaron todos los obsequios fue para mí una noche sin sueño. Paseé, agitado, por mi dormitorio, sin encontrar la solución del problema. Me resultaba difícil rechazar regalos de tanto valor, pero más difícil aún me resultaba retenerlos.

E incluso si yo podía retenerlos, ¿qué ocurriría con mi mujer y mis hijos? Yo los estaba educando para una vida de servicio, haciéndoles comprender que servir a los demás lleva en sí su recompensa.

No teníamos en la casa joyas ni ornamentos valiosos. Había convertido nuestras vidas en una expresión de máxima sencillez. ¿Cómo, pues, podíamos permitirnos el lujo de tener relojes de oro? ¿Cómo podíamos llevar cadenas de oro y anillos con diamantes? En aquel tiempo ya exhortaba yo a la gente a desprenderse de la fatuidad de las joyas. ¿Qué debía hacer, entonces, con las alhajas que habían llovido sobre nosotros?

Decidí que no debía retener aquellas cosas. Escribí una carta creando un fondo con las alhajas a favor de la comunidad y designando al *parsi* Rustomji y a otros amigos fideicomisarios. Por la mañana celebré una conferencia con mi esposa y mis hijos y, finalmente, me libré de la pesada carga.

Por supuesto, no ignoraba que iba a tener dificultades con mi esposa y, en cambio, estaba seguro de no tenerlas con los niños. Por consiguiente, decidí que los chicos se hicieran cargo de mi defensa.

Los niños aceptaron con entusiasmo el papel de abogados.

—No necesitamos esos costosos presentes —me dijeron—. Debemos devolverlos a la comunidad, y si alguna vez los precisáramos, lo cual ojalá no ocurra nunca, podríamos comprarlos.

—Entonces —respondí yo, encantado—, seréis vosotros los que convenzáis a vuestra madre, ¿no es así?

—Por supuesto —replicaron—. Eso es cosa nuestra. Ella no necesita llevar esas alhajas. Lo que querría es guardarlas para nosotros y si nosotros no las queremos, ¿por qué ha de oponerse a que nos libremos de ellas?

Pero el asunto era más fácil de decir que de lograr.

—Puede que tú no las necesites —dijo mi esposa—. Ni que las precisen los niños, aunque te siguen la corriente porque tú los has engatusado. También puedo comprender por qué no lo permites que las use yo. Pero ¿qué hay de mis cuñadas? Ellas sí que las necesitan. Además ¿quién sabe lo que puede suceder mañana? Yo sería la última persona en el mundo capaz de desprenderme de esos regalos que con tanto amor nos han dado.

Y así siguió el torrente de los argumentos, reforzado al final con las lágrimas. Pero los niños fueron inflexibles y yo no me dejé conmovir.

—Los niños —tercié yo, suavemente— todavía han de casarse. Nosotros no queremos que se casen jóvenes. Cuando crezcan, ya resolverán ese problema por su cuenta. Pero es evidente que nosotros no deseamos para nuestros hijos esposas que gusten de llevar alhajas. Y si, en fin de cuentas, tenemos que proporcionarles joyas, aquí estoy yo. Cuando llegue el momento no hay más que pedírmelas.

—¿Pedirte alhajas a ti? —saltó mi esposa—. Tú me privaste de mis joyas y ahora tampoco me dejas llevarlas en paz. ¡Qué curioso oírte a ti ofreciendo alhajas para las nueras! ¡Pero si desde ahora estás procurando convertir en *sadhus* a mis hijos! No, no devolveremos esas alhajas. Además ¿quieres decirme qué derecho tienes a devolver mi collar?

—Pero ese collar —respondí— ¿te lo obsequiaron por tus servicios o por los míos a la colectividad?

—De acuerdo. Pero los servicios prestados por ti son tan buenos como los que yo presté. Me he afanado y he sudado por ti día y noche. ¿No es eso un servicio? Por ti he pasado toda clase de penalidades e inquietudes, por ti he derramado amargas lágrimas y al esclavizarme por ti, también me he esclavizado por la colectividad.

Aquellas palabras eran dardos bien dirigidos y algunos de ellos dieron en el blanco. Pero yo estaba decidido a devolver los ornamentos. De cual-

quier forma, conseguí arrancarle a regañadientes su consentimiento y devolvimos todos los regalos recibidos en 1896 y 1901. Se designaron los administradores del fondo, que fue depositado en un banco para utilizarse en bien de la comunidad de acuerdo con mis deseos y con las recomendaciones que los fideicomisarios juzgaran oportunas.

A menudo, cuando he precisado dinero para cuestiones de carácter público, y me he sentido tentado de recurrir a ese fondo, siempre he logrado obtener la cantidad necesaria y dejar intacto ese depósito. Todavía está allí, en Sudáfrica. Se recurre a él en épocas de necesidad y los intereses lo han ido aumentando poco a poco.

Jamás lamenté el paso que había dado y, con el correr de los años, mi esposa también comprendió lo prudente de la medida.

Tengo la opinión inquebrantable de que quienes se dedican al servicio de la sociedad no deben aceptar donaciones valiosas.

13. OTRA VEZ EN LA INDIA

De manera que me embarqué de regreso a la patria. Mauricio fue uno de los puertos de escala, y como el barco se detuvo largo tiempo, aproveché para bajar a tierra y documentarme sobre las condiciones locales. Por una noche fui huésped de sir Charles Bruce, gobernador de la colonia.

Al llegar a la India pasé algún tiempo viajando por el interior del país. En 1901, el Congreso se reunió en Calcuta, bajo la presidencia de Mr. (más tarde sir) Dinshaw Wacha. Y yo, por supuesto, asistí. Fue mi primera experiencia del Congreso Indo en mi patria.

Desde Bombay viajé en el mismo tren que sir Pherozeshah Mehta, pues tenía que hablar con él sobre la situación de Sudáfrica. Yo ya conocía su regia manera de vivir. Había contratado un coche-salón especial. Para hablar con él me dijeron que ascendiera al coche en determinada estación. Llegué al salón y me presenté ante sir Pherozeshah. Estaban con él Mr. Wacha y Mr. (ahora sir) Chimanlal Setalvad. Estaban discutiendo de política. En cuanto sir Pherozeshah me vio, dijo:

—Gandhi, me parece que nada podemos hacer por usted. Desde luego, aprobaremos la moción que quiere presentar. Pero ¿qué derecho tenemos en nuestro país? Yo creo que mientras no tengamos poder sobre nuestra propia tierra, no podremos lograr nada en las colonias.

Me quedé sorprendido. Mr. Setalvad parecía coincidir. Mr. Wacha me dirigió una mirada patética.

Traté de argumentar con sir Pherozechah, pero era inútil que un hombre como yo tratara de imponer su criterio al rey sin corona de Bombay. Me conformé con el hecho de que mi proposición sería aceptada.

—Tiene que enseñarme la proposición —me dijo Mr. Wacha para animarme.

Le di las gracias y descendí en la estación siguiente.

Llegamos a Calcuta. El presidente fue llevado con gran pompa hasta su alojamiento por el comité de recepción. Yo le pregunté a un voluntario del Congreso en dónde debía alojarme. Me llevó al Ripon Collage, en el cual se habían instalado numerosos delegados. La fortuna me favoreció, pues en la misma ala del edificio donde yo estaba se encontraba también Lokamanya. Si no me equivoco, llegué un día después que yo.

Y, como era natural, jamás se veía a Lokamanya sin su *darbar*. Si yo fuera pintor podría pintarlo tal como lo vi sentado en su cama, pues aquella escena sigue vívidamente impresa en mi memoria. Entre las innumerables personas que lo visitaron recuerdo solamente a una, el extinto Babu Motilal Ghose, director del “Amrita Bazar Patrika”. Ambos rieron a carcajadas y su conversación sobre los errores e injusticias de la raza gobernante es inolvidable.

Pero me propongo examinar con cierto detalle lo que ocurría en mi alojamiento. Los voluntarios abundaban en gran medida. Si se le pedía a uno de ellos que hiciera tal o cual cosa, delegaba la tarea en otro, este en un tercero y así sucesivamente. En cuanto a los delegados, jamás se le encontraba por ninguna parte.

Hice amistad con algunos voluntarios y les conté cómo se desarrollaban las cosas en Sudáfrica, por lo que se sintieron algo avergonzados. Traté de hacerles entender cuál era el secreto del servicio a la comunidad. Parecieron comprender, pero el deseo de servir no es un hongo que brota espontáneamente. Presupone buena voluntad, en primer término, pero también experiencia. No faltaba la voluntad por parte de aquellos jóvenes de corazón sencillo, pero su experiencia era nula. El Congreso se reunía tres días cada año y luego dormía hasta el año siguiente. ¿Qué adiestramiento se podía extraer de tres días de enseñanza por año? Y a los delegados les pasaba lo mismo que a los voluntarios, pues su adiestramiento no era mejor en calidad ni en tiempo. Los voluntarios no hacían nada por sí mismos. Las órdenes que recibían constantemente siempre empezaban así: “Voluntario, haga esto”. “Voluntario, haga lo otro”.

También aquí me tropecé con el problema de los intocables. La cocina de los *tamiles* estaba muy alejada de las otras. Para los delegados *tamiles*, aun

la presencia de los intocables mientras comían, implicaba contaminación. Por consiguiente, hubo que erigir una cocina especial para ellos dentro del recinto del colegio, amurallada por una pared de mimbres tejidos. La tal cocina, que era a la vez comedor y fregadero, estaba siempre llena de humo, pues no tenía ventanas ni otro respiradero de ninguna especie. Aquello me pareció una imitación burlesca de *Varnadharmā*. Pensé que si imperaba tal criterio sobre la intocabilidad entre los delegados del Congreso, era fácilmente presumible el que reinaría entre los representados por ellos. Y di un suspiro ante esa sola idea.

No había límite para la falta de higiene. Por todas partes surgieron charcos de agua estancada. Como había pocas letrinas, el mero recuerdo de su hedor me enferma incluso hoy día. Le dije a uno de los voluntarios que aquello era intolerable. Y me contestó rotundamente: “Esa no es mi tarea. Eso corresponde a los basureros”. Pedí una escoba y agua. El hombre se me quedó mirando, asombrado. Conseguí una y limpié la letrina. Pero era una letrina solamente. El movimiento era tan grande y las letrinas tan pocas que debieran haberse limpiado con frecuencia. Sin embargo, yo no podía hacer todo el trabajo. Por tanto, me conformé con limpiar la que yo utilizaba con otros. A los demás no parecía importarles el hedor ni la suciedad.

Pero eso no fue todo. Algunos de los delegados no tenían escrúpulos en utilizar las galerías durante la noche como receptáculo de sus necesidades fisiológicas. Por la mañana señalé a los voluntarios algunos de los lugares.

Pero ni uno de ellos mostró inclinado a limpiarlos, y ni siquiera encontré a nadie que estuviera dispuesto a compartir conmigo el honor de hacer la limpieza.

Desde entonces hasta ahora, las condiciones han mejorado considerablemente, pero incluso hoy sigue habiendo delegados que no tienen el menor empacho en ensuciar el lugar del Congreso por no tomarse la molestia de ir a la letrina, y no siempre se encuentran voluntarios dispuestos a ir tras ellos para limpiar lo que ensuciaron.

Vi que si las sesiones el Congreso hubieran durado más tiempo, las condiciones hubieran sido totalmente favorables para que se produjera una epidemia.

14. EMPLEADO Y MOZO DE SERVICIO

Faltaban dos días para que comenzaran las sesiones. Con el fin de obtener alguna experiencia, decidí ofrecer mis servicios a la oficina del Congre-

so. De manera que apenas concluí las cotidianas abluciones el día de mi llegada a Calcuta, me dirigí a la oficina.

Babu Bhupendranath Basu y Sjt. Ghosal eran los secretarios. Me dirigí al primero y le ofrecí mis servicios. Me miró y dijo:

—No tengo trabajo alguno para usted, pero posiblemente Ghosalbabu lo necesite. Vaya a verle a él, por favor.

Y me dirigí a Ghosal, quien hizo un gesto cordial y, sonriendo exclamó:

—Le prevengo que solo puedo darle un puesto de empleado. ¿Lo aceptaría usted?

—Por supuesto —repliqué—. Estoy aquí para hacer cualquier trabajo, con tal de que no sea superior a mi capacidad.

—¿He aquí, joven, el verdadero espíritu que se debe tener en el Congreso! —manifestó Ghosal. Y dirigiéndose a los voluntarios que nos rodeaban, les dijo: —¿Han oído bien lo que dice este hombre?

Ghosal se dirigió a mí nuevamente y añadió:

—Bueno, entonces aquí tiene un montón de cartas para leer. Tome una silla y empiece. Como usted puede ver, cientos de personas quieren verme. ¿Qué puedo hacer? ¿He de recibirlas a todas y también contestar a toda esta gente que me inunda de cartas? No tengo empleados a quienes confiar este trabajo. La mayor parte de estas cartas contienen naderías pero, por favor, léalas todas, señáleme las que valgan la pena e indique cuáles deben ser contestadas.

Quedé encantado con la confianza depositada en mí por Ghosal, que no me conocía cuando me encargó la tarea. Solo algún tiempo después se enteró de mi identidad.

Encontré muy fácil mi trabajo: la lectura y clasificación de las cartas. Lo hice en un santiamén y Sjt. Ghosal estaba muy satisfecho. Era un hombre muy comunicativo. Hablaba hora y horas sin cesar. Cuando se enteró de mi historia lamentó haberme dado el trabajo de un empleado menor. Pero yo lo tranquilicé:

—Por favor, no se preocupe. ¿Qué soy yo al lado de usted? Usted ha encanecido al servicio del Congreso Nacional Indo y es como un padre para mí. Yo no soy sino un joven sin experiencia. Soy yo quien queda profundamente reconocido por haberme confiado este trabajo. Porque yo deseaba y deseo trabajar para el Congreso, y usted me ha proporcionado la rara oportunidad de poder penetrar los detalles minúsculos.

—En verdad —respondió Sjt. Ghosal— ese es el auténtico espíritu que debería existir. Pero los jóvenes de hoy no lo sienten así. Desde luego, co-

nozco al Congreso desde su nacimiento y he envejecido a su servicio. En realidad puedo reclamar una parte con Mr. Hume en el nacimiento de este organismo.

Nos hicimos excelentes amigos. Él insistió en que almorzáramos juntos. Sjt. Ghosal acostumbraba a que su mozo de servicio le abrochara la camisa todos los días. Decidí efectuar el trabajo del mozo. Me encantaba, como me hubiera gustado hacerlo por cualquier anciano de mi familia. Sjt. Ghosal se sintió verdaderamente feliz de recibir este y otros pequeños servicios. Al pedirme que le abrochara la camisa me decía:

—Ya lo ve. El secretario del Congreso no tiene tiempo ni de abrocharse la camisa. ¡Siempre tiene algún trabajo que hacer!

La ingenuidad de Sjt. Ghosal me divertía, pero no creaba en mí ningún disgusto el desempeño de funciones humildes, pues el beneficio que recibía yo al efectuar tales tareas era incalculable.

En pocos días llegué a conocer el trabajo del Congreso en su aspecto íntimo. Me entrevisté con la mayor parte de los dirigentes. Observé los movimientos de los grandes puntales como Gokhale y Surendranath. Advertí, igualmente, la enorme cantidad de tiempo que se perdía. Y no se me escapó con gran pesar para mí, el lugar decisivo que ocupaba la lengua inglesa en nuestros asuntos. Había escaso respeto por las propias energías, que nadie trataba de economizar. A veces varios hacían el trabajo que correspondía a uno solo. Otras tareas importantes se quedaban sin hacer. Aun cuando contemplara todo aquello con ojos críticos, no carecía tampoco de comprensión y tolerancia. Siempre pensé que, dadas las circunstancias, era casi imposible hacerlo mejor. Y esta consideración hizo que me guardara mucho de subestimar el trabajo de nadie.

15. EN EL CONGRESO

En el Congreso al fin. El inmenso pabellón adornado, los voluntarios con sus galas y los dirigentes sentados bajo el dosel, constituía un espectáculo que me impresionó abrumadoramente. Me pregunté cuál sería mi lugar en aquella vasta máquina.

El discurso presidencial era un libro en sí. Leerlo de cabo a rabo hubiese resultado imposible. Por consiguiente, solo se dio lectura a algunos de sus párrafos fundamentales.

Tras esto se procedía a la elección del Comité de Temas. Gokhale me llevó a las reuniones de dicho comité.

Sir Pherozechah había dicho que aceptaba la presentación de mi propuesta, pero yo me venía preguntando quién la presentaría ante el Comité de Temas, y cuándo. Porque cada resolución que aparecía se pronunciaban interminables discursos, siempre en inglés, y cada resolución estaba respaldada por algún conocido dirigente. La mía era, pues, una débil flauta entre el redoble atronador de aquellos tambores veteranos, y a medida que avanzaba la noche mi corazón latía más apresuradamente. Las resoluciones que se presentaban hacia el final de la jornada eran aprobadas con una velocidad relámpago, pues todo el mundo tenía ganas de irse. Eran las once de la noche y yo sentía que me iba a faltar el valor de hacer uso de la palabra. Como ya me había entrevistado con Gokhale, quien había leído mi resolución, me acerqué a su silla y le susurré al oído:

—Por favor, haga algo por mí.

—No me olvido de su resolución —me contestó—. Pero ya ve a qué velocidad las están discutiendo todas. No quisiera que la suya pasara inadvertida.

En aquel momento sir Pherozechah Mehta preguntó a los miembros del comité:

—Entonces ¿hemos concluido la tarea de hoy?

—No —gritó Gokhale—. Queda todavía la resolución sobre Sudáfrica. Mr. Gandhi ha esperado demasiado.

—¿Usted ha leído la resolución de Gandhi? —preguntó sir Pherozechah a Gokhale.

—Por supuesto.

—¿Le parece bien?

—Es magnífica.

—Bueno, entonces, prosigamos. Adelante, Gandhi.

Yo la leí temblando. Gokhale la apoyó.

“Aprobada por unanimidad”, gritaron todos los miembros del Comité de Temas.

—Mañana —manifestó Mr. Wacha—, Gandhi tendrá cinco minutos para exponerla ante el Congreso.

El procedimiento no me gustaba. Nadie se había tomado la molestia de enterarse de lo que era la resolución, todo el mundo tenía prisa en concluir y como Gokhale la había leído, ¡ninguno de los presentes consideró necesario leerla ni comprenderla!

Me sorprendió la mañana preocupado sobre el discurso que debía hacer ante el Congreso. ¿Qué podía decir en cinco minutos? Yo me había prepara-

do muy bien, pero estaba seguro de que las palabras no acudirían a mis labios. Decidí no leer mi discurso, sino hablar *ex tempore*. Pero en aquel momento comprendí que había perdido la facilidad de palabra adquirida en Sudáfrica.

Cuando llegó el momento de presentar mi resolución ante el Congreso, Mr. Wacha pronunció mi nombre en voz alta. Al ponerme en pie, sentí que la cabeza me daba vueltas. De cualquier forma, leí la resolución. Alguien había impreso y distribuido entre los delegados copias de un poema escrito en alabanza de nuestros emigrantes al extranjero. Leí el poema y me referí a los agravios que padecían nuestros compatriotas en Sudáfrica. En ese preciso instante, Mr. Wacha hizo sonar la campanilla. Yo estaba seguro de no haber hablado los cinco minutos. Ignoraba que la campanilla sonaba para advertirme que me quedaban dos minutos más antes de concluir mi discurso. Me sentí ofendido y, al oír la campanilla, tomé asiento. Pero mi intelecto infantil pensó que el poema constituía una respuesta para sir Pherozeshah*. No hubo problema sobre la aprobación de mi resolución. En aquellos días apenas se podía distinguir a los delegados de los visitantes. Cada cual levantaba la mano y todas las propuestas se aprobaban por este sencillo expediente. Mi resolución también fue aceptada así, perdiendo para mí toda importancia. Sin embargo, el simple hecho de que hubiera sido aprobada por el Congreso fue suficiente para alegrar mi corazón. El convencimiento de que el *imprimatur* del Congreso equivalía al de todo el país, era suficiente para alegrar a cualquiera.

16. EL DARBAR DE LORD CURZON

El Congreso había concluido, pero yo tenía que visitar la Cámara de Comercio y entrevistarme con diversas personas en relación con los trabajos en Sudáfrica. Me quedé en Calcuta un mes más, pero en vez de instalarme en un hotel arreglé las cosas de manera que me cedieran una habitación en el India Club. Entre los miembros de dicha institución había algunas personalidades prominentes, por lo cual traté de entrar en contacto con ellas para instalarlas en las actividades indas en Sudáfrica.

Gokhale iba con frecuencia al India Club para jugar al billar, y cuando supo que iba a quedarme en Calcuta algún tiempo me invitó a alojarme con él. Acepté la invitación y le expresé mi agradecimiento. Pero no consideré

* Véase el cap. XIII, pár. tercero.

apropiado presentarme en su casa por mi cuenta. Pasaron un par de días y al ver que no aparecía, vino a llevarme personalmente. Al descubrir mis reservas, me dijo:

—Gandhi, usted viene a quedarse en el país y esa especie de timidez es negativa. Debe ponerse en contacto con todas las personalidades que le sea posible. Quiero que trabaje para el Congreso.

Antes de seguir hablando de Gokhale, debo referir un incidente ocurrido en el India Club.

Lord Curzon tenía por aquel entonces su *darbar*. Algunos rajás y maharajás, que habían sido invitados al *darbar*, eran miembros del India Club. En el club yo siempre los veía vistiendo finos *dhotis* bengalíes, así como hermosas camisas y turbantes. Pero el día en que fueron invitados al *darbar* de lord Curzon se pusieron trajes de etiqueta y relucientes zapatos negros, de manera que parecían *khansamas**. A mí aquello me dolió, y le pregunté a uno de ellos la razón de su conducta.

—Solamente nosotros —me respondieron— sabemos cuál es nuestra desdichada situación. Solo nosotros sabemos los insultos que debemos tolerar para poder conservar nuestros títulos y nuestras riquezas.

—Pero ¿por qué esos turbantes de *khansama* y esos zapatos relucientes?

—¿Acaso ve usted alguna diferencia entre los *khansamas* y nosotros? Ellos son nuestros *khansamas* y nosotros los *khansamas* de lord Curzon. Si yo hubiera estado ausente en la recepción habría tenido que sufrir las consecuencias. Y si hubiese asistido vestido como de costumbre, se hubiera interpretado mi gesto como un insulto. Pero usted creerá que a cambio de todo eso tuve la oportunidad de hablar con lord Curzon, ¿verdad? Pues no. ¡Ni crucé palabra con él!

Aquel amigo tan sincero me inspiró piedad. Y trajo a mi memoria el recuerdo de otro *darbar*.

En la época en que lord Hardind puso la primera piedra de la Universidad Hindú, se efectuó un *darbar*. Asistieron, naturalmente, rajás y maharajás, pero el Pandit Malaviyaji me invitó especialmente para que asistiera, y así lo hice.

Me quedé anonadado al ver a los maharajás ataviados como mujeres: iban vestidos con *achkans* y *pyjamas* de seda, lucían gargantillas de perlas en sus cuellos, brazaletes en las muñecas y diamantes en los turbantes. Además de todo esto, de sus bandas pendían espadas con empuñadura de oro.

* Camareros.

Advertí que todo aquello no constituía el emblema de su realeza sino de su esclavitud. Pensé que, probablemente, llevaban esas muestras de su impotencia espontáneamente, por propia voluntad, pero me dijeron que era obligatorio para los rajás lucir en dichas reuniones las alhajas más costosas de que dispusieran. También me informaron de que muchos de ellos sentían verdadera repugnancia de llevar tales joyas, y que jamás las usaban salvo en recepciones como aquella.

No sé hasta qué punto era correcta mi información. Pero las llevasen en otras oportunidades o no, es lamentable asistir a los *darbares* del virrey con joyas que solamente las mujeres llevan.

¡Cuán pesada es la carga de los pecados y errores que la riqueza, el poder y el prestigio imponen al hombre!

17. UN MES CON GOKHALE

Desde el primer día de convivencia con Gokhale me sentí como en mi propia casa. Me trataba como si fuera su hermano menor, preocupándose de averiguar personalmente cómo me sentía y arreglando las cosas de manera que todas mis necesidades estuvieran cubiertas. Por fortuna, mis necesidades eran muy pocas, y como desde hacía tiempo cultivaba el sistema devastarme a mí mismo, apenas precisaba la colaboración doméstica de nadie. Gokhale se quedó muy impresionado ante mi costumbre de lavar y planchar mis prendas, mi limpieza personal y mi perseverancia y regularidad. Con frecuencia me abrumaba con sus elogios.

Gokhale parecía no tener secretos para mí. Me presentaba a todas las personas importantes que lo visitaban. De entre ellas, quien mejor recuerdo es el doctor (ahora sir) P. C. Ray, que vivía en la casa contigua y nos visitaba asiduamente.

Gokhale me lo presentó así:

—Este es el profesor Ray, que teniendo un salario de 800 rupias mensuales, se queda con cuarenta para sus necesidades, y entrega el resto para beneficio de la comunidad. Es soltero y no quiere casarse.

No hallo mucha diferencia entre el doctor Ray de entonces y el de ahora. Su indumentaria es tan sencilla hoy como entonces. Yo jamás me cansaba de escuchar las conversaciones entre Gokhale y el doctor Ray, cuyos temas recaían principalmente sobre el bien público o contenían un alto valor educativo. Aunque a veces también resultaban dolorosos, especialmente

cuando descubrían las debilidades de algunos hombres públicos. Como consecuencia, algunos de esos hombres, que yo consideraba como firmes baluartes de la causa, comenzaron a aparecérseme como figuras pequeñas y débiles.

Ver trabajar a Gokhale no solo era instructivo sino también reconfortante. Jamás desperdiciaba un minuto. Sus relaciones particulares y sus amistades eran todas en función del bien público. Todas sus conversaciones se referían al bienestar del país. Era un hombre absolutamente libre de cualquier insinceridad o falsedad. La pobreza y el sometimiento de la India eran dos cuestiones que le preocupaban constantemente. Varias personas trataron de interesarlo en otros asuntos, pero Gokhale siempre les daba la misma respuesta:

—Haga las cosas por sí mismo y déjeme a mí realizar la tarea que me corresponde. Yo lo que quiero es la libertad de mi patria. Después que la conquistemos podremos pensar en otros asuntos. Hoy por hoy, ese objetivo es suficiente para absorber todo mi tiempo y todas mis energías.

Su veneración y reverencia por Ranade podía advertirse a cada instante. En cualquier cuestión que se planteara, la autoridad de Ranade era la última palabra y él la mencionaba a cada instante. Durante el tiempo en que me alojé en su casa se produjo el aniversario de la muerte o del nacimiento de Ranade (no recuerdo con exactitud) y Gokhale observó la fecha con toda solemnidad. Además de estar yo con él, se encontraban también en su casa dos amigos: un juez suplente y el profesor Kathavate. Nos invitó a participar en la celebración de la fecha en honor de Ranade y en su discurso nos brindó una clara reminiscencia de su maestro. Incidentalmente comparó a Ranade con Telang y Mandlik. Hizo el elogio del fascinante estilo de Telang y mencionó la grandeza de Mandlik como reformador. Citando un ejemplo de la solicitud de Mandlik hacia sus clientes, nos contó una anécdota. En cierta oportunidad, Mandlik perdió el tren habitual y con el fin de no llegar tarde a los tribunales, perjudicando así a su cliente, contrató un tren especial.

Pero manifestó que Ranade estaba por encima de todos, ya que era un genio en todos los órdenes. No solo fue un gran juez, sino un gran historiador, un economista y un reformador eminente. Aun cuando era magistrado, asistía desembozadamente y sin temor al Congreso Nacional Indo, y todo el mundo tenía tal confianza en su sagacidad que sus decisiones se aceptaban sin discusión. El júbilo de Gokhale no conocía límites cuando describía las cualidades de cerebro y corazón que distinguían a su maestro.

Por aquel entonces Gokhale tenía un coche de caballos. Yo no conocía las circunstancias por las cuales el coche constituyera una necesidad para él, por cuyo motivo le interpele así:

—¿No puede usted utilizar el tranvía para ir de un lugar a otro? ¿Acaso eso sería perjudicial para la dignidad de un dirigente?

A Gokhale le dolió mi observación.

—¡De manera —exclamó— que usted no me ha comprendido! Yo no utilizo las facilidades de mi cargo para mi propia comodidad. Yo envidio la libertad que usted tiene de poder viajar en tranvía, pero lamento mucho no poder hacer lo mismo. Es difícil, si no imposible, hacerlo cuando se es víctima de una amplia popularidad. No hay razones para suponer que todo lo que hacen los líderes tiene por finalidad su propio bienestar. A mí me encanta su manera sencilla de vivir. También yo vivo con la máxima sencillez posible, pero para un hombre como yo resulta indispensable incurrir en algunos gastos aparentemente superfluos.

Con esas palabras respondió satisfactoriamente a una de mis quejas. Pero hubo otra de la que no pudo dar cuenta tan fácilmente.

—Pero es que usted ni siquiera sale a la calle para dar algún paseo a pie —le dije—. Por tanto, no puede sorprender que siempre esté enfermo. ¿Es que la atención de los asuntos públicos ni siquiera deja tiempo para hacer un poco de ejercicio físico?

—¿Cuándo me ha visto usted libre de trabajo como para salir a dar un paseo? —me contestó, interrogando a su vez.

Como yo sentía tan gran respeto por Gokhale, nunca quería discutir con él demasiado. Pero aun cuando su respuesta no me convenció, guardé silencio. Yo creía entonces, y sigo creyendo ahora, que por mucho trabajo que uno tenga siempre debe hacerse el tiempo necesario para efectuar un poco de ejercicio, del mismo modo como se tiene tiempo para comer. Mi humilde opinión es que el ejercicio físico, en lugar de reducir el rendimiento en la labor que se efectúe, lo aumenta.

18. UN MES CON GOKHALE (II)

Mientras viví bajo el techo de Gokhale no me limité a quedarme inactivo en su casa. Había prometido a mis amigos indo-cristianos que en cuanto llegara a la India me pondría en contacto con sus correligionarios. Yo había oído hablar de Babu Kalicharán Banerji y lo tenía en alta estima. Tomó una parte prominente en el Congreso. No tenía ninguno de los inconvenientes usuales en los cristianos indos, que se mantenían apartados del Congreso y

aislados respecto de los hindúes y los musulmanes. Le dije a Gokhale que pensaba entrevistarme con Kalicharán, y me contestó:

—¿Y qué sentido tiene entrevistarse con él? Es una excelente persona, pero me temo que no quede usted satisfecho. Lo conozco muy bien. De todos modos, puede entrevistarse con él si gusta.

Pedí una cita con Babu Kalicharán Banerji, que me fue concedida sin dilación. Cuando llegué a su casa, supe que su mujer estaba moribunda. La casa de Kalicharán era muy sencilla. Durante el Congreso le había visto vestido con pantalones y saco, pero ahora me alegré al advertir que llevaba una camisa y un *dhoti* bengalí. Me agradó su manera sencilla de vestir, pese a que yo llevaba pantalones y saco, al estilo *parsi*. Sin mayores preámbulos le di a conocer mis dificultades. Entonces él me preguntó:

—¿Cree usted en la doctrina del pecado original?

—Sí.

—Pues, entonces, comprenderá también que el hinduismo no ofrece absolución, mientras que el cristianismo sí. Los réditos del pecado es la muerte, y la Biblia dice que el único camino de librarse del pecado es entregarse en brazos de Jesús.

Yo le expuse el *Bhakti-marga* (el sendero de la devoción) del *Bhagavad Gita*, pero sin convencerle. Le di las gracias por su amabilidad y salí. En efecto, no me satisfizo, pero la entrevista resultó beneficiosa.

Por aquellos días yo recorría las calles de Calcuta, yendo a casi todos lados a pie. Me entrevisté con el Justicia Mitter y con sir Gurudas Banerji, cuya ayuda deseaba solicitar para mi trabajo sobre Sudáfrica. También por la misma fecha me entrevisté con sir Pyarimohan Murkarji.

Kalicharán Banerji me había hablado del templo de Kali, que yo deseaba ardientemente visitar, especialmente por lo que había leído en los libros sobre el particular. Fui a verlo un día, precisamente el mismo en que visité al Justicia Mitter, cuya casa estaba muy próxima al templo de Kali. Hileras de mendigos flanqueaban el sendero que conducía al templo. Había también mendicantes religiosos. Ya en aquellos días yo me oponía a dar limosna a los mendigos robustos y saludables. Una multitud de ellos comenzó a perseguirme. Uno de los mendigos religiosos estaba sentado en la galería exterior. Me detuvo y se me acercó:

—¿A dónde vas, muchacho? —le pregunté.

Él nos pidió a mi compañero y a mí que nos sentáramos.

—¿Consideras este sacrificio como una religión? —le pregunté nuevamente.

—¿Quién puede considerar una religión el matar animales? —me respondió.

—Entonces ¿por qué no predicas contra esta religión?

—Eso no es cosa mía —replicó el hombre—. Nuestra misión es la de adorar a Dios.

—Pero ¿no puedes encontrar otro lugar en donde adorar a Dios?

—Todos los lugares son iguales para nosotros. Las gentes son como las ovejas en rebaño, que van a donde sus pastores las llevan. Pero eso no es asunto para nosotros los *sadhus*.

No quisimos prolongar la discusión y seguimos hacia el interior del templo. Fuimos recibidos por ríos de sangre. Yo no logré soportar aquello. Me sentía inquieto y exasperado. Jamás he podido olvidar aquel espectáculo.

Aquella misma noche había sido invitado para cenar con un grupo de amigos bengalíes. En la cena comenté con uno de ellos sobre la cruel manera de adorar a Kali. Me contestó:

—Las ovejas no sienten nada. El ruido y el batir de los tambores en el templo ahogan toda sensación de dolor.

No lo creí y le contesté que si las ovejas pudieran hablar darían una versión muy diferente de la suya. Pensé que aquella cruel costumbre debería quedar suprimida. Me acordé de la vida de Buda, pero comprendí que aquella tarea estaba por encima de mis posibilidades.

Hoy tengo la misma opinión que entonces. Para mí, la vida de una oveja o de un cordero es tan preciosa como la de un ser humano. Yo sería incapaz de quitarle la vida a un cordero para beneficiar el cuerpo humano. Sostengo que cuanto más indefensa es una criatura más derechos tiene a ser protegida por el hombre contra la crueldad del hombre. Pero el que no está calificado para prestar tal servicio no puede procurarle dicha protección. Debo realizar todavía muchas purificaciones y sacrificios antes de poder salvar a esos animales indefensos de un sacrificio que no tiene nada de sagrado. Hoy por hoy debo agonizar en procura del sacrificio y la purificación. Ruego constantemente a Dios para que nazca sobre esta tierra algún gran espíritu, hombre o mujer, encendido en la piedad divina, capaz de librarnos de nuestros horrendos pecados, salvar las vidas de criaturas inocentes y purificar los templos.

¿Cómo es posible que Bengala, con toda su sabiduría, inteligencia, capacidad de sacrificio y de emoción, tolere esta carnicería?

19. UN MES CON GOKHALE (III)

El terrible sacrificio ofrecido a Kali en nombre de la religión estimuló mis deseos de conocer la vida bengalí. Yo había leído y oído hablar abundantemente de Brahma Samaj. También tenía ciertos conocimientos sobre la vida de Pratap Chandra Mazmudar. Había asistido a algunos de los mítines en que él tomaba parte. Conseguí su biografía de Keshav Chandra Sen, la leí con gran interés y comprendí la distinción entre Sadharán Brahma Samaj y Adi Brahma Samaj. Me entrevisté con el Pandit Shivanath Shastri y junto con el profesor Kathavate fui a visitar a Maharshi Devendranath Tagore. Pero no pudimos verle pues no se permitía a nadie llegar hasta él. Sin embargo, fuimos invitados a una fiesta que daba en su casa la familia Brahma Samaj, y tuvimos el privilegio de escuchar música bengalí.

Después de haber conocido a Brahma Samaj era imposible quedar satisfecho sin conocer a Swami Vivekanand. Por consiguiente, rebosante de vivo entusiasmo, me fui a pie hacia Belur Math, lugar que me encantó plenamente. Sin embargo, quedé decepcionado y apenado cuando me enteré de que el Swami estaba en su casa de Calcuta. Se hallaba enfermo y no recibía a nadie.

Averigüé entonces el punto donde residía la hermana Nivedita y me entrevisté con ella en una mansión de Chowringhee. Me sorprendió el esplendor que la rodeaba. En nuestra conversación no logramos hallar muchos puntos de identidad. Le hablé de esto a Gokhale y me contestó que no lo sorprendía en absoluto que no hubiera sido posible hallar un punto de contacto entre un hombre como yo y una persona “volátil”^{*} como ella.

Me la encontré otra vez en casa de Mr. Pestonji Padshah. Llegué en el preciso momento en que ella estaba hablando con su anciana madre, y por consiguiente me convertí en intérprete entre una y otra.

Pese a que no logré hallar medio de ponerme de acuerdo con ella, no pude menos de advertir y admirar su desbordante amor hacia el hinduismo. Solo después conocí sus libros.

Yo solía dividir mis jornadas entre la visita a las personalidades de Calcuta, en busca de apoyo para los indos de Sudáfrica, y la visita y estudio de las instituciones religiosas y públicas de la ciudad. En cierta ocasión, pronuncié un discurso en un mitin presidido por el doctor Mullick, sobre la labor desarrollada por el cuerpo de ambulancias indo durante la guerra de los boers.

^{*}Respecto al empleo de la palabra “volátil” véase el artículo “Justicia a su memoria”, publicado en el periódico “Young India” (“Joven India”), el 30 de junio de 1927.

Mis relaciones con el “The Englishman” me valieron de mucho en esta oportunidad. Mr. Saunders estaba enfermo por aquellos días, pero me prestó tanta ayuda como en 1896. A Gokhale le gustó mi discurso, y se puso muy contento cuando oyó que el doctor Ray también lo elogiaba.

De este modo mi estancia bajo el techo de Gokhale facilitó enormemente mi tarea en Calcuta, poniéndome en contacto con las más prominentes familias bengalíes, y sirviéndome como principio de un íntimo contacto con Bengala.

Forzosamente tengo que soslayar muchos episodios de aquel mes memorable. Mencionaré simplemente mi fugaz visita a Birmania y a sus *foongis**. Me dolió contemplar su letargo. Vi las doradas pagodas pero no me gustaron las innumerables velitas que arden en los templos, ni las ratas que corren libremente por los santuarios. La libertad y la energía de las birmanas me encantaron tanto como me dolió la indolencia de los birmanos. Durante mi breve visita, vi también que lo mismo que Bombay no era la India, Rangún no era Birmania, y que así como nosotros en la India nos habíamos convertido en comisionistas de los comerciantes ingleses, en Birmania estábamos en combinación con los mercaderes británicos para convertir a los birmanos en nuestros comisionistas.

A mi regreso de Birmania me despedí de Gokhale. Fue una separación dolorosa, pero mi trabajo en Bengala, o mejor dicho en Calcuta, había terminado y ya no tenía por qué permanecer allí más tiempo.

Antes de fijar mi residencia definitiva había decidido efectuar una gira por toda la India, viajando en tercera clase para conocer las dificultades de los pasajeros humildes. Le hablé a Gokhale de mi proyecto. Al principio ridiculizó la idea, pero cuando le expliqué lo que esperaba ver, aprobó con todo entusiasmo. Pensaba ir primero a Benarés y presentarle mis respetos a la señora Besant, que estaba enferma.

Fue necesario equiparme de pies a cabeza para el viaje en tercera clase. El propio Gokhale me dio una caja de metal para la comida, llena de dulces y *puris*. Compré una bolsa de lona que me costó doce annas y una casaca de lana de Chhaya**. En la bolsa metí dicha casaca, un *dhoti*, una toalla y una camisa. Llevaba también una manta y una jarra para agua. Y así equipado emprendí el viaje. Gokhale y el doctor Ray fueron a la estación para despedirme. Yo les había pedido que no se molestaran, pero ambos insistieron:

* Monjes.

** Lugar del Estado de Porbandar muy conocido por sus toscas telas de lana.

—No hubiera venido —me dijo Gokhale— si se hubiera ido en primera clase. Pero así era preciso que viniera a despedirlo.

Nadie detuvo a Gokhale cuando entró en el andén. Iba vestido con jubón, *dhoti* y un turbante de seda. El doctor Ray llevaba el traje bengalí y fue detenido por el empleado que picaba los boletos. Pero cuando Gokhale le dijo que era un amigo suyo lo dejaron pasar.

Y con sus buenos deseos inicié mi viaje.

20. EN BENARÉS

El tren iba de Calcuta a Rajkot, pero yo pensaba detenerme en Benarés, Agral Jaipur y Palanpur *en route*. No tenía tiempo para visitar más lugares que los enunciados. En cada ciudad me quedé un día, alojándome con los *dhar-mashalas* o con los *pandas**, como cualquier otro peregrino. Únicamente no los visité en Palanpur. Gasté en este viaje, si mal no recuerdo, treinta y una rupias, incluido el precio del pasaje.

Al viajar en tercera clase preferí ir en los trenes ordinarios en lugar de los correos, pues sabía que estos últimos iban más atestados y los billetes eran más caros.

Los compartimientos de tercera clase eran prácticamente tan sucios, y los baños tan malos, como en la actualidad. Puede que hoy día se haya registrado una ligera mejora, pero la diferencia entre las comodidades de la primera y la tercera clase es desproporcionada a la diferencia de precio. Los viajeros de tercera son tratados como borregos y sus comodidades son las que disfruta el ganado ovino. En Europa viajé en tercera —solo una vez, para ver cómo era— pero no pude advertir una diferencia tan enorme entre la primera y la tercera. En Sudáfrica, la mayor parte de los pasajeros de tercera son negros y, sin embargo, las comodidades son superiores a las que ofrece la tercera en la India. En algunas partes de Sudáfrica incluso hay literas para dormir y asientos almohadados. Además, los pasajes están regulados de manera que cada viajero tenga su asiento y no vaya el tren atestado, mientras que en la India se expenden más boletos de los que corresponde.

La indiferencia de las autoridades ferroviarias respecto a la mínima comodidad de los pasajeros de tercera, combinado con las costumbres desconsideradas y la suciedad de los propios pasajeros, hace que viajar en tales con-

* Sacerdotes o monjes.

diciones constituya un suplicio para cualquier viajero limpio. Dichas costumbres incluyen el arrojar desperdicios de comida y otras basuras al suelo del vagón, fumar a toda hora y lugar tabaco o betel, convirtiendo el vagón en una inmensa salivadera, en gritar y hablar fuerte así como utilizar un lenguaje grosero, sin preocuparse de las conveniencias de los demás compañeros de viaje. En realidad, no he advertido mucha diferencia entre lo que experimenté en mis viajes de 1902 y mi continuo viajar en tercera desde 1915 a 1919.

Solo se me ocurre un remedio para este lamentable estado de cosas: que las personas educadas decidan viajar siempre en tercera para ir corrigiendo las costumbres del pueblo y, al mismo tiempo, no dejar jamás en paz a las autoridades ferroviarias, haciéndoles llegar quejas siempre que se estime necesario, sin recurrir nunca a sobornos ni a cualquier otro procedimiento ilegal para obtener más comodidad, y no transigiendo con las infracciones de las reglas en que pudiera incurrir cualquiera de las partes interesadas. Esto, estoy seguro, mejoraría considerablemente la situación.

Mi grave enfermedad de 1918-1919 me obligó, desgraciadamente, a renunciar a la costumbre de viajar en tercera, cosa que ha sido motivo de dolor y vergüenza para mí, especialmente porque mi incapacidad física se produjo en una época en que iban mejorando las cosas para los viajeros humildes. Las dificultades y penurias de los pasajeros pobres, tanto en ferrocarril como en barco, acentuadas por sus malas costumbres, las injustas facilidades que daba el gobierno al comercio extranjero y otras cosas similares, forman un grupo de temas muy importante, digno de la atención de algunos trabajadores sociales emprendedores que debieran dedicar todo su tiempo a dicha tarea. Pero tengo que dejar la cuestión de los pasajeros de tercera clase y seguir con mis experiencias en Benarés.

Llegué por la mañana. Había decidido alojarme en casa de un *panda*. Apenas bajé del tren me rodearon numerosos brahmanes, y yo elegí a uno que me pareció relativamente más limpio y mejor que los demás. Fue una elección acertada. En el patio de su casa tenía una vaca. Me dio alojamiento en el piso alto. No quise comer nada sin antes efectuar las abluciones en el Ganges, de acuerdo con la manera ortodoxa. El *panda* hizo los preparativos. Yo le había dicho de antemano que no contaba con poderle dar más de una rupia y cuatro annas como *dakshina** y que tuviera eso presente al hacer los preparativos.

El *panda* asintió en seguida, diciendo:

—Sea pobre o rico el peregrino, el servicio es el mismo en cada caso. La cantidad que recibimos como *dakshina* depende de la buena voluntad y de las

* Donación.

posibilidades del peregrino. No vi que el *panda* simplificara en mi caso las habituales formalidades. El *puja** concluyó a las doce en punto, y entonces fui al templo de Kashi Vishvanath para obtener el *darshan*. Me apenó profundamente lo que allí vi. Cuando ejercía como abogado en Bombay, el año 1891, tuve oportunidad de asistir a una conferencia sobre “El peregrinaje a Kashi”, en el salón Prarthana Samaj. Por consiguiente, estaba preparado en cierta medida para la decepción. Pero la realidad fue mucho más decepcionante de lo que esperaba.

El camino era un angosto y resbaladizo sendero. No puede decirse que reinase el silencio. Entre los enjambres de moscas zumbadoras y el ruido de los vendedores y peregrinos, aquello resultaba realmente insufrible.

Donde uno esperaba hallar una atmósfera de meditación y comunión se encontraba con todo lo contrario. Pude advertir la presencia de algunas hermanas devotas, absortas en la meditación y totalmente inconscientes de lo que pasaba en su derredor. Pero las autoridades del templo no pueden exhibir esto como un mérito propio. Dichas autoridades tienen la obligación de crear y mantener en torno al templo una atmósfera de pureza, dulzura y serenidad, tanto física como moral. En vez de esto, me encontré con un bazar donde los avezados comerciantes vendían dulces y juguetes de última moda.

Cuando llegué al templo fui recibido por un nauseabundo olor a flores podridas. El piso era de finísimo mármol. Como estaba roto en algunos lugares, los fieles, ignorantes de toda estética, habían rellenado con rupias los lugares rotos, convirtiéndolo en un excelente receptáculo para toda suciedad.

Me acerqué al *Jnana-vapi* (pozo de la sabiduría) y busqué a Dios, pero no logré encontrarlo. Mi humor no era, por otra parte, favorable en lo más mínimo. Advertí que también los alrededores de *Jnana-vapi* estaban sucios. No pensaba entregar ninguna *dakshina* y ofrecí un pastel. El *panda* que estaba de servicio rechazó indignado mi modesta ofrenda y arrojó al suelo el pastel, diciéndome:

—Por este insulto irás de cabeza al infierno.

El anatema no me inmutó.

—Maharaj —le dije—, sea cual fuere la suerte que me esté reservada, no corresponde a uno de tu clase permitirse ese lenguaje. Debes aceptar este pastel, si quieres, o lo perderás también.

—Vete —me contestó—, no me importa tu pastel.

Tras lo cual descargó sobre mí una rociada de improperios.

* Adoración.

Recogí el pastel y seguí mi camino, consolándome al pesar que si el brahmán había perdido un pastel, yo había ahorrado uno. Pero el maharaj no era hombre capaz de dejar escapar un pastel. Me llamó y cuando regresé dijo:

—Está bien. Deja ese pastel ahí. Prefiero no ser como tú. Si rechazo tu pastel, saldrás perjudicado.

Le entregué el pastel, en silencio y, dando un suspiro, seguí mi camino.

Desde entonces solo he vuelto dos veces a Kashi Vishvanath. Pero ya me habían afligido con el título de Mahatma y, por tanto, experiencias como las que acabo de relatar eran imposibles. La gente deseosa de obtener mi *darshan*, no me hubiera permitido ir al templo por un *darshan*. Las penalidades de Mahatma solo son conocidas por el propio Mahatma. Por otra parte, la suciedad y el ruido eran iguales que antes.

Si alguien duda de la infinita misericordia de Dios, que pase una mirada por esos sagrados lugares. ¿Cuánta hipocresía e irreligiosidad soporta que se perpetre en su santo nombre el Príncipe de los Yoguis? Hace mucho tiempo que Él proclamó:

*Vishaya Vinivirtante Niraharasya Dejin
Rasvare Rasotpyasya paran drishta nivartate*

cuyo significado es: “Lo que siembre un hombre eso cosechará”.

La ley de Karma es inexorable y no se puede eludir. Por lo cual Dios apenas necesita intervenir. Él dictó la ley y luego nos dejó hacer.

Después de esta visita al templo fui a la casa de la señora Besant. Yo sabía que acababa de restablecerse de una enfermedad. Le hice llegar mi nombre y salió en seguida. Como solamente deseaba presentarle mis respetos, le dije:

—Sé que su salud es delicada. Únicamente deseaba saludarla. Le doy las gracias por haber tenido la bondad de recibirme, pese a su escasa salud. No quiero molestarla un minuto más.

Tras lo cual, me despedí y salí.

21. ¿ESTABLECIDO EN BOMBAY?

Gokhale deseaba que fijase mi residencia en Bombay, que ejerciera la profesión y que lo ayudara en sus tareas públicas. En aquel entonces, tareas públicas implicaba trabajar para el Congreso, y la labor principal de dicha institución, que él había ayudado a fundar, consistía en administrar el Congreso.

Me seducía la idea de Gokhale, pero no tenía demasiada confianza en mi éxito como abogado. Los ingratos recuerdos del pasado y mi fracaso estaban muy presentes en mi memoria, y yo seguía odiando como al veneno el empleo de la adulación para obtener trabajo.

Por consiguiente, decidí trabajar primero en Rajkot. Kevalram Mavji Dave, mi viejo amigo y consejero, que me indujo a ir a Inglaterra, vivía allí, y fue quien me proporcionó en seguida tres trabajos. Dos de ellos consistían en apelaciones ante el Ayudante Judicial del agente político en Kathiawad. El tercero era un caso, bastante importante, en Jannagar. Cuando le dije que no podía confiar en mí lo suficiente como para asegurarle que lo sacaría adelante, Kevalram Dave exclamó:

—Ganar o perder no es cuenta tuya. Tú sencillamente debes hacer todo cuanto puedas, y desde luego aquí estoy yo para ayudarte.

El abogado de la parte contraria era el hoy extinto Sjt. Samarth. Yo estaba bien preparado. No porque supiera mucho de legislación inda, sino porque Kevalram Dave me había instruido concienzudamente. Antes de partir para Sudáfrica yo había oído decir que sir Pherozechah Mehta conocía al dedillo la legislación sobre las pruebas circunstanciales y que en eso precisamente estribaba el secreto de sus éxitos. No me olvidé de ello y durante mi viaje estudié cuidadosamente la Ley de Pruebas Inda, con sus correspondientes comentarios. Por supuesto, también tenía la ventaja de mi experiencia jurídica en Sudáfrica.

Gané el caso y recobré cierta confianza en mis posibilidades. Ya no tenía miedo a los recursos de apelación, que me salieron satisfactoriamente. Todo lo cual me inspiró la esperanza de que, en fin de cuentas, podía no fracasar en Bombay.

Pero antes de seguir, debo explicar las circunstancias que me decidieron a trasladarme a Bombay. Debo contar mi experiencia sobre la desconsideración y la ignorancia de los funcionarios británicos. El tribunal Ayudante Judicial era peripatético. Siempre estaba viajando y tanto los *vaciles* como sus clientes tenían que seguirlo apenas cambiaba de lugar. Los *vakiles* aumentaban sus honorarios cuando tenían que trasladarse a otro punto distinto de su residencia y, por consiguiente, sus clientes tenían mayores gastos. La inconveniencia de todo esto no le preocupaba al juez.

El recurso de apelación a que me estoy refiriendo debía oírse en Verval, donde había una peligrosa epidemia. Recuerdo que con una población de solo 5.500 almas se habían registrado cincuenta casos. Los habitantes habían desertado prácticamente, y yo me instalé en un *dharmashala* desierto,

a cierta distancia de la ciudad. Pero ¿en dónde podían alojarse los clientes? Si eran pobres debían sencillamente confiar en la bondad divina.

Un amigo, que también litigaba algunos casos ante el mismo tribunal en cuestión, me había telegrafiado diciendo que presentara un recurso solicitando el traslado del tribunal a otro punto, debido a la peste de Veraval. Pero al someter mi recurso, el *sahib* me preguntó:

—¿Tiene usted miedo?

—No es cuestión —repliqué— de si tengo o no miedo. Yo puedo arreglármelas, pero ¿y mis clientes?

—La plaga se extenderá por toda la India —contestó el *sahib*—. ¿Por qué temerla? El clima de Veraval es encantador (el *sahib* vivía lejos de la ciudad en una tienda principesca erigida a orillas del mar). Sin duda, la gente debe aprender a vivir a campo abierto.

Era inútil argumentar contra semejante filosofía. El *sahib* le dijo a su *shirastedar*:

—Tome nota de lo dicho por Mr. Gandhi y hágame saber si los *vakiles* y los clientes tienen demasiados inconvenientes.

Desde luego, el *sahib* había hecho honestamente lo que creía que era lo mejor. Pero ¿cómo podía él tener la menor idea de las dificultades de los pobres en la India? ¿Cómo iba a comprender las necesidades, idiosincrasia y costumbres del pueblo? ¿Cómo él, habituado a medir las cosas en soberanos de oro, iba a poder efectuar de pronto sus cálculos sobre moneditas de cobre? El elefante es incapaz de pensar en los mismos términos que la hormiga y, del mismo modo, pese a las mejores intenciones del mundo, el inglés no puede pensar, ni legislar, con arreglo a los términos del indo.

Pero reanudemos el hilo de esta historia. Pese a mis éxitos, yo me inclinaba a quedarme en Rakjot por un tiempo considerable, cuando llegó un día Kevalram Dave y me dijo:

—Gandhi, no soportamos el que sigas vegetando aquí. Debes establecerte en Bombay.

—Pero ¿quién me encontrará trabajo allí? —pregunté—. ¿Cómo cubriré los gastos?

—Ya lo arreglaremos —me contestó—. Te haremos venir de vez en cuando como un gran abogado de Bombay y te enviaremos trabajo allí para que lo prepares. Nosotros los *vakiles* somos los que podemos hacer o deshacer a un abogado. Tú has demostrado lo que vales en los tribunales de Jamnagar y Veraval y, por consiguiente, no tengo la menor preocupación respecto a tu futuro. Estás destinado a efectuar trabajos para el bien público y no

vamos a permitir que te entierres en Kathiawad. De manera que dime cuándo piensas salir para Bombay.

—Estoy esperando un envío de Natal. En cuanto lo reciba, me pondré en camino.

El giro llegó dos días después y me fui a Bombay. Me instalé en las oficinas de Payne, Gilbert y Sayani, y todo hacía presumir que me había establecido en Bombay definitivamente.

22. FE EN SU DECISIÓN

Aun cuando había alquilado habitaciones en el Fort y una casa en Girgaum, Dios no iba a dejar que me estableciera. Apenas me había trasladado a mi nueva casa cuando mi segundo hijo, Manilal, que ya había pasado por un ataque de viruela unos años atrás, cayó enfermo con unas graves fiebres tifoideas combinadas con neumonía y síntomas de delirio durante la noche.

Llamamos al médico. Dijo que las medicinas harían escaso efecto, pero los huevos y el caldo de pollo serían beneficiosos.

Manilal tenía solamente diez años. No cabía consultar su opinión. Tenía que decidir yo, que era su guardián. El doctor era un *parsi* excelente. Le dije que todos éramos vegetarianos y que, por tanto, no podía darle a mi hijo ninguna de ambas cosas. Por consiguiente, ¿no podría recomendarme otra alimentación?

—La vida de su hijo está en peligro —dijo el buen doctor—. Podríamos darle leche diluida en agua, pero eso no sería un alimento suficiente. Como usted sabe, asisto a muchas familias hindúes, y ninguna de ellas objeta lo que yo prescribo. Yo creo que haría usted bien en no ser tan severo con su hijo y seguir mi recomendación.

—Es justo lo que dice —contesté—. Como médico usted no puede hacer otra cosa. Pero mi responsabilidad es muy grande. Si el enfermo fuera mayor, consultaría sus deseos y los respetaría. Pero en este caso yo tengo que pensar y decidir por él. Estimo que solo en tales ocasiones se pone realmente a prueba la fe de un hombre. Acertada o equivocadamente, es parte de mis convicciones religiosas que el ser humano no debe comer carne, huevos ni nada semejante. Debe haber un límite, incluso, para mantenernos vivos. Incluso, por conservar la vida misma no debemos hacer ciertas cosas. La religión, tal como yo la entiendo, no me permite recurrir a la carne y los huevos ni siquiera en ocasiones como esta y, por tanto, debo correr el riesgo que usted me

anuncia como posible. Pero una cosa le ruego. Como no puedo aceptar el tratamiento que usted me propone, le sugiero que me permita recurrir a cierto remedio hidroterápico que yo conozco. Sin embargo, como no sé tomarle el pulso al niño, ni verificar el estado de sus pulmones y demás, confío en que usted tendrá la amabilidad de venir de vez en cuando para examinarlo e informarme acerca de su estado. Le quedaré muy agradecido.

El buen doctor apreció mis dificultades y accedió a mi pedido. Aun cuando Manilal no podía decidir por su cuenta, yo le dije lo que habíamos hablado el médico y yo, y le pregunté su opinión.

—Prueba tu tratamiento hidroterápico —me dijo—. No quiero comer huevos ni tomar caldo de gallina.

Su respuesta me llenó de alegría, pese a que no dejaba de comprender que si le hubiera dado los alimentos prohibidos, él los hubiera tomado.

Yo conocía el sistema Kuhne, que había experimentado personalmente, y sabía asimismo que se podía intentar con éxito el ayuno. Comencé a darle a Manilal los baños recomendados por Kuhne, sin tenerlo nunca en la bañera más allá de tres minutos, y por espacio de tres días lo alimenté a base de jugo de naranja mezclado con agua.

Pero la temperatura persistía ascendiendo hasta los cuarenta grados y al llegar la noche comenzaba a delirar. Empecé a inquietarme seriamente. ¿Qué diría la gente de mí? ¿Y qué pensaría mi hermano mayor? ¿No debía llamar a otro médico? ¿Por qué no consultar a un doctor *ayurveda*? ¿Qué derecho tienen los padres de imponer sus manías a los hijos?

Tales pensamientos me asaltaban continuamente, pero luego eran contrarrestados por otros en sentido contrario.

Dios, sin duda, vería complacido que le daba a mi hijo el mismo tratamiento que me aplicaría yo en el caso de tener su mal. Yo tenía fe en la hidroterapia y poca en la medicina alopática. Los médicos no podrían garantizar-me el restablecimiento de mi hijo. A lo sumo podían experimentar. El hilo de la vida está en las manos de Dios. ¿Por qué no confiar en Él, y en su nombre seguir adelante con lo que yo creía que era el mejor tratamiento?

Mi cabeza se desgarraba bajo todos estos pensamientos contradictorios. Era de noche. Yo estaba junto al lecho de Manilal. Decidí darle un baño de humedad. Moje una sábana con agua fría, la escurrí bien, y envolví con ella el cuerpo de Manilal, dejando afuera solamente la cabeza. Luego lo tapé con dos mantas. Le puse en la cabeza una toalla mojada. Todo su cuerpo ardía como un hierro al rojo vivo. Pero estaba seco. La piel no presentaba síntomas de transpiración.

Me sentía dolorosamente cansado. Dejé a Manilal a cargo de su madre y salí a dar un paseo por Chaupati, para tomar algo de aire fresco. Eran las diez de la noche y apenas se veían transeúntes por las calles. Sumido en hondos pensamientos, ni siquiera los veía. “Mi honor está en tus manos, ¡oh Señor!, en esta hora de prueba”, iba repitiendo. El *Ramanama* estaba en mis labios. Al cabo de algún tiempo regresé a casa. El corazón latía fuertemente en mi pecho.

Apenas entré en la habitación oí a Manilal que me decía:

—¿Has vuelto, Bapu?

—Sí, querido.

—Por favor, sácame de la cama. Estoy ardiendo.

—¿Pero estás sudando, hijo?

—Estoy empapado en sudor, por favor sácame.

Puse una mano sobre su frente y, en efecto, estaba mojada de transpiración. La temperatura bajaba. Di gracias a Dios.

—Manilal, ahora es seguro que desaparecerá tu fiebre. Suda un ratito más y entonces te saco.

—No, por favor. Líbrame de este horno. Envuélveme luego otra vez, si quieres.

Logré mantenerlo envuelto unos pocos minutos más, tratando de divertirlo. La transpiración corría por su frente. Retiré las mantas, quité la sábana y sequé su cuerpo. Padre e hijo caíamos dormidos en la misma cama.

Y ambos dormimos como dos leños. A la mañana siguiente, la temperatura de Manilal había descendido considerablemente. Siguió así por espacio de cuarenta días, alimentándose con leche diluida en agua y jugos de frutas. Todos mis temores habían desaparecido. Se trataba de un tipo de fiebre obstinada y peligrosa, pero habíamos logrado dominarla.

Hoy, Manilal es el más sano de todos mis hijos. ¿Quién puede decir si su restablecimiento se debió a la gracia de Dios, a la hidropatía o a una cuidadosa atención y adecuada dieta? Por mi parte, yo estaba seguro de que Dios había salvado mi honor y hasta hoy sigo creyendo lo mismo firmemente.

23. NUEVAMENTE A SUDÁFRICA

Manilal quedó restablecido, pero vi que la casa de Girgaum no era habitable, pues le faltaba luz y sobraba humedad. Por tanto, después de consul-

tar con Shri Revashankar Jagjivan, decidí alquilar algún *bungalow* bien ventilado en las afueras de Bombay. Deambulé mucho por Bandra y Santa Cruz. En Bandra, la presencia del matadero nos impidió instalarnos en dicho suburbio. Ghatkopar y sus alrededores estaban demasiado alejados del mar. Al fin encontramos un hermoso *bungalow* en Santa Cruz, que alquilamos por considerar que era el mejor desde el punto de vista de lo saludable.

Saqué un abono de primera de Santa Cruz a Churchgate, y recuerdo que a menudo sentí cierto orgullo en ser casi el único pasajero de primera clase. Con frecuencia me trasladaba a Bandra a fin de tomar allí el tren rápido que iba directamente a Churchgate.

Fui prosperando en mi profesión mucho más de lo que creí jamás. Mis clientes sudafricanos algunas veces me encargaban trabajo, y solo eso era suficiente para que me fuera bien.

Todavía no había conseguido ninguna tarea en la Corte Suprema, pero asistía a los “debates” que se acostumbraban a realizar en aquellos días, aun cuando nunca me atreví a tomar parte en las discusiones. Recuerdo que Jamiatram Nababhai desempeñaba un papel prominente. Al igual que otros abogados noveles, jamás faltaba a las audiencias de la Corte Suprema, mucho me temo que más por gozar de la deliciosa y soporífera brisa que venía directamente del mar que por aumentar mis conocimientos. Advertí que no era el único en disfrutar de ese placer. Consideré, pues, que era una moda y ya no me avergoncé.

Empecé a utilizar la biblioteca de la Corte Suprema y al hacer nuevas amistades comprendí que no iba a faltarme trabajo en ese alto tribunal.

Así, mientras, por un lado, comenzaba a sentirme algo tranquilizado respecto a mi profesión, por otro, Gokhale, cuyos ojos seguían fijos en mí, no perdía el tiempo y trazaba proyectos sobre mi persona. Cada semana aparecía por mi despacho dos o tres veces, a menudo en compañía de amigos que deseaba que conociera. Además, me mantenía al tanto de sus movimientos y actividades.

Pero Dios jamás me ha dejado desarrollar los proyectos esbozados por mí y, en cambio, ha dispuesto Él mi camino con arreglo a sus propios designios. Cuando ya todo parecía resuelto y estaba decidido a quedarme definitivamente en Bombay, inesperadamente recibí un cable de Sudáfrica que decía: “Chamberlain esperado aquí. Por favor regrese inmediatamente”. Recordé mi promesa y cablegrafié diciendo que estaba dispuesto a partir en cuanto me enviaran el dinero para el pasaje. Respondieron inmediatamente. Entonces abandoné mi trabajo y emprendí la marcha hacia Sudáfrica.

Yo calculaba que la tarea a efectuar me tendría alejado un año, por lo que decidí conservar el *bungalow* y dejé allí a mi esposa e hijos.

Entonces yo pensaba que los jóvenes emprendedores que no lograban hallar un camino en su país, debían emigrar a otras tierras. Por consiguiente, me llevé conmigo a cuatro jóvenes, uno de ellos Maganlal Gandhi.

Los Gandhis eran y siguen siendo una gran familia. Yo quería que se vinieran conmigo todos aquellos que desearan abandonar los senderos trillados e iniciar una aventura en el exterior. Mi padre solía acomodar a todos los que podía en los puestos públicos. Yo deseaba que estuvieran libres de esa tentación. No podía ni quería conseguirles cargos, sino lograr que confiaran en sí mismos y se desarrollaran por su cuenta.

A medida que mis ideales progresaban, traté de persuadir a esos jóvenes para que conformaran su conducta y manera de pensar a la mía, y obtuve el máximo éxito con Maganlal Gandhi. Pero ya hablaremos de esto más adelante.

La separación de mi esposa y mis hijos, el abandonar mi lugar de residencia y partir de lo seguro a lo incierto, me resultó doloroso. Pero me había comprometido conmigo mismo a llevar una vida incierta. Creo que es un error esperar seguridad en esta vida, cuando todo es inseguridad e incertidumbre con excepción de Dios y de la verdad. Todo lo que hay y todo lo que ocurre es incierto y transitorio. Sin embargo, hay un Ser Supremo oculto en alguna parte que es la encarnación de la Certidumbre, y solo puede considerarse dichoso aquel que alcanza a entreverlo aunque solo sea un instante. La persecución de esa verdad es el *summum bonum* de la vida.

Llegué a Durban muy a tiempo, pues había trabajado para mí. Ya estaba fijada la fecha en que una diputación debía visitar a Mr. Chamberlain. Tuve que redactar inmediatamente el memorial que debíamos presentarle, y acompañar a la diputación.

PARTE CUARTA

1. ¿PERDIÓ EL AMOR A LOS TRABAJADORES?

Mr. Chamberlain iba a Sudáfrica para recoger una donación de treinta y cinco millones libras esterlinas y para conquistar el corazón de los ingleses y de los boers. Por consiguiente, recibió con un encogimiento de hombros a la delegación inda.

—Ustedes saben —dijo— que el gobierno imperial tiene escaso control sobre las colonias con gobiernos autónomos. Sus quejas parecen ser genuinas. Yo haré lo que pueda, pero son ustedes los que deben ingeniárselas para aplacar a los europeos, si quieren vivir con ellos.

La respuesta cayó como un balde de agua fría sobre las espaldas de los delegados. Yo también me sentí decepcionado. Nos abrió los ojos a todos y comprendí que tendríamos que empezar nuestro trabajo de nuevo. Explicué la situación a mis colegas.

En realidad, la respuesta de Mr. Chamberlain no tenía nada de injusta. Era lógico que no le preocupasen las cuestiones de menor cuantía. Lo cierto es que de un modo suave y amable nos decía que la razón era la fuerza. O sea, que siempre hay que atenerse a la ley de la espada. Pero nosotros no teníamos ninguna espada. Apenas contábamos con los músculos y nervios necesarios para ofrecerlos al tajo de la espada.

Mr. Chamberlain estuvo muy poco tiempo en el continente. Si de Shrinagar al Cabo Comorin hay tres mil kilómetros, de Durban a Ciudad del Cabo hay casi dos mil quinientos, y Mr. Chamberlain tenía que recorrerse esas distancias a una velocidad relámpago.

Desde Natal pasó rápidamente a Transvaal. Yo tuve que preparar el caso para los indos residentes en Transvaal y también sometérselo a él. Pero ¿cómo podía trasladarme a Pretoria? Allí, nuestra gente no estaba en condiciones de procurarme las facilidades legales necesarias para que yo pudiera llegar a tiempo. La guerra había convertido a Transvaal en un desierto. No había provisiones ni ropa disponibles. Las tiendas estaban cerradas o vacías, aguardando que llegara el momento en que se llenaran sus estanterías. Pero todavía faltaba para que llegara ese momento. Incluso, los refugiados no podían obtener permiso para regresar a Transvaal hasta que las tiendas y almacenes no volvieran a funcionar como antaño. Por tanto, cada habitante de Transva-

al tenía que obtener un permiso para entrar en el Estado. Los europeos no tenían inconveniente ninguno para conseguirlos, pero a los indos les resultaba muy difícil.

Durante la guerra llegaron a Sudáfrica procedentes de la India y de Ceilán, numerosos oficiales y soldados, y se consideraba un deber por parte de las autoridades británicas proporcionarles ocupación con el objeto de que se establecieran en territorio sudafricano. De cualquier modo, tenían que designar nuevos funcionarios para los cargos públicos y aquellos hombres, con su experiencia, eran muy útiles. El ingenio de algunos de ellos logró crear un nuevo departamento, con el que demostraron sus muchos recursos. Había un departamento especial para los negros. ¿Por qué no crear otro igual para los asiáticos? El planteamiento pareció a todos muy plausible. Cuando llegué a Transvaal, el nuevo departamento ya se había inaugurado y estaba extendiendo sus tentáculos rápidamente. Los funcionarios que otorgaban los permisos a los refugiados que querían regresar, no tenían inconveniente en concederlos a todos los blancos. Pero ¿cómo podían hacer lo mismo con los indos sin dar intervención al departamento de asuntos asiáticos? Y se entregaban los permisos bajo la recomendación del nuevo departamento, la responsabilidad de los funcionarios encargados de la cuestión se aligeraba y su tarea se simplificaba. De este modo argumentaron los hombres del nuevo departamento, obteniendo su propósito, que no era otro que aumentar su trabajo y actividades. Los hombres necesitaban dinero y si no se encontraba trabajo suficiente el departamento hubiera sido suprimido, por innecesario. Por consiguiente, inventaron el trabajo que precisaban.

Los indos tenían que recurrir a dicho departamento y al cabo de varios días recibían la respuesta. Como había gran número de gentes que deseaban regresar a Transvaal, surgió un verdadero ejército de intermediarios o comisionistas que, juntamente con los funcionarios, saqueaban a los pobres indos en proporciones aterradoras. Me contaron que no se extendía un solo permiso sin que mediara influencia, y que, en muchos casos, con influencia y todo había que pagar cientos de libras para obtener la autorización.

El panorama sugería que no podía ir a Transvaal a tiempo. En consecuencia, me fui a ver a mi viejo amigo, el superintendente de Policía de Durban, y le dije: “Por favor, presénteme al funcionario que extiende los permisos. Usted sabe que he sido residente de Transvaal”.

Mr. Alexander se puso el sombrero, salió y me consiguió el permiso. Faltaba menos de una hora para que saliera el tren y todavía tenía que hacer el equipaje. Di las gracias al superintendente Alexander y partí hacia Pretoria.

Solo entonces tuve una idea clara de las dificultades que me esperaban. Al llegar a Pretoria redacté el memorial. No recuerdo que en Durban se exigiera a los indos que presentaran de antemano los nombres de sus representantes, pero en Pretoria el nuevo departamento lo impuso así. Los indos de Pretoria supieron con anticipación que los funcionarios querían excluirme a mí de la delegación que iba a entrevistarse con Mr. Chamberlain.

Mas conviene que pasemos a otro capítulo para relatar este incidente lamentable pero divertido.

2. AUTÓCRATAS DE ASIA

Los funcionarios del nuevo departamento estaban desesperados por saber cómo había entrado yo en Transvaal. Preguntaron a los indos con quienes estaban relacionados, pero éstos nada supieron decirles. Entonces llegaron a suponer que quizá habría entrado sin permiso, valiéndome de mis viejas amistades. ¡Y en tal caso podían arrestarme!

Es costumbre general, al término de una guerra importante, invertir al gobierno de poderes especiales. Este era el caso en Sudáfrica. El gobierno había hecho aprobar una ley para defensa de la paz, por la que cualquier persona que entrara en Transvaal sin el correspondiente permiso podía ser detenida y encarcelada. La cuestión de aplicarme dicha ley y detenerme estaba en el ánimo de muchos. Pero nadie se atrevía a pedirme que mostrara mi permiso.

Por supuesto, los funcionarios habían enviado telegramas a Durban y cuando supieron que había entrado con permiso se sintieron decepcionados. Pero no eran hombres que se dejaran abatir por cualquier decepción. Aun cuando yo había conseguido entrar en Transvaal todavía podían impedir que me entrevistara con Mr. Chamberlain.

Así, pidieron a la comunidad que presentara la lista de nombres de los representantes que iban a constituir la diputación. Desde luego, los prejuicios raciales estaban a la orden del día en toda Sudáfrica, pero yo no suponía que encontraría allí maniobras tan bajas y tan sucias como era habitual en la India entre los funcionarios. En Sudáfrica, los departamentos públicos tenían por objeto el bienestar del pueblo y eran responsables de la opinión pública. De ahí que los funcionarios observasen cierta cortesía, humildad y buenos modales en el trato, y la gente de color también se beneficiaba con dicha actitud.

Pero con la llegada de los funcionarios procedentes de Asia, llegó también su autocracia y las costumbres implantadas allí por los autócratas. En

Sudáfrica había una especie de gobierno responsable ante el pueblo, o democracia, mientras que los funcionarios importados de Asia encarnaban pura y simplemente la autocracia, puesto que los asiáticos no tenían gobiernos propios y estaban regidos por una potencia extranjera. En Sudáfrica, los europeos eran inmigrantes arraigados allí que se habían convertido en ciudadanos y tenían un control evidente sobre los funcionarios, que dependían de sus votos. Pero aparecieron en escena los autócratas de Asia y los indos, en consecuencia, se hallaron entre la espada y la pared.

Yo ya había saboreado esta autocracia e iba a paladearla de nuevo. Primero fui intimidado para que me presentara ante el jefe del departamento, un oficial procedente de Ceilán. Quizá se considere que exagero al emplear la palabra “intimidado”, pero es así, aun cuando no se me hizo llegar ninguna orden escrita. Como los líderes indos tenían que visitar con frecuencia a los funcionarios del departamento asiático, entre ellos el *Sheth* Tyeb Hají Khanmanomed, fui en compañía de este. El jefe del departamento le preguntó quién era yo y por qué había ido a Transvaal.

—Es nuestro consejero —respondió Tyeb— y vino aquí porque le llamamos nosotros.

—Entonces —dijo el autócrata—, ¿para qué estamos nosotros aquí? ¿No hemos sido nombrados para defender vuestros intereses? ¿Qué puede Gandhi saber de las condiciones imperantes en Transvaal.

El *Sheth* Tyeb respondió al cargo lo mejor que pudo:

—Desde luego que ustedes están para protegernos. Pero Gandhi es uno de los nuestros. Conoce nuestra lengua y entiende nuestros problemas. Ustedes, en fin de cuentas, son funcionarios.

El *Sahib* ordenó al *Sheth* Tyeb que me hiciera pasar a mí. Entré y me presenté ante él, junto con Tyeb y otros amigos. No nos hizo sentar y permanecimos todos en pie.

—¿Por qué ha venido usted a Transvaal? —me preguntó el *sahib*, dirigiéndose a mí.

—He venido a requerimientos de mis compatriotas para ayudarles con mi consejo.

—¿Pero usted ignora que no tiene derecho a estar aquí? El permiso que tiene se le dio por error. Usted no puede ser considerado como un indo domiciliado. Tiene que marcharse del país. No puede esperar la llegada de Mr. Chamberlain. El departamento asiático ha sido creado especialmente para la protección de los indos. Bueno, puede irse.

Con lo cual me despidió, sin darme la oportunidad de contestarle. Pero retuvo a mis compañeros, a los cuales riñó severamente y terminó aconsejándoles que me hicieran salir de Transvaal cuanto antes.

Todos volvieron apesadumbrados. Nos hallábamos frente a una situación inesperada.

3. SOPORTO EL INSULTO

Me dolió verme insultado así, pero soporté el insulto tal y como había hecho tantas veces en el pasado, hasta el extremo de que casi estaba inmunizado. Decidí olvidarme de esta última ofensa y adoptar la determinación conveniente con el máximo desapasionamiento.

Recibí una carta del jefe del departamento asiático en la que me expresaba que, como ya había visto a Mr. Chamberlain en Durban, se había considerado necesario omitir mi nombre de la lista de delegados indos que iban a entrevistarle.

Esa carta colmó la medida de la paciencia entre mis colaboradores. Propusieron abandonar la idea de que una diputación visitara a Mr. Chamberlain. Yo les expuse la lamentable situación de la comunidad.

—Si no exponéis vuestro caso ante Mr. Chamberlain —les dije— se presumirá que no tenéis ninguna reclamación que hacer. En fin de cuentas, la reclamación se hará por escrito, y ya la tenemos lista. No importa nada que sea yo u otro cualquiera quien la lea. Mr. Chamberlain no va a discutir el caso con nosotros. Mucho me temo que lo recomendable sea tragarnos la ofensa.

Apenas había terminado de hablar cuando el *Sheth Tyeb* exclamó:

—¿Acaso insultarte a ti no equivale a insultar a la comunidad? ¿Cómo podemos olvidar que eres nuestro representante?

—Muy cierto —respondí—, pero incluso la comunidad tendrá que pasar por alto insultos como ese. ¿Tenemos otra alternativa?

—Sea como fuere, ¿por qué tenemos que tragarnos una ofensa así? No nos puede ocurrir nada peor. ¿Tenemos acaso muchos derechos qué perder? —insistió Tyeb.

Fue una respuesta aguda. Pero ¿de qué servía? Yo tenía plena conciencia de las limitaciones de la comunidad. Apacigué a mis amigos y les aconsejé que llevaran en mi lugar a Mr. George Godfrey, un abogado indo.

Fue Mr. Godfrey quien encabezó la diputación. En su respuesta Mr. Chamberlain se refirió a mi exclusión y dijo, tratando de curar la herida:

—En lugar de oír una y otra vez al mismo representante, ¿no es preferible escuchar a otro nuevo?

Pero todo aquello, en vez de dar fin al asunto, no hizo sino agregar trabajo a la comunidad y también a mí. Teníamos que comenzar de nuevo.

Alguien me dijo: “Fue a instancia suya por lo que la colectividad inda ayudó en la guerra, y ya ve ahora los resultados”.

Pero el reproche no me hizo mella.

—No me arrepiento de haber dado ese consejo —respondí—. Sostengo que hicimos bien en participar. Al proceder así, cumplimos con nuestro deber. No debemos esperar recompensa por los servicios que prestemos, pero tengo la firme convicción de que todas las buenas acciones dan sus frutos a la corta o a la larga. Olvidemos el pasado y pensemos en la tarea que tenemos por delante.

La mayoría se mostró de acuerdo. Entonces, añadí:

—Para deciros la verdad, la tarea para la cual me habéis llamado está prácticamente concluida. Pero creo que no debería ausentarme de Transvaal, mientras sea posible, incluso aun cuando me permitáis regresar. En lugar de hacer mi trabajo en Natal, como antes, debo hacerlo ahora aquí. Yo no puedo pensar en volver a la India en el transcurso de un año, sino que voy a inscribirme en la Corte Suprema de Transvaal. Tengo la confianza suficiente para creer que podré tratar con el nuevo departamento. Si no procedemos así, la comunidad será expulsada del país, además de quedar despojada de todos sus bienes. Día tras día se irán acumulando las ofensas. El que Mr. Chamberlain se haya negado a verme y que el funcionario me insultara no es nada si se compara con la humillación de toda la colectividad inda. Os resultaría imposible soportar una auténtica vida de perros, como la que tendríais que llevar.

De modo que lancé a rodar la bola de nieve, discutí la cuestión con los indos de Pretoria y Johannesburgo y, finalmente, abrí mi estudio jurídico en Johannesburgo.

En verdad era dudoso que lograra inscribirme en la Corte Suprema de Transvaal. Pero el Colegio de Abogados no se opuso a mi solicitud y la Corte la aceptó inmediatamente. También parecía difícil para un indio conseguir oficinas en un lugar adecuado. Pero había entrado en relación con Mr. Ritch, que era un conocido comerciante, y por su intermedio conseguí un hermoso lugar que me facilitó un corredor de bienes raíces amigo suyo.

Una vez conseguidas las oficinas adecuadas en el barrio jurídico de la ciudad, emprendí de nuevo mi trabajo profesional.

4. ESPÍRITU DE SACRIFICIO

Antes de narrar la lucha por los derechos de los inmigrantes indos en Transvaal y sus relaciones con el departamento asiático, he de referirme a otros aspectos de mi vida.

Hasta entonces siempre había existido en mí una mezcla de deseos, pues mi espíritu de sacrificio estaba atemperado por el deseo de sentar bases sólidas para el futuro.

Por la época en que me establecí como abogado en Bombay vino a verme un agente de una compañía de seguros norteamericana. Era un hombre de aspecto agradable y hábil lengua, y comenzamos a charlar sobre mi bienestar futuro como si fuésemos viejos amigos.

—En Estados Unidos —me dijo— todos los hombres de su posición tienen seguro de vida. ¿Por qué no ha de estar también usted asegurado contra el futuro? La vida es incierta. Nosotros, en América, consideramos como una obligación religiosa el estar asegurados. ¿Por qué no acepta usted una póliza de seguro pequeña?

Hasta entonces yo había rechazado las propuestas de todos los vendedores de seguros que me habían entrevistado en Sudáfrica y la India, pues pensaba que el seguro de vida implicaba temor y falta de fe en Dios. Pero esta vez sucumbí a la tentación del agente norteamericano. Mientras él exponía sus argumentos yo veía con los ojos del alma a mi mujer y mis hijos. “Tú has vendido casi todas las joyas de tu esposa —me decía a mí mismo—. Si te ocurriera algo, la carga de mantenerla a ella y a tus hijos recaería sobre tu pobre hermano, que tan noblemente ha ocupado el lugar de tu padre. ¿Qué piensas de eso?”.

Con estos y otros argumentos similares me persuadí de que debía aceptar una póliza de 10.000 rupias.

Pero cuando mi vida cambió de nuevo al regresar a Sudáfrica, también cambió mi manera de pensar. Todos los pasos que anduve en este período de prueba los di en el nombre de Dios y para su servicio. Ignoraba cuánto tiempo tendría que quedarme en Sudáfrica. Tenía el temor de que quizá no volviera jamás a la India. Por consiguiente, decidí tener junto a mí a mi esposa e hijos y ganar lo suficiente para mantenerlos. Este propósito me hizo deplorar el seguro de vida hecho tiempo atrás y sentí vergüenza por haberme dejado atrapar en las redes del agente de seguros. Pensé que si mi hermano ocupaba realmente el lugar de mi padre, sin duda no consideraría como carga excesiva el ayudar a mi viuda, si llegaba a serlo. ¿Y qué motivos tenía yo para

pensar que la muerte llamaría a mi puerta antes que a la de los demás? En fin de cuentas, el verdadero protector no éramos mi hermano ni yo, sino el Todopoderoso. Al asegurar mi vida yo le había robado a mi esposa, y también a los niños, la confianza en sí mismos. ¿Por qué debía suponer que no eran capaces de desenvolverse por su cuenta? ¿Qué les ocurría, en casos semejantes, a las innumerables familias de los pobres del mundo? ¿Por qué no había de considerarme yo como uno más de ellos?

Un torrente de pensamientos similares cruzó por mi cerebro, pero no procedí de acuerdo con ellos inmediatamente. Recuerdo que, por lo menos, pagué una cuota más del seguro durante mi permanencia en Sudáfrica.

Algunas circunstancias externas vinieron en apoyo de esta nueva orientación de mis sentimientos. Durante mi primer viaje a Sudáfrica fue la influencia cristiana la que mantuvo vivo mi sentimiento religioso. Ahora era la influencia teosófica la que venía a reforzar tal sentimiento. Mr. Ritch era teósofo y me puso en contacto con la sociedad teosófica de Johannesburgo. Jamás me afilié, pues tenía ciertas divergencias, pero mantuve una estrecha relación con casi todos los teósofos.

Todos los días sostenía con ellos discusiones de carácter religioso. Con frecuencia se realizaban conferencias y lecturas sobre libros teosóficos y en algunas ocasiones hice uso de la palabra en estas reuniones. El objeto principal de la teosofía es cultivar y promover la idea de la fraternidad entre los hombres. Polemizábamos mucho sobre este tema y yo criticaba a los teósofos diciéndoles que su vida no encuadraba perfectamente con su ideal. Tales críticas no dejaron de causar efecto sobre mi propia persona, lo cual me condujo a la introspección.

5. RESULTADOS DE LA INTROSPECCIÓN

Cuando en 1893 entré en estrecho contacto con mis amigos cristianos, yo era un mero novicio. Ellos trataron persistentemente de convencerme y hacer que aceptara el mensaje de Jesús, y yo era un oyente respetuoso y humilde que los escuchaba con toda el alma. También por aquel entonces estudié, lógicamente, el hinduismo en la medida de mis fuerzas y procuré entender las demás religiones.

En 1903 la situación había cambiado algo. Mis amigos teósofos trataron también de incorporarme a su sociedad, con el propósito fundamental de obtener algo de mí. La literatura teosófica está repleta de influencia hindú y

por ello mis amigos esperaban que yo les fuera de utilidad en este sentido. Les expliqué que mis conocimientos de sánscrito no daban para mucho, que no había leído los textos originales de las escrituras y que incluso con las traducciones no había tenido sino relaciones superficiales. Pero como creyentes del *samskara* (tendencias ocasionadas por las vidas anteriores) y del *punarjanma* (reencarnación), dieron por sentado que, por lo menos, les sería de alguna ayuda. Por consiguiente, me sentía como un tritón entre pececillos. Comencé a leer con algunos de esos amigos el *Rajayoga*, de Swami Vivekananda, y con otros el *Rajayoga*, de M. N. Divedi. Me comprometí para leer el *Yoga Sustras*, de Patanjali, con un amigo y el *Bhagavadgita* con otro grupo. Constituíamos así una especie de sociedad de lectores.

Por ese tiempo yo ya tenía fe en el *Gita*, que me fascinaba. Comprendí la necesidad de ahondar más en él. Tenía una o dos traducciones, por cuyo intermedio traté de comprender el original del sánscrito. También decidí aprenderme de memoria uno o dos versos por día. Con este fin comencé a estudiarlos por las mañanas, por espacio de treinta y cinco minutos, mientras me higienizaba. Tardaba veinte minutos en bañarme y quince en cepillarme los dientes. Como esto último lo hacía de pie, al estilo occidental, mientras me limpiaba la dentadura leía los versos del *Gita*, escritos en unas tiras de papel que pegaba sobre la pared, a la altura de mis ojos, y comenzaba a repetirlos de memoria. Después, al meterme en el baño, podía seguir repitiéndolos, con lo cual quedaban impresos en mi memoria. Por este procedimiento llegué a aprenderme trece capítulos enteros. Pero el estudio del *Gita* hube de suspenderlo por otras tareas y por la creación del *satyagraha*, que absorbió todos mis pensamientos.

Qué efecto causó sobre mis amigos la lectura del *Gita* es cosa que ignoro, pero por lo que a mí respecta se convirtió en una norma infalible de conducta. Fue mi diccionario de uso cotidiano. Al igual que consultaba el diccionario inglés cuando necesitaba aclaración sobre alguna palabra que no comprendía, me dirigía al *Gita*, mi diccionario de conducta, para hallar la solución de todos mis problemas. Las palabras tales como *aparigraha* (no posesión) y *samabhava* (igualdad) me cautivaron. El problema era cómo conservar y cultivar la igualdad. ¿Cómo era posible tratar por igual a los funcionarios corrompidos, insultantes e insolentes y a los hombres que siempre fueron buenos? ¿Cómo se va a privar uno de todo cuanto posee? ¿No es el cuerpo mismo una evidente posesión? ¿No son las esposas e hijos posesiones también? ¿Debía yo regalar toda mi biblioteca? ¿Estaba obligado a renunciar a todo para seguirlo a Él?

La respuesta me llegó sin vacilaciones: no podría seguirlo a Él a menos que renunciara a todo lo que tenía. Mis estudios de derecho inglés vinieron en mi ayuda. Los argumentos de Snell sobre la equidad acudieron a mi memoria. Bajo la luz de las enseñanzas del *Gita* comprendí más claramente las implicaciones de la palabra “fideicomisario”, es decir, el que tiene a su cargo la propiedad ajena. Aumentó mi respeto por la jurisprudencia, cuyo origen descubrí en la religión. Comprendí que la lección del *Gita* sobre la no posesión significa que aquellos que deseen la salvación deben proceder como el fideicomisario que, aun cuando tiene a su cargo la administración de grandes bienes, no los considera en modo alguno como propios. Se hizo para mí tan claro como la luz del día que la no posesión y la igualdad presuponían un cambio de corazón, un cambio de actitud.

Escribí, pues, a Revashankargbhai autorizándole a anular la póliza de seguro, recuperando todo lo que fuera posible de los pagos efectuados, e incluso considerando como perdido el dinero pagado, pues estaba convencido de que Dios, que dio vida a mi esposa y mis hijos, proveería por ellos. Escribí a mi hermano, que había sido un padre para mí, diciéndole que le entregaba todo cuanto había ahorrado hasta ese momento, pero que en el futuro no debía esperar nada de mí, pues todo el dinero que ganase, si ganaba algo, lo destinaría a la ayuda de la comunidad.

No me resultó fácil hacerle comprender esto a mi hermano, quien me explicó, con un lenguaje severo, las obligaciones que tenía yo para con él. Me dijo que no podía aspirar a ser más sabio que mi padre. Que debía mantener a la familia, como él. Yo le contesté diciéndole que estaba haciendo exactamente lo que hizo nuestro padre. El concepto de la palabra “familia” debía ampliarlo un poco, y entonces la prudencia de mi decisión se le aparecería muy clara.

Mi hermano dejó de insistir y prácticamente suspendió toda correspondencia conmigo. Me apenó profundamente su actitud, pero más me hubiera apenado renunciar a cumplir con lo que yo consideraba mi deber, y acepté el mal menor. Sin embargo, lo ocurrido no disminuyó en modo alguno mi cariño hacia él, que siguió siendo tan grande y puro como siempre. En las raíces de su miseria estaba su gran amor hacia mí. No es que quisiera mi dinero para él, sino que estimaba que me debía comportar bien con la familia. No obstante, hacia el fin de su vida comprendió mi actitud. Cuando, ya casi en su lecho de muerte, comprendió que mi conducta era acertada, me escribió una carta en extremo patética. Me pedía perdón, si es que un padre puede pedir perdón a su hijo, y encomendaba sus hijos a mi cuidado, para que los criara

como estimase conveniente. Expresó, además, su impaciencia por verme. Me cablegrafió preguntándome si podía venir a Sudáfrica y le contesté que sí. Pero no llegó jamás y ni siquiera pudo lograr su deseo respecto a sus hijos. Murió antes de emprender el viaje a Sudáfrica. Sus hijos habían sido educados en la vieja atmósfera y resultó imposible cambiar el curso de su vida. No pude atraerlos a mi camino. Pero la culpa no era de ellos. ¿Quién puede decir: “hasta aquí, y ni un paso más allá”, al curso de su propia naturaleza? ¿Y quién puede suprimir las impresiones de su niñez? Es ocioso esperar que los hijos y los pupilos a nuestro cargo sigan invariablemente el mismo curso de evolución que siguen los mayores.

En cierta medida, este ejemplo sirve para demostrar que el ser padre constituye una terrible responsabilidad.

6. UN SACRIFICIO POR EL VEGETARIANISMO

Puesto que mis ideales de sacrificio y sencillez se iban realizando y la conciencia religiosa estaba cada vez más presente en mi vida diaria, fue también en aumento mi pasión por el vegetarianismo como misión. Solo he conocido una manera de llevar a cabo cualquier tarea misionera: el ejemplo personal, unido a las discusiones con los buscadores de conocimientos.

Había en Johannesburgo un restaurante vegetariano, regentado por un alemán que creía en el tratamiento hidroterápico de Kuhne. Visité el restaurante y procuré cooperar llevando a algunos amigos ingleses. De todos modos, vi que no iba a poder sostenerse, pues afrontaba muchas dificultades económicas. En consecuencia lo ayudé, pues estimaba que lo merecía, gastando algún dinero en el establecimiento. Pero al final tuvo que cerrar.

Casi todos los teósofos son vegetarianos en mayor o menor grado, y una dama emprendedora, miembro de la sociedad teosófica, entró en escena montando en gran escala un restaurante vegetariano. Era una enamorada del arte pero también una extravagante, y no entendía nada de administración. Como su círculo de amistades era considerablemente amplio, inauguró el restaurante en forma modesta, pero decidió agrandarlo. Alquiló un gran local y acudió a mí en solicitud de ayuda económica. Yo ignoraba la situación financiera de la dama, pero suponía que tenía una fortuna saneada. Cuando me pidió cooperación yo estaba en condiciones de ayudarla. Mis clientes acostumbraban a confiarme grandes sumas. Uno de ellos me autorizó para que invirtiera mil libras esterlinas. Este cliente era un hombre de gran corazón y confiado por naturaleza, que llegó a Sudáfrica como trabajador contratado.

—Entréguele el dinero —me dijo—, si le parece. No entiendo nada de estos asuntos, pero lo conozco a usted y me basta.

Se llamaba Badri. Posteriormente participó en forma destacada en el *satyagraha* e incluso fue encarcelado. Por tanto, hice el empréstito a la dama en cuestión, pensando que era suficiente el consentimiento de mi cliente.

A los dos o tres meses me enteré de que jamás iba a recuperar el dinero prestado. Yo no podía resignarme a esa pérdida. Hubiera podido destinar esa cantidad a muchas otras cosas. El préstamo no se recuperaría jamás, pero ¿cómo podía permitir que el confiado Badri sufriera la pérdida? Él solamente me conocía a mí, y yo era el causante de lo sucedido.

Otro cliente, al cual le hablé de esa infortunada transacción, me riñó dulcemente por la locura cometida, diciéndome:

—Bhai —afortunadamente, por aquel entonces todavía no me habían convertido en *mahatma* y ni siquiera en *bapu* (padre), y los amigos acostumbraban a designarme con el cariñoso nombre de *bhai* (hermano) —, ese hecho es impropio de ti. Nosotros dependemos de ti en muchas cosas. No vas a recuperar ese dinero. Ya sé que nunca permitirás que Badri padezca y que le pagarás de tu bolsillo. Si persistes en llevar adelante tus proyectos de reforma utilizando el dinero de tus clientes, los pobrecitos pronto quedarán arruinados y tú te convertirás en un mendigo. Pero eres nuestro representante, nuestro hombre de confianza y debes tenerlo presente, pues si pasas a ser un mendigo nuestro trabajo público se vendrá abajo.

Este amigo, que por suerte vive todavía, es el hombre más puro que haya conocido jamás en Sudáfrica o en cualquier otra parte. Le he visto pedir perdón a la gente, y purificarse, cuando después de haber pensado mal de alguien descubría que sus recelos eran infundados.

Vi que me aconsejaba acertadamente, porque aun cuando me hice cargo de la pérdida de Badri, yo no debería haber corrido jamás el riesgo de afrontar semejante quebranto, ni contraer deudas, cosa que hacía por primera vez en mi vida, y que siempre aborrecí. Comprendí que ni siquiera el celo reformador y bien intencionado de un hombre debe exceder de ciertos límites. También vi que al prestar dinero que me había sido confiado incurría en desobediencia de una de las normas cardinales del *Gita*, verbigracia, la obligación de todo hombre de ser equilibrado en sus actos, prescindiendo de los frutos que puede dar. Este error se convirtió para mí en un faro de advertencia.

El sacrificio ofrecido en el altar del vegetarianismo no fue intencional y sí inesperado, pero hizo de la necesidad una virtud.

7. EXPERIMENTOS CON EL TRATAMIENTO DE TIERRA Y AGUA

Con la creciente sencillez de mi vida fue en aumento mi aversión a las medicinas. Mientras ejercía la profesión en Durban sufrí algún tiempo de debilidad e inflamación reumática. El doctor P. J. Mehta, que me visitó, me prescribió un tratamiento que me restableció. Después de eso, hasta el día en que regresé a la India, no recuerdo haber padecido enfermedad alguna.

No obstante, sufría de estreñimiento y frecuentes dolores de cabeza, especialmente mientras estuve en Johannesburgo, por lo cual seguí una dieta rigurosa y tomaba de vez en cuando algunos laxantes. Me sentía bien, pero en verdad no podía decirse que fuera un hombre saludable, y constantemente me preguntaba cuándo me vería libre de aquellas malditas medicinas laxantes.

Por aquel tiempo leí algo sobre la formación en Manchester de la “Asociación Antidesayuno”. El argumento de los partidarios de dicha norma era que los ingleses comen demasiado y muy a menudo, que las cuentas de sus médicos suelen ser crecidas porque comen desde la mañana hasta medianoche y que, por lo menos, debían suprimir el desayuno* si querían mejorar su salud. Aun cuando tales cosas no se podían aplicar a mi persona, pensé que los argumentos en cuestión podían referirse a mi caso en cierta medida, ya que si no comía mucho, en cambio lo hacía con demasiada frecuencia. Yo solía hacer tres comidas por día y tomar el té a las cinco. Siempre tuve buen apetito y disfrutaba con los excelentes platos, siempre dentro de la dieta vegetariana y sin sazonar la comida con especias. Casi nunca me levantaba antes de las seis o las siete. Por tanto, pensé que si suprimía el desayuno me libraría de los dolores de cabeza. Inicié pues, el experimento. Por espacio de unos cuantos días el asunto fue duro, pero lo cierto es que los dolores de cabeza desaparecieron por completo. Lo cual me llevó a la conclusión de que comía más de lo necesario.

Pero el cambio no me alivió el estreñimiento. Probé los baños que recomienda Kuhne y aunque me mejoraron algo no me curaron. Mientras tanto, el alemán que tenía el restaurante, u otro amigo, no recuerdo bien, puso en mis manos el “Retorno a la naturaleza”, de Just. Leí en el libro algo sobre el tratamiento con tierra. El autor también recomendaba las frutas y las nueces

* El desayuno inglés a que se refiere Gandhi es muy distinto del nuestro. Es prácticamente un almuerzo matutino integrado por té o café con tostadas, manteca y mermeladas, avena, pescado, huevos pasados por agua o fritos con jamón o tocino, etc. (*N. del T.*).

como la dieta natural del hombre. Yo no adopté en seguida la dieta a base de frutas exclusivamente, pero sí comencé el tratamiento de tierra, y con prodigiosos resultados. El tratamiento consistía en aplicar en el abdomen una faja de tierra limpia, humedecida con agua fría y esparcida sobre un trapo fino, o gasa, a la manera de una cataplasma. Me la ponía a la hora de acostarme y me la quitaba cuando me despertaba, fuese a medianoche o por la mañana. Resultó ser un remedio radical. Desde entonces he probado el tratamiento no solo conmigo sino también con mis amigos, y jamás he tenido motivos para lamentarlo. En la India no he podido seguirlo con la misma confianza. Pero mi fe en el tratamiento a base de tierra limpia y agua fría sigue siendo la misma de siempre. Incluso, en la actualidad, me someto en cierta medida al tratamiento con tierra y lo recomiendo a mis colaboradores siempre que se presenta la ocasión.

Aun cuando he tenido dos serias enfermedades en mi vida, creo que el hombre no tiene necesidad de tomar medicinas. De cada mil casos, novecientos noventa y nueve pueden salir adelante por medio de una dieta adecuada, el tratamiento con tierra y agua y otros remedios caseros. El que acude al doctor, el *vaidya* o el *hakim* apenas siente el síntoma de cualquier enfermedad sin importancia, no solo acorta su vida al ingerir toda suerte de drogas vegetales y minerales sino que, al convertirse en esclavo de su cuerpo, en lugar de seguir siendo su amo y señor, pierde el dominio de sí mismo y deja de ser un hombre.

Que nadie eche en saco roto estas observaciones porque han sido escritas por un enfermo. Conozco las causas de mi enfermedad y tengo la plena convicción de que solo yo soy el responsable, y gracias a esa convicción precisamente no he perdido la paciencia. En realidad, he dado gracias a Dios por mis enfermedades, que asumen la calidad de lecciones, y he resistido con éxito a la tentación de tomar numerosas drogas. Sé que esta obstinación pone muchas veces a prueba a mis médicos, pero ellos me soportan bondadosamente y no me abandonan a mi suerte.

Pero cortemos esta digresión. Antes de seguir adelante debería formular una advertencia a los lectores. Los que compren el libro de Just inducidos por este capítulo, no deben tomarlo al pie de la letra como si fuera el Evangelio. Quienes escriben siempre presentan un aspecto de la cuestión, pero resulta que cada caso puede verse desde muchos puntos de vista, todos los cuales son probablemente correctos en sí mismos, pero no correctos al mismo tiempo y en las mismas circunstancias. Así, muchos libros se escriben para ganar adeptos, nombre y fama. Por tanto, conviene leer con discernimiento y seguir el consejo de alguna persona enterada antes de intentar cualquiera de los expe-

rimentos expuestos en ese tipo de libros. O bien leer con paciencia, digerir debidamente lo que se dice y solo entonces poner en práctica lo que recomienda el autor.

8. UNA ADVERTENCIA

Creo que debo continuar esta digresión hasta el próximo capítulo. Además de mis experiencias con el tratamiento de tierra, también realicé algunas en el campo de la dietética, y no estaría fuera de lugar expresar algunas observaciones al respecto, aunque tendré ocasión de referirme más adelante al tema.

Tanto ahora como luego, no entraré en detalles sobre estas experiencias en dietética. Porque ya lo he hecho en una serie de artículos en *gujaratí* que aparecieron hace años en el “Indian Opinion”, y que luego fueron publicados en forma de libro conocido bajo el nombre de “Una guía hacia la salud”. Entre mis libros breves, este ha sido el más extensamente leído en el Este tanto como en el Oeste, cosa que aún no logro entender. Fue escrito para los lectores del “Indian Opinion”. Pero sé que el libro ha influido profundamente en la vida de muchas personas en Oriente y Occidente, que nunca han visto el “Indian Opinion” y bastantes de ellas han mantenido correspondencia conmigo al respecto. Considero necesario decir alguna cosa aquí sobre ese libro, porque, aunque no veo razones para alterar los puntos de vista planteados en el mismo, he hecho, sin embargo, algunos cambios radicales en mi práctica actual, sobre los cuales los lectores del libro nada saben, y que creo, deben conocer.

El libro fue escrito, como todos mis trabajos, con un objetivo espiritual, cosa que ha inspirado siempre cada una de mis acciones. Y, sin embargo, constituye una verdadera amargura para mí el no estar en condiciones hoy en día para practicar algunas de las teorías propuestas en él.

Tengo la plena convicción de que las personas no necesitan tomar leche en absoluto, excepto la leche de la madre durante la época adecuada. Su dieta debe consistir exclusivamente de frutas maduras y nueces. Encontrarán suficiente alimento, tanto para sus tejidos como para sus nervios, en frutas como las uvas y en nueces y almendras. La restricción en la vida sexual y en otras pasiones resulta fácil para el hombre que practica esta forma de alimentación. Mis colaboradores y yo hemos comprobado, en la experiencia, que es muy cierto el proverbio indo según el cual un hombre es lo que come. Estos puntos de vista fueron expuestos en forma elaborada en el libro.

Pero, desgraciadamente, en la India me he visto obligado a negar en la práctica algunas de mis teorías. Mientras me hallaba comprometido en la campaña de reclutamiento en Kheda, un error en mi dieta me dejó postrado, y estuve a las puertas de la muerte. Traté en vano de rehacer, sin tomar leche, mi organismo agotado. Busqué la ayuda de los médicos, *vaidyas* y hombres de ciencia que conocía, para que me recomendaran un sustituto de la leche. Algunos sugirieron agua de *mung*, otros aceite de *mowhra* o leche de almendras. Agoté mi organismo experimentando con estos elementos, pero nada podía conseguir que abandonase el lecho de enfermo. Los *vaidyas* me leían versos del Charaka para demostrarme que los escrúpulos religiosos sobre la dieta no tenían lugar en la terapéutica. Por tanto, no podía esperarse de ellos que me ayudaran a seguir viviendo sin leche. ¿Y cómo podían los que recomiendan carne y brandy sin vacilar, ayudarme a perseverar en una dieta sin leche?

No podía tomar leche de vaca o de búfalo porque estaba ligado por un voto. El voto, por supuesto, se refería a todo tipo de leche, pero como yo pensaba en la leche de vaca o de búfalo cuando hice el voto, y como quería vivir, comencé a interpretar el texto de mi voto, y decidí tomar leche de cabra. Pero tenía la plena conciencia, cuando comencé a tomar leche de cabra, de que el espíritu de mi voto había sido quebrantado.

Por aquella fecha la idea de dirigir una campaña contra el “Rowlatt Act” se posesionó de mí, y con ese motivo, mi deseo de vivir se agigantó. Por tanto, uno de los más grandes experimentos de mi vida llegó a su fin.

No ignoro el argumento de que el alma nada tiene que ver con lo que uno come o bebe, ya que el alma no come ni bebe; que no importa lo que se lleva adentro desde afuera, sino lo que expresa afuera desde adentro. Es indudable que hay cierta fuerza en esto. Pero cada vez que medito sobre este razonamiento, me complazco en declarar mi firme convicción de que para el buscador que quiere vivir en el temor de Dios, y que lo verá frente a frente, una norma escrita en la dieta, tanto en cantidad como en calidad, es tan esencial como una norma estricta en cuanto a lo que piensa y a lo que dice.

Pero en un aspecto, sin embargo, en lo que respecta al fracaso de mi teoría, no solo debo informar sobre el hecho, sino advertir seriamente contra su adopción. Más aún, instaré a aquellos que, en relación con la teoría por mí propuesta, han eliminado la leche de su alimentación, a no persistir en el experimento, salvo que lo encuentren beneficioso en todos los órdenes, o que estén asesorados por expertos médicos. Hasta ahora, mi experiencia me ha demostrado que para aquellos que tienen una digestión débil, y para quienes se en-

cuentran postrados en la cama, no existe mejor dieta que la constituida a base de leche.

Quedaré muy agradecido si algún lector —con suficiente experiencia en esta cuestión— que llegue a leer este capítulo, me hace saber si ha logrado encontrar, en sus experimentos, un sustituto vegetal de la leche, que sea igualmente alimenticio y digerible.

9. UN COMBATE CON EL PODER

Volvamos ahora al departamento asiático.

Johannesburgo era la plaza fuerte de los oficiales de este departamento. Había estado observando que, lejos de proteger a los indios, chinos y de otras nacionalidades, estos funcionarios los llevaban a situaciones insostenibles. Todos los días se me planteaban problemas como este: “Los que tienen verdadero derecho no son admitidos, mientras los que no lo tienen, son contrabandeados previo pago de cien libras esterlinas. Si tú no remedias este estado de cosas, ¿quién lo hará?”. Compartía este sentimiento. Si no lograba evitar esta injusticia, habría vivido en vano en Transvaal.

Por tanto, comencé a reunir evidencias al respecto, y tan pronto como tuve suficientes antecedentes, me presenté al comisionado de Policía. Resultó ser un hombre justo. Lejos de evitarme, me escuchó pacientemente y me solicitó le mostrara todos los testimonios que tenía en mi poder. Interrogó personalmente a los testigos y se mostró satisfecho, pero sabía tan bien como yo mismo que era difícil lograr en Sudáfrica que un jurado blanco condenara a un blanco por delitos cometidos contra un negro. “Pero —me dijo— trataremos, de todos modos. No es lógico que dejemos en paz a estos criminales solo porque tememos que el jurado no los condene. Tengo que lograr arrestarlos. Le aseguro a usted que no dejaré piedra sin remover”.

No necesité esa seguridad. Yo sospechaba de un buen número de funcionarios, pero como no tenía pruebas concretas contra todos ellos, se dieron órdenes de arresto contra los dos cuya culpabilidad no dejaba ningún lugar a dudas.

Mis movimientos no pudieron ser mantenidos en secreto. Muchos sabían que casi diariamente visitaba al comisionado de Policía. Los dos funcionarios contra quienes fueron dadas las órdenes de arresto, tenían espías más o menos eficientes que acostumbraban a vigilar mi oficina e informarlos de mis movimientos. Debo admitir, sin embargo, que estos funcionarios eran tan

malos, que no pudieron haber tenido muchos espías. De todos modos, si los indos y chinos no me hubiesen ayudado, nunca hubieran podido ser detenidos.

Uno de estos funcionarios logró huir. El comisionado de Policía obtuvo la extradición del mismo, y lo trajo arrestado a Transvaal. Fueron juzgados, y a pesar de existir fuertes testimonios contra ambos, y no obstante el hecho que el jurado tenía concretas evidencias de que uno de ellos había huido, los dos fueron declarados inocentes y absueltos.

Yo estaba realmente decepcionado. El comisionado de Policía también. Quedé disgustado con mi oficio de abogado. Esto se había convertido para mí en algo tan abominable como si me hubiera prostituido para defender el crimen.

Sin embargo, la culpabilidad de estos dos funcionarios resultó tan evidente, a pesar de su absolución, que el gobierno no podía contar más con ellos. Ambos fueron licenciados, y el departamento asiático quedó relativamente más limpio, y la comunidad inda más tranquila.

Este hecho elevó mi prestigio y me trajo más negocios. Una gran parte de los cientos de libras que la comunidad gastaba mensualmente para pagar el peculado, fue salvada. Todo no podía salvarse, porque los deshonestos continuaban aún su comercio. Pero ahora ya era posible a los hombres honrados preservar su honestidad.

Debo decir que, aunque estos funcionarios eran muy malos, yo no tenía nada personal en su contra. Ellos mismos pudieron comprobar esto, y cuando se aproximaron a mí no dejé de ayudarles. Se les presentó la ocasión de ser empleados por la municipalidad de Johannesburgo en caso de que yo no me opusiera. Un amigo de ellos me habló respecto a esto, y yo presté mi conformidad para que se les diera el cargo.

Esta actitud mía significó algo para los dos funcionarios, puesto que más adelante, al enfrentarme varias veces con ambos en conexión con sus funciones municipales, utilicé un idioma violento en más de un ocasión, pero ellos siempre me demostraron verdadera consideración. En ese entonces no tenía conciencia de que esta forma de actuar constituía parte de mi naturaleza. Supe luego que era parte esencial del *satyagraha*, y un atributo de la *ahimsa*.

El hombre y su acción son dos cosas distintas. Aunque una buena acción puede significar general aprobación, y una mala acción desaprobación total, el autor del hecho, bueno o malo, siempre merece respeto o piedad según el caso. "Odia el pecado y no al pecador" es un precepto que, aunque fácil de comprender, es raramente practicado, y por eso el veneno del odio abarca todo el mundo.

Esta *ahimsa* es la base de la búsqueda de la verdad. Día a día puedo comprobar que la búsqueda resulta vana a menos que se encuentre fundada sobre la *ahimsa*. Es lógico resistir y atacar un sistema, pero resistir y atacar a su autor es como resistirse y actuar contra uno mismo. Porque estamos todos dibujados con el mismo pincel, y somos hijos de un único y mismo Creador, los poderes divinos son infinitos en cada uno. Atacar a una sola criatura humana es atacar a esos poderes divinos; y por tanto, el daño se hace no solo a ese ser, sino a través de él, a toda la humanidad.

10. RECORRIDO RELIGIOSO Y PENITENCIA

Una serie de incidentes en el curso de mi vida conspiraron para relacionarme estrechamente con gente de muchos credos y muchas comunidades, y mi experiencia con ellos me lleva a decir que no he conocido distinción entre propios y extraños, nativos y extranjeros, blancos y de color, indos de distintas religiones y musulmanes, parsis, cristianos o judíos. Puedo decir que mi corazón fue incapaz de hacer distinciones. No puedo pretender que es esta una virtud especial, porque corresponde a mi misma naturaleza, más que al resultado de un esfuerzo especial de mi parte, como sucede con el *ahimsa* (no violencia), *brahmacharya* (celibato), *aparigraha* (no posesión) y otras virtudes cardinales.

Cuando me hallaba ejerciendo en Durban, mis escribientes muchas veces vivían conmigo, y hubo entre ellos indos y cristianos, o para describirlos por sus provincias, *gujaratís* y *tamiles*. Nunca los he mirado de manera distinta a como se mira a parientes y amigos. Los he tratado como a miembros de mi familia, y tuve desavenencias con mi mujer cada vez que ella rechazaba mi forma de comportarme a este respecto. Uno de los empleados era cristiano, nacido de padres *panchama*.

La casa estaba construida de acuerdo con la moda occidental, y las habitaciones no tenían desagües para el agua sucia. Sin embargo, cada habitación contaba con utensilios para higienizarse. Antes que dejar al sirviente limpiarlos, mi mujer y yo atendíamos personalmente esta tarea. Los empleados, que se encontraban como en sus propias casas, cumplían esta labor por sí mismos, pero el empleado cristiano era un recién llegado, y nosotros nos impusimos el deber de atender su dormitorio. Mi mujer no tenía inconveniente muchas veces en atender los utensilios de los otros, pero limpiar el utilizado por alguien que fue un *panchama* le pareció demasiado. Por otro lado, no podía verme limpiar esos utensilios, ni podía resignarse a hacerlo ella misma. Aún

hoy puedo recordar nítidamente su figura descendiendo la escalera con una palangana de agua sucia, sus ojos enrojecidos de llanto. Pero yo era un tipo cruel de marido. Me consideraba su maestro, por lo que muchas veces debía arrancarla de mi ciego amor por ella.

Estaba lejos de sentirme satisfecho con verla simplemente llevar esos utensilios. Quería que lo hiciera con cuidado y amor. Por lo que dije, levantando la voz:

—No toleraré estas tonterías en mi casa.

Estas palabras la hicieron estremecer. Me gritó a su vez:

—Quédate con tu casa para ti solo, y déjame partir.

Me olvidé de mí mismo, aunque la compasión me inundaba. La tomé de la mano, la llevé hasta la puerta, y comencé a abrirla como con intención de empujarla afuera. Las lágrimas corrían por sus mejillas a torrentes, y me gritó:

—¿No tienes sentido de la vergüenza? ¿Hasta tal extremo debes olvidarte de ti mismo? ¿Qué haré? No tengo padres ni parientes aquí donde pedir refugio. Por amor del cielo, vuelve en ti y cierra esa puerta. ¡Que no nos vean haciendo escenas de esta naturaleza!

Puse una cara adusta, pero realmente estaba avergonzado y cerré la puerta. Si mi mujer no podía separarse de mí, tampoco podía yo abandonarla a ella. Habíamos tenido muchas veces discusiones, pero el final de todas siempre se resolvía por la paz entre ambos.

Hoy en día estoy en situación de narrar el incidente con cierto detalle, ya que pertenece a un período que afortunadamente he superado. Ya no soy un ciego e infatuado marido, ni soy más el maestro de mi mujer. Kasturbai puede, si así lo desea, ser tan agresiva conmigo hoy como yo solía serlo con ella en ese tiempo. Somos grandes amigos, y uno no mira al otro como objeto de su deseo. Ella ha sido fiel enfermera durante mi enfermedad, sirviéndome sin pensar en recompensa alguna.

El incidente en cuestión ocurrió en 1898, cuando yo tenía el concepto de *brahmacharya*. Era una época en la cual yo creía que la esposa constituía el objeto del deseo de su marido, nacida para servir al marido antes que ser su igual, una compañera que debía participar de las alegrías y tristezas de su marido.

Fue por el año 1900 cuando estas ideas sufrieron una radical transformación, y en 1906 asumieron formas concretas. Pero sobre esto me propongo a escribir en el momento apropiado. Es suficiente por ahora decir que con la gradual desaparición en mí de los apetitos carnales, mi vida doméstica se convirtió, y siguió siempre ese camino en algo tranquilo, dulce y feliz.

Pero que nadie deduzca de este relato que formamos una pareja ideal, o que hay una completa identidad de ideales entre nosotros. Kasturbai quizá no perciba que tiene ideales independientes de los míos. Pero es común que muchas de mis actitudes no cuenten con su aprobación. Nunca discutimos esto, porque no veo que pueda resultar beneficioso el hacerlo. Porque ella no fue educada por sus padres ni por mí en el momento en que yo debía haberlo hecho. Pero ella está bendecida por una gran cualidad en grado sumo, una cualidad que muchas esposas indas poseen en alguna medida: queriéndolo o no, consciente o inconscientemente, se considera satisfecha siguiendo mis pasos, y nunca se colocó en mitad de mi camino cuando intenté alcanzar una vida de restricciones. Por tanto, si bien existe una gran diferencia entre nosotros intelectualmente, siempre tuve la impresión de que la nuestra es una vida de alegrías, felicidad y progreso.

11. CONTACTOS ÍNTIMOS CON EUROPEOS

Este capítulo me crea una situación especial, que me obliga a explicar al lector en qué forma esta historia es escrita semana a semana.

Cuando comencé a escribirla, no contaba con un plan definido. No poseía un diario, ni tenía a mi alcance documentos sobre los cuales basar la historia de mis experiencias. Escribo tal como el Espíritu me lleva a hacerlo en el momento que estoy escribiendo. No pretendo saber, en forma definitiva, que todos mis pensamientos y acciones conscientes son dirigidos por el Espíritu. Pero al examinar las más importantes actitudes que he adoptado en mi vida, como también las que pueden considerarse definitivas, creo que no está fuera de lugar decir que todas ellas fueron dirigidas por el Espíritu.

No lo he visto, y tampoco lo he conocido. He hecho de la fe del mundo en Dios, mi propia fe, y porque mi fe es indestructible, la considero como si fuera una experiencia. Sin embargo, ya que podría decirse que equiparar la fe con la experiencia es burlar la verdad, quizá sea más correcto decir que no tengo palabras para caracterizar mi fe en Dios.

Probablemente resulte más fácil ahora comprender por qué creo que estoy escribiendo esta historia tal como el Espíritu me impele a hacerlo. Cuando comencé el último capítulo, lo encabecé en la misma forma que este, pero cuando lo estaba escribiendo, comprendí que antes de relatar mis experiencias con los europeos, debía escribir algo que actuara de prefacio. Es lo que hice, alterando el encabezamiento.

Ahora también, al comenzar este capítulo, me encontré afrontando un nuevo problema. A qué actos hacer mención, y qué otros omitir, con respecto a los amigos ingleses sobre los que voy a escribir, constituye un serio problema. Si las cosas que son importantes llegan a ser omitidas, la verdad resultará oscurecida. Y es difícil decidir estrictamente qué es importante, cuando incluso no me siento muy seguro sobre la importancia que tiene escribir esta historia.

Comprendo mucho más claramente hoy lo que he leído hace largo tiempo sobre lo inadecuado de toda biografía dada como historia. Es cierto que no expreso en esta historia todo lo que recuerdo. ¿Quién puede decir cuánto debo dar y cuánto debo omitir en interés de la verdad? ¿Y cuál sería el valor, ante una corte legal, de la inadecuada evidencia *ex parte* dada por mí sobre ciertos aspectos de mi vida? Si algún entremetido me examinara detenidamente a través de los capítulos escritos hasta ahora, probablemente podría esparcir mucha luz sobre ellos; y si algún crítico hostil lo hiciera, incluso podría enorgullecerse de haber mostrado “la falacia de muchas de mis pretensiones”.

Por momentos, me pregunto si sería apropiado dejar de escribir estos capítulos. Pero mientras no haya prohibición de la voz interior, debo continuar haciéndolo. Debo seguir el precepto que establece que nada fue comenzado debe ser abandonado a menos que pueda probarse que está moralmente equivocado.

No escribo una autobiografía para agradar a los críticos. El escribir, por sí mismo, es una de las experiencias con la verdad. Uno de sus objetivos es, ciertamente, suministrar a mis colaboradores posibilidades y elementos para la reflexión. En verdad he comenzado a escribir impulsado por sus deseos. Podía no haberse escrito esta historia si Jeramdas y Swami Anand no hubieran persistido en su sugerencia. Si, a pesar de ello, me equivoqué al escribir una autobiografía, ellos deben compartir la culpa.

Pero volvamos al tema indicado en el título. Así como he tenido a indos viviendo conmigo como miembros de mi familia, también he tenido amigos ingleses viviendo conmigo en Durban. No todos los que vivieron conmigo quisieron hacerlo. Pero yo he persistido en mi costumbre. Claro que he tenido algunas experiencias amargas, pero esto incluye tanto indos como a europeos. Y no me arrepiento de esas experiencias. A pesar de ello, y a pesar de los inconvenientes y preocupaciones que mi conducta, muy a menudo, ha causado a mis amigos, no la he alterado. Cada vez que mis relaciones con extranjeros molestaron a los amigos, no dudé en culpar a estos, consideraba que creyentes que deben ver el mismo Dios en los otros que el que ven en sí mismos, han de ser capaces de vivir entre todos con suficiente libertad. Y la

habilidad para vivir también puede ser cultivada, no luchando por eludir la oportunidad que se presenta para esos contactos, sino resolviéndolos con espíritu servicial al mismo tiempo que logrando no sentirse afectado por ellos.

Por estas razones, a pesar de que mi casa estaba repleta cuando estalló la guerra de los boers, recibí a dos ingleses que llegaron desde Johannesburg. Ambos eran teósofos, uno de ellos Mr. Kitchin, con quien tendremos ocasión más adelante de entablar mayor conocimiento. Estos amigos costaron a menudo amargas lágrimas a mi mujer. Desgraciadamente, ella sufrió muchas de estas situaciones a causa mía. Era esta la primera vez que amigos ingleses iban a vivir conmigo en la intimidad de miembros de mi familia. He estado en casas inglesas durante mis días en Inglaterra, y allí asimilé sus formas de vida, que era algo así como vivir en una casa de huéspedes. Pero aquí resultaba precisamente lo contrario. Los amigos ingleses se convirtieron en miembros de la familia. Adoptaron el estilo indo en muchos aspectos, de modo que si bien la relación en la casa se regía por la forma occidental, la vida interna seguía siendo inda en su mayor parte. Recuerdo haber tenido ciertas dificultades en convertirlos en miembros de mi familia, pero ciertamente puedo afirmar que ellos no tuvieron ninguna dificultad en sentirse perfectamente cómodos bajo mi techo. En Johannesburgo, estas relaciones se desarrollaron más aún que en Durban.

12. CONTACTOS ÍNTIMOS CON EUROPEOS (II)

En Johannesburgo, en cierto momento, llegué a tener hasta cuatro empleados, que eran probablemente más hijos míos que empleados. Pero incluso esto no era suficiente par mi trabajo. Resultaba imposible hacerlo sin escribir a máquina, lo que, entre nosotros, solamente yo sabía hacer. Enseñé dactilografía a dos de los empleados, pero nunca alcanzaron la perfección necesaria a causa de su mal inglés. Entonces decidí preparar a uno de ellos como contador. No podía traer ninguno de Natal porque no podían entrar en Transvaal sin un permiso, y por mi misma situación no estaba en condiciones de solicitar un favor al funcionario que los otorgaba.

Ya estaba en las últimas. Los atrasos iban creciendo rápidamente, de modo que, por más que lo intentase, me parecía imposible poder cumplir con mis obligaciones profesionales y públicas. Deseaba realmente tomar un empleo europeo, pero no estaba seguro de encontrar una mujer o un hombre blanco que aceptara trabajar para un hombre de color como yo. Sin embargo, decidí intentarlo. Recurrí a un agente de empleos a quien conocía, y le solicité me procurase un dactilógrafo. Había algunas muchachas disponibles y

me prometió tratar de resolver el problema. Había una muchacha escocesa llamada miss Dick, recién llegada de Escocia. No tenía reparos sobre la manera de ganarse honestamente la vida, y necesitaba hacerlo. Por tanto, el agente la envió. Inmediatamente me conquistó.

—¿No tiene inconveniente en trabajar para un indio? —le pregunté.

—De ninguna manera —fue su firme respuesta.

—¿Qué salario espera ganar?

—¿Sería mucho 17/10 libras?

—No, si puede ofrecerme el trabajo que necesito de usted. ¿Cuándo puede comenzar?

—Ahora mismo, si lo prefiere.

Me gustó esta respuesta, e inmediatamente comencé a dictarle cartas.

Antes de pasar mucho tiempo, se convirtió más en una hija o una hermana que en una taquidactilógrafa. Muy rara vez podía encontrarse un error en su trabajo. Innumerables oportunidades debió manejar sumas que llegaban a varios miles de libras, y estaba a cargo de los libros de contabilidad. Ganóse toda mi confianza, y además, lo que quizá es mucho más valioso, me confió todos sus pensamientos íntimos y sus sentimientos. Buscó mi opinión en la elección final del marido, y tuve el privilegio de conducirla al altar. Tan pronto como miss Dick se convirtió en Mrs. MacDonald, debió dejarme, pero incluso después de su casamiento no dejó de contestar a mi llamada, cada vez que bajo presión de las circunstancias necesité recurrir a ella.

Pero una taquidactilógrafa permanente era necesaria ahora para llenar su lugar, y afortunadamente pude conseguir otra muchacha. Se trataba de miss Schlesin, que me fuera presentada por Mr. Kallenbach, a quien el lector conocerá en el curso de la crónica. Actualmente es profesora en una de las escuelas superiores de Transvaal. Tenía unos diecisiete años cuando comenzó a trabajar para mí. Algunas facetas de su temperamento resultaron ser más de lo soportable, tanto para Mr. Kallenbach como para mí. Vino más a acumular experiencia que a trabajar en su oficio. Los prejuicios radicales nada tenían que ver con su forma de ser. Parecía que no le importaban edad ni sabiduría. No hubiera dudado incluso en insultar a un hombre y decirle lo que pensaba de él en su propia cara. Su impetuosidad muchas veces me enfrentó con verdaderas dificultades, pero su temperamento amplio y franco las resolvía tan rápidamente como se presentaban. Muy a menudo firmé cartas escritas por ella sin revisarlas, porque consideraba su inglés mejor que el mío, y tenía absoluta confianza en su lealtad.

Su devoción fue grande. Por un largo período no quiso ganar más de seis libras, y en momento alguno aceptó recibir más de diez por mes. Cuando la instaba a ganar más, me daba la espalda diciendo:

—No estoy aquí para obtener un salario de usted. Estoy aquí porque me agrada trabajar con usted, y porque estimo sus ideales.

En cierta oportunidad necesitó recurrir a mí para obtener cuarenta libras, pero insistió en tomarlas en calidad de préstamo, y restituyó toda la suma el año siguiente. Su valentía corría pareja con su devoción. Es una de las pocas mujeres que he conocido con un carácter tan claro como un cristal, y un coraje que hubiera avergonzado a un guerrero. Es una mujer madura ahora. No conozco sus pensamientos tan bien como cuando estaba conmigo, pero mi contacto con esta joven muchacha, constituirá siempre para mí una experiencia sagrada. Faltaría, por tanto, a la verdad si callara lo que sé de ella.

No sabía lo que era noche o día cuando luchaba por la causa. Se aventuraba a viajar sola en la oscuridad de la noche y rechazaba enojada toda idea de una escolta. Miles de valientes indos miraban hacia ella en busca de guía. Cuando en los días de *satyagraha* casi todos los líderes estaban en la cárcel, ella dirigió sola el movimiento. Orientó a miles, contestó una enorme correspondencia, tuvo en sus manos la dirección del “Indian Opinion”, pero nunca flaqueó.

Podría seguir largo tiempo hablando de miss Schlesin, pero he de concluir este capítulo citando la estima que Gokhale sentía por ella. Gokhale conocía a cada uno de mis colaboradores. Estaba satisfecho con muchos de ellos. Entre todos los colaboradores indos y europeos, concedía el primer lugar a miss Schlesin. “Rara vez me he encontrado con el espíritu de sacrificio, pureza y valentía que he visto en miss Schlesin, decía. Entre tus colaboradores, ella ocupa el primer lugar en mi estima”.

13. “INDIAN OPINION”

Antes de referirme a los otros contactos íntimos con europeos, debo señalar dos o tres aspectos de importancia. Una de las relaciones sin embargo, debe ser mencionada de inmediato. El trabajo de miss Dick no era suficiente para llenar mis necesidades. Necesitaba más colaboración. Me he referido en los capítulos anteriores a Mr. Ritch. Lo conocía muy bien. Era gerente en una firma comercial. Aprobó mi sugerencia de dejar la firma y emplearse conmigo, y alivió mucho mi carga.

Hacia esta época Sjt. Madanjit llegó hasta mí con la proposición de convertirse en el editor del “Indian Opinion” y solicitó mi parecer. Ya había trabajado en el periodismo, y aprobé su propuesta. El periódico vio la luz en 1904, semanalmente, y Sjt. Mansukhlal Nazar se convirtió en su primer director. Pero yo debía ocuparme de gran parte del trabajo, y estar a cargo, prácticamente, de todo el semanario. No es que Sjt. Mansukhlal no hubiese podido hacerlo. Había estado cumpliendo importantes tareas periodísticas en la India, pero nunca se hubiera aventurado a escribir sobre los intrincados problemas sudafricanos mientras yo estuviera allí. Tenía la mayor confianza en mi discernimiento, y por tanto echó sobre mí la responsabilidad de atender a los editoriales. Hasta entonces había sido semanario, pero después lo transformamos en diario. En comienzo solía ser redactado en *gujaratí, tamil, hindí* e inglés. Noté, sin embargo, que las secciones en *hindí* y *tamil* no tenían mayor trascendencia. No servían al propósito para el que fueron creadas, por lo que decidí suprimirlas, ya que sentía, además, que si continuaban apareciendo, podían llegar a decepcionar a los lectores.

No creí que iba a tener que invertir dinero alguno en el periódico, pero pronto comprendí que no podía seguir publicándose sin mi ayuda financiera. Tanto indios como europeos, sabían que, si bien no era yo el director del “Indian Opinion”, era virtualmente el responsable de sus actitudes. No habría sucedido nada si el periódico no hubiera aparecido nunca, pero hacerlo desaparecer una vez que fue lanzado, constituía tanto un fracaso como una desgracia. Por eso preferí utilizar mi dinero, hasta que llegué a entregarle todo lo que tenía. Recuerdo una época en que debía remitir setenta y cinco libras esterlinas mensualmente.

Pero después de todos estos años, siento que el diario sirvió muy bien a la comunidad. Nunca se intentó que fuera una cuestión comercial. Todo el tiempo que estuvo bajo mi control los cambios ocurridos en el diario indicaban las transformaciones operadas en mi vida. “Indian Opinion” en aquellos días, como “Joven India” y “Navajivan” ahora, han sido espejo de parte de mi vida. Semana tras semana entregaba mi alma a esas columnas y divulgaba los principios y prácticas del *satyagraha* tal como yo lo entendía. Durante diez años, es decir, hasta 1914, exceptuando los intervalos de mi obligado descanso en la cárcel, difícilmente aparecía una sola vez el “Indian Opinion” sin un artículo mío. No puedo recordar una sola palabra de esos artículos que no fuera puesta sin ser meditada, o una palabra de consciente exageración, o alguna cosa dicha solo para agradar. En verdad, el diario se convirtió para mí en un entrenamiento de autocontrol, y para mis amigos en un medio eficaz de estar en contacto con mis ideas. La crítica encontró muy poco que objetar. De hecho, el tono del “Indian Opinion” obligaba a la crítica a imponer moderación a su

pluma. El *satyagraha* probablemente hubiera sido imposible sin el “Indian Opinion”. Los lectores recurrían a este diario para obtener un relato fiel de la campaña del *satyagraha* como también sobre la verdadera situación de los indos en África del Sur. Para mí se convirtió en un instrumento para el estudio de la naturaleza humana en todas sus castas y matices, tal como siempre deseé al establecer un contacto íntimo y franco entre el director y los lectores. Fui inundado con cartas que contenían todo lo que pesaba sobre el corazón de mis corresponsales. Eran amistosas, críticas o amargas, de acuerdo con el temperamento de quien escribía. Significó una magnífica educación para mí estudiar, analizar y contestar toda esta correspondencia. Era como si toda la comunidad hablara conmigo a través de esta correspondencia. Me hizo comprender la responsabilidad de un periodista, y la íntima relación que establecí de este modo con la comunidad hizo que la campaña luego realizada fuera posible, digna e irresistible.

En el primer mes del “Indian Opinion”, comprendí que el único anhelo del periodista debe ser servir. La prensa es un gran poder, pero así como un torrente desbordado inunda toda una región y destruye las cosechas, una pluma sin control puede también servir para la destrucción. Si el control se ejerce desde afuera, resulta más peligroso que esa falta de control. Puede resultar beneficioso únicamente cuando se ejerce desde lo íntimo de uno mismo. Si esta línea de razonamiento es correcta, ¿cuántos diarios del mundo soportarían la prueba? Pero ¿quién puede detener lo que no es necesario? ¿Y quién sería el juez? Lo útil e inútil deben, como generalmente sucede con Dios y el diablo, marchar juntos, y el hombre ha de elegir.

14. ¿VIVIENDAS PARA “COOLIES” O “GHETTO”?

Algunas de las clases que nos rinden los mayores servicios sociales, pero a quienes los indos hemos preferido considerar como “intocables”, son relegadas a barrios remotos de una ciudad o de un poblado, llamados *dhedvado* en *gujaratí*, y el nombre adquirió mal olor. Así fue como los judíos eran “intocables” tiempo atrás en la Europa cristiana, y los barrios que les eran asignados recibieron el ofensivo nombre de “ghettos”. En forma similar, nosotros nos hemos convertido hoy en intocables en África del Sur. Queda por ver hasta dónde el sacrificio de Andrews y la vara mágica de Sastri lograron rehabilitarnos.

Los antiguos judíos se consideraban como el pueblo elegido de Dios, con exclusión de cualquier otro y con el resultado de que sus descendientes reci-

bieron una extraña y hasta injusta retribución. Casi en forma similar, los indos se consideraron a sí mismos como *aryas* o civilizados y un sector de su propia especie como *anaryas* o intocables, con el resultado de que una extraña cuanto injusta venganza, ha caído no solo sobre los indos en África del Sur, sino también sobre los musulmanes y *parsis* ya que pertenecen al mismo país y tienen el mismo color que sus hermanos indos.

El lector habrá comprendido más claramente ahora el sentido de la palabra “viviendas” con que he titulado este capítulo. En África del Sur hemos adquirido el odioso nombre de “coolies”. En la India esta palabra solo designa a un changador o a un obrero, pero en África del Sur implica un mote despreciativo. Significa lo que un paria o un intocable para nosotros, y los barrios asignados para los “coolies” son conocidos como “viviendas para coolies”. Johannesburgo tiene estos barrios, pero contrariamente a otros lugares donde los indos tienen derecho a alquilar, en Johannesburgo adquirieron sus lugares hace por lo menos noventa y nueve años. La gente está densamente arrinconada en esos barrios, cuya superficie nunca crece con relación al aumento de la población. Excepto tomar medidas para limpiar los excusados, en forma por demás irregular, la municipalidad no hace nada para proveer alguna comodidad sanitaria, y menos aún calles o iluminación. Los habitantes ignoraban totalmente los reglamentos municipales en materia de sanidad e higiene como para hacer algo sin la ayuda o la supervisión de la municipalidad. Si todos los que llegaron hubieran sido Robinson Crusoes, su historia habría sido distinta. Pero no tenemos noticia de ninguna colonia de emigrantes en el mundo formada por Robinson Crusoes. Generalmente, las personas que emigran, lo hacen en busca de bienestar y trabajo, pero el grueso de los indos que fueron a África del Sur, eran ignorantes, campesinos pobres, necesitados de todo el cuidado y protección que se les pudiera ofrecer. Los comerciantes e indos cultos que los siguieron eran muy pocos.

La criminal negligencia de la municipalidad y la ignorancia de los indos, se combinaron para convertir esas viviendas en lugares inhabitables. La municipalidad, lejos de hacer algo para mejorar las condiciones de vida del lugar, utilizó su insalubridad, causada por su propia irresponsabilidad, como pretexto para liquidar ese refugio, y con este objeto obtener de la legislatura local autorización para desposeer a los habitantes. Esto era lo que sucedía cuando yo me instalé en Johannesburgo.

Los habitantes, con derechos de propiedad sobre su lugar, lógicamente eran acreedores a una compensación. Un tribunal especial fue organizado para juzgar los casos de adquisición de tierras. Si el propietario no estaba dispuesto a aceptar la oferta de la municipalidad, tenía derecho a apelar ante el tribu-

nal, y si el precio adjudicado por este excedía el ofrecido por la municipalidad, las autoridades debían correr incluso con los gastos.

La mayoría de los propietarios me nombraron su consejero legal. Yo no deseaba ganar dinero con estos casos, por lo que dije a los propietarios que quedaba satisfecho con cualquier costa que determinara el tribunal, en caso de ganar, y con una suma de diez libras en caso de perder. También les dije que pensaba apartar la mitad del dinero que obtuviera así para la construcción de un hospital o alguna institución similar, destinada a los pobres. Esto, naturalmente, agradó a todos.

Sobre unos setenta casos, únicamente uno fue perdido. Por tanto, los honorarios llegaron a cifras bastante altas. Pero ahí estaba el “Indian Opinion” con su permanente voracidad, y devoró, tan rápidamente como pude reunir las, mil seiscientas libras esterlinas. Trabajé duramente para estos casos. Los clientes, prácticamente, se me entregaban siempre. La mayoría de ellos habían sido originariamente obreros contratados de Bihar y sus alrededores, y de la india meridional. Como resultado de sus propias penurias, constituyeron una asociación particular separada de la de los indos libres, mercaderes y comerciantes. Algunos de ellos eran de corazón generoso, hombres liberales y de magnífico carácter. Sus líderes fueron Sjt. Jairamsing, el presidente, y Sjt. Badri, tan bueno como el presidente. Ambos ya no viven. Fueron extremadamente útiles a mi tarea. Sjt. Badri permaneció en íntimo contacto conmigo, y tuvo activa participación en el *satyagraha*. Por medio de estos y otros amigos, llegué a relacionarme con numerosos campesinos indos del norte y sur de la India. Llegué a ser más su hermano que un simple abogado, y compartí todas sus penurias y problemas tanto públicos como privados.

Resulta interesante recordar cómo los indos me llamaban. El *Sheth* Abdulla se negó a dirigirse a mí como a Gandhi. Tampoco, afortunadamente, jamás me insultó llamándome o mirándome como a un *sahib*. El *Sheth* Abdulla hizo uso de un hermoso apelativo: *bhai*, es decir, hermano. Otros continuaron su ejemplo, y siguieron dirigiéndose a mí con este nombre, *bhai*, hasta el momento que dejé África del Sur. Había algo dulce y delicado en este nombre, cuando era utilizado por los indos que ya no estaban atados por contratos.

15. LA PESTE NEGRA

Los indos no dejaron sus viviendas al mismo tiempo que dejaban de ser propietarios. Era necesario encontrarles nuevos barrios antes de desalojarlos,

pero como la municipalidad no podía hacerlo con suficiente rapidez, los indos estaban obligados a permanecer en el mismo “sucio” barrio, con la diferencia que su situación resultó peor que antes. Dejaron de ser propietarios para convertirse en inquilinos de la municipalidad, con lo que el barrio llegó a ser más insalubre que nunca. Cuando eran propietarios, debían mantener algún tipo de limpieza, aunque solo fuese por el temor a la ley. ¡La municipalidad no tenía ese miedo! El número de inquilinos fue creciendo, y con ellos la suciedad y el desorden.

Cuando los indos soportaban este estado de cosas, estalló repentinamente la peste negra, es decir, una epidemia de neumonía, mucho más terrible y fatal que la peste bubónica.

Felizmente el brote surgió en una mina de oro en las cercanías de Johannesburgo, y no en el barrio de los indos. La mayoría de los obreros de esa mina eran negros, por cuya higiene los empleadores blancos eran los únicos responsables. También había algunos indos trabajando en la mina, veintitrés de los cuales cayeron enfermos regresando una noche a su barrio con un agudo ataque de peste. Sjt. Madanjit, que por ese entonces estaba haciendo suscriptores para el “Indian Opinion”, se hallaba en la zona en ese momento. Era un hombre en el que no había lugar para el miedo. Apenas comprendió de qué se trataba, me hizo llegar una nota escrita apresuradamente a lápiz: “Ha habido un repentino brote de la peste negra. Debe venir inmediatamente y tomar rápidas medidas; si no, podemos prepararnos para consecuencias muy duras. Por favor, venga en seguida”.

Sjt. Madanjit, sin pensarlo dos veces, rompió el candado de una casa deshabitada y ubicó allí a todos los atacados.

Me apresuré a pedalear en mi bicicleta hasta el barrio, y envié un mensaje al alcalde para enterarlo de las circunstancias en que habíamos ocupado la casa.

El doctor William Godfrey, que ejercía la medicina en Johannesburgo, apenas se enteró de lo que sucedía se apresuró en llegar al lugar, convirtiéndose tanto en médico como en enfermero para los pacientes. Pero veintitrés enfermos eran más de los que podíamos atender los tres.

Mi opinión es, basándome en la experiencia, que si el corazón es puro, la calamidad trae consigo los hombres y los medios necesarios para combatirla. Por ese entonces había cuatro indos en mis oficinas: Sjts. Kalyandas, Menklal, Gunvantrai Desai y otro cuyo nombre no puedo recordar. Kalyandas me fue enviado por su padre. Creo que nunca tuve contacto con alguien en África del Sur que se sintiera más dispuesto a la obediencia y a prestar ser-

vicios que Kalyandas. Afortunadamente, aún no estaba casado, y no dudé un segundo en imponerle obligaciones que constituirían un verdadero riesgo, incluso muy grande. Manklal estaba también en Johannesburgo. Él tampoco, creo recordar, estaba casado. Por tanto, decidí sacrificar a los cuatro. No había ninguna necesidad de consultar a Kalyandas para ello. Los otros expresaron su disposición tan pronto fueron preguntados.

—Donde usted esté, queremos estar nosotros— fue su breve y dulce respuesta.

Mr. Ritch tenía una numerosa familia. Estaba dispuesto a cooperar, pero yo le previne lo que eso significaba. No tenía corazón para exponerlo a él también al riesgo. Por tanto, atendía el trabajo que debía hacerse fuera de la zona de peligro.

Fue terrible esa noche de medicina y vigilia, ya había atendido antes a bastantes enfermos, pero nunca a alguien atacado por la peste negra. El diagnóstico del doctor Godfrey comprobó la existencia de la infección. No se necesitaba entonces a muchos enfermeros. Darles las dosis recetadas de medicamentos, atender a los que pedían algo, mantenerlos a ellos, igual que a sus lechos, lo más limpios posible, y alentarlos en todo momento, era lo único que debíamos hacer.

La magnífica devoción y audacia con que los jóvenes llevaron adelante la tarea, me alegró sobremanera. Uno puede comprender la tranquilidad del doctor Godfrey y la de un hombre de experiencia como Sjt. Madanjit. ¡Pero qué espíritu demostraron esos inexpertos jóvenes!

Creo recordar que pudimos prevenir el curso de la enfermedad en todos los pacientes que asistimos esa noche.

Pero todo el asunto descontando su *phatos*, ha resultado de tanto interés para mí y de tal valor religioso, que debo dedicarle por lo menos otros dos capítulos.

16. LA PESTE NEGRA (II)

El alcalde me expresó su gratitud por haberme encargado de la casa vacía y de los enfermos. Me confesó francamente que el concejo municipal no contaba con medios para actuar en una emergencia tal, pero prometió que haría llegar toda la ayuda que le fuera posible.

Al día siguiente, la municipalidad puso un edificio a nuestra disposición, y sugirió que los enfermos fuesen trasladados al mismo, pero no se ocupó de

entregarlo en buenas condiciones de limpieza. El edificio estaba sucio y descuidado. Lo limpiamos nosotros mismos, conseguimos algunas camas y otros artículos necesarios entre la población inda, e improvisamos un hospital de emergencia. La municipalidad nos envió una enfermera, que llegó con “brandy” y algunos implementos sanitarios. El doctor Godfrey aún estaba al frente de todo.

La enfermera era una simpática mujer y deseaba atender en todo lo necesario a los enfermos, pero rara vez permitíamos que los tocara porque, lógicamente, corría peligro de contaminarse.

Teníamos instrucciones de dar a los enfermos constantes dosis de “brandy”. Incluso, la enfermera nos pidió que lo tomáramos por precaución también nosotros, tal como ella lo estaba haciendo. Pero ninguno de nosotros quiso probarlo. Yo no tenía fe en sus efectos, aun tratándose de los enfermos. Con autorización del doctor Godfrey, puse a tres enfermos, que estaban dispuestos a privarse del “brandy”, bajo el tratamiento con tierra, aplicándoles compresas de tierra húmeda en la cabeza y pecho. Dos de estos pudieron salvarse. Los otros veinte fallecieron en ese viejo edificio.

Mientras tanto, la municipalidad estaba ocupada tomando otras medidas. Existía un lazareto para casos contagiosos a unas siete millas de Johannesburgo. Los dos sobrevivientes fueron llevados a carpas cercanas al lazareto, y se tomaron medidas para enviar allí todo nuevo caso. Por tanto, éramos relevados en nuestras funciones.

En el curso de pocos días, supimos que la buena mujer que vino como enfermera tuvo un ataque e inmediatamente falleció. Es imposible explicar cómo los dos enfermos fueron salvados y cómo nosotros resultamos inmunes, pero la experiencia fortaleció mi fe en el tratamiento con tierra, como también mi escepticismo sobre la eficacia del “brandy”, incluso como medicina. Comprendo perfectamente que ni esta fe ni este escepticismo tiene fundamento en sólidas bases, pero aún persiste en mí la impresión recibida en esa ocasión, y pensé, por tanto, que era necesario mencionarlo aquí.

Al estallar la peste, envié una enérgica carta a la prensa culpando a la municipalidad de negligencia después que el barrio indio se convirtió en propiedad suya, y responsable por la misma peste.

Esta carta me acercó a Mr. Henry Polak, y a ella se debe en parte la amistad que me unió al desaparecido reverendo Joseph Doke.

En uno de los capítulos anteriores ya dije que realizaba mis comidas en un restaurante vegetariano. Aquí conocí a Mr. Albert West. Acostumbrábamnos encontrarnos en este restaurante todas las noches y dar juntos un paseo

después de cenar. Mr. West leyó mi carta en la prensa sobre la aparición de la peste, y no encontrándome en el restaurante, se sintió inquieto.

Mis colaborados y yo redujimos nuestra alimentación desde el comienzo de la peste, ya que en verdad me había impuesto hace mucho tiempo la regla de reducir mis comidas durante las epidemias. En esos días había renunciado a mi cena. El almuerzo lo terminaba antes que llegasen los otros comensales. Conocía muy bien al propietario del restaurante, y le había hecho saber que estaba trabajando como enfermero en la curación de los atacados por la peste, por lo que quería evitar en lo posible cualquier contacto con los amigos.

No encontrándome en el restaurante un día o dos, Mr. West llamó a mi puerta en la mañana temprano, justamente cuando me preparaba a salir para dar un paseo. Al abrir la puerta, Mr. West dijo:

—No lo encontré en el restaurante, y estaba realmente asustado creyendo que algo le había sucedido. Por tanto, decidí venir hasta aquí a esta hora para estar seguro de encontrarlo en su casa. Bueno, pues, aquí estoy, a su disposición. Estoy listo para comenzar a curar los enfermos. Usted sabe que nadie depende de mí.

Le expresé mi gratitud, y sin pensarlo siquiera un instante, repliqué:

—No tendrá usted que actuar como enfermero. Si no se producen nuevos casos, estaremos libres en un día o dos. Hay algo sin embargo...

—¿Qué es?

—¿Puede usted ocuparse del “Indian Opinion” en Durban? Mr. Madanjit ha de quedarse aquí, y alguien debe estar en Durban. Si usted puede ir, me sentiré muy tranquilo a ese respecto.

—Probablemente estaré en condiciones de ir, pero? puedo darle mi respuesta definitiva esta noche? Lo conversaremos durante nuestro paseo nocturno.

Me puse muy contento. Tuvimos la conversación. Estaba de acuerdo en ir. El sueldo no era problema, ya que el dinero no era motivo. Pero un salario de diez libras por mes y una parte de las ganancias, si hubiere alguna, fue lo que se convino. Al día siguiente, Mr. West partió para Durban en el tren de la noche. Desde ese día hasta el momento que dejé las costas de África del Sur, siguió participando de mis alegrías y tristezas.

Mr. West pertenecía a una familia campesina de Louth (Lincolnshire). Tuvo una educación escolar común, pero aprendió suficiente en la escuela de la experiencia. Siempre lo conocí como un correcto, sobrio, bondadoso y humano caballero inglés.

Volveremos a encontrarnos con él y llegaremos a saber más cosas sobre su familia en los próximos capítulos.

17. EL BARRIO EN LLAMAS

Aunque mis colaboradores y yo fuimos relevados en el cuidado de los enfermos, quedaron aún muchos asuntos pendientes con respecto a la peste, que debíamos encarar.

Ya me he referido a la negligencia de la municipalidad con respecto al barrio indo. Este descuido había ido tan lejos, que estaba comprometida también la salud de los habitantes blancos. Fueron invertidas grandes sumas en la preservación de su salud, y ahora el dinero corría como el agua en la lucha contra la peste. A pesar de las múltiples denuncias de omisiones y acciones ejercidas contra los indos que llevé hasta la municipalidad, no podía menos que apoyar el cuidado que ponían al servicio de los blancos, y presté toda la ayuda que podía a su meritorio esfuerzo. Tuve la impresión que si negaba mi cooperación, el problema se hubiera aguzado para la municipalidad, y que no hubiera titubeado en utilizar la fuerza armada, lo que habría sido peor.

Pero todo eso fue evitado. Las autoridades municipales contemplaron las necesidades de los indos, y muchas de las medidas referentes a la peste fueron simplificadas. Utilicé toda la influencia de que disponía con los indos para que acataran las exigencias de la municipalidad. No resultaba muy sencillo a los indos recorrer este camino de la obediencia y confianza, pero no recuerdo de ninguno que resistiese mi consejo.

El barrio fue rodeado por una fuerte guardia, siendo imposible entrar o salir sin un permiso. Mis colaboradores y yo estábamos autorizados a hacerlo permanentemente. Se había decidido sacar a toda la población del barrio, y hacerlos vivir en carpas de lona durante tres semanas en un llano abierto, a unas trece millas de Johannesburgo, y luego incendiar el lugar. Pero establecerse en carpas con provisiones y todo lo imprescindible, llevaba cierto tiempo y una guardia era necesaria durante todo el período que esto durara.

La gente vivía terriblemente atemorizada, pero mi constante presencia era un consuelo para ellos. Muchas de estas pobres personas acostumbraban a guardar bajo tierra, escondidas en hoyos, sus limitadas economías. Esto debía solucionarse. No tenían banco, y tampoco conocían banco alguno. Me convertí en su banquero. Un río de dinero afluyó a mi oficina. No podía recargar con más trabajo a mis empleados. Me arreglé de alguna manera para

abarcar la tarea yo solo. Conocía muy bien al gerente de mi banco, y le dije que iba a depositar ese dinero en su empresa. Los bancos no estaban ansiosos, precisamente, de recibir grandes cantidades de cobre y plata. Además, se hallaba de por medio el temor de los empleados del banco a tocar dinero que venía del área afectada por la peste. Pero el gerente arregló las cosas lo mejor posible. Se decidió desinfectar todo el dinero antes de remitirlo al banco, y recuerdo que unas seis mil libras fueron así depositadas. A la gente que me había entregado el dinero le comuniqué que existía suficiente cantidad como para hacer un depósito fijo, y aceptaron mi consejo. El resultado fue que algunos de ellos se acostumbraron a guardar el dinero en el banco.

Los habitantes del barrio fueron transportados en un tren especial a la granja Klipspruit, cerca de Johannesburgo, donde fueron aprovisionados por la municipalidad. Esta ciudad bajo carpas parecía un campamento militar. La gente que no estaba acostumbrada a este tipo de vida, se mostraba deprimida y enojada por este asunto, pero no debieron enfrentar ningún conflicto especial. Yo acostumbraba a llegar hasta allí en bicicleta todos los días. Después de veinticuatro horas de estar en ese lugar habían olvidado todas sus desventuras, y comenzaban a vivir con cierta felicidad. Cada vez que los visitaba, estaban cantando en coro con gran regocijo. Tres semanas al aire libre indudablemente fortaleció la salud de todos.

Creo recordar que al barrio se le puso fuego al día siguiente mismo de la evacuación. La municipalidad no mostró la más mínima inclinación a salvar algo del incendio. Por esa misma época, quemó también toda la madera que tenía almacenada con una pérdida que llegaba a unas diez mil libras. La razón de esta medida fue el haberse encontrado unas ratas muertas en el depósito de maderas.

La municipalidad tuvo que recurrir a medidas drásticas, pero detuvo con éxito el desarrollo de la peste, y la ciudad nuevamente pudo respirar tranquila.

18. LA MAGIA DE UN LIBRO

La peste negra aumentó mi influencia entre los indios pobres, e incrementó el volumen de mis negocios y mi responsabilidad. Algunas de las nueve relaciones con los europeos se hicieron tan íntimas, que pesaban ya en mis obligaciones morales.

Conocí a Mr. Polak en el restaurante vegetariano, tal como sucedió con Mr. West. Una noche, un hombre joven, que estaba cenando en una mesa un

poco alejada de la mía, me hizo llegar su tarjeta, expresándome su deseo de conocerme. Lo invité a mi mesa.

—Soy subdirector de “The Critic” —dijo—. Cuando leí su carta a la prensa sobre la peste, sentí un fuerte deseo de conocerlo. Estoy contento de tener esta oportunidad.

La simplicidad de Mr. Polak me inclinó hacia él. La misma noche llegamos a conocernos mutuamente. Parecíamos tener puntos de vista muy similares sobre muchos aspectos de la existencia. Le gustaba la vida simple. Tenía una maravillosa facultad de trasladar a la práctica todo lo que interesaba a su intelecto. Algunos de los cambios que introdujo en su vida, no fueron hechos con menos rapidez por ser más radicales.

El “Indian Opinion” se hacía más costoso cada día. El primer informe de Mr. West era alarmante. Escribió: “No espero poder beneficiarme de la ganancia que usted consideraba probable. Temo que incluso pueda haber pérdidas. Hay muchos atrasos por cobrar, pero por ahora no se puede contar con ellos. Aunque todo esto no tiene por qué alarmarlo a usted. Trataré de enderezar las cosas lo mejor que pueda. Me quedo, haya o no ganancia”.

Mr. West podía haber renunciado al no haber ganancia, y yo no lo hubiera acusado de nada. En verdad, tenía derecho a abandonarme por haberle descrito el asunto como algo conveniente sin contar con testimonios suficientes. Pero él nunca dejó oír siquiera una mínima palabra de queja. Sin embargo, creo que este descubrimiento hizo que Mr. West me mirara como a un ingenuo. Simplemente acepté la opinión de Sjt. Madanjit sin comprobarla, y le dije a Mr. West que se podían obtener ganancias.

Comprendí entonces que un hombre público no puede hacer afirmaciones de las cuales no está perfectamente seguro. Antes que nada, una devoción a la verdad se ejerce a través de innumerables precauciones. Hacer creer a un hombre en algo que no ha sido totalmente comprobado, es comprometer la verdad. Y debo confesar, a pesar de lo que afirmo, que aún no he superado mi credulidad, de la cual hago responsable a mi deseo de cumplir con más tareas de las que puedo abarcar. Esta ambición ha sido generalmente fuente de preocupaciones para mis colaboradores más que para mí mismo.

Después de recibir la carta de Mr. West salí para Natal. Mr. Polak ya pertenecía al círculo de mi intimidad. Vino a despedirme a la estación, y me dejó un libro para leer durante el viaje, del que dijo estaba seguro me gustaría. Se trataba de “Unto this last”, de Ruskin.

Era imposible dejar el libro una vez comenzado. Me atrapó. De Johannesburgo a Durban el viaje duraba 24 horas. El tren llegó por la noche. No pude dormir. Decidí cambiar mi vida de acuerdo con las ideas de ese libro.

Se trataba del primer libro de Ruskin que leía. Durante mis días de estudiante, prácticamente no leí otra cosa que libros de texto, y cuando me inicié en la vida activa, contaba con muy poco tiempo para lecturas. Por tanto, no puedo decir que era importante mi conocimiento de los libros. Sin embargo, creo no haber perdido mucho a causa de esto. Por el contrario, las lecturas limitadas me acostumbraron a digerir muy bien lo que leía. De estos libros, el que me llevó a una inmediata transformación en mi vida fue “Unto this last”. Más tarde lo traduje al *gujaratí*, titulándolo *Sarvodaya* (“El bienestar de todos”).

Creo que había descubierto algunas de mis profundas convicciones expresadas en este gran libro de Ruskin, y por ello significó tanto para mí, transformando mi vida. Un poeta es el que sabe llamar con voz potente lo bueno que late en el corazón del hombre. Los poetas no influyen todos por igual, porque no todos son percibidos en la misma medida.

Según creo, las enseñanzas que se desprenden de “Unto this last” son las siguientes:

1. Que el dios individual está implícito en el dios de todos.
2. Que el trabajo del abogado tiene tanto valor como el del barbero en el sentido de que todos tienen derecho a ganarse la vida con su trabajo.
3. Que una vida de trabajo, por ejemplo la vida del labrador o del obrero, es la vida que merece vivirse.

Lo primero lo sabía. Lo segundo llegué a experimentarlo. Lo tercero jamás se me había ocurrido. “Unto this last” me hizo ver con meridiana claridad que lo segundo y lo tercero iban incluidos en lo primero. Terminé el libro preparado para llevar estos principios a la práctica.

19. EL ESTABLECIMIENTO PHOENIX

Hablé de todo esto con Mr. West, describiéndole el efecto que había causado “Unto this last” en mis pensamientos, y le propuse que “Indian Opinion” se mudara a una granja, en la cual todos trabajarían viviendo en forma semejante, y atendiendo al semanario en distintos momentos. Mr. West aceptó la propuesta, y tres libras por mes fue la cantidad estipulada como sueldo para cada uno, sin tomar en cuenta raza o nacionalidad.

Pero el problema residía en saber si los diez o más empleados y obreros del semanario estarían de acuerdo en establecerse en una granja, y vivir satisfechos con ese tipo de trabajo y existencia. Propusimos, por tanto, que aque-

llos que no desearan aceptar esta fórmula, continuaran con sus mismos salarios y gradualmente trataran de alcanzar el ideal de convertirse en miembros del establecimiento.

Hablé con los obreros sobre esta proposición. No recurrí a Sjt. Madanjit, quien consideraba que mi propuesta no tenía sentido y pronosticó que terminaría por arruinar algo en lo que había puesto todas sus energías, que los obreros no lo aceptarían, que “Indian Opinion” dejaría de aparecer.

Entre los hombres que trabajaban en el periódico se hallaba Chhaganlal Gandhi, uno de mis primos. Le presenté la propuesta al mismo tiempo que a West. Tenía mujer e hijos, pero desde su infancia había elegido ser educado por mí y trabajar conmigo. Tenía plena confianza en mí. Por tanto, sin argumentar en lo más mínimo, se mostró de acuerdo conmigo y desde ese entonces no se ha separado de mi lado.

El maquinista Govindaswami también aceptó. El resto no se unió a nosotros, pero estuvieron de acuerdo en ir conmigo a cualquier lugar que yo llevara el semanario.

Creo que no duró más de dos días dejar todo establecido con estos hombres. Inmediatamente, puse un aviso solicitando una extensión de tierra que estuviera situada cerca de una estación ferroviaria en las vecindades de Durban. Llegó una oferta con respecto a Phoenix. Mr. West y yo fuimos a inspeccionar el lugar. Después de una semana, adquirimos veinte acres de tierra. Contaba con una agradable fuente de agua, y algunos naranjos y mangos. Junto a este terreno había otro de ochenta acres con muchos más frutales y una amplia vivienda. Adquirimos este también, costando todo unas mil libras.

El desaparecido Mr. Rustomji me apoyó siempre en este tipo de empresas. Le agradó el proyecto. Puso a mi disposición los materiales necesarios para construir, con lo que comenzó nuestro trabajo. Algunos indos carpinteros y albañiles, que habían colaborado conmigo en la guerra de los boers, me ayudaron a levantar la casa para la imprenta. Este edificio, con un largo de setenta y cinco pies y un ancho de cincuenta, estuvo listo en menos de un mes. Mr. West y otros con verdadero riesgo para sus personas, trabajaron con los carpinteros y albañiles. El lugar, deshabitado y cubierto de hierba salvaje, estaba infestado de serpientes y resultaba sumamente peligroso. Al principio todos vivieron bajo carpas. Llevamos todas nuestras cosas a Phoenix en el curso de una semana. Estaba a catorce millas de Durban, y a dos y media millas de la estación de Phoenix.

Únicamente una sola edición del “Indian Opinion” debió ser impresa en otra imprenta, la casa Mercury.

Una vez instalados, mi objeto era orientar hacia Phoenix a todas aquellas relaciones y amigos que llegaron conmigo desde la India para hacer fortuna, y que se hallaban manejando negocios de todo tipo. Habían venido al país en busca de prosperidad, y por tanto resultó difícil persuadirlos, pero algunos aceptaron. De todos, quiero referirme en especial a Maganlal Gandhi. Los otros retornaron a sus negocios.

Maganlal Gandhi abandonó los suyos para siempre con el objeto de unirse a mí, y gracias a su capacidad, devoción y sacrificio, ocupaba el primer puesto entre los primeros colaboradores de mis experiencias éticas.

Así nació en 1904, el establecimiento Phoenix, y allí mismo, a pesar de muchas dificultades, el “Indian Opinion” continúa publicándose.

Pero las primeras dificultades, los cambios ocurridos, las esperanzas y las desilusiones, merecen un capítulo aparte.

20. LA PRIMERA NOCHE

No resultó cosa sencilla editar en Phoenix el primer número del “Indian Opinion”. Si no hubiera tomado suficientes precauciones, la primera edición hecha en ese lugar hubiera debido ser postergada. La idea de contar con un motor para el trabajo de la imprenta no me pareció lógica. Consideré que el esfuerzo manual estaba más en relación con un ambiente donde el trabajo agrícola también se hacía a mano. Pero como esto, al parecer, no podía ser llevado a la práctica, instalamos un motor a petróleo. Sin embargo, sugerí a West queuviéramos a punto algún recurso por si fallaba la máquina. Por tanto, preparó una rueda que podía ser manejada por el hombre. El tipo de papel que utilizan los diarios no resultaba conveniente para un lugar a pleno campo como era el Phoenix. Debimos preferir un papel más grueso, de modo que en caso de necesidad pudiera ser impreso en forma más rudimentaria.

En los primeros tiempos, todos debíamos trabajar hasta muy tarde para poder sacar la edición. Cada uno de nosotros, jóvenes y viejos, debía ayudar a doblar las hojas. Generalmente terminábamos nuestra labor entre las diez y las doce de la noche. La primera noche resultó inolvidable. Las páginas estaban armadas, pero el motor no funcionaba. Llamamos a un ingeniero de Durban para que lo pusiera en marcha. Él y West hicieron todo lo humanamente posible, pero en vano. Todos estábamos ansiosos. West, ya desesperado, vino hacia mí con lágrimas en los ojos, para decirme:

—No hay manera de hacer funcionar el motor, y temo que no podamos sacar el diario a tiempo.

—Si es así, nada podemos hacer. Pero no es necesario derramar lágrimas. Hagamos aún todo lo posible. ¿No podemos utilizar la rueda que preparamos? —le dije para consolarlo.

—¿Y dónde está el hombre que la manejará? —me replicó—. No somos suficientes para este tipo de trabajo. Se necesitan, por lo menos, cuatro personas, y nuestro único hombre está terriblemente cansado.

El trabajo de construcción aún no había finalizado. Por lo que los carpinteros se encontraban todavía con nosotros. Estaban allí durmiendo, en la misma imprenta. Los señalé, diciendo:

—¿No podemos utilizar a estos carpinteros? Nos queda aún toda la noche para terminar el trabajo.

—No me atrevo a despertarlos; están realmente cansados —dijo West.

—Bueno, pues me corresponde a mí intentarlo —le contesté.

—Entonces sería posible que termináramos la edición —me replicó West.

Desperté a los carpinteros y solicité su cooperación. No fue necesario convencerlos.

—Si no podemos ser llamados en una emergencia, ¿entonces cuál es nuestra utilidad? —dijeron—. Ustedes descansan y nosotros manejaremos la rueda. Para nosotros es cosa sencilla.

Nuestros propios hombres estaban listos para cumplir su parte.

West estaba encantado, y comenzó a cantar un himno mientras trabajaba. Yo me uní a los carpinteros, los demás lo hicieron por turno, y así seguimos hasta las siete de la mañana. Quedaba aún mucho por hacer. Le sugerí entonces a West que el ingeniero podría ser despertado ahora para que intentara poner nuevamente en marcha el motor, ya que si lo lográbamos, podríamos terminar la tarea a tiempo.

West lo despertó, y el ingeniero se presentó inmediatamente en el taller ¡Y he aquí que el motor comienza a funcionar apenas lo tocó! Todo el mundo dio saltos de alegría.

—¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede ser que cuando intentamos hacerlo funcionar de nada sirvieron los esfuerzos, y ahora marcha como si todo estuviera en orden? —pregunté yo.

Es difícil decirlo —dijo West, o el ingeniero, he olvidado cuál de los dos—. E menudo las máquinas se comportan como si necesitaran descansar al igual que nosotros.

Para mí el fracaso de la máquina se produjo como una prueba para todos nosotros, y su normalización cuando ya no nos quedaban energías, como el fruto de nuestro honesto esfuerzo.

Los ejemplares fueron despachados a tiempo, y todos nos sentimos felices.

Este primer esfuerzo aseguró la regularidad del semanario, y creó una atmósfera de autoconfianza en Phoenix. Hubo momentos en que, por propia decisión, relevábamos a la máquina de su función para hacer nosotros a mano el trabajo con la rueda. Estos eran los días, en mi opinión, en que la magnitud moral de Phoenix se agigantaba.

21. POLAK TOMA UNA DECISIÓN

Siempre sentí mucho no poder permanecer en Phoenix más que breves períodos. Mi primera idea había sido la de retirarme gradualmente de mis actividades públicas y establecerme en Phoenix, ganar mi subsistencia mediante el trabajo manual y encontrar la alegría de ser útil en aquel lugar de trabajo. Pero no iba a ser posible. La experiencia me ha enseñado que el hombre elabora sus propios planes para ser a menudo corregido por Dios, pero, como al mismo tiempo el objetivo final es la búsqueda de Dios, no importa en qué forma son frustrados los planes de un hombre, cuando lo que sucede no resulta dañino, y muchas veces mejor de lo que él creía. El inesperado rumbo que tomó Phoenix, y los inesperados hechos ocurridos, realmente no constituyeron daño alguno, aunque es difícil decir si resultaron mejores que las primeras ilusiones.

Con el objeto de permitir a cada uno vivir de acuerdo con su trabajo manual, parcelamos la tierra en torno al edificio de la imprenta en pequeños sectores de tres acres cada uno. Uno de estos me pertenecía. En todos estos lotes, muchos contra su propio deseo, construimos casas con chapas de hierro acanalado. Hubiéramos preferido pequeñas chozas cubiertas de paja, como cualquier campesino, pero no era posible. Hubieran sido incluso más caras y su construcción más lenta. Todos estábamos ansiosos de establecernos lo antes posible.

El director del semanario seguía siendo Mansukhlal Nazar. No aceptó nuestra organización, y dirigía el órgano desde Durban, donde existía una oficina del "Indian Opinion". Aunque habíamos contratado tipógrafos, nuestra idea era que cada miembro del establecimiento aprendiera el oficio, el más sencillo aunque el más aburrido de las tareas de una imprenta. Los que, por tanto, no conocían ya el trabajo, lo aprendieron. Yo sigo siendo un ignorante aún. Maganlal Gandhi superó a todos. Aunque nunca había trabajado antes

en una imprenta, se convirtió en un experto tipógrafo y no solo logró gran rapidez, para sorpresa mía, sino que pronto dominaba también todos los otros trabajos de la imprenta. Siempre creí que no tenía conciencia de su propia capacidad.

Por fin, ya estábamos establecidos y los edificios terminados, cuando debí dejar mi morada para dirigirme a Johannesburgo. No estaba en condiciones de abandonar por más tiempo el trabajo que tenía allí pendiente.

De regreso a Johannesburgo, relaté a Polak los importantes cambios que había hecho. Su alegría no tuvo límites cuando comprendió que el libro que me había prestado había dado esos frutos.

—¿No sería posible —preguntó— que yo tomara parte en esta nueva aventura?

—Ciertamente —le contesté—. Si usted quiere, puede unirse al establecimiento.

—Estoy dispuesto ya, si es que me admiten —replicó.

Su decisión me conquistó. Dio un preaviso de un mes a su jefe para que lo relevaran de su cargo en “The Critic” y se dirigió a Phoenix apenas finalizado el plazo. Por su sociabilidad, conquistó rápidamente los corazones de todos y pasó, sin más, a ser un miembro de la familia. La simplicidad constituía en tal medida parte de su carácter, que lejos de sentir la vida de Phoenix como algo extraño o duro, se sintió en ella como un pato se siente en el agua. Mr. Ritch había decidido terminar sus estudios de abogado en Inglaterra, y me resultaba imposible dirigir la oficina por mí mismo, por lo que sugerí a Polak que debía unirse a la oficina en calidad de abogado. Pensé que luego podríamos los dos retirarnos e instalarnos definitivamente en Phoenix, pero esto no debía suceder nunca. Polak era de una naturaleza tan especial, que cuando daba su confianza a un amigo, prefería estar de acuerdo con este antes que discutirle algo. Me escribió desde Phoenix que amaba la vida allí, que era feliz, y que tenía grandes esperanzas de poder desarrollar el establecimiento, pero de todos modos, estaba dispuesto a unirse a mi oficina y actuar de abogado si es que yo creía que de este modo realizaríamos con más rapidez nuestros ideales. Con todo mi corazón di la bienvenida a esta carta. Polak partió de Phoenix, vino a Johannesburgo y firmaba sus artículos conmigo.

Por la misma época, un teósofo escocés a quien atendí sobre un asunto legal local, también se unió a nosotros bajo mi invitación de seguir el ejemplo de Polak. Su nombre era Mr. MacIntyre.

Así pues, con el laudable objeto de cumplir más rápidamente los ideales que nos propusimos en Phoenix, parecía que me sumergía cada vez más en la

corriente contraria, y si Dios no hubiese querido otra cosa, me hubiera encontrado atrapado en una serie de complejas situaciones solo por el deseo de hacer una vida más simple.

Después de algunos capítulos más, describiré la forma en que yo y mis ideales fuimos salvados de manera por demás inesperada e imposible de imaginar.

22. A QUIENES DIOS PROTEGE

Ya no abrigaba ninguna esperanza de regresar a la India en un futuro cercano. Había prometido a mi mujer que estaría de vuelta en el término de un año. El año había pasado sin que por el momento hubiera perspectiva alguna de retorno, por lo que decidí enviar por ella y los niños.

En el barco que los traía a África del Sur, Ramdas, mi tercer hijo, se quebró un brazo mientras jugaba con el capitán del barco. El capitán no dejó de atenderlo de la mejor manera, haciéndolo curar por el médico de a bordo. Ramdas descendió a tierra con el brazo en cabestrillo. El médico aconsejó que apenas llegáramos a casa, el brazo fuera revisado por un médico competente en la materia. Pero era la época en que yo estaba totalmente convencido de la importancia de mis experimentos con el tratamiento de tierra. Incluso, había logrado ya convencer a algunos de mis clientes para que intentaran a su vez aplicarse el tratamiento de tierra y agua.

¿Qué otra cosa haría entonces por Ramdas? Este acababa de cumplir los ocho años. Le pregunté si deseaba que yo le arreglara el vendaje. Con una sonrisa me dijo que no tenía inconveniente alguno.

A su edad no le era posible decidir lo bueno y lo malo para su persona, pero conocía muy bien la diferencia entre el curanderismo y un específico tratamiento médico. Y conocía muy bien mis procedimientos caseros y tenía fe suficiente para confiarse a mí. Con verdadero temor e inquietud quité el vendaje del médico. Lavé la herida, apliqué una cataplasma de tierra, y vendé el brazo nuevamente. Esta especie de operación se sucedió diariamente durante todo un mes, hasta que la herida estuvo completamente curada. No hubo complicaciones, y la herida no tardó en curar más tiempo del que había anunciado el médico iba a transcurrir bajo el tratamiento clásico.

Este y otros experimentos afianzaron mi fe en este tipo de remedios caseros, y ya procedía a ellos, con mucha más confianza. Amplié la esfera de su aplicación, tratando con agua y tierra casos de heridas, fiebres, dispepsia, ictericia y otras enfermedades, con éxito en la mayoría de los casos.

La referencia que hago aquí de estos procedimientos, sin embargo, no tiene por objeto demostrar su valor. No puedo pretender éxito completo en cada caso. Incluso, los médicos no pueden hacerlo con respecto a los suyos. Mi único objeto es demostrar que todo aquel que quiera seguir adelante con experiencias propias, debe comenzar consigo mismo. Esto lleva a un descubrimiento más rápido de la verdad, y Dios siempre protege al investigador honesto.

El riesgo implícito en las experiencias que llevan a cultivar relaciones íntimas con los europeos, es tan grave como el que puede surgir de los experimentos en curaciones. Son de diferente tipo, eso es todo. Pero al cultivar esas relaciones, jamás llegué a pensar en los riesgos.

Invité a Polak a quedarse conmigo, y comenzamos a vivir como hermanos de sangre. La mujer que muy pronto debía convertirse en la señora de Polak, y él, estaban comprometidos desde hace ya largo tiempo, pero siempre posponían el matrimonio para una oportunidad mejor. Tengo la impresión que Polak quería reunir alguna suma de dinero antes de establecer su hogar. Conocía a Ruskin mucho mejor que yo, pero las modalidades occidentales que determinaban su carácter constituían un impedimento muy serio para llevar a la práctica las enseñanzas de Ruskin. Pero yo discutía con él:

—Cuando existe un verdadero amor como en tu caso, no es lógico posponer el matrimonio únicamente por consideraciones financieras. Si la pobreza fuese un impedimento, la gente pobre nunca podría casarse. Además, ahora estás conmigo, y no hay problemas de gastos domésticos. Creo que debieras casarte lo antes posible.

Como dije ya antes, con Polak nunca era necesario discutir algo dos veces. Consideró la justicia de mi argumento, e inmediatamente escribió al respecto a su prometida, que en ese momento se encontraba en Inglaterra. Ella aceptó encantada la propuesta, y en unos pocos meses llegó a Johannesburgo. Todo gasto de casamiento fue evitado, y ni siquiera un vestido especial consideró necesario. No hicieron falta ritos religiosos para sellar la unión. La señora de Polak era cristiana de nacimiento y Polak judío. Su religión común era la ética.

De pasada, creo que puedo mencionar un incidente gracioso con respecto a esta boda. El registro de matrimonios europeos en Transvaal no podía registrar casamientos entre la gente de color. En este casamiento de Polak yo actué de padrino. No es que no hubiéramos podido encontrar un amigo europeo para que cumpliera el cometido, sino que Polak no aceptó otro temperamento. Por tanto, fuimos los tres al registro. ¿Cómo podían estar seguros en

el Registro que los contrayentes, de los cuales yo era el padrino, eran blancos? Propusieron, por tanto, postergar el casamiento hasta que se hicieran las averiguaciones. El día siguiente era domingo. Después venía Año Nuevo, fiesta pública. Postergar la fecha de un casamiento ya preparado por un pretexto tan fútil, era más de lo que podía soportarse. Yo conocía al magistrado principal, que era jefe del Departamento de Registros. Me presenté entonces ante él con la pareja. Se rio mucho, y me dio una orden para el funcionario respectivo, y el casamiento fue inmediatamente registrado.

Hasta ahora, los europeos que vivían conmigo me eran más o menos conocidos con anterioridad a que vinieran a mi casa. Pero una dama inglesa, que era totalmente desconocida para nosotros, ingresaba ahora en la familia. No recuerdo que jamás hubiese habido una diferencia con el nuevo matrimonio; ni siquiera la señora de Polak y mi mujer tuvieron ningún choque desagradable. Cuando más, algún roce sin importancia, de esos que se producen periódicamente en la familia mejor organizada y más homogénea. Y no olvidamos que mi familia debía ser considerada esencialmente como un grupo heterogéneo, en la cual gente de todo tipo y de todo carácter era libremente admitida. Cuando pensamos en esto, descubrimos que la diferencia entre homogéneo y heterogéneo es cuestión de pura imaginación. Somos todos una sola familia.

Creo que será mejor referirme al casamiento de West también en este capítulo. En esta época de mi vida, mis ideas sobre *brahmacharya* no habían aún madurado totalmente; por tanto, estaba personalmente interesado en casar a todos mis amigos solteros. Cuando West hizo un viaje a Louth para visitar a sus padres, le aconsejé que si fuera posible volviera casado. Phoenix era el hogar común, y como se suponía que todos nos convertiríamos en labriegos, no temíamos al matrimonio y sus posibles consecuencias. West regresó con la señora de West, una mujer joven y hermosa, de Leicester. Sus familiares eran obreros del calzado en una fábrica de esa ciudad. Ella misma tenía alguna experiencia en este tipo de trabajo.

La llamé hermosa porque fue su belleza moral la que me atrajo desde el primer momento. La belleza verdadera, en realidad, consiste en la belleza del corazón. Con la señora de West vino también su suegra. La anciana mujer aún vive. Nos avergonzó a todos con su industriosidad y buen carácter.

En la misma forma que convencí a estos amigos europeos a casarse, alenté a mis amigos indos a enviar por sus familias que estaban en la India. Phoenix, por tanto, se convirtió en una pequeña aldea, con una media docena de familias establecidas y en constante desarrollo.

23. UNA OJEADA A LA CASA

Ya se había visto que, aunque los gastos de la casa se hacían cada vez más grandes, la tendencia hacia una vida simple ya había comenzado en Durban. Pero la casa de Johannesburgo insumió gastos realmente extraordinarios con la aplicación de las enseñanzas de Ruskin.

Introduje toda la simplicidad que era posible en la casa de un abogado. Era imposible ejercer la profesión sin los elementos necesarios. El cambio fue más interno que externo. El gusto por hacer todo el trabajo físico personalmente fue en aumento. También a mis hijos los eduqué en esta disciplina.

En vez de comprar el pan en la panadería, comenzamos a preparar pan sin levadura, en casa, de acuerdo con los principios de Kuhne. La harina común no resultaba conveniente para esto, por lo que pensamos que una molienda manual aseguraba mayor simplicidad, salud y economía. Con ese objeto adquirí un molino de mano por siete libras. El trabajo resultaba muy pesado para un hombre solo, pero sencillo para dos. Polak, los chicos y yo acostumbrábamos a llevarlo a cabo. Mi mujer, ocasionalmente, también nos daba una mano, aunque la hora de la molienda coincidía con el momento en que comenzaban las tareas en la cocina. Desde su llegada, se unió también la señora de Polak. La molienda demostró ser un buen ejercicio para los niños. Ni este ni cualquier otro trabajo le fue impuesto jamás pero resultaba un buen pasatiempo para ellos cooperar con nosotros, y tenían amplia libertad para dejarlo cuando se sentían cansados. Pero tanto los chicos, como aquellos a los que más tarde llevé al trabajo común, jamás dejaron de cumplir con su tarea. No es que no hubiera del todo perezosos, pero la mayoría realizaba gustosamente el trabajo que les era requerido. Recuerdo a muy pocos de esa época que intentasen eludir sus tareas o pretextasen un repentino cansancio.

Habíamos contratado un doméstico para el trabajo de la casa. Vivía con nosotros como un miembro más de la familia, y los chicos acostumbraban a ayudarlo en su tarea. El barrendero municipal recogía los residuos, y nosotros personalmente atendíamos la limpieza de los baños, sin esperar ni pretender que lo hiciera el doméstico. Esto constituía una buena experiencia para los niños. El resultado fue que ninguno de mis hijos tuvo jamás aversión por tipo alguno de trabajo, y lógicamente aprendieron todo lo necesario sobre el cuidado personal. Muy difícilmente alguien se enfermaba en la casa de Johannesburgo, pero cuando eso sucedía, los mismos chicos actuaban de enfermeros. No quiero decir con ello que me resultase indiferente su educación literaria, pero ciertamente no dudaba en sacrificarla. Por tanto, en este sentido

mis hijos pueden con razón tener algo de qué acusarme. En verdad, en algunas ocasiones dieron curso a este sentimiento, y debo confesarme culpable en cierta medida. Existía en mí el deseo de darles una educación literaria, e incluso proyecté hacerlo yo mismo, pero por una causa u otra este proyecto se iba postergando. Como no organicé en manera alguna su educación, acostumbraba llevarlos conmigo diariamente en mi camino a la oficina regresando también con ellos, cubriendo así una distancia de unas cinco millas. Esto, además de lo que implica como ejercicio físico, me permitía instruirlos conversando con ellos, si ninguna otra cosa, en aquellos momentos, absorbía mis preocupaciones. Todos mis hijos, excepto el mayor, Harilal, que permaneció en la India, fueron creciendo de esta manera en Johannesburgo. Si hubiera contado yo por lo menos con una hora diaria enteramente libre para dedicarla a su educación literaria, les hubiera dado, en mi opinión, una educación ideal. Pero tanto ellos como yo mismo sentimos que lo cumplido no fue suficiente. Mi hijo mayor me ha hecho notar esto muchas veces en forma privada, e incluso públicamente a través de la prensa. Mis otros hijos, generosamente, trataron de olvidarlo. No me desespera lo sucedido, y si de algo debo arrepentirme, es de no haber demostrado ser un padre ideal. Pero considero que he sacrificado su educación literaria por lo que honestamente creía que, aunque quizá equivocado, constituía un bien para la comunidad. No ha habido, por otro lado, negligencia alguna en lo que se refiere a formar el carácter de los chicos. Creo que este es el principal deber de todo padre. Cada vez que, a pesar de mis esfuerzos, mis hijos fueron considerados como caracteres incompletos, estoy convencido que esto constituía el reflejo no de la falta de cuidado de mi parte, sino de los defectos de sus dos progenitores.

Los hijos heredan los caracteres de los padres en no menor medida que sus características físicas. El medio cumple una función de gran importancia, pero el capital original con el cual un niño comienza a vivir en heredado de sus padres. He visto también niños que superan con éxito los efectos de una mala herencia. Esto se debe a que la pureza es un atributo inherente al alma.

Con Polak he tenido muy a menudo agudas disensiones sobre la conveniencia de dar a los niños una educación inglesa. Ha sido siempre mi absoluta convicción que los padres indos que educan a sus hijos para que piensen y hablen como ingleses desde su misma infancia, traicionan a sus hijos y a su país. Los privan de la herencia social y espiritual de la nación, y les impiden ser algún día útiles a su nación. Convencido de esto, tomé la decisión de hablar con mis hijos siempre en *gujaratí*. Polak nunca estuvo de acuerdo con esto. Consideraba que estaba arruinando su futuro. Argumentaba, con toda su energía y afecto, que si los niños estudiaban desde la infancia un idioma universal

como el inglés, obtendrían fácilmente grandes ventajas sobre los otros en la lucha por la vida. Nunca logró convencerme. No recuerdo ahora si alguna vez lo convencí de lo correcto de mi actitud, o si desistió de toda discusión por considerarme demasiado obstinado. Esto sucedió hace unos veinte años, y mis convicciones se hicieron más firmes con la experiencia acumulada. Por tanto, si mis hijos sufrieron por la falta de una educación literaria completa, el conocimiento de su lengua materna, que adquirieron en forma natural, significó mucho, tanto para ellos como para su país, porque así no resultaron los extraños que hubieran podido llegar a ser. Claro que sus conocimientos fueron bilingües, hablando y escribiendo en inglés con facilidad a causa de su contacto diario con un amplio círculo de amigos ingleses, y porque vivían en un país en que el inglés era el principal idioma que se utilizaba.

24. LA “REBELIÓN” ZULÚ

Aun cuando yo consideraba que estaba establecido definitivamente en Johannesburgo, daba la impresión de que una vida perfectamente ordenada no había sido hecha para mí. Justo cuando me había hecho a la idea de que podría respirar en paz, un hecho inesperado se produjo. Los diarios trajeron la noticia del estallido de la “rebelión” zulú en Natal. Yo no alimentaba ningún rencor contra los zulúes; ellos nunca habían molestado a los indos. Tenía muchas dudas sobre la misma “rebelión”. Pero creía por ese entonces que el imperio británico existía para beneficio del mundo. Un lógico sentido de la lealtad me impedía desear el menor daño al imperio. La justicia o el motivo de la “rebelión”, por tanto, no podían influir en mi actitud. Natal contaba con una fuerza de defensa constituida por voluntarios y comenzó el reclutamiento de más gente. Supe que dicho cuerpo ya había sido movilizad para sofocar la “rebelión”.

Me consideraba un ciudadano de Natal, íntimamente ligado al lugar. Por con siguiente, escribí al gobernador expresándole que estaba preparado, si fuera necesario, para formar un destacamento de ambulancias compuesto por indos. Me contestó inmediatamente aceptando el ofrecimiento.

No esperaba respuesta tan rápida. Afortunadamente, había tomado todas las medidas necesarias antes de escribir la carta. Si mi proposición era aceptada, había pensado liquidar mi casa de Johannesburgo. Polak ocuparía una casa más pequeña, y mi mujer se instalaría en Phoenix. Ya contaba con el consentimiento de ella para actuar de este modo. No recuerdo ninguna ocasión que ella hubiera planteado inconvenientes a mis decisiones en casos

como estos. Tan pronto como recibí la respuesta del gobernador, anuncié con el acostumbrado mes de anticipación al dueño de la casa que dejaba la misma, envié algunas cosas a Phoenix y dejé otras con Polak.

Me dirigí a Durban e hice un llamado a los hombres. No era necesario un gran contingente. Formamos un grupo de veinticuatro, de los cuales, además de mí mismo, cuatro eran *gujaratís*. Los otros eran obreros liberados que habían residido en la India meridional, excepto uno que era un *patham* libre.

Con el objeto de darme una ubicación específica y facilitar la tarea, como también de acuerdo con las ordenanzas vigentes, el médico en jefe me asignó, temporalmente, el rango de sargento mayor, y a tres hombres por mí seleccionados el rango de sargento a dos de ellos y de cabo al otro.

También recibimos del gobierno nuestros uniformes. El destacamento estuvo en servicio activo durante unas seis semanas. Al llegar al escenario de la “rebelión”, comprobé que nada justificaba este título. No había resistencia por ninguna parte. La razón por la cual los disturbios fueron magnificados con ese nombre, residía en que un jefe zulú había comunicado que no pagaría una nueva gabela impuesta a su pueblo, y había herido con una flecha a un sargento que intentó hacer efectiva la nueva medida. En todo momento mi corazón estaba con los zulúes, y sentí mucha alegría al llegar al campamento y enterarme de que nuestro trabajo consistiría especialmente, en atender a los zulúes heridos. El médico en jefe nos dio la bienvenida. Nos dijo que la gente blanca no quería atender a los zulúes, que sus heridas se estaban infectando, y que estaba al borde de enloquecer. Consideraba que nuestra llegada era una bendición del cielo para esa gente inocente, y nos equipó con vendas, desinfectantes, etc., llevándonos hasta el improvisado hospital. Los zulúes estuvieron encantados de vernos. Los soldados blancos trataron de interponerse entre nosotros y ellos, para disuadirnos de atenderlos. Y como no quisimos escucharlos, se pusieron furiosos, y cometieron terribles abusos contra los zulúes.

Gradualmente comencé a intimar con esos soldados, y dejaron de interferirse en nuestro trabajo. Entre los jefes se encontraban el coronel Sparks y el coronel Wylie, que habían luchado duramente contra mí en 1896. Se mostraron sorprendidos por mi actitud, y me llamaron especialmente para agradecerme por lo que estaba haciendo. Me presentaron, además, al general Mackenzie. No crea el lector que se trataba de soldados profesionales. El coronel Wylie era un conocido abogado en Durban. El coronel Sparks, dueño de una carnicería en la misma ciudad, y el general Mackenzie un importante granjero. Todos estos caballeros eran voluntarios, y como tales habían recibido instrucción militar.

Los heridos a nuestro cargo no habían sido heridos en el campo de batalla. Una parte de ellos fue detenida como sospechosos. El general los hizo azotar, y los azotes habían llagado sus espaldas en forma bastante grave. Estas llagas, que no fueron atendidas, estaban en avanzado estado de infección. Los otros eran habitantes de la zona, y aunque contaban con distintivos que los diferenciaban del “enemigo”, los soldados habían disparado contra ellos por error.

Además de esta tarea, debía atender también a los soldados blancos. Esto no me resultaba muy difícil, ya que había recibido instrucción suficiente durante un año en el pequeño hospital del doctor Booth. Este trabajo me relacionó íntimamente con muchos europeos. Estábamos adscritos a una columna móvil, que tenía órdenes de dirigirse a todo lugar donde el peligro se anunciara. En su mayoría, se trataba de personal montado. Apenas el campamento debió ser levantado, nos vimos obligados a seguirlos a pie con nuestro material sobre los hombros. Dos o tres veces debimos hacer cuarenta millas en un día. Pero en todos los lugares donde estuvimos, pude agradecer a Dios el darnos la oportunidad de ser más que útiles, cargando, entre otras cosas, a esos vecinos de los zulúes sobre nuestras camillas hasta el campamento, porque habían sido heridos por error, y atenderlos en su desgracia.

25. BUSCANDO CON EL CORAZÓN

La “rebelión” de los zulúes significó muchas experiencias nuevas e importantes motivos para meditar. La guerra de los boers no me planteó los horrores de la guerra en la forma vívida en que lo hizo la “rebelión”. Esto no fue una guerra, sino la caza del hombre, y no solo en opinión mía sino en la de muchos ingleses con los cuales tuve ocasión de hablar de ello. Escuchar todas las mañanas el informe sobre el daño hecho por los rifles de los soldados entre los indefensos zulúes era algo terrible. Pero la copa de la amargura se colmaba al pensar que si no hubiera sido por el cuerpo que yo había formado, los zulúes no hubiesen contado con ninguna atención para sus horribles heridas. Este hecho conmovió mi conciencia.

Pero había muchas otras cosas sobre las cuales pensar. Existía un territorio poco poblado en el país. Entre los valles y colinas, en forma muy espaciada, se ubicaban las chozas de los así llamados “no civilizados” zulúes. Mientras yo recorría, con los heridos o sin ellos, estas enormes soledades, muy a menudo me sumergía en profundas meditaciones.

Sopesé el valor *brahmacharya* y sus implicaciones, y mis convicciones se afianzaron. Discutí el tema con mis colaboradores. No había comprendido aun qué indispensable resultaba para la autorrealización, pero vi claramente que el que aspira a servir a la humanidad con toda su alma, no puede hacerlo sin ella. Comprendí que debía buscar más y más oportunidades de cumplir servicios como el que estaba cumpliendo en ese momento, y que no estaría a la altura de mi tarea si me comprometía con los placeres de la vida familiar y en la multiplicación y educación de los hijos.

En una palabra, no podía vivir buscando la carne y el espíritu. En esta ocasión, por ejemplo, no hubiera podido lanzarme al combate si mi esposa estuviera esperando un niño. Sin la observancia del *brahmacharya* el cumplir con la familia estaría en contradicción con el servicio debido a la comunidad. Con el *brahmacharya*, podría cumplir con ambos.

Pensando de este modo, me angustiaba en la búsqueda de una conclusión final, y de un voto. La perspectiva de un voto trajo consigo una especie de excitación. La imaginación encontró asimismo amplio margen para desempeñar su papel.

Cuando me hallaba en el apogeo de este esfuerzo físico y mental, llegó un comunicado, informando que se acercaba el momento en que la “rebelión” podía considerarse sofocada, y que yo debería ser muy pronto dado de baja. Uno o dos días después nos desmovilizaron, y pocos días más tarde ya nos encontrábamos en nuestros hogares.

Poco tiempo después, recibí una carta del gobernador agradeciendo en forma muy especial al cuerpo de ambulancias por los servicios prestados.

A mi llegada a Phoenix, discutí inmediatamente el tema del *brahmacharya* con Chhaganlal, Maganlal, West y otros. Les gustó la idea y aceptaron la necesidad de tomar un voto, pero también plantearon las dificultades de la tarea. Algunos de ellos tomaron la determinación de observar el voto, y sé positivamente que más de uno lo logró.

Yo también di el salto, y adopté el voto de observar el *brahmacharya* toda mi vida. Debo confesar que en ese momento no comprendí totalmente la magnitud e inmensidad de lo que me había propuesto. Aún hoy las dificultades se me presentan a diario. La importancia del voto consiste en introducirse cada vez más dentro de uno mismo. La vida sin el *brahmacharya* se me ocurre insípida y hasta animal. El bruto por naturaleza no conoce ninguna clase de autocontrol. El hombre es hombre porque es capaz, y solo en la medida en que lo hace, de autocontrolarse. Lo que podía parecerme una extravagante interpretación del *brahmacharya* hecha en nuestros libros religiosos, com-

prendo con mayor claridad día a día que es algo suficientemente fundado en la práctica.

He visto que el *brahmacharya*, tan lleno de magnífica potencialidad, no es un asunto muy sencillo, y ciertamente que no es simplemente una cuestión física. Comienza con un control sobre el cuerpo, pero no termina ahí. Su perfección incluye, incluso, el control de cualquier pensamiento impuro. Un verdadero *brahmachari* ni siquiera soñará con satisfacer los apetitos de la carne, y hasta que no ha llegado a esta condición, le queda aún mucho por hacer.

Para mí la sola observancia del *brahmacharya* carnal estuvo llena de dificultades. Puedo decir que hoy en día me siento perfectamente a salvo, pero aún debo alcanzar un completo dominio sobre mis pensamientos, lo que es tan esencial. No es que estén debilitadas las energías puestas al servicio de esto, pero el hecho es que aún constituye un problema para mí el que de pronto me invadan pensamientos indecorosos. No dudo que existe una forma de evitar estos pensamientos, pero cada uno debe encontrarla por sí mismo. Santos y profetas nos legaron sus experiencias, pero no nos han dado prescripciones universales e infalibles. Porque la perfección o el estar libre de error, deviene solo de la gracia, y por eso los buscadores de Dios nos han dejado *mantras*, tales como *Ramanama*, consagrados por su propia austeridad y cargados con su pureza. Sin una devoción total a su gracia, un dominio absoluto de los pensamientos es imposible. Esta es la enseñanza que deja todo gran libro religioso, y comprendo esta verdad en cada momento de búsqueda de un perfecto *brahmacharya*.

Pero parte de la historia de esta búsqueda y esta lucha será relatada en los capítulos que seguirán. Quiero concluir este con una indicación de cómo me orienté hacia el objetivo enunciado. En el primer momento de entusiasmo, creí que la observancia del voto era muy sencilla. El primer cambio que introduje en mi modo de vida, fue dejar de compartir el lecho con mi mujer o buscar cierta intimidad con ella.

Por tanto, el *brahmacharya*, que había estado observando con altibajos desde 1900, fue sellado con un voto a mediados de 1906.

26. EL NACIMIENTO DEL SATYAGRAHA

Los acontecimientos se fueron conformando de tal manera en Johannesburgo como para convertir esta autopurificación, en lo que a mí respecta, en una acción preliminar al *satyagraha*. Comprendo ahora que los acontecimien-

tos más importantes de mi vida, culminados en el voto de *brahmacharya*, me estaban preparando secretamente para ello. El principio llamado *satyagraha* tuvo nacimiento antes de que el nombre fuese inventado. Incluso cuando nació, yo mismo no hubiera podido decir de qué se trataba. En *gujaratí* también utilizamos el término inglés “resistencia pasiva” para describirlo. Cuando en una conversación con europeos comprendí que el término “resistencia pasiva” estaba demasiado simplemente construido, que se lo suponía un arma para débiles, que podía ser definido como un odio, y que finalmente podía manifestarse por la violencia, tuve que negar todas estas caracterizaciones y explicar la verdadera naturaleza del movimiento indo. Resultó claro que una nueva palabra debía ser acuñada por los indos para designar su lucha.

Pero yo no podía encontrar un nuevo nombre, y por consiguiente ofrecí un premio a través del “Indian Opinion” al lector que hiciera la mejor sugerencia al respecto. Como resultado, Maganlal Gandhi creó la palabra “Sada-graha” (*sat*: verdad, *agraha*: firmeza) y ganó el premio. Pero para que fuera más claro, cambié el nombre por *satyagraha*, que desde entonces es el término corriente utilizado en *gujaratí* para la designación de la lucha.

La historia de esta lucha es la historia del resto de mi vida en África del Sur, y especialmente de mis experiencias con la verdad en ese subcontinente. Redacté la mayor parte de esta historia en la cárcel de Yeravda y la terminé después de ser puesto en libertad.

Fue publicada en “Navajivan” y luego editada en libro. Sjt. Valji Govindki Desai lo ha estado traduciendo al inglés para “Current Thought”, pero ahora estoy tomando las medidas necesarias para publicar la traducción inglesa* en forma de libro en una fecha más breve, para que los así lo deseen puedan familiarizarse con mis más importantes experiencias en África del Sur. Quiero recomendar una lectura de mi relato del *satyagraha* en África del Sur a esos lectores que no lo han visto todavía. No voy a repetir lo que he puesto allí, pero en los próximos capítulos me referiré únicamente a algunos incidentes personales que tuve en África del Sur y que no están incluidos en esa historia. Y cuando haya hecho eso, inmediatamente procederé a ofrecer al lector una idea de mis experiencias en la India. Sin embargo, quien prefiera considerar esas experiencias en su estricto orden cronológico, haría bien en continuar con esta crónica después de haber leído la historia del *satyagraha* en África del Sur.

* La traducción inglesa ha sido publicada por S. Ganesan, Triplicane, Madrás.

27. MÁS EXPERIMENTOS EN DIETÉTICA

Estaba ansioso por observar el *brahmacharya* en pensamiento, hechos y palabras, e igualmente ansioso por dedicar el tiempo máximo a la lucha del *satyagraha* y prepararme para ello por medio de la pureza. Por tanto, tuve que introducir más cambios en mi vida e imponerme mayores restricciones en lo que a alimentación se refiere. El motivo para los cambios anteriores fue exclusivamente de orden higiénico, pero las nuevas experiencias fueron hechas desde el punto de vista religioso.

El ayuno y la restricción de mi dieta, asumieron ahora una parte más importante en mi vida. La sensualidad en el hombre generalmente coexiste con un frenesí por los placeres del paladar. Lo mismo sucedía conmigo. Tuve que enfrentar muchas dificultades, intentando controlar la sensualidad tanto como el gusto, e incluso hoy mismo no puedo alardear de dominar a ambos. Me he considerado siempre como hombre de mucho comer. Lo que mis amigos consideraron que era control, yo nunca lo acepté bajo esta luz. Si hubiera fracasado en desarrollar la restricción hasta el punto en que lo hice, hubiera descendido al nivel de las bestias y encontrado mi perdición mucho tiempo atrás. Sin embargo, como soporté adecuadamente mis restricciones, hice grandes esfuerzos para desentenderme de este problema, y gracias a ello todos estos años logré contar totalmente con mi cuerpo y cumplir libremente con mi trabajo.

Consciente de mi debilidad, y habiéndome relacionado en forma inesperada con gente de gran talento, comencé a alimentarme exclusivamente de frutas y a ayunar el día de *Ekadashi* y también a observar el día de *Janmashtami* y otras festividades semejantes.

Comencé con una dieta de frutas, pero desde el punto de vista de la restricción no encontré mucho campo para elegir entre una alimentación a base de frutas y una dieta de cereales. He observado que la misma indulgencia hacia el paladar es posible con ambos regímenes, y más aún cuando se acostumbra uno a ello. Por tanto, comencé a conceder mayor importancia al ayuno, tomando una sola comida por día en las festividades. Y si se presentaba alguna ocasión para una penitencia o algo parecido, gustosamente la utilizaba también con propósitos de ayuno.

Pero también pude comprobar que sintiéndose el cuerpo más liviano, el alimento deja un sabor mucho mayor y el apetito se hace más agudo. Comprendí entonces que el ayuno puede convertirse en el instrumento más poderoso tanto para la indulgencia como para la restricción. Muchas experiencias

posteriores que he realizado, como muchas de las que realizaron mis amigos, pueden ser aducidas como demostración de este hecho. Yo quiero dominar y educar mi cuerpo, pero como el objetivo más importante es logra el absoluto control del paladar, selecciono primero un alimento y después otro, y al mismo tiempo reduzco la cantidad. Pero el sabor me persigue, en la misma forma que antes. Cuando abandono un alimento y tomo otro, el segundo me produce un nuevo y renovado placer, mayor que el anterior.

En el curso de estas experiencias tuve varios compañeros, siendo Hermann Kallenbach el más importante de todos. Ya he escrito sobre este amigo en la historia del *satyagraha* en África del Sur, y no repetiré lo dicho ahora. Mr. Kallenbach me acompañó siempre tanto en los ayunos como en los cambios dietéticos. Conviví con él en su casa cuando la lucha del *satyagraha* alcanzó su mayor vigor. Discutimos los cambios introducidos en nuestra alimentación, y derivamos mayor placer de la nueva dieta que de la anterior. Conversaciones de este tipo me parecieron muy agradables en esos días. La experiencia me ha enseñado, sin embargo, que es erróneo conceder importancia al sabor que deja el alimento. Se debe comer para mantener el cuerpo en funciones, no para placer del paladar. Cuando cada órgano sensorial sirve al cuerpo, y a través del cuerpo al alma, su satisfacción especial desaparece, y entonces solo actúa en el sentido que la naturaleza lo ha orientado.

Cualquier cantidad de experiencias resulta pequeña y no hay sacrificio demasiado grande para lograr esta identificación con la naturaleza. Pero, desgraciadamente, en estos días la corriente general se dirige totalmente en otra dirección. No nos avergonzamos de sacrificar una multitud de otras vidas con el objeto de alimentar nuestro percedero cuerpo e intentar prolongar su existencia por algunos momentos más, con el resultado que aniquilamos, tanto el cuerpo como el alma. Intentando solucionar un viejo problema, hacemos surgir cientos de nuevos problemas; queriendo gozar de los placeres sensoriales, perdemos en realidad hasta nuestra capacidad de gozo. Todo esto sucede ante nuestros propios ojos, pero no hay ciego mayor que el que no quiere ver.

Habiendo ya expresado el objetivo perseguido y el curso de las ideas a que dieron nacimiento, me propongo ahora describir las experiencias dietéticas con alguna extensión.

28. LA VALENTÍA DE KASTURBAI

Tres veces en su vida mi mujer escapó a la muerte en el curso de graves enfermedades. Los tratamientos se hicieron con remedios caseros. En el

momento en que se producía el primer ataque, el *satyagraha* estaba en pleno desarrollo o estaba por comenzar. Ella tenía frecuentes hemorragias. Un médico amigo aconsejó una intervención quirúrgica, lo que ella aprobó después de meditarlo. Estaba demasiado débil, por lo que el médico tuvo que realizar la operación sin cloroformo. Y si bien fue un éxito, Kasturbai sufrió grandes dolores, aunque se comportó valientemente. El médico y su mujer, que actuó de enfermera, la atendieron con todo esmero. Esto sucedió en Durban. El médico me autorizó a partir para Johannesburgo asegurándome que no debía preocuparme por el estado de la paciente.

A los pocos días, sin embargo, recibí una carta en que me comunicaban que Kasturbai se encontraba mal, muy débil, que apenas podía sentarse en el lecho, y que por momentos perdía la conciencia. El médico sabía que sin mi autorización, no podía darle vino o carne. Por tanto, me telefoneé a Johannesburgo para preguntarme si podía darle un caldo de vaca. Contesté diciendo que no podía dar esa autorización, pero que si ella se encontraba en condiciones de expresar su opinión, podía ser consultada y se hallaba en libertad de hacer lo que deseara.

—Pero —dijo el médico— me niego a consultar los deseos de la paciente en este sentido. Usted mismo tiene que venir. Si usted no me autoriza a prescribir lo que creo conveniente, no me hago responsable por la vida de su mujer.

Tomé el tren para Durban el mismo día, y me encontré con el médico, quien muy tranquilo me recibió con estas palabras:

—Cuando le hablé por teléfono, ya había dado a su mujer el caldo.

—Bueno, doctor, considero que esto ha sido un engaño —dije yo.

—No hay engaño en prescribir una medicina o una dieta a un enfermo. Más aún, los médicos consideramos que es una virtud desobedecer a los pacientes o a sus familiares cuando se trata de su salud —me replicó el médico firmemente.

Estaba realmente enojado, pero me mantuve tranquilo. El médico era un buen hombre y un amigo personal. Tenía una deuda de gratitud hacia él tanto como hacia su mujer, pero no estaba dispuesto a aceptar su moral de médico.

—Doctor, ¿qué se propone usted hacer ahora? Nunca permitiré que se le haga consumir a mi mujer caldo de carne, incluso si esto significase su muerte, a menos, por supuesto, que ella deseara ese alimento.

—No discuto su filosofía. Pero debo decirle que mientras tenga a su mujer a mi cuidado, debo contar con una autorización para darle lo que considero necesario. Si a usted no le parece bien, desgraciadamente debo rogarle que la traslade. No puedo verla morir bajo mi techo.

—¿Quiere usted decir que debo llevármela inmediatamente?

—¿Quién le pide a usted que se la lleve? Lo único que quiero es entera libertad para actuar. Si usted me concede esa libertad, mi mujer y yo haremos todo lo posible por ella, y usted puede regresar sin el más mínimo temor. Pero si no entiende algo tan simple, me obliga a pedirle que lleve a su mujer a otra parte.

Uno de mis hijos había venido. Estuvo completamente de acuerdo conmigo, y manifestó que su madre no debía tomar caldo de vaca. Luego hablé con la misma Kasturbai. Estaba realmente muy débil para ser consultada al respecto. Pero consideré que era mi penoso deber el hacerlo. Le relaté lo que había sucedido entre el médico y yo. Su respuesta fue categórica:

—No tomaré caldo de vaca. Es algo extraño nacer en este mundo como un ser humano, y prefiero morir en tus brazos que llevar mi cuerpo hacia tales abominaciones.

Discutí con ella. Le dije que no estaba obligada a seguirme. Cité el ejemplo de muchos amigos indos que no tenían reparos en tomar carne o vino como medicina. Pero su decisión era irrevocable:

—No —dijo—, llévame a otro lado cuanto antes.

Yo estaba feliz. No sin cierta agitación decidí trasladarla, y comuniqué al médico su resolución. La respuesta de este no podía haber sido más violenta.

—¡Qué hombre insensible es usted! Debiera avergonzarse de haberle planteado el problema a ella en la situación en que se encuentra. Le aseguro que su mujer no está en condiciones de ser trasladada. No podría soportar el más mínimo esfuerzo. No me sorprendería si falleciera en el trayecto. Pero si usted insiste, puede hacer lo que quiera. Si usted no quiere autorizar la alimentación que ella necesita, no me arriesgaré a tenerla un solo día más en mi casa.

Por consiguiente, decidimos dejar el lugar inmediatamente.

Estaba lloviznando y la estación quedaba a cierta distancia. Tuvimos que tomar el tren de Durban para Phoenix. Nuestro establecimiento quedaba a unas dos millas de la estación. Indudablemente, estaba asumiendo un gran riesgo, pero tenía fe en Dios, y actuaba de acuerdo con mi obligación. Envié un mensajero a Phoenix, con una nota para West, diciéndole que nos esperase en la estación con una camilla, una botella de leche caliente y otra de agua también caliente, y seis hombres para llevar a Kasturbai en la camilla.

Kasturbai no necesitaba que la alentáramos. Por el contrario, era ella la que me confortaba, diciéndome:

—Nada me sucederá. No te preocupes.

Estaba aún más débil y esquelética por no haber tomado alimento alguno esos días. La estación se hallaba llena de gente, y desde donde nos dejó el coche tuvimos que caminar en trecho antes de ubicarnos en el tren. La levanté en mis brazos para subirla al compartimiento. Desde Phoenix la llevamos en la camilla, y en el establecimiento lentamente se fue reponiendo gracias al tratamiento hidropático.

A los dos o tres días de nuestra llegada a Phoenix, un *swami* vino a visitarnos. Había oído hablar sobre nuestra resolución de rechazar el consejo del médico, y había venido a discutir con nosotros. Creo recordar que a su llegada se encontraban conmigo mis hijos segundo y tercero, Manilal y Ramdas. Sabía mucho sobre la libertad de comer carne en ciertas ocasiones que concedía la religión, y citó a verdaderas autoridades en Manu. No me agradó que esta discusión tuviera lugar en presencia de mi esposa, pero soporté lo necesario en nombre de la cortesía. Conocía los versos del *Manusmriti*, no los necesitaba para convencerme. También sabía que existía una tendencia que consideraba estos versos como interpolaciones: pero incluso aunque no lo fueran, mis puntos de vista se formaban independientemente de los textos religiosos, y la fe de Kasturbai era inconvencible. Para ella los textos sagrados eran un libro cerrado, pero la religión tradicional de sus antecesores resultaba suficiente. Los hijos podían jurar sobre el credo de su padre, y de este modo pudieron comprender los verdaderos alcances del discurso del *swami*. Pero Kasturbai puso fin al diálogo muy rápidamente.

—Swamiji —dijo—, cualquier cosa que usted diga no me convencerá de la necesidad de recobrar me mediante una alimentación a base de carne. Le ruego no me moleste más. Puede usted discutir el asunto con mi marido y los chicos, si así lo desea. Pero mi opinión está hecha.

29. SATYAGRAHA DOMÉSTICO

Mi primera experiencia sobre la vida carcelaria tuvo lugar en 1908. Comprobé que algunas de las reglamentaciones que los presos debían observar, eran semejantes a las que voluntariamente correspondían a quien era un *brahmachari*, es decir, uno que deseaba practicar el autocontrol. Por ejemplo, la última comida debía finalizar antes de la puesta del sol. Los prisioneros indios o africanos no disponían de té ni café. Podían agregar sal a la comida una vez cocida si así lo deseaban, pero no podían comer cosa alguna para la simple satisfacción del paladar. Cuando pedí al médico que nos entregaran

especias y nos permitieran agregar sal a los alimentos mientras se estaban cocinando, me contestó:

—No están ustedes aquí para satisfacer los gustos del paladar. Desde el punto de vista de la salud, las especias no son necesarias, y no tiene mayor importancia si se agrega la sal antes o después de cocinados los alimentos.

Últimamente, estas restricciones fueron modificadas, aunque no con poca dificultad, pero de todos modos seguían siendo reglamentaciones colectivas. Las inhibiciones impuestas en lo externo rara vez tienen éxito, pero cuando responden a una íntima necesidad, sin duda alguna que cuentan con las mejores posibilidades de triunfo. Por consiguiente, después de mi salida de la cárcel, me impuse voluntariamente esas dos reglamentaciones. En la medida que eso era posible, dejé de tomar té, y terminaba mi última comida antes de la puesta del sol. Ambas cosas no exigían un gran esfuerzo para ser observadas.

Vino la ocasión, además, en la que me vi obligado a abandonar el uso de la sal, y esta restricción la mantuve en forma ininterrumpida durante un período de diez años. Había leído en algunos libros sobre vegetarianismo que la sal o es una materia necesaria en la dieta del hombre, sino que, por el contrario, la falta de sal resulta más conveniente para la salud. Deduje, además, que un *brahmachari* se beneficia con una alimentación sin sal. Leí también, y lo comprobé en la práctica, que un cuerpo débil debe evitar los vegetales, alimento al que era muy propenso.

Sucedió entonces que Kasturbai, que tuvo un breve respiro después de la operación, comenzó nuevamente a sufrir hemorragias, y la enfermedad parecía afianzarse cada vez más. El tratamiento hidropático no resultaba suficiente. Si bien no tenía mucha fe en mis medicamentos, no se resistía a tomarlos. Claro que no pedía ayuda extraña. Por tanto, cuando todos los remedios fallaron, le propuse que dejáramos de lado la sal y los vegetales. No estuvo de acuerdo, a pesar de todo lo que discutí con ella, apoyándome en testimonios de varias autoridades en la materia. Por último, realmente me desafió diciéndome que ni yo mismo, por más que se me aconsejara hacerlo, sería capaz de dejar la sal y los vegetales. Esto me apenó, y me agradó al mismo tiempo. Y me agradó, porque me daba una oportunidad para mostrarle el amor que le profesaba. Le dije entonces:

—Te equivocas. Si yo estuviera enfermo y el médico me aconsejara dejar uno o más alimentos, no dudaría un solo instante en hacerlo. Más aún, sin ningún consejo médico, dejaré de tomar sal y vegetales por un año, ¡lo hagas tú o no!

Esto realmente la conmovió, y me dijo muy apenada:

—¡Por favor, perdóname! Conociéndote, no debiera haberte provocado. Prometo abstenerme de esos alimentos, pero por el cielo retira tu voto. Esto es muy penoso para mí.

—Será muy bueno para ti dejar esos alimentos. No tengo ni la menor duda que te sentirás mucho mejor sin ellos. En cuanto a mí, no puedo retirar un voto seriamente hecho. Y seguramente que esto me beneficiará, porque toda restricción, en cualquier forma que surja, es saludable. Por tanto, será mejor que me dejes cumplir tonel voto. Será una prueba para mí, y un apoyo moral que te ayude a llevar adelante tu resolución.

—Eres un obstinado —me contestó ella—. No escucharás a nadie. — Y comenzó a llora suavemente.

Quise relatar esto como un suceso ocurrido en el curso del *satyagraha* y, además, porque es uno de mis más dulces recuerdos.

Después de esto, Kasturbai comenzó a reponerse rápidamente, tanto como resultado de la dieta sin vegetales ni sal que se había impuesto, como por los otros cambios introducidos en su alimentación, como resultado de la estricta vigilancia que mantuve en la exacta observancia de las otras reglas de nuestra vida o quizá como efecto de la euforia que le causó el incidente relatado. No podría decirlo. Pero se recobró fácilmente, las hemorragias desaparecieron por completo, y yo agregué algo más a mi fama de curandero.

En cuanto a mí, me sentí mejor para nuevas abnegaciones. Nunca lamenté las cosas que abandoné. Pasó el año, y encontré su sentido a una mayor acumulación de deberes. La experiencia estimuló mi inclinación hacia las autorrestricciones, y continué absteniéndome de sal y vegetales hasta mucho tiempo después de mi regreso a la India. Solo una vez consumí ambos alimentos, al hallarme en Londres en 1914. Pero de esa ocasión, y de cómo sucedió el hecho, hablaré en capítulos subsiguientes.

Extendí la experiencia de eliminar la sal y los vegetales de la alimentación a muchos de mis colaboradores en África del Sur, con muy buenos resultados. Científicamente, puede haber dos opiniones sobre el valor de esta dieta, pero moralmente no tengo ninguna duda que toda autorrestricción es conveniente para el alma. La dieta de un hombre que asume sus propias restricciones, debe ser distinta de la de un hombre que busca placeres, así como deben ser distintas sus formas de vida. Los aspirantes al *brahmacharya* muy a menudo fracasan al adoptar fórmulas que inevitablemente los llevan a una vida de placeres.

30. HACIA EL AUTOCONTROL

He descrito en los últimos capítulos en qué forma la enfermedad de Kasturbai fue un instrumento para provocar algunas transformaciones en mi alimentación. Más adelante, nuevos cambios fueron introducidos en función del *brahmacharya*.

El primero de estos, fue el abandono de la leche. Fue de Raychandbhai del primero que aprendí que la leche estimula las pasiones animales. Los libros sobre vegetarianismo apoyan esta idea, pero hasta que no hube tomado el voto de *brahmacharya* no podía decirme sobre la cuestión de la leche. Ya mucho tiempo antes había comprendido que la leche no es necesaria para la alimentación del cuerpo, pero no resultaba sencillo abandonarla. A medida que la necesidad de evitar la leche en función del autocontrol crecía en mí, tuve ocasión de encontrarme con cierta literatura procedente de Calcuta, en la que se describían las torturas a que eran sometidas las vacas y búfalos. Esto hizo gran efecto en mí. Discutí el asunto, incluso con Mr. Kallenbach.

Aunque he presentado a Mr. Kallenbach a los lectores de esta historia sobre el *satyagraha* en África del Sur, y me he referido a él en un capítulo anterior, creo necesario decir algo más en estas líneas. Nos conocimos por accidente. Era un amigo de Mr. Khan, y como este había descubierto en él el anhelo de mundos espirituales más profundos, me lo presentó.

Cuando lo conocí, me asombró su amor por el lujo y la extravagancia. Pero desde nuestro primer encuentro, su conversación giró en torno a cuestiones religiosas. También hablamos de la renuncia de Gautama Buda. Nuestro conocimiento se transformó rápidamente en una íntima amistad, más aún por el hecho de pensar sobre muchas cosas de la misma manera, y de estar él convencido de que debía introducir en su vida los cambios que yo había realizado en la mía.

En ese entonces él era soltero, y estaba gastando mil doscientos rupias mensualmente para sus necesidades, sin contar el alquiler. Luego redujo su vida a una simplicidad tal, que sus gastos sumaron ciento veinte rupias por mes. Después de mi primera salida de la cárcel, comenzamos a vivir juntos.

Fue por esta época cuando tuvimos nuestra discusión sobre la leche. Mr. Kallenbach dijo:

—Constantemente hablamos de los efectos dañinos de la leche. ¿Por qué entonces no dejamos de consumirla? Ciertamente, no es necesaria.

Me sorprendió gratamente esta proposición, que acepté calurosamente, y ambos decidimos dejar de consumir leche. Esto sucedía en la granja Tolstoi en 1912.

Pero este rechazo no era suficiente para satisfacerme. Poco después de esto decidí alimentarme únicamente con frutas, y solo de las frutas más baratas. Nuestra ambición era la de llevar la vida de la gente más humilde.

La dieta de frutas resultó asimismo muy conveniente. Prácticamente dejamos de cocinar. Nueces, bananas, dátiles, limones y aceite de oliva componían nuestra alimentación acostumbrada.

Aquí debo hacer una advertencia a los aspirantes a *brahmacharya*. Aunque he establecido una íntima conexión entre la alimentación y la actitud de *brahmacharya*, es indudable que la parte principal corresponde a la mente. Una mente conscientemente impura, no puede ser purificada mediante los ayunos. Las modificaciones en la alimentación no tienen efecto sobre ella. La concupiscencia de la mente solo puede ser eliminada mediante un intenso autoanálisis, una entrega total a Dios y, por último, a la gracia. Pero existe un íntimo contacto entre la mente y el cuerpo, y la mente carnal siempre busca delicadeza y lujos. Para obviar esta tendencia, las restricciones en la alimentación y el ayuno siempre serán necesarios. La mente carnal, en vez de controlar los sentidos, se convierte en su esclava, y por ello el cuerpo necesita siempre alimentos que no estimule esta tendencia, y ayunos periódicos.

Los que conceden poca importancia a las restricciones alimenticias y al ayuno, están tan equivocados como los que hacen depender todo de esta actitud. Mis experiencias me han enseñado que, para quienes sus mentes se encuentran siempre trabajando en dirección a un autocontrol, las restricciones alimenticias y los ayunos significan una gran ayuda. En verdad, sin esta ayuda, la concupiscencia no podrá ser desarraigada completamente de sus mentes.

31. AYUNO

Por la época en que dejé de consumir leche y vegetales y comencé a realizar experiencias con una alimentación a base de frutas, inicié mis ayunos como uno de los medios para el autocontrol. En esto también participó Mr. Kallenbach. Estaba acostumbrado a ayunar, ya que en algunas oportunidades lo había hecho, aunque solo por razones de salud. De un amigo aprendí que el ayuno era necesario para el autocontrol.

Habiendo nacido en una familia *vaishnava* y de una madre que estaba acostumbrada a asumir toda clase de difíciles votos, había observado, durante mi permanencia en la India, el *Ekadashi* y otros ayunos, pero al hacerlo

simplemente imitaba a mi madre y pensaba que de ese modo agradaba a mis padres.

En ese entonces no comprendía, ni creía tampoco, en la eficacia del ayuno. Pero observando que el amigo que mencioné observaba el ayuno con evidentes beneficios, y con la esperanza de afirmar el voto de *brahmacharya*, seguí su ejemplo y comencé a observar el ayuno de *Ekadashi*. Una regla de los indos les permite tomar leche y frutas en los días de ayuno, pero este tipo de ayuno era lo permanente para mí. De modo que ahora comencé un ayuno completo, permitiéndome nada más que un poco de agua.

Cuando comencé con esta experiencia, el mes hindú de Shraavan y el mes islámico de Ramzan coincidieron. Los Gandhis acostumbraban a observar no solo el *Vaishnava*, sino también el voto de *Shaivite* y visitaban tanto los templos *shaivitas* como los de *vaishnava*. Algunos de los miembros de la familia acostumbraban a observar el *pradosha*³⁴ en todo el mes de Shraavan. Yo decidí hacer lo mismo.

Estas importantes experiencias fueron iniciadas mientras estábamos en la Granja Tolstoi, donde Mr. Kallenbach y yo nos encontrábamos con algunas familias *satyagrahi*, incluyendo a jóvenes y niños. Para estos contábamos con una escuela. Entre ellos había cuatro o cinco musulmanes. Siempre los ayudé y alenté a que observaran todas sus prescripciones religiosas. Me preocupé de cuidar que todos los días ofrecieran su *namaz*. También había jóvenes cristianos y *parsis* y consideré que era mi deber alentarlos a seguir observando sus respectivas religiones.

Durante este mes, por tanto, persuadí a los jóvenes musulmanes a observar el ayuno de *ramzan*. Yo, por mi parte, decidí observar el *pradosha*, pero esta vez solicité a los jóvenes hindúes, *parsis* y cristianos, que se unieran a mí. Les expliqué que siempre era algo bueno unirse a otros en todo lo que significa una autorrestricción. Muchos de los habitantes de la granja estuvieron de acuerdo con mi proposición. Los jóvenes hindúes y *parsis* no copiaron a los musulmanes en cada detalle; no era necesario. Los jóvenes musulmanes debían esperar por su comida hasta la puesta del sol, pero los otros no tenían por qué hacerlo, y por tanto estaban en condiciones de preparar delicados alimentos para sus amigos musulmanes y servirlos. Tampoco los jóvenes hindúes, como los otros jóvenes, debían contar con la compañía musulmana cuando tomaban su último alimento antes que el sol saliera a la mañana siguiente, y por supuesto que todos, con excepción de los musulmanes, se permitían el consumo de agua.

El resultado de estas experiencias fue que todos quedaron convencidos del valor del ayuno, y un espléndido *esprit de corps* nació entre ellos.

* Ayuno hasta la noche.

Todos éramos vegetarianos en la granja Tolstoi gracias, y debo confesar mi agradecimiento, a la voluntad de todos por respetar mis sentimientos. Los jóvenes musulmanes deben haber echado de menos su carne durante el *ramzan*, pero ninguno de ellos llegó jamás a hacerme ver que esto había sucedido. Estaban satisfechos y contentos de al dieta vegetariana, y los jóvenes hindúes muy a menudo prepararon manjares vegetarianos para ellos, siempre de acuerdo con la simplicidad de la vida que se hacía en la granja.

En forma preconcebida hablé de esto en el curso del capítulo dedicado al ayuno, ya que no hubiera podido dar lugar a estos agradables recuerdos en otro lugar, e indirectamente describí una característica mía, la de que siempre gustaba tener a mis colaboradores junto a mí en cualquier actitud que consideraba buena. Eran noveles en lo que al ayuno se refiere, pero gracias a los ayunos de *pradosha* y *ramzan*, resultó sencillo interesarlos en el ayuno como una de las formas del autocontrol.

Por tanto, un clima de autocontrol creció naturalmente en la granja. Todos los habitantes de la granja se nos unieron en la observancia de ayunos parciales o totales los que, estoy seguro, resultaban siempre convenientes. No puedo decir en forma definitiva hasta dónde esta restricción voluntaria conquistó sus corazones y los ayudó en el camino de dominar su carne. Por mi parte, sin embargo, estoy convencido que recibieron un gran beneficio tanto físico como moral. Claro que considero que no es imprescindible recurrir al ayuno para que la disciplina del autocontrol tenga asimismo consecuencias benéficas.

El ayuno contribuye a dominar las pasiones animales únicamente si es encarado desde el punto de vista del autocontrol. Algunos de mis amigos han descubierto que sus pasiones animales y sus paladares se sienten excitados como un efecto posterior a los ayunos. Es decir, que el ayuno es inoperante a menos que vaya unido a una gran voluntad de autocontrol. El famoso verso del capítulo segundo del *Bhagavad Gita* es claro a este respecto:

*Para un hombre que controla sus sentidos
superficialmente, los objetivos sensoriales desaparecen
dejando el ardiente deseo detrás de él; pero cuando
el hombre ha visto lo más Alto,
incluso el deseo desaparece.*

Por consiguiente, ayudar a disciplinas similares, constituye uno de los medios hacia el objetivo final del autocontrol, pero no lo es todo, y si el ayu-

no físico no se ve acompañado por un ayuno mental, terminará por convertirse en hipocresía y fracaso.

32. MAESTRO

Temo que el lector creerá que en estos capítulos estoy describiendo cosas que no fueron mencionadas, o solo mencionadas de paso, en la historia del *satyagraha* en África del Sur. Si así sucede, muy fácilmente comprenderá la conexión que hay con los capítulos recientes.

Al desarrollarse la granja, se consideró necesario tomar algunas medidas para la educación de sus muchachos y muchachas. Entre ellos había algunos varones hindúes, musulmanes, *parsis*, y algunas muchachas hindúes. No era posible, y no lo creí necesario, tomar especiales maestros para ellos. No era posible, porque maestros hindúes calificados eran por demás escasos, e incluso si hubiesen contado con condiciones pedagógicas, ninguno seguramente estaría dispuesto a dirigirse a un lugar distante veintiuna millas de Johannesburgo por un salario reducido. Por otro lado, el dinero no era precisamente lo que nos sobraba. Y no me pareció necesario traer maestros que no pertenecieran a la granja. No tenía fe en el sistema de educación vigente, y pensaba encontrar mediante experimentos adecuados el verdadero sistema. Solo sabía una cosa: que bajo condiciones ideales, la verdadera educación sólo puede ser impartida por los padres, y que por tanto debía haber el mínimo de ayuda exterior, que la granja Tolstoi era una familia, en la que yo ocupaba el lugar del padre, y que, hasta donde fuera posible, debía ser yo el responsable de la educación de la juventud.

Indudablemente que esta concepción tenía sus lagunas. Los jóvenes no habían estado conmigo desde su primera infancia, crecieron en condiciones distintas y en distintos medios, y no pertenecían a la misma religión. En esta forma, ¿cómo podía yo ser ecuánime con todos ellos, incluso asumiendo el lugar del *pater familias*?

Pero siempre concedí el lugar primordial a la cultura del corazón o a la formación del carácter, y como estaba convencido que una educación moral podía ser dada a todos por igual, no interesaba la diferencia entre sus edades y su desarrollo anterior. Decidí vivir entre ellos las veinticuatro horas del día, como un padre. Consideré la formación del carácter fundamento esencial de su educación, y si ese fundamento era bien delineado estaba seguro que los

jóvenes podían aprender todas las otras cosas por sí mismos con la ayuda de amigos.

Pero como estimaba necesario una educación literaria como complemento, comencé a dictar clases en este sentido con la ayuda de Mr. Kallenbach y Sjt. Pragji Desai. Y no menosprecié, tampoco, la formación del cuerpo. Esto se hacía en el curso de la rutina diaria. Para ello no había sirvientes en la granja, y todo el trabajo, desde cocinar hasta recoger la basura, era hecho por los habitantes. Había muchos árboles frutales para cuidar, como también huertas y jardines. Mr. Kallenbach era muy afecto a la jardinería, y había adquirido cierta experiencia en este trabajo en una de las granjas modelos del gobierno. Era obligatorio para todos, jóvenes y viejos, que no estaban atareados en la cocina, dedicar cierto tiempo a la jardinería. Los jóvenes estaban a cargo de la parte del león en esta tarea, y esto les permitía hacer un intenso ejercicio físico. Estaban encantados con el trabajo, y por tanto, en general, no necesitaban otro tipo de ejercicios o juegos. Claro que algunos, y por momento todos, tenían una tendencia a haraganear. Si, a veces, no los aguijoneaba por ello, otras era muy estricto. Puedo afirmar que no les agradaba ser tratados enérgicamente, pero no recuerdo que se hubiesen resistido. Cada vez que debía manifestarme enérgico, lo hacía con suficientes argumentos para demostrarles que no era correcto jugar con el trabajo de cada uno. Sin embargo, su convicción tenía poca duración, y no tardaban mucho en dejar su trabajo para ponerse a jugar. De todos modos salimos adelante, y pudieron desarrollar un buen estado físico. Muy rara vez alguien se enfermaba en la granja, aunque no puede dejar de decirse que el aire puro, el agua sana y una alimentación a horas regulares, no constituyen el menor fundamento de buena salud.

Unas palabras sobre educación profesional. Era mi intención enseñar a cada joven un oficio manual útil. Para ello, Mr. Kallenbach se dirigió a un monasterio trapista, donde aprendió el oficio de zapatero. Yo lo aprendí de él y enseñé este trabajo a los que estaban dispuestos a recibirlo. Mr. Kallenbach tenía cierta experiencia en carpintería, y había otro habitante de la granja que conocía esta manualidad. En cuanto a cocina, prácticamente todos sabían algo.

Todo esto era nuevo para ellos. Nunca habían soñado siquiera que algún día tendrían que aprender estas cosas.

En la granja Tolstoi habíamos establecido como regla que no se exigiría a los jóvenes hacer algo que no hacían los maestros, y por tanto, cuando se les solicitaba que cumplieran alguna tarea, había siempre un maestro cooperando y trabajando con ellos. Por consiguiente, todo lo que los alumnos aprendían, lo aprendían prácticamente.

La educación literaria y la formación del carácter son temas que trataré en los capítulos siguientes.

33. EDUCACIÓN LITERARIA

Se ha visto en el último capítulo en qué forma encarábamos la educación física en la granja Tolstoi, y además la educación profesional. Como para satisfacerme a mí, esto fue hecho con verdadera dedicación, y se logró un éxito más o menos importante.

La educación literaria, sin embargo, resultaba un asunto más complicado. Yo no contaba con los recursos necesarios ni tenía el tiempo suficiente que hubiera querido tener para dedicarle. El trabajo físico que hacía, al término del día me dejaba totalmente exhausto, y las clases se daban cuando yo necesitaba más que nunca descansar. En vez de estar totalmente fresco para las clases, me resultaba difícil mantenerme despierto. Las mañanas debían dedicarse a trabajar en la granja o en tareas domésticas; por tanto, las horas de clase tenían lugar después del almuerzo. No había otro momento.

La educación literaria fue dada, como máximo, mediante tres períodos. *Hindí, tamil, gujaratí y urdu* fueron enseñados a los jóvenes a través de los libros vernáculos. También aprendieron el inglés. A los niños *gujaratís* e hindúes debió enseñárseles un poco de *samskrit*, y a todos historia, geografía y aritmética.

Yo tuve a mi cargo la enseñanza de *tamil* y *urdu*. El poco *tamil* que conocía fue aprendido en el curso de viajes y en la cárcel. No contaba con el excelente manual de *tamil*, de Pope. Todo mi conocimiento de la escritura *urdu* lo había adquirido en un solo viaje, y en cuanto al lenguaje hablado, se reducía a las palabras persas y árabes que aprendí en mi contacto con amigos musulmanes. En cuanto al *samskrit*, no sabía más de lo que había aprendido en la escuela, e incluso mi *gujaratí* no era el mejor del que se aprende en esta.

Este era el capital con el que debí sacar adelante las cosas. Y no estaban mejor equipados mis colegas. Pero mi amor por las lenguas de mi país, mi confianza en mi capacidad como maestro, y también la ignorancia de mis alumnos, y más aún su generosidad, me permitieron cumplir con la tarea.

Los muchachos *tamil* habían nacido todos en África del Sur; por tanto, sabían muy poco de *tamil* y menos aún de su escritura. Es decir, que debía enseñarles el alfabeto y los rudimentos de la gramática. Esto resultaba bas-

tante sencillo. Mis alumnos sabían que en cualquier momento podían derrotarme en una conversación en *tamil*, y cuando algunos visitantes que solo hablaban *tamil* y no conocían inglés llegaban hasta la granja, se convertían en mis intérpretes. Esto me hacía feliz, porque nunca intenté disimular mi ignorancia ante mis alumnos. En todo sentido, me mostraba ante ellos exactamente como yo era. Sin embargo, a pesar de mi gran ignorancia de la lengua, nunca disminuyó el respeto que me tenían. Comparativamente, era más sencillo enseñar *urdu* a los muchachos musulmanes. Conocían la escritura. Simplemente, debía estimular en ellos un interés por la lectura y mejorar su escritura.

Estos jóvenes, en general, no habían conocido la escuela. Pero, en el curso de mi trabajo con ellos, vi que tenía muy poco que enseñarles, con excepción de evitar que fueran absorbidos por la haraganería y supervisar sus estudios. Como esto me resultaba suficiente, pude dedicarme a niños de diferentes edades y enseñar varias materias en una sola habitación.

Con respecto a los textos escolares, de los cuales tanto oímos hablar, no sentí su necesidad. Incluso no recuerdo haber utilizado mucho los libros que estaban a nuestro alcance. No consideraba necesario abrumar a los alumnos con cantidades de libros. Siempre consideré que el verdadero libro de texto para el alumno es su maestro. Recuerdo muy poco de lo que mis maestros me enseñaron en los libros, pero incluso ahora tengo claramente presentes las cosas que me enseñaron independientemente de las clases.

Los niños reciben mucho más y con mayor facilidad por sus oídos que a través de sus ojos. No recuerdo haber leído jamás con mis alumnos un libro desde el comienzo hasta el final. Pero les ofrecí, en mi propio idioma, todo lo que aprendí en mis lecturas de diferentes libros, y puedo decir que aún tienen grabadas en sus memorias estas cosas. Les resultaba pesado recordar lo que aprendían en los libros, pero lo que les enseñaba con la palabra, podían repetirlo con la mayor facilidad. La lectura era una obligación para ellos, pero el escucharme era un placer, cuando no los aburría por querer hacer mi relato demasiado interesante. Y por las preguntas que mi conversación les hacía plantearme, tenía la medida exacta del nivel de captación.

34. EDUCACIÓN ESPIRITUAL

Mayores dificultades aún presentaba la educación espiritual de los alumnos. Muy poco esperaba de los libros religiosos en cuanto a la formación del espíritu. Por supuesto que consideraba que todo estudiante debía conocer los

elementos de su propia religión, y tener un conocimiento general de sus textos sagrados y, por consiguiente, dediqué especial atención a esta circunstancia. Pero esto, para mí, formaba parte de la educación intelectual. Mucho antes de emprender la educación de los jóvenes de la granja Tolstoi, comprendí que la formación del espíritu es algo en sí mismo. Formar el espíritu es formar un carácter y permitir a cada uno actuar hacia un conocimiento de Dios y hacia una autorrealización. Y descubrí que esto es parte esencial de la educación de la juventud, y que toda educación sin cultura espiritual no tiene utilidad, e incluso puede resultar dañina.

Conozco bien la superstición de que la autorrealización solo es posible después de los cuarenta años, por ejemplo, la *sannyasa* (renunciamiento). Pero todos saben que aquellos que postergan la preparación para esta valiosa experiencia hasta el último período de su vida, no alcanzan a lograr la autorrealización sino una segunda y lastimosa infancia, siendo la vida sobre la Tierra una verdadera carga para ellos. Tengo la plena impresión que estos puntos de vista gobernaban mis actos mientras actuaba de maestro, en 1911 y 1912, aunque no hubiera en ese entonces logrado expresarlos con estas mismas palabras.

Por tanto ¿en qué forma debía darse esta educación espiritual? Hacía que los alumnos aprendieran de memoria y recitaran salmos, y les leía fragmentos de libros sobre formación moral. Pero estaba lejos de quedar satisfecho. Al relacionarme más íntimamente con ellos, percibí que a través de los libros no lograría impartirles una educación del espíritu. Así como la educación física debía cumplirse mediante ejercicios físicos, y la intelectual a través del ejercicio intelectual, la educación espiritual sería posible únicamente mediante ejercicios espirituales. Y los ejercicios espirituales dependían enteramente de la vida y del carácter del maestro.

A un maestro situado a muchas millas de sus alumnos, le es posible educarlos mediante el ejemplo de su forma de vida. Hubiese sido inútil para mí intentar enseñarles a mis discípulos decir la verdad si yo hubiese sido un mentiroso. Un maestro cobarde no logrará nunca que sus alumnos sean valientes, y un extraño en lo que a autocontrol se refiere, no podrá jamás educar a sus alumnos en el alto valor del autocontrol. Así descubrí que debía convertirme permanentemente en materia de lección para los muchachos y muchachas que vivían conmigo. Por consiguiente, se convirtieron en mis maestros, y yo aprendí que debía vivir con toda honestidad, aunque solo fuese por ellos. Puedo decir que la creciente disciplina y restricciones que me impuse en la granja Tolstoi se debieron mayormente a estas meditaciones.

Uno de los alumnos era imposible de gobernar, salvaje, indisciplinado, propenso a mentir. En una ocasión, su comportamiento fue sumamente violento. Yo estaba exasperado. Nunca había castigado a esos muchachos, pero esta vez era grande mi enojo. Traté de argumentar con él, pero era imposible hacerlo callar y por momentos me gritaba a mí. Por último tomé una regla y le di un golpe en el brazo. Yo estaba temblando cuando lo castigué, y estoy seguro que él vio esto. Se trataba de una experiencia totalmente nueva para todos. El joven se puso a llorar pidiendo perdón. Lloraba no porque le doliera el golpe; si así hubiese ocurrido, podía haberme devuelto en la misma moneda, ya que se trataba de un mozo de diecisiete años, fornido y alto. Pero notó mi pena por tener que recurrir a recurso tan violento. Nunca más después de este incidente me desobedeció, pero aún me arrepiento de esa violencia. Temo que ese día hice ante él una exhibición no del espíritu, sino del bruto, que hay en mí.

Siempre me opuse a los castigos corporales. Recuerdo una sola oportunidad en que castigué físicamente a uno de mis hijos. Y hasta hoy no estoy seguro todavía si tenía razón o no en hacerlo. Probablemente no correspondía hacerlo, porque fue el resultado tanto de una pena como de un deseo de castigar. Si hubiera sido solo expresión de mi dolor, lo hubiera encontrado justificado. Pero, en este caso, el motivo resultaba impuro.

Este incidente me hizo pensar y me enseñó un método mejor para corregir a los estudiantes, aunque no sé si este método hubiera resultado válido en esa ocasión. El joven olvidó muy pronto el incidente, y no creo que en momento alguno le dio gran importancia. Pero el incidente me hizo comprender mejor el deber de un maestro hacia sus discípulos.

Algunos casos de mala conducta por parte de los muchachos se produjeron a menudo después de esto, pero nunca recurrí al castigo corporal. De modo que en el curso de mi tarea de impartir educación espiritual a los muchachos bajo mi cuidado, llegué a comprender cada vez mejor el poder del espíritu.

35. PAJA ENTRE EL TRIGO

Fue en la granja Tolstoi donde Mr. Kallenbach me llamó la atención sobre un problema en el que antes nunca había pensado. Como ya dije, algunos de los muchachos de la granja eran malos e indisciplinados. También había holgazanes entre ellos. Con todos estaban mis tres hijos en diario contacto,

y lo mismo sucedía con otros muchachos del mismo nivel que mis hijos. Esto preocupaba a Mr. Kallenbach, pero su principal problema se centró en el hecho de que —mis hijos estuvieran en contacto con estos indisciplinados.

Un día se atrevió a decirme lo que pensaba.

—Su forma de mezclar a sus propios hijos con los muchachos malos no me parece correcto. Solo puede resultar una cosa, que se malogren debido a esta mala compañía.

No recuerdo cuáles fueron mis sentimientos ante estas palabras, pero sí lo que dije.

—¿Cómo puede hacer distingos entre mis hijos y los holgazanes? Soy responsable de todos. Los jóvenes vinieron porque los invité a hacerlo. Si llego a expulsarlos, correrán a Johannesburgo, y volverán a su vida anterior. Para decirle la verdad, es lo que ellos suponen, y también los que los cuidaban, que debiera suceder. Pero yo tengo una obligación hacia ellos. Mi deber es claro; debo tenerlos aquí, y por tanto, mis hijos deben vivir con ellos. Y seguramente que usted no quiere que les enseñe a mis hijos que son superiores a otros muchachos. Imbuirlos de ese sentimiento de superioridad, sería llevarlos por el camino equivocado. Esta asociación con otros muchachos, constituye una buena disciplina para ellos. Por sus propios medios, aprenderán a discriminar entre lo malo y lo bueno. ¿Por qué no creer, más bien, que si hay algo bueno en mis hijos, podrá influir sobre sus compañeros? De todos modos, no puedo dejar de tenerlos juntos, y si esto implica algún riesgo, debemos correrlo.

Mr. Kallenbach hizo un gesto con la cabeza, pero no contestó.

Creo que no puede decirse que el resultado de mi actitud fue malo, y no considero que ejerció una mala influencia sobre mis hijos. Por el contrario, pude ver que ganaron algo. Si existía el más pequeño sentimiento de superioridad en ellos, fue superado y aprendieron a mezclarse con toda clase de personas.

Estos experimentos y otros similares, me demostraron que si jóvenes buenos son educados junto con otros malos y obligados a la compañía de estos, no perderán ninguna de sus cualidades, siempre y cuando el experimento se realice bajo la cuidadosa dirección de sus padres y maestros.

Los jóvenes que son educados entre algodones, no siempre han demostrado estar a cubierto de las contaminaciones, o de las tentaciones. Es cierto, sin embargo, que cuando muchachos y muchachas de distintos orígenes son reunidos y educados en forma conjunta, los padres y los maestros son sometidos a la más dura prueba. Deben estar constantemente alertas.

36. EL AYUNO COMO PENITENCIA

Día a día se me hacía más claro cuán difícil resultaba educar a muchachos y muchachos para llevarlos por el camino justo. Si yo debía ser su verdadero maestro y guardián, era necesario que conmoviera sus corazones. Debía compartir sus penas y alegrías, debía ayudarlos a resolver los problemas que enfrentaban, y debía encauzar por el camino verdadero las aspiraciones que su juventud hacía nacer.

Con la salida de la cárcel de algunos de los *satyagrahis*, la granja Tolstoi se vio privada de la mayor parte de sus habitantes. Los pocos que quedaban pertenecían en su mayoría, a Phoenix. Por tanto, nos mudamos todos a Phoenix, y aquí tuve que pasar por una verdadera prueba.

En esos días debía trasladarme muy a menudo a Johannesburgo. En cierta ocasión que me encontraba en esta ciudad, recibí la noticia del derrumbe moral de dos de los alumnos de la *ashram*. La noticia de una derrota o de un fracaso en la lucha del *satyagraha* no me hubieran conmovido tanto, pero esta cayó como una maza sobre mi cabeza. El mismo día tomé el tren para Phoenix. Mr. Kallenbach insistió en acompañarme al comprobar el estado en que me encontraba. No había ni que pensar en que me dejaría ir solo, más aún porque había sido él quien trajo esas tristes noticias.

Durante el viaje, mis obligaciones me parecían muy claras. Sentía que el maestro era el responsable, en cierta forma al menos, por la caída de su discípulo. Por consiguiente, mi responsabilidad con respecto a lo sucedido me resultaba tan clara como la luz del día. Mi mujer ya me había advertido al respecto, pero, naturaleza crédula, desestimé sus prevenciones. Comprendí que la única manera de hacer sentir a los culpables mi dolor y la magnitud de su propia culpa, era la de imponerme alguna penitencia. Por tanto, me impuse un ayuno de siete días y el voto de tomar una sola comida por día durante un período de cuatro meses y medio. Mr. Kallenbach intentó disuadirme, pero en vano. Por último, comprendió lo apropiado de la penitencia, e insistió en compartirla conmigo. No pude resistir su límpido afecto.

Me sentí superado por esta decisión, ya que la misma significaba una transformación de la carga que pesaba sobre mi cabeza. El enojo contra los culpables subsistía. Pero dejando paso a una purificada piedad. Por tanto, mucho más aliviado, llegué a Phoenix. Hice algunas investigaciones, y conocí más detalles que me era imprescindible saber.

Mi penitencia conmovió a todos, pero aclaró la atmósfera. Todos comprendieron lo que significaba ser un pecador, y los lazos que me unían a los muchachos y muchachas se fortalecieron.

Una circunstancia que se desprendió de este incidente me llevó, poco tiempo después, a realizar un ayuno de catorce días, cuyos resultados excedieron incluso mis previsiones.

No es mi propósito deducir de estos sucesos que es deber del maestro ayunar cada vez que se produce una mala acción entre sus alumnos. Creo, sin embargo, que algunas ocasiones imponen esta medida drástica, que presupone una clara visión de los hechos y una verdadera fortaleza espiritual. Donde no existe un verdadero afecto entre maestro y alumno, donde una mala acción del discípulo no conmueve totalmente al maestro, y donde el alumno no tiene respeto por el maestro, el ayuno está fuera de lugar, e incluso puede resultar contraproducente. Por consiguiente, si bien hay lugar para dudar de la necesidad de ayunar en estos casos, no creo que pueda dudarse de que la responsabilidad del maestro abarca los errores del discípulo.

La primera penitencia no resultó un verdadero inconveniente para la vida de los demás. No debí suspender ninguna de mis actividades normales. Durante todo el período de esta penitencia, consumí únicamente frutas. Pero la segunda parte de mi segunda penitencia, resultó especialmente pesada. Aún no había comprendido completamente la maravillosa eficacia del *Ramanama*, y por tanto, mi capacidad de sufrimiento se resentía de ello. Además, no conocía la técnica del ayuno, especialmente en lo que se refiere a tomar mucha agua, por más desagradable o nauseabundo que resultase. Por otro lado, el hecho de que el primer ayuno hubiese resultado un asunto sencillo, me hizo descuidado con respecto al segundo. Además, durante el primer ayuno tomé diariamente los baños de Kuhne, pero durante el segundo los abandoné a los dos o tres días, y tomé muy poca agua, porque me causaba náuseas. Esto determinó que me debilitara en sumo grado, y que los últimos días solo pudiera pronunciar pocas palabras, y en voz muy baja. Sin embargo, pude dictar aquellos de mis trabajos que debían ser escritos. Regularmente escuché lecturas del *Ramayana* y de otros libros sagrados. Asimismo me sentí bastante fuerte para discutir y opinar sobre asuntos urgentes.

37. AL ENCUENTRO DE GOKHALE

Debo pasar por alto algunas de las cosas sucedidas en África del Sur.

Al término de la lucha *satyagraha* en 1914, recibí instrucciones de Gokhale para regresar a casa vía Londres.

Por consiguiente, Kasturbai, Kallenbach y yo partimos para Inglaterra.

Durante el *satyagraha* comencé a viajar en tercera clase, de modo que tomé pasajes de esa clase para este viaje. Pero hay una gran diferencia entre las comodidades de los barcos de tercera clase de esta línea, y los que cubrían el servicio con la India o los trenes surafricanos. En estos resulta muy difícil que haya asiento, mucho menos lugar para dormir, y es muy poca la limpieza. Durante el viaje a Londres, por su lado, había bastantes habitaciones y suficiente limpieza, y la compañía naviera proveyó comodidades especiales para nosotros. Como únicamente consumíamos fruta, los camareros tenían órdenes de suministrarnos toda la necesaria. Estas facilidades hicieron que nuestra travesía de dieciocho días fuera por demás confortable.

Algunos de los sucesos del viaje merecen ser recordados. A Mr. Kallenbach le gustaban mucho los binoculares, y tenía uno o dos pares realmente costosos. Manteníamos discusiones diarias al respecto. Trataba de convencerlo de que esta posesión no estaba de acuerdo con el ideal de simplicidad que aspirábamos alcanzar. Nuestras discusiones llegaron a su mayor intensidad un día mientras estábamos cerca del ojo de buoy de nuestra cabina.

—Antes que permitir que esto implique un motivo de discusión entre nosotros, ¿por qué no arrojarlos al mar y terminar con ello? —dije yo.

—Desechemos así todas las calamidades —dijo Mr. Kallenbach.

—Lo digo seriamente —repliqué.

—Yo también —llegó la rápida respuesta.

Y en un gesto los lancé al mar. Valían unas siete libras, pero su real valor residía menos en su precio que en el orgullo que despertaban en Mr. Kallenbach. Sin embargo, una vez que se deshizo de ellos, nunca lo lamentó.

Este no es más que uno solo de los incidentes que ocurrieron entre Mr. Kallenbach y yo.

Todos los días teníamos algo que aprender en este sentido, porque ambos estábamos tratando de alcanzar la esencia de la verdad. En nuestro camino hacia la verdad, lógicamente van desapareciendo el egoísmo, el odio, la cólera porque de otro modo sería imposible alcanzarla. Un hombre que esté dominado por las pasiones, puede tener suficientes buenas intenciones, e incluso ser sincero en sus palabras, pero nunca alcanzará la verdad. Una búsqueda triunfal de la verdad, implica una completa liberación de todo dualismo, ya sea odio y amor o felicidad y miseria.

No había pasado mucho tiempo desde mis ayunos cuando comenzamos nuestro viaje, y no había recobrado aún mi fortaleza natural. Acostumbraba a pasear por cubierta para realizar un poco de ejercicio, tanto para reanimar mi apetito como para digerir mejor lo que comía. Pero incluso este poco ejer-

cicio era más de lo que podía soportar, de modo que al llegar a Londres me sentía peor de lo que era dable esperar. En Londres trabé conocimiento con el doctor Jivraj Mehta. Le conté la historia de mi último ayuno y los consiguientes dolores, y me dijo:

—Si no descansa en forma absoluta por unos días, no podrá siquiera tenerse en pie.

Así es que comprendí que un hombre que sale de un largo ayuno, no debe apurarse por retomar su fuerza original, e incluso debe introducir una pausa en su apetito. Probablemente más cuidados y quizá mayores restricciones son necesarias para dejar un ayuno que para mantenerlo.

En Madeira nos enteramos que la gran guerra podía estallar de un momento a otro. Al entrar en el canal de la Mancha llegaron las noticias de su estallido. Quedamos detenidos por algún tiempo. Resultaba difícil conducir el barco por entre las minas submarinas que fueron colocadas en el canal, y tardamos unos días en llegar a Southampton.

La guerra se declaró el 4 de agosto. Atracamos en Londres el día 6.

38. MI PARTICIPACIÓN EN LA GUERRA

Al llegar a Inglaterra supe que Gokhale se hallaba en París, por razones de salud, y como las comunicaciones entre París y Londres habían sido cortadas, no se sabía cuándo estaría de regreso. Yo no quería volver a mi casa antes de verlo, pero nadie podía adelantar una fecha fija sobre su llegada a Londres.

¿Qué haría yo mientras tanto? ¿Cuál era mi deber con respecto a la guerra? Sorajbi Adajania, mi compañero de cárcel y un *satyagrahi*, se encontraba en esos momentos en Londres, haciendo los estudios de abogacía, por lo que podría tomar mi lugar y regresar a África del Sur. El doctor Pranjivandas Mehta estaba pagando sus gastos, y gracias a este y por medio de este, pude mantener conferencias con el doctor Jivraj Mehta y otros que se encontraban en Londres prosiguiendo sus estudios. De acuerdo con ellos, se llamó a una reunión de los residentes indos en Gran Bretaña e Irlanda, y presenté mis puntos de vista ante ellos.

Mi opinión era que los indos que residían en Inglaterra debían cumplir su parte en la guerra. Los estudiantes ingleses se inscribían voluntariamente en el ejército, y los indos no podían ser menos. Numerosas objeciones se presentaron a mis argumentaciones. Existía, según se expresó, un mundo que

separaba a los indos de los ingleses. Nosotros éramos esclavos y ellos eran los dueños. ¿Cómo podía un esclavo cooperar con su dueño en la hora que este lo necesitaba? ¿No correspondía al esclavo, en su búsqueda de la libertad convertir las necesidades de su dueño en una oportunidad para él? Este argumento no hizo mella en mí en ese momento. Conocía bien la diferencia de situación entre un indo y un inglés, pero no creía que estábamos simplemente reducidos a la esclavitud. Consideraba que era más la culpa de los funcionarios británicos como individuos que del conjunto del sistema británico, y que podíamos transformar a este mediante el amor. Si podíamos superar nuestro estado mediante la ayuda y cooperación de los británicos, era nuestro deber obtener su ayuda permaneciendo junto a ellos en la hora que nos necesitaban. Aunque el sistema tenía fallas, no me parecía en ese momento intolerable, como me parece ahora. Pero si, habiendo perdido mi confianza en el sistema, me niego a cooperar con el gobierno británico hoy, ¿cómo podían hacerlo entonces mis amigos, si habían perdido su confianza no solo en el sistema sino también en los funcionarios que lo ponían en práctica?

Los amigos que se oponían a mi criterio, consideraban que había llegado la hora de hacer una total declaración de las demandas indas y mejorar la situación de nuestros compatriotas.

Yo pensaba que las necesidades inglesas no debían ser convertidas en nuestra oportunidad, y que era mejor y más honesto no presionar con nuestras demandas hasta que la guerra terminase. Seguí adelante con mis ideas, e invité a los que querían hacerlo a alistarnos voluntariamente. Hubo una buena respuesta, y prácticamente todas las provincias y todas las religiones estuvieron representadas entre los voluntarios.

Escribí una carta a lord Crewe, haciéndole conocer estos hechos y expresando nuestra disposición a ser preparados para el trabajo sanitario, debiendo esta ser una condición previa al ofrecimiento anterior.

Lord Crewe aceptó nuestra oferta después de cierta vacilación, agradeciéndonos por otorgar nuestra ayuda al Imperio en hora tan crítica.

Los voluntarios comenzaron su entrenamiento preliminar en los primeros auxilios que deben prestarse a los heridos, bajo la dirección del conocido doctor Cantlie. Se trataba de un curso breve de seis semanas, pero cubría todo lo necesario con respecto a primeros auxilios. Éramos una clase de unas ochenta personas. Al término de las seis semanas se nos sometió a un examen, y todos, excepto una persona, resultaron aprobados. Para estos, el gobierno preparó un curso de conocimientos militares, a cargo del coronel Baker.

Londres en ese momento presentaba el aspecto de un hormiguero. No había pánico, pero todos estaban ocupados dando lo mejor de sus habilidades. Los

adultos en condiciones físicas comenzaron a prepararse como combatientes, ¿pero qué hacían los viejos, los enfermos y las mujeres? Quedaba mucho trabajo para los que deseaban realizarlo. Especialmente en lo que se refiere a la confección de ropas militares y a la preparación de vendas y otros materiales sanitarios.

El Lyceum, un club de mujeres, tomó a su cargo la confección de la mayor cantidad posible de ropa para soldados. Shrimati Sarojini Naidu era miembro de este club, y se lanzó con todo corazón al trabajo. De esta forma se estableció mi primer contacto con ella. Puso ante mí una montaña de ropas cortadas de acuerdo con el modelo corriente, diciéndome que se las devolviera cosidas. Recibí contento su pedido, y con la ayuda de los amigos terminamos toda la ropa que nos fue posible en el tiempo que nos dejaba libre nuestra preparación para la tarea de primeros auxilios.

39. UN DILEMA ESPIRITUAL

Tan pronto como llegaron a África del Sur las noticias de que yo y otros indios ofrecimos nuestros servicios al gobierno británico, recibí dos telegramas. Uno de estos era de Mr. Polak, que ponía en duda la justicia de mi acción, considerando mis funciones de *ahimsa*.

En cierta forma me había anticipado a esta pregunta, que ya había encarado en mi *Hind Swaraj* (canción nacional inda) y acostumbraba a discutir la cuestión muy a menudo en África del Sur. Todos nosotros reconocíamos la inmoralidad de la guerra. Si yo no estaba dispuesto en ese momento a proseguir una lucha, mucho menos podía desear participar en ella, especialmente sin reconocer la justicia o los puntos de vista de la causa de los combatientes. Por supuesto que mis amigos sabían que había intervenido en la guerra de los boers, pero supieron que mis puntos de vista habían cambiado desde entonces.

En verdad los mismos argumentos que me llevaron a participar en la guerra de los boers, pesaron en esta oportunidad. Comprendía perfectamente que una participación en la guerra nunca podía explicarse en un *ahimsa*. Pero no siempre es concedida al hombre una total claridad con respecto a sus deberes. La devoción a la verdad muchas veces se ve obligada a moverse en la oscuridad.

Ahimsa es un principio comprensible. Somos mortales arrastrados por el conflicto de *himsa*. Decir que la vida se encuentra en la vida tiene un hon-

do significado. El hombre no puede vivir, conciente o inconscientemente, sin cometer un *himsa* superficial. El simple hecho de vivir —comer, beber y moverse— incluye necesariamente algo de *himsa* la destrucción de la vida, minuto a minuto. Por tanto, el voto de *ahimsa* es fiel a su fe, si el sentido de todas las acciones es compasión, si evita con lo mejor de sí mismo la destrucción de cualquier criatura, trata de salvarla, y permanentemente trata de liberarse de la espiral mortal de *himsa*. Puede desarrollarse constantemente en su autocontrol y compasión, pero nunca podrá estar enteramente libre de *himsa*.

Por consiguiente, si *ahimsa* es la unidad de toda la vida, un error puede afectar el todo, y por ello el hombre no puede estar totalmente liberado de *himsa*. Mientras continúe siendo un ser social, no puede dejar de participar en el *himsa* en que está envuelta toda la sociedad. Cuando dos naciones están combatiéndose, el deber de un devoto de *ahimsa* es detener la lucha. El que no se siente a la altura de este deber, el que no tiene poder para detener la guerra, el que no está en condiciones de detenerla, puede tomar parte en ella, e incluso, con todo su corazón, puede intentar liberarse a sí mismo, a su nación y al mundo de la lucha. Tenía la esperanza de mejorar mi situación y la de mi pueblo a través del imperio británico. Al estar en Inglaterra y por ello ser protegido por la marina británica, e integrando, como integré, su ejército de tierra, participaba directamente en su violencia. Sin embargo, si yo deseaba mantener mi contacto con el Imperio y vivir bajo su bandera, tres caminos se abrían ante mí: podía declarar resistencia abierta a la guerra y, de acuerdo con la ley del *satyagraha*, boicotear al Imperio hasta que cambiara su política militar; o podía buscar la cárcel por desobediencia civil a esas leyes que fueron hechas precisamente para ser desobedecidas; o podía participar en la guerra junto al Imperio, y adquirir así la capacidad y la fortaleza necesarias para resistir la violencia de la guerra. Preferí esta capacidad y fortaleza, y por eso pensé que solo quedaba el camino de participar en la guerra.

No hacía distinciones, desde el punto de vista de *ahimsa*, entre combatientes y no combatientes. El que sirve a una banda de forajidos, siéndoles útil en sus atentados aunque sin participar directamente, o curándolos cuando están heridos, es tan culpable del latrocinio como los mismos forajidos. En la misma forma, los que se dedican exclusivamente a atender heridos en la batalla, no pueden ser absueltos de la culpabilidad de la guerra.

Todo esto ya lo había pensado cuando recibí el telegrama de Polak, e inmediatamente de recibirlo, volví a discutir el tema con algunos amigos; llegando a la conclusión de que era mi deber participar en la guerra. Incluso hoy en día no tendría reparos que oponer a esta línea argumental, ni estoy arrepentido de lo que hice, considerando que en ese momento mis puntos de vista eran favorables a una relación con los británicos.

Sabía que no podía convencer a todos mis amigos de lo correcto de mi proceder. El asunto es sutil. Admite diferencias de opinión, y sin embargo sometí con toda la claridad posible mis argumentos a aquellos que creían en *ahimsa* y a los que hacían serios esfuerzos por cumplir con este voto en cada momento de sus vidas. Un devoto de la verdad, no puede hacer nada contrario a su devoción. Debe mantenerse siempre en la línea correcta, y cada vez que se equivoca, debe confesárselo a costa de cualquier cosa, y afrontar lo que deba ser afrontado.

40. SATYAGRAHA EN MINIATURA

Por consiguiente, aunque tomé parte en la guerra considerándolo un deber, sucedió no solo que era incapaz de participar directamente en ella, sino que me sentía impelido a ofrecer lo que puede denominarse como *satyagraha* en miniatura, incluso en una coyuntura tan crítica.

Ya he dicho que tan pronto como nuestros nombres fueron aprobados y quedamos alistados, un oficial se encargó de nuestra preparación. Todos teníamos la impresión de que este comandante sería nuestro jefe únicamente en lo que se refiere a los asuntos técnicos, y que en todas las otras cuestiones el jefe sería yo mismo, que era el directamente responsable por la disciplina interna; es decir, que el comandante debía tratar con el cuerpo que formábamos, a través de mi persona. Pero desde un primer momento el comandante se encargó de quitarnos esa ilusión.

Mr. Sorabji Adajania era un hombre muy astuto. Me previno.

—Ten cuidado con este hombre —dijo—. Parece querer mandarnos en todo. No aceptaremos sus órdenes. Estamos dispuestos a considerarlo un instructor, pero los jóvenes que destacó para prepararnos se sienten como si fueran nuestros dueños.

Estos jóvenes eran estudiantes de Oxford que vinieron para instruirnos y a quienes el comandante ubicó como nuestros jefes de sección.

Yo tampoco dejé de notar esta actitud del comandante, pero pedí a Sorabji que no se impacientara y que tratara de tranquilizarse. Pero no era hombre a quien puede convencerse con facilidad.

—Tú eres muy crédulo. Esta gente te engañará con palabras muy sentidas, y cuando veas a través de ellos, nos pedirás que volvamos al *satyagraha*, y así llegarás al dolor, y nos llevarás contigo hacia el dolor —dijo con una sonrisa.

—¿Qué otra cosa que pena podéis esperar después de haberos unido a mí en este camino? —dije yo—. Un *satyagrahi* nació para ser engañado. Deja que el comandante nos engañe. ¿No he dicho cientos de veces que en realidad el que engaña, en definitiva se engaña a sí mismo?

Sorabji rio estruendosamente.

—Bueno, entonces —dijo— continúa siendo engañado.

Algún día te encontrarás en el *satyagraha* con la muerte, y arrastrarás contigo a pobres mortales como yo.

Estas palabras me trajeron a la memoria lo que la desaparecida miss Emily Hobhouse me escribió con respecto a la no cooperación.

—No me sorprendería que un día cualquiera tengáis que ir hasta la horca en defensa de la verdad. Quiera Dios enseñaros el camino justo y protegeros.

La conversación con Sorabji tuvo lugar inmediatamente después que el comandante tomara sus medidas. En pocos días, nuestras relaciones con él llegaron a un punto de ruptura. Apenas si había recobrado mis energías después del ayuno de catorce días, cuando comencé a tomar parte en los ejercicios militares, con repetidas marchas hacia un lugar de entrenamiento situado a dos millas de mi casa.

Esto me provocó pleuresía, debilitándome sobremanera. En estas condiciones tuve que ir a un campamento de fin de semana. Mientras los otros se quedaban allí, yo regresé a mi casa. Aquí se presentó una ocasión para el *satyagraha*. El comandante comenzó a ejercitar libremente su autoridad sobre nosotros. Nos dio a entender claramente que se hallaba por encima de nosotros en todas las cuestiones, tanto militares como no militares, dándonos al mismo tiempo a probar su autoridad. Sorabji me apuraba. No estaba dispuesto en modo alguno a soportar esa situación.

—Debemos recibir todas las órdenes a través de ti —me dijo—. Aún estamos en el campo de entrenamiento y toda suerte de órdenes absurdas nos son dadas. Se están haciendo vergonzosas distinciones entre nosotros y los jóvenes que fueron destacados para instruirnos. Debemos terminar con este comandante, o no estaremos en condiciones de continuar por más tiempo. Los estudiantes indos y las otras personas que se unieron a nuestro cuerpo, no están dispuestos a soportar órdenes absurdas. Una causa que fue abrazada en defensa del respeto mutuo, no puede ser llevada a cabo olvidando este respeto.

Me dirigí al comandante y llamé su atención sobre las quejas que había recibido. Me escribió pidiéndome que planteara todas las quejas por escrito, y al mismo tiempo me solicitó que “haga saber a los que se quejan que la forma

apropiada para quejarse es dirigirse a mí a través de sus jefes de grupo, ya nombrados, que me informarán a través de los instructores”.

A esto contesté que no reclamaba ninguna autoridad, que en el sentido militar yo no era más que un recluta, pero que creía que como jefe del cuerpo voluntario, debía permitírseme extraoficialmente actuar como su representante. Al mismo tiempo le expuse todas las cuestiones que me habían comunicado, especialmente la mala impresión y dolor que había causado el nombramiento de los jefes de grupo sin tomar en consideración los sentimientos de los miembros del cuerpo; que estos debían ser retirados y el cuerpo invitado a elegir sus propios jefes de grupo, sujetos a la aprobación del comandante.

Esto fue rechazado por el comandante, quien dijo que era contrario a toda disciplina militar que los jefes de grupo fuesen elegidos por el cuerpo, y que el retiro de los jefes ya nombrados podía constituir un acto de subversión.

Por tanto, realizamos una reunión para decidir la actitud a seguir. Recordé a los miembros las serias consecuencias del *satyagraha*. Pero la gran mayoría votó una resolución por la cual se exigía que a menos que los nombramientos de los cabos fueran retirados y que los miembros del Cuerpo tuviesen la oportunidad de elegir sus propios cabos, los miembros se verían obligados a abstenerse de futuros ejercicios y participar en los campamentos de fin de semana.

Yo dirigí una carta al comandante manifestándole el desagrado que había causado su rechazo a mis proposiciones. Le aseguré, asimismo, cuán lejos estaba yo de desear ejercer una autoridad, y que más estaba ansioso de servir a la causa. También llamé su atención sobre un precedente. Si bien yo no ocupaba ningún rango oficial en el cuerpo de ambulancias indo-surafricano durante la guerra con los boers, nunca hubo el menor malentendido con el coronel Gallwey y el cuerpo, y el coronel nunca daba un paso sin consultarme sobre los deseos del cuerpo al respecto. Esta vez incluí también una copia de la resolución que se había aprobado el día anterior.

Esto no hizo buen efecto en el comandante, quien consideró que la reunión y la resolución constituían un acto de indisciplina.

Aún más, dirigí una carta al secretario de estado para la India, dándole a conocer todo lo sucedido y adjuntándole una copia de la resolución. Repliqué explicando que las condiciones existentes en África del Sur eran diferentes, llamándome la atención que de acuerdo con los reglamentos los jefes de grupo eran nombrados por el comandante en jefe, pero asegurándome, al mismo tiempo, que en el futuro para el nombramiento de los jefes de grupo, el comandante consideraría mis recomendaciones.

Bastante correspondencia fue intercambiada entre nosotros después de esto, pero no deseo prolongar esta triste historia. Resulta suficiente decir que mi experiencia en este caso no fue distinta a lo que diariamente experimentamos en la India. ¡Cuántas artimañas y falsedades puso en juego el comandante hasta lograr crear una división en nuestro Cuerpo! Algunos de los que habían votado por la resolución, sucumbieron a las tretas o promesas del comandante, y dieron marcha atrás.

Por ese entonces, un gran contingente, inesperado, de soldados heridos, llegó al hospital Netley, y los servicios del cuerpo fueron requeridos. Aquellos a quienes el comandante logró persuadir, fueron a Netley. Los otros se negaron a hacerlo. Yo estaba en mi lecho de enfermo, pero en constante comunicación con los otros miembros del cuerpo. Mr. Roberts, el subsecretario de estado, me honró con muchos llamados esos días. Insistía en que persuadiese a los otros que hicieran su trabajo. Sugirió que constituyeran un cuerpo separado, y que en el hospital Netley solo fueran responsables ante el comandante, con lo que no habría cuestión de falta de respeto, el gobierno estaría tranquilizado, y al mismo tiempo se haría un gran servicio al gran número de heridos llegados al hospital. Esta propuesta me convenció a mí, al igual que a mis compañeros, con el resultado que los que se habían alejado, fueron también a Netley.

Solo yo permanecí fuera del trabajo, echado en mi lecho de enfermo, haciendo todo lo posible en tan malas condiciones.

41. LA CARIDAD DE GOKHALE

Ya me he referido al ataque de pleuresía que tuve en Inglaterra. Gokhale llegó poco después a Londres. Kallenbach y yo acostumbrábamos a visitarlo con mucha frecuencia. Nuestras conversaciones se referían generalmente a la guerra, y como Kallenbach tenía la geografía de Alemania en la palma de las manos, y había viajado mucho por Europa, solía señalar en el mapa los distintos lugares donde se desarrollaba la guerra.

Cuando caí enfermo con pleuresía, esto también se convirtió en tema de discusión diaria. Incluso en esas condiciones, seguían adelante mis experimentos dietéticos. Mi alimentación consistía, entre otras cosas, de frutas, bananas maduras y verdes, limones, aceite de oliva, tomates y uvas. Descarté por completo leche, cereales, legumbres y otras cosas.

Me atendía el doctor Jivraj Mehta, insistiéndome en que volviera a la leche y a los cereales, pero yo estaba decidido. El asunto llegó a oídos de

Gokhale. No se preocupaba mucho de mis argumentos en favor de una alimentación a base de frutas, y quería que tomara todo lo que el médico prescribía para mi salud.

No me resultaba cosa sencilla hacer caso omiso de la insistencia de Gokhale. Cuando rehusó aceptar mi negativa, le pedí me concediera veinticuatro horas para meditar en la cuestión. Cuando Kallenbach y yo regresamos a casa esa noche, discutimos el sentido de mi deber. Compartió conmigo mi experiencia. Le gustó, pero noté que estaría de acuerdo en renunciar a estas experiencias si mi salud lo demandaba. De modo que debía decidir por mí mismo, de acuerdo con los dictados de mi voz íntima.

Pasé toda la noche pensando en la cuestión. Abandonar la experiencia significaba renunciar a todas mis ideas en ese sentido, pero yo no encontraba ninguna falla en mis ideas. Me preguntaba hasta dónde debía continuar rechazando la amorosa insistencia de Gokhale, y hasta qué medida podía modificar mis experiencias en nombre de los así llamados intereses de la salud. Finalmente, decidí continuar con aquellas de mis experiencias cuando la causa que las inspirara fuese religiosa, y aceptar la opinión del médico cuando el motivo tuviera además otras fuentes. Las consideraciones religiosas se referían especialmente a la abstención de tomar leche. Tenía ante mí una imagen de los procedimientos que utilizaban los *govals* en Calcuta para extraer hasta la última gota de leche de las vacas. También sentía que, así como la carne no era aliento para el hombre, tampoco podía serlo la leche de un animal. De modo que me levanté a la mañana con la determinación de abstenerme de tomar leche. Temía encontrarme con Gokhale, pero confiaba en que respetaría mi decisión.

Por la noche, junto con Kallenbach, visitamos a Gokhale en el Club Liberal. La primera pregunta que me hizo fue:

—Y bien, ¿has decidido aceptar el consejo del médico?

Amablemente, pero con voz firme, contesté:

—Estoy dispuesto a transigir con todos los puntos, menos en uno, con respecto al cual te ruego no me presiones. No tomaré leche, productos lácteos o carne. Si no consumir estas cosas implica mi muerte, prefiero enfrentarla.

—¿Es esta tu última decisión? —preguntó Gokhale.

—Temo que no puedo decidir otra cosa —le dije—. Sé que mi decisión te causará pena, pero te ruego me perdones.

Con voz dolorida, pero con profundo afecto, Gokhale dijo:

—No apruebo tu decisión. No veo nada religioso en ello. Pero no insistiré más. —Con estas palabras se volvió hacia el doctor Jivraj Mehta—. Por

favor —dijo—, no lo atormente más. Prescríbele lo que quiera dentro de los límites que él mismo se impuso.

El médico no se mostró satisfecho, pero se encontraba ya sin apoyo. Me aconsejó que tomara sopa de *mung*, con un poco de asafétida. Me mostré de acuerdo con esto. Lo tomé por uno o dos días, pero me aumentaba el dolor. Como no la encontraba agradable, volví a las frutas y nueces. El médico, por supuesto, continuaba con su tratamiento externo. Esto alivió en cierta forma mi dolor, pero para él mis restricciones constituían un difícil “handicap”.

En el intervalo, Gokhale partió para su hogar, no pudiendo aguantar las neblinas de Londres en octubre.

42. TRATAMIENTO DE LA PLEURESÍA

La persistencia de la pleuresía causó cierta ansiedad, pero yo sabía que la curación residía en cambios dietéticos combinados con remedios externos, y no en el consumo de medicinas.

Llamé al doctor Allison, vegetariano famoso, que trataba las enfermedades mediante modificaciones dietéticas y a quien conocí en 1890. Superó mis previsiones. Le expliqué cómo me impuse no tomar leche. Me alentó en este sentido, y me dijo:

—Más aún, usted no necesita tomar leche. En verdad, quiero que se pase algunos días sin tomar materias grasas.

Me aconsejó entonces que me alimentara con pan tostado, vegetales crudos como remolachas, rábanos, cebollas y otros tubérculos, y también frutas frescas, especialmente naranjas. Los vegetales no debían ser cocinados, sino cortados en pequeños trozos si es que yo no podía masticarlos.

Adopté este sistema por unos tres días, pero los vegetales crudos no me caían bien. Mi cuerpo no estaba en condiciones de permitirme hacer total justicia al experimento. Me ponía nervioso comer los vegetales crudos.

El doctor Allison me aconsejó también tener todas las ventanas de mi cuarto abiertas durante las veinticuatro horas, bañarme en agua tibia, tomar un masaje con aceite en las partes doloridas, y caminar al aire libre entre quince a treinta minutos. Me gustaron todas estas sugerencias.

Mi habitación tenía ventanas francesas, que yo dejaba completamente abiertas aunque lloviese. La claraboya no podía ser abierta, pero recurrí a romper el vidrio para dejar entrar el aire fresco, y abría en forma parcial las ventanas para no dejar entrar la lluvia.

Todas estas medidas mejoraron en ciertos aspectos mi salud, pero no me curaron completamente.

Lady Cecilia Roberts me visitaba en ocasiones. Nos hicimos amigos. Ella quería convencerme de que tomara leche, pero como yo era incorruptible, se afanaba por encontrar sustitutos a la leche. Algunos amigos le sugirieron que me administrara leche malteada, asegurándole, sin saber, que no contenía leche alguna y que era un preparado químico con todas las propiedades de la leche. Lady Cecilia, lo sé bien, respetaba mucho mis escrúpulos religiosos, por lo que implícitamente yo confiaba en ella. Disolví el polvo que me trajo en agua, la cantidad suficiente para probarlo y sentir que tenía el mismo gusto que la leche. Leí la etiqueta pegada en la botella para descubrir, demasiado tarde, que era un preparado de leche. De modo que se lo devolví.

Informé a lady Cecilia del descubrimiento, pidiéndole que no se preocupara. Se apresuró a comunicarme cuán apenada estaba, pero que su amigo no había leído la etiqueta. Le volví a pedir que no se inquietara, y le expresé mi pesar por no poder tomar las cosas que ella me había procurado con tantas preocupaciones. Le aseguré también que no me sentía enojado ni culpable por haber tomado leche en forma equivocada.

Debo pasar por alto muchos otros dulces recuerdos de mi relación con lady Cecilia. Puedo pensar en muchos amigos que fueron una fuente de gran aliento para mí en momentos de pruebas y desconcierto. El que tiene fe ve en ello la misericordia
sa
providencia de Dios.

El doctor Allison, cuando volvió a visitarme, redujo sus restricciones y me permitió tomar aceite de oliva como sucedáneo de las grasas, y cocinar los vegetales, incluso con arroz si lo prefería. Estos cambios fueron muy bienvenidos, pero estaban muy lejos de curarme en forma completa. Aún eran necesarios muchos cuidados, y estaba obligado a permanecer en el lecho la mayor parte del tiempo.

En algunas oportunidades el doctor Mehta llegaba para examinarme y ofrecerme una cura absoluta con la condición que escuchara sus consejos.

Mientras las cosas se desarrollaban en esta forma, vino un día Mr. Roberts a verme y me urgió en forma muy firme a regresar a casa.

—Usted no puede ir a Netley en estas condiciones. Le aconsejo seriamente que regrese a la India, porque solo allí podrá curarse del todo. Si, una vez recobrado, la guerra aún sigue en pie, tendrá muchas oportunidades allí para prestar sus servicios. Incluso lo que usted ya ha hecho, no lo considero en forma alguna poca ayuda prestada a nuestra causa.

Acepté su consejo, y comencé a hacer los preparativos para mi regreso a la India.

43. RETORNO AL HOGAR

Mr. Kallenbach me acompañó a Inglaterra con el propósito de hacerlo también a la India. Vivíamos juntos, y por supuesto queríamos hacer el viaje en el mismo barco. Los alemanes, sin embargo, nos tenían sujetos a tan estricta vigilancia, que dudábamos de que Mr. Kallenbach pudiera obtener su pasaporte. Yo, por mi lado, hice lo posible, y Mr. Roberts, que apoyaba la entrega de un pasaporte, envió un telegrama al virrey en este sentido. Pero muy rápidamente vino la respuesta de lord Hardinge: “Lo siento, el gobierno de la India no está en condiciones de asumir riesgos de esta naturaleza”. Todos comprendimos lo inevitable de esta respuesta.

Resultó algo difícil separarse de Mr. Kallenbach y viajar sin él, pero pude ver que la pena que él expresaba no era menor. Si hubiera venido a la India, probablemente estaría llevando ahora la simple y feliz vida de un granjero. Pero ahora está en África del Sur, haciendo su vida de antes y grandes negocios como arquitecto.

Queríamos un pasaje de tercera clase, pero como no lo había, tuvimos que viajar en segunda.

Llevamos con nosotros la fruta seca traída de África del Sur, ya que en su mayor parte no podía ser obtenida en el barco, donde sí era fácil procurarse fruta fresca.

El doctor Jivraj Mehta vendó todo mi pecho y espalda, y me aconsejó que dejara el vendaje hasta que llegáramos al mar Rojo. Durante dos días soporté esta incomodidad, pero finalmente resultó ser demasiado para mí. Me resultaba sumamente difícil moverme con este vendaje, y decidí volver a la libertad de lavarme y bañarme en forma normal.

Mi alimentación consistía, en su mayor parte, en nueces y frutas. Me sentía mejor día a día, y realmente tuve la sensación de que estaba curado cuando entramos en el canal del Suez. Estaba débil, pero completamente fuera de peligro. Y gradualmente fui intensificando mis ejercicios. Atribuí la mejoría especialmente al aire puro y a la temperatura de la zona.

No sé si esto se debía a la experiencia que había acumulado o a otra razón, pero el hecho es que el tipo de distanciamiento que percibí entre los ingleses y los indos que viajaban en el barco, fue algo que no noté en mi viaje desde

África del Sur. Si bien hablé con algunos ingleses, la conversación no pasó de ser formal. No había conversaciones cordiales, como las había en los barcos surafricanos. La razón de esto, creo, debía ser buscada en los sentimientos conscientes e inconscientes de los ingleses, pertenecientes a la raza dirigente, y los mismos sentimientos en la mente inda, perteneciente a la raza sometida.

Estaba ansioso de llegar a casa y sentirse libre de esta atmósfera.

Al llegar a Aden ya comenzamos a sentirnos en el clima del hogar. Conocíamos muy bien a ciertos habitantes de Aden, especialmente a Mr. Kekobad Kavasji Dinshaw, con quien habíamos intimado en Durban.

Unos días después llegamos a Bombay. ¡Qué felicidad volver a la patria después de un exilio de diez años!

Gokhale había organizado una recepción para mí en Bombay, hasta donde había llegado a pesar de su delicada salud. Me acercaba a la India con la ardiente esperanza de sumergirme en ella, y sentirme así totalmente libre.

Pero el destino no lo quiso.

44. ALGUNOS RECUERDOS DE LA ABOGACÍA

Antes de llegar al relato del curso que mi vida tomó en la India, me parece necesario recopilar algunas de las experiencias que tuve en África del Sur y que fueron deliberadamente dejadas de lado.

Un amigo abogado me solicitó relatar algunas de las experiencias que tuve con la abogacía. Su número es tan grande, que si me decidiese a describirlas todas, ocuparían todo un volumen y me apartarían de mi objeto. Pero probablemente no será inconveniente relatar algunas de las que tienen relación con la práctica de la verdad.

Si mal no recuerdo, creo haber dicho ya que nunca recurrí a la mentira en el ejercicio de mi profesión, y que una gran parte de mi actuación como abogado se cumplía en beneficio de asuntos públicos, a cuya dedicación no escatimaba tiempo ni dinero. Pensé que diciendo esto, había dicho ya todo lo interesante con respecto a esta actividad. Pero los amigos desean algo más. Parecen suponer que si relato con lujo de detalles algunas de las ocasiones en que negué a abjurar de la verdad, la profesión de abogado puede beneficiarse con ello.

Cuando estudiante había oído que la profesión de abogado es la profesión de un mentiroso. Pero esto no influyó en mi espíritu, porque yo no pensaba conquistar posiciones o ganar dinero mediante la mentira.

Mis principios fueron puestos a prueba más de una vez en África del Sur. Muy a menudo supe que mis adversarios habían preparado a sus testigos, y que con solo alentar a mi cliente y a mis testigos a mentir, podíamos ganar el caso. Pero siempre me resistí a esta tentación. Recuerdo una sola ocasión en que, después de ganar un caso, sospeché que mi cliente me había engañado. En lo íntimo de mi corazón siempre deseé ganar únicamente cuando mi cliente tuviera la verdad de su parte. Al fijar mis honorarios, no recuerdo haberlos jamás condicionado al éxito de mi tarea. Ganara o perdiera mi cliente, no esperaba otra cosa que mis honorarios.

De entrada, advertía a cada cliente nuevo que no esperara de mí la asunción de un caso falso o que sobornara a los testigos, con el resultado de que alcancé tal reputación que jamás llegaban a mi mesa casos falsos. Incluso algunos clientes reservaban los casos correctos para mí, llevando los dudosos a otros abogados.

Hubo un caso que resultó sumamente complicado. Me fue traído por uno de mis mejores clientes. Era un caso de contabilidades sumamente confusas, y se estaba prolongando desde hacía tiempo. Ya había sido tratado desde distintas instancias, y por último, la parte referente a los libros contables fue enviada por el tribunal al arbitraje de algunos calificados contadores. La decisión resultó totalmente en favor de mi cliente, pero los peritos cometieron inadvertidamente un error en el cálculo que, si bien pequeño, era serio en la medida que una entrada que debía estar en el débito, se había asentado en el haber. Los adversarios habían apelado la decisión de los peritos, pero en otros planos. Yo era el consejero menor de mi cliente. Cuando el consejero mayor fue enterado del error, expresó la opinión de que nuestro cliente no debía darse por enterado. Consideraba, además, que ningún abogado estaba obligado a admitir nada que fuera contrario a los intereses de su cliente. Yo sostuve que debíamos admitir el error.

Pero el consejero mayor contestó:

—En ese caso, es bien probable que el tribunal cancele la decisión favorable, y ningún abogado consciente pondría de esta manera en peligro el caso de su cliente. Por otro lado, yo sería el último hombre que corriera tales riesgos. Si el caso debe ser nuevamente abierto, nadie puede imaginar los nuevos gastos en que deberá incurrir nuestro cliente, e incluso no podemos saber cuál ha de ser el nuevo resultado del juicio.

El cliente se hallaba presente en el curso de esta conversación.

—Considero —dije yo— que tanto nuestro cliente como nosotros mismos debemos correr el riesgo. ¿Por qué habría de aceptar el tribunal una de-

cisión equivocada solo porque nosotros no admitimos el error? Y suponiendo que el admitir esto plantee un problema al cliente, ¿qué daño hay en ello?

—Pero ¿por qué habríamos de admitir el error en general? —preguntó el abogado principal.

—¿Qué seguridad existe de que el tribunal no descubra el error, o no lo haga nuestro adversario? —dije yo.

—¿Entonces quiere usted volver a discutir el caso? No estoy de acuerdo con hacerlo en esos términos —replicó el abogado principal con decisión.

—Si usted no quiere hacerlo —contesté humildemente—, yo estoy dispuesto a ello, si así lo desea nuestro cliente. No seguiré ligado al caso si el error no es admitido.

Al decir esto miré a mi cliente. Se encontraba en una situación embarazosa. Yo participaba en el caso desde el primer momento. El cliente tenía absoluta confianza en mí, y me conocía íntimamente.

—Bueno, entonces —dijo— usted volverá a discutir el caso y a admitir el error. Perdamos el juicio, si eso es lo que debe ocurrir. Dios defiende al que tiene razón.

Esto me hizo feliz. No esperaba otra cosa de él. El abogado principal repitió sus advertencias, me criticó por mi terquedad, y me congratuló al mismo tiempo.

Lo que sucedió en el tribunal, lo veremos en el próximo capítulo.

45. ¿UNA TRETA MUY FINA?

Yo no abrigaba duda alguna sobre lo conveniente de mi consejo, pero no tenía la misma seguridad sobre las posibilidades de obtener absoluta justicia en el caso. Comprendí que era correr un verdadero albur discutir un caso tan complicado ante la Suprema Corte, y me presenté ante el estrado de los jueces temeroso y tembloroso.

Tan pronto como referí la existencia del error en la contabilidad, uno de los jueces dijo:

—¿No se trata de una treta muy fina, señor Gandhi?

Me ofendió escuchar este cargo que se me hacía. Era intolerable ser acusado de hacer artimañas, cuando no existía ni la más remota idea en este sentido.

Con un juez que actúa con tales prejuicios desde un comienzo, casi no hay posibilidades de llegar a buen término en un caso tan complicado, me dije a mí mismo. Pero ordené mis pensamientos, y contesté:

—Me sorprende que se sospeche de artimañas antes de escuchármese.

—No se trata de un cargo —contestó el juez—. Es una mera sugerencia.

—Pienso que esta sugerencia, dicha aquí, asume el valor de un cargo. Solicitaré al señor juez que me escuche y luego me acuse si es que hay razón para hacerlo.

—Siento haberlo interrumpido —replicó el juez—. Le ruego continúe con su explicación sobre la discrepancia.

Tenía suficiente material para apoyar mis argumentos. Gracias a que el juez planteó esta cuestión, pude atraer la atención del tribunal partiendo del mismo comienzo del caso. Me sentí alentado, y aproveché la oportunidad para entrar en todos los detalles. La corte me escuchó pacientemente, y pude convencer a los jueces que el error se debía enteramente a una advertencia. Ellos, sin embargo, no se sentían dispuestos a cancelar todo el juicio, lo que implicaba una considerable tarea.

El abogado que defendía los intereses contrarios parecía sentirse seguro de que no era necesario argumentar mucho, una vez que el error ya había sido admitido. Pero los jueces lo interrumpían a cada momento, convencidos de que el error era un detalle que podía ser fácilmente rectificado. El abogado se esforzó en atacar la decisión de los peritos pero el juez que había comenzado a sospechar de mí, se pasó definitivamente a mi lado.

—Suponiendo que el señor Gandhi no hubiera admitido el error, ¿qué hubiera hecho usted? —preguntó.

—Ha sido imposible para nosotros obtener los servicios de un contador más honesto y más experto que el que hemos nombrado. La corte presume que usted conoce bien su caso. Si no puede plantear algo más serio, a excepción del error que cualquier contador experto puede llegar a cometer, la corte no puede obligar a las partes a iniciar un nuevo litigio e incurrir en nuevos gastos a causa de una equivocación de este tipo, que puede ser fácilmente corregida.

Esta fue su intervención. Y así, la objeción presentada por el abogado fue desestimada. No recuerdo ya si la corte confirmó la sentencia anterior, con el error rectificado, o si ordenó a los peritos rectificar el error.

Pero yo estaba encantado. Y lo mismo estaba mi cliente y el abogado principal. Esto confirmaba mi convicción de que no era imposible practicar la abogacía sin entrar en dificultades con la verdad.

Sin embargo, recuerde el lector que incluso una absoluta fidelidad a la verdad en la práctica de la profesión, no puede curarla del defecto fundamental que la anima.

46. LOS CLIENTES SE HACEN COLABORADORES

La diferencia entre la práctica de la profesión en Natal y en Transvaal, residía en que Natal había un foro común, y un abogado, mientras esperaba ser admitido en su rango, podía también ejercer como procurador. En Transvaal y en Bombay, las esferas de los procuradores y de los abogados eran diferentes. El abogado tiene derecho a elegir la rama a que se dedicará. Así, mientras en Natal fui admitido como abogado, en Transvaal preferí actuar como procurador. Porque como abogado no hubiera podido entrar en contacto directo con los indios, y los procuradores blancos en África del Sur no me hubieran consultado.

Pero incluso en Transvaal los procuradores podían presentarse ante los magistrados. En cierta ocasión, mientras estaba al frente de un juicio ante un magistrado en Johannesburgo, descubrí que mi cliente me había engañado. Por tanto, sin ningún argumento, solicité al magistrado que suspendiera el juicio. Manifestando que lo consideraba perdido. El abogado contrario quedóse pasmado, y el juez no ocultó su contento. Increpé a mi cliente por traerme un caso falso. Él sabía que yo nunca los aceptaba, y cuando le planteé toda la cuestión, admitió su error, y tuve la impresión que no estaba enojado conmigo por haber pedido al magistrado que decidiera en su contra. De ninguna manera esta conducta afectó mi trabajo, sino que por el contrario lo facilitó en gran medida. También comprobé que mi devoción por la verdad aumentó mi reputación entre los miembros de la profesión, y a pesar de ser un hombre de color, en algunas ocasiones pude ganar los casos a pesar de los sentimientos adversos que por esta causa existían.

Durante mi trabajo profesional, otra de mis costumbres era la de no ocultar nunca mi ignorancia de algo a mis clientes o a mis colegas. Cuando me sentía perdido, aconsejaba a mi cliente buscara a otro abogado, y si prefería continuar conmigo, le exigía me dejara buscar la colaboración de otro colega. Esta franqueza me conquistó el afecto y la confianza de mis clientes. Siempre querían pagar los honorarios completos cuando era imprescindible la consulta con otro abogado. Este afecto y confianza me fue muy útil en mi trabajo público.

Ya indiqué en capítulos anteriores que mi objeto al ejercer la profesión en África del Sur era el de ayudar a la comunidad. Incluso para este propósito, contar con la confianza de la gente constituía una condición indispensable. Cuando yo aconsejaba a mis clientes indos soportar las amarguras de la cárcel en defensa de sus derechos, muchos de ellos aceptaron con todo corazón mis consejos, no tanto porque meditaron todas las alternativas del caso, su justicia, sino porque tenían confianza en mí y sentían afecto por mí.

Al escribir esto, muchos dulces recuerdos se acumulan. Cientos de clientes se convirtieron en amigos y verdaderos colaboradores en las tareas públicas, y su compañía convertía en agradable una vida que de otro modo estaba llena de dificultades y peligros.

47. CÓMO FUE SALVADO UN CLIENTE

El lector ya está familiarizado con el nombre de Parsi Rustomji. Fue una persona que se convirtió al mismo tiempo en cliente y colaborador, o quizá resulte más justo decir que fue primero un colaborador y después un cliente. Gané su confianza en tal forma, que buscó y siguió mi consejo incluso en asuntos domésticos. Cuando se encontraba enfermo, también buscaba mi consejo, y aunque nuestros tipos de vida nada tenían de común, aceptaba asimismo mis tratamientos.

Este amigo se metió un día en un serio enredo. Aunque me mantenía informado de casi todos sus asuntos, se guardó cuidadosamente uno. Era un destacado importador de productos de Bombay y Calcuta, y en no pocas ocasiones realizaba un poco de contrabando. Pero como se hallaba en las mejores relaciones con los funcionarios de la aduana, nadie sospechaba de él. Para simplificar su tarea, solían conformarse con sus declaraciones. Incluso, algunos seguramente estarían en connivencia con el contrabando.

Pero para usar una imagen del poeta *gujaratí* Akho, el robo no se diluye en el aire, y Parsi Rustomji demostró no ser una excepción. El buen amigo corrió a mí, con las lágrimas rodando por sus mejillas y me dijo:

—Bhai, te he engañado. Mi pecado ha sido descubierto hoy. He contrabandeado y seré condenado. Deberé ir a la cárcel y me arruinaré. Solo tú podrás salvarme. No me queda nada excepto tú; pensé que no debiera molestarte con estas trampas del comercio, y por eso nunca te dije nada sobre el contrabando. Pero ahora, ¡cuánto me arrepiento!

Traté de calmarlo.

—Salvarte o no salvarte, está en sus manos —le dije—. En cuanto a mí, conoces mi forma de actuar. Solo puedo intentar salvarte mediante tu confesión.

El buen Parsi se sintió profundamente mortificado.

—¿Pero mi confesión ante ti no es suficiente? —preguntó.

—No me has estafado a mí, sino al gobierno. ¿Cómo ha de servirte la confesión hecha ante mí? —le contesté amablemente.

—Por supuesto que seguiré tu consejo, ¿pero no quisieras consultar con mi anterior abogado, Mr. ...? Es un amigo tuyo —dijo Parsi Rustomji.

La investigación reveló que el contrabando se estaba haciendo desde hacía largo tiempo, pero la última partida llegaba a una suma muy importante. Fuimos a ver a su anterior abogado. Estudió los papeles, y dijo:

—El caso será tratado por un tribunal, y un tribunal de Natal lo último que haría sería intentar salvar a un indo. Pero no pierdo las esperanzas.

Yo no conocía mucho al abogado. Parsi Rustomji lo interrumpió para decir:

—Le agradezco mucho, pero desearía ser orientado por el consejo de Mr. Gandhi en este caso. Me conoce íntimamente. Por supuesto, que usted lo aconsejará cada vez que sea necesario.

Después de esta conversación, fuimos al negocio de Parsi Rustomji.

Y ahora, explicando mi punto de vista, le dije:

—No creo que este caso deba ser llevado a juicio. Corresponde al Director de la Aduana procesarte o dejarte libre, y él deberá ser guiado por el fiscal. Estoy dispuesto a entrevistarme con ambos. Propongo que ofrezcas pagar la multa que ellos fijen, y probablemente se muestren de acuerdo. Pero si no lo están, debes estar preparado para ir a la cárcel. En mi opinión, la vergüenza reside no tanto en ir a la cárcel como en cometer ese acto. El motivo de la vergüenza ya es un hecho realizado. El encarcelamiento debes considerarlo como una penitencia. Aunque la verdadera penitencia reside en resolver no dedicarse jamás nuevamente al contrabando.

No puedo decir que Parsi Rustomji aceptó convencido todo esto. Era un hombre valiente, pero su coraje le estaba fracasando en este momento. Su nombre y su fama se habían asentado, y ¿qué sería de él si todo el edificio que con tanto cuidado y trabajo había erigido era destruido en pedazos?

—Bueno, ya te he dicho —contestó— que estoy enteramente en tus manos. Puedes hacer lo que mejor te parezca.

Apelé para la ocasión a todos mis recursos de persuasión. Me entrevisté con el director de la Aduana, y con toda franqueza lo informé del asunto.

También prometí poner a su disposición todos los libros de cuentas, y le hice saber cuán culpable se sentía Parsi Rustomji.

El funcionario me dijo:

—No lo quiero mal al viejo Parsi. Siento mucho que se haya portado como tonto. Usted sabe cuál es mi deber. Debo aceptar las órdenes del fiscal, y por tanto le aconsejo que utilice con él toda su influencia.

—Me sentiré agradecido —dije yo— si usted no insiste en llevarlo ante un tribunal.

Después de contar con esta promesa, escribí al fiscal y también me entrevisté con él. Me alegra poder decir que apreció mi completa sinceridad y estaba seguro que yo no ocultaba nada.

No puedo recordar si fue en conexión con este caso, o con algún otro, que mi insistencia y franqueza le hizo anotar esta observación: “Veo que usted nunca considera un no como una respuesta”.

El caso contra Parsi Rustomji se resolvió sin juicio. Debía pagar una suma igual al doble de la cantidad que confesó había contrabandeado. Rustomji imprimió sobre un papel todo lo sucedido en este caso, lo colocó en un marco, y lo colgó en su oficina para que sirviera como una eterna advertencia para él, tanto como para sus amigos comerciantes.

Estos amigos de Rustomji me advirtieron que no tomara muy en serio este transitorio arrepentimiento. Cuando relaté esto a Rustomji comentó:

—¿Cuál sería mi destino si yo te engañara?

PARTE QUINTA

1. LA PRIMERA EXPERIENCIA

Antes que yo llegara a casa, el grupo que había salido de Phoenix ya había arribado. De acuerdo con nuestro plan original, yo debía haberlos precedido, pero mis preocupaciones por la guerra en Londres se interfirieron en nuestros cálculos, y cuando comprendí que quedaba detenido en Inglaterra por tiempo indeterminado, se me planteó el problema de encontrar un lugar para asentar al grupo de Phoenix. Quería que, dentro de lo posible, permanecieran todos juntos en la India, llevando la vida que realizaban en Phoenix. No tenía conocimiento de ninguna *ashram* que pudiera recomendarles, por lo que les telegrafí que se reunieran con Mr. Andrews e hicieran lo que él les aconsejara.

Primero se establecieron en el Gurukul, Kangri, donde el desaparecido Swami Shraddhanandji los trató como a sus propios hijos. Después de esto, fueron establecidos en la *ashram* de Shantiniketan, donde el poeta y su gente demostraron el mismo cariño por ellos. Las experiencias que tuvieron en estos dos lugares, los hicieron sentirse optimistas, y a mí también, sobre el futuro.

El poeta, Shraddhannadji y el principal Sushil Rudra, tal como yo solía decirle a Andrews, componían una trinidad. Cuando él estaba en África del Sur nunca se cansaba de hablar de ellos, y entre mis mejores recuerdos de África del Sur, las charlas de Mr. Andrews, día tras día, refiriéndose a su gran trinidad, constituyen los más dulces y vívidos. Por supuesto que Mr. Andrews presentó el grupo de Phoenix a Sushil Rudra. El principal Rudra no tenía *ashram*, pero sí un hogar que puso completamente a disposición de la familia de Phoenix. El mismo día de su llegada, su gente fue tan agradable que ya no parecían incluso extrañar a Phoenix en absoluto.

Cuando desembarqué en Bombay, supe que el grupo de Phoenix se hallaba en Shantiniketan. Por tanto, yo estaba impaciente por encontrarme con ellos tan pronto terminara mi entrevista con Gokhale.

Las recepciones en Bombay fueron ocasión para que pudiera ofrecer lo que puede llamarse un pequeño *satyagraha*.

En la fiesta dada en mi honor en la casa de Mr. Jehangir Petit, no me atreví a hablar en *gujaratí*. En ese palacio lleno de esplendor yo, que había vivido mis mejores momentos entre los obreros y campesinos, me sentí un rústico completo. Con mis ropas al estilo *kathiawadi*, parecía un poco más civiliza-

do que ahora, pero la pompa y el esplendor de la mansión de Mr. Petit, hicieron que me sintiese completamente fuera de mi elemento. Sin embargo, traté de ubicarme en la forma más confortable posible, buscando asimismo protección junto a sir Pherozechah.

Entonces se inició el acto *gujaratí*. Los *gujaratís* no me dejarían partir sin una recepción, que había sido organizada por el fallecido Uttamlal Trivedi. Mr. Jinnah se hallaba presente, ya que era un *gujaratí*, aunque no recuerdo si en calidad de presidente o de principal orador. Pronunció un breve y encantador discurso en inglés. Creo que la mayoría de los otros discursos también fueron dichos en inglés. Cuando llegó mi turno, retribuí las atenciones en *gujaratí*. Explicando mi preferencia por el *gujaratí* o el indostano, y expresando mi humilde protesta por utilizarse el inglés en una fiesta *gujaratí*. Esto lo hice con cierta vacilación suponiendo que podría ser considerado descortés para un hombre inexperto, que retorna a su casa después de un largo exilio, sentar su protesta contra las prácticas establecidas.

El acto me llevó a pensar que no encontraría dificultades en extender mis pensamientos entre mis conciudadanos.

Después de una breve estada en Bombay, plena de estas experiencias, me dirigí a Poona, donde me había citado Gokhale.

2. CON GOKHALE EN POONA

Apenas desembarqué en Bombay, Gokhale me envió unas líneas diciéndome que el gobernador deseaba verme, y que sería conveniente que me entrevistara con él antes de partir hacia Poona. De acuerdo con esto, visité a su excelencia. Después de los saludos de rigor, me dijo:

—Le pido una sola cosa. Me gustaría que cada vez que esté por asumir alguna actitud con respecto al gobierno, me visite previamente.

—Puedo fácilmente prometerle esto —repliqué—, ya que es mi deber, como un *satyagrahi*, comprender el punto de vista de la parte con la cual me propongo tratar, e intentar ponerme de acuerdo con ella hasta donde es posible. Observé estrictamente esta ley en África del Sur, y pienso hacer lo mismo aquí.

Lord Willingdon me agradeció, y dijo:

—Puede usted venir a verme cada vez que lo desee, y comprobará que mi gobierno no cometerá ningún error conscientemente.

—Esta convicción es la que me sostiene —repliqué.

Después de esta entrevista, me dirigí a Poona. Es imposible relatar todos los recuerdos que surgen de ese hermoso momento. Gokhale y los miembros de la “Sociedad de Servidores de la India” me hicieron grandes demostraciones de afecto. Recuerdo que Gokhale los citó a todos para recibirme. Mantuve francas conversaciones con ellos sobre los distintos temas que me interesaban.

Gokhale se esforzó para que yo me adhiriera a la Sociedad, y así sucedió efectivamente. Pero los miembros sentían que, existiendo una gran diferencia entre mis ideales y métodos de trabajo y los de ellos, no resultaba conveniente que me uniera a la Sociedad. Gokhale estimaba, por el contrario, que a pesar de mi insistencia en mantenerme en mis propios principios, estaba asimismo igualmente preparado y en condición de tolerar los de ellos.

—Pero —dijo— los miembros de la Sociedad no han comprendido aún que estás dispuesto para el compromiso. Son consecuentes con sus principios, y muy independientes. Tengo la seguridad de que te aceptarán, pero si no lo hacen, ni por un momento debes suponer que te respetan o aprecian menos que antes. No quieren asumir ningún riesgo antes de estar seguros de acuerdo con sus propias opiniones. Pero seas admitido o no como miembro, no dejaré ni por un instante de considerarte como uno más de nosotros.

Hice saber a Gokhale cuáles eran mis intenciones. Fuese admitido o no como miembro, quería contar con una *ashram* donde establecerme con mi familia de Phoenix, preferiblemente en algún lugar de Gujarat, porque siendo un *gujaratí*, consideraba que estaba en mejores condiciones de servir a mi país a través de la ayuda a los *gujaratís*. A Gokhale le gustó la idea.

—Realmente debes hacerlo —me dijo—. Cualquiera que fuese el resultado de tus conversaciones con los miembros, debes dirigirte a mí para los gastos de la *ashram*, que consideraré como mis propios gastos.

Mi corazón estaba lleno de alegría. Era un verdadero placer sentirse liberado de la responsabilidad de reunir fondos, y saber que no estaría obligado a realizar todo el trabajo solo, sino que me hallaba en condiciones de contar con una ayuda segura cada vez que me encontrara en alguna dificultad. Esto me quitó un gran peso de encima.

En seguida, el difunto doctor Dev fue citado para que abriera una cuenta a mi nombre en los libros de la Sociedad y me entregara todo lo que necesitase para los gastos de la *ashram* o para gastos públicos.

Me preparé entonces para ir a Shantiniketan. En la víspera de mi partida, Gokhale combino una reunión para algunos amigos selectos, teniendo sumo cuidado en preparar alimentos de mi agrado: frutas y nueces. La reunión

se desarrollaba a unos pasos de su casa y, sin embargo, no estaba en condiciones de acercarse. Pero su afecto por mí lo impulsó a insistir en llegar hasta la fiesta. Vino, cayó desvanecido y debió ser llevado nuevamente a su lecho. Esos desmayos no eran novedad para él, de modo que cuando recobró el conocimiento, envió una esquela manifestando que debíamos continuar la reunión.

Esta reunión no fue más que, en realidad, una conversación en un espacio abierto frente al edificio de la Sociedad, en el curso de la cual amigos mantenían charlas de corazón a corazón, mientras consumían nueces, dátiles y frutas frescas de la estación.

Pero ese desmayo no constituyó un simple hecho más en mi vida.

3. ¿ERA UNA AMENAZA?

Desde Poona me dirigí a Rajkot y Porbandar, donde debía encontrarme con la viuda de mi hermano y otros parientes.

Durante el *satyagraha* en África del Sur, alteré el estilo de mis vestidos para que estuvieran más en relación con la gente que participaba junto a mí en la lucha, y en Inglaterra continué vistiendo de la misma manera cuando me hallaba en mi hogar. Para descender en Bombay tuve a mano unas ropas al uso *kathiawadi*, todas confeccionadas con telas indas. Pero como viajaba desde Bombay en tercera clase, consideré esas ropas muy lujosas, y me cubrí con una capa que me aseguraba el aspecto de un hombre pobre.

Debido a la peste que se había extendido en ese entonces, los pasajeros de tercera clase eran sometidos a una inspección médica en Viramgam o Wadhwan, ya no recuerdo bien en cuál de los dos puntos. Yo tenía fiebre. Al comprobar el inspector mi temperatura, me hizo saber que debía presentarme ante el funcionario sanitario en Rajkot, y anotar mi nombre.

Alguien seguramente había hecho llegar la información que yo debía pasar por Wadhwan, porque el sastre Motilal, un activo hombre público del lugar, me esperó en la estación. Me habló de la aduana de Viramgam, y lo que los pasajeros del ferrocarril debían sufrir por ello. Yo no tenía muchos deseos de hablar a causa de sentirme afiebrado, y traté de finalizar la charla con una breve réplica que tomó forma de pregunta:

—¿Está dispuesto a ir a la cárcel?

Tomé a Motilal por uno de esos jóvenes impetuosos que no piensan antes de hablar. Me contestó con firmeza:

—Ciertamente que iríamos a la cárcel si usted nos dirige. Como *kathiawadis*, somos los primeros en tener derecho sobre usted. Por supuesto que no pensamos retenerlo ahora, pero usted debe prometernos detenerse aquí a su regreso. Estará encantado de comprobar el espíritu y el trabajo de nuestra juventud, y puede estar seguro que le responderemos en el momento que nos llame.

Motilal me conquistó. Su compañero, elogiándolo, me dijo:

—Nuestro amigo es solo un sastre. Pero tan perfecto en su oficio, que fácilmente gana quince rupias por mes, que es precisamente lo que necesita, trabajando una hora por día, y dedicando todo el resto de su tiempo a la comunidad. Nos aventaja a todos, instándonos a superarnos permanentemente.

Más tarde llegué a establecer contacto íntimo con Motilal, y pude ver que no había exageración en el elogio. Todos los meses pasaba algunos días en la *ashram* recién establecida, para enseñar a los niños a coser, y cosiendo para los habitantes de la *ashram*. Todos los días me hablaba de Viramgam, y las dificultades que debían pasar a los pasajeros, cosa que le resultaba insostenible. En su primera juventud había quedado postrado a causa de una repentina enfermedad, y la vida pública en Wadhwan se resentía con su ausencia.

Al llegar a Rajkot, me presenté ante el funcionario de la sanidad al día siguiente. No era desconocido allí. El médico se avergonzó y demostró su enojo con el inspector. Esto era innecesario, puesto que el inspector había cumplido con su deber. No me conocía, e incluso si me hubiera conocido, no podía haber hecho otra cosa. El médico insistió en que yo no debía volver a presentarme ante él, y que me enviaría un inspector donde yo indicase.

La inspección de los pasajeros de tercera clase por razones sanitarias es esencial en esas ocasiones. Si hombres importantes prefieren viajar en tercera clase, fuese cual fuese su posición en la vida, deben someterse voluntariamente a todas las reglamentaciones a que está también sujeto el pobre, y los funcionarios deben ser imparciales. Mi experiencia me indica que los funcionarios, en vez de considerar en forma amistosa a los pasajeros de tercera clase, los miran como si fueran ganado. Les hablan en forma autoritaria, y no admiten réplica o respuesta. El pasajero de tercera clase debe obedecer al funcionario como si fuera su esclavo, y el funcionario con toda impunidad puede estafarlo, devolviéndole su pasaje después de oponerle cientos de inconvenientes, incluso haciéndole perder el tren. Todo esto lo he visto con mis propios ojos. Ninguna reforma es posible a menos que algunos de los educados y ricos acepten voluntariamente la situación del pobre, viajen en tercera clase, se nieguen a disfrutar de las comodidades negadas al pobre, y en vez de

aceptar todas estas dificultades, agresiones e injusticias como algo dentro de la lógica, luchan por su extirpación.

Cada vez que iba a Kathiawad, escuchaba quejas sobre dificultades con los funcionarios de la aduana de Viramgam. Por tanto, decidí hacer inmediato uso de la oferta de lord Willingdon. Reuní y estudié todo el material escrito respecto a este problema, comprobé que las quejas eran fundamentadas, y escribí al gobierno de Bombay. Visité al secretario privado de lord Willingdon e incluso hice antesala para conversar con su excelencia. Este expresó su simpatía por las reivindicaciones que yo planteé pero echó toda la culpa a Delhi.

—Si estuviera en nuestras manos hubiéramos liquidado esa inspección hace mucho tiempo. Usted debiera acercarse al gobierno de la India —me dijo el secretario.

Me comuniqué con el gobierno de la India, pero no recibí respuesta alguna, excepto una notificación acusando recibo de mi nota. Solo cuando tuve ocasión de encontrarme con lord Chelmsford, bastante más tarde, pude plantear la cuestión. Cuando le presenté los hechos, me expresó su asombro. No sabía nada de todo el asunto. Me escuchó pacientemente, telefoneó en el mismo momento solicitando informes sobre Viramgam, y prometió retirar la aduana si las autoridades no tenían explicación o defensa que hacer para mantenerla. Después de unos días de realizada esta conversación, leí en los diarios que la inspección aduanera en Viramgam había sido retirada.

Consideré este hecho como el advenimiento del *satyagraha* en la India, porque durante mi entrevista con el gobernador de Bombay, el secretario me expresó su desaprobación a una referencia sobre el *satyagraha* hecha por mí en un discurso pronunciado en Bagasra (Kathiawad).

—¿No constituye esto una amenaza? —me preguntó—. ¿Y cree usted que un gobierno poderoso soportará amenazas?

—No era una amenaza —le repliqué—. Era la educación del pueblo. Es mi deber plantear a la gente los verdaderos remedios a sus problemas. Una nación que quiere llegar a ser ella misma, debe conocer todos los caminos y todos los medios para lograr la libertad. Generalmente, incluyen la violencia como última solución; el *satyagraha*, por su lado, es el arma de la no violencia. Considero que es mi deber explicar su práctica y sus limitaciones. No dudo de que el gobierno británico es un gobierno poderoso, pero tampoco tengo dudas de que el *satyagraha* es un gran medio.

El secretario movió con escepticismo su cabeza y dijo:

—Veremos.

4. SHANTINIKETAN

De Rajkot fui a Shantiniketan. Los maestros y alumnos me recibieron con alegría. La recepción fue una hermosa combinación de simplicidad, arte y afecto. Aquí fue donde conocí a Kakasaheb Kalelkar por primera vez.

No sabía en ese entonces por qué Kalelkar era llamado Kakasaheb. Pero más tarde me enteré que Sjt. Keshavrao Deshpande, que fuera muy amigo mío en Inglaterra, y que dirigiera una escuela en el estado de Baroda llamada “Ganganath Vidyalaya”, dio a los maestros nombres de familia con el objeto de investir la *vidyalaya* con una atmósfera de familia. Sjt. Kalelkar, que había sido maestro en esa escuela, fue llamado *kaka* (literalmente tío paterno), Phadke fue llamado *mama* (literalmente tía materna), y Harihar Sharma recibió el nombre de *ana* (literalmente hermano). Los demás también recibieron nombres similares. Anandanand (*swami*) como amigo de *kaka* y Patwardhan (—appa) como amigo de *mama*, se unieron más tarde a la familia, y todos en el curso del tiempo se convirtieron en mis colaboradores, uno tras otro. Sjt. Deshpande acostumbraba a su vez llamarse *saheb*. Cuando la *vidyalaya* debió ser disuelta, la familia se esparció, pero nunca renunciaron a su relación espiritual o a los nombres adquiridos.

Kakasaheb decidió viajar para estudiar las experiencias de diversas instituciones, y al mismo tiempo yo fui a Shantiniketan, donde nos encontramos. Chintaman Shastri, perteneciente a la misma fraternidad, también se encontraba allí. Ambos ayudaban a enseñar *sanskrit*.

La familia de Phoenix recibió habitaciones separadas en Shantiniketan. Maganlal Gandhi estaba a su frente, y se ocupaba de observar que todas las reglas de la *ashram* Phoenix fueran escrupulosamente observadas. Pude ver que, gracias a su ternura, conocimiento y perseverancia, hizo que su influencia se sintiera en todo Shantiniketan.

Andrews se encontraba allí, y también Pearson. Entre los maestros bengalíes con quienes llegamos a intimar, se encontraban Jagadanandbabu, Nepalbabu, Santoshababu, Kshitimohanbabu, Nagenbabu, Sharadbabu y Kalibabu.

Rápidamente me mezclé con los maestros y alumnos, e inicié con ellos una discusión sobre el trabajo personal. Planteé a los maestros que, si ellos y sus discípulos rechazaban los servicios de cocineros a sueldo y cocinaban sus propios alimentos, permitiría a los maestros vigilar la cocina desde el punto de vista de la salud física y moral de los alumnos, y permitiría a los alumnos contar con una buena lección práctica sobre el autoservicio. Uno o dos de ellos

se pronunciaron contra esta idea. Algunos de los muchachos la aprobaron con decisión. Los alumnos le dieron la bienvenida, aunque quizá solo por su instintivo gusto por la novedad.

Por lo tanto, comenzamos con el experimento. Cuando invité al poeta a expresar su opinión, les dijo a los alumnos: “Esta experiencia contiene la llave para *Swaraj*”

Pearson dedicó todas sus energías a convertir en un éxito el experimento. Fue formado un equipo para recoger las legumbres, otro para lavarlas, etc. Nagenbabu y otros asumieron la tarea de mantener limpia la cocina y sus dependencias. Resultaba un espectáculo agradable para mí verlos trabajar en esa forma.

Pero era mucho pretender que los ciento veinticinco muchachos y sus maestros tomaran este trabajo físico como si fueran patos que se lanzan al agua. Solía haber diarias controversias. Muchos comenzaron demasiado pronto a demostrar cansancio. Pero Pearson no era el hombre que iba a caer rendido por el cansancio. Siempre se le podía encontrar con su rostro sonriente haciendo algo, o atendiendo la cocina. Tomó a su cargo la limpieza de los utensilios más grandes. Un grupo de estudiantes ejecutaba música en sus cítaras ante este grupo de limpieza para aliviar el tedio de la operación. Casi todos tomaron el trabajo con seriedad y entusiasmo, y Shantiniketan se convirtió en una atareada colmena.

Cambios como estos siempre tienen un desarrollo una vez que comienzan a actuar. La cocina del grupo de Phoenix no solo era atendida por ellos mismos, sino que también la comida que en ella se preparaba era la más sencilla. Los condimentos habían sido desechados por completo. El arroz, *dal*, vegetales, eran todos cocinados en la misma olla y al mismo tiempo. Y los muchachos de Shantiniketan comenzaron a cocinar de la misma manera con el objeto de introducir reformas a la cocina bengalí. Uno o dos maestros y algunos estudiantes adoptaron asimismo esta cocina.

El experimento, sin embargo, después de un tiempo terminó. En mi opinión, la famosa institución nada perdió por haber realizado la experiencia durante un breve intervalo, y algunas de las conclusiones a que se llegó no dejarían de ser útiles a sus maestros.

Hubiera querido permanecer en Shantiniketan por algún tiempo, pero el destino decidió otra cosa. Hacía una semana que estaba allí, cuando recibí de Poona un telegrama anunciando la muerte de Gokhale. Shantiniketan se sumió en el dolor. Todos sus miembros se acercaron a expresarme sus condolencias. Una plegaria especial fue convocada en el templo para lamentarse por

la pérdida nacional. Fue una solemne reunión. El mismo día partí para Pona con mi esposa y Maganlal. Todos los demás quedaron en Shantiniketan.

Andrews me acompañó hasta Burdwan.

—¿Cree que llegará el momento para el *satyagraha* en la India? —me preguntó—. Y si llega, ¿tiene alguna idea de cuándo será?

—Es difícil decirlo —le contesté—. Por un año nada haré. Gokhale me hizo prometerle que durante un año viajaría a través de la India para aprender, y no expresar mi opinión sobre asuntos públicos hasta que haya terminado el período de prueba. Incluso cuando el año haya pasado, no me apresuraré a hablar y dar opiniones. Por ello, creo que no habrá ocasión para el *satyagraha* hasta dentro de cinco años más o menos.

Con respecto a esto puedo anotar que Gokhale solía reírse de algunas de mis ideas expresadas en *Hind Swaraj* (el himno indo), y decía: “Después que estés un año en la India, tus puntos de vista habrán cambiado por sí mismos”.

5. LAS PENAS DE LOS PASAJEROS DE TERCERA CLASE

En Burdwan nos enfrentamos con todos los problemas que debe enfrentar un pasajero de tercera clase, incluso para obtener su pasaje. Se nos dijo que los pasajes de tercera clase no se venden tan temprano. Me dirigí al jefe de la estación, aunque esto también constituía un verdadero problema. Alguien me orientó amablemente hacia donde él estaba, y le planteé nuestras dificultades. Me contestó en la misma forma. Tan pronto como se levantaron las ventanillas de la boletería, fui a adquirir los pasajes. Pero no resultó cosa sencilla obtenerlos. La multitud era grande, empujábanse unos a otros, indiferentes entre sí. Fui uno de los últimos en obtener los pasajes.

Al llegar el tren, subir constituyó otro problema. Los abusos y las violencias se sucedían entre los pasajeros que estaban sobre el tren y los que trataban de introducirse en el mismo. Corríamos de un lado al otro de la plataforma, pero en todos lados nos encontrábamos con la misma respuesta:

—No hay lugar aquí.

Me dirigí al guarda:

—Debe intentar acomodarse en cualquier lugar, o tomar el próximo tren —me dijo.

—Pero mis asuntos son urgentes —le contesté respetuosamente. No tenía tiempo para escucharme. Yo estaba desconcertado. Le dije a Maganlal que

se metiera donde pudiera, y mi mujer y yo nos ubicamos en un compartimiento de otra clase. El guarda nos vio subir. En Asansol se acercó para cobrar-nos la diferencia en el precio.

—Era su deber encontrarnos un lugar —le dije—. Nosotros no pudimos conseguir ninguno, y por eso estamos sentados aquí. Si usted puede acomodarnos en un compartimiento de tercera clase, nos alegrará mucho.

—No puede discutir conmigo —dijo el guarda—. No puedo acomodarlos. Ustedes deben pagar la diferencia o descender.

Quería llegar a Poona de cualquier manera. Por tanto, no estaba dispuesto a luchar con el guarda, y pagué la diferencia que me exigía, hasta Poona. Pero sentí el peso de la injusticia.

En la mañana llegamos a Mogalsarai. Maganlal se arregló para obtener un asiento en la tercera clase, al cual me cambié en el acto. Informé al inspector de todo lo sucedido, y le solicité una constancia que probara que en la estación de Mogalsarai había cambiado de compartimiento. Se negó a hacerlo. Me dirigí a las autoridades ferroviarias en este sentido, y me contestaron: “No es nuestra costumbre devolver una diferencia sin la presentación de una constancia, pero haremos una excepción en su caso. Sin embargo, solo podemos devolver la diferencia con excepción del trayecto cumplido entre Burdwan y Mogalsarai”.

Después de esta, tuve experiencias en los viajes en tercera clase que podrían llenar todo un volumen. Pero solo puedo referirme a ellas en estos capítulos muy someramente. Siempre ha sido una pena para mí, y lo continuará siendo, que por razones de salud haya debido dejar de viajar en tercera clase.

Las amarguras que atraviesan los pasajeros de tercera clase se deben, sin ninguna duda, a la despreocupación de las autoridades ferroviarias. Pero la violencia, la grosería, la suciedad, el egoísmo y la ignorancia de los mismos pasajeros no constituye una culpa menor. La lástima es que generalmente no comprenden que se están comportando de esa manera. Creen que todo lo que hacen es la forma natural de hacerlo. Todo esto puede ser considerado también como un efecto de la indiferencia que nosotros, la gente “educada”, sentimos hacia ellos.

Llegamos a Kalyan muertos de cansancio. Maganlal y yo obtuvimos un poco de agua de la bomba de la estación y tomamos nuestro baño. Estaba tratando de organizar algo para que mi mujer tomase su baño, cuando Sjt. Kaul, de la “Sociedad de Servidores de la India”, me reconoció y se acercó a mí. También él se dirigía a Poona. Se ofreció para acompañar a mi mujer al baño de la segunda clase. Dudé en aceptar la generosa oferta. Sabía que mi mujer

no tenía derecho a utilizar el baño de segunda clase, pero por último acepté el hecho. Esto, lo sé bien, no constituía un acto debido a la verdad. No era que mi mujer estuviera ansiosa de utilizar el baño, pero una parcialidad del marido hacia su mujer, asume lo mejor de su devoción por la verdad. El rostro de la verdad está oculto tras el velo de oro de *maya*, dice el Upanishad.

6. SOLICITUD

Al llegar a Poona, y después de realizadas las ceremonias *shraddha*, nos encontramos discutiendo el futuro de la Sociedad y el problema de si debía yo unirme a ella o no. Esta cuestión de convertirme en miembro constituía un asunto muy delicado para mí. Mientras Gokhale se encontraba allí, no necesité buscar mi admisión. Simplemente debía obedecer sus deseos, una posición que me encantaba. Navegando por el tormentoso mar de la vida pública inda, necesitaba un piloto seguro. Había tenido uno en Gokhale y me sentía seguro con él. Ahora que se había ido, debía contar con mis propios recursos, y sentí que era mi deber buscar la admisión.

Esto pensé, agrada al espíritu de Gokhale. Por ello, sin dudarlo y con firmeza, comencé a dar mis primeros pasos en ese sentido.

La mayor parte de los miembros de la Sociedad se hallaban en Poona en esta oportunidad. Conversé con ellos tratando de disipar los temores que abrigaban con respecto a mí. Pero comprobé que estaban divididos. Un sector apoyaba mi admisión, el otro se oponía con rigor. Sabía que unos no eran menos que los otros en su afecto por mí, pero posiblemente su lealtad hacia la Sociedad era mayor, o por lo menos no menor que ese afecto. Así que todas nuestras discusiones se hacían libres de amargura y quedaban estrictamente reducidas a cuestiones de principio. El sector que se me oponía planteaba que ellos y yo éramos como polos opuestos en varios problemas vitales, y consideraban que mi admisión como miembro constituía un verdadero peligro para los verdaderos objetivos para los cuales la Sociedad fue fundada. Y esto, naturalmente, era más de lo que podían aceptar o permitir.

Nos extendimos a través de prolongadas discusiones, y finalmente la decisión definitiva fue postergada para otra oportunidad.

Estuve sumamente agitado cuando regresé a casa. ¿Me correspondía a mí ser admitido por un voto de la mayoría? ¿Estaría de acuerdo esto con mi lealtad hacia Gokhale? Comprendí claramente que, cuando existía tan aguda división entre los miembros de la Sociedad con respecto a mi admisión, la

mejor actitud que yo podía asumir era retirar mi solicitud de admisión, y evitar a los que se me oponían una situación muy delicada. En esto, pensé, residía mi lealtad hacia la Sociedad y hacia Gokhale. Esta decisión surgió en mí repentinamente, y en el acto escribí a Mr. Shastri solicitándole que no realizase la sesión postergada. Los que se habían opuesto a mi solicitud apreciaron plenamente esta actitud. Los salvaba de mantenerse en una posición desagradable, y creaba entre nosotros lazos de una unión más amistosa. El retiro de mi solicitud me convirtió, en verdad, en miembro de la Sociedad.

La experiencia me demostró luego que resultó más conveniente que no me convirtiera en un miembro formal, y que la oposición de quienes estuvieron contra mí se justificaba. La experiencia posterior demostró asimismo que nuestros puntos de vista sobre cuestiones de principio divergían en forma absoluta. Pero el reconocimiento de estas diferencias no significó odio ni alejamiento entre nosotros. Seguimos siendo hermanos, y el hogar de la Sociedad en Poona fue siempre para mí un lugar de peregrinación.

Es verdad que oficialmente no llegué a ser un miembro de la Sociedad, pero siempre fui un miembro en espíritu. La relación espiritual es mucho más importante que la física. La relación física divorciada de la espiritual, es como un cuerpo sin alma.

7. KUMBHA MELA

A continuación me dirigí a Rangoon para encontrarme con el doctor Mehta, pero en mi viaje me detuve en Calcuta. Fui huésped del difunto Babu Bhupendranath Basu. La hospitalidad bengalí alcanzó su clímax aquí. En esos días me alimentaba exclusivamente de frutas. Por tanto, todos los tipos de frutas y nueces que se podían obtener en Calcuta fueron ordenados para mí. Las mujeres de la casa permanecían despiertas toda la noche preparando las nueces. Se tomaron todos los cuidados necesarios para preparar la fruta fresca al estilo indo. Numerosas golosinas fueron aderezadas para mis compañeros, entre los que se encontraba Ramdas. Cuanto más apreciaba esta afectuosa hospitalidad, menos podía aceptar la idea de que toda una casa se ocupara nada más que en atender dos o tres invitados. Pero no pude encontrar escapatoria a esas embarazosas atenciones.

En el barco que nos llevaba a Rangoon fui un pasajero de cubierta. Si el exceso de atenciones nos molestó en la casa de Sjt. Basu, la más grosera falta de atención, incluso en cuanto a las elementales comodidades que se deben

a los pasajeros de cubierta, debimos sufrir en el barco. Lo que se daba en llamar el baño, era algo horriblemente sucio; las letrinas, lugares pestilentes. Para usar estas, había que pisar orinas y excrementos desparramados, o saltar sobre ellos.

Esto era más de lo que la carne y la sangre pueden soportar. Me dirigí al comandante, pero sin resultado. Si algo faltaba para completar este cuadro de suciedad y pestilencia, lo suministraban los mismos pasajeros con sus costumbres. Escupían en el mismo lugar en que estaban sentados, ensuciaban el lugar con los restos de sus comidas, con los cigarrillos que fumaban, con el betel que mascaban. Nunca terminaba el ruido, y cada uno trataba de ocupar el mayor espacio posible. Sus equipajes abarcaban más lugar que ellos mismos. Tuvimos que pasar así dos días de verdadera calamidad.

Al llegar a Rangoon, escribí al agente de la compañía naviera, haciéndole conocer todos estos hechos. Gracias a esta carta y a los esfuerzos desarrollados en este sentido por el doctor Mehta, el regreso, también sobre cubierta, fue mucho más soportable.

En Rangoon mi alimentación exclusivamente de frutas fue una vez más fuente de preocupaciones adicionales para el dueño de casa. Pero dado que la casa del doctor Mehta era como mi propia casa, pude controlar de alguna manera el despilfarro en el menú. Sin embargo, como no puse límite alguno de los artículos que podía comer, el paladar y los ojos se negaron a poner un candado efectivo a las variedades que me servían. No había horas regulares para las comidas. Personalmente, prefería tener la última comida antes que anocheciera. A pesar de eso, no podía hacerse antes de las ocho o nueve de la noche.

Este año —1915— era el año de la feria en Kumbha, que se lleva a cabo en Hardvar cada doce años. No me interesaba mayormente presenciar la feria, pero estaba ansioso de encontrarme con Mahatma Mushirajmi que se hallaba en su *gurukul*. La Sociedad de Gokhale envió un importante cuerpo de voluntarios para prestar sus servicios en Kumbha. Pandit Hridayanath Kunzru estaba al frente de estos, y el difunto doctor Dev era el médico en jefe. Fui invitado a enviar el grupo de Phoenix para cooperar con ellos, y por ello Maganlal Gandhi me había precedido. A mi regreso de Rangoon me uní al grupo.

El viaje de Calcuta a Hardvar era especialmente duro. Muchas veces los compartimientos no tenían luz. Desde Saharanpur fuimos metidos en vagones para mercaderías o ganado. No tenían techos, y con el fuerte sol de mediodía sobre nosotros, sentados sobre pisos de hierro, terminamos todos que-

mados. Las torturas de la sed, causadas por un viaje como este, no pudieron convencer a los hindúes ortodoxos de tomar agua si es que esta era “musulmana”. Esperaron hasta poder tomar agua “hindú”. Pero estos mismos hindúes, podemos anotar, no dudan, y ni siquiera hacen una simple pregunta cuando en el curso de una enfermedad el médico les administra vino o les prescribe un caldo o un facultativo musulmán o cristiano les da agua.

Nuestra estada en Shantiniketan nos había enseñado que el trabajo de recolector de residuos iba a ser nuestra especial función en la India. Para los voluntarios se erigieron carpas en Hardvar, en una *dharmashala*, y el doctor Dev hizo cavar algunos hoyos para que sirviesen de letrinas. Hubiera tenido que depender de basureros a sueldo para que mantuvieran limpias estas letrinas. Aquí se presentaba un trabajo para el grupo de Phoenix. Nos ofrecimos a cubrir con tierra los excrementos y cuidar que estuviera limpio el lugar, y el doctor Dev aceptó nuestro ofrecimiento. Naturalmente, esta oferta fue hecha por mí, pero debía ser Mangalal Gandhi quien dirigiera su ejecución. Mi trabajo radicaba básicamente en estar sentado en mi tienda brindando el *dars-han* y manteniendo discusiones religiosas y de otro tipo con numerosos peregrinos que me visitaban. Esto no me dejaba ni siquiera un minuto para mí mismo. Incluso, el *ghat* del baño era seguido por esos buscadores de *dars-han*, que no me dejaban solo ni durante mis comidas. Por eso pude comprobar en Hardvar qué profunda impresión habían causado mis humildes servicios en África del Sur a través de toda la India.

Pero esto no hacía muy envidiable mi posición. Me sentía como si estuviera entre el diablo y el mar profundo. Donde nadie me reconocía. Debía solucionar todos los duros problemas que aquejaban a los millones de habitantes de esta tierra, por ejemplo, en cuanto a los viajes en ferrocarril. Cuando me hallaba rodeado de personas que habían escuchado cosas sobre mí, era la víctima de una locura por *darshan*. Cuál de las dos situaciones era peor, es algo que no siempre pude determinar. Por lo menos sabía que el ciego amor de los *darshanvalas* muchas veces hacía que me enojase, pero más a menudo conmovía mi corazón. Pero viajar, por más duro que resultase, lograba elevarme y rara vez me producía irritación o disgusto.

En esos días me sentía suficientemente fuerte como para vagabundear un poco por todos lados, y afortunadamente no era aún lo bastante conocido como para no poder ir por las calles sin crear mucho tumulto. Durante esas caminatas llegué a comprobar en los peregrinos más hipocresía y falta de devoción que piedad. El enjambre de *sadhus*, que llegó hasta allí, parecía haber nacido solo para disfrutar de las cosas agradables de la vida.

¡Pude ver una vaca con cinco patas! Estaba asombrado, pero el conocimiento de los hombres pronto me desilusionó. La pobre vaca de cinco patas era un sacrificio a la codicia de los perversos. Supe que la quinta pata ¡no era otra cosa que una pata cortada a un ternero vivo e injertada en la vaca! Esta doble crueldad servía para expoliar el dinero de los ignorantes. No había hindú que no fuera atraído por una vaca de cinco patas, y ningún hindú dejaría de despilfarrar su caridad ante la vaca tan milagrosa.

El día de la feria ya había llegado. Constituyó una prueba para mí. No fui a Hardvar con los sentimientos de un peregrino. Nunca pensé en frecuentar lugares de peregrinación en busca de piedad religiosa. Pero el millón setecientos mil personas que había sumado la estadística, y que debían estar allí, no podían ser todos hipócritas u oportunistas. No tenía la menor duda de que incontables personas habían ido para autopurificarse y hacer méritos ante su Dios. Es difícil, si no imposible, decir en qué medida este tipo de fe eleva el alma.

Pasé toda la noche sumido en profundos pensamientos. Estaban esas almas piadosas en medio de la hipocresía que las rodeaba. Estarían libres de culpa ante su hacedor. La visita a Hardvar era en sí un pecado, debía públicamente protestar con eso, y dejar Hardvar en el día de Kumba. Si la peregrinación a Hardvar y a la Kumba no era pecaminosa, debía imponerme algún acto de devoción en expiación por la iniquidad que allí prevalecía y purificarme así. Esto era natural. Mi vida está basada en resoluciones disciplinarias. Pensé en el innecesario trabajo que causé a quienes me hospedaron en Calcuta y Rangoon, que con tanto despilfarro me atendieron. Por lo consiguiente, decidí limitar los elementos de mi alimentación diaria, y hacer mi última comida antes de la puesta del sol. Estaba convencido que de no imponerme estas restricciones, colocaba a las personas que en el futuro me invitarían, ante serios inconvenientes y los comprometía a servirme en vez de comprometerme yo en el servicio a ellos. Hice la promesa de que mientras estuviese en la India jamás comería más de cinco artículos diferentes en el curso de veinticuatro horas, y nunca comería después de oscurecer. Pensé seriamente sobre las dificultades que esto podía implicar. Pero quería que no quedaran escapatorias. Pensé qué podría suceder en caso de enfermedad si incluía las medicinas entre los cinco artículos, y si hacía excepciones con alimentos especiales. Finalmente, decidí que no debía haber excepciones de ningún tipo ni en circunstancia alguna.

He vivido bajo estos votos durante, hasta el momento, trece años. Me sometieron a una prueba muy severa, pero puedo afirmar que también me

sirvieron de escudo. Mi opinión es que me agregaron algunos años de vida y me salvaron de muchas enfermedades.

8. LAKSHMAN JHULA

Significaba un positivo descanso llegar a Gurukul y encontrarse con Mahatma Munshiramji y su gigantesca figura. Inmediatamente sentí el magnífico contraste entre la paz de Gurukul y el aturdimiento y ruido de Hardvar.

El Mahatma me recibió con afecto. Los *brahmacharis* eran pura atención. En esta ocasión fue cuando me presentaron a Acharya Ramadevji, e inmediatamente pude ver qué fuerza debía ser y qué poder debía tener. Defendíamos distintos puntos de vista en muchas cuestiones; sin embargo, nuestro conocimiento pronto se convirtió en amistad.

Tuve largas discusiones con Acharya Ramadevji y otros profesores sobre la necesidad de introducir la enseñanza industrial en Gurukul. Cuando llegó el momento de partir, fue difícil arrancarme del lugar.

Había escuchado muchos elogios del Lakshman Jhula (un puente colgante sobre el Ganges) a cierta distancia de Hrishikesh, y muchos amigos me incitaban a que no abandonara Hardvar sin haber ido por lo menos hasta el puente. Quise hacer esta peregrinación a pie, y la hice en dos etapas.

Muchos *sannyasis* me visitaron en Hrishikesh. Uno de ellos se sintió especialmente atraído. El grupo de Phoenix estaba conmigo y su presencia determinó muchas preguntas del *swami*.

Tuvimos discusiones sobre religión, y comprendió que yo sentía muy profundamente los asuntos relativos a la misma. Me vio descubierta la cabeza y sin camisa cuando regresaba de mi baño en el Ganges. Se sintió dolorido por no encontrar la *shikha* (moño) sobre mi cabeza y el hilo sagrado en torno a mi nuca, y dijo:

—Me causa pena verte, un hindú creyente, sin el hilo sagrado y la *shikha*. Son los dos símbolos externos del hinduismo y todo hindú verdadero debe llevarlos.

Hay toda una historia que explica cómo llegué a abandonar ambas cosas. Cuando era un rapazuelo de diez años envidiaba a los jóvenes brahmanes con sus hilos sagrados de los que colgaban manojos de llaves y deseé hacer lo mismo. La práctica de llevar este hilo sagrado no era común entre las familias *vaishya* en Kathiawad. Pero, justamente, habíase iniciado un movimiento para hacerlo obligatorio para los tres primeros *varnas*. Como resultado,

algunos miembros del clan Gandhi adoptaron esta costumbre. El brahmán que nos educaba, a dos o tres muchachos *ramaraksha*, nos invistió con hilo y aunque yo no tuve ocasión de poseer un manojo de llaves, conseguí una y comencé a llevarla. Más tarde, cuando el hilo se gastó, no recuerdo si lo extrañé. Pero sé que no fui a buscar otro.

Cuando crecí algunas bien intencionadas medidas fueron tomadas tanto en la India como en África del Sur para investirme con el hilo sagrado, pero con poco éxito. Si los *shudras* no pueden llevarlo, argüía yo, ¿qué derecho tienen los otros *varnas* a hacerlo? Y no encontré razones suficientes para adoptar lo que era para mí una costumbre innecesaria. No tenía objeciones contra el hilo en sí, pero faltaban razones para usarlo.

Como *vaishnava*, naturalmente llevaba en torno a mi nuca el *kanthi*, y la *shikha* era considerada obligatoria para los mayores. En la víspera de mi viaje a Inglaterra, sin embargo, me desembaracé de la *shikha*, ya que cuando me hallaba sin sombrero me exponía al ridículo y me haría aparecer, así por lo menos pensaba entonces, como un bárbaro ante los ojos de los ingleses. En realidad, este sentimiento de cobardía me llevó tan lejos que en África del Sur conseguí que mi primo Chhaganlal Gandhi, que religiosamente llevaba su *shikha*, la abandonara. Temía que le creara inconvenientes en sus tareas públicas, y por consiguiente, aun a riesgo de apenarlo, hice que se desprendiera de eso.

Así que le expliqué al *swami* todo lo que pensaba al respecto, y le dije:

—No llevo el hilo sagrado porque no veo la necesidad de hacerlo, y veo a innumerables hindúes que van sin él y que por ello no son menos hindúes. Más aún, el hilo sagrado debe ser el símbolo de una regeneración espiritual, presuponiendo que el que lo lleva ha alcanzado o intenta alcanzar una vida superior y más pura. Dudo que en la situación actual del hinduismo y de la India, los hindúes puedan reivindicar el derecho de llevar un símbolo cargado con tal significado. Este derecho puede venir únicamente cuando el hinduismo se haya desembarazado de la intocabilidad, haya superado todas las distinciones de superioridad e inferioridad, y haya expulsado toda una serie de males y vergüenzas que lo gobiernan. Por ello, mi espíritu se rebela contra la idea de llevar el hilo sagrado. Pero estoy seguro que su observación con respecto a la *shikha* merece ser tomada en cuenta. Acostumbraba usarla, y me deshice de ella por un falso sentido de la vergüenza. Y por ello siento que debo volver a llevarla. Discutiré esta cuestión con mis compañeros.

El *swami* no apreció mi posición con respecto al hilo sagrado. Las mismas razones que me llevaban a mí a no usarlo, le parecían a él suficientes para

hacerlo. Aún hoy mi posición al respecto, sigue siendo la misma que en Hrishikesh. Mientras haya religiones diferentes, cada una de ellas puede necesitar una especie de símbolo externo. Pero cuando el símbolo se convierte en fetiche, y en instrumento para probar la superioridad de una religión sobre otra, solo merece no ser tomada en cuenta. El hilo sagrado no constituye para mí hoy un medio hacia un hinduismo superior. Por tanto, me resulta indiferente.

En cuanto a la *shikha*, habiendo sido la cobardía la causa para deshacerme de ella, después de consultar con mis amigos decidí volver a usarla.

Pero, retornando al tema, quedé encantado con el escenario natural que rodea a Hrishikesh y el Lakshman Jhula, e incliné mi cabeza para reverenciar a nuestros antecesores por su sentido de la belleza de la naturaleza, y por su sabiduría para investir a las hermosas manifestaciones de la naturaleza con un significado religioso.

Pero la forma en que los hombres estaban utilizando estos hermosos lugares, era algo que estaba lejos de dejarme tranquilo. Al igual que en Hardvar, también en Hrishikesh la gente ensuciaba las calles y las orillas del Ganges. Incluso no dejaban de ensuciar las aguas sagradas del Ganges. Me angustiaba hasta la agonía ver a la gente cumpliendo con sus funciones naturales a la vista de todos en las orillas del Ganges, cuando podían fácilmente encontrar un lugar apartado de la presencia del público.

Lakshman Jhula era, lo vi así, nada más que un puente de hierro suspendido sobre el Ganges. Me enteré que originalmente había un puente de cuerdas muy hermoso. Pero un *marwadi* filantrópico se empeñó en liquidar el puente de sogas y erigir uno de hierro a un precio sumamente elevado, ¡y entregó las llaves al gobierno! No puedo decir nada del puente de cuerdas ya que nunca lo he visto, pero el puente de hierro está completamente fuera de lugar en ese escenario, y mancilla su belleza. Pero además, la entrega de las llaves de este puente de peregrinos al gobierno, constituía algo que incluso estaba más allá de mi lealtad de esos días.

El *svargashram* al que se llegaba después de cruzar el puente, era un pobre lugar, y no otra cosa que una cierta cantidad de planchas de hierro galvanizado mal colocadas. Me dijeron que había sido hecho por *sadhakas* (aspirantes). Muy poca gente vivía allí por el momento. Los que estaban en el edificio principal dejaban muy mala impresión.

Pero las experiencias pasadas en Hardvar fueron de inestimable valor para mí. En no poca medida me ayudaron a decidir dónde debía vivir y qué debía hacer.

9. FUNDACIÓN DE LA ASHRAM

La peregrinación a la feria de Kumbha fue mi segunda visita a Hardvar.

La Ashram Satyagraha fue fundada el 25 de mayo de 1915. Shraddhanandji quería que me estableciera en Hardvar. Algunos de mis amigos de Calcuta recomendaron Vaidyanathadham. Otros me urgieron para que eligiera Rajkot. Pero cuando pasé por Ahmedabad, muchos amigos insistieron que me estableciera allí, y se ofrecieron para encontrar los fondos necesarios para la *ashrmn*, como también una casa para nosotros.

Yo sentí cierta predilección por Ahmedabad. Siendo un *gujaratí*, pensé que estaría en condiciones de hacer un gran servicio al país mediante el idioma *gujaratí*. Y además, como Ahmedabad era un antiguo centro de tejedores manuales, resultaba el lugar más conveniente para revivir la industria manual del hilado de algodón. También se suponía que siendo esa ciudad la capital de Gujarat, la ayuda monetaria de sus ciudadanos acomodados sería más fácil de obtener aquí que en cualquier otro lugar.

La cuestión de la intocabilidad estuvo entre los temas de discusión con los amigos de Ahmedabad. Dejé claramente sentado que en la primera oportunidad que se me presentara, iba a admitir a un candidato intocable a la *ashram* si es que se lo merecía.

—¿Dónde está el intocable que estará a la altura de las condiciones de la *ashram*? —dijo muy pagado de sí mismo un *vaishnava*.

Finalmente, decidí fundar la *ashram* en Ahmedabad.

En cuanto al lugar se refiere, Sjt. Jivanlal Desai, abogado en Ahmedabad, fue el principal hombre de los que me ayudaron. Ofreció dejarnos su *bungalow kochrab*, y decidimos alquilarlo.

La primera cosa que debíamos dejar solucionada, era el nombre de la *ashram*. Consulté a los amigos. Entre los nombres sugeridos estaba el de “Sevashram” (La mansión del servidor), el de “Tapovan” (La mansión de las austeridades), etc.

A mí me gustaba el nombre “Sevashram”, excepto por la falta de énfasis sobre el método de servicio. “Tapovan” me parecía un nombre pretencioso, porque aunque *tapas* era algo muy querido para nosotros, no podíamos presumir de ser *tapasvins* (hombres austeros). Nuestro credo era la devoción a la verdad, y nuestra tarea era la búsqueda de la verdad y la insistencia en la verdad. Quise traer a la India el método que había aplicado en África del Sur, y quise probar en la India hasta dónde era posible su aplicación. Por ello mis

amigos y yo elegimos el nombre de “Ashram Satyagraha”, que reunía tanto nuestro objetivo como nuestro método.

Para la dirección de la *ashram* era necesario un código de reglas y medidas. Fue preparado un borrador, y los amigos invitados a expresar sus opiniones sobre el mismo. Entre las muchas opiniones recibidas, la de sir Gurudas Banerji aún está presente en mi memoria. Le gustaron las reglas esbozadas, pero sugirió que debía agregarse la humildad como una de las actitudes a ser observadas, porque creía que la joven generación demostraba, desgraciadamente, poca humildad. Aunque había notado la falta de esta regla, temía que la humildad dejara de serlo en el momento que se convirtiera en materia de un voto. La verdadera humildad es la autocancelación, la autodesaparición. Esto es, *moksha* (salvación), y por sí misma no podía ser una regla, sino que a través de las otras reglas se debía llegar a la humildad. Si los actos de un aspirante a la *moksha* o de un servidor no tenían humildad o generosidad, no puede haber *moksha* ni servicialidad. Ser un servidor sin humildad, es egoísmo y egotismo.

Hacia esa época había unos trece *tamilianos* en nuestro grupo. Cinco jóvenes *tamilianos* me acompañaban desde África del Sur, y el resto llegó desde diferentes puntos del país. En total éramos unos veinticinco entre hombres y mujeres.

Así comenzó la *ashram*. Todos comían juntos en la misma cocina, y vivían como una sola familia.

10. EN EL YUNQUE

Habían pasado unos pocos meses desde que existía la *ashram*, cuando fuimos enfrentados a una prueba que no esperaba. Recibí una carta de Amritlal Thakkar con esta pregunta: “Una humilde y honesta familia de intocables desea unirse a vuestra *ashram*. ¿Los aceptaréis?”.

Esto me perturbó. Nunca supuse que una familia de intocables con una introducción de un hombre como Trakkar Bapa buscaría tan pronto admisión en la *ashram*. Discutí la carta con mis compañeros. Le dieron la bienvenida.

Escribí a Amritlal Thakkar expresándole nuestros deseos de aceptar la familia, siempre y cuando todos los miembros estuviesen dispuestos a admitir los reglamentos de la *ashram*.

La familia estaba compuesta por Dudabhai, su esposa Danibehn y su hija Lakshmi, en ese entonces una niña de un par de años. Dudabhai había sido

maestro en Bombay. Todos estuvieron de acuerdo con las reglas, y fueron aceptados.

Pero su admisión creó cierta inquietud en el seno de los amigos que habían estado ayudando a la *ashram*. La primera dificultad surgió con respecto a la utilización del pozo de agua, que en parte estaba controlada por el dueño del *bungalow*. El hombre encargado del pozo objetó que gotas de agua de nuestro balde lo iban a contaminar. Por tanto, comenzó a crearnos dificultades y a molestar a Dudabhai. Dije a todos que no hicieran caso de ese hombre, y continuaran sacando agua del pozo a costa de todo. Cuando vio que no contestábamos con actitudes agresivas a sus abusos, el hombre se avergonzó y cesó de molestarnos.

Sin embargo, fue interrumpida toda ayuda financiera. El amigo que había preguntado si un intocable podría nunca ser capaz de seguir las reglas de la *ashram*, nunca esperó que algo así pudiera suceder. Con la interrupción de la ayuda financiera, llegaron hasta nosotros rumores de un posible boicot social. Estábamos preparados para todo eso. Dije a mis compañeros que si éramos boicoteados y se nos negaban las facilidades acostumbradas, no dejaríamos Ahmadabad. Más aún, iríamos a vivir al barrio de los intocables y nos ganaríamos el sustento con todo lo que pudiéramos obtener por nuestro trabajo manual.

Las cosas llegaron a tal extremo que un día se me acercó Maganlal Gandhi con la siguiente noticia:

—Ya no contamos con fondos, y no habrá nada para el próximo mes.

—Entonces iremos al barrio de los intocables —repliqué tranquilamente.

No se trataba de la primera vez que yo debía afrontar una dificultad de esta magnitud. En todas esas ocasiones Dios había enviado su ayuda en el último momento. Una mañana poco después que Maganlal Gandhi me dio la noticia de nuestra escasez en dinero, uno de los niños vino a decirme que un *sheth* que estaba esperando afuera en un coche, quería verme. Salí a atenderlo.

—Quiero dar alguna ayuda a la *ashram*. ¿La aceptaría usted? —me dijo.

—Por supuesto que sí —contesté—. Y debo decirle que estoy en este momento al término de mis recursos.

—Vendré mañana a esta hora —dijo—. ¿Estará usted aquí?

—Sí contesté, y partió.

Al día siguiente exactamente a la hora que había dicho, el coche se acercó hasta nuestra puerta e hizo sonar la bocina. Los niños vinieron con la noticia de que el *sheth* no quería entrar. Salí a verlo. Puso en mis manos valores circulantes por una suma de trece mil rupias, y se fue.

Nunca esperaré esta ayuda. ¡Y qué manera de ofrecerla!

El caballero nunca había visitado anteriormente la *ashram*. Si mal no recuerdo, solo llegamos a encontrarnos una vez. Ninguna visita, ninguna pregunta, ¡simplemente ofreciendo una ayuda y luego partir! Se trataba de una experiencia única para mí. Esta ayuda evitó el éxodo hacia el barrio de los intocables. Ahora nos sentíamos seguros por un año.

Pero así como había un conflicto en el exterior, también había un conflicto en el seno de la misma *ashram*. Aunque en África del Sur amigos intocables solían visitarme y vivir y comer conmigo, mi esposa y otras mujeres no aprobaban la admisión en la *ashram* de los amigos intocables. Mis ojos y mis oídos notaban fácilmente su indiferencia, si no su desagrado hacia Danibehn. Las dificultades monetarias no me habían inquietado, pero este conflicto interno era más de lo que podía aceptar. Danibehn era una mujer como todas. Duda-bhai era un hombre de poca educación pero de sentido común. Me gustaba su paciencia. A veces se encolerizaba, pero en general impresionaba muy bien su indulgencia. Le rogué que tratara de tolerar los ultrajes menores. No solo se mostró de acuerdo, sino que incluso convenció a su mujer que actuara de la misma manera.

La admisión de esta familia significó una buena lección para la *ashram*. Desde el mismo comienzo proclamábamos que la *ashram* no aceptaría la división con los intocables. Los que querían ayudar a la *ashram* sabían, por tanto, a qué atenerse, y el trabajo de la *ashram* en ese sentido se simplificó considerablemente. El hecho de que fueron los hindúes realmente ortodoxos quienes ayudaron a los gastos diarios de la *ashram*, demuestra hasta qué punto fue conmovido el principio de la intocabilidad. Por supuesto que hay muchas más pruebas de esto, pero el hecho de que buenos hindúes no tuvieran escrúpulos en ayudar una *ashram* en la cual nos sentábamos a la misma mesa y comíamos la misma comida que un intocable, no es una prueba pequeña.

Siento tener que pasar por encima de un buen número de experiencias en este sentido, de cómo evitamos cuestiones delicadas que surgían del problema principal, cómo superamos algunas dificultades inesperadas, y varios otros asuntos que son por demás reveladores como descripción de experiencias con la verdad. Los capítulos que siguen sufrirán también por esta circunstancia. Tendré que omitir detalles importantes, porque la mayoría de los personajes del drama aún están vivos, y no es lógico utilizar sin permiso sus nombres en relación a hechos que les conciernen. Es prácticamente imposible obtener su consentimiento o hacer que revisen por sí mismos los capítulos que les atañen. Por otro lado, este procedimiento está fuera de las características de una autobiografía. Por tanto, temo que el resto de la historia, valiosa según mi opinión

para los buscadores de la verdad, debe ser relatada con omisiones inevitables. Sin embargo, espero, y ese es mi deseo, que, Dios mediante, pueda llevar la narración hasta los días de la no cooperación.

11. ABOLICIÓN DE LA EMIGRACIÓN CONTRATADA

Por un momento hemos de dejar la *ashram*, que desde su mismo comienzo debió capear tormentas internas y externas, y considerar brevemente un asunto que atrajo mi atención.

Los obreros contratados eran aquellos que debían emigrar de la India para trabajar bajo un contrato por cinco años más o menos. Bajo el Acuerdo Smuts-Gandhi de 1914, el impuesto de tres libras que debían pagar los emigrantes en Natal, fue abolido, pero la emigración de la India debía ser reconsiderada en su totalidad.

En marzo de 1916 pandit Mahan Mohan Malaviyaji presentó una resolución en la Asamblea Legislativa Imperial para la abolición del sistema de trabajo contratado. Al aceptar la moción, lord Hardinge anunció que había “obtenido del gobierno de su majestad la promesa de la abolición para muy pronto” del sistema. Yo pensé, sin embargo, que la India no podía ser constituida con seguridades tan vagas, sino que debía actuar para una inmediata abolición. La India había tolerado el sistema debido a su negligencia, y en mi opinión había llegado el momento en que la gente podía movilizarse con éxito para obtener la abolición. Me entrevisté con algunos líderes, escribí en los diarios, y comprobé que la opinión pública se mostraba firmemente de acuerdo con una inmediata abolición. ¿Podía ser esto un motivo suficiente para el *satyagraha*? No tenía ninguna duda de que así era, pero no sabía cuál podía ser el *modus operandi*.

Mientras tanto, el virrey no hizo un secreto del significado de “eventual abolición” que, manifestó, implicaba abolición “dentro de un tiempo suficientemente razonable como para permitir que nuevas medidas sean tomadas en función de este problema”.

Así que en febrero de 1917, pandit Malaviyaji pidió autorización para aprobar una ley que aboliera inmediatamente el sistema. Lord Chelmsford negó el permiso. Había llegado el momento para que yo hiciera una gira de agitación por el territorio de la India.

Antes de comenzar la agitación, consideré honesto hablar con el virrey. Solicité una entrevista. Inmediatamente me fue concedida. Mr. Maffey, aho-

ra sir John Maffey, era su secretario privado. Llegamos a estrechar nuestros contactos. Tuve una conversación satisfactoria con lord Chelmsford quien, sin decir nada definitivo, prometió colaborar.

Comencé mi gira por Bombay. Mr. Jehangir Petit tomó a su cargo el reunir un mitin bajo los auspicios de la Asociación Imperial de Ciudadanos. El comité ejecutivo de la Asociación se reunió primeramente para redactar las resoluciones que serían presentadas en el mitin. El doctor Stanley Reed, Sjt. (ahora sir) Lallubhai Samaldas, Sjt. Natarajan y Mr. Petit se hallaban presentes en la reunión del comité. La discusión se centró en torno al período que debía concederse al gobierno para que aboliera el sistema. Hubo tres propuestas: para la abolición “tan pronto fuese posible”, abolición “el 31 de julio” y “abolición inmediata”. Yo me pronuncié por una fecha definida, y que entonces decidiéramos qué hacer si el gobierno no accedía a nuestro pedido en el tiempo fijado. Sjt. Lallubhai era partidario de una abolición inmediata. Consideraba que “inmediata” indicaba un período menor que hasta el 31 de julio. Expliqué que el pueblo no entendería la palabra inmediato. Si se quería que el pueblo hiciera algo, debía dársele una palabra más concreta. Cada uno interpretaría “inmediato” en su propia forma: el gobierno en un sentido, el pueblo en otro. No podía haber cuestión de malentendido “el 31 de julio”, y si nada era hecho para ese entonces, podíamos proceder en consonancia. El doctor Reed comprendió la fuerza de este argumento, y finalmente Sjt. Lallubhai también estuvo de acuerdo. Adoptamos el 31 de julio como la fecha en que la abolición debía ser anunciada. Una resolución en ese sentido fue presentada en el mitin público, y los mítines a través de la India confirmaron la fecha.

La señora Jaiji Petit puso todas sus energías en la organización de una delegación de mujeres que visitara al virrey. Entre las mujeres de Bombay que formaban la delegación, recuerdo los nombres de lady Tata y la ya desaparecida Dilshad Begam. La delegación tuvo gran efecto. El virrey dio una respuesta alentadora.

Visité Karachi, Calcuta y varios otros lugares. Magníficos mítines se realizaron en todas partes, y hubo un entusiasmo desbordante. No esperaba nada parecido cuando la agitación fue iniciada.

En esos días acostumbraba a viajar solo, y pude tener así extraordinarias experiencias. Los hombres del C. I. D. estaban siempre vigilándome. Pero como yo no tenía nada que ocultar, no me molestaron, y tampoco yo les causé molestia alguna. Afortunadamente, para ese entonces aún no había recibido la designación de *mahatmaship*, aunque se trataba de un nombre que ya sonaba mucho en los lugares donde la gente me conocía.

En cierta ocasión los detectives me interpellaron en algunas estaciones, y tomaron el número de mi pasaje. Yo, por supuesto, contesté rápidamente a todas las preguntas que me hicieron. Mis compañeros de viaje me habían tomado por un *sadhu* o un faquir. Cuando vieron que se me molestaba en todas las estaciones, se mostraron exasperados y agresivos con los detectives.

—¿Por qué estáis molestando al pobre *sadhu* por nada? —protestaban—. ¿No has mostrado a esos viles tu pasaje? —preguntaban dirigiéndose a mí.

Yo les contestaba con amabilidad:

—No es molestia mostrarles mi pasaje. Están cumpliendo con su deber.

Los pasajeros no quedaban satisfechos, me evidenciaban cada vez más simpatía y protestaban firmemente contra ese mal trato de un hombre inocente.

Pero los detectives nada significaban. La verdadera molestia era el viaje en tercera clase. Mis más amargas experiencias fueron entre Lahore y Delhi. Me dirigía de Calcuta a Karachi, vía Lahore, donde debía cambiar de tren. Era imposible encontrar un lugar en el tren. Estaba repleto, y los que podían entrar lo hacían a viva fuerza, o por las ventanas si las puertas se hallaban cerradas. Yo debía estar en Calcuta el día fijado para el mitin, y si perdía ese tren no llegaría a tiempo. Pero ya había dejado de lado toda esperanza de poder subir al tren. Nadie quería aceptarme en su compartimiento o vagón, cuando un changador notando mi desesperación se me acercó para decirme:

—Déme doce annas y le obtendré un asiento.

—Sí —le contesté—, te daré las doce annas si me procuras un asiento.

El joven fue de vagón en vagón discutiendo con los pasajeros, pero nadie lo escuchaba. Cuando el tren ya estaba por salir, algunos pasajeros dijeron:

—No hay lugar aquí. Pero puedes meterlo si quieres.

Tendrá que viajar de pie.

—¿Conforme? —me preguntó el joven changador.

Inmediatamente estuve de acuerdo, y me ayudó a entrar a través de una ventana. Así es como tomé el tren, y el changador se ganó sus doce annas.

La noche fue un horror. Los otros pasajeros, mal que bien, iban sentados. Yo estuve de pie dos horas, tomado de uno de los asientos altos. Mientras tanto, algunos pasajeros no dejaban de molestarme incesantemente.

—¿Por qué no se sienta? —preguntaban.

Traté de argumentar de que no había lugar, pero no podían tolerar verme de pie, aunque ellos se hallaban cómodamente acostados. No cesaban de molestarme, y yo no cesaba de contestarles con amabilidad. Esto, por último,

los ablandó. Algunos me preguntaron mi nombre, y cuando lo dije se sintieron avergonzados. Se excusaron e hicieron un lugar para mí. La paciencia fue recompensada. Estaba muerto de cansancio, y mi cabeza ya daba vueltas. Dios me ayudó en el momento que era más necesario.

En esta forma llegué a Delhi y después a Calcuta. El maharajá de Casimbazaar, presidente del mitin en Calcuta, fue quien me hospedó. Como en Karachi, también aquí el entusiasmo fue indescriptible. En el mitin se encontraban presentes algunos ingleses.

Antes del 31 de julio, el gobierno anunció que la emigración bajo contrato quedaba abolida.

Fue en 1894 cuando redacté el primer petitorio protestando contra el sistema, y esperé que esa “semiesclavitud”, como la llamó sir W. W. Gunther, terminaría algún día.

Hubo muchos que participaron en la agitación comenzada en 1894, pero no puedo dejar de decir que el poder del *satyagraha* apresuró el final.

Para más detalles sobre esta agitación y sobre los que tomaron parte en ella, remito al lector a mi *Satyagraha en África del Sur*.

12. LA MANCHA DE ÍNDIGO

Champan es la tierra del rey Janaka. Así como abunda en plantaciones de mangos, también solía estar llena de plantaciones de índigo. Hasta el año 1917. El campesino de Champan estaba obligado por la ley a plantar para su dueño tres de cada veinte partes de su tierra con índigo. El sistema era conocido como *tinkathia*, porque tres *kathas* de cada veinte (que hacían un acre) debían ser plantados con índigo.

Debo confesar que no conocía el nombre entonces, y mucho menos la situación geográfica de Champan, y muy difícilmente tenía alguna noción de las plantaciones de índigo. Había visto fardos de índigo, pero ni siquiera soñado que crecía y era elaborado en Champan con enormes dificultades para miles de agricultores.

Rajkumar Shukla era uno de los agricultores que habían estado viviendo bajo este sistema y estaba consumido por la pasión de lavar esa mancha de índigo, bajo la cual miles de compatriotas estaban sufriendo como había sufrido él.

Este hombre se acercó a mí en Lucknow, a donde yo había ido para el Congreso de 1916.

—Vakil Babu le dirá algo sobre nuestra desgracia —me dijo, urgiéndome a partir para Champaran. Vakil Babu no era otro que Babu Brajkishore Prasad, que se convirtió en mi íntimo colaborador en Champaran, y que es el alma del trabajo público en Bihar. Rajkumar Shukla le trajo a mi tienda. Estaba vestido con un *achkan* de negra alpaca y pantalones. Brajkishore Babu no me impresionó. Supuse que era algún *vakil* que explotaba a los simples campesinos. Habiendo oído de sus labios algo sobre Champaran, repliqué directamente:

—No puedo opinar sin ver la situación con mis propios ojos. Por favor, presente su resolución ante el Congreso pero déjeme en libertad por ahora.

Rajkumar Shukla quería, por supuesto, alguna ayuda del Congreso. Babu Brajkishore Prasad presentó la resolución expresando su simpatía por el pueblo de Champaran, y la misma fue aprobada en forma unánime.

Rajkumar Shukla estaba contento, pero no satisfecho. Quería que yo personalmente visitara Champaran y fuese testigo de las miserias de la gente. Le dije que incluiría a Champaran en la gira que pensaba hacer, y le concedería un día o dos.

—Un día será suficiente —me dijo— y verá usted las cosas con sus propios ojos.

De Lucknow fui a Cawnpore. Rajkumar Shukla me encontró allí.

—Champaran está muy cerca. Por favor, concédanos un día —insistió.

—Le ruego me excusen esta vez. Pero prometo que vendré —dije yo, comprometiéndome para más adelante.

Regresé a la *ashram*. El inexorable Rajkumar llegó hasta allí también.

—Por favor, fije el día ahora —dijo.

—Bueno —le contesté—, debo estar en Calcuta en tal y tal fecha; venga a encontrarme y lléveme desde allí. No sabía adónde iba a ir, qué cosas iba a ver.

Antes de llegar al lugar de Bhupen Babu, en Calcuta, Rajkumar Shukla ya se había establecido allí. Me llevó consigo, y viajamos juntos, llegando a Patna en la mañana.

Esta fue mi primera visita a Patna. No tenía allí amigo ni conocido donde pudiera establecerme. Pero supuse que Rajkumar Shukla, campesino como fue, debía tener alguna influencia en Patna. Le llegué a conocer algo más en el viaje, y al llegar a Patna, no tenía secretos para mí. Era perfectamente inocente de todo. Los *vakiles* que consideraba sus amigos, no era nada de eso. El pobre Rajkumar era más o menos un criado para ellos. Entre tales clientes agricultores y sus *vakiles*, hay un abismo tan profundo como el Ganges.

Rajkumar me llevó a ver a Rajendra Babu, en Patna. Rajendra Babu se había ido a Puri o a otro lugar, ya no recuerdo. Había uno o dos sirvientes en el bungalow, pero no nos prestaron atención. Yo tenía algo para comer conmigo. Quería dátiles, y mi compañero me los trajo del almacén.

En Bihar gobernaba el principio de la intocabilidad. Yo no podía tomar agua en la fuente mientras la usaban los sirvientes, porque algunas gotas del agua que yo usaba podían contaminarlos, ya que los sirvientes no sabían a qué casta yo pertenecía. Rajkumar me llevó al baño interior, pero los sirvientes inmediatamente me llevaron al de afuera. Todo esto me sorprendía e irritaba, porque ya no estaba acostumbrado a esas cosas. Los sirvientes cumplían con su deber, hacían lo que creían que Rajendra Babu hubiera querido que hicieran.

Estas experiencias me hicieron apreciar más a Rajkumar Shukla, e incluso conocerlo mejor. Vi entonces que Rejkumar Shukla no podía orientarme, y que debía tomar las riendas en mis propias manos.

13. EL AMABLE BIHARI

Conocí a Maulana Mazharul Haq en Londres, cuando se hallaba estudiando la carrera de leyes, y al encontrarme con él en el Congreso de Bombay de 1915 —año en que era presidente de la Liga Musulmana— y renovar nuestro conocimiento, me invitó a visitarlo y permanecer en su casa en cualquier ocasión que yo fuera a Patna. Recordé esta invitación, y le envié una nota indicándole el propósito de mi visita. Inmediatamente llegó en su coche, insistiendo en que aceptara su hospitalidad. Le agradecí, solicitándole además que me orientara para poder partir hacia mi destino en el primer tren que saliera, ya que la guía del ferrocarril resultaba poco útil para un extraño como yo. Cambió opiniones con Rajkumar Shukla, y sugirió que fuéramos primero a Muzaffarpur. Partía un tren hacia ese lugar esa misma noche.

Kripalani se encontraba en ese entonces en Muzaffarpur. Lo conocí desde mi visita a Hyderabad. El doctor Choithram me habló de sus grandes sacrificios, de su vida simple, de su *ashram* que el doctor Choithram dirigía con fondos que proveía el profesor Kripalani. Acostumbraba a actuar como profesor en el colegio del gobierno, y acababa de renunciar a su puesto cuando yo llegué allí. Le había enviado un telegrama informándole mi llegada, y me esperó en la estación con toda una multitud de estudiantes, aunque el tren llegó a medianoche. No tenía casa propia, y estaba viviendo con el profesor Malkani, quien, por tanto, se convirtió virtualmente en el encargado de darme albergue.

Era algo extraordinario, en esos días, que un profesor del gobierno alojara en su casa a una persona como yo.

El profesor Kripalani me habló de las terribles condiciones que existían en Bihar, especialmente en cuanto a Tirhut se refería, dándome una clara idea de las dificultades que me esperaban. Él había establecido contactos muy estrechos con los biharis, refiriéndoles el objeto de mi viaje a Bihar.

Por la mañana un pequeño grupo de *vakiles* me visitó. Recuerdo de ellos a Ramnavmi Prasad, y su humildad hizo especial impresión en mí.

—No es posible —dijo— que usted haga un trabajo como el que vino a hacer si permanece aquí (se refería a la casa del profesor Malkani). Usted debe vivir con uno de nosotros. Gaya Babu es un *vakil* muy conocido. Vine de parte de él a invitarlo a que ocupe su casa. Debo confesar que todos tememos al gobierno, pero lo ayudaremos en lo que podamos. La mayor parte de las cosas que le ha contado Rajkumar Shukla son ciertas. Es una lástima que nuestros líderes no estén aquí ahora. Sin embargo, he enviado por Babu Brajkishore Prasad y Babu Rajendra Prasad. Espero que lleguen pronto, y estoy seguro que estarán en condiciones de darle toda la información que necesite y ayudarlo mucho. Por favor, venga a casa de Gaya Babu.

Se trataba de un pedido que no era posible rechazar, aunque dudé por temor a crear una situación embarazosa a Gaya Babu. Pero él mismo me lo impuso, y así fui a vivir con él, que junto con su gente me llenaron de afecto.

Brajkishore Babu llegó de Darbhanga, y Rajendra Babu de Puri. Brajkishore Babu no era el Babu Brajkishore Prasad que yo había conocido en Lucknow. Impresionaba ahora por su humildad, simplicidad, bondad y extraordinaria fe, tan característica de los biharis, y mi corazón se alegró por ello. La forma en que lo consideraban los *vakiles*, fue también una agradable sorpresa.

Muy pronto me sentí estrechamente ligado a este círculo de amigos, con íntima camaradería. Brajkishore Babu me hizo conocer las características del problema. Acostumbraba defender los casos de los agricultores pobres. Tenía dos de estos pendientes al llegar yo al lugar. Cuando no ganaba en alguno de esos juicios, se consolaba pensando que hacía algo por esa pobre gente. No es que no obtuviera honorarios de estos simples campesinos. Los abogados trabajan bajo el supuesto que si no cobran sus honorarios, no tendrán con qué pagar sus gastos, y no estarán en condiciones de llevar ayuda efectiva a esa pobre gente. Las sumas que cobraban, y en general el índice de honorarios de los abogados en Bengala y en Bihar, me dieron vértigos.

—Le pagamos diez mil rupias por esto y su opinión —me dijeron—. Nada menos que cuatro ceros en cada caso.

Los amigos escucharon mi amable reproche, y no me entendieron mal.

—Habiendo estudiado estos casos —les dije— llegué a la conclusión que no se debe seguir yendo a los tribunales legales. Llevando estos casos a la corte, no resulta nada bueno. Cuando los labriegos son tan explotados y están tan llenos de miedo, los tribunales en nada pueden ayudar. La verdadera ayuda es liberarlos del miedo, y no podremos hacerlo hasta que no hayamos extirpado el *tinkathia* de Bihar. Yo había supuesto que estaría en condiciones de partir del lugar en dos días, pero ahora veo que el trabajo puede abarcar incluso dos años. Estoy dispuesto a concederos este tiempo, si es necesario. Ahora sé lo que quiero y espero contar con vuestra ayuda.

Brajkishou Babu se tranquilizó mucho cuando escuchó esto.

—Le daremos toda la ayuda que necesite —dijo lentamente—, pero por favor díganos qué clase de ayuda.

Y así nos quedamos hablando hasta media noche.

—Necesitaré poco de vuestros conocimientos legales —les dije. Pero necesito asistencia en materia religiosa y ayuda en su interpretación. Será necesario afrontar la posibilidad de ir a la cárcel, pero, por más que quiera yo que corran ese riesgo, se arriesgarán en la medida que se sientan capaces de hacerlo. Incluso será necesario que se conviertan en empleados y dejen de lado la profesión por un tiempo indefinido. Me resulta difícil entender el dialecto local del *hindí* y no estoy en condiciones de leer diarios escritos en *kaithi* o *urdu*. Necesitaré que me los traduzcan. No podremos pagar por este trabajo. Todo deberá ser hecho por amor, y sin deseos de obtener beneficios.

Brajkishore Babu comprendió esto inmediatamente, e interrogó a todos sus compañeros al respecto, haciéndome además numerosas preguntas. Quería asumir todas las implicaciones de lo que yo había dicho: cuánto tiempo serían necesarios los servicios de todos, cuántos de ellos se dedicarían a ese trabajo, si podrían servir por turno, etc. Entonces preguntó a los *vakiles* hasta dónde pensaban sacrificarse.

Por último me dijeron lo siguiente:

—Cierta número de nosotros hará todo lo que usted necesite de ellos. Algunos estarán con usted todo el tiempo necesario. La idea de poder ir a la cárcel es algo nuevo para nosotros. Trataremos de asimilar esa idea.

14. FRENTE A FRENTE CON AHIMSA

Mi objetivo era investigar las condiciones de vida de los campesinos de Champaran y comprender sus demandas contra el trato que les prodigaban los

plantadores de índigo. Para ello era necesario que conversara con miles de ellos. Pero consideré esencial, antes de iniciar esta investigación, conocer el punto de vista de los plantadores y entrevistarme con el comisionado de la región. Comprometí sendas reuniones con ellos.

El secretario de la Asociación de Plantadores me dijo lisa y llanamente que yo era un extraño y que nada tenía que hacer entre los plantadores y los campesinos, pero si tenía algo que decir, podía someterlo por escrito. Le contesté amablemente que no me consideraba un extraño, y que tenía todo el derecho de investigar la situación de los campesinos si es que ellos querían que lo hiciera.

El comisionado, a quien visité, me insultó con algunas bravuconadas, y me aconsejó que partiera cuanto antes de Tirhut.

Comuniqué todo esto a mis colaboradores, y les dije que era intención del gobierno impedirme seguir adelante, y que era posible que fuera a la cárcel antes de lo que había supuesto, y que si yo era arrestado, sería mejor que el arresto se produjera en Motihari, o si fuese posible en Bettiah. Por tanto, resultaba aconsejable que partiera hacia esos lugares cuanto antes.

Champaran es un distrito de la región Tirhut y su capital es Motihari. Rajkumar Shukla tenía su casa en las cercanías de Bettiah, y los campesinos que pertenecían a los *kothis* de ese lugar eran los más pobres del distrito. Rajkumar Shukla quería que los visitase, y él mismo estaba ansioso por hacerlo.

Por consiguiente, partí con mis colaboradores hacia Motihari ese mismo día. Babu Gorakh Prasad nos alojó en su casa, que se convirtió en un verdadero campamento. Apenas si podía contenernos a todos. A nuestra llegada nos enteramos que a unas cinco millas de Motihari, un campesino fue seriamente maltratado. Se decidió que, en compañía de Babu Dharanidhar Prasad, iría a visitarlo la mañana siguiente, y acordamos hacer el viaje en elefante. Apenas habíamos hecho la mitad del camino, cuando un mensajero del jefe de Policía nos alcanzó con una orden de este para que no siguiéramos nuestro camino. Yo debía volver, y lo hice en el coche que trajo al mensajero. Este me entregó entonces una comunicación para que dejara Champaran, y me llevó hasta mi residencia. Como me solicitara que por escrito le confirmara haber recibido esa comunicación, lo hice manifestando que no me proponía dejar Champaran hasta que mi investigación hubiese terminado. Por tanto, recibí una orden judicial emplazándome a concurrir ante el juez al día siguiente por haber desobedecido una orden de dejar Champaran.

Me mantuve despierto toda la noche escribiendo cartas y dando todas las instrucciones necesarias a Babu Brajkishore Prasad.

Las noticias de la orden y del juicio se extendieron como el fuego; luego supe que Motihari fue testigo de escenas sin precedentes en su historia. La casa de Gorakhababu y el edificio del tribunal se hallaban rodeados por una enorme multitud. Afortunadamente había terminado durante la noche con todo mi trabajo, y por consiguiente estaba en condiciones de dedicarme a la muchedumbre. Mis colaboradores se esforzaban por mantener la disciplina en el seno de la multitud, ya que esta me seguía donde yo fuera.

Una especie de simpatía surgió entre los funcionarios —el magistrado, el jefe de Policía— y yo. Podía haberme resistido legalmente a las órdenes que se me habían impartido. Sin embargo, las acepté todas, y mi conducta ante los funcionarios era correcta. Veían entonces que yo no quería ofrecer resistencia civil a las órdenes que de ellos emanaban. En ese sentido se vieron ante una situación especial, y en vez de hostigarme, se mostraron satisfechos de comprobar la colaboración que prestábamos yo y mis compañeros para no permitir que la multitud se extralimitara. Pero se trataba de una demostración palpable de que la autoridad se tambaleaba. La gente en ese momento había perdido todo temor al castigo, y manifestaban su obediencia al poder del amor que su nuevo amigo ejercía.

Es necesario recordar que nadie me conocía en Champaran. Los campesinos lo ignoraban todo. Champaran muy lejos al norte del Ganges, y justo al pie del Himalaya, en las cercanías de Nepal, se hallaba separada del resto de la India. El Congreso era prácticamente desconocido en esas regiones. Incluso los que habían oído el nombre del Congreso se abstendían de unirse a él o siquiera de mencionarlo. Y ahora el Congreso y sus miembros habían llegado hasta ellos, aunque no en nombre del Congreso, sino en un sentido mucho más concreto.

En consulta con mis colaboradores, habíamos decidido que nada sería hecho en nombre del Congreso. Lo que queríamos era trabajo y no nombre, materia y no fantasía. El nombre del Congreso era una *bête noire* para el gobierno y los plantadores. Para ellos, el Congreso era una asociación de abogados rebeldes. La evasión de la ley mediante artimañas legales, una asociación para el crimen anárquico y para la diplomacia y la hipocresía. Por tanto, decidimos no mencionar el nombre del Congreso y no poner en conocimiento de los campesinos la organización llamada Congreso. Era suficiente, considerábamos, que comprendieran y fueran tras el espíritu del Congreso en vez de perseguir su letra.

De modo que el Congreso no había enviado emisarios, secretos o no, para que prepararan nuestra llegada. Rajkumar Shukla no podía haberse entrevistado con todos los miles de campesinos. Ningún trabajo político había sido

hecho aún entre ellos. El mundo que estaba más allá de las fronteras de Champaran, les era desconocido. Y sin embargo, me recibieron como si hubiésemos sido amigos de largo tiempo atrás. No es exageración, sino la misma verdad, el decir que en este mitin con los campesinos estuve frente a frente con Dios, Ahimsa y la verdad.

Cuando pensé en mis títulos para esta obra, solo encontré mi amor por el pueblo. Y esto no es otra cosa que una expresión de mi indestructible fe en Ahimsa.

Ese día en Champaran constituyó un acontecimiento inolvidable en mi vida y una señal inextinguible para los campesinos y para mí.

De acuerdo con la ley, yo debía asistir a mi juicio, pero hablando con propiedad, se trataba más bien del juicio al gobierno. El jefe de Policía solo logró atrapar al gobierno en la trampa que había dispuesto para mí.

15. ACUSACIÓN RETIRADA

El juicio comenzó. El fiscal del gobierno, el magistrado y los otros funcionarios se encontraban entre la espada y la pared. No atinaban a saber qué hacer. El fiscal insistía ante el magistrado para que se pospusiera el juicio. Pero yo solicité al juez que no se pospusiera, ya que quería declararme culpable de haber desobedecido la orden de salir de Champaran, y leí la breve presentación que sigue:

“Con el permiso de la corte, quisiera hacer esta presentación, explicando por qué asumí la responsabilidad de, aparentemente, desobedecer la orden pasada bajo la Sec. 144 de Cr. P. C. En mi humilde opinión, se trata de una diferencia de concepto entre la administración local y mi persona. Llegué al lugar con el objeto de cumplir un servicio nacional y humanitario. Lo hice en respuesta a una insistente invitación que se me hacía para que ayudara a los campesinos, quienes consideran que no son tratados con justicia por los plantadores de índigo. No puedo brindar mi ayuda sin estudiar antes el problema. Por tanto, llegué hasta aquí para estudiarlo con la colaboración, si es posible, de la administración local y de los plantadores. No tengo otro motivo, y no es posible creer que mi llegada aquí puede en forma alguna provocar disturbios, alterar la tranquilidad pública y determinar la pérdida de vidas. Creo que tengo suficiente experiencia en estos asuntos. La administración, sin embargo, pensó de manera diferente. Comprendo perfectamente sus dificultades, y admito también que solo pueden proceder de acuerdo con las informaciones

que reciben. Como un ciudadano respetuoso de las leyes, mi primera actitud debe ser, como lo fue realmente, obedecer la orden que se me daba. Pero no podría obedecerla sin violentar mi sentido del deber hacia quienes me han llamado y por quienes he venido. Siento que solo puedo servirlos permaneciendo junto a ellos. Por tanto, no puedo retirarme voluntariamente. Y en este conflicto de deberes, solo puedo echar la responsabilidad de apartarme de ellos sobre la administración. Soy plenamente consciente de que una persona que ocupa una posición en la vida pública de la India como la que yo ocupó, debe ser sumamente cuidadosa en sentar un ejemplo con sus actitudes. Es mi firme convicción que bajo la compleja constitución que estamos viviendo, la única actitud sana y honesta para un hombre que se respeta es, en las circunstancias en que yo me encuentro, hacer lo que he decidido hacer, es decir, someterme sin protesta a la acusación de desobediencia.

”Hago esta presentación no para obtener una reducción de la pena que puede ser pronunciada contra mí, sino para señalar que he desobedecido la orden que se me hizo llegar no por querer faltar al respeto a la autoridad legal, sino en obediencia a la ley más importante de nuestra vida, la voz de la conciencia”.

Ya no había ocasión ahora de posponer el juicio, pero como tanto el juez como el fiscal fueron tomados de sorpresa, el juez pospuso la causa. Mientras tanto, envié amplios detalles del caso al virrey, a los amigos de Patna, al pandit Madan Mohan Malavya y a otras personalidades.

Antes que pudiera presentarme ante la corte para recibir la sentencia, el juez envió un mensaje escrito diciendo que el teniente-gobernador había ordenado que fuera retirada la acusación contra mí, y por su lado, el jefe de Policía me escribió para comunicarme que estaba en libertad de proseguir con la investigación que me había propuesto realizar, y que podía contar con los funcionarios del gobierno para cualquier ayuda que necesitase. Nadie de nosotros estaba preparado para un final tan rápido y feliz.

Así fue como el país tuvo su primera lección práctica en materia de desobediencia civil. El asunto fue libremente discutido tanto en los círculos locales como en toda la prensa, y mi investigación recibió una inesperada publicidad.

Para esa investigación era necesario que el gobierno permaneciera neutral. La investigación en sí, no necesitaba apoyo de los periodistas ni siquiera artículos editoriales en los diarios. La situación en Champaran era tan delicada y difícil, que una crítica demasiado apasionada o reportajes sensacionales solo podían ocasionar perjuicios a la causa que estábamos buscando llevar a feliz término. Por tanto, escribí a los directores de los principales diarios so-

licitándoles no se molestasen en enviar cronistas, ya que yo mismo les haría llegar todo lo que pudiera ser interesante para ser publicado, y asimismo los mantendría informados.

Sabía que la actitud del gobierno aceptando mi presencia había desagrado a los plantadores de Champaran, e incluso sabía que los funcionarios, aunque nada podían decir abiertamente, difícilmente se avendrían a mi presencia. De modo que si aparecían en los diarios notas incorrectas o parciales, los encolerizaría más aún, y su ira, en vez de caer sobre mí, seguramente caería sobre los pobres campesinos, oponiendo al mismo tiempo serias trabas a mi búsqueda de la verdad en este caso.

A pesar de estas precauciones, los plantadores lanzaron contra mí una agitación envenenada. Toda clase de falsedades aparecieron en la prensa sobre mí y mis colaboradores. Pero mi extremada serenidad e insistencia en la verdad, incluso en el detalle más mínimo, hizo girar hacia ellos el filo de la espada.

Los plantadores no dejaron piedra sin dar vuelta en cuanto a lanzar invectivas y falacias sobre Brajkishorebabu, pero cuando más inventaban sobre él, más crecía su figura en la estima del pueblo.

En una situación tan delicada como esta, pensé que no resultaba apropiado invitar a líderes de las otras provincias. Pandit Malaviyaji me hizo saber que en cualquier momento que lo necesitase, solo tenía que enviarle una palabra, pero no lo molesté. Trataba de evitar que la lucha asumiera un aspecto político. Sin embargo, envié a los líderes y a los principales diarios largos informes, no para ser publicados, sino para su propia información. Había comprobado que, aunque el objetivo fuera político, no siendo política la causa, era posible perjudicarla otorgándole un aspecto político, y ayudarla, por el contrario, manteniéndola en los límites de la no política. La lucha en Champaran demostró que la ayuda desinteresada al pueblo en cualquier esfera, termina por ayudar políticamente al país.

16. MÉTODOS DE TRABAJO

Para comprender totalmente la investigación hecha en Champaran, sería necesario relatar la historia del campesinado de Champaran, cosa que queda fuera de cuestión en estos capítulos. La investigación en Champaran constituyó un experimento con la verdad y con *ahimsa*, y estoy narrando, semana a semana, solamente lo que me ocurrió a mí y lo que resulta valioso desde este

punto de vista. Para mayores detalles, el lector debe recurrir a la historia en *hindí* del *satyagraha* en Champaran, escrita por Sjt. Rajendra Prasad, de la cual se me dijo que una edición inglesa está por aparecer*.

Pero volviendo al tema de este capítulo, diré que la investigación no podía ser dirigida desde la casa de Gorakhababu sin solicitar al pobre Gorakhababu que la dejara libre. Y la gente de Motihari aún no había superado su miedo para alquilarnos una casa. Sin embargo, Brajkishorebabu logró obtener una casa con considerable espacio, y nos mudamos allí.

No era posible, además, llevar adelante el trabajo sin dinero. Tampoco hubiese sido práctico recurrir a la población en busca de apoyo financiero en una campaña de este tipo. Brajkishorebabu y sus amigos eran en su mayoría *vakiles* que contribuían con lo que tenían, u obtenían fondos de sus amigos cuando se les presentaba alguna ocasión. ¿Cómo podían pedir al pueblo que pagara cuando ellos y sus iguales estaban en perfectas condiciones de hacerlo? Este parecía ser el mejor argumento. Decidí no aceptar cosa alguna de los campesinos del Champaran. Podía ser mal interpretado. Asimismo estaba determinado a no recurrir al país en busca de fondos para conducir la investigación. Esto hubiera sido otorgarle en toda la India una jerarquía política. Los amigos de Bombay ofrecieron quince mil rupias, pero decliné este ofrecimiento dándoles las gracias. Decidí obtener lo más posible, con ayuda de Brajkishorebabu, de los *biharis* que vivían fuera de Champaran y, si esto no alcanzaba, recurrir a mi amigo el doctor P. J. Mehta, de Rangoon. El doctor inmediatamente estuvo de acuerdo en enviarme todo lo que llegase a necesitar. Por tanto, desde este punto de vista no debíamos preocuparnos. Además, no necesitábamos recurrir a grandes sumas, ya que reducíamos nuestra economía en consonancia con la pobreza que reinaba en Champaran. Y por otro lado, descubrimos que no necesitábamos grandes sumas de dinero. Tengo la impresión que en total no gastamos más de tres mil rupias, y, si mal no recuerdo, ahorramos unos cientos de rupias de lo que habíamos reunido.

Las curiosas formas de vida de mis compañeros en esos primeros días, constituían temas de constante sátira. Cada uno de los *vakiles* tenía un sirviente y un cocinero, además de una cocina separada, y a menudo realizaban su última comida hacia medianoche. Aunque lo hacían a sus propias expensas, sus irregularidades me preocupaban; pero como nos habíamos convertido en íntimos amigos, no había posibilidad de un malentendido entre nosotros, y recibieron

* La edición inglesa ha sido publicada ya por S. Ganesan, Triplicane, Madrás. Catre liviano indo.

mis chanzas de buena manera. Por último, se decidió dejar de lado los sirvientes, acomodarse todos en una sola cocina, y observar un horario. Como no todos eran vegetarianos, y como dos cocinas hubiesen resultado costosas, se resolvió contar con una cocina vegetariana para todos. Asimismo, se insistió en la necesidad de recurrir a comidas simples.

Estas medidas redujeron considerablemente los gastos, y nos ahorraron mucho tiempo y energías, y de ambas cosas estábamos muy necesitados. Multitudes de campesinos venían a plantear sus opiniones, y eran seguidos por un ejército de compañeros que mantenían la organización y disciplina de la gente. Los esfuerzos de mis compañeros para salvarme de los buscadores de *darshan* no resultaban suficientes muchas veces, y debía ser exhibido ante ellos a ciertas horas. Por último, se solicitó a cinco o siete voluntarios que recibieran las declaraciones e incluso así mucha gente quedaba sin poder declarar. No eran esenciales todas las declaraciones, muchas resultaban simples repeticiones, pero la gente no quedaba satisfecha de otra manera, y yo comprendía perfectamente sus sentimientos en este sentido.

Los que recibían las declaraciones debían observar ciertas reglas. Cada campesino era detenidamente examinado, y cualquiera que no satisfacía la prueba, rechazado. Esto insumía mucho tiempo, pero gracias a ello, la mayoría de las declaraciones resultaron incontrovertibles.

Un funcionario de la policía estaba siempre presente cuando las declaraciones eran recibidas. Podíamos haber rechazado esta presencia, pero desde un comienzo decidimos no solo hacer caso omiso de los funcionarios de la policía, sino también tratarlos con cortesía y ofrecerles toda la información que era posible. Esto no podía perjudicarnos en absoluto. Por el contrario, el hecho de que las declaraciones fueran tomadas en presencia de los funcionarios de la policía, permitía a los campesinos desembarazarse de sus temores. Si, por un lado el excesivo temor de los campesinos a la policía era eliminado de sus espíritus en cierta forma, por el otro, su presencia impedía una natural tendencia a la exageración. Los amigos de la policía se dedicaban a preparar trampas a la gente; por tanto, los campesinos debían necesariamente ser cautos.

Como no quería irritar a los plantadores, sino conquistarlos mediante la cordialidad, decidí escribir a aquellos contra quienes se hacían las más serias acusaciones, y hasta entrevistarlos con ellos. También me entrevisté con la Asociación de Plantadores, les presenté las demandas de los campesinos, y entablé conocimiento con sus puntos de vista. Algunos de los plantadores me odiaban, otros se mostraban indiferentes, y muy pocos me trataron con cortesía.

17. LOS COMPAÑEROS

Brajkishorebabu y Rajendrababu constituían una pareja que no se separaba de mí. Su devoción hacía imposible que diera un solo paso sin ayuda de ellos. Sus discípulos, o sus compañeros —Shambhubabu, Anugrahbabu, Dharanibabu, Ramnavmibabu y otros *vakiles*— estaban siempre con nosotros. Vindhyababu y Janakdharibabu también vinieron a ayudarnos. Todos ellos eran *biharis*. Su tarea principal consistía en recibir las declaraciones de los campesinos.

El profesor Kripalani no podía dejar de lanzarse a la lucha junto con nosotros. Aunque *sindhi*, era más *bihari* que un *bihari* nativo. Conocí a muy pocos capaces de asimilarse totalmente la provincia de adopción. Kripalani es uno de esos pocos. Nadie podía decir que pertenecía a otra provincia. Se constituyó en mi portero en jefe. Su objetivo llegó a ser el salvarme de los buscadores de *darshan*. Conquistaba a la gente, la alentaba a la colaboración, con un imperturbable buen humor y suma cordialidad. Y por la noche retomaba su actividad de maestro, y ofrecía a sus compañeros todo lo que llevaba realizado en materia de investigaciones históricas.

Maulana Mazharul Haq registró su nombre en la lista de colaboradores con quienes podía contar en cualquier momento que fuese necesario, acostumbándose a visitarnos para ver qué sucedía una o dos veces por mes. La pompa y el esplendor con los cuales vivía en esa época constituyen un agudo contraste con la vida simple que lleva hoy. La manera en que se asoció a nosotros, nos hacía sentir que era uno de los nuestros, aunque su sola forma de vestir hubiera impresionado en forma distinta a un extraño.

A medida que adquiría mayores experiencias sobre Bihar, me convenía que un trabajo que debía ser permanente resultaba imposible sin una adecuada educación de la población. La ignorancia de los campesinos era algo patético. Permitían a sus hijos ya sea dedicarse a la vagancia, ya a pasar jornadas de sol a sol en las plantaciones de índigo por unas monedas diarias. En esos días el salario de un hombre no pasaba de las diez *pice*, una mujer no ganaba más de seis, y un niño de tres. El que lograba ganar cuatro *annas* por día, podía considerarse afortunado.

De acuerdo con mis compañeros, decidimos instalar escuelas primarias libres en seis aldeas. Una de las condiciones que imponíamos a los habitantes de esos lugares es que ellos debían proveer lugar para la escuela y para el alojamiento del maestro, mientras que nosotros cuidaríamos de los otros gastos. La gente de las aldeas difícilmente contaba alguna vez con dinero efec-

tivo en sus manos, pero podían abastecer al maestro de frutas e incluso de cereales.

Pero dónde obtener los maestros constituía un problema de difícil solución. Imposible encontrar en ese lugar maestros que estuvieran dispuestos a trabajar por muy poco sueldo o casi sin remuneración alguna. Aunque en mi opinión no era necesario colocar a los niños bajo la férula de los maestros comunes. Su preparación literaria no importaba tanto como su preparación moral.

De modo que hice un llamado público para obtener maestros voluntarios. Y el llamado recibió rápida respuesta. Sjt. Gan adharrao Deshpande envió a Babasaheb Soman y Pundalik. Shrimati Avantikabai Gokhale vino de Bombay y Mrs. Anandibai Vaishampayan, de Poona. La *ashram* de Chhotalal envió a Surendranath y a mi hijo Devdas. Hacia esa época Mahadev Desai y Narahari Parikh, con sus esposas, se unieron a mí. Kasturbai también participaba en las tareas. Todos juntos constituían un contingente verdaderamente poderoso. Shrimati Avantikabai y Shrimati Anandibai contaban con suficiente preparación, pero Shrimati Durga Desai y Shrimati Manibehn Parikh no renunfían otra cosa que un reducido conocimiento del *gujaratí*, y Kasturbai ni siquiera eso. ¿Cómo harían estas mujeres para instruir a los niños en *hindí*?

Les expliqué que no se esperaba de ellas que enseñaran a los niños gramática o las tres R, sino más bien el sentido de la higiene y de los buenos modales. Les expliqué luego que no había mucha diferencia entre los alfabetos *gujaratí*, *hindí* y *marathi* a pesar de lo que solía creerse, y que en las clases inferiores, en todo caso, la enseñanza de los rudimentos del alfabeto y de los números no era cosa difícil. El resultado fue que las clases que daban estas mujeres constituyeron un éxito. Y esta experiencia les dio más confianza e interés en su trabajo. La escuela de Avantikabai se transformó en un verdadero modelo. Con toda su alma y corazón se dedicó al trabajo. Y por medio de estas maestras, pudimos en cierta forma hacer llegar nuestra influencia hasta las mujeres de las aldeas.

Pero yo no quería reducirme a proveer a las aldeas con una enseñanza primaria. Esas aldeas eran lugares insalubres, las calles estaban llenas de inmundicias, los pozos apestaban. Además, no solo educación en este sentido era lo que necesitaban los mayores, pues sufrían también de varias enfermedades provocadas justamente por esta situación. Por consiguiente, se decidí realizar todo el trabajo sanitario que fuera posible y penetrar en cada aspecto de sus vidas.

Necesitábamos médicos para esta tarea. Solicité a la Sociedad de Sirvientes de la India que nos facilitara los servicios del difunto doctor Dev.

Habíamos sido grandes amigos, e inmediatamente ofreció su colaboración por un período de seis meses. Los maestros —hombres y mujeres— debían actuar todos a sus órdenes.

Todos tenían instrucciones precisas de no inmiscuirse en lo que se refería a la lucha contra los plantadores o en cuestiones políticas. La gente que tuviera alguna queja que hacer, debía dirigirse a mí. Nadie podía ir más allá de su cometido específico. Los amigos cumplieron estas instrucciones con magnífica fidelidad. No recuerdo un solo caso de indisciplina.

18. INVADIENDO LAS ALDEAS

En la medida que resultaba posible, a cargo de cada escuela poníamos a un hombre y una mujer. Estos voluntarios debían atender, asimismo, los problemas médicos y sanitarios. Las mujeres del lugar debían ser conquistadas por medio, también, de mujeres.

En lo que respecta a la parte médica, se trataba de un asunto sencillo. Aceite castor, quinina y preparados de azufre eran las únicas drogas con que eran abastecidos los voluntarios. Si el paciente mostraba una lengua sucia o se quejaba de un constipado, se le administraba aceite castor; en caso de fiebre, después del aceite castor se administraba una dosis de quinina, y los preparados de azufre eran aplicados sobre las llagas después de un adecuado lavaje. No se permitía a los pacientes llevar los remedios a sus casas. Cuando surgía alguna complicación, era consultado el doctor Dev. Asimismo, este acostumbraba visitar cada lugar un día determinado de la semana.

La cuestión sanitaria era algo más complicada. La gente no estaba preparada en este sentido. Incluso, los agricultores no eran materia dispuesta. Pero el doctor Dev no era hombre a quien fuera posible desalentar fácilmente. Él y los voluntarios concentraban sus energías en limpiar totalmente una aldea, y dejarla en condiciones ideales, y con toda cordialidad persuadían a los pobladores a encontrar voluntarios entre sus propias filas. En algunas aldeas avergonzaban a la gente realizando todo el trabajo; en otras, la gente se entusiasmaba tanto, que incluso preparaban caminos para que mi coche pudiera viajar de un lugar a otro. Estas agradables experiencias, junto con amargas demostraciones de apatía, no dejaban de presentarse en mucha gente. Recuerdo a algunos aldeanos que francamente expresaban su descontento con este trabajo.

No estaría fuera de lugar relatar aquí una experiencia que ya he narrado en oportunidades anteriores en varios mítines. Bhitiharva era una pequeña aldea en la que actuaba una de nuestras escuelas. Tuve que visitar una aldea

aún más pequeña en sus alrededores, y encontré a algunas mujeres vistiendo ropas muy sucias. Le pedí a mi mujer que les preguntara por qué no lavaban sus ropas. Ella les habló. Una de estas mujeres la llevó a su choza, y le dijo:

—Mira aquí, no hay caja ni armario que contenga otra ropa. El *sari* que estoy usando es el único que tengo. ¿Cómo puedo lavarlo? Dile a *Mahatmaji* que me consiga otro *sari*, y le prometo entonces que me bañaré y pondré ropa limpia todos los días.

Esta casa no constituía una excepción, sino algo que se encontraba en numerosas aldeas de la India. En muchos lugares la gente vive sin muebles y sin poder cambiarse de ropa, simplemente con unos harapos que apenas alcanzan a cubrir sus desnudeces.

Aún quiero señalar otra experiencia. En Champaran no falta la paja ni el bambú. La cabaña que construyeron para la escuela de Bhitiharva estaba hecha de estos materiales.

Alguien —probablemente uno de los plantadores vecinos— le prendió fuego una noche. Por consiguiente, no era recomendable construir otra escuela con bambú y paja. Esta escuela estaba a cargo de Sjt. Soman y Kasturbai. Sjt. Soman decidió construir una casa *pukka*, y gracias a su trabajo de persuasión, muchos cooperaron con él, y muy pronto la casa estuvo lista. Ya no había peligro de que pudiera ser incendiada.

Así, gracias a los voluntarios de las escuelas, al trabajo que realizaban en materia sanitaria y a los cuidados médicos que prodigaban, ganamos la confianza y el respeto de la gente de las aldeas, y pudimos influir sobre ella en más de un aspecto positivo.

Pero debo confesar con pena que mi esperanza de poder colocar estas tareas constructivas sobre una base permanente, no se cumplieron. Los voluntarios vinieron por períodos determinados; no pude conseguir muchos más de afuera, y era imposible contar con colaboradores permanentes de Bihar a sueldo.

Tan pronto como mi trabajo en Champaran terminó, el trabajo de afuera, que se estaba preparando mientras tanto, me requirió. Los pocos meses de trabajo en Champaran, sin embargo, calaron tan hondo en la realidad, que su influencia, en una forma u otra, puede observarse hasta hoy en día.

19. CUANDO UN GOBERNADOR ES BUENO

Mientras, por un lado, se intentaba poco a poco llevar a cabo una tarea de servicio social, tal como la he descrito en los capítulos anteriores, por otra

parte, el trabajo de recibir las declaraciones sobre las demandas de los campesinos progresaba rápidamente. Miles de estas declaraciones fueron registradas y, lógicamente, debía llegar a ejercer influencia. El creciente número de campesinos que venía a prestar declaración atemorizó a los plantadores, y movieron cielo y tierra para contraatacar mi investigación.

Un día recibí una carta del gobierno de Bihar con el siguiente contenido: “Su investigación se ha prolongado suficientemente; ¿no debiera concluir ya y partir de Bihar?”. La carta estaba redactada con suma amabilidad, pero su sentido resultaba obvio.

Les contesté por carta que la investigación debía aún prolongarse, y que hasta que su resultado no significara una ayuda para el pueblo, no tenía intención de dejar Bihar. Puntalicé que estaba en manos del gobierno poner término a mi investigación aceptando como legítimas las demandas de los campesinos, y satisfaciéndolas, o reconociendo que los campesinos han demostrado *prima facie* la necesidad de una investigación oficial que debía ser llevada a cabo inmediatamente.

Sir Edward Gait, teniente-gobernador, me pidió lo visitase, expresándome su deseo de realizar una investigación e invitándome a formar parte del comité. Estudié los nombres de los otros miembros, y después de discutirlo con mis colaboradores acepté participar en el comité con la condición de que estaría en libertad de discutir con mis colaboradores la marcha de la investigación, de que el gobierno reconociera que aun siendo miembro del comité no dejaba de ser el abogado de los campesinos, y que en caso de que fracasase la investigación, como satisfacción se me concediera amplia libertad para orientar y aconsejar a los campesinos sobre cuál debía ser su futura línea de conducta.

Sir Edward Gait aceptó estas condiciones como justas y lógicas, y anunció la iniciación de las tareas investigadoras. El difunto sir Frank Sly fue nombrado presidente del comité.

El comité se pronunció a favor de los campesinos, recomendó que los plantadores debían restituir una serie de exacciones cometidas por ellos que el comité consideraba ilegales, y que el sistema de *tinkathia* fuera abolido por ley.

A sir Edward Gait se debe en gran parte que el comité haya presentado un informe aprobado en forma unánime, y que la ley agraria fuera promulgada de acuerdo con las recomendaciones del comité. Si él no hubiese adoptado una actitud firme, y si no hubiese actuado con la mayor inteligencia y tacto en este asunto, el informe no hubiera sido unánime, y el acta agraria no hubie-

se sido sancionada. Los plantadores demostraron contar con mucho poder. Ofrecieron tenaz resistencia a la ley a pesar del informe, pero sir Edward Gait permaneció firme hasta el último momento y llevó hasta su última instancia la aplicación de las recomendaciones del comité.

Por tanto, quedó abolido el sistema *tinkathia* después de cien años existencia, y con ello llegó a su término el *raj* de los plantadores. Los campesinos, que todo este largo tiempo vivían como aletargados, gracias a esto se recobraron en cierta forma, y la superstición de que la mancha de índigo nunca podría ser lavada se derrumbó estrepitosamente.

Mi deseo era continuar con este trabajo constructivo por algunos años, establecer más escuelas y llegar a las aldeas en forma más efectiva. El terreno estaba preparado para ello, pero no fue del agrado de Dios, como muchas veces sucedió antes, el permitir que mis planes se completaran. El destino decidió otra cosa, llevándome hacia el cumplimiento de tareas en otros lugares.

20. EN CONTACTO CON LOS OBREROS

Me hallaba trabajando aún en el seno del comité, cuando recibí una carta de Sjts. Mohanlal Pandya y Shankarlal Parikh en la que me comunicaban el fracaso de las cosechas en el distrito de Kheda, solicitando que aconsejara a los campesinos ya que les era imposible pagar sus arrendamientos. Yo no me sentía inclinado, ni tenía la habilidad o la audacia suficiente para opinar sin un estudio sobre el lugar de los hechos.

Al mismo tiempo llegó una carta de Shrimati Anasuyabai sobre las condiciones de trabajo en Ahmadabad. Los salarios eran bajos, y los trabajadores exigían desde hacía largo tiempo un aumento, y mi deseo era colaborar con ellos en la medida de mis posibilidades. Pero no tenía confianza en poder hacer algo, desde tan lejos, en un asunto tan limitado como este. Por consiguiente, aproveché la primera oportunidad que se me presentó para dirigirme a Ahmadabad. Tenía la esperanza de poder terminar pronto con ambos asuntos y regresar a Champaran para supervisar el trabajo constructivo que había sido iniciado allí.

Pero las cosas no marcharon con tanta facilidad como yo hubiese deseado, y no pude regresar a Champaran, con el resultado de que las escuelas se fueron cerrando una a una. Tanto mis colaboradores como yo habíamos construido muchos castillos en el aire, pero por el momento todos se habían desvanecido.

Uno de estos castillos, era la cuestión de la protección a las vacas en Champaran, trabajo que debía realizarse junto con las tareas sanitarias y educativas. Había visto, en el curso de mis viajes, que la protección a las vacas y la propagando *hindí* se habían constituido en tarea exclusiva de los *marwadis*. Un amigo *marwadi* me llevó a su *dharmashala* cuando estuve en Bettiah. Otro *marwadi* del lugar me interesó en su *goshala* (tambo). Mis ideas sobre cuál debía ser la protección debida a las vacas se completaron en ese entonces, y mi concepto sobre este trabajo es hoy el mismo que en aquella ocasión. La protección a las vacas, en mi opinión, incluye la crianza de ganado, mejoramiento de la raza y aumento del rebaño, organización de tambos modelos, etc. Los amigos *marwadis* prometieron total colaboración en estos trabajos, pero como yo no pude establecerme en Champaran, el plan no pudo ser llevado a cabo.

El *goshala* de Bettiah aún se encuentra allí, pero no se convirtió en un tambo modelo, el buey de Champaran aún es obligado a trabajar más allá de sus fuerzas, y el así llamado hindú aún explota al pobre animal y traiciona los dictados de su religión.

El hecho de que este trabajo hubiera quedado sin realizar, constituyó siempre para mí un motivo de pena, y cada vez que voy a Champaran y escucho los amables reproches de los amigos *marwadis* y *biharis*, recuerdo con gran tristeza todos esos planes que tuve que abandonar en forma tan repentina.

El trabajo educacional, en una forma u otra, sigue realizándose en muchos lugares. Pero el trabajo de protección a las vacas no se asentó, y por consiguiente no progresó por el camino que le habíamos fijado.

Mientras aún se discutía la cuestión de los campesinos de Kheda, ya había encarado el problema de los obreros textiles en Ahmadabad.

Me encontraba en una situación por demás delicada. El problema era difícil. Shrimati Anasayubai debía luchar contra su propio hermano, Sjt. Ambalal Saraghai, que estaba del lado de los propietarios. Mis relaciones con este eran amistosas, y eso hacía que resultase más difícil aún luchar contra él. Realicé consultas con los propietarios, y le solicité que eleváramos la disputa a un arbitraje, pero se negaron a reconocer el principio del arbitraje.

Por tanto, tuve que aconsejar a los obreros que recurrieran a la huelga. Antes de hacerlo, mantuve íntimos contactos con ellos y sus líderes, y les expliqué en qué condiciones podía tener éxito la huelga:

- 1) Nunca recurrir a la violencia.
- 2) No molestar a los obreros que desearan trabajar.

3) Nunca depender de limosnas, y

4) Mantenerse firmes, no importa cuánto tiempo durase la huelga, y ganar lo necesario para subsistir, durante la misma, mediante cualquier trabajo honesto.

Los líderes de la huelga comprendieron estos principios y los aceptaron, y los obreros proclamaron en una asamblea el principio de no reanudar el trabajo hasta que sus exigencias fuesen aceptadas o los propietarios aceptaran recurrir al arbitraje.

Durante esta huelga llegué a conocer íntimamente a Sjts. Vallabhbbhai Patel y Shankarlal Banker. A Shrimati Anasuyabai lo conocía bien de tiempo atrás.

Manteníamos reuniones diarias con los huelguistas, bajo la sombra de un árbol, a la orilla del Sabarmati. Por miles concurrían a estos mítines, y yo les recordaba en mis palabras su resolución y su deber de mantener la tranquilidad y el respeto mutuos. Diariamente recorrían en manifestación las calles de la ciudad, llevando en alto su bandera, que ostentaba la siguiente inscripción: *Et Tek* (mantened la resolución).

La huelga duró veintiún días. Durante este período consulté varias veces a los propietarios instándolos a hacer justicia a los obreros.

—Nosotros también tenemos nuestra resolución —me contestaron—. Nuestras relaciones con los obreros son las de padres hacia sus hijos. ¿Cómo podemos aceptar la injerencia de un tercero? ¿Cómo puede haber lugar para el arbitraje?

21. UNA MIRADA A LA ASHRAM

Antes que proceda a describir el desarrollo de la disputa obrera, es esencial echar una ojeada a la *ashram*. Todo el tiempo que estuve en Champaran, la *ashram* no se apartó de mi mente, y en ocasiones le hacía alguna rápida visita.

En ese entonces la *ashram* se encontraba en Kochrab, una pequeña aldea cerca de Ahmadabad. Estalló la peste en la aldea, y comprendí el peligro que corrían los niños de la *ashram*. Era imposible mantenerse inmune a los peligros debido a la suciedad que reinaba en los alrededores; sin embargo, debíamos observar las reglas de limpieza en lo que a nuestra casa se refería. No estábamos en condiciones de poder influir en la gente de Kochrab para que observase estas reglas ni servirlos en alguna otra forma.

Nuestro ideal era mantener la *ashram* a suficiente distancia tanto de la ciudad como de la aldea, pero a una distancia que no nos separara definitivamente de ambos. Y un día decidimos establecernos sobre nuestra propia tierra.

La peste, comprendí, era causa suficiente para dejar Kochrab. Sjt. Punjabhai Hirachand, comerciante de Ahmedabad, había establecido relaciones estrechas con la *ashram*, y acostumbraba sernos útil en numerosos asuntos, con espíritu puro y generoso. Recorrimos las zonas al sur y al norte de Kochrab en busca de tierra, y luego le sugerí que buscara un pedazo de tierra unas tres o cuatro millas hacia el norte. Encontró el lugar que ocupamos ahora. Su vecindad con la cárcel central de Sabarmati constituía un atractivo especial para mí. Considerando que el ir a la cárcel era un riesgo elemental que asumían los *satyagrahis*, me gustaba esta ubicación. Y sabía que los lugares elegidos para construir las cárceles contaban con suficiente higiene en sus alrededores.

En unos ocho días se concretó la venta. No había casa en el terreno, ni siquiera árboles. Pero su ubicación sobre una orilla del río y su soledad constituían grandes ventajas.

Decidimos comenzar viviendo en carpas, y construir una cabaña elemental para la cocina, hasta que fueron edificadas las viviendas permanentes.

La *ashram* fue creciendo lentamente. Éramos ya unas cuarenta personas, hombres, mujeres y niños, preparando nuestra comida en una misma cocina. La idea total de nuestra mudanza había surgido en mí, su puesta en práctica, como siempre, dejada en manos de Maganlal.

Nuestras dificultades hasta que contamos con viviendas permanentes, fueron realmente grandes. Las lluvias solían ser abundantes, y las provisiones debían ser traídas desde la ciudad, a una distancia de cuatro millas. El lugar, que estaba totalmente abandonado, se encontraba infestado de culebras, y no dejaba de constituir un gran peligro vivir en esas condiciones, especialmente para los niños. La regla general era no matar a las culebras, aunque debo confesar que ninguno de nosotros ha superado, aun ahora, el temor a esos reptiles.

La regla de no matar a los reptiles venenosos, fue práctica tanto en Phoenix como en la granja Tolstoi, y en Sabarmati. En cada uno de estos lugares debimos establecernos en lugares salvajes. Sin embargo, nunca hemos lamentado la pérdida de alguna vida a causa de estos peligros. En este sentido, con los ojos de la fe, veía la mano del Dios de la misericordia. Nadie debe pensar al respecto que Dios nunca puede ser parcial. Y que Él no tiene tiempo de atender los cientos de pequeños problemas del hombre. No tengo otras

palabras para expresar este hecho, para describir esta constante experiencia de mi vida. El lenguaje humano no puede describir los caminos de Dios. Son indescriptibles e inescrutables. Pero si un ser mortal quiere describirlos, no cuenta con medio mejor que su propio inarticulado discurso. Incluso, si es una superstición creer que una completa inmunidad al peligro durante veinticinco años, a pesar de una práctica regular de no matar, no es un accidente fortuito sino la gracia de Dios, no dejaré, sin embargo, de aceptar esa superstición.

Durante la huelga de los obreros de Ahmadabad, se sentaron las bases para realizar los trabajos manuales del tejido, ya que la principal actividad era precisamente esta.

22. EL AYUNO

Durante las dos primeras semanas, los obreros demostraron gran coraje y control, y realizaron diariamente magníficos mítines. En esas ocasiones solía recordarles su resolución y ellos me contestaban que antes preferían morir que no cumplir con la palabra dada.

Pero más tarde comenzaron a aparecer signos de debilidad. Así como la debilidad física se manifiesta en el hombre por medio de la irascibilidad, su actitud ante los “rompe huelgas” se hacía cada vez más amenazadora a medida que la huelga parecía correr el peligro de fracasar, y comencé a temer el estallido de atentados y provocaciones. La concurrencia a los mítines era cada vez menor, y en los rostros de los que llegaban hasta ellos se observaban claramente los signos de la impotencia y la desesperación. Por último, me llegaron noticias de que los huelguistas comenzaban a desertar. Me sentí profundamente preocupado y me dediqué a pensar, fervorosamente, cuál era mi deber en esas circunstancias. Ya contaba con la experiencia de una huelga gigantesca en África del Sur, pero la situación que enfrentaba aquí era distinta. Los obreros habían tomado una resolución de acuerdo con mi consejo. La repitieron ante mí día tras día, y la idea de que ahora se arrepintieran de haberme hecho caso, me resultaba inconcebible. Esto era orgullo, ¿o es que el resultado de mi amor por los trabajadores y mi apasionada búsqueda de la verdad constituían la base de este sentimiento? ¿Quién podía decirlo?

Una mañana —durante un mitin con los obreros— mientras aún me hallaba preocupado, sin ver claramente el camino a seguir, la luz llegó hasta mí. Luminosas, y por sí solas, subieron las palabras hasta mis labios:

—A menos que los huelguistas se mantengan unidos —declaré ante la asamblea— y continúen la huelga hasta que sea logrado un acuerdo, no tocaré alimento alguno.

Los obreros quedaron anonadados. Por las mejillas de Anasuyabehn corrían las lágrimas. Los obreros comenzaron a gritarme:

—Usted no, nosotros ayunaremos. Sería terrible que usted debiera ayunar. Por favor, perdónemos, no traicionaremos nuestra resolución.

—No es necesario que ustedes ayunen —contesté—. Será suficiente que permanezcan fieles a su objetivo. Como no ignoran, estamos sin fondos, y no queremos continuar nuestra huelga viviendo de la caridad pública. Por tanto, habrá que proveer a nuestra existencia mediante alguna especie de trabajo, y así se podrá mantener la independencia de todos, dure lo que dure la huelga. En cuanto a mi ayuno, lo interrumpiré solo después que termine la huelga.

Mientras tanto, Vallabhbhai intentaba encontrar algún empleo a los huelguistas en la municipalidad, pero no albergaba muchas esperanzas. Mangalal Gandhi sugirió que, como necesitábamos arena para la construcción de nuestra escuela de tejedores en la *ashram*, cierto número de obreros podía ser empleado con ese propósito. Los obreros aceptaron encantados esta propuesta. Anasuyabehn indicó el camino con su canasta de arena sobre la cabeza, y muy pronto una fila de obreros podía ser vista recorriendo el sendero que iba del río hasta la *ashram*, con sus respectivas cestas de arena sobre las cabezas. Los obreros se sintieron fortalecidos con esta solución.

Mi ayuno llevaba implícito un grave defecto. Como ya mencioné en un capítulo anterior, contaba con relaciones muy estrechas entre los propietarios, y mi ayuno no podía dejar de afectarlos. Por ser un *satyagrahi*, sabía que no debía ayunar contra ellos, sino dejarlos en libertad de ser influidos únicamente por la huelga de los obreros. Mi ayuno fue el resultado no de una actitud determinada hacia los propietarios, sino que en mi calidad de representante de los obreros, esta constituía mi parte en la tarea común. Con los propietarios, únicamente podía discutir; ayunar contra ellos significaba recurrir a la coerción. De modo que, a pesar de que sabía que mi ayuno implicaba una presión sobre ellos, como realmente sucedió, sentía que no podía menos que hacerlo. Mi deber de asumir el ayuno se me presentó suficientemente claro.

Quise que los propietarios no se sintieran obligados por mi ayuno.

—No hay necesidad de que abandonen la posición que tienen —les dije. Pero recibieron fríamente mis palabras e incluso con cierto sarcasmo, algunos me dijeron que estaban en su derecho de mantenerse en ella.

El personaje principal entre los que determinaban la irreductible posición de los propietarios, era *Sheth* Ambalal. Su serena decisión y su transpa-

rente sinceridad eran magníficas, y conquistaron mi corazón. La pena que causaba mi ayuno entre los propietarios era inmensa, y la misma esposa de *Sheth* Ambalal, Sarladevi, se acercó a mí con el afecto de una hermana, y no pude dejar de notar la angustia que le causaba mi acción. Anasuyabehn y cierto número de amigos y obreros, me acompañaron el primer día de ayuno. Pero después de algunas dificultades, pude disuadirlos de su propósito de continuar conmigo.

El resultado de todo esto fue una atmósfera de buenos deseos mutuos. Los corazones de los propietarios fueron conmovidos, y lograron encontrar algunas vías para un arreglo. La casa de Anasuyabehn se convirtió en la sede de sus conversaciones. Sjt. Anandshankar Dhruva intervino también, y por último fue designado árbitro, y la huelga terminó después de solo tres días de ayuno. Los propietarios conmemoraron el acontecimiento distribuyendo golosinas entre los obreros, y así es como la solución llegó después de veintiún días de huelga.

En el mitin realizado para celebrar el acontecimiento, estuvieron presentes los propietarios y el comisionado de Policía. El consejo que este dio a los obreros en esta ocasión fue:

—Deben hacer siempre lo que diga Mr. Gandhi.

Casi inmediatamente después de estos acontecimientos, tuve que entablar una lucha con este mismo caballero. Pero las circunstancias habían cambiado, y él cambió con ellas. En esa oportunidad prefirió decir a los campesinos de Kheda ¡que era peligroso seguir mis consejos!

No debo terminar este capítulo sin recordar un incidente, que resultó gracioso en su patetismo. Sucedió en relación con la distribución de golosinas. Los propietarios habían encargado gran cantidad de estas y constituía un verdadero problema la forma de distribuir las entre los miles de obreros. Se decidió que el mejor método sería distribuir las al aire libre, bajo el mismo árbol donde el primer mitin tomó la resolución de seguir la huelga hasta obtener un resultado, ya que hubiese resultado difícil poder reunir a todos en cualquier otro lugar.

Estaba seguro que hombres que durante veintiún días observaron una estricta disciplina en condiciones difíciles, no tendrían dificultad en mantenerse tranquilos y en orden mientras se distribuían las golosinas, sin convertir este acto en un caos. Pero cuando llegó el momento de la prueba, todos los métodos intentados para proceder a la distribución, fracasaron. Una y otra vez las filas de personas se mezclaban creando una indescriptible confusión apenas pasaban unos minutos de distribución. Los líderes de los obreros apela-

ban a todos sus recursos para restablecer el orden, pero en vano. La confusión, los choques y el escándalo llegaron a tal extremo, que gran cantidad de golosinas fue aplastada bajo los pies de la multitud, y el deseo de distribuir al aire libre, lo que quedaba, terminó por ser abandonado. Con muchas dificultades logramos transportar el resto al *bungalow* de *Sheth Ambalal*, en *Mirzapur*. Al día siguiente no hubo problemas en distribuir las golosinas.

La parte cómica de este incidente es obvia, pero el aspecto patético merece un poco de meditación. Una investigación posterior reveló que la población de mendigos de *Ahmadabad*, habiéndose enterado que serían distribuidas golosinas bajo el árbol *Ek-Tek*, se presentaron en gran número, y fue su escándalo de hambrientos el que creó la confusión y el desorden.

La creciente pobreza y miseria que aflige a nuestro país, año tras año lleva a más gente a convertirse en mendigos, cuya desesperada lucha por el pan los vuelve insensibles a todos los sentimientos de decencia y respeto mutuos. Y nuestros filántropos, en vez de procurarles trabajo para que ganen su pan les dan limosnas.

23. SATYAGRAHA EN KHEDA

No hubo descanso para mí, sin embargo. Apenas terminaba la huelga de los obreros de *Ahmadabad*, cuando ya debí intervenir en la lucha *satyagraha* en *Kheda*.

Una situación que bordeaba con el hambre estalló en el distrito de *Kheda* debido al fracaso de las cosechas, y los *patidars* de *Kheda* estaban considerando la posibilidad de no pagar impuestos ese año.

Sjt. *Amritlal Thakkar* ya había investigado la situación, informando de ella y discutiéndola personalmente con el comisionado, antes que yo diera una opinión definitiva a los cultivadores. Sjts. *Mohanlal Pandya* y *Shankarlal Parikh* también se lanzaron a la lucha, y comenzaron la agitación en el Consejo Legislativo de *Bombay* por intermedio de Sjt. *Vithalbai Patel* y el desaparecido sir *Gokuldas Kahandas Parekh*. Más de una delegación se dirigió al gobernador en conexión con esto.

En ese entonces yo era presidente del *Sabha* de *Gujarat*. El *Sabha* envió petitorios y telegramas al gobernador, y pacientemente restó importancia a los insultos y agresiones del comisionado. La conducta de los funcionarios en esta ocasión fue tan ridícula e indigna, que hasta hoy en día resultaría increíble.

Las demandas de los agricultores eran tan claras como la luz del día, y tan moderadas que incluso aceptarlas significaba ganar una causa. De acuerdo con la ley de impuestos aplicables a la tierra, si la cosecha era de cuatro *annas* o inferior a esta cifra, los agricultores podían exigir la suspensión del pago de impuestos por ese año. De acuerdo con las estimaciones oficiales, la cosecha superaba las cuatro *annas*. Según las declaraciones de los agricultores, era inferior a las cuatro *annas*. Pero el gobierno no quería siquiera escuchar, y consideraba la demanda popular de un arbitraje como *lese majeste*. Después que todas las peticiones demostraron no dar resultado, y después de discutir el asunto con mis colaboradores, aconsejé a los *patidars* recurrir al *satyagraha*.

Además de los voluntarios de Kheda, mis principales compañeros en esta lucha fueron Sjts. Vallabhbai Patel, Shankarlal Banker, Shrimati Anasuyabehn, Sjts. Indulal Yajnik, Mahadev Desai y otros. Al unirse a la lucha, Sjt. Vallabhbai debió interrumpir una actuación destacada en la abogacía, que por muchas circunstancias nunca más pudo volver a desarrollar.

Establecimos nuestros comandos en el Nadiad Anathashram, ya que ningún otro lugar hubiese sido suficientemente amplio para contenernos a todos.

El compromiso siguiente fue suscrito por todos los *satyagrahis*:

“Teniendo conocimiento que las cosechas de nuestras aldeas son inferiores a cuatro *annas*, solicitamos al gobierno que interrumpa el cobro de impuestos hasta el próximo año, pero el gobierno no accedió a nuestro pedido. Por tanto, nosotros, los abajo firmantes, declaramos solemnemente que, por propio acuerdo, no pagaremos al gobierno el impuesto en su totalidad, o el remanente, del presente año. Dejaremos que el gobierno tome todas las medidas legales que considere necesario, y con placer sufriremos las consecuencias de no pagar el impuesto. Preferimos que se pierdan nuestras tierras, antes que por propia voluntad permitir que nuestra causa sea considerada falsa o comprometer el respeto por nosotros mismos. Pero si el gobierno se muestra dispuesto a suspender el cobro de impuestos en todo el distrito, aquellos de nosotros que están en condiciones de pagar lo harán por todo el importe o por lo que les corresponda de acuerdo con el balance. La razón por la cual los que están en condiciones de pagar no lo hacen, es que, si pagan, los campesinos más pobres caerán presa del pánico y malvenderán sus propiedades o incurrirán en deudas para pagar sus impuestos, causándose enorme daño. En estas circunstancias, consideramos que, en beneficio de los pobres, es nuestro deber, incluso para aquellos que pueden hacerlo, no pagar los impuestos”.

No puedo dedicar muchos capítulos a esta lucha. Aunque ciertas experiencias por demás interesantes deben ser dadas a conocer. Los que deseen hacer un estudio más profundo y completo de esta importante lucha, harán bien en leer la completa y auténtica historia del *satyagraha* en Kheda, por Sjt. Shankarlal Parikh, de Kathlal, Kheda.

24. “EL LADRÓN DE CEBOLLAS”

Ubicada la región en uno de los extremos de la India, y habiendo mantenido a la prensa fuera de la cuestión, la campaña de Champaran no atrajo a visitantes de otros lugares. Nada de esto sucedió con la campaña de Kheda, cuyos sucesos eran diariamente dados a conocer por los diarios.

Los *gujaratís* se hallaban profundamente interesados en la lucha, que constituía para ellos una verdadera novedad. Estaban preparados a ofrecer todo lo que tenían para el éxito de la causa. Les resultaba difícil comprender que el *satyagraha* se hacía sin necesidades de dinero. A pesar de mis aclaraciones al respecto, los comerciantes de Bombay nos enviaron más dinero del necesario, de modo que al término de la campaña aún nos sobraba.

Al mismo tiempo, los voluntarios para el *satyagraha* debían aprender la nueva lección de humildad. No puedo decir que cambiaron radicalmente, pero introdujeron en sus vidas nuevas actitudes.

Para los *patidars* campesinos también la lucha era algo totalmente nuevo. Debíamos, por consiguiente ir de aldea en aldea explicando los principios del *satyagraha*.

El problema principal residía en desembarazar a los agricultores de su miedo, haciéndoles comprender que los funcionarios no eran los dueños sino los servidores del pueblo, ya que recibían sus salarios del que pagaba los impuestos. Por otro lado, parecía imposible hacer que comprendiesen su deber de combinar una actitud civilizada con ese abandono del miedo. Cuando el temor ya no los torturaba, ¿cómo evitar que devolvieran con insultos los insultos que les dirigían?

Pero si caían en esta actitud de agresividad, se terminaría por arruinar el *satyagraha*, como si una gota de arsénico hubiera caído en un recipiente con leche. Comprobé más tarde que habían asimilado la lección de conducta en mucha menor escala de lo que yo suponía. La experiencia me ha enseñado que el problema de la conducta constituye la parte más difícil del *satyagraha*. Conducta en este caso no significa simplemente comportarse con amabilidad

y hablar en forma cultivada, sino una cordialidad íntima y profunda, y el deseo de hacer un bien al adversario. Esto debe demostrarse en cada acto de un *satyagrahi*.

En los primeros momentos, aunque la gente se mostraba con mucho coraje, el gobierno no parecía inclinado a asumir actitudes de fuerza. Pero cuando la firmeza del pueblo parecía no mostrar resquebrajaduras, el gobierno comenzó a presionar. Los funcionarios vendían el ganado de la población y se llevaban todo aquello que podía ser cargado. Se enviaron comunicados sobre las penas que se iban a aplicar, y en muchos casos se confiscaron algunas cosechas que no se habían perdido anteriormente. Esto provocó conmoción entre los agricultores, algunos de los cuales pagaron sus impuestos mientras que otros se llevaban de sus casas las cosas más valiosas para que no fueran confiscadas. Por otro lado, aún estaban aquellos que se hallaban preparados para pelear hasta el final.

Mientras estas cosas sucedían, uno de los arrendatarios de Sjt. Shankarlal Parikh, pagó los impuestos correspondientes a su trozo de tierra. Esto causó sensación. Sjt. Shankarlal Parikh inmediatamente rectificó el error de su arrendatario regalando con fines de caridad la tierra por la que se había abonado el impuesto. Salvó así su honor, y dio un buen ejemplo a los otros.

Con el objeto de fortalecer el ánimo de aquellos que estaban atemorizados, aconsejé a algunos colaboradores, que bajo la dirección de Sjt. Mohanlal Pandya retiraran la cebolla de un campo que, en mi opinión, había sido equivocadamente confiscado. No consideraba esto como una desobediencia civil, pero en caso que lo fuera, manifesté que esta confiscación de plantaciones que aún no habían sido cosechadas, aunque estuviera de acuerdo con la ley, constituía un error desde un punto de vista moral, y que, por tanto, era un deber para la gente llevarse la cebolla a pesar de las órdenes de los funcionarios. Esto se convirtió en una buena oportunidad para que la gente aprendiera una lección sobre los peligros de ir a la cárcel, que podía ser la lógica consecuencia de tal desobediencia. Para Sjt. Mohanlal Pandya esto era algo que estaba en su corazón. No quería que la campaña terminara sin que alguien fuera llevado a la cárcel por algo hecho de acuerdo con los principios del *satyagraha*. Por consiguiente, se ofreció voluntariamente para la cosecha de esta cebolla, siguiéndolo en esto siete u ocho amigos.

Era imposible para el gobierno dejarlos en libertad. El arresto de Sjt. Mohanlal y sus compañeros entusiasmó aún más a la gente. Cuando desapareció el temor a la cárcel, la represión fortalecía el espíritu. Verdaderas multitudes asistieron al tribunal cuando tuvo lugar la causa. Pandya y sus compañeros fueron condenados y sentenciados a prisión por un breve período. Mi

opinión era que la condena constituía un error, porque el acto de levantar una cosecha de cebolla no podía caer bajo la definición de “ladrón” que plantea el Código Penal. Pero no se apeló la sentencia porque nuestra política era evitar recurrir a los tribunales.

Una verdadera manifestación escoltó a los “convictos” a la cárcel, y ese día Sjt. Mohanlal Pandya fue honrado por el pueblo con el título de “dungli chor” (ladrón de cebollas), que ostenta hasta hoy en día.

Cómo terminó la acción en Kheda lo dejaremos para el próximo capítulo.

25. TERMINA EL SATYAGRAHA EN KHEDA

La campaña terminó en forma inesperada. Resultaba claro que la gente estaba exhausta, y yo dudaba en permitir que fueran llevados a la ruina. Meditaba, por tanto, sobre la forma de finalizar la lucha de modo que resultara aceptable para *satyagrahi*. Esa forma apareció inesperadamente. El *Mamlatdar* de la *Taluka* de Nadiad me comunicó por un mensajero que si los *patidars* que podían hacerlo pagaban sus impuestos, se suspendería el cobro a los más pobres. Solicité que me enviara por escrito esa misma fórmula, y así sucedió. Pero como él era solo responsable por su *Taluka*, pregunté al funcionario gubernamental que estaba autorizado a tomar una medida así para toda la región, si realmente lo que me comunicaban era válido en todo el distrito. Me contestó que se habían dado ya las órdenes necesarias para realizar el cobro de los impuestos en la forma que el *Mamlatdar* me comunicaba. Por más inesperado que resultase, el hecho es que se había cumplido con la demanda de la población. Como se recordará, la resolución de la gente giraba, precisamente, en torno a estos mismos elementos y, por tanto, debíamos sentirnos satisfechos si es que se habían dado esas órdenes.

Sin embargo, el final de la cuestión no llegó a satisfacerme por completo, debido a que faltaba la sustancia con que debe terminar toda campaña *satyagraha*; un acuerdo libremente concertado. El gobierno siguió actuando como si no hubiese contraído un compromiso. Se garantizó a los pobres la suspensión en el cobro del impuesto, pero difícilmente alguno se benefició con esta medida. Correspondía a la misma gente determinar quién de ellos era pobre, pero no pudieron ejercer ese derecho. Me apenaba que no tuvieran el valor suficiente para hacerlo. Sin embargo, la terminación de la lucha fue celebrada como un triunfo del *satyagraha*, aunque yo no pude participar en esta celebración, ya que faltaban los elementos esenciales para un triunfo completo.

La finalización de la campaña puede ser considerada valiosa, únicamente cuando los *satyagrahis* terminan más fuertes y con más espíritu que cuando comenzaron.

La campaña, sin embargo, dejó resultados indirectos que constituyen un verdadero beneficio, incluso hasta nuestros días. El *satyagraha* en Kheda marca el comienzo de un despertar entre los campesinos de Gujarat, el comienzo de su verdadera educación política.

La brillante agitación del doctor Besant conmovió indudablemente a los campesinos, pero fue la campaña de Kheda la que llevó a los preparados activistas públicos a establecer contacto con la vida actual de los mismos. Aprendieron a identificarse con estos. Encontraron su esfera específica de acción, y acrecentada su capacidad de sacrificio. Que Vallabhbhai se encontrara a sí mismo en el curso de esta campaña, no es tampoco una conquista menor. Podemos comprender su importancia pensando en su intervención durante las inundaciones el año pasado, y el *satyagraha* en Bardoli este año. La vida pública en Gujarat recibió una inyección de nueva energía y nuevo vigor. El campesino de Patidar se hizo consciente de su fuerza. La lección quedó indeleblemente impresa en la mente de la población, y esa lección decía que la salvación del pueblo depende de sí mismo, de su capacidad de sufrimiento y de sacrificio. Gracias a la campaña de Kheda, el *satyagraha* se adentró en el suelo de Gujarat.

Aunque no encontré motivo de especial entusiasmo en la terminación del *satyagraha*, los campesinos de Kheda estaban entusiasmados, porque sabían que lo que habían obtenido se debía a su propio esfuerzo, y que habían encontrado el camino infalible y la verdad necesaria para luchar por sus aspiraciones. Este conocimiento bastaba para alegrarlos. A pesar de esto, los campesinos de Kheda no comprendieron plenamente el significado del *satyagraha*, y lo pudieron comprobar a costa suya, como veremos en los próximos capítulos.

26. LA PASIÓN POR LA UNIDAD

La campaña de Kheda tuvo lugar mientras en Europa continuaba aún la sangrienta guerra. Había estallado ahora una crisis, y el virrey invitó a varios dirigentes a una conferencia en Delhi. Yo también fui invitado. Ya he referido en otra oportunidad las cordiales relaciones que mantenía con lord Chelmsford, el virrey.

En respuesta a su invitación, fui a Delhi. Sin embargo, tenía algunas objeciones que hacer a mi participación en esta conferencia, siendo la principal de ellas la exclusión de líderes como los hermanos Ali. En ese entonces se encontraban en la cárcel. Me encontré con ellos solo una o dos veces, aunque pude oír muchas cosas sobre sus personas. Todos hablaban con grandes elogios de sus servicios a la nación y de su valentía. Aún no había establecido contactos íntimos con Hakim Shaeb, pero el principal Rudra y Dinabandhu me contaron muchas cosas. Me entrevisté con Mr. Shuaib Qureshi y Mr. Khwaja en la Liga Musulmana de Calcuta. También me ligué a los doctores Ansari y Abdur Rahman. Buscaba la amistad de los buenos musulmanes, y resultaba más sencillo comprender la mentalidad de los musulmanes a través del contacto con sus representantes más puros y patrióticos. Por tanto, nunca necesité que me presionaran para encontrarme con ellos, para ir donde me llevaran, con el objeto de intimar más aún.

Hacía ya bastante tiempo que en África del Sur comprendí que una verdadera camaradería existía entre los hindúes y los musulmanes. Nunca desperdiicé ocasión alguna para superar los obstáculos que se interponían en el camino de la unidad. Mi temperamento no se aviene a complacer mediante la adulación, o a costa del respeto personal, pero mis experiencias en África del Sur me convencieron que lo que se refiere al asunto hindú-musulmán, mi *ahimsa* enfrentaría su más difícil prueba, y que esta cuestión presentaba el campo más amplio que podría desear para mis experiencias en *ahimsa*. Aún mantengo esta convicción. En cada momento de mi vida, comprendí que Dios me colocaba ante una prueba.

Alentando en mí esas profundas convicciones a mi regreso de África del Sur, deseé poder encontrarme con los hermanos Ali. Pero antes que esto pudiera suceder, fueron aislados. Maulana Mahomed Ali acostumbraba escribirme largas cartas desde Betul y Chhindwada cada vez que sus carceleros se lo permitían. Solicité permiso para ver a los hermanos, pero no lo obtuve.

Fue después del encarcelamiento de los hermanos Ali cuando me invitaron algunos amigos musulmanes a participar en la sesión de la Liga Musulmana en Calcuta. Al solicitármese que hablara, recordé a los musulmanes su deber de luchar por la liberación de los hermanos Ali. Poco después de este hecho, fui llevado por estos amigos al Colegio Musulmán de Aligarh. Allí invité a los jóvenes a ser *faquires* al servicio de la madre patria. A continuación inicié una correspondencia con el gobierno sobre la libertad de los hermanos Ali. Con relación a esto, estudié las opiniones y las actividades de los hermanos con respecto al Khilafat. Mantuve discusiones con amigos musulmanes. Sentía que si quería convertirme en un verdadero amigo de los mu-

musulmanes, debía hacer todo lo posible para lograr la libertad de los hermanos Ali y una justa solución en el asunto del Khilafat. No era necesario que profundizara en todos los aspectos de la cuestión, una vez comprobado que no había nada inmoral en sus demandas. En materia de religiones, las creencias difieren, y cada una es la suprema para quien cree en ella. Si todos tuviéramos las mismas creencias en materia de religiones, habría una sola religión en el mundo. A medida que pasaba el tiempo, comprendía que las demandas musulmanas con respecto al Khilafat no solo no se oponían a ningún principio ético, sino que incluso el primer ministro británico había admitido la justicia de las demandas musulmanas. Por consiguiente, me sentí inclinado a hacer todo lo posible para lograr que se cumpliera con lo que había dicho el primer ministro. La resolución fue dada en términos tan claros, que el estudio de la demanda de los musulmanes era necesario únicamente para satisfacer mi propia conciencia.

Amigos y comentaristas criticaron mi actitud con respecto al asunto del Khilafat. A pesar de estas críticas, siento que no hay razones para arrepentirme por mi cooperación con los musulmanes. Adoptaría la misma actitud si surgieran nuevamente cuestiones de este tipo.

Así que, cuando fui a Delhi, mi intención era someter el caso musulmán al virrey. La cuestión del Khilafat aún no había asumido la forma que tomaría luego.

Pero al llegar a Delhi, surgió otra dificultad en mi propósito de participar en la conferencia. Dinabandhu Andrews planteó la cuestión de mi participación en la conferencia desde el punto de vista moral. Me habló de la controversia surgida en la prensa británica respecto a acuerdos secretos entre Inglaterra e Italia. ¿Cómo podía yo participar en la conferencia, si Inglaterra había entrado en negociaciones secretas con otra potencia europea?, preguntaba Mr. Andrews. No sabía nada de los tratados. La palabra de Dinabandhu Andrews me resultaba suficiente. De modo que envié una carta a lord Chelmsford explicándole mis dudas en cuanto a la participación en la conferencia. Me invitó a discutir la cuestión con él. Mantuvimos una larga conversación, en la que participó su secretario privado Mr. Maffey. Como resultado de este encuentro, resolví participar en la conferencia. El siguiente fue el argumento del virrey: “Por supuesto que usted no supondrá que el virrey sabe todas las decisiones que toma el gabinete británico. No pretendo, nadie pretende, que el gobierno británico es infalible. Pero si usted está de acuerdo que, en su conjunto, el Imperio ha sido un poder para el bien, si usted supone que la India, en su conjunto, se benefició en su relación con Gran Bretaña, ¿no admitirá usted que es deber de todo ciudadano indo ayudar al Imperio cuando los necesita?”

También yo he leído lo que dicen los diarios británicos sobre los acuerdos secretos. Puedo asegurarle que no sé nada excepto lo que dicen esos diarios, y usted sabe muy bien las invenciones que son capaces de fraguar los periodistas. ¿Puede usted, basándose en unas noticias periodísticas, negar su ayuda al Imperio en momento tan crítico? Después de la guerra podrá plantear todo tipo de exigencias morales, y hacer todas las acusaciones que considere necesarias, pero no ahora”.

El argumento no era nuevo. Creí que era nuevo por la forma en que me fue presentado, y por el momento en que fue manifestado, y por consiguiente acepté participar en la conferencia. En cuanto a las demandas de los musulmanes, debía dirigir una carta al virrey.

27. CAMPAÑA DE RECLUTAMIENTO

De modo que participé en la conferencia. El virrey deseaba especialmente mi apoyo a la resolución sobre el reclutamiento. Solicité permiso para hablar en hindi-indostano. El virrey accedió a mi pedido, pero sugiriendo que debía hablar también en inglés. No pensaba pronunciar ningún discurso. Solo pronuncié una frase:

—Con pleno sentido de mi responsabilidad, ruego que se apoye la resolución.

Muchos me felicitaron por haber hablado en indostano. Decían que por primera vez en la historia alguien utilizaba el indostano en una reunión como esa. Las congratulaciones y el descubrir que había sido el primero en hablar en indostano en una sesión convocada por el virrey, hirieron mi orgullo nacional. Sentía como si me hundiera en mí mismo. ¡Qué tragedia que el idioma del país fuese tabú en reuniones realizadas en el país, para cumplir con tareas relacionadas con el país, y que unas palabras en indostano en una ocasión así, dichas simplemente por un individuo como yo, fuesen motivo de congratulaciones! Incidentes como estos constituyen el mejor testimonio para recordarnos a qué estado hemos sido reducidos.

Las únicas palabras que pronuncié en la conferencia, eran de gran importancia para mí. Era imposible olvidar tanto la conferencia como la resolución a la que brindé mi apoyo. Había algo aún que debía cumplir en Delhi. Escribir una carta al virrey. Esto no me resultaba sencillo. Consideraba mi deber tanto en lo que respecta a los intereses del gobierno como a los del pueblo explicar por qué asistí a la conferencia, y dejar claramente establecido qué esperaba el pueblo del gobierno.

En la carta expresé mi protesta por la exclusión de la conferencia de líderes como Lokamanya Tilak y los hermanos Ali, y planteé las demandas mínimas de la población en materia política y también las demandas de los musulmanes, en relación con la situación creada por la guerra. Solicité permiso para publicar la carta, y el virrey me lo concedió amablemente.

La carta debía ser enviada a Simla, adonde se había dirigido el virrey inmediatamente de realizada la conferencia. La misma tenía considerable importancia para mí, y enviarla por correo hubiera significado un serio retraso. Quería ahorrar tiempo, pero no deseaba enviarla con cualquier mensajero. Deseaba un hombre puro que la llevara personalmente hasta las manos del virrey. Dinadabandhu Andrews y el principal Rudra sugirieron el nombre del reverendo Ireland, de la misión Cambridge. Estaba dispuesto a llevar la carta si le era permitido leerla y si le parecía correcta. Yo no tenía objeciones que plantear, ya que no se trataba de una carta privada. La leyó, aprobó y expresó su deseo de cumplir con la misión que le encomendaban. Le ofrecí hiciera el viaje en segunda clase, pero manifestó que estaba acostumbrado a la tercera. Y en esa forma hizo el viaje, aunque se trataba de una jornada nocturna. Su simplicidad y sus maneras francas, me cautivaron inmediatamente. La carta llevada por las manos de un hombre puro tuvo, como yo suponía, el resultado deseado.

La segunda parte de mis obligaciones consistía en reunir a los reclutas. ¿Dónde podía comenzar a excepción de Kheda? ¿Y a quién podía invitar a constituirse en los primeros reclutas si no a mis propios colaboradores? De modo que tan pronto llegué a Nadiad, mantuve una conferencia con Vallabhbai y otros amigos. Algunos de ellos no podían aceptar fácilmente la propuesta. Los que gustaban de mi proposición amistosa entre el gobierno y las clases a las que yo quería hacer llegar mi llamado. La amarga experiencia que tuvieron con los funcionarios del gobierno, aún se conservaba fresca en sus memorias.

Sin embargo, estaban dispuestos a comenzar el trabajo. Tan pronto como discutimos la tarea, mis ojos vieron claro. Mi optimismo recibió un duro golpe. Mientras durante la campaña contra los impuestos la gente ofrecía sus carros espontáneamente sin esperar ningún premio por ello, y siempre disponíamos de dos voluntarios cuando necesitábamos uno solo, ahora era difícil obtener un solo carro, y nada digamos de voluntarios. Pero no debíamos desmayar. Decidimos abstenernos del uso de carros, y hacer nuestros viajes a pie. En esta forma, nos veíamos obligados a recorrer unas veinte millas por día. Si ni siquiera los carros nos eran facilitados, resultaba ilusorio suponer que la población nos alimentaría. Y menos apropiado aún resultaría pedir

comida. Por tanto, decidimos que cada voluntario debía llevar la comida en su mochila. No se necesitaban camas ni albergues, ya que estábamos en verano.

Realizábamos mítines en todo lugar al que llegábamos. La población nos escuchaba, pero difícilmente uno o dos se ofrecían como reclutas.

—Usted ha dado el voto de *ahimsa*, ¿cómo puede pedirnos que tomemos las armas? —preguntaban mis oyentes—. ¿Qué hizo el gobierno por la India para que merezca nuestra cooperación? —agregaban aún.

Sin embargo, nuestro trabajo comenzaba a rendir sus frutos. Buen número de nombres se registraron, y esperábamos contar con un número regular de reclutas cuando la primera jornada hubiera partido. Ya había conferenciado con el comisionado para resolver el problema del alojamiento de los nuevos soldados.

Los comisionados de todas las divisiones realizaban en ese entonces conferencias al estilo de la que había sido celebrada en Delhi. Una de éstas tuvo lugar en Gujarat. Mis colaboradores y yo mismo fuimos invitados a concurrir. Asistimos, pero sentí que incluso había menos lugar par mí aquí que en Delhi. En esta atmósfera de sumisión servil, me sentí enfermo. De todas maneras, me extendí algo en mi intervención. No podía decir cosa alguna que satisficiera a los funcionarios, y ciertamente tenía guardadas una o dos cosas que no les resultarían agradables.

Acostumbraba a distribuir volantes invitando a la población a alistarse como reclutas. Uno de los argumentos que utilizaba resultó desagradable al comisionado: “Entre los muchos actos equivocados de la administración británica en la India, la historia considerará como el acto más vergonzoso la ley que priva a toda una nación de la utilización de las armas. Si queremos que la ley de las armas sea revocada, si queremos aprender a hacer uso de las armas, he aquí una magnífica oportunidad. Si las clases medias ofrecen voluntariamente su ayuda al gobierno en horas de peligro para este, la desconfianza desaparecerá, y el reglamento sobre la posesión de armas será suprimido”.

El comisionado se refirió a esto y manifestó que apreciaba mi presencia en la conferencia a pesar de las diferencias que existían entre ambos. Y yo tuve que justificar mi punto de vista con toda la cortesía que me era posible.

He aquí la carta que envié al virrey, y a la que me refería anteriormente:

“Como usted ya sabe, después de cuidadosas consideraciones me sentí inclinado a comunicar a Su Excelencia que no podía participar en la conferencia por razones que planteaba en la carta del 26 de abril, pero después de la entrevista que usted tuvo la gentileza de concederme, me he persuadido que debía estar presente en dicha conferencia, si no por otra causa, por lo menos

en atención a usted. Una de mis razones para abstenerme, y probablemente la más importante, la constituía el hecho de que Lokamanya Tilak, Mrs. Besant y los hermanos Ali, a quienes ubico entre los más importantes líderes de la opinión pública, no fueron invitados a la conferencia. Aún creo que constituyó un verdadero desatino no invitarlos, y respetuosamente sugiero que ese desatino puede ser reparado si dichos líderes son invitados a colaborar con el gobierno aportando los beneficios de su consejo en las conferencias provinciales que, según entiendo, deben comenzar ahora. Me aventuro a afirmar que ningún gobierno puede desconocer a líderes que representan a amplias masas, como sucede en este caso, aunque mantengan distintos puntos de vista sobre cuestiones fundamentales. Al mismo tiempo, me alegra poder decir que las opiniones de todos los partidos pudieron expresarse libremente en la conferencia. Por mi parte, voluntariamente me abstuve de plantear mis puntos de vista en el comité en el cual tuve el honor de actuar, como también en la misma conferencia. Consideré que podía servir mejor a los objetivos de la conferencia apoyando simplemente las resoluciones que le eran sometidas, y esto fue lo que hice sin ninguna clase de reservas. Espero poder poner en práctica esas palabras tan pronto como el gobierno encuentre una fórmula para aceptar mi oferta, que someto simultáneamente aquí, en carta separada.

”Reconozco que en la hora de mayor peligro, debemos prestar, como hemos decidido hacer, apoyo voluntario y sin reservas al Imperio, del cual aspiramos a formar parte en un futuro próximo en las mismas condiciones que los dominios de ultramar. Pero constituye una indudable verdad que nuestra respuesta no se debe a la esperanza de que nuestro objetivo reciba por ello una solución más rápida. Es este sentido, aunque el cumplimiento de un deber concede un derecho correspondiente, la población quiere creer que las inminentes reformas a que alude en vuestro discurso abarcarán la mayoría de los principios del Proyecto del Congreso y la Liga, y estoy seguro que es esta fe la que ha permitido a muchos de los miembros de la conferencia ofrecer al gobierno su sentida cooperación.

”Si yo pudiera hacer que mis compatriotas vuelvan sobre sus pasos, haría que olvidaran todas las resoluciones del Congreso, y que ni siquiera susurraran sus himnos patrios mientras dure la guerra. Haría que la India ofreciera a todos sus hijos en condiciones de luchar, como sacrificio al Imperio en su hora más crítica, y sé que la India, por este solo acto, se convertirá en la parte más beneficiada del Imperio, y las distinciones raciales pasarán a ser cosa del pasado. Pero prácticamente toda la India educada ha decidido asumir una colaboración menos efectiva, y ya no es posible seguir sosteniendo que la India educada no ejerce ninguna influencia sobre las masas. He entrado en íntimo

contacto con los campesinos desde mi regreso de África del Sur, y quiero asegurarle que el deseo de un hogar nacional ha penetrado en ellos. Asistí a las sesiones del último Congreso, y otorgué mi apoyo a la resolución que exigía toda la responsabilidad gubernamental para la India británica dentro de un período que debía ser fijado definitivamente por un estatuto parlamentario. Admito que se trata de una medida muy importante, pero estoy seguro que únicamente una visión definida de un hogar nacional, a ser obtenido en el menor tiempo posible, puede satisfacer al pueblo indo. No desconozco que hay gente en la India que considera que ningún sacrificio es suficientemente grande tratándose de obtener este fin, y están suficientemente al tanto de los problemas para comprender que igualmente deben estar dispuestos a sacrificarse por el Imperio en cuyo seno esperan y desean encontrar un lugar propio. Se desprende de esto que podemos acelerar la conquista de nuestro objetivo únicamente si simple y silenciosamente ofrecemos nuestras personas, corazones y espíritus a la tarea de salvar al Imperio del peligro que lo amenaza. Sería un suicidio nacional no reconocer esta verdad elemental. Debemos comprender que, si colaboramos en la salvación del Imperio, por este único acto habremos asegurado la existencia de nuestro hogar nacional.

”Por tanto, si bien resulta claro para mí que debemos dar al Imperio todo hombre que necesite para su defensa, temo que no pueda decir lo mismo en cuanto a ayuda financiera. Mi íntima relación con el pueblo me ha convencido que la India ya ha dado al Tesoro imperial mucho más de lo que le permiten sus posibilidades. Y sé que diciendo esto, estoy expresando la opinión de la mayoría de mis compatriotas.

”La conferencia significa para mí, y creo que para muchos de nosotros, un paso definido en la consagración de nuestras vidas a la causa común, pero la nuestra es una posición peculiar. Hoy en día estamos fuera de la sociedad. La nuestra es una consagración basada en la esperanza de un futuro mejor. Sería deshonesto hacia usted y hacia mi país, si no le expresara claramente cuál es esa esperanza. No quiero hacer un contrato sobre su total satisfacción, pero usted debe saber que una esperanza que no se realiza significa desilusión.

”Hay algo que no puedo omitir. Usted nos ha solicitado que olvidemos las diferencias domésticas. Si ese llamado implica tolerar la tiranía y los errores de los funcionarios, no tengo nada que responder. Resistiré en todo momento la tiranía organizada. El llamado debe hacerse también a los funcionarios para que no maltraten una sola alma, y que consulten y respeten la opinión popular, como nunca se ha hecho antes. En Champaran, al resistir una antigua tiranía, demostré cuál era la fuerza actual de la justicia británica. En Kheda, una población que maldecía al gobierno, sabe que ahora es ella la que detenta

el poder y no el gobierno, en la medida que esté preparada para sufrir por la verdad que representa. Sin embargo, está dejando de lado su amargura, y diciéndose que el gobierno debe ser un gobierno para el pueblo, y que debe tolerar una desobediencia ordenada y respetuosa cuando existe la injusticia. De todos modos, Champaran y Kheda constituyen mi contribución directa, definida y especial a la guerra. Si usted me pide que suspenda mis actividades en ese sentido, me está pidiendo que suspenda mi vida. Si yo puedo popularizar la aplicación de la fuerza del espíritu, que no es más que otro nombre de la fuerza del amor, en lugar de la fuerza bruta, estoy seguro que podré presentarle una India que puede desafiar a todo el mundo. Por tanto, en todo momento, he de disciplinarme para expresar en mi vida esta eterna ley del sufrimiento, y presentarla para su aceptación por aquellos a quienes interesa, y si tomo parte en cualquier otra actividad, el motivo es para mostrar la neta superioridad de esta ley.

”Por último, quisiera que solicite usted a los ministros de Su Majestad otorguen seguridades precisas sobre la situación de los musulmanes. Estoy seguro que no ignora usted el profundo interés de los mahometanos en esto. Como hindú, no puedo permanecer indiferente a su causa. Sus dolores deben ser los nuestros. En la atención más escrupulosa a los derechos de estos estados y a los sentimientos de los musulmanes por sus lugares, y en un tratamiento justo a la aspiración inda de un hogar nacional, reside la salvación del Imperio. Escribo esto porque aprecio a la nación inglesa, y deseo poder evocar en cada indo la lealtad de los ingleses”.

28. JUNTO A LA PUERTA DE LA MUERTE

Prácticamente arruiné mi estado físico durante la campaña de reclutamiento. En esos días, mi alimentación consistía solo en nueces, limones y manteca. Sabía que consumir mucha manteca podía atentar contra la salud personal, y sin embargo, no dejaba de hacerlo. Esto me provocó un ligero ataque de disentería. No le concedí mucha importancia, y esa noche fui a la *ashram*, cosa que hacía siempre que podía. Consideraba que con dejar de comer un día me sentiría mejor, y realmente sucedió así por la mañana cuando omití la primera comida. Sabía, sin embargo, que para sentirme completamente bien era necesario prolongar mi ayuno, y que, si deseaba comer algo, no debía ser otra cosa que jugos de frutas.

Se celebraba una fiesta ese día, y aunque le dije a Kasturbai que no tomaría nada en mi comida del mediodía, ella me tentó, y yo sucumbí. Como

estaba bajo un voto de no tomar leche o productos lácteos, preparó especialmente una cazuela de trigo endulzado hecho con aceite en vez de *ghi*. También me reservó todo un tazón de *mung*. Me agradaban mucho estos alimentos, y los acepté suponiendo que iba a comer nada más que lo suficiente para conformar a Kasturbai, y satisfacer mi paladar. Pero el diablo no hacía más que esperar una oportunidad. En vez de comer pocos bocados, devoré la comida. Resultó invitación suficiente para el ángel de la muerte. Una hora más tarde, se presentó la disentería en su forma más aguda.

La misma noche debía regresar a Nadiad. Caminé con enormes dificultades hasta la estación de Sabarmati, a poco más de una milla de distancia. Sjt. Vallabhbai, que se me unió en Ahmadabad, vio que yo no estaba bien, pero no permití que adivinara la verdadera situación.

Llegamos a Nadiad hacia las diez. El *anathashram* hindú donde habíamos establecido nuestros cuarteles, se hallaba a solo media milla de la estación; pero para mí fue como si estuviera a diez. De alguna manera me arreglé para llegar al lugar, pero el dolor iba en permanente aumento. En vez de usar la letrina común, que se encontraba a cierta distancia, solicité que me acomodaran una en la pieza vecina. Me sentí avergonzado de tener que solicitar esto, pero no había escapatoria. Se prodigaron en afecto y atenciones, pero no podían aliviar mis dolores. Todos los amigos me rodearon sumamente consternados. Pero mi obstinación se unía a su impotencia. Me negué a recurrir a ayuda médica. No tomaría medicina alguna, sino que prefería sufrir toda la penitencia reservada a mi locura. Se quedaban mirándome sin poder acudir en mi ayuda. Ayuné, sin tomar siquiera jugo de frutas en las primeras veinticuatro horas. El apetito había desaparecido. Siempre supuse que tenía una constitución de hierro pero me encontré con un cuerpo convertido en una masa de arcilla. Había perdido todo su poder de resistencia. El doctor Kanuga trató de obligarme a tomar una medicina. Pero me negué. Se ofreció a ponerme una inyección. También me negué. Mi ignorancia con respecto a las inyecciones era harto ridícula en esos días. Suponía que una inyección debía ser una especie de suero. Luego descubrí que la inyección que el médico sugería era un compuesto vegetal, pero demasiado tarde para utilizar este descubrimiento. La diarrea continuaba dejándome completamente exhausto. La debilidad provocó una fiebre delirante. Los amigos se sentían más inquietos y llamaban más médicos. ¿Pero qué podían hacer con un paciente que no los escuchaba?

Sheth Ambalal, con su buena mujer, vinieron hasta Nadiad, consultaron con mis colaboradores, y con el mayor cuidado me llevaron a su *bungalow* en Ahmadabad. Era imposible que nadie recibiera alguna vez afecto y cuidados

de los que yo tuve el privilegio de recibir en esos días de enfermedad. Pero una especie de fiebre persistía, debilitándome día a día. Sentí que la enfermedad se estaba prolongando hasta una medida que podía ser fatal. Aunque estaba rodeado de todo el amor y cuidado que podía serme ofrecido bajo el techo de *Sheth* Ambalal, insistí para que me transportara a la *ashram*. No dejó de protestar por mi actitud.

Mientras me hallaba postrado en mi lecho de dolor en la *ashram*, Sjt. Vallabhbhai trajo la noticia de la completa derrota de Alemania, y que el comisionado había hecho saber que el reclutamiento ya no era necesario. La noticia de que no debía seguirme preocupando por el reclutamiento, significó un gran alivio.

En ese entonces comencé a aplicarme un tratamiento hidropático, que implicaba cierta mejoría, pero no resultaba tarea fácil reconstruir un cuerpo. Los numerosos consejeros médicos que llegaban hasta mí me abrumaban con sus opiniones, pero no podía aceptar ninguna. Dos o tres de ellos sugirieron caldo de carne como una forma para evitar el voto de la leche, y citaban a autoridades del Ayurveda en apoyo de su consejo. Uno de ellos recomendó con firmeza el consumo de huevos. Pero para todos, solo tenía una respuesta: no.

Para mí la cuestión alimenticia no era algo que podía determinar de acuerdo con la autoridad de los *Shastras*. Se trataba de una norma de vida guiada por principios que ya no dependían de una autoridad exterior. No tenía ningún deseo de vivir si para vivir debía abjurar de ellos. ¿Cómo podía yo remover un principio con respecto a mí, si no lo había hecho con respecto a mi mujer, hijos y amigos?

Esto se prolongó así. La primera enfermedad larga de mi vida me concedió una oportunidad única para examinar mis principios y ponerlos a prueba. Una noche caí en la desesperación. Sentí que estaba ante la puerta de la muerte. Envié un mensaje a Anasuyabehn. Llegó corriendo hasta la *ashram*. Vallabhbhai vino con el doctor Kanuga, que tomó mi pulso y dijo:

—Su pulso está bien. No veo peligro alguno. Se trata de una crisis nerviosa debida a su extrema debilidad.

Pero esto no me tranquilizó del todo, y pasé la noche sin poder pegar los ojos.

Llegó la mañana sin que la muerte hubiese aparecido. Pero no podía desprenderme de la sensación de que el fin estaba cerca, y comencé a dedicar todas las horas en que me hallaba despierto a escuchar la lectura de *Gita*, leído el libro por los habitantes de la *ashram*. No estaba en condiciones de leer. No me sentía inclinado a conversar. El más pequeño cambio de palabras me

retumbaba en el cerebro. Había cesado todo interés en la vida, como si nunca hubiera deseado vivir por la vida misma. Era como vivir una agonía sin poder hacer nada, recibiendo la ayuda de los amigos y colaboradores, y viendo cómo el cuerpo se iba yendo lentamente.

Mientras me hallaba en ese estado esperando la muerte, el doctor Talvalkar vino un día con una extraña criatura. Venía de Maharashtra. No era aún conocido, pero desde el primer momento comprendí que debía ser un maniático de los tratamientos igual que yo. Venía para aplicar sus conceptos sobre mí. Había casi finalizado sus estudios en el Colegio Médico Grant, sin aceptar el título. Más tarde supe que era un miembro del Samaj Brahma. Sjt. Kelkar, su nombre, era un hombre de un temperamento independiente y obstinado. Curaba mediante el método del hielo, que quería intentar conmigo. Le dimos el nombre de “Doctor Hielo”. Estaba seguro que era el descubridor de ciertas cosas que habían escapado a los médicos calificados. Es una pena, tanto para él como para mí, que no haya logrado convencerme sobre la verdad de su sistema. Tuve fe en él hasta cierto punto, pero me temo que se apresuró en llegar a ciertas conclusiones.

Sin tener en cuenta los méritos de sus descubrimientos, le permití experimentar sobre mi cuerpo. No me preocupaban los tratamientos externos. El tratamiento consistía en la aplicación de hielo sobre todo el cuerpo. Si bien no puedo adherirme a su opinión sobre los efectos de su tratamiento, no puedo negar que me infundió una renovada esperanza y nuevas energías, y que la mente, naturalmente, reaccionó sobre el cuerpo. Comencé a tener apetito, y me sentí capaz de conversar con serenidad durante cinco o diez minutos. Sugirió entonces mi visitante una reforma en mi alimentación.

—Le aseguro —dijo— que tendrá usted muchas más energías y volverá a recuperar su fortaleza más rápidamente si se alimenta con huevos crudos. Los huevos son tan saludables como la leche. Por supuesto que no pueden ser colocados en la categoría de la carne. ¿Y sabe usted que hay huevos que no son fértiles? Existen en el mercado huevos esterilizados.

Pero yo no estaba dispuesto siquiera a consumir huevos esterilizados. De todos modos, la mejoría experimentada fue suficiente para que me interesara nuevamente en las actividades públicas.

29. LAS LEYES ROWLATT Y MI DILEMA

Amigos y médicos me aseguraron que me recuperaría con mayor facilidad en Matheran, y por tanto me dirigí a ese lugar. Pero las aguas de Mathe-

ran eran muy pesadas, creándome serias dificultades durante mi estadía. Como resultado de los ataques de disentería, mis conductos anales se habían resentido seriamente, de modo que era un verdadero sufrimiento el tener que evacuar, y la sola idea de comer me espantaba. Antes que la semana terminara, ya había dejado Matheran. Shankarlal Banker se convirtió entonces en guardián de mi salud, insistiendo en que consultara al doctor Dalal. Por consiguiente, fue llamado el doctor Dalal. Su capacidad de tomar decisiones rápidamente fue lo primero que me atrajo en él.

—No puedo reconstruir su cuerpo —dijo— a menos que acepte tomar leche. Si además está de acuerdo en que le aplique inyecciones de hierro y arsénico, puedo garantizarle que su constitución quedará totalmente renovada.

—Puede usted aplicarme las inyecciones —repliqué— pero en cuanto a la leche, ya es algo diferente. He hecho un voto contra el consumo de leche.

—¿Cuál es, exactamente, la naturaleza de su voto? —preguntó el médico.

Le conté toda la historia y las razones que existían para mi voto; como al enterarme de la forma en que la vaca es sometida al proceso de *phooka*, sentí un gran rechazo hacia la leche. Por otro lado, siempre consideré que la leche no constituye un alimento natural para el hombre. De modo que igualmente hubiera abjurado de su uso. Kasturbai se hallaba junto a nosotros todo el tiempo escuchando esta conversación.

—Pero entonces no tendrá ninguna objeción que hacer a la leche de cabra —interrumpió.

El médico apoyó también esta sugerencia.

—Si toma leche de cabra, será suficiente para mí —dijo.

A esto me rendí. La intensa necesidad que sentía de reasumir la lucha del *satyagraha* creó en mí un fuerte deseo de vivir, de modo que me conformé con adherirme estrictamente a la letra de mi voto, sacrificando su espíritu. Porque aunque sólo pensaba en la leche de vaca cuando tomé mi voto, su implicación natural cubría la leche de todos los animales. Tampoco correspondía que yo tomara leche en general, ya que consideraba que no se trataba de un alimento natural del hombre. Y, aun sabiendo todo esto, acepté tomar leche de cabra. El deseo de vivir demostró ser más fuerte que la devoción a la verdad, y por una vez el voto dedicado a la verdad fue comprometido en su sagrado ideal por la necesidad de emprender la lucha del *satyagraha*. El recuerdo de esta acción, aún hoy en día me llena de remordimientos, y permanentemente pienso cómo rechazar la leche de cabra. Pero aún no me siento libre de la más refinada de las tentaciones, el deseo de ser útil, que siempre me domina.

Mis experiencias en dietética me resultan especialmente importantes como parte de mis investigaciones en *ahimsa*. Significan tanto una ocupación agradable, como un factor de alegría. Pero el uso que hago hoy en día de la leche de cabra no me preocupa tanto desde el punto de vista dietético de *ahimsa*, como del de la verdad, considerando que no se trata de otra cosa que de haber renegado de una resolución. Consideraba que comprendía el ideal de la verdad mejor que el de *ahimsa*, y mi experiencia me demostró que si desaparecía mi devoción por la verdad, nunca estaría en condiciones de asumir una verdadera actitud de *ahimsa*. El ideal de la verdad exige que los votos sean cumplidos totalmente, tanto en su espíritu como en su letra. En este caso, destruí el espíritu —el alma de mi voto— para adherirme únicamente a su forma, y esto es lo que me amargaba. Pero a pesar de este preciso conocimiento de las cosas, no veía cuál podría ser mi camino hacia adelante. En otras palabras, quizá me faltaba el coraje necesario para seguir el único camino. Pero ambas cosas tienen el mismo significado, ya que la duda es invariablemente el resultado de un deseo o de la debilidad de la fe. “Dios, dame fe” es, por tanto, mi ruego día y noche.

Poco después que comencé a tomar leche de cabra, el doctor Dalal me sometió a una favorable operación en las fisuras. Al recuperarme, reapareció también mi deseo de vivir, especialmente porque Dios se tomó el trabajo de reconstituirme.

Comenzaba así mi convalecencia, cuando leí por casualidad en un diario el informe del Comité Rowlatt. Sus recomendaciones me conmovieron. Shankarlal Banker y Umar Sobani me visitaron con la proposición de que hiciera algo rápidamente en este sentido. Un mes después fui a Ahmadabad. Mencioné mis aprensiones a Vallabhbai, que acostumbraba visitarme casi diariamente.

—Algo debe hacerse —le dije.

—¿Pero qué podemos hacer en estas circunstancias? —replicó.

Si un pequeño grupo de personas está dispuesto a firmar una proclama de resistencia, y la medida propuesta es convertida en ley desafiando esa proclama, debemos recurrir al *satyagraha* inmediatamente. Si yo no estuviera postrado como estoy, daría solo la batalla, y esperarí luego que me siguieran otros. Pero en mi condición actual, siento que no estoy a la altura de la tarea que hay que realizar.

Como resultado de esta conversación, se decidió llamar a una reducida reunión a aquellas personas que estaban en contacto conmigo. Las recomendaciones del Comité Rowlatt, tal como aparecían en el informe hecho público, era algo que no podía aceptar un pueblo que se respetara como tal.

La reunión propuesta tuvo lugar, finalmente, en la *ashram*. Muy pocas personas fueron invitadas a la misma. Si mal no recuerdo, entre las que participaron se encontraban, además de Vallabhbai, Shrimati Sarojini Naidu, Mr. Horniman, el desaparecido Mr. Umar Sobani, Sjt. Shankarlal Banker y Shrimati Anasuyabehn. La proclama del *satyagraha* fue redactada en esta reunión y, si recuerdo bien, fue firmada por todos los presentes. No dirigía ningún periódico en ese entonces, pero acostumbraba a plantear ocasionalmente mis puntos de vista en la prensa diaria. Seguí esta práctica en la presente ocasión. Shankarlal Banker asumió la responsabilidad por la agitación popular, y por primera vez tuve una idea precisa de su magnífica capacidad de organización y de trabajo continuado.

Como no existían esperanzas de que alguna de las instituciones asumiera un arma nueva como el *satyagraha*, fue creada una entidad separada con el nombre de Sabha Satyagraha, basada en mis recomendaciones. Sus principales miembros residían en Bombay, donde, por tanto, fue fijada su sede. La proclama comenzó a ser firmada por gran cantidad de personas, se publicaron boletines, y se organizaron mítines populares que recordaban en cierta manera a los que tuvieron lugar durante la campaña de Kheda.

Me convertí en presidente de Sabha Satyagraha, y comprendí muy pronto que eran muy remotas las posibilidades de llegar a un acuerdo con la intelectualidad que componía nuestra organización. Mi insistencia en el uso del *gujaratí*, como también algunos de mis otros métodos de trabajo, que les resultaba demasiado peculiares, provocaron no poca preocupación entre ellos. Debo dejar sentado, sin embargo, que la mayoría trató generosamente de avenirse con mi manera de ser. Pero desde el mismo principio, resultó claro para mí que esta institución no tendría larga vida. Comprobé que mi énfasis en mantener la verdad y en actuar desde el punto de vista de *ahimsa*, disgustaba a algunos miembros. A pesar de todo, nuestro movimiento iba creciendo rápidamente, e incluso realizaba un trabajo importante.

30. UN ESPECTÁCULO MARAVILLOSO

Mientras, por un lado, la agitación contra el informe del Comité Rowlatt crecía en volumen e intensidad, por su parte el gobierno se mostraba más firmemente determinado a poner en práctica sus recomendaciones, y la Ley Rowlatt fue mencionada. Solo una vez en mi vida asistí a una sesión de la Asamblea Legislativa de la India, y fue precisamente en ocasión del debate sobre esta ley. Shastriji pronunció un apasionado discurso, en el cual hizo una

solemne advertencia al gobierno. El virrey parecía escuchar atentamente, con los ojos clavados en Shastriji, mientras este hacía gala de toda su elocuencia. Por un momento creí que el virrey no podría evitar sentirse conmovido por este discurso, tan verdaderos y llenos de sentimiento eran los conceptos de Shastriji.

Sin embargo... Se puede despertar a un hombre si es que realmente está dormido; pero ningún esfuerzo tendrá efecto sobre un hombre que simplemente quiere hacer creer que está durmiendo. Esta era, precisamente, la posición del gobierno. Estaba ansioso por terminar con la farsa de la legalidad formal. Su decisión ya había sido tomada. La solemne advertencia de Shastriji, por consiguiente, cayó en el vacío en lo que al gobierno se refiere.

En esas circunstancias, mi voz sólo podía ser un grito en la soledad. Con toda franqueza discutí con el virrey. Le dirigí tanto cartas privadas como públicas, en las cuales le decía claramente que la actitud del gobierno no dejaba otra alternativa que el recurrir a la lucha de *satyagraha*. Pero todo resultó vano.

La ley todavía no había sido inscrita oficialmente. Me sentí muy debilitado, pero cuando recibí una invitación de Madrás, decidí correr el riesgo del largo viaje. En esos momentos no tenía fuerzas para hacer escuchar mi voz en asambleas numerosas. Elevar la voz sólo por unos minutos, trastornaba todo mi organismo.

Siempre me sentí como en mi propio hogar en el sur. Gracias al trabajo realizado en África del Sur, me sentía con ciertos derechos con respecto a los *tamiles* y *telugus*, y la buena gente del sur nunca me desmintió en esto. La invitación llegó con la firma del difunto Sjt. Kasturi Ranga Iyengar. Pero el hombre que estaba tras este llamado, como pude saber más tarde en mi viaje a Madrás, era Rajagopalachari. Se trataba de mi primer conocimiento con él; o por lo menos, la primera vez que nos encontrábamos personalmente.

Rajagopalachari había dejado Salem recientemente para establecerse como abogado en Madrás, en respuesta a la insistente invitación de Sjt. Kasturi Ranga Iyengar, que asimismo quería verlo participar activamente en la vida pública. Con él debíamos tratar en Madrás. Este descubrimiento pude hacerlo a los pocos días de estar en el lugar. Como el *bungalow* en el cual íbamos a residir era de propiedad de Sjt. Kasturi Ranga Iyengar, tenía la impresión de que éramos sus invitados. Mahadev Desai, sin embargo, me dijo lo que había de cierto en esto. Había establecido íntimos contactos con Rajagopalachari, que siempre se mantenía en segunda fila, y un día me aconsejó que cultivara la relación con esta figura.

Y así lo hice. Diariamente discutíamos, juntos, planes para la lucha, pero además de realizar asambleas públicas, no se me ocurría ninguna otra forma

de trabajar. Me sentía perdido en lo que se refiere a encontrar un programa de desobediencia civil en el caso de la Ley Rowlatt cuando aún esta no había sido definitivamente aplicada. Se podía desobedecerla únicamente si el gobierno daba una oportunidad para hacerlo. No sucediendo esto, ¿podíamos ejercer la desobediencia civil hacia otras leyes? Y si podíamos, ¿qué línea seguir? Estas, y numerosas otras cuestiones similares, constituían el permanente tema de nuestras discusiones.

Sjt. Kasturi Ranga Iyengar reunió una conferencia de líderes para discutir estos problemas. Entre los que tomaron parte destacada en esta conferencia, se encontraba Sjt. Vijayaraghavachari. Sugirió que yo redactara un sencillo manual de la ciencia del *satyagraha*, abarcando incluso los más pequeños detalles. Sentía que esa tarea estaba más allá de mis posibilidades, y así se lo hice saber.

Mientras estas conversaciones continuaban, llegó la noticia de que la Ley Rowlatt había sido puesta en práctica. Por la noche me dormí meditando en esta cuestión. Desperté esa mañana más temprano que de costumbre. Me hallaba todavía en ese momento entre el despertar y el sueño, cuando de pronto surgió claramente la idea en mí como si se tratara precisamente de un sueño. Esa misma mañana relaté toda la historia a Rajagopalachari.

—La idea surgió la noche anterior como en un sueño: llamar a todo el país a observar el *hartal*. El *satyagraha* es un proceso de autopurificación, y nuestra lucha es sagrada, y creo que desde la misma base de las cosas debemos comenzar con un acto de autopurificación. Que todo el pueblo de la India, por tanto, suspenda sus actividades en esa fecha y observe un día de ayuno y oración. Los musulmanes no pueden ayunar más de veinticuatro horas, por lo que la duración de la acción debe ser de un día solamente. No es posible predecir si todas las provincias responderán a nuestro llamado o no, pero me siento positivamente seguro en lo que se refiere a Bombay, Madrás, Bihar y Sindh. Y creo que debemos sentirnos más que satisfechos si todos esos lugares observan el *hartal*.

Rajagopalachari se mostró inmediatamente de acuerdo con mi proposición. Cuando más tarde la comunicamos a otros amigos, dieron también su aprobación. Redacté una breve proclama. La fecha para el *hartal* fue primeramente fijada para el 30 de marzo de 1919, y luego postergada hasta el 6 de abril. Esto significaba que había poco tiempo para comunicar a toda la población la realización del *hartal*. Y, por consiguiente, el trabajo fue comenzado de inmediato.

—¿Pero quién podía prever lo que realmente sucedió? Toda la India, de un extremo a otro, las ciudades tanto como las aldeas, observaron un completo *hartal* ese día. Fue un espectáculo maravilloso.

31. ¡ESA MEMORABLE SEMANA!

Después de una breve gira por el sur de la India, llegué a Bombay, creo que el 4 de abril, al recibir un mensaje de Sjt. Shankarlal Banker solicitándome estuviera presente en esa ciudad para la celebración del 6 de abril.

Pero ya Delhi había observado el *hartal* el 30 de marzo. La palabra del desaparecido Swami Shraddhanandji y de Hakim Ajmal Khan Saheb eran ley ahí. La orden de postergar el *hartal* hasta el 6 de abril llegó demasiado tarde. Delhi nunca había sido testigo de un *hartal* como el de ese día. Los hindúes y musulmanes parecían unidos como si fueran una sola persona. Swami Shraddhanandji fue invitado a pronunciar un discurso en el Jumma Masjid. Todo esto era más de lo que las autoridades podían sobrellevar. La policía atacó la procesión *hartal* mientras se dirigía a la estación ferroviaria, y abrió fuego contra ella causando varias bajas, y el reinado de la represión comenzó en Delhi. Shraddhanandji me llamó urgentemente a Delhi. Le contesté que partiría para Delhi apenas finalizaran las celebraciones del 6 de abril en Bombay.

Lo que sucedió en Delhi, se repitió con ligeras variantes en Lahore y Amritsar. De Amritsar los doctores Satyapal y Kitchlu me enviaron una urgente invitación para dirigirme allí. Aunque aún no los conocía, contesté que visitaría Amritsar apenas dejara Delhi.

En la mañana del 6 de abril, los ciudadanos de Bombay se dirigían por millares al Chowpati para tomar un baño en el mar, después se organizaron en procesión hacia Thakurdvar. La procesión incluía gran número de mujeres y niños, uniéndose a ella también los musulmanes en gran número. De Thakurdvar, algunos que íbamos con la procesión, fuimos llevados por amigos musulmanes a una mezquita cercana, en la cual Mrs. Naidu y yo fuimos invitados a dirigir la palabra a la gente. Sjt. Vithaldas Jerajani propuso que en ese momento debíamos redactar una resolución común para hindúes y musulmanes, y presentarla a la gente, pero rechacé esta propuesta considerando que las resoluciones no podían ser tomadas en forma improvisada, y que debíamos sentirnos satisfechos con lo que el pueblo ya estaba haciendo en esos momentos. Una vez que una resolución es tomada, argumenté, no puede ser revisada, y significa una gran responsabilidad tomar en ese lugar una resolución conjunta que convirtiera en una unidad total la relación entre hindúes y musulmanes. Al terminar, sugerí que todos aquellos que querían realizar esa unidad, podían reunirse juntos a la mañana siguiente para cumplir con este objetivo.

No es necesario decir que el *hartal* en Bombay significó un extraordinario acontecimiento y una completa victoria. Se tomaron todas las medidas

necesarias para comenzar la desobediencia civil. Dos o tres cosas fueron discutidas en conexión con esto. Se decidió que la desobediencia civil sería cumplida hacia aquellas leyes que pueden ser fácilmente desobedecidas por las masas. El impuesto a la sal era extremadamente impopular, y numerosas protestas se sucedían para que fuera suspendido. Sugerí entonces que la población podría extraer la sal del agua del mar, en sus propias casas, como protesta contra esa ley. Mi segunda proposición se refería a la venta de literatura prohibida. Dos de mis libros, “Hind Swaraj” y “Sarvodaya” (traducción al *gujaratí* del “Unto this last”, de Ruskin), que habían sido prohibidos, podían ser muy útiles en esta ocasión. Imprimirlos y venderlos libremente resulta un sencillo camino para la desobediencia civil. Se imprimió, por tanto, un número suficiente de ejemplares, y se decidió venderlos al terminar el gran mitin con que finalizaría la jornada de ayuno.

En el anochecer del día 6, todo un ejército de voluntarios se mezcló con el pueblo para vender esa literatura prohibida. Y los ejemplares fueron rápidamente colocados. Los fondos así obtenidos debían ser utilizados para la continuación de la campaña de desobediencia civil. Shrimati Sarojini Devi y yo salimos también a vender esos libros. El precio de cada uno fue fijado en cuatro *annas*, pero no recuerdo una sola vez que alguien me hubiese pagado su justo valor. Numerosas personas volcaban prácticamente todo lo que tenían en sus bolsillos para adquirir un ejemplar. Billetes de cinco y diez rupias eran entregados por un libro, ¡y hasta recuerdo haber vendido un ejemplar en cincuenta rupias! No se dejaba de explicar a la gente que corrían peligro de ser llevados a la cárcel por adquirir literatura prohibida, pero por el momento habían perdido todo temor a ser encarcelados.

Supimos luego que el gobierno opinó que los libros que fueron prohibidos no habían sido puestos en venta, y que los ejemplares vendidos no caían bajo la definición de literatura prohibida. La reimpresión era considerada por el gobierno como una nueva edición de los libros que habían sido prohibidos, y venderlos no constituía desconocer la ley. Estas noticias causaron descontento general.

En la mañana siguiente otro mitin fue organizado para considerar la adopción de una resolución unitaria que abarcara a hindúes y musulmanes. Vithaldas Jerajani comprendió por primer vez que no es oro todo lo que reluce. Solo un puñado de personas asistió. Yo había redactado la proclama, y la tenía conmigo, de modo que expliqué su contenido a quienes se hallaban presentes. El que hubiese una reducida concurrencia no me amargó ya que no me sorprendió; había comprobado una especial característica en las actitudes populares: gustaban apasionarse en determinados momentos, pero no

eran afectados a un esfuerzo sistemático y constructivo. Esta peculiaridad sigue persistiendo hasta hoy en día.

Pero aún dedicaré un capítulo completo a este tema más adelante. Volviendo al relato, en la noche del 7 salí para Delhi y Amritsar. Al llegar el 8 a Mathura, tuve conocimiento de los rumores que circulaban en torno a mi probable arresto. En la primera parada después de Mathura, Acharya Gidvani vino a mi encuentro ofreciéndome sus servicios para todo lo necesario, transmitiéndome asimismo noticias concretas sobre mi arresto. Le agradecí su devoción asegurándole que no dejaría de tenerlo en cuenta si llegaba a considerarlo imprescindible.

Antes que el tren llegara a la estación ferroviaria de Palwal, se me entregó una orden escrita para hacerme saber que se prohibía mi entrada a Punjab considerando que mi presencia sería motivo de disturbios. La policía me pidió que dejase el tren. Me negué a hacerlo.

—Quiero ir a Punjab —contesté—, en respuesta a una invitación que me fue hecha y no para fomentar la intranquilidad sino para restituir la tranquilidad que ha perdido. Por tanto, siento mucho no poder cumplir esta orden.

Por último, el tren llegó a Palwal. Mahadev se hallaba conmigo. Le pedí que se adelantara a Delhi para comunicar a Swami Shraddhanandji lo que había sucedido y pedir al pueblo que permaneciera en calma. Debía explicar los motivos que me incitaron a desobedecer y correr el riesgo de sufrir las penalidades que esa actitud implica, y también la forma en que la victoria se inclinaría a nuestro favor si podíamos mantener la tranquilidad a pesar de cualquier castigo que pudiera serme impuesto.

En la estación ferroviaria de Palwal fui sacado del tren y puesto bajo custodia policial. Al poco tiempo llegó un tren de Delhi. Me hicieron entrar en un compartimiento de tercera clase, acompañándome siempre la partida policial. Al llegar a Mathura, fui llevado al cuartel policial, pero ningún funcionario supo decirme qué se pensaba hacer conmigo o hacia dónde sería llevado a continuación. A las cuatro de la mañana siguiente fui despertado y puesto sobre un tren de carga que se dirigía a Bombay. A mediodía me obligaron a descender nuevamente en Sawai Madhopur. Mr. Bowring, inspector de Policía, que llegó con el tren correo desde Lahore, se hizo cargo de mí. Fui llevado a un compartimiento de primera clase junto con él. Y, de preso “ordinario”, me convertí en un “caballero” preso. El inspector comenzó a exponer un extenso panegírico de sir Michael O`Dwyr. Sir Michael no tenía nada personal contra mí, sino que únicamente consideraba que mi llegada a Punjab implicaría un peligro para la paz general. Al terminar solicitó regresara a Bombay por propia voluntad, y aceptara no cruzar la frontera de Punjab.

Contesté que no podía contemporizar con esa orden, y que no estaba dispuesto a regresar por propia voluntad. No viendo otro camino, el inspector me advirtió que debería actuar con todo el rigor de la ley.

—¿Pero qué quiere usted hacer conmigo? —pregunté.

Contestó que él personalmente no lo sabía, y que esperaba órdenes, pero que por el momento me llevaba a Bombay.

Llegamos a Surat. Aquí se hizo cargo de mí otro funcionario policial.

—Está usted libre ahora —me dijo este funcionario cuando llegamos a Bombay—. Sin embargo, sería mejor —agregó— si desciende cerca de la Marine Lines, donde haré detener el tren para usted. En Colaba creo que habrá demasiada gente esperando el tren.

Le contesté que me agradecería seguir su consejo. Se alegró y me dio las gracias por ello. Por consiguiente, bajé en ese lugar. Justo en ese momento pasaba el coche de un amigo. Me permitió subir, llevándome hasta la casa de Revashankar Jhaveri. Este amigo me contó que la noticia de mi arresto había provocado gran intranquilidad entre la población, y que resultaba difícil contener a mucha gente.

—De un momento a otro —continuó— se espera que estallen tumultos cerca de Pydhuni, y el juez junto con la policía, ya se dirigieron a ese lugar.

Apenas llegué a mi destino, cuando Umar Sobani y Anasuyabehn llegaron para insistir que debía ir inmediatamente a Pydhuni.

La gente se está mostrando muy impaciente, y la excitación es general —manifestaron—. No podemos mantenerlos tranquilos. Únicamente su presencia puede lograrlo.

Me introduje en el coche. Cerca de Pydhuni comprobé que una gran multitud se hallaba reunida. Al verme, la gente casi enloqueció de alegría. Inmediatamente se organizó una manifestación, y sonaron en el aire los gritos de *vande mataram* y *allaho abkar*. En Pydhuni nos encontramos con un cuerpo de policía montada. Las piedras llovían de todos lados. Aconsejé a la multitud que se mantuviera en calma, pero parecía imposible detener la lluvia de piedras. Al salir la manifestación de la calle Abdur Rahman, y cuando estaba por continuar hacia el mercado Cawtord, se topó repentinamente con un destacamento de la policía montada, que había sido estacionado en ese lugar para impedir que la manifestación se dirigiera hacia el Fuerte. La cantidad de gente era enorme, y prácticamente caminaban sin espacio entre ellos. No podía impedirse que atravesara el cordón policial, y para mí era imposible hacerme escuchar por todos. En ese momento, el oficial que se encontraba al frente del destacamento policial dio orden de dispersar la manifestación, y de inmedia-

to la policía montada cargó sobre la gente con sus lanzas en ristre. Por un momento creí que destrozaban el coche, pero las lanzas siguieron adelante, dejándonos detrás. Las filas de la manifestación fueron rápidamente liquidadas, y la confusión se transformó, casi sin transición, en un furioso pánico. Unos caían bajo los pies de los otros, y muchos fueron muertos en el caos. En esa apretada multitud no había espacio alguno para que pasaran los caballos, ni tampoco podía la multitud encontrar una salida para dispersarse. De modo que los lanceros, ciegameamente se abrieron camino con sus lanzas y caballos a través de la multitud. Apenas si puedo creer que tenían noción de lo que estaban haciendo. Asistíamos a un espectáculo espantoso. Los caballos y la gente mezclados en diabólica confusión. La muchedumbre fue dispersada. Se autorizó a nuestro vehículo a proseguir su marcha. Lo detuve frente a las oficinas del jefe de Policía, y me dirigí a él para protestar por la conducta de sus subordinados.

32. ¡ESA MEMORABLE SEMANA! (II)

De modo que me dirigí a la oficina del jefe de Policía, Mr. Griffith. Por todos lados podían verse soldados armados de pies a cabeza, como si estuvieran preparados para una acción militar. Cuando entré en su oficina, vi a Mr. Bowring sentado junto con Mr. Griffith.

Relaté a Mr. Griffith las escenas de que acababa de ser testigo. Contestó brevemente:

—No quería que la manifestación llegara hasta el Fuerte, porque hubieran sido inevitables los disturbios. Y como comprobé que la gente no haría caso a las palabras de persuasión, no pude hacer otra cosa que ordenar a la policía que los dispersara.

—Pero —dije yo— usted no podía ignorar las consecuencias de ese acto. Los caballos pisotearon a la gente. Creo que no era necesario enviar ese contingente de hombres montados.

—Usted no está en condiciones de juzgar eso —dijo Mr. Griffith—. Los funcionarios policiales conocemos mejor que usted los resultados de su prédica entre la población. Si no recurrimos a drásticas medidas, la situación escaparía a nuestro control. Muy pronto dejarían de obedecer la ley; deben comprender su obligación de mantenerse tranquilos. No tengo ninguna duda sobre sus intenciones, pero el pueblo no las entendería. Actuarían de acuerdo con sus instintos naturales.

—La gente no es violenta por instinto, sino pacífica —repliqué.

Y eso es lo que discutimos durante largo rato. Por último, Mr. Griffith dijo:

—Pero supongamos que usted se convenza de que sus enseñanzas se pierden al llegar al pueblo, ¿qué haría entonces?

—Suspendería la desobediencia civil si comprobara eso.

—¿Qué quiere decir con eso? Usted manifestó a Mr. Bowring que se dirigía a Punjab apenas fuera puesto en libertad.

—Sí, quería hacerlo en el próximo tren, pero eso está fuera de cuestión ahora.

—Si no se vuelve impaciente, seguramente cambiará de idea. ¿Sabe lo que está sucediendo en Ahmadabad? ¿Y lo que sucedió en Amritsar? La gente se ha vuelto completamente loca en todos lados. Aún no estoy en conocimiento de todos los hechos. Los hilos telegráficos fueron cortados en algunos lugares. Le advierto que la responsabilidad por todos estos acontecimientos recae sobre usted.

—Le aseguro que en ningún momento rehuiré mis responsabilidades. Pero me sorprendería profundamente, y me amargaría, si comprobara que se produjeron disturbios en Ahmadabad. No puedo responder por Amritsar. Nunca he estado allí, nadie me conoce. Pero incluso con respecto a Punjab, estoy seguro que si el gobierno del Punjab no me hubiera impedido entrar en ese territorio, habría podido ayudar en forma considerable al mantenimiento de la tranquilidad. Al arrestarme, provocaron en forma innecesaria a la población.

En ese tono continuó nuestra discusión. Era imposible llegar a un acuerdo. Le advertí que pensaba reunir a la población en Chowpatí para pedir al pueblo que se mantuviera tranquilo, y me retiré. El mitin se realizó en las arenas de Chowpatí. Hablé largamente de la no violencia y de las limitaciones que plantea el *satyagraha*, y dije:

—*Satyagraha* es, esencialmente, un arma de la verdad. Un *satyagrahi* está comprometido por la no violencia y, a menos que el pueblo observe ese principio en el pensamiento, en la palabra y en la acción, no puedo recurrir al *satyagraha* de las masas.

Anasuyabehn también recibió informaciones sobre los disturbios ocurridos en Ahmadabad. Algunas personas habían hecho cundir el rumor de que incluso ella había sido arrestada. Los obreros textiles enloquecieron al pensar en esto, interrumpieron el trabajo, y se dedicaron a realizar actos de violencia, habiendo sido muerto un sargento.

Me dirigí a Ahmadabad. Supe que se había intentado levantar las vías férreas cerca de Nadiad que un funcionario del gobierno fue muerto en Viramgam, y que Ahmadabad se hallaba bajo la ley marcial. La población estaba aterrorizada. Habían cometido actos de violencia, y se les hacía pagar eso con grandes intereses.

Un funcionario de la policía me esperaba en la estación para llevarme a presencia de Mr. Pratt, el jefe de Policía. Lo encontré muy excitado. Amablemente expresé mi pesar por los disturbios. Sugerí que la ley marcial era innecesaria, y me declaré dispuesto a cooperar en todos los esfuerzos que fueran necesarios para restablecer la paz. Solicité permiso para realizar un mitin público sobre los terrenos de la *ashram* Sabarmati. La proposición le resultó aceptable, y el mitin fue realizado, según creo, un domingo 13 de abril, y siendo levantada la ley marcial el mismo día, o al día siguiente. Dirigiéndome a la multitud, traté de hacerles comprender el error que habían cometido, declaré que ayunaría tres días como penitencia, incité al pueblo a ayunar por un día, y sugerí que aquellos que cometieron actos de violencia confesaran su culpabilidad.

Con la claridad de la luz comprendí mi deber. Me resultaba insoportable comprobar que los obreros, a quien dediqué gran parte de mi tiempo, a quienes serví, y de quienes esperaba mejores acciones, hubieran tomado parte en los disturbios, y sentí que debía compartir su culpa.

Así como aconsejé al pueblo que confesara su culpa, sugerí al gobierno que condonara las penas. Ninguno de los dos aceptó mi propuesta.

El difunto sir Ramanbhai y otros ciudadanos de Ahmadabad llegaron hasta mí para solicitarme que el *satyagraha* fuera suspendido. Esta demanda era innecesaria porque ya había decidido suspender la aplicación del *satyagraha* al comprobar que la gente no había aprendido la lección de la paz. Estos amigos se retiraron felices.

Hubo quienes, sin embargo, se sintieron apenados por esta decisión. Consideraban que si yo esperaba que hubiera tranquilidad en todos lados, estipulando al mismo tiempo que esta tranquilidad fuera una condición determinante del comienzo de la lucha de desobediencia, el *satyagraha* masivo se convertía en un imposible. No estaba de acuerdo con ellos. Si aquellos con quienes yo trabajaba, y de quienes esperaba estuviesen preparados para la no violencia y el autosufrimiento, no podían dejar de lado la violencia, indudablemente que el *satyagraha* se convertía en algo imposible. Estaba firmemente convencido que aquellos que querían dirigir al pueblo hacia la desobediencia, debían ser capaces de mantener al pueblo en los límites de la no violencia que se esperaba de ellos mismos. Y aún hoy en día soy de esta opinión.

33. “UN ERROR HIMALAYO”

Casi inmediatamente de realizado el mitin de Ahmadabad, me dirigí a Nadiad. Fue aquí donde usé por primera vez la expresión “error himalayo”, que luego recibió tanta popularidad. Ya en Ahmadabad comencé a percibir las características de mi equivocación. Pero cuando llegué a Nadiad, y comprobé el estado de las cosas y escuché los informes sobre la cantidad de gente que había sido arrestada en Kheda, comprendí de pronto el grave error que había cometido al llamar a la población del distrito de Kheda y de los otros distritos a participar en la desobediencia civil en forma que, ahora, me parecía prematura. Me estaba dirigiendo a la población en un mitin público, y mi confesión no dejó de implicar que el ridículo cayera sobre mí. Pero yo siempre creí que cuando uno mira sus propios errores con un lente convexo, y hace exactamente lo opuesto en el caso de los otros, está entonces en condición de comprender con justicia a ambos. Consideraba, asimismo, que una escrupulosa y consciente aplicación de esta regla, era imprescindible para quien quería ser un *satyagrahi*.

Veamos ahora en qué consistió ese error himalayo. Antes que alguien pueda dedicarse a la desobediencia civil, debe haber sido respetuoso hacia las leyes del Estado. En nuestra mayoría obedecemos a aquellas leyes cuyo castigo por incumplimiento no solo tememos, sino que al mismo tiempo implican un principio moral que nos resulta natural. Un hombre honesto y respetable, por ejemplo, no comenzará de pronto a robar, lo permita o lo prohíba la ley, pero este mismo hombre no siente ningún remordimiento por no observar la reglamentación que impone el uso de una luz trasera en las bicicletas después de oscurecer. Incluso es dudoso que acepte un amable llamado de atención a este respecto. Pero respetará toda reglamentación obligatoria en este sentido para evitarse los inconvenientes que significaría su incumplimiento. Esta actitud, sin embargo, no llega a ser la espontánea obediencia que se requiere para ser un *satyagrahi*. Un *satyagrahi* obedece las leyes de la sociedad con inteligencia y por sus propios deseos de hacerlo, porque considera que constituye su deber sagrado el hacerlo. Únicamente cuando una persona ha obedecido escrupulosamente las leyes de la sociedad, está en condiciones de juzgar si alguna ley en particular es buena o justa, o es injusta y perniciosa. Solo entonces tiene derecho a la desobediencia civil con respecto a ciertas leyes, en circunstancias bien definidas. Mi equivocación residió en no haber comprendido a tiempo esta limitación. Llamé a la población a unirse a la desobediencia civil antes que estuviera calificada personalmente para hacerlo, y este error me pareció de la misma magnitud que las montañas del Hima-

laya. Apenas llegué al distrito de Kheda, recordé los pormenores de la lucha *satyagraha* en Kheda, y me resultaba difícil comprender cómo pude dejar de percibir lo que era tan obvio. Comprobé que antes que un pueblo se encuentre en condiciones de participar en la desobediencia civil, debía comprender las más profundas implicaciones de esta actitud. Siendo esto así, antes de pensar siquiera en desencadenar un movimiento masivo de desobediencia civil, resultaba necesario crear un grupo de voluntarios bien educados, de corazones puros, que comprendieran las condiciones estrictas del *satyagraha*. Ellos podrían explicar eso mismo a la población, y mediante una cuidadosa vigilancia, mantener al pueblo en los límites de lo justo.

Con la mente ocupada por estos pensamientos, llegué a Bombay, organicé allí un cuerpo de *satyagrahi* voluntarios, a través de la Sabha Satyagraha, y con su ayuda comencé a educar al pueblo en la comprensión del objetivo exterior y significado interior del *satyagraha*. Esto se hizo, principalmente, editando folletos de carácter educativo que trataban el tema.

Pero mientras este trabajo se desarrollaba, comprobé que resultaba difícil interesar a la población en el aspecto pacífico del *satyagraha*. Los voluntarios tampoco se alistaban en gran número. En cuanto a los que se alistaban, no concurrían sistemáticamente a todas las etapas de preparación, y a medida que pasaban los días, el número de nuevos voluntarios comenzaba gradualmente a decrecer en vez de aumentar. Comprendí que el progreso de la educación para la desobediencia civil no sería tan rápido como había supuesto en primera instancia.

34. “NAVAJIVAN” Y “JOVEN INDIA”

Mientras este movimiento para mantener el principio de la no violencia progresaba lentamente, la política de represión ilegal gubernamental se había desatado en una furiosa carrera, adquiriendo su máxima expresión especialmente en Punjab. Los líderes populares fueron encarcelados, la ley marcial —lo que, en otras palabras, quiere decir inexistencia de cualquier ley— fue proclamada, y se crearon tribunales especiales. Estos no eran tribunales de justicia, sino instrumentos para llevar a cabo los deseos arbitrarios de un autócrata. Se pronunciaban sentencias por una simple sospecha, sin que ninguna evidencia fuera necesaria, en flagrante violación del más limitado espíritu de justicia. En Amritsar hombres y mujeres inocentes fueron obligados a arrastrarse sobre sus vientres como si fueran reptiles. Ante este ultraje, la tragedia de Jalianwala Bagh me pareció insignificante, aunque fue principal-

mente esta masacre la que atrajo la atención de todo el mundo sobre el pueblo de la India.

Me instigaban a dirigirme inmediatamente a Punjab sin tomar en cuenta las consecuencias de esta actitud. Escribí y también telegrafíé al virrey solicitando permiso para hacerlo, pero en vano. Si actuaba sin el permiso necesario, no me hubiera sido posible cruzar la frontera de Punjab, pero debía pensar qué beneficios obtendría de la desobediencia civil. De modo que en esos momentos afrontaba un serio problema. Como estaban las cosas, desobedecer la orden que existía contra mi entrada a Punjab estaba muy lejos, me parecía, de constituir un acto de desobediencia civil, porque no existía en torno a mí el tipo de atmósfera pacífica que yo deseaba, y la incontrolada represión en Punjab sirvió solo para agravar los resentimientos. Para mí, sin embargo, ofrecer desobediencia civil en un momento como ese, incluso si fuera posible, sería como alimentar las llamas. Por tanto, decidí no viajar a Punjab a pesar de las opiniones de mis amigos. Esto resultaba una píldora amarga de tragar. Noticias sobre terribles injusticias y represiones llegaban diariamente desde Punjab, pero lo único por lo que podía hacer era desesperarme y apretar los dientes.

En ese momento Mr. Horniman, en cuyas manos “The Bombay Chronicle” se había convertido en una fuerza extraordinaria, fue repentinamente expulsado por las autoridades. Este acto del gobierno me pareció tan inicuo, que hasta hoy en día el mencionarlo me produce una sensación de repugnancia. Sabía muy bien que Mr. Horniman nunca deseó ir contra las leyes. No estuvo de acuerdo en que yo desobedeciera la prohibición que pesaba sobre mí de dirigirme al Punjab sin permiso del Comité Satyagraha, y aprobó totalmente la decisión de suspender la desobediencia civil. Incluso, llegué a recibir una carta suya en la que me aconsejaba la suspensión aun antes de que yo anunciara mi decisión a ese respecto. Solo debido a la distancia existente entre Bombay y Ahmadabad, la carta llegó a mi poder después de hecho el anuncio. Su repentina deportación me provocó tanto una gran pena como enorme sorpresa.

Como resultado de estos hechos, los directores del “The Bombay Chronicle” me solicitaron asumiera la responsabilidad de dirigir el diario. Entre ellos se encontraba Mr. Brelvi, de modo que no quedaba mucha tarea para mí, con excepción de asumir la responsabilidad, y esta situación no terminaba de agradarme.

Pero el gobierno vino en mi ayuda, ya que por orden suya fue suspendida la publicación del diario.

Los amigos que se hallaban al frente de “The Bombay Chronicle”, por ejemplo, Messrs. Umar Sobani y Shankarlal Banker controlaban por ese entonces el “Joven India”. Sugirieron que en vista de la suspensión de “The Bombay Chronicle”, debía yo asumir la dirección del “Joven India”, y que además, para llenar el vacío dejado por la aparición de aquel diario, “Joven India” pasaría, de semanario, a aparecer dos veces por semana. Esto era lo que yo también creía necesario. Estaba ansioso por exponer al público el sentido profundo del *satyagraha*, y suponía además que a través de este órgano podría por lo menos opinar sobre la situación existente en Punjab. En efecto, en todo lo que yo escribía, latía el *satyagraha*, y eso mismo no lo ignoraba siquiera el gobierno. Por consiguiente, acepté inmediatamente la propuesta de estos amigos.

Pero ¿cómo podía la población ser educada para la lucha *satyagraha* a través de un órgano que aparecía en inglés? Mi campo principal de trabajo se hallaba en Gujarat. Sjt. Indulal Yajnik se hallaba en ese entonces asociado con el grupo de Sobani y Banker. Dirigía el periódico mensual “Navajivan” en *gujaratí*, que era sostenido financieramente gracias a estos amigos. Pusieron este periódico a mi disposición, y Sjt. Indulal se ofreció a continuar trabajando en el mismo. Este periódico mensual fue convertido en semanario.

Mientras tanto, “The Bombay Chronicle” fue autorizado a continuar apareciendo. De modo que “Joven India” volvió a su condición de semanario. Pero publicar dos semanarios desde distintos lugares, hubiera implicado demasiados inconvenientes para mí. Como “Navajivan” ya se editaba en Ahmadabad, “Joven India” fue publicado también en ese lugar de acuerdo con mi consejo.

Pero existían además otras razones para ese cambio. Ya con “Indian Opinion” había comprendido que diarios de este tipo necesitan su propia imprenta. Más aún si se tenían en cuenta las leyes que reglamentaban la acción de las imprentas en la India, que hacían imposible que una imprenta organizada sobre bases comerciales aceptara imprimir mis opiniones respecto a la situación general. De modo que la necesidad de establecer una imprenta para nuestro propio uso era imprescindible, y como solo en Ahmadabad esto podía ser resuelto en forma conveniente, “Joven India” debía trasladarse.

Mediante estas publicaciones comencé a esmerarme en preparar al público lector con respecto al verdadero sentido del *satyagraha*. Ambos llegaron a alcanzar una amplia circulación, y en determinado momento sus ediciones podían contarse por cuarenta mil ejemplares cada uno. Pero mientras la circulación del “Navajivan” dio un salto, la de “Joven India” fue creciendo paulatinamente. Después de mi encarcelamiento, la circulación de ambos

periódicos se redujo sobremanera, y actualmente se ha detenido en poco más de ocho mil ejemplares.

Desde un primer comienzo rechacé la admisión de avisos en esos periódicos. Consideraba que no se perdería mucho desde un punto de vista financiero. Por el contrario, creo que esto ayudó en no poca medida a mantener su independencia.

Estos periódicos me ayudaron en cierta forma a estar en paz conmigo mismo. La desobediencia civil estaba fuera de cuestión, pude meditar extensamente sobre diferentes cuestiones y estuve en condiciones de hacer conocer libremente mis pensamientos al pueblo. De modo que creo que ambos periódicos rindieron un buen servicio al pueblo en esta hora de prueba, y cumplieron con su humilde aporte en la lucha contra la tiranía de la ley marcial.

35. EN PUNJAB

Sir Michael O'Dwyer me consideraba responsable de todo lo que sucedió en Punjab, mientras que algunos iracundos jóvenes punjabis me hacían responsable por la implantación de la ley marcial. Afirmaban que si yo no hubiese suspendido la desobediencia civil, no hubiese tenido lugar la masacre de Jalianwala Bagh. Varios de ellos llegaron incluso a amenazarme de muerte si alguna vez me ocurría ir a Punjab.

Pero yo sentía que mi posición fue tan correcta e imposible de discutir, que ninguna persona inteligente podía caer en el malentendido.

Estaba impaciente por ir a Punjab. Nunca había estado antes, y eso hacía crecer mi ansiedad por ver las cosas por mí mismo. El doctor Satyapal, el doctor Kitchlu y pandit Rambhaj Dutt Chowdhari, que me habían invitado a visitar Punjab, se encontraban por ese entonces en la cárcel. Pero yo estaba seguro que el gobierno no se atrevería a mantenerlos presos por mucho tiempo, como tampoco a los otros prisioneros. Un gran número de punjabis acostumbraba visitarme cada vez que me encontraba en Bombay. Algunas palabras de aliento bastaron para confortarlos en esas ocasiones. Estos recuerdos me llenaban de confianza.

Pero mi viaje a Punjab debía posponerse constantemente. El virrey contestaba "todavía no" cada vez que yo solicitaba permiso para dirigirme hacia ese lugar.

Mientras tanto, el Comité Hunther fue establecido con el objeto de realizar una investigación en relación con las actuaciones del gobierno de Pun-

jab durante el período que cubría la ley marcial. Por ese entonces llegó a Punjab Mr. C. F. Andrews. Sus cartas constituían una magnífica descripción del estado de cosas en esa región, y tuve la impresión de que las atrocidades cometidas a cubierto de la ley marcial, eran aún más terribles de lo que se desprendía de las noticias publicadas en la prensa. Me urgía a viajar a Punjab y unirme a él. Al mismo tiempo, Malaviyaji me envió unos telegramas pidiéndome que viajara inmediatamente. Una vez más telegrafíé al virrey solicitando permiso para el viaje. Me contestó que podría ir en determinada fecha que, si mal no recuerdo, debía ser el 17 de octubre.

La escena de que fui testigo a mi llegada a Lahore nunca podrá borrarse de mi memoria. La estación ferroviaria se hallaba atestada de una clamorosa multitud. Toda la población se volcó movida por una gran expectativa, como si fueran al encuentro de un familiar muy querido a quien no veían desde hacía mucho tiempo, y mostraban su alegría en forma delirante. Fui instalado en el *bungalow* de pandit Rambhaj Dutt, y la carga que significaba atenderme recayó sobre las espaldas de Shrimati Sarala Devi. Y bien digo que se trataba de una carga, ya que desde ese momento, el lugar donde debía permanecer se convirtió en un verdadero hospedaje para caravanas.

En la cárcel los más importantes líderes de Punjab, descubrí que su lugar fue ocupado con gran capacidad por pandit Malaviyaji, pandit Motilalji, y el difunto Swami Shraddhanandji. Malaviyaji y Shraddhanandji ya eran íntimos conocidos míos, pero se trataba de la primera vez que me encontraba con Motilalji. Todos estos líderes, como también aquellos dirigentes locales que escaparon al privilegio de ir a la cárcel, inmediatamente hicieron que me sintiera como si estuviera en mi hogar, de modo que entre ellos nunca fui un extraño.

Como decidimos en forma unánime no prestar declaración ante el Comité Hunter, es un asunto que ya pertenece a la historia. Las razones para esa decisión fueron publicadas en esa época, y no necesitan ser recapituladas ahora. Es suficiente decir que, mirando hacia esos acontecimientos con la perspectiva que permite el tiempo transcurrido, aún siento que nuestra decisión de boicotear al comité fue absolutamente correcta y la más apropiada.

Como consecuencia lógica del boicot al Comité Hunter, se decidió crear un comité investigador no oficial, para llevar a cabo una investigación paralela a cuenta del Congreso. Fuimos adscritos a este comité el difunto Deshbandhu C. R. Das, pandit Motilal Nehru, Sjt. Abbas Tyebji, Sjt. M. R. Jayakar y yo, gracias sobre todo a la sugerencia de pandit Malaviyaji. Nos distribuímos por distintos lugares de la región con el objeto de realizar la investigación. La responsabilidad por organizar el trabajo del comité estuvo a mi car-

go, y como el privilegio de conducir la investigación en el mayor número de lugares también correspondía a mi parte del trabajo, tuve una magnífica oportunidad de observar de cerca las características de la población de Punjab, tanto en las ciudades como en sus aldeas.

En el curso de mi investigación, también llegué a conocer a las mujeres de Punjab. Era como si nos hubiéramos conocido desde hacía largos años. Y mi trabajo me convenció de que Punjab podía llegar a convertirse en un magnífico terreno para el trabajo *khadi*.

A medida que proseguía en mi investigación sobre las atrocidades realizadas contra la población, me enteraba de actos horribles cometidos por un gobierno tiránico gracias al arbitrario despotismo de sus funcionarios, para los cuales verdaderamente no estaba preparado, y que me llenaban de dolor. Lo que me sorprendió entonces, y aún continúa sorprendiéndome hoy en día, es el hecho de que la provincia que mayor número de soldados suministró al gobierno británico durante la guerra, debía ser sometida a tal exceso de brutalidades.

La tarea de redactar el informe del comité también estuvo a mi cargo. Desearía recomendar a todo aquel que aspire a tener una idea sobre el tipo de atrocidades cometidas con el pueblo de Punjab, recorra ese informe. Lo único que quiero manifestar aquí, es que en ese informe no existe una sola exageración hecha en forma consciente, y que toda afirmación que ahí se hace fue comprobada en la realidad. Además, el informe producido no constituía más que una parte de los documentos que obraban en poder del Comité. Ni una sola afirmación, sobre cuya validez hubiera podido haber algún asomo de duda, fue incluida en nuestro informe. Este informe, preparado nada más que con el objeto de sacar a relucir la verdad y solo la verdad, permite al lector comprender a qué cosas puede llegar el gobierno británico, y qué brutalidades y barbaridades es capaz de perpetrar con el objeto de mantener su poder. En la medida de mis conocimientos, no creo que alguna vez se haya podido demostrar que una sola de las cosas dichas en ese informe podía ser rebatida.

36. ¿EL KHILAFAT CONTRA LA PROTECCIÓN A LAS VACAS?

Por el momento, debemos dejar de lado estos tristes acontecimientos ocurridos en Punjab.

La investigación del Congreso en Punjab apenas comenzaba cuando recibí una invitación para asistir a una conferencia conjunta de hindúes y mu-

sulmanes que debía celebrarse en Delhi con el objeto de discutir la cuestión del Khilafat. Entre los firmantes de la invitación figuraban el ya desaparecido Hakim Ajmal Khan Saheb y Mr. Asaf Ali. Si mal no recuerdo, Swami Shraddhanandji estaría presente, y además creo que debía ocupar una vicepresidencia en la conferencia, cuya inauguración había sido fijada para noviembre de ese mismo año. La conferencia debía deliberar sobre la situación que creaba la traición cometida con el Khilafat, y sobre la cuestión de si los hindúes y los musulmanes debían participar en la celebración de la paz con Alemania. La carta de investigación continuaba diciendo aún, entre otras cosas, que también se discutiría la cuestión de la protección a la vaca, y que esto constituiría una magnífica oportunidad para solucionar esta cuestión. No me agradó la referencia a la cuestión de la vaca. En la carta con que contesté a la invitación, aunque prometiendo hacer todo lo posible para asistir, sugería que las dos cuestiones no debían ser mezcladas o consideradas en forma conjunta, sino que correspondía tratarlas de acuerdo con las características de cada una, y extraer la decisión de sus propios méritos.

Con estos pensamientos en mi mente, asistí a la conferencia. Una importante concurrencia se hallaba presente, aunque no ofrecía el espectáculo de asambleas de decenas de miles que tuve ocasión de presenciar en el curso de los últimos acontecimientos. Discutí el asunto al que acabo de referirme con el Swami Shraddhanandji, que se hallaba presente en la conferencia. Comprendió mi argumento y prefirió que yo lo plantease así a la conferencia. Asimismo discutí la cuestión con Hakim Saheb. Ante la conferencia, sostuve que si la cuestión del Khilafat contaba con una base justa y legítima, tal como yo lo creía, y si el gobierno realmente había cometido una grosera injusticia, los hindúes estaban obligados a apoyar a los musulmanes en sus demandas para que fuera derogado el Khilafat que no correspondía. Resultaría negativo, manifesté, aprovechar la ocasión para discutir la cuestión de la vaca en conexión con este problema, como también sería negativo que los musulmanes ofrecieran no continuar sacrificando las vacas para el consumo de carne como un precio por el apoyo hindú a sus demandas sobre el Khilafat. Pero sería completamente distinto, y constituiría un tinte de orgullo para los musulmanes, si ellos mismos, por propia decisión, no continuaran con el sacrificio de las vacas como acto de respeto por los sentimientos religiosos de los hindúes, y como expresión de un sentimiento de devoción hacia compatriotas e hijos de un mismo suelo. Asumir una actitud independiente de esa naturaleza constituía, declararé, un deber para ellos, que enaltecería la dignidad de su conducta. Pero si los musulmanes consideraban que sus deberes hacia sus compatriotas terminaban donde comenzaba la matanza de vacas, debían continuar

defendiendo esa actitud sin pensar si los hindúes los ayudarían o no en el asunto del Khilafat.

—Por tanto —argumenté—, las dos cuestiones deben ser discutidas en forma independiente una de otra, y las deliberaciones de la conferencia deben quedar circunscritas a la cuestión del Khilafat solamente.

Mi argumento convenció a los presentes y, como resultado, la cuestión de la protección a las vacas no fue discutida en la conferencia.

Pero, a pesar de mis palabras, Maulana Abdul Bari Saheb dijo:

—No es cuestión de si los hindúes nos ayudarán o no, pero los musulmanes, como compatriotas de los hindúes, deben abjurar de la matanza de vacas.

Y en ese momento existió la impresión de que realmente pondrían punto final a esa matanza.

Desde algunos sectores surgió la proposición de unificar la cuestión de Punjab con la de Khilafat. Me opuse a esta sugerencia. La cuestión de Punjab, dije, constituía un asunto local, y por tanto no podía ejercer influencia en nuestra decisión de participar o no en las negociaciones de paz. Si mezclamos las cuestiones locales con el asunto del Khilafat, que tiene relación directa con las conversaciones de paz, nos haríamos culpables de un error difícil de reparar. Mi argumento convenció fácilmente a todos.

Maulana Hasrat Mohani se hallaba presente en esta reunión. Lo conocía de tiempo atrás, pero únicamente en esa oportunidad pude comprobar qué gran luchador era. Estábamos en desacuerdo desde un comienzo, y en muchas cuestiones esas diferencias persisten hasta hoy en día.

Entre las numerosas resoluciones presentadas en esa conferencia, una llamaba a los hindúes y musulmanes a pronunciar el voto *swadeshi* y, como lógico corolario, a proclamar el boicot a los productos extranjeros. La acción *khadi* aún no estaba claramente definida. Pero esta no podía ser una resolución aceptable para Hasrat Saheb. Su propósito era tomar venganza del imperio británico en caso que no se hiciera justicia en la cuestión del Khilafat. Por consiguiente, su contrapropuesta consistía en un boicot extendido exclusivamente a los productos británicos, en la medida que esto fuera posible. Yo me opuse tanto desde un punto de vista principista, como también por la imposibilidad de llevar esa medida a la práctica, aduciendo argumentos que ya son por todos conocidos. Asimismo planteé a la conferencia mis puntos de vista sobre la no violencia. Comprobé que mis argumentos impresionaron profundamente al auditorio. Antes de pronunciar mi discurso, las palabras de Hasrat Mohani fueron recibidas con aplausos tan clamorosos, que temí que las más no constituyeran más que un aislado grito en la soledad. De todos

modos, decidí hacer uso de la palabra considerando que hubiera sido faltar a mi deber con respecto a la conferencia no plantear mis puntos de vista. Pero, para mi sorpresa, el discurso fue seguido con suma atención por todos los presentes, encontró gran apoyo entre los delegados, y orador tras orador destacaron su aprobación a mis opiniones. Los dirigentes comprendieron no sólo que el boicot a los productos británicos fracasaría en cuanto a sus objetivos, sino que también nos haría caer en el ridículo. Ni en un solo hombre de los que estaban en la asamblea faltaba algún artículo británico en su indumentaria. Muchas personas del auditorio comprendieron que nada podía resultar de adoptar una resolución que ni ellos mismos estaban en condiciones de cumplir en la práctica.

—Un simple boicot a las telas extranjeras no puede satisfacernos, porque nadie puede saber cuánto tiempo ha de pasar hasta que estemos en condiciones de producir telas *swadeshi* en cantidades suficientes para cubrir nuestras necesidades, única forma de que el boicot a las telas extranjeras tenga algún valor efectivo —dijo Maulana Hasrat Mohani en su discurso—. Queremos algo que cause efecto inmediato sobre los británicos. Aceptamos vuestro boicot a las telas extranjeras, pero dadnos algo más rápido, más efectivo.

Mientras lo escuchaba, comprendí que algo nuevo, más allá del boicot a las telas extranjeras, era lo que necesitábamos. Un boicot inmediato a las telas extranjeras, era algo que por ese entonces también me parecía imposible de llevar a cabo. Ignoraba entonces que, de haberlo querido, hubiéramos podido producir suficiente *khadi* para cubrir todas nuestras necesidades en materia de tejidos; este fue un descubrimiento posterior. Por otro lado, tampoco ignoraba que si dependíamos exclusivamente de las fábricas textiles para llevar a cabo nuestro propósito, íbamos al fracaso. Me encontraba precisamente en medio de este dilema, cuando Maulana concluyó su intervención.

Era manifiesta mi inferioridad de condiciones por falta de palabras suficientes en *hindí* o *urdu*. Se trataba de mi primera oportunidad de pronunciar una larga argumentación ante una audiencia especialmente compuesta de musulmanes del norte. Ya había hablado en *urdu* en la Liga Musulmana de Calcuta, pero solo fue por pocos minutos, y el discurso apenas sí pretendía ser un llamado sentimental a quienes me escuchaban. Aquí, por el contrario, debía enfrentar una audiencia de gran espíritu crítico, si no hostil en cierta forma, a la que debía explicar mis puntos de vista. Pero dejé de lado toda reserva. No estaba allí para pronunciar un discurso en el perfecto y pulido *urdu* de los musulmanes de Delhi, sino para expresar mis puntos de vista en el basto *hindí* al que yo podía recurrir. Y en esto, me acompañó el éxito. Esta conferen-

cia me suministró una clara evidencia de que únicamente el *hindí-urdu* puede llegar a convertirse en la *lingua franca* de la India. Si hubiera hablado en inglés, no hubiera impresionado en la forma que lo hice, y Maulana quizá no hubiese sentido la necesidad de orientarse en otro sentido.

No pude encontrar una palabra *hindí* o *urdu* que expresara totalmente la nueva idea. Por último, preferí describirla mediante la palabra “no cooperación”, expresión que usé por primera vez en esa conferencia. Mientras Maulana se hallaba pronunciando su discurso, me parecía absurdo que él hablara de realizar una resistencia efectiva contra un gobierno con el cual estaba cooperando en más de un sentido, considerando, además, que un llamado a las armas era imposible o indeseable. La única resistencia verdadera que podíamos esgrimir contra el gobierno, radicaba, me pareció entonces, en no continuar cooperando con él. Así llegué a la palabra “no-cooperación”. Aún no tenía una clara idea de todas sus implicaciones, y por tanto no entré en detalles. Simplemente dije:

—Los musulmanes adoptaron una resolución sumamente importante. Si los términos en que se suscribe la paz, les son desfavorables —Dios no lo quiera— interrumpirán toda cooperación con el gobierno. Constituye un derecho inalienable del pueblo negar su cooperación. No estamos obligados a retener los títulos y honores del gobierno, o continuar al servicio del gobierno. Si el gobierno nos traiciona en una gran causa como lo es el Khilafat, no podemos hacer otra cosa que no cooperar. Por tanto, proclamamos que no cooperaremos con el gobierno en caso de traición a nuestras aspiraciones.

Pero pasaron meses antes que la palabra “no cooperación” se convirtiera en moneda corriente. Por el momento, se había perdido entre los documentos de la conferencia. Incluso, cuando yo apoyé la resolución sobre la cooperación en el Congreso que se reunió un mes más tarde en Amritsar, lo hice con la esperanza de que nunca fuera necesario llegar a utilizarla.

37. EL CONGRESO EN AMRITSAR

El gobierno de Punjab no podía mantener en la cárcel los cientos de punjabis que, bajo el régimen de la ley marcial, fueron condenados a penas de prisión sobre la base de difusas evidencias, y por tribunales que de tales solo tenían el nombre. Era tal el escándalo y las protestas que rodeaban ese acto de flagrante injusticia, que la permanencia de los punjabis en la cárcel resultaba imposible. Muchos de los presos fueron puestos en libertad antes que el

Congreso se inaugurara. Lala Harkishanlal y los otros líderes fueron liberados mientras se estaba preparando el Congreso. Los hermanos Ali también obtuvieron su excarcelación. La alegría del pueblo no tenía límites. Pandit Motilal Nehru que, sacrificando su carrera, se había establecido en Punjab y rindiera grandes servicios a la causa, era el presidente del Congreso; el difunto Swami Shraddhanandji presidía el Comité de Recepción.

Hasta ese momento, mi participación en los trabajos anuales del Congreso se reducía a una positiva defensa del *hindí*, mediante la utilización de esta lengua para pronunciar, segunda tarea, mi discurso sobre la situación de los indos en el exterior. No esperaba yo que este año tuviera que cumplir con otras tareas. Pero, como ya había sucedido en muchas otras ocasiones anteriormente, en forma repentina cayeron sobre mí varias tareas de responsabilidad.

Acababan de darse a conocer las nuevas reformas anunciadas por el rey. No me satisfacían del todo, y resultaban inaceptables para los demás. Pero yo sentía en esa ocasión que dichas reformas, aunque defectuosas, aún podían ser aceptadas. Percibí en el anuncio del rey, como también en su lenguaje, la mano de lord Sinha, y fue un rayo de esperanza. Pero hombres de experiencia como Lokamanya y Deshabandhu Chittaranjan Das, movieron sus cabezas en sentido negativo. Pandit Malaviyaji se mostraba neutral.

Pandit Malaviyaji me había dado un lugar en su casa. Ya había podido percibir la sencillez de su vida en ocasión de la ceremonia de fundación de la Universidad Hindú, pero en esta ocasión, viviendo junto a él, pude observar su rutina diaria en los más pequeños detalles, y lo que vi llenó mi corazón de alegría. Su casa estaba abierta permanentemente a todos los pobres. Resultaba imposible cruzarla de un extremo a otro, tan llena de gente estaba. Los visitantes podían llegar a cualquier hora de la noche, y tomar de su tiempo todo lo que deseaban. En un rincón de este pesebre, mi *charpai** ocupaba dignamente su lugar.

Pero no puedo dedicar este capítulo a una descripción del modo de vida de Malaviyaji; debo regresar a mi tema.

Estaba en condiciones, por tanto, de mantener discusiones diarias con Malaviyaji, que acostumbraba explicarme con todo amor, como si fuera un hermano mayor, los distintos puntos de vista de los diferentes sectores. Comprendí que mi participación en las deliberaciones sobre la resolución a que darían lugar las reformas, era inevitable. Habiendo asumido parte de la responsabilidad en la redacción del informe al Congreso sobre los actos come-

* Catre liviano indio

tidos en Punjab, sentí que todo aquello que aún quedaba por hacer en conexión con ese hecho, reclamaba mi atención. Debían realizarse negociaciones con el gobierno respecto a este asunto. Creía en ese momento que Mr. Montagu no traicionaría ni permitiría que se traicionara la causa de la India. La liberación de los hermanos Ali y de otros prisioneros, resultaba para mí un signo auspicioso. En esas circunstancias consideraba que una resolución aceptando las reformas era lo correcto. Por su lado, Deshabandhu Chittaranjan Das sostenía firmemente que las reformas debían ser rechazadas en su totalidad como completamente inadecuadas e incompletas. Lokamanya era más o menos neutral, pero había decidido inclinar su influencia sobre cualquier resolución que contara con la aprobación de Deshabandhu.

La idea de polemizar con líderes capaces y universalmente reconocidos, me resultaba insoportable. Pero, por otro lado, la voz de la conciencia era clara. Quise retirarme del Congreso, y sugerí a pandit Malaviyaji y a Motilalji que sería mejor para todos si me colocaba al margen del Congreso por el resto de las sesiones. Me evitaría hacer una exhibición de mis diferencias con líderes tan estimados.

Pero mi propuesta no encontró aceptación en estas dos personalidades. De alguna manera este deseo mío llegó a oídos de Lala Harkishanlal, quien manifestó que eso sería un golpe para los sentimientos de los punjabis, y que yo nunca debiera hacerlo. Discutí la cuestión con Lokamanya, Deshabandhu y Mr. Jinnah, pero no pudo encontrarse ninguna fórmula. Por último, manifesté mi amargura a Malaviyaji.

—No veo ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo —le dije— y si planteo mi proyecto de resolución, se deberá recurrir a la votación. Pero aquí no es posible recurrir a la votación por el simple método de levantar la mano, ya que la asamblea es muy numerosa y la confusión sería grande. Por tanto, incluso si quiero llegar a una división en las opiniones, no existen facilidades para ello, ni tiene sentido hacerlo.

—No permitiremos visitantes el día de la votación —contestó Lala Harkishanlal—, de modo que no habrá confusión sobre quienes tienen derecho a votar. En cuanto al recuento de los votos, pues ya encontraré alguna manera de organizar eso. Pero usted no tiene que retirarse del Congreso.

Tuve que capitular. Di forma a mi resolución y la presenté al Congreso. Pandit Malaviyaji y Mr. Jinnah la apoyarían. Pude comprobar que, a pesar de nuestras diferencias de opinión completamente libres de sentimientos encontrados, y aunque nuestros discursos no contenían otra cosa que fríos razonamientos, la gente no quería aceptar el hecho de una división: esto la mortificaba. Querían unanimidad.

Incluso, mientras se pronunciaban los discursos, en el estrado de los líderes, se hacían esfuerzos por encontrar una fórmula de transacción; las notas iban y venían entre ellos con ese objeto. Malaviyaji hacía lo imposible para allanar las diferencias. Fue entonces cuando Jeramdas planteó su enmienda, y, en su dulce modo, solicitó a los delegados que evitaran el dilema de una división. Su enmienda me convenció. Malaviyaji continuaba escrutando todos los sectores en busca de un rayo de esperanza. Le dije que la enmienda de Jeramdas me parecía aceptable para ambas partes. Lokamanya estaba dispuesto a no hacer objeciones si era aprobada por C. R. Das. Deshabandhu, por último, se convenció también, y su mirada se dirigió a Sjt. Bepin Chandra Pal para que la aprobara. Malaviyaji rebosaba felicidad. Desechando el trozo de papel que contenía la enmienda, y antes que Deshabandhu pronunciara el “sí” definitivo, gritó ante la concurrencia:

—Hermanos delegados, se alegrarán de saber que hay acuerdo.

Lo que sucedió no necesita descripción. El salón retumbaba con los aplausos, y el rostro de toda la multitud reflejaba la infinita alegría que los embargaba.

No creo sea necesario considerar aquí el texto de la enmienda. Mi objeto se reduce a narrar, como parte de mis experiencias con respecto a lo que trata este capítulo, la forma en que la resolución fue tomada.

Este compromiso amplió más adelante el caudal de mis responsabilidades.

38. INICIACIÓN EN EL CONGRESO

Debo considerar mi participación en el Congreso de Amritsar como mi verdadero ingreso en la política del partido del Congreso. Mi asistencia a los congresos anteriores no constituía otra cosa que una renovación anual de mi adhesión al Congreso. En esas ocasiones nunca me consideré otra cosa que un colaborador más, y no deseaba ser otra cosa.

Mi experiencia en Amritsar demostró que para una o dos cosas tenía cierta aptitud, y que en ese sentido podía ser útil al Congreso. Pudo comprobar que Lokamanya, Deshabandhu, pandit Motilalju y otros líderes aprobaban mi trabajo en relación con la investigación cumplida en Punjab. Acostumbraban invitarme a sus reuniones extraoficiales donde, noté, se esbozaban las resoluciones para el Comité de Asuntos. A esas reuniones solo eran invitadas esas personas que gozaban de la confianza especial de los líderes y cuyos servicios

les resultaban necesarios. Los entremetidos también encontraban un camino para llegar, muchas veces, a estas reuniones.

Para el año que se iniciaba, dos de las cosas que se presentaban me interesaban, por el hecho de que contaba con aptitudes para ellas. Una de ellas era el monumento recordatorio de la masacre de Jalianwala Bagh. El Congreso había aprobado una resolución al respecto en medio de gran entusiasmo. Un fondo de unos cinco *lakhs* debía ser reunido para ello. Se nombró a los responsables. Pandit Malaviyaji era considerado como el príncipe de los que pedían para la causa. Pero yo sabía que a este respecto no podía estar muy lejos de él. Ya en África del Sur descubrí mi capacidad en este sentido. No tenía la mágica capacidad de Malaviyaji para obtener donaciones principescas de los potentados de la India, pero sabía que esta vez no habría mucha oportunidad para las donaciones de rajás y maharajás. Por tanto, la máxima responsabilidad recayó sobre mis hombros en lo que respecta a los fondos necesarios para erigir el monumento recordatorio de Jalianwala Bagh. Los generosos ciudadanos de Bombay aportaron con toda liberalidad, y hasta hoy en día el comité respectivo cuenta con un balance positivo en el banco. Pero el problema que enfrenta ahora el país es el de decidir qué tipo de monumento ha de ser erigido sobre la tierra para santificar aquello por lo cual musulmanes, hindúes y *sikhs* mezclaron su sangre. Las tres comunidades, en vez de estar unidas por un lazo de amistad y amor, se encuentran más bien en guerra una con la otra, y la nación no sabe cómo utilizar el dinero reunido para el monumento.

La segunda aptitud utilizable para el Congreso, era la de redactor. Los líderes del Congreso consideraban que yo tenía capacidad para condensar las expresiones generales, cosa que adquirí después de una larga práctica. Los estatutos con los que el Congreso contaba en ese momento, constituían uno de los legados de Gokhale. Este había establecido algunas reglas básicas que movían la maquinaria del partido. La historia de cómo estas reglas fueron adoptadas, la escuché de los mismos labios de Gokhale. Pero todos sentían que ya no eran suficientes para el incremento que había asumido el Congreso. Y el asunto era discutido año tras año. Por esa época el Congreso prácticamente no contaba con ningún aparato técnico que funcionara entre cada asamblea anual, o que considerara cualquier cuestión que pudiera surgir en el intervalo. Las reglas existentes contemplaban la actuación de tres secretarios, pero en la práctica solo uno de ellos trabajaba como tal, y no durante todo el tiempo. ¿Cómo era posible que una sola persona pudiera estar al frente de los organismos del Congreso, pensara en el futuro del partido y al mismo tiempo diera curso a las obligaciones contraídas por el Congreso? En ese año, todos sentíamos que la cuestión asumía mayor importancia que nunca. El Congre-

so era un cuerpo demasiado numeroso para la discusión de ciertos asuntos. No se había fijado límite al número de delegados que cada provincia podía enviar. Resultaba imprescindible superar esta caótica situación, y esto era lo que sentía la mayoría de los líderes. Asumí la responsabilidad de esbozar unos estatutos, bajo una condición. Comprobé que había dos líderes, Lokamanya y Deshabandhu, que gozaban del mayor favor del público. Demandé que ellos, en representación del pueblo, integraran conmigo el comité que redactaría los estatutos. Pero como resultaba obvio que personalmente no contaran con tiempo para participar en los trabajos de redacción, sugerí que dos personas que gozaran de su entera confianza, fueran nombradas para el comité, y que el número de personas de este quedara limitado a tres. La proposición fue aceptada por Lokamanya y por Deshabandhu, quienes sugirieron los nombres de Sjts. Kelkar e I. B. Sen, respectivamente. Nunca pudo el comité llegar a reunirse, pero estuvimos en condiciones de consultarnos por correspondencia, y por último presentar un informe resuelto por unanimidad. Aún contemplo con cierto orgullo este trabajo. La asunción de esta responsabilidad marca realmente mi ingreso en la política del Congreso.

39. EL NACIMIENTO DE KHADI

No recuerdo haber visto un telar o un torno para hilar desde que en 1908 los describí en *Hind Swaraj* como la panacea para la creciente pauperización de la India. En ese libro lo hice considerando que cualquier cosa que ayudara a la India a resolver el creciente empobrecimiento de sus masas, ayudaría asimismo a establecer el *swaraj*. Aún en 1915, cuando regresé a la India desde África del Sur, no tomé contacto con un torno para hilar. Cuando se fundó la *ashram satyagraha* en Sabarmati, introdujimos algunos telares. Pero apenas hicimos esto, nos enfrentamos con una dificultad. Como todos pertenecíamos a las profesiones liberales o al mundo de los negocios, no contábamos con artesanos. Necesitábamos un tejedor experto que nos enseñara la forma de trabajar los telares. Por fin encontramos uno en Palanpur, pero no nos transmitió todo su arte. Gracias a que Maganlal Gandhi poseía un talento natural para la mecánica, estuvo en condiciones de enseñar a su vez este oficio, y uno tras otro, varios tejedores nuevos fueron formados en la *ashram*.

Nuestro objetivo era producir todos los tejidos que necesitábamos para nuestra vestimenta, y al mismo tiempo el hilado. Asimismo resolvimos utilizar únicamente la materia prima producida en la India. La adopción de este temperamento nos permitió hacer varias experiencias interesantes. Pudimos

conocer, por contactos directos, las condiciones de vida de los tejedores, la magnitud de su producción, las dificultades para obtener su cuota anual de hilado, la forma en que eran víctimas del fraude, y, por último, el crecimiento constante de sus deudas.

No estábamos en condiciones inmediatas de producir toda la tela que necesitábamos. La alternativa consistía en obtener el suplemento de estos tejedores manuales. Pero tela hecha con hilados nacionales, no era fácil de obtener ni siquiera entre los comerciantes en tejidos, y menos aún entre los mismos tejedores. Toda la tela de hilado fino preparada por los tejedores, se hacía con hilado extranjero, ya que los telares de la India no trabajaban la trama fina. Incluso hoy en día la producción de telas de trama fina en los telares de la India es muy reducida. Solo después de muchos esfuerzos pudimos encontrar algunos tejedores que condescendieron a prepararnos telas con hilados *swadeshi*, con la condición de que la *ashram* adquiriera toda la tela que pudieran producir. Así que, adoptando telas de este tipo, y además distribuyéndolas entre los amigos, nos hicimos voluntariamente agentes de propaganda de los productos ejecutados en los telares indos. Esto nos llevó, además, a conocer las tejedurías, y algunos de los problemas que tenían. Comprobamos que para los dueños de las tejedurías, su única ambición era trabajar sus propios hilados; la cooperación con el tejedor artesano no era deseada, sino inevitable y temporaria. Nos volvimos impacientes por preparar nuestro propio hilado. Resultaba claro que, hasta que no lográramos eso, dependeríamos siempre de las tejedurías. Nos dimos cuenta que no hacíamos ningún servicio al país actuando como agentes de las tejedurías.

Pero aquí no terminaban nuestras dificultades. No pudimos obtener un torno para hilar, ni siquiera un obrero que nos enseñara el oficio. Utilizábamos en la *ashram* algunos telares para embobinar, pero no sabíamos que podíamos utilizar el mismo procedimiento para hilar. En cierta ocasión, Kallidas Jhaveri encontró una mujer que nos iba a enseñar la forma en que se preparaba el hilado. Le enviamos a un miembro de la *ashram*, afamado por su gran facilidad de aprender cosas nuevas. Pero incluso él regresó sin haber aprendido el secreto del hilado.

Pasaba el tiempo, y mi impaciencia crecía. Invité a la *ashram* a muchas personas que podían tener algún conocimiento al respecto, pero todo resultó inútil. Ese arte confiado a las mujeres, y que parecía haber desaparecido, debía sin embargo contar con algún perfecto conocedor en algún rincón perdido de la India.

En el año 1917 fui invitado por mis amigos *gujaratís* para presidir la Conferencia de Educación General. En esa oportunidad descubrí a esa extraor-

dinaria mujer que era Gangabehn Majmundar. Una viuda cuyo espíritu emprendedor no tenía límites. Su educación, en el sentido ordinario del término, no era mucha. Pero en valentía y sentido común, fácilmente superaba el nivel general de nuestras mujeres educadas. No hacía caso del principio de la intocabilidad, y se movía cómodamente entre todos aquellos que la necesitaban. Contaba con sus propios medios para subsistir, y sus necesidades eran muy reducidas. Su salud física era excelente, y no necesitaba escolta para dirigirse de un lugar a otro. Sobre un caballo, se sentía perfectamente cómoda. La llegué a conocer más íntimamente en la conferencia de Godhra. A ella le planteé mi problema, y me prometió realizar una intensa búsqueda hasta encontrar lo que yo necesitaba.

40. ¡POR FIN HALLADO!

Por último, Gangabehn encontró el torno para hilar en Vijapur, en el estado de Baroda. Gran cantidad de personas de ese lugar tenían en sus casas esos tornos, pero ya no los utilizaban. Prometieron a Gangabehn que volverían a trabajar con ellos si alguien prometía proveerlos con un abastecimiento regular de las mechas, y adquiriera el hilado producido. Gangabehn me comunicó la alegre noticia. Pero la obtención de las mechas no resultó cosa sencilla. Al mencionar el asunto ante él, Aumar Sobani resolvió esta dificultad prometiendo enviar lo necesario desde su hilandería propia. Envié a Gangabehn las mechas recibidas de Umar Sobani, y muy pronto comenzaron a llegar hilados en cantidades que no preveíamos.

La generosidad de Umar Sobani era muy grande, pero no era posible recurrir siempre a ella. Me producía disgusto estar recibiendo permanentemente las mechas de él. Por otro lado, si se podían utilizar las mechas de las fábricas, ¿por qué no usar también sus hilados? Seguramente ninguna fábrica suplía de mechas a los antiguos. Con esos pensamientos en mi mente, sugerí a Gangabehn la necesidad de encontrar cardadores que nos suplieran con mechas. Asumió con entusiasmo la tarea. Encontró una cardadora que estaba preparada para cardar algodón. Pero exigía treinta y cinco rupias, si no más aún, por mes. Por el momento consideraba que ninguna suma era demasiado excesiva. Enseñó a varios jóvenes a preparar las mechas del algodón cardado. Solicité algodón a Bombay. Sjt. Yashvantprasad Desai respondió inmediatamente. Por tanto, el trabajo de Gangabehn prosperaba sin pausa. Encontró tejedores dispuestos a trabajar en Vijapur, y pronto las telas de Vijapur conquistaron fama propia.

Mientras esto sucedía en Vijapur, el trabajo de hilar se desarrolló rápidamente en la *ashram*. Maganlal Gandhi, poniendo una vez más en juego su facilidad manual, logró fabricar en la *ashram* tornos y accesorios.

Me hallaba en Bombay, en mi lecho de enfermo, pero no demasiado enfermo como para no buscar allí también a un hilador. Por último, encontré dos. Al discutir el precio con ellos, comprobé que exigían sumas exorbitantes en comparación con lo que pagábamos en Vijapur por el mismo hilado. Rechacé su oferta, pero ellos encontraron la forma de ofrecer sus servicios a Shrimatis Avantikabai, Ramibai, Kamdar, la madre viuda de Sjt. Shankarlal Banker y a Shrimati Vasumatibehn. De este modo, todos estos amigos aprendieron un oficio que venían a practicar conmigo. El telar comenzó a zumbiar en mi habitación, y puedo decir sin exageración que ese zumbido no dejó de tener su efecto en restaurar mi salud. Estoy dispuesto a admitir que este efecto fue más psicológico que físico. Pero esto demuestra cuán poderosamente reacciona el físico ante el impulso psicológico. Yo también puse mis manos sobre el telar, pero no pude hacer mucho por esa época.

En Bombay, nuevamente surgió el mismo viejo problema de obtener mechas preparadas en forma manual. Un cardador solía pasar diariamente por la casa de Sjt. Revashankar. Envié por él, y se mostró dispuesto a cardar algodón para mechas, pero solicitó un precio demasiado alto. Sin embargo, lo pagué. El hilado así preparado sirvió a algunos amigos para preparar las guirnaldas de sus *pavitra ekadashi*. Sjt. Shivji comenzó a enseñar el oficio en Bombay. Todas estas tareas insumían grandes gastos. Pero eran soportadas con gusto por patrióticos amigos, amantes de su madre patria, y que tenían fe en Khadi. El dinero así gastado, en mi humilde opinión, no fue dilapidado ni malgastado. Significó gran experiencia para nosotros, y nos reveló las posibilidades del torno de hilar.

Me sentía impaciente ahora por adoptar el *khadi* en la confección de mis ropas. Mi *dhoti* estaba aún hecha de tela de tejedurías mecánicas. Lancé un ultimátum a la *ashram*, que contestó rápidamente suministrándome la tela necesaria para confeccionar mi *dhoti*.

Por la misma época, Sjt. Lakshmidas trajo a la *ashram*, desde Lathi, a Sjt. Ramji, tejedor, y su esposa Gangabehn, lográndose así la confección de *dhotis khadi* en la misma *ashram*. El papel jugado por esta pareja en el desarrollo del movimiento *khadi* no fue pequeño, por cierto. Gran número de personas de Gujarat deben a ellos el haber aprendido a hilar y tejer las telas que usan para sus ropas. Ver a Gangabehn sentada ante su telar, es algo que llena de emoción. Parece poseída por una fuerza interna que la une a su trabajo, y sería difícil distraerla cuando está concentrada en este magnífico acto.

41. UN DIÁLOGO INSTRUCTIVO

Por su mismo contenido, el movimiento *khadi*, o el movimiento *swadeshi*, como fue llamado en ese entonces, despertó las críticas de los dueños de las tejedurías. Umar Sobani, importante fabricante de telas, no solo me otorgó el beneficio de sus conocimientos y experiencias, sino que asimismo me ponía al tanto de las opiniones de los otros propietarios. El argumento de uno de ellos fue el que más me impresionó. Sobani me instó a conocerlo, y por fin combino una entrevista. El fabricante inició la conversación.

—Sabía usted que hubo agitación *swadeshi* antes de ahora?

—Sí, lo sabía —repliqué.

—Tendrá conocimiento también que en los días de la Partición nosotros, los dueños de las tejedurías, explotamos intensamente al movimiento *swadeshi*. Y cuando pudimos hacerlo, elevamos los precios de las telas, e incluso llegamos a cosas peores.

—Sí, tengo conocimiento de algunas de estas cosas, y me siento apenado por ello.

—Puedo entender este sentimiento, pero no veo motivo para tenerlo. No estamos dirigiendo los negocios por mera filantropía. Lo hacemos para obtener beneficios, y debemos satisfacer a los dueños de las empresas. El precio de un artículo está determinado por la demanda que de ese artículo existe. ¿Quién puede dirigir la ley de la oferta y demanda? Los bengalíes deben haber sabido que su agitación causaría el aumento del precio de la ropa *swadeshi* al estimular su demanda.

—Los bengalíes —interrumpí—, al igual que yo, son muy crédulos por naturaleza. Ellos creían, con todo el candor de su fe, que los fabricantes no serían tan egoístas y poco patriotas como para traicionar a su país en la hora de su mayor necesidad, y no los creían capaces de ser tan fraudulentos como para vender las telas extranjeras como si fueran *swadeshi*.

—Conozco esa naturaleza crédula —me dijo— y por ello le causé la molestia de venir a verme. De este modo, puedo advertirle contra el peligro de caer en el mismo error que esos ingenuos bengalíes.

Con estas palabras se volvió a uno de sus empleados que se hallaba con nosotros en la habitación, y le ordenó que trajera muestras de algunas telas que estaban fabricando. Señalándolas, dijo:

—Observe estas telas. Es nuestro más reciente producto. Su demanda es enorme. Su elaboración resulta sumamente barata. La enviamos incluso

hasta los valles del Himalaya, en el norte. Tenemos agencias en todo el país, incluso en lugares hasta donde su voz o sus representantes nunca podrán llegar. Comprobará, por tanto, que no necesitamos más agentes. Por otro lado, usted debe saber que la producción de telas en la India está muy por debajo de sus necesidades. Por consiguiente, la cuestión *swadeshi* muy poco puede hacer en este sentido contra nosotros. El momento en que podamos incrementar nuestra producción en forma suficiente, y mejorar su calidad en la medida necesaria, la importación de telas extranjeras cesará inmediatamente. El consejo que puedo darle, es que no desarrolle una agitación como la que se está haciendo ahora, sino que oriente su trabajo para lograr la creación de nuevas tejedurías. Lo que necesitamos no es propaganda para que se adquieran nuestros productos, sino una mayor producción.

—De modo que, estoy seguro, usted solo puede bendecir mis esfuerzos de ahora, ya que es eso justamente lo que estamos haciendo —dije.

—¡No veo cómo! —exclamó—. Pero quizá está usted pensando en promover el establecimiento de nuevas tejedurías, por lo que realmente debe ser felicitado.

—No eso exactamente lo que estoy haciendo —expliqué—, pero estoy intentando revivir el trabajo manual con el torno de hilar.

—¿Qué es eso? —preguntó, dando la impresión que no comprendía nada de toda la cuestión.

Le conté toda la historia del hilado y tejido manual, y cómo llegamos a concretarlo, agregando luego:

—Estoy de acuerdo con usted en que no tendría sentido convertirme en un agente de las tejedurías nacionales. Eso no puede beneficiar al país, sino todo lo contrario. Nuestras tejedurías no tendrán necesidad de nuevos clientes hasta dentro de mucho tiempo. Mi trabajo debe ser, y precisamente es, organizar la producción, y encontrar los medios necesarios para colocar la producción *khadi*. Me inclino hacia este sistema de *swadeshi*, porque de esta forma puedo proveer de trabajo a las semihambrientas, a las semidesocupadas mujeres de la India. Mi idea es que estas mujeres participen en un movimiento que ofrezca a la población las telas que le hacen falta. No puedo decir hasta dónde llegará este movimiento, ya que estamos en el comienzo. Pero tengo plena confianza. De ninguna manera puede significar algún daño. Por el contrario, el aumento que de todos modos brindará a la producción de telas del país, por más reducido que sea, siempre constituirá algo que hemos ganado. Comprobará usted que mi movimiento no implica los peligros que usted ha mencionado.

—Si usted puede aumentar la producción, y eso es todo lo que quiere lograr —contestó por último— nada tengo en su contra. Pero si su torno de hilar puede hacer algo en esta era de la mecánica, es otra cuestión. En cuanto a mí, personalmente, le deseo el mayor de los éxitos.

42. LA MAREA CRECE

No es necesario que dedique más capítulos a la descripción del progreso alcanzado por el movimiento *khadi*. No corresponde al objetivo de estos capítulos historiar mis distintas actividades, ya que por otro lado eso requerirá un tratamiento imposible de cumplir en estas líneas. El objeto de estos capítulos se reduce a describir simplemente cómo ciertas cosas eran consideradas por mí en el curso de mis experiencias con la verdad.

Trataré de resumir, por consiguiente, la historia del movimiento de no cooperación. Mientras la poderosa agitación sobre el asunto del Khilafat asumía gran desarrollo impulsada por los hermanos Ali, yo sostenía intensas discusiones sobre el tema con Maulana Abdul Bari y el otro *Ulema*, especialmente, en relación con la posible adopción por los musulmanes del principio de la no violencia. Por último, estuvieron de acuerdo en que el Islam no prohíbe a sus partidarios seguir una política de no violencia, y si se comprometían a hacerlo, debían intentar llevarla a cabo con toda sinceridad. Mientras tanto, la resolución de no cooperación fue presentada a la conferencia Khilafat, y determinó que se realizaran largas deliberaciones al respecto. Recuerdo vivamente cómo en cierta oportunidad, en Allahabad, una comisión estuvo reunida toda la noche discutiendo el asunto. En un principio, Hakim Saheb se mostró escéptico sobre las posibilidades prácticas de una no cooperación no-violenta. Pero después que su escepticismo fue superado, se lanzó con cuerpo y alma a la lucha, y su ayuda resultó inestimable al movimiento.

A continuación, la resolución de no cooperación fue presentada por mí en la conferencia política de Gujarat, que tenía lugar poco después. La primera consideración hecha por la oposición, manifestaba que no competía a una conferencia provincial adoptar una resolución antes que lo hiciera el Congreso. Para rebatir este argumento, manifesté que una actitud como esa no correspondía a un movimiento que estaba planeando su acción para el futuro. En movimientos en desarrollo, las organizaciones subordinadas no solo están en condiciones de plantear este tipo de problemas, sino que incluso es deber de ellas hacerlo mientras se tratara de resoluciones que significaban una pre-

ocupación por los problemas del país. La proposición fue discutida, y el debate estuvo marcado por un deseo de razonar y encontrar la verdad. Por último, la resolución fue aprobada por una gran mayoría, y esto se debe no poco a la personalidad de Sjt. Vallabhbhai y a la acción de Abbas Tyabji. Este era el presidente de la conferencia, y sus argumentos se inclinaron siempre en favor de la resolución de no cooperación.

El comité del Congreso de toda la India resolvió realizar una reunión especial del Congreso en septiembre de 1920 en Calcuta, para deliberar sobre esta cuestión. Se realizaron preparativos en gran escala para esta reunión. Lala Lajpat Rai fue elegido presidente. Delegados especiales llegaron de todos lados. Calcuta fue inundada por delegados y visitantes.

A pedido de Maulana Shaukat Ali, redacté un proyecto de resolución sobre la no cooperación mientras viajábamos juntos en el tren. Hasta ese momento, en cierta medida evité la utilización del término “no violencia” en mis escritos. Pero invariablemente hacía uso de esta palabra en mis discursos. Mi vocabulario en este sentido se hallaba en pleno desarrollo. Encontré que no podía explicar el sentido de mis opiniones a una audiencia musulmana con la ayuda de los equivalentes en *samskrit* al término “no violencia”. Por tanto, solicité a Maulana Abul Kalam Azad que encontrara algún equivalente. Sugirió la palabra *ba-aman*. Para la palabra “no cooperación”, el equivalente que encontró fue *tark-i-mavalat*.

De modo que mientras aún me hallaba enfrascado en la tarea de encontrar una terminología adecuada en *hindí*, *gujaratí* y *urdu* para el movimiento de no-cooperación, fui llamado a un congreso fundamental para presentar un proyecto de resolución sobre la no-cooperación. En el proyecto original, la palabra no violencia fue dejada de lado. Estaba en el tren que nos llevaba a Calcuta haciendo este trabajo. Le entregué el borrador a Maulana Shaukat Ali, que se hallaba en el mismo compartimiento, sin notar la omisión. Durante la noche descubrí el error. Por la mañana envié a Mahadev con un mensaje para que se hiciera la rectificación antes que el borrador fuera enviado a la imprenta. Pero el proyecto fue impreso antes que la corrección pudiera ser hecha. El Comité de Asuntos debía reunirse esa misma noche. Por tanto, debía hacer la correspondiente corrección en las copias impresas. Pero comprendí que eso era imposible, ya que no estarían listas para el momento necesario.

No tenía ni la más mínima idea de quiénes apoyarían la resolución y quiénes la rechazarían. Tampoco tenía idea de cuál sería la actitud de Lalaji. Únicamente vi que la mayoría de los líderes veteranos se hallaba en esa reunión: doctor Besant, pandit Malaviyaji, Sjt. Vijayaraghavachari, pandit Motilalji y Deshabandhu, entre ellos.

En mi resolución, la no-cooperación era postulada como un medio para que se rectificaran las injusticias del Punjab y del Khilafat. Esto, sin embargo, no encontró aprobación en Sjt. Vijaraghavachari.

—Si debe ser declarada la no cooperación —dijo—, ¿por qué referirla únicamente a esos hechos? La ausencia de *swaraj* es una de las mayores injusticias que soporta la nación. Contra esto debiera esgrimirse la no cooperación.

Pandit Motilalji estuvo de acuerdo también en que se incluyera una demanda por *swaraj* en la resolución. Inmediatamente acepté la propuesta, e incluí la demanda por *swaraj* en mi resolución que fue aprobada después de una exhaustiva, seria y en cierta forma tormentosa discusión.

Motilalji fue el primero en unirse al movimiento. Aún recuerdo la agradable conversación que mantuvimos sobre la resolución. Sugirió algunos cambios en la terminología, cosa que acepté. Asumió la tarea de conquistar a Deshabandhu para el movimiento. El corazón de Deshabandhu se inclinaba hacia ello, pero se sentía escéptico en cuanto a la capacidad del pueblo para llevar adelante el programa. Solo en el Congreso de Nagpur él y Lalaji aceptaron de todo corazón unirse al movimiento.

Sentí muy profundamente en esa sesión especial la pérdida de Lokamanya. Había sido mi firme apoyo hasta ese día, y si Lokamanya hubiese estado vivo, estoy seguro que habría dado sus bendiciones a mi proyecto. Pero incluso si, por el contrario, se hubiera opuesto a él, yo hubiera estimado su oposición como un privilegio y un elemento de educación para mí. Siempre teníamos nuestras diferencias de opinión, pero nunca llegaban a enojarnos. Siempre me permitió creer que nos unían lazos muy íntimos. Incluso, mientras escribo estas líneas, las circunstancias de su muerte se hallan presentes ante mí. Fue hacia medianoche, cuando Patwardhan, que trabajaba conmigo, me hizo saber por teléfono la noticia de su muerte. Me hallaba rodeado de mis compañeros. Espontáneamente exclamaron mis labios: “Mi más poderoso refugio se ha ido”. El movimiento de no cooperación se hallaba por comenzar en ese momento, y yo esperaba aliento e inspiración de Lokamanya. Cuál hubiese sido su actitud con respecto a la no-cooperación será siempre tema de especulación. Pero algo es indudable: que su ausencia significó un rudo golpe para todos los que estábamos presentes en Calcuta. Todos sentimos la falta de sus consejos en esa hora crítica de la historia del país.

43. EN NAGPUR

Las resoluciones adoptadas en la reunión especial del Congreso en Calcuta, debían ser confirmadas en la reunión anual de Nagpur. Aquí tam-

bién, al igual que en Calcuta, era enorme la afluencia de delegados y visitantes. El número de delegados al Congreso aún no había sido limitado. Como resultado, y en la medida que recuerdo, el número de delegados llegaba a los catorce mil. Lalaji presentó una ligera enmienda a la cláusula sobre el boicot a las escuelas, que acepté. Enmiendas similares fueron hechas por otros participantes, entre ellos Deshabandhu, después de lo cual la resolución de no cooperación fue aprobada por unanimidad.

La resolución que contemplaba la revisión de los estatutos del Congreso, también debía ser considerada en esa ocasión. El proyecto del subcomité había sido presentado en la reunión especial del Calcuta. Por tanto, el asunto estaba ya discutido y analizado. En la reunión de Nagpur, que debía legislar en última instancia, actuaba de presidente Sjt. C. Vijayaraghavachari. El Comité de Asuntos presentó el proyecto con solo un cambio importante en su texto original. En mi proyecto, el número de delegados fue fijado en mil quinientos, el Comité de Asuntos puso la cifra de seis mil. En mi opinión, este cambio fue el resultado de un juicio apresurado, y la experiencia de estos últimos años solo sirvió para confirmarme en mi opinión. Yo consideraba que era ingenuo suponer que una mayor cantidad de delegados ayudaba a conducir mejor los asuntos del partido, o salvaguardar mejor el principio de democracia. Mil quinientos delegados, celosos de los intereses del pueblo, amplios de espíritu y honestos, constituían mejor salvaguardia de la democracia que seis mil hombres elegidos de cualquier manera. Para salvaguardar la democracia, el pueblo debe tener un estricto sentido de independencia, autorrespeto y unidad, y debe saber insistir en elegir como representantes únicamente a esas personas que son realmente buenas y honestas. Pero si se estaba obsesionado por los números, como lo estaba el Comité de Asuntos, incluso podía superarse la cifra de los seis mil. Por tanto, creo que el límite de seis mil fue más bien fijado como un compromiso.

La cuestión de los objetivos del Congreso dio lugar a agudas controversias. En los estatutos que yo había presentado, el objetivo del Congreso era la obtención de la independencia de la India, con el Imperio británico si fuese posible, o sin el imperio si era necesario. Un sector del Congreso quería limitar la obtención de la independencia a los límites del imperio británico exclusivamente. Este punto de vista fue planteado en primer lugar por pandit Malaviyaji y Mr. Jinnah. Pero no pudieron obtener muchos votos. Asimismo, mi proyecto sostenía que los medios para obtener la independencia debían ser pacíficos y legítimos. Esta condición también encontró oposición, argumentándose que no debía haber restricciones en cuanto a los medios a ser adoptados. Pero el congreso aprobó la redacción original del proyecto des-

pués de una discusión instructiva y franca. Es mi opinión que si estos estatutos hubiesen sido puestos en práctica por la gente en forma honesta, inteligente y respetuosa, se hubiera convertido en poderoso instrumento para la educación de las masas, y el proceso de su desarrollo hubiese determinado la obtención de la independencia. Pero una discusión sobre este aspecto no tendría sentido aquí. Resoluciones sobre la unidad hindú-musulmana, la abrogación del principio de la intocabilidad y el apoyo al movimiento *khadi*, también fueron aprobadas por el Congreso, y desde ese entonces los miembros hindúes del Congreso tomaron sobre sí la responsabilidad de remover de la vida diaria el principio de la intocabilidad y la tarea de expandir el movimiento *khadi*. La adopción de la no cooperación en la lucha por el Khilafat, constituyó asimismo un gran intento práctico hecho por el Congreso para afianzar la unidad hindú-musulmana.

DESPEDIDA

Ha llegado el momento de terminar con estos capítulos.

Mi vida a partir de este momento ha sido tan pública, que difícilmente exista algo que el lector no conozca. Más aún, desde 1921 he trabajado en asociación tan estrecha con los líderes del Congreso, que resultaría imposible describir cualquier episodio de mi vida sin referirme a mis relaciones con ellos. Aunque Shradhdhanandji, Deshabandhu, Hakim Saheb y Lalaji no están ya entre nosotros, todo un núcleo de otros veteranos líderes del Congreso vive aún y se encuentra trabajando en nuestro seno. La historia del Congreso desde los grandes cambios a que me he referido, aún se está haciendo. Y mis principales experiencias en los últimos siete años, fueron cumplidas a través del Congreso. Es así que una referencia a mis relaciones con los líderes resulta imposible. Por otro lado, mis conclusiones sobre las experiencias que recibo cada día, no pueden considerarse aún como definitivas. Creo que mi deber es terminar aquí mi narración. Más aún, instintivamente mi pluma se niega a seguir trabajando.

No es sin esfuerzo que debo separarme del lector. Concedo un alto valor a mis experiencias. No sé si he podido hacerles justicia. Lo que puedo afirmar es que no he ahorrado energías en ofrecer un testimonio veraz. Describir la verdad, tal cual la entendí, y en la forma exacta en que llegué a ella, ha sido mi objetivo. Esta tarea ha significado para mí una gran paz mental. Porque mi profunda esperanza consistía en despertar la fe en la verdad y en *ahimsa*.

Mis experiencias me han convencido de que no existe otro Dios que la verdad. Y si cada una de estas páginas no proclama ante el lector que el único medio para la realización de la verdad es *ahimsa*, tendré que aceptar que todo mi trabajo al escribir estos capítulos ha sido vano. Y si mis esfuerzos en este sentido no han de rendir sus frutos, sepa el lector que esto prueba que el instrumento es falso, y no el gran principio. Después de todo, por más sinceras que hayan sido mis búsquedas de *ahimsa* no dejaron de ser imperfectas e inadecuadas. Los chispazos de verdad que he podido entrever y transmitir, apenas sí pueden expresar la luz maravillosa que emerge de la verdad, un millón de veces más intensa que la del sol que diariamente ven nuestros ojos. Pero lo poco que he obtenido, bien puedo decirlo, es un resultado de todas mis expe-

riencias, que me han indicado que una visión perfecta de la verdad únicamente puede responder a una realización completa de *ahimsa*.

Para contemplar cara a cara el espíritu de la verdad, uno debe ser capaz de amar la menor expresión de la creación como a uno mismo. Y un hombre que aspira a eso, no puede permanecer fuera de cualquier manifestación de la vida. Por ello, mi devoción a la verdad me llevó al campo de la política; y puedo afirmar sin el menor asomo de duda, y por supuesto con toda humildad, que aquellos que sostienen que la religión nada tiene que ver con la política, no conocen el significado de la religión.

La identificación con todo lo que vive, es imposible sin una autopurificación; sin autopurificación la observancia de la ley de *ahimsa* no resulta más que un sueño vacío; Dios nunca puede ser comprendido por quien no es puro de corazón. Autopurificación, por tanto, debe implicar una purificación en todos los aspectos de la vida. Y la purificación de uno debe, necesariamente, llevar a la purificación de quienes lo rodean.

Pero el camino de la autopurificación es difícil y pausado. Para alcanzar la perfecta pureza, es necesario liberar totalmente de los elementos pasionales el pensamiento, la palabra y la acción; estar por encima de opuestos como odio y amor, atracción y repulsión. No ignoro que aún no he alcanzado esa triple pureza, a pesar de que constantemente vivo buscándola. Se me ocurre que el dominio de las más sutiles pasiones y deseos, resulta más difícil que la conquista del mundo por la fuerza de las armas. Desde mi regreso a la India he tenido experiencias con las pasiones que duermen en mí. El comprobar esto me ha humillado, pero no vencido. Las experiencias realizadas me han sostenido y llenado de felicidad. Pero sé que aún tengo ante mí un camino lleno de dificultades. Debo reducirme a cero. Hasta tanto un hombre, por propia voluntad, no se considere el último entre las otras criaturas, no hay salvación para él. *Ahimsa* es el más lejano límite de la humildad.

Al despedirme del lector, por lo menos por el momento, le ruego que se una a mí en una oración al Dios de la verdad, para que me permita alcanzar *ahimsa* en la mente, en la palabra y en la acción.

GLOSARIO

— A —

Achkans: Especie de chaquetas largas usadas en la India.

Adamji: Llámase al dueño de una fábrica de arpilleras.

Ahimsa: “No violencia”; sin ejercer violencia alguna.

Anathashram: Orfanato.

Annas: Monedas hindúes de valor de 25 centavos.

Ashram: Hermita; residencia.

Ayurveda: Sistema de la medicina que se sigue en la India.

— B —

Bania: Comerciante.

Bhagavadgita: También llamado *Guita* o *Gita*, es un texto sagrado que forma parte del Mahabhartá.

Bhagavat: Texto sagrado que describe principalmente la vida y enseñanzas de *Sri Krishna* (Dios hindú).

Bengalí: Natural de Bengala.

Biharis: Llámase a la gente de la ciudad de Bihar.

Bilva: Nombre de un árbol o su fruto.

Brahmacharya: La práctica de la absoluta continencia; celibato. Usual en la vida estudiantil.

— C —

Cachchhis: Llámase a la gente de *Cachh*, distrito de Gujarat, principalmente comerciantes.

— D —

Dal: Sopa de legumbres partidas; grupo de personas.

Darbar: Audiencia o sala de la misma; corte real.

Darshan: Audiencia.

Darshanvalas: Investigador.

Dharmashala: Casa de descanso para peregrinos; posada.

Dhatura: Cierta clase de plantas, cuyas semillas tienen propiedades narcóticas.

Dhoti: Un trozo de género blanco con bordes de distintos colores que utilizan los hindúes para cubrir su cuerpo.

Diwan: Ministro de Estado.

Drávidas: También llamados *dravideos*; es una raza que habita al sur de la India.

— E —

Ekadashi: Onceavo Día de la luna; día de ayuno para los hindúes.

Ek tek: Cumplir la promesa o voto.

Fakir o *Faquir*:

— F —

Gita o *Guita*: véase *Bhagavadgita*.

Ghat: Escalinata que baja al río.

Gujarati: Dialecto que hablan en Gujarat, provincia al norte de Bombay.

Gurú: Maestro espiritual.

Gurukul: Institución de enseñanza.

— H —

Hakimes: Médicos o jueces mahometanos.

Harishchandra: Rey de la antigüedad, que renunció a todo, aun a su reino, para cumplir con la palabra que empeñara.

Hartal: Paro en el trabajo.

Haveli: Palacio o casa grande.

Hindí: Idioma nacional de la India.

Himsa: Matar; asesinar, destrozar; violencia.

— J —

Jaina: Secta religiosa.

Jainita: Perteneciente a la secta *Jaina* o *Yaina*.

Janmashtami: Fiesta del natalicio de *Sri Krishna*.

— K —

Kaithi: Escritos antiguos, comunes en Bihar.

Kedarji mandir: Templo de Shiva en los Himalayas.

Khadi: Género confeccionado con hilado hecho a mano.

Khilafat: Movimiento de los musulmanes efectuado en la India para reponer al Sultán de Turquía.

Kochrab: Pequeña aldea situada cerca de Ahmadabad.

— L —

Lakhs: Cien mil.

— M —

Madrasí: Natural de la provincia de Madrás.

Mahabharata: Antiguo libro de los hindúes que se refiere a la leyenda de la fortaleza y debilidades humanas a través de antiguos relatos y crónicas de casas reales y santos.

Mahatma: Textualmente: Alma Grande.

Mahatmaji: Un alma grande; que inspira respeto.

Mahatmaship: Se le dice al que es un alma grande.

Mahadeva: El Dios Siva.

Maharsi: Gran santo, o conocedor de la Suprema Verdad.

Mamlatdar: Funcionario de la Aduana.

Maniratnamala: Nombre de un libro.

Mantras: Fórmulas sagradas.

Manusmriti: Leyes de Manú, célebre jurisconsulto de la antigüedad, que forman la base del sistema social hindú de la actualidad.

Marathí: Dialecto de Maharastra.

Marwadi: Naturales de Rayaputana, generalmente comerciantes.

Maya: Desilusión; engaño; decepción.

Memanes: Una secta mahometana.

Mers: Aborígenes.

Modh bania: Una clase de comerciantes.

Moksha: Libertad del nacimiento y de la muerte; salvación; liberación del ser.

Mowhra: Una clase de aceite.

Mung: Una clase de legumbres.

Mumukshu prakaran:

Munshi: Escribiente; puede también ser apellido.

— N —

Namaz: Los cinco rezos musulmanes.

Navajivan: Nombre de un diario y de una editorial. Significa vida nueva.

Nishkulanand: Nombre de un célebre monje.

— P —

Panchama: Quinto.

Panchikaran: Nombre de un libro.

Panda: Guía de los templos.

Pandit: Erudito.

Pandit Madan Moha Malaviya: Líder nacionalista hindú, contemporáneo de Gandhi.

Parsi: Los que siguen la religión de Zoroastro.

Pathan: Mahometanos del noroeste de Pakistán.

Patidar: Llámese a cierto tipo de propietarios o hacendados de la provincia India de Gujarat.

Pavitra Ekapashi:

Pice: Una moneda de cobre.

Pugree: Turbante.

Pukka: Firme, estable, definido.

Punjabis: Naturales de Punjab o Punyab; su dialecto.

Purdah: Cortina, velo, lugar aislado de la casa, donde vivían principalmente las mujeres mahometanas.

Puris: Torta frita.

— R —

Raj: Precepto; gobierno.

Raja yoga: Un cierto sistema del yoga.

Rama: Encarnación divina; es el héroe del *Ramayana*.

Ramanama: Himno hecho del santo nombre de *Rama*.

Ramaraksha: Nombre de un libro de devoción.

Ramayana: Epopeya hindú sobre la vida y proezas de *Rama*.

Ramadan: Mes de ayuno musulmán.

Ram raksha: Amuleto de protección con el nombre de *Rama* inscrito.

Ramji Mandir: Templo de *Rama*.

Rana: Príncipe del estado de Udaipur y otros estados.

Raychandbhai: Nombre de una persona.

Ricksha: Un vehículo originario de China, utilizado en el transporte de pasajeros.

Rowlatt Act: Medidas adoptadas para arreglar la situación producida por la caducidad del acta de defensa de la India, después de la primera guerra mundial, que cambió fundamentalmente las leyes del derecho criminal del país (1919).

— S —

Sabha: Una asamblea o conferencia.

Sadhus: Monjes errantes.

Saheb Thakore: Gran terrateniente de Gujarat.

Saheb o *Sahib*: Maestro, amo, señor, hombre blanco.

Sanskrit: Sánscrito.

Sandhya: Oraciones diarias.

Sanyasi: Un ermitaño; un monje.

Sari: Género largo que utilizan las mujeres hindúes.

Satyagraha: Conjunción de las palabras *sat* (verdad) y *agraha* (firmeza); “resistencia pasiva” utilizada por Gandhi en su lucha; voto por la verdad.

Satyagrahis: Los que hacían el voto.

Sikaa: Un tipo de moneda india.

Sindhi: Natulares de la provincia de Sindh, ahora perteneciente al Pakistán Oeste.

Siva: Dios hindú.

Sjt.: Señor; por ej. *Sjt.*, Gandhi, quiere decir señor Gandhi.

Shaddarshana Samuchchaya: Nombre de un libro.

Shaivitas: Los que profesan el culto del Dios Siva.

Shamal Batt: Nombre de una persona.

Shastras: Textos sagrados.

Sheth: Comerciante rico.

Shikha: Llama; colilla que utilizan los ortodoxos hindúes.

Shirastedar: Importante empleado que ayuda al juez; ayudante.

Shraddha: Ceremonia religiosa celebrada en honor de los muertos en su primer aniversario; ofrendas, regalos, comida que se le da a un sacerdote en recuerdo de la muerte.

Shravan: Oír.

Shudras: Obreros o gentes de castas bajas.

Smitis: Recolección; recuerdo; Código de las leyes hindúes transmitido originariamente por tradición oral.

Sowar: Jinete.

Sri Krishna: Dios hindú.

Sudra: Nombre que se da a los hindúes de la cuarta casta, principalmente agricultores y empleados inferiores.

Surdas: Nombre de un santo poeta.

Surtis: Comerciantes de Gujarat.

Swadeshi: Artículos hechos en el país, como telas, etc.

Swami: En sánscrito, amo, monje.

Swami anand: Un renombrado monje.

Swaraj: Independencia; gobierno propio.

Swarajshram: Casa de la Independencia.

— T —

Taluka: Un departamento del erario.

Tamil: Dialecto y pueblo del sur de la India.

Telugu: Dialecto y pueblo del sur de la India.

Tinkathia: Un sistema, de acuerdo con el cual los *Champaran* (arrendatarios de Bihar) estaban obligados por la ley a sembrar tres de cada veinteavas partes de sus tierras con índigo para sus dueños.

Tulasi: Una clase de hoja utilizada en el culto.

Tulasidas: Un gran santo y escritor del *Ramayana*.

Triveni: Llámase así a la confluencia de tres ríos o al lugar sagrado situado en las cercanías de Alahabad.

— U —

Urdu: Dialecto que es una mezcla de indostano, persa y árabe.

Upanihadas: Las partes de las diferentes ramas del Veda que contiene disgresiones sobre el conocimiento divino.

— V —

Vaidyas: Médicos que aplican el sistema hindú de medicina.

Vaishnava: Adorador de Vishnu, uno de los tres aspectos de Dios.

Vakil: Abogado.

Vanaprastha: Persona que se coloca al margen de las preocupaciones del hogar y la familia.

Varna: Color o casta.

Varnadharmas: Observancia de la castidad.

Vidyalaya: Colegio.

Vishvamitra: Nombre de un gran rey sabio, mencionado en el *Ramayana*.

Vasishta: Nombre de un gran sabio brahman.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES DE EDITORIAL NOMOS, EL DÍA SEIS
DE SEPTIEMBRE DE DOS MIL SIETE, ANIVERSA-
RIO DEL NACIMIENTO DE JANE ADDAMS
(n. 6, IX, 1860 y m. 21, V, 1935).

LABORE ET CONSTANTIA